LEENCANDY

EL IRRESISTIBLE JUEGO DE Midnightemptation

HAY UN **INFIERNO** ESPERANDO
A QUE **ARDAMOS** JUNTOS EN **ÉL**

LEENCANDY

EL IRRESISTIBLE JUEGO DE Midnightemptation

Título: El irresistible juego de Midnightemptation.
© 2024, Leen Candy
De la maquetación: 2024, Mireya Murillo Menéndez (@wristofink).
De la cubierta: 2024, Mireya Murillo Menéndez (@wristofink).
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

“Adelante. Cae. El mundo se ve distinto desde el suelo.” — OPRAH WINFREY

Para todas las personas que me han acompañado en este largo viaje, espero que algún día os topéis por casualidad con ese hallazgo afortunado del que tanto se habla en esta novela y que podáis disfrutarlo en plena libertad, con las alas desplegadas. Y especialmente para mi serendipia particular, por lo inevitable.

1

Los minutos que precedían a la conclusión del sábado y al inicio de la madrugada del domingo despedían un particular aroma a desesperación diluida en litros de alcohol y, en consonancia, a malísimas decisiones tomadas al tuntún. El desenlace de una noche dependía, en gran parte, de ese corto lapso y del efecto que provocaba en quienes lo vivían.

El efecto *Último día en la Tierra*, como Ginger y yo lo llamábamos, era el causante de que enviaras ese fatídico mensaje a tu ex o a ese chico del que prometiste no enamorarte porque «era sólo sexo». También era el culpable de que bebieras esa copa de más que te llevaba directa a la taza del váter —si llegabas, claro— o que asaltases la boca de un desconocido del que al día siguiente sólo recordarías que se quedó frito en la cama antes de empezar con la acción de la que tanto alardeaba.

Aquella noche, el interior de la fraternidad emanaba verdadero hedor a ese efecto, y yo llevaba respirándolo desde que entré.

—Si es que no tienes remedio —solté.

Lo primero que vi al salir del lavabo fue cómo, a unos metros de distancia, el par de tíos que Ginger había interceptado un rato antes caía vilmente en las redes de mi amiga. La sonrisa juguetona en sus labios indicaba que se lo estaba pasando en grande ante los malabarismos que hacían con tal de seducirla.

Era jodidamente magnética, un auténtico imán tanto para hombres como para mujeres. Y no era para menos; Ginger se parecía más a la protagonista del cuadro renacentista de Botticeli que a una humana común y corriente, y hacía gala de su destreza en el arte del flirteo disfrutando al ver cómo aquellos que la contemplaban caían rendidos ante sus encantos. Batía las pestañas con esa gracia y distinción natural que poseía, cual noble doncella meciendo un abanico de largas y blancas plumas.

Y luego estábamos las demás, que lo intentábamos.

En situaciones como aquella, prefería darle un espacio para divertirse un rato e irme a dar una vuelta a mi aire. Así que eso fue precisamente lo que hice.

Le di un último sorbo a mi copa y me adentré en la multitud.

Los acordes de la que fue la canción del verano llegaron hasta mí desde el extremo opuesto de la estancia y, más pronto que tarde, me hallé tarareando las siguientes notas. Cerré los ojos y dejé que el ritmo de la música ahuyentara los gritos de aquellos a los que el alcohol ya les circulaba por las venas.

Bailé despacio y permití que la melodía me transportara de nuevo a los despertares en Miami, a los besos salados de las olas, la aspereza de la arena a mis pies y al embotellamiento de todos los atardeceres que pasé en la playa en la gama cromática de mi Tequila Sunrise. Mi evidente estado de embriaguez me despojó de cualquier tipo de

vergüenza y, más pronto que tarde, me encontré moviéndome al ritmo tortuoso de la música, apaciguado y con un deje erótico que conseguía enloquecerme.

Batí las caderas como lo hubiera hecho encima de un hombre dispuesto a complacerme; desatada y rendida al placer que nunca nadie saciaba y que yo tanto ansiaba. Sacudí el cabello y enredé mis manos en él para, luego, soltarlo con cuidado.

Pese al diminuto vestido que llevaba, la humedad era insoportable. Mi piel transpiraba y tenía que coger aire a bocanadas, como un pez. Empezaba a molestarme.

—¡Blake, vengo con provisiones!

Ginger apareció a mi lado con una bebida en cada mano y un moño maltrecho de esos que se hacía en casa cuando atosigaba el calor.

—Gracias. ¿Gintonic? —pregunté ante la obviedad, y ella asintió. Le di un trago rápido mientras buscaba algo a sus espaldas, asomándose a ambos lados de su cuerpo —. ¿Y tu par de acompañantes?

—Olvídate, unos calzonazos. ¡Hombres! Mucho darle al pico, pero cuando hay que pasar a la acción… —Rodó los ojos con dramatismo—. Les he dado mi teléfono para que me llamen cuando estén preparados para un *ménage a trois.*

—Qué alto aspiras, amiga —comenté entre risas.

—¡Quien le tenga miedo a vivir que no nazca! —espetó con su característico entusiasmo. A continuación, entrelazó su brazo con el mío y añadió—: Anda, acompáñame al baño, que me estoy cagando.

—Qué fina eres cuando te lo propones.

Al llegar, y como era normal dadas esas horas de la madrugada, la cola para entrar era kilométrica. Por suerte, Ginger tenía el don de caer en gracia a cualquiera que se le pusiera enfrente, así que avanzó en la fila codeándose con todo quisqui.

—Te espero aquí —la avisé, apoyándome en el mármol del lavamanos.

El teléfono me vibró en la mano y emitió un parpadeo. A continuación, el sonido se propagó en el resto de los dispositivos de las allí presentes.

Sonreí ante lo que eso significaba y corrí a abrir la notificación.

«Nueva actualización de *@Midnightemptation*», leí para mis adentros antes de clicar y dejar que me dirigiese a la página del foro. Las risitas del resto de chicas indicaban que ellas estaban haciendo exactamente lo mismo.

Midnightemptation era todo un fenómeno social en la UCLA, un estudiante anónimo que había ido ganando popularidad desde su aparición en el foro de la Universidad a mediados del semestre anterior hasta convertirse en toda una revolución. Escribía relatos en la página de estudiantes y hacía que esta ardiera en visitas en cuestión de segundos.

Su identidad era todo un misterio y quizá aquello lo hacía todavía más interesante; era la incógnita que nadie, ni sus adeptos ni sus detractores, conseguía descifrar.

«Serendipia, por *Midnightemptation*», rezaba el título.

Cogí una respiración profunda y me abandoné a la lectura, sobrecogida por un

revoltijo de nervios en el vientre.

Apareces de la nada y, aunque caminas, parece que flotas a centímetros del asfalto. Te escabulles entre el gentío con delicadeza, como lo hace la brisa al enredarse en tus piernas, y me pregunto por qué nadie más te mira.

Quizá porque esta noche es diferente, excesiva; como todo lo que la concierne. El bullicio, la velocidad a la que todos se mueven y la facilidad que tengo para dispersarme. Pero tú no.

No haces ruido, pero te oigo.

Anhelas ir despacio en un mundo en el que todo se hace rápido.

Me ofreces una copa más, una copa de ti que no voy a ser capaz de rechazar, pese a que el alcohol es lo único que recorre ahora mis venas.

Bailas entre un mar de gente, pero solo destacas tú y tan solo yo disfruto de tu espectáculo, y se me ocurre que tal vez el resto ha sido lo suficientemente cauto al no posar sus ojos en ti y yo, sin embargo, un estúpido.

Sobre tu piel resplandece el reguero de plata que la Luna refleja en el agua, pero en tus ojos todavía arde el panorama de una noche de verano.

La oscuridad efímera previa al amanecer acompaña el camino que tus pies descalzos han trazado al borde de la orilla y que ni siquiera el mar ha sido capaz de desdibujar. La espuma del océano se arremolina ante ti junto a los lamentos de los marineros que yacen a la deriva, pues las estrellas han dejado de orientarlos para seguirte, ya que brillas con mayor intensidad que ellas.

Un amago de sonrisa aflora en tus labios, aún húmedos por la sandía que reemplazaste para cenar, y no me cabe duda de que el viento transporta voces mucho menos poderosas que la tuya, que no necesita pronunciarse para hacerse escuchar.

Eres el panorama de una noche de verano. Las risas efervescentes de quienes esperan subirse a la siguiente atracción, el olor de las mazorcas recién hechas, el sabor pegajoso de una manzana caramelizada, el vaho que emborrona ligeramente la vista y el tacto esponjoso y pringoso de las nubes de azúcar.

Y también eres el amanecer de una feria ambulante: te marchas antes de que el resto despierte y lo haces sin dejar rastro. Quienes han tenido el placer de disfrutarte intentan contenerte en su memoria, como quien aguanta la respiración bajo el agua. Pero es imposible. Porque vuelas a una altura que sólo los astros alcanzan y lo haces libre, sin ligarte a nada.

Te alejas de la pista de baile y yo te observo hacerlo, pues la mera intención de apartar la mirada de tu cuerpo me resulta ya absurda. Me quedo desamparado ante una realidad que solo tú has sido capaz de evocarme, así que te busco a pesar de que sé que no voy a encontrarte. Y me sorprendo al notar que, aunque antes ardías a escasos metros de mí, quemas ahora con mayor intensidad en la distancia.

Tu recuerdo permanece inmutable en mi memoria y, pese a que cierro los ojos con mayor frecuencia de la que desearía para volver a verte frente a mí, no lo necesito para tenerte en mente. Te paseas por ella a tus anchas como un ángel lo haría por el averno, ajena a los pensamientos que transito cuando te pienso. Y es paradójico, porque he visto las puertas del averno ardiendo en tu interior, pero son unas alas de valquiria las que se funden en tu piel de mármol.

De modo que abro los ojos y, contrariado porque sé que buscaré en mil y un infiernos y en ninguno de ellos voy a encontrarte, asumo que simplemente eres serendipia.

Al acabar de leer, el corazón me latía a una velocidad que parecía que me hubiera pinchado un jeringazo de adrenalina. Los latidos me retumbaban en las sienes y las manos con las que sujetaba el teléfono me sudaban como si las hubiera zambullido en el agua.

Regresé al comentario fijado justo debajo del relato y, distraída, me acaricié la zona de piel tintada entre mis omóplatos.

«Mención especial a la chica con las alas de valkiria tatuadas en la espalda que bailaba esta noche en la fraternidad, porque ha sido un jarro de agua fría para mí y, sin ella, no habría actualización esta semana».

Al asegurarme de que las alas seguían allí y, como decía el relato, no habían echado a volar, me comenzaron a hormiguear las yemas de los dedos.

La chica del relato era yo.

2

Estudié la nítida imagen que proyectaba el espejo del baño en busca de un solo indicio que me identificara como la chica que Midnightemptation había mencionado en su relato y dudé de que fuéramos realmente la misma persona.

Volví a delinear el dibujo de mi espalda, con gesto ausente.

A mi alrededor, la gente cuchicheaba sin apartar la mirada del teléfono y, en el foro de estudiantes, la existencia de la chica de las alas de valkiria empezaba a causar revuelo y la gente ya había comenzado a crear hilos de comentarios interminables.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —Ginger salió del WC, recolocándose la falda del vestido. Los tirabuzones que le caían por la espalda, de un intenso color cobrizo que contrastaba con la palidez invernal de su piel, seguían igual que cuando salimos de nuestro departamento. No obstante, sus labios confeccionaban una mueca que conocía a la perfección y denotaba que sabía que escucharla no era precisamente lo que había estado haciendo los últimos cinco minutos—. He estado a esto. —Había una distancia minúscula entre su dedo índice y el pulgar—. De salir con el culo al aire por tu culpa. ¡Suerte que llevaba pañuelos encima!

—Perdona, no te estaba escuchando —musité. El desasosiego del órgano vital enterrado en mi pecho me causaba estragos—. ¿Qué decías?

—Ya da igual —resopló mientras abría el grifo y presionaba el dispensador de jabón —, pero que sepas que la próxima vez me dejaré de finuras. Saldré del lavabo y me limpiaré el culo con tu vestido.

Ni siquiera me sorprendí. Primero, porque todavía estaba en shock. Y, segundo, porque ya era inmune a los comentarios escatológicos e innecesariamente detallados de Ginger a base de haber convivido con ellos durante los últimos tres años de carrera.

—¿En qué pensabas? Debía ser algo importante, porque me has dejado con el culo al aire y sin papel higiénico —añadió a la vez se acercaba al espejo para comprobar el estado del maquillaje.

Le acerqué el móvil, mostrándole la pantalla.

—Mira esto —le dije.

—¿Nuevo relato? ¿Tan tarde? —Se extrañó. Me quitó el teléfono de las manos y empezó a leer. Sus ojos corrieron tras las letras a una velocidad vertiginosa hasta llegar, a juzgar por cómo alzó las cejas y me miró estupefacta, al final—. Coño, Blake, ¡eres tú!

—¡Sh! ¡No grites! —La mandé callar y le propiné un manotazo de advertencia—. No quiero ser el centro de atención.

—Me da a mí que va a ser difícil que no lo seas, dado que MT —abrevió su usuario— te ha expuesto ante todo el mundo. Digo, no es como si no fuera el estudiante más codiciado de la UCLA. ¡Joder, tía, me voy un momento y la que lías!

—A ver, tampoco sabemos si se refiere a mí. Quizá…

—Como hay tantas chicas con unas alas de valkiria tatuadas en la espalda, ¿verdad? —ironizó con una sonrisa que me dejaba de estúpida—. Eres tú, Blake, es una evidencia. ¿Le has dicho algo ya?

Enmudecí.

—Todavía no le has hablado, ¿a que no? —bufó como si pudiera predecir mi respuesta antes de que yo la verbalizara— Por supuesto que no le has hablado. Joder, Blake, ¿a qué esperas? ¿A que se alineen los astros?

No sabía a qué esperaba. Quizá a que la verdad saliera a la luz para demostrarme que, en efecto, estaba equivocada; que no había una chica con alas de valquiria y que, de haberla, yo no era ella. Que el que ambas tuviéramos el mismo tatuaje en la espalda era fruto de la casualidad y que mi imaginación se había ocupado de ver sombras donde ni siquiera incidía la luz.

Midnightemptation era un contador de historias de medianoche, un hacedor de fantasías que servía como un espejo para aquellos que osaban reflejarse en él. Poseía la sensibilidad melancólica y la inequívoca patente de un artista sin nombre. También rezumaba esencia en cada letra, palabra y oración.

Por ese motivo no podía imaginarle cayendo crudamente por una casualidad. Una musa alada, pero con las alas sin desplegar.

—¿Y cómo le hablo?

—Anda, ¡déjame a mí! Si es que hay que dártelo todo mascadito —La vi teclear en mi teléfono. Cuando sus pulgares dejaron de moverse, me dedicó una sonrisa que le iba de mejilla a mejilla—. ¿Qué te parece?

—Que es mejor que lo que se me habría ocurrido a mí —confesé—. Me lo guardo y, si al final decido hablarle, se lo envío.

—Tú estás tonta.

—Se le llama prudencia —la corregí.

—No, perdona, se le llama ser cobarde. Sólo buscas excusas para no enviárselo porque te haces popó de pensar que pueda contestarte y confirmar lo que ambas sabemos: que eres la chica de las alas. —Su sonrisa se ensanchó ante mi inexpresión—. Así que déjate de tonterías y envíaselo.

—Ginger…

—¿Sabes qué? ¡A la mierda!

Pasé de la confusión al pánico en cuestión de medio segundo, al ver cómo Ginger acercaba uno de sus largos y esbeltos dedos a la pantalla y presionaba el botón de enviar.

—Listo, ¡vámonos! —Me guiñó un ojo y dio media vuelta para dirigirse a la salida del baño—. Hay una fiesta esperándonos ahí fuera, ¡y no nos la vamos a perder!

Una de sus manos se enredó en mi muñeca y tiró de mí.

«¿Qué tan alto debo volar esta noche para que vuelvas a mirarme?».

—¿Ya has pedido? —me preguntó una de las jóvenes tras la barra, batallando por anudarse el delantal.

—Todavía no—respondí e hizo ademán de tomar nota—. Dos Bloody Mary, por favor.

—¡Marchando!

Sacó par de vasos de cristal y una coctelera de acero inoxidable en la que no tardó en verter salsa Perrins, Tabasco, un chorrito de zumo de limón y el resto de ingredientes acompañados de un cubito de hielo para, acto seguido, empezar a agitar la mezcla.

Volví la mirada hacia el epicentro de la fiesta.

Los efectos lumínicos y sombreados a color, producto del fulgor de los tubos de neón que había esparcidos por las paredes de la fraternidad, quedaban grabados bajo mis párpados al mismo tiempo navegaba por un mar de recuerdos no tan lejanos y algunos de ellos especialmente recientes.

La ausencia de respuesta por parte de Midnightemptation a mi mensaje, y el transcurso de las largas horas que le habían seguido, dejaron una gran verdad al descubierto: había intentado volar y mis alas habían quedado aplastadas contra el asfalto.

La pantalla de mi móvil resplandecía en la oscuridad y aunque sabía que no debería haberme hecho ilusiones, no podía evitar la punzada de decepción que me invadía al ver que su usuario estaba activo en el foro.

En ese momento debería haberme detenido, pero no lo hice. Y no le echaría la culpa —o al menos no toda— al efecto *Último día en la Tierra*, pese a que estuve bajo su influencia toda la noche. Tampoco se la atribuiría a las altas horas de la madrugada, la quemazón del vodka en la garganta o el alineamiento de los astros, como diría Ginger. Porque la culpa era mía y, en el fondo, me gustaba acarrear con las consecuencias, fuesen las que fuesen.

Si había un infierno, yo quería arder en él.

Abrí la conversación y me deslicé a través del teclado táctil.

@Girlonfire:

Pensaba que buscarías en mil y un infiernos con tal de encontrarme, pero a juzgar por tu falta de respuesta, asumo que has decidido rendirte. Es una pena, porque esta noche traía las alas desplegadas sólo para ti.

Y entonces, al alzar la vista, vi el panorama de una noche de verano, tal y como él lo había descrito. Sentí el viento característico de la costa acariciándome la piel de las mejillas y ondulándome el cabello. Los mordiscos que la oscuridad le propinaba al denso y estrellado manto celeste tras de mí; los besos de las olas humedeciéndome los pies; el cansancio en las piernas propio de una larga caminata y los restos de arena entre los dedos, luego de dejar una huella indeleble en la orilla; sentí el fulgor de las estrellas

que custodiaban mis pasos y el gimoteo que los barcos náufragos abocaron al océano por su pérdida. El sabor de una sandía que no llegué a probar, el olor de una feria ambulante en la que no estuve y la presencia de una voz en los confines de mi garganta.

La mía.

Perdida en tierras desconocidas que me eran cálidas, cegada entre las luces de un parque de atracciones próximo a la playa y tentada a hincarle el diente a una de las manzanas caramelizadas expuestas en los tenderetes de los feriantes.

Hasta que la vibración de una notificación me devolvió a la realidad.

@Midnightemptation:

He estado paseándome por unos cuantos desde entonces, pero no te he visto. ¿Estás segura de que llevas las alas desplegadas?

Un escalofrío me atravesó la columna cuando vi el nombre que encabezaba el mensaje y mi mirada se elevó por inercia, como si de un solo vistazo fuera a ser capaz de identificar al secreto mejor guardado del campus. Los nervios recorrieron mi cuerpo a su antojo, y las manos me temblaron sobre el teclado mientras escribía y reescribía una respuesta hasta que mis neuronas, desprovistas momentáneamente de cualquier capacidad de comunicación, decidieron que era aceptable.

El valor del que tanto había presumido antes se había esfumado y tuve que comprobar varias veces el usuario antes de atreverme a pulsar el botón de enviar.

@Girlonfire:

Estoy bastante segura de ello, en realidad. Quizá no has buscado bien.

Su respuesta me llegó al instante.

@Midnightemptation:

¿Y por dónde me recomiendas empezar?

@Girlonfre:

¿Dónde te apetecería encontrarme?

@Midnightemptation:

En algún lugar que no fueran los recovecos de mi mente ni la mayoría de los comentarios en el foro, porque no dejan de salirte copias.

@Girlonfire:

¿Hay gente haciéndose pasar por mí?

Verbalicé la maraña de pensamientos que surcaba mi mente, preguntándome quién demonios podría estar interesado en hacerse pasar por mí cuando yo, que era un desastre con patas, me cambiaría por cualquier otro ocho de siete días a la semana.

@Midnightemptation:

Recibo mensajes de personas que aseguran ser tú cada medio minuto. Casi podría decirse que es una casualidad que haya abierto el tuyo entre todos los demás.

@Girlonfire:

¿Me lo parece, o estás insinuando que yo también formo parte de esas personas?

@Midnightemptation:

No me hago cargo de lo que los demás sobreentiendan de mis palabras. Aborrezco repetir una y otra vez las mismas conversaciones que sé que no llevarán a ninguna parte, así que no pierdas el tiempo ni me lo hagas perder a mí.

@Girlonfire:

¿Por qué mentiría? ¿Qué beneficio sacaría?

@Midnightemptation:

No has dicho nada que no me hayan dicho ya los otros cientos de usuarios, así que ¿por qué debería creerte?

El empujón que recibí desde atrás y que se hendió en mis costillas bien podría haber sido producto de los estudiantes que se abalanzaron a la barra del bar entre risas como de las afiladas palabras de Midnightemptation.

Me obligué a mí misma a contar hasta diez antes de atreverme a responderle, porque de lo contrario era probable que acabara mandándole a las recónditas concavidades del trasero de un hipopótamo.

@Girlonfire:

No sé qué te habrán dicho los demás, pero estoy siendo sincera.

@Midnightemptation:

Ningún mentiroso admitirá nunca serlo.

@GirlOnFire:

Todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario, ¿no?

Si vas a sentenciarme, al menos concédeme un juicio justo.

Hice un escáner visual de la situación en la que se encontraba Ginger y al ver que lo tenía todo bajo control, me senté en uno de los taburetes vacíos en la barra y abrí el mensaje.

@Midnightemptation:

Pongamos que te creo y que me apetece encontrarte esta noche, ¿dónde debo buscarte?

Atrapé mi labio inferior con los dientes y me debatí entre seguirle el juego o, por lo contrario, mostrarme tan hostil como él minutos atrás.

@Girlonfire:

Las sombras se ciernen sobre la pista, pero estoy segura de que no tardarías mucho en encontrarme si yo estuviera bailando en ella. Así que estate atento. Puede que esta noche encuentres inspiración para otro relato.

@Midnightemptation:

¿Quieres que comprobemos qué tan rápido soy capaz de encontrarte? Entonces demuéstramelo. Demuéstrame que eres quien dices ser.

Tanto la pista como mi atención son únicamente tuyas.

@Girlonfire:

No tendrás que esperar mucho para comprobarlo.

Tras confiarle las bebidas al camarero bajo el pretexto de que me ausentaría un

momento para ir al baño, puse rumbo hacia la pista de baile.

Sus palabras hacían eco en los confines de mi mente y salpimentaban mis miedos.

Cogí una profunda bocanada de aire y, casi sin mirar, aboqué mis miedos al rincón más desprovisto de luz que habitaba en mi mente. Luego, me deslicé en el interior de la pista y me rendí al tórrido y sofocante abrazo de la melodía que arrullaba todo mi ser.

Acorralada. Así fue como me encontré al mirar a mi alrededor y ver relucir ese efecto propio de las noches de los sábados en los ojos de quienes me rodeaban. No fui consciente de en qué momento permití que este se apoderara de mí como ya lo había hecho con todos los que bailaban y brincaban a mi alrededor, embadurnados por una capa de sudor perlado.

El tacto de otra piel se sobrepuso al mío y se me ocurrió una sola persona a la que pudiera pertenecerle. El son de una melodía nocturna nublaba mis sentidos y, antes de que pudiera siquiera decidirlo, me descubrí pegada a él y con sus manos palpando mi cintura.

El calor de una piel humana abrasó mi mejilla y por el rabillo del ojo atisbé una silueta que no se me antojó desconocida.

—Blake…

Sentí cómo el pasado picaba mi puerta y cómo todas las noches de verano que interpuse entre él y yo se desvanecían ante mis ojos, dejando paso al recuerdo de las frías noches de invierno y al tacto húmedo de las lágrimas en la funda de mi almohada.

Hacía mucho que no sabía de él. De hecho, la última vez que pronuncié su nombre, Ginger y yo estábamos a punto de embarcar un avión en dirección a Miami Beach y nos prometimos no volver a mencionarlo en todo el verano.

Recordaba como si fuera ayer el momento en que hicimos de nuestra lista de nombres prohibidos una realidad, y dejamos que la estación más calurosa de todas interpusiera arena, mar y nuevas compañías entre nosotras y ellos.

Por supuesto, Cole había hecho méritos para encabezar esa lista después de la tortuosa e inestable relación que mantuvimos a lo largo del año anterior y de la que salí de todo menos bien parada. Y, visto lo visto, mucho más expuesta de lo que hubiera permitido de haberlo consentido.

—Solo quiero hablar —dijo en un balbuceo—. Blake…

Me aparté de Cole con una sacudida violenta que deshizo por completo su abrazo y lo dejó tan paralizado que, por un momento, me creí capaz de detener el tiempo. Y, cuando le miré a los ojos, deseé que fuera así; Porque de ser posible, pasaría ese instante al cuádruple de velocidad para aparcarlo en el pasado lo antes posible.

No obstante, la mueca de arrepentimiento tallada en sus labios y el arroyo de emociones que profesaba su mirada solo podían vincularse a una vida en curso. Los ojos de Cole, que me parecieron de un verde vivaz propio de las colinas escocesas y que ahora juraría que guardaban mayor similitud al agua ponzoñosa de un pantano, hablaban más de lo que lo hacía su boca. Contaban verdades tardías que llegaban

cuando su tiempo ya había expirado.

Engulló la distancia que nos separaba con un único paso y yo lo retrocedí para restablecerla.

—Blake, por favor.

Sus palabras me sacaron de las cavilaciones en las que él mismo me había metido.

—No tengo nada que hablar contigo —le respondí, dispuesta a abandonar aquellos viejos recuerdos que habían salido a flote en el mismo cajón en el que los encerré en su momento.

—He estado a punto de escribirte cientos de veces a lo largo de este verano, pero creí que era mejor decírtelo en persona —Su voz se precipitó con determinación por su garganta y quedó reducida a un trémulo y átono balbuceo en cuanto salió de sus labios —. Quiero disculparme por todo lo que pasó.

—Eso ya lo hiciste en su momento.

Apartó la mirada durante una fracción de segundo antes de volver a encararme.

—Me equivoqué. —Buscó mi mano y la acarició con el pulgar, trazando finos círculos en mi palma como tantas otras veces hizo cuando tenía un motivo por el que arrepentirse—. Fui un auténtico gilipollas, Blake. No era consciente de la gravedad de lo que hacía hasta que me faltaste y llevo arrepintiéndome y… echándote de menos desde entonces.

Permití que el silencio se interpusiera entre nosotros y omitiera mi respuesta

De repente, ya no estábamos en mitad de una fiesta, sino en el aula 52 de la facultad, a momentos de dar comienzo a las clases del segundo año de carrera. Podía verle traspasar la puerta como Indiana Jones accedía a ruinas y cuevas, esperando a que las trampas se activaran bajo sus pies, y buscar un asiento libre en las gradas. Su avance levantaba un revuelo de cuchicheos que interfería en el sermón de apertura del decano.

Y me veía a mí preguntándome si toda aquella expectación era producto de la llegada común y corriente del nuevo estudiante o si, en realidad, se debía a que este en particular poseía una belleza que bien podría haber sido cocinada en el horno de piedra de alguna *trattoria* perdida entre los serpenteantes y adoquinados callejones, arcos de piedra y pintorescas casas de la Toscana.

No tardó más de unos segundos en dejar sus cosas en el pupitre contiguo al mío y presentarse como Cole. Era jodido aceptar que quedé abducida por su sonrisa antes de que él me preguntara mi nombre. Tartamudeé mi nombre ante su mirada transparente, que contrastaba con los rizos negros que le caían por la frente y su tez ligeramente tostada por el verano.

Emuló mi pronunciación con una torpeza que se iría diluyendo a medida que dejábamos de ser desconocidos a ojos del otro, y que daría paso a una amistad que se haría débil ante las risas y las caricias de ambos. Con el tiempo, Cole aprendería a pronunciar mi nombre de muchas formas; entre risas, súplicas, estallidos de cólera, flirteos sutiles y con la falta de aliento previa a un primer beso. Y con cada una de ellas,

perderíamos una batalla y nos dispondríamos a librar otra entre las sábanas de mi cama.

—No necesito que me des una respuesta ahora. Tómate el tiempo que necesites y la respetaré, sea cual sea.

Tiempo era lo único que no estaba dispuesta a perder a esas alturas. Había tenido el suficiente para recapacitar ese verano y si había sacado algo en claro era que, de ahí en adelante, yo era lo más importante y que de nada servía querer a alguien si, para hacerlo, debía pasar primero por quererme menos a mí.

Que querer mucho y querer bien no eran lo mismo, y que la diferencia radicaba en las alas. Los primeros blandirían unas tijeras con tal de cortártelas si fuera necesario, pero los segundos te alentarían a volar lejos incluso si ellos solo podían seguirte a pie.

—Acepto tus disculpas, pero… —La determinación que tiñó esta última palabra desdibujó las pocas esperanzas en sus ojos—. Prefiero que sigamos como hasta ahora. Tú por tu lado y yo por el mío.

—¿Y si mejor hablamos las cosas con calma? —El nerviosismo que le carcomía le traicionó, haciendo que sonara atropellado—. Podemos quedar mañana, si quieres, o el fin de semana.

—He aceptado tus disculpas. A cambio te pido que respetes mi decisión.

—Lo sé y tienes toda la razón. Lo único que quiero es que me des la oportunidad de explicarme.

Intervine antes de que pudiera continuar.

—Cole, te lo habría perdonado prácticamente todo, hasta que me engañaras. —Expulsé el aire que retenía en los pulmones y dejé que este se llevara consigo los recuerdos que invadían mi mente—. Pero eso no. No hay nada que puedas decir para enmendarlo, y si lo hay, no quiero escucharlo.

—Por favor, piénsatelo. Por favor.

Trenzó sus dedos con los míos, ejerciendo fuerza para evitar que me alejara, y me rozó los nudillos cuidadosamente.

—No me lo pongas más difícil —mascullé alejando nuestras manos.

—B, ¿va todo bien? —Una ráfaga otoñal que no tardé en distinguir como Ginger llegó hasta mí, agitada por la situación. Al mirar a Cole, sus maxilares se tensaron tanto que podría habérsele saltado la dentadura—. ¿Qué haces *tú* aquí?

—Sólo quería hablar con ella.

—¿Y no se te ha pasado por la cabeza que quizá ella no quiera hablar contigo, lumbreras?

—He venido a disculparme, ¿vale?

—Pues llegas cinco meses tarde. —La sonrisa de Ginger estaba llena de dientes que prometían hincarle un mordisco a cualquiera que se le pusiera enfrente—, así que lleva a arreglar tu reloj, porque parece que le has contagiado el retraso mental.

—Déjalo. —Intenté relajar la tensión que se había apoderado del ambiente antes de

que esta se saliera de control—. Ya se iba.

Cole titubeó en cada paso que dio para alejarse de mí.

—¿Estás bien? —Los brazos de mi amiga me rodearon con fuerza. Era como tener a un equipo de rugby entero encima—. ¿Qué te ha dicho ese gilipollas?

—Quería pedirme perdón.

—Pero…

—No, no voy a perdonarle —contesté como si le hubiera leído la mente. Lo cual sería un verdadero logro, dado que la sien me palpitaba y mi capacidad de concentración había quedado mermada—. Me voy a casa, estoy cansada.

—¿Qué? No. —Rompió el abrazo en ese instante y me miró horrorizada—. ¡Que le den! ¡Si alguien tiene que marcharse, es él!

—He tenido suficiente por hoy, Ginger. No quiero quedarme aquí sabiendo que Cole y los suyos estarán acechándome en las sombras.

Ginger se calló unos segundos antes de volver a pronunciarse.

—Bien, pero me vengo contigo. Iremos a casa, haremos palomitas y nos meteremos un maratón de *Sex and the City* entre pecho y espalda.

—Apenas sabes hacer funcionar el microondas.

—Las cosas de palacio van despacio, B.

La palidez volvió a apropiarse de mi rostro en cuanto retiré el maquillaje que lo cubría, cual lienzo desprovisto de cualquier cincelada de color. Decenas de pecas rociaban mi nariz y pómulos y tantas otras, no muy numerosas, se esparcían a lo largo de mi frente y barbilla.

El silencio que se adueñaba de las calles de Los Ángeles y de la oscuridad oscilante que precedía al crepúsculo se filtraba por la pequeña abertura de la ventanilla del baño.

El móvil vibró en el mármol del lavabo.

@Midnightemptation:

Al final resulta que no eras quien decías ser. Como los demás.

Como solía ser costumbre cuando se trataba de Cole, había abandonado cualquier cosa que estuviera haciendo antes de que él apareciera. De hecho, todo se había volatilizado en cuanto lo tuve frente a mí. Incluso Midnightemptation.

No necesité pensarlo mucho. Fue casi un acto reflejo.

En mitad de la noche y con apenas un par de bombillas alumbrándome, me tomé la foto con la que esperaba disipar cualquier atisbo de incertidumbre acerca de mi identidad. En el espejo del baño, con la camiseta ligeramente alzada y dejando a la vista todo rastro de tinta en mi piel.

Miré la imagen y, antes de enviarla, decidí dotarla de un aderezo que esperaba que le resultara inconfundible.

@Girlonfire:

Hacía un calor horrible y deseaba mucha más libertad de la que cualquier ser humano podría gozar con todo el dinero del mundo y la versión más longeva de su vida. El vestido que llevaba se sentía como un disfraz a esas alturas de la madrugada, su roce ardía contra mi piel y no veía el momento de arrancármelo. Me era imposible tratar de diluir el calor que desprendía el mundo y la densidad que rodeaba cada infierno burbujeante a mi alrededor cuando lo único que ansiaba era fundirme en uno de ellos.

¿Suficiente claridad o necesitas que te envíe mi piel en una caja?

3

El crujido de las hojas secas al pisarlas, el picor de la lana de una buena bufanda, los rastros de hálito que acompañaban a la estación cuando las temperaturas empezaban a descender y la desnudez del paisaje natural de la ciudad. El olor a castañas recién hechas vertía todas aquellas imágenes en la mente y creaba un agujero negro en el estómago. No obstante, su olor difería en demasía a su verdadero sabor, que si bien no estaba mal no le hacía justicia al primero.

Todo aquello era lo que me acompañaba en mi día a día antes de llegar a *Los Ángeles Inquirer* y a la lamentable sala de documentación.

Se trataba de una habitación no muy grande con las paredes carentes de la mano de pintura que tanta falta les hacía y una ventana diminuta por la que apenas pasaba la luz del día. Estanterías repletas de libros —que podría ordenar cronológicamente guiándome por la capa de polvo que acumulaban—, carpetas tan rellenas como el pavo de Acción de Gracias, algún que otro galardón de quién sabía qué y cajas amontonadas unas encima de otras, sin etiqueta y un solo indicativo de lo que contenían.

El trastero por excelencia del periódico, hábitat perfecto para cultivar ácaros y pequeña brecha en el transcurso del espacio-tiempo capaz de convertir los minutos en horas a la que, por desgracia, me veía encadenada semana tras semana.

Los Ángeles Inquirer era el nombre del periódico local al que dedicaba la mayoría de mis tardes con tal de aprobar las prácticas universitarias y al que, según mi contrato, debía incorporarme como parte de la redacción. *Debía*, porque en realidad me pasaba las horas sacando uno a uno los ejemplares que ocupaban las estanterías —algunos volúmenes databan de tiempos tan antiguos que no sólo habían prescrito, sino que también se habían fosilizado por su desuso— o, en el peor de los casos, haciéndole de secretaría a James, el director del negocio.

No solo no había escrito una sola línea remotamente interesante en todos los meses que llevaba trabajando para él, sino que además era su comodín de la respuesta para todo: era la chica de los cafés que bajaba al Dunkin Donuts, la secretaria, la de los *emails* e incluso la que pringaba para limpiar. En definitiva y resumiendo, James todavía no se había enterado de que la esclavitud se abolió en el 1863 y creía que *estudiante de prácticas* y *criada* eran sinónimos y que trabajar para su periódico le daba el derecho de usarme a su antojo.

Después de algo más de hora y media acicalando la sala, me dejé caer en la única silla que había y cogí el móvil. Una llegada ininterrumpida de mensajes asaltó la pantalla principal en cuanto volví a conectar los datos.

Ginger 15:53:

B, ¿te acuerdas dónde pusimos el colchón inflable? He mirado sobre el armario y bajo las

camas, pero nada.

Ginger 15:54:

Tampoco está en ninguna de las cajas del trastero.

Pero no todo son malas noticias, ¡he encontrado nuestros putidisfraces de Halloween!

Zorras más mil, vida cero. ¡JÁ!

Ginger 15:59:

¿Pero a esta mierda le han salido patas o qué? ¡Si estaba ahí! ¡Me acuerdo del momento exacto en el que lo dejamos!

Seguro que ha sido la casera, que habrá entrado en el piso mientras estábamos de vacaciones a chismear. Como me la cruce por las escaleras, le digo algo.

A ver si el marido le riega más de vez en cuando el jardín y así nos la entretiene, que está más enganchada a la mirilla de la puerta que mi abuela al bingo del geriátrico.

Ginger 16:08:

¡Falsa alarma! No me acordaba de que lo guardé dentro de una maleta para que ocupara menos espacio.

Preparo el salón para dormir y me pongo con la cena. ¿Te apetece más chino o árabe?

Sonreí al leer los mensajes y recé para mis adentros para que no hubiera hecho ninguna locura en mi ausencia y realmente se hubiera presentado en el departamento de la casera con el armatoste de intensidad que la caracterizaba.

El nudo que se me formaba en la garganta cada vez que pensaba en Cole reapareció tan pronto abrí el desplegable de las notificaciones. Entre ellas, todas las que había decidido obviar desde nuestra última conversación.

Mi pulgar osciló a lo largo y ancho de la pantalla, a la espera de que decidiera qué postura tomaría a continuación, si mantenerme en la línea e ignorarlo o, en cambio, resolver el conflicto interno en el que me encontraba y responder.

Pensé en aquellos días en Miami. No las noches en las que ahogaba sentimientos con un trago de Mai Tai o un gélido Long Island. Tampoco los despertares en los que la migraña era el menor de mis problemas cuando lo que realmente me dolía era la resaca emocional al recuperar la consciencia. Sino los atardeceres.

Recordaba pasarlos a milímetros de la orilla de la playa, con las olas arrullándome la piel y una aguda y desconcertante sensación de libertad llenándome los pulmones; la vasta extensión del mar perdiéndose en el horizonte frente a mí y este a su vez desdibujándose en la lejanía, inexacta y remota; la facilidad con la que Ginger, visceral y deslenguada, nos conseguía unos tragos gratis y resolvía cada problema que se nos presentaba con su intelecto estratégico. La recordaba haciéndome de brújula cuando ni yo misma sabía dónde me encontraba.

Así que, por los atardeceres en Miami y en brindis a las buenas decisiones, decidí obviar sus mensajes.

—Blake. —Heaven apareció tras la puerta después de advertirme de su llegada con un par de golpecitos en el lomo. Tenía el cabello recogido en un moño alto que se

deshacía por los costados y la montura de las gafas le resbalaba por el tabique—. ¿James ya te ha firmado la asistencia de hoy?

Negué, aún reclinada en el respaldo de la silla.

—A veces me pregunto si hace algo más que coleccionar sellos de fidelización del Dunkin. En fin. —Puso los ojos en blanco—. Tengo que probar la versión beta de la web y necesito una mente joven, ¿vienes?

—¿Tu sobrino ya la ha acabado? —inquirí y asintió—. No será el pistolero más rápido del oeste, ¿no?

—Lo es siempre y cuando lleve la pistola encima, aunque siendo Connor es probable que tampoco la llevara cargada. —Liberó una baja risa nasal, como si no le costara nada figurarse aquella escena—. Lo que me sorprende es que no haya perdido la cabeza aún.

—¿Y qué ha dicho *el que no debe ser nombrado* de la web? —La animadversión me cruzó el rostro e invirtió la dirección de las comisuras de mis labios.

No me costaba imaginar al director tras su amplio escritorio, con la barriga sobreponiéndose al cerco de la mesa y una mirada que se precipitaba a lo largo del inmundo desorden que habitaba sobre ella. Me ponía los pelos de punta recordar todas aquellas tazas vacías en las que se advertían restos secos de café, migas de bollería y un sinfín de documentos apilados unos sobre otros.

—Le encontrará pegas cuando se la enseñe y no quiero oírle antes de tiempo, así que esperaré a tener la versión final. —Le echó una mirada rápida al final del pasillo, donde se encontraba el despacho de James—. ¿Vienes o qué, Rapunzel? Que te veo muy cómoda en tu encierro.

—Recojo lo que me queda y voy.

—Te espero, no tardes —dejó caer tras repicar con impaciencia el marco de la puerta. Acto seguido, y sin mirar atrás, se marchó. Sus tacones repiquetearon contra el suelo y el eco amplificó aquel sonido

Me desplomé en el suelo tan pronto terminé de recolocarlo todo y me permití un momento para coger aire. La cálida temperatura vespertina acariciaba mi piel a través del haz de luz que se filtraba por la ventana. Incidía en las sombras de tal manera que dejaba al descubierto la polvareda que levantaba con cada movimiento.

El zumbido del teléfono me devolvió a tierra firme. Me arrastré perezosamente hasta alcanzarlo, convencida de que sería Ginger discutiendo los detalles de nuestra fiesta de pijamas.

@Midnightemptation:

Aquellos que habitamos en el infierno tenemos restringida la entrada a lugares sagrados, así que el tatuaje está a salvo en tu espalda.

Además, no me atrevería a profanar tu piel por mucho que me tentara.

Necesité ambas manos para mantener el celular lejos del suelo, pues tan sólo leer el mensaje me agitó y entorpeció de tal forma que parecía que me hubiera embadurnado en mantequilla.

Pese a que nos separaba una distancia más que plausible, no pude evitar encorvarme ante el tacto fantasmal que me recorrió la porción de espalda que ocupaba mi tatuaje y fui consciente de que, en realidad, mi piel corría mucho más peligro en sus manos del que expresaba con sus palabras.

@Girlonfire:

La última vez que entré en contacto con agua bendita acabé con quemaduras de tercer grado, así que dudo que se me pueda asociar con ninguna entidad divina.

¿Querías algo más? Hasta donde recuerdo, me acusaste de ser una impostora en nuestra última conversación.

Apreté el botón de enviar, sabiendo que esconderme tras la pantalla me brindaba una seguridad irreal de la que no bebía en realidad, y esperé a que su respuesta explotara la burbuja en la que me encontraba.

@Midnightemptation:

Creía firmemente que lo eras.

Y pese a ello, decidí correr el riesgo de equivocarme, pero tú no apareciste en la pista.

Aquel reproche logró sacarme una sonrisa que se desvaneció en cuanto recordé el motivo por el cual nunca llegué a personarme en nuestro lugar de encuentro. Con más de una decena de mensajes suyos por abrir y el buzón de voz colapsado, Cole volvía, después de cinco meses, a capitanear el podio de mis problemas personales.

Y no tenía ni la más remota idea de cómo gestionarlo.

Tomé aire, una inhalación larga y profunda, de esas que uno daba antes de zambullirse en una piscina helada de la que sabía que saldría algo más que calado hasta los huesos.

Nada era fácil con Cole, sino todo lo contrario; transformaba cualquier camino en un campo plagado de minas donde cada movimiento era decisivo y capaz de hacer saltar todo por los aires. Y yo estaba cansada de sentir que ponía mi integridad en juego con cada paso en falso que daba.

Me tapé los ojos con las manos y las presioné contra mi rostro. Debía cerrar el ciclo y sellarlo con un candado con la palabra *irreversible* grabada en el lomo, tal y como nuestra relación llevó la de *fracaso* desde el comienzo.

Al volver a abrirlos y toparme de nuevo con la pantalla, supe exactamente que, si bien aún no había hecho las paces con mi pasado, no estaba dispuesta a dejar que interfiriera en mi futuro.

@Girlonfire:

Si tan convencido estabas de que yo no era la chica de las alas, ¿por qué me dejaste llegar tan lejos?

@Midnightemptation:

Porque a diferencia de todos los que te precedieron, me despertaste cierta curiosidad.

@Girlonfire:

Entonces sí que te planteaste la posibilidad de que estuviera diciendo la verdad.

@Midnightemptation:

Deseé que estuvieras siendo sincera en todo momento, aunque eso implicara equivocarme.

Me mordí el labio con nerviosismo, intentando contener una sonrisa, y tras echar un rápido vistazo a la puerta y comprobar que los ácaros seguían siendo mis únicos acompañantes, volví a zambullirme en el chat.

@Girlonfire:

¿Estuviste esperando a que apareciera?

@Midnightemptation:

Eso es justo lo que te dije que haría, ¿no?

Aunque tu ausencia ha resultado ser lo mínimo que merecía después de todo.

@Girlonfire:

Siempre podemos volver atrás en el tiempo para que puedas enmendar tu error.

@Midnightemptation:

¿Qué propones?

@Girlonfire:

No lo sé, pero tienes toda mi atención. Ingéniatelas.



A mediados de la noche, el móvil ya se había convertido en una prolongación de mi brazo y cada vibración, proveniente o no del teléfono, me revolvía el estómago. No lo había soltado en ningún momento y era estúpido, porque no por tenerlo en las manos iban a llegarme antes sus mensajes.

Actualicé el foro por decimotercera vez y, de nuevo, salí de él sin ninguna respuesta y con un torrente de impaciente agonía pisándome los talones, pues hasta entonces nuestro intercambio de mensajes había sido continuo e ininterrumpido.

El aroma a palomitas recién hechas, con el toque justo de sal y una cálida afluencia de jarabe de mantequilla, se derritió sobre mis papilas gustativas y ahuyentó el resto de mis pensamientos.

Ginger se dejó caer en el sofá con brusquedad y un puñado saltó del bol que traía entre las manos.

Alargué el brazo para tomar un monto, pero me apartó de un manotazo antes de que pudiera hacerme con ellas.

—No hay palomitas para las que pasan de sus amigas por chatear por el móvil —dijo, con una sonrisa amenazante.

—¿Te recuerdo que fuiste tú quien me insistió para que le hablara?

—Ni me lo menciones. —Revoloteó dramáticamente las pestañas—. De saber que ibas a perder el cerebro, además de las bragas, me lo hubiera pensado dos veces.

—Compadécete un poco de mí. Solo he perdido las bragas y yo quería que me las arrancara. Con los dientes, a poder ser.

—La abstinencia sexual te tiene como una perra en celo.

—Si es que todo son quejas en esta casa. ¿Para cuándo un «Gracias, Blake, por no marcar con feromonas los muebles del salón» o «agradezco que no externalices tu sufrimiento restregándote contra los bordes de la mesa»?

—Lo bueno de todo esto es que no importa cuántos perros atraigas. Ninguno lo será más que tu ex.

—Coincido —asumí—. ¿Qué vemos?

—Por suerte para ti, ya me he encargado de elegir. ¿Existe algo mejor que tíos en leotardo, marcando paquete y metiéndose de hostias entre ellos?

—¿Infinity War?

—He viajado en el tiempo para ver todos los futuros alternos y estudiar los posibles resultados de esta elección, y en catorce millones seiscientos cinco finales acabamos mojando las bragas por Iron Man. Con eso te lo digo todo.

Pasamos las siguientes tres horas apelotonadas ante la pantalla del televisor, guardando un voto de silencio que únicamente rompimos por motivos de vital importancia, como decidir cuál era el verdadero culo de América, si Iron Man o Capitán América, o reabastecer el bol de palomitas.

@Midnightemptation:

¿Seguís con la maratón o habéis sucumbido al sueño?

Miré a un lado y me deleité con las vistas que me ofrecía Ginger. Te engañaba a primera vista con aquella melena caoba desparramada por la almohada y esas rojeces absurdamente estéticas que teñían sus mejillas, porque una vez la conocías no tardabas en notar que compartía mayor parecido con un ogro, y no solo por los ronquidos con los que conseguía hacer temblar las paredes.

@Girlonfire:

Soy la única que sigue en pie, Ginger ha caído en combate hace ya rato.

@Midnightemptation:

Tú también deberías descansar, es tarde y, que yo sepa, las clases de mañana no se han pospuesto.

@Girlonfire:

¿Tan pronto me mandas a dormir? Con las ganas que decías que tenías de encontrarme…

El nerviosismo que me suscitaba su respuesta hizo que me cambiara de posición en el colchón en varias ocasiones para, finalmente, tumbarme boca abajo. La almohada se ocupó de ocultar la sonrisa que se me escapó.

@Midnightemptation:

Todo dependerá de si me dejas hacerlo.

La última vez desapareciste sin decir nada, así que a lo mejor eres tú quien no quieres que te encuentre.

Enterré el rostro en la esponjosidad de la almohada antes de decidirme a escribir algo más.

@Girlonfire:

Pues por el momento no me escondo, así que si quisieras hacerlo sólo tendrías que venir a picar a mi puerta.

Era consciente de que no podría retroceder en el tiempo una vez hubiera enviado el mensaje. De hecho, lo tuve presente mientras lo tecleaba con manos temblorosas.

@Midnightemptation:

¿Y quién me la abriría? ¿Tú o la chica que coexiste dentro de ti y escapó de tu control noches atrás, cuando bailaste para mí?

Sus palabras vertieron en mí los recuerdos de aquella noche.

La piel se me erizó al evocar el momento exacto en que la oscuridad dejó de cegarme y empezó a resultarme esclarecedora. El sonido de la noche al crisparse con el paso de las horas, la volatilidad del ambiente que cargaba con la densidad de las emociones ajenas, el olor imperecedero del verano y ese sabor que dejaba en los labios todos los años y que, a esas alturas de la madrugada, se entremezclaba con el remanente de alcohol de una última copa.

En definitiva, lo diferente que se percibía la realidad cuando la libertad te hacía de parabrisas.

Una punzada me atravesó el vientre al recordar que, aunque en ese momento no fui consciente, alguien más fue testigo de la manera en la que me despojé de toda inseguridad para sentirme única, plena y en armonía conmigo misma. Soberana de mi propio reino de libertad, en el que no necesitaba la aprobación de nadie más.

@Girlonfire:

Depende, ¿quién te gustaría que te la abriera?

@Midnightemptation:

Intuyo que es la segunda quien habla por ti ahora, pero por el bien de ambas te diré que estás siendo demasiado temeraria al abrirle la puerta a alguien como yo, así, sin más.

Alguien como *él.*

Eran muchos los interrogantes que sembraba su verdadera identidad, pero pocas las respuestas que se habían hallado tras un año desde su primera aparición en el foro, con ese relato que tardó apenas unas horas en causar furor. Tras aquello, el nombre de Midnightemptation había estado en todas partes: en boca de estudiantes, profesores y haciendo eco en cada pasillo de la UCLA.

Su enigmática silueta estaba impresa en cada una de las palabras que habíamos intercambiado hasta el momento, y se sentía estúpidamente irreal. Recordaba las ocasiones en las que me encontré devorando sus relatos hasta altísimas horas de la madrugada, dejándome acariciar por su narrativa y la facilidad que tenía de incidir en los lugares más recónditos de mi ser.

Entonces, le di al botón de enviar.

@Girlonfire:

Si tanto te preocupa nuestro bienestar, ¿qué hace «alguien como tú» tentándome a estas horas de la madrugada?

Quizá tienes miedo de llamar a la puerta y darte cuenta de que ninguna de las dos es tan inocente como creías.

@Midnightemptation:

Siempre he estado abierto a la posibilidad de que lo fueras menos de lo que creí en un primer momento. No obstante, no se trata de mí, sino de ti.

Bailas con fuego porque crees que estás preparada para arder, pero, ¿lo estás?

Mi respiración se agitó y noté los labios temblorosos al tocarlos. Lo leí una y otra vez, esperando a que el mensaje desapareciese por arte de magia y yo quedara como una ilusa.

@Girlonfire:

Supongo que dependerá de si lo hago sola o acompañada, ¿sabes de alguien que esté interesado? Porque no te haces ni una remota idea de las ganas que tengo de arder.

@Midnightemptation:

¿Y tú? ¿Sabes lo peligroso que es aventurarse a jugar sin conocer primero las reglas del juego?

@Girlonfire:

Depende, ¿las reglas me las explicas tú? ¿O al final te echarás hacia atrás?

La frecuencia cardíaca se sentía extrema, como si estuviera a punto de hacer puenting sin cuerda.

@Midnightemptation:

Explicártelas no será suficiente, pero puedo enseñarte cómo acatarlas correctamente.

@Girlonfire:

Por suerte para ti, ambas versiones pueden ser muy complacientes cuando se lo proponen.

@Midnightemptation:

Tienes una mente perversa y no puedo dejar de preguntarme qué pasaba por ella cuando decidiste venir hasta mí. Porque te veo muy entregada a la causa.

@Girlonfire:

En que quemarme nunca me había resultado tan atractivo hasta que escribiste aquello sobre mí.

¿Y tú? ¿En qué pensabas cuando decidiste publicar ese relato?

Los segundos pasaron y el chat permaneció inmutable, en un silencio sepulcral que ansiaba que rompiera con su respuesta, que se escribía y borraba sin llegar nunca a enviarse.

@Midnightemptation:

Contigo en la pista y mis sentidos fuera de juego en nada bueno, eso seguro. Me pareciste un tormento hecho a medida.

@Girlonfire:

¿Habría cambiado algo de tenerlos todos contigo?

@Midnightemptation:

De haber tenido dos dedos de frente me hubiera contenido y, desde luego, me habría mantenido

bien lejos del teclado del teléfono. Me habría obligado a no mirarte más de lo necesario o, quizá, a disfrutarte en la lejanía con la condición de abandonar tu recuerdo en el olvido inmediatamente después.

O al menos eso quiero creer.

Ahí estaba de nuevo la densidad de su sombra, la que exprimían las palabras de sus relatos. Había algo en esa confesión que se sentía pesado. Real. Como si mi imagen realmente hubiera sido capaz de mancillar su mente y atormentarlo.

Por el momento, había una pregunta que atormentaba la mía. ¿Qué clase de chico no se acercaba a la chica que le atraía y, en cambio, se conformaba únicamente con escribir sobre ella?

El nombre de Cole me cruzó el pensamiento de inmediato y se ocupó de recordarme la mochila que traía a las espaldas. Si había aprendido algo sobre los hombres en ese último tiempo era que, a veces, debía echar el freno con ellos para poder observarles en su hábitat natural. Al fin y al cabo, no hacía tanto que había salido de una relación con uno que me había dejado sola, desamparada y lamiéndome las heridas.

Volví a centrar mi atención en la conversación. Por un momento hasta sentí cierto recelo hacia él, pero me pudo la curiosidad.

@Girlonfire:

Todavía no logro entender cómo me viste siquiera. No hacía nada en especial y había una cantidad de gente abrumadora, tanta que ni yo misma era capaz de encontrarme.

@Midnightemptation:

Me sorprende que digas eso, porque a mí me fue imposible no hacerlo.

Me encantaría satisfacer tu curiosidad, pero me temo que es en tus labios donde yacen todas las respuestas acerca de lo que sucedió aquella noche.

@Girlonfire:

Desde que leí el relato me pareció que la chica de las alas de valquiria era como un espejismo. Parecía inalcanzable e inocente, tan pura que era imposible que fuera de este mundo.

@Midnightemptation:

A ojos de un pecador, todo es inocente y fácil de corromper.

La imagen de su sombra fundiéndose con la oscuridad entre la que yo osé deleitarme, desnuda de prejuicios, hizo que se me acelerara el pulso.

@Girlonfire:

¿Y yo? ¿Qué tan inocente y fácil de corromper te parezco?

4

No sabía cuál era el origen de mi consternación: que no pudiera encontrarle ni un mínimo de sentido a las fórmulas que ocupaban la enorme pizarra del aula de Estadística —cuya dimensión era estratégica debido a la cantidad de alumnos que repetían año tras año la materia— o la tranquilidad con la que el profesor Hayes caminaba por la tarima, como si aquello no fuera nada para él.

Hacía ya muchos años que había asumido mi falta de destreza para las matemáticas, pero André y su don innato para domar los números sin siquiera despeinarse poseían la habilidad de hacerme sentir más estúpida de lo que ya era.

Se paseaba con tal seguridad y firmeza que no había nadie con las agallas suficientes para apartar la mirada de él. Su cabello cenizo estaba peinado a la perfección hacia un lado, a excepción de un par de mechones rebeldes que le caían sobre la frente. Unas cejas oscuras y pobladas enmarcaban sus profundos ojos castaños mientras que el vello rasurado de la barba en su mentón resaltaba una mandíbula cuadrada y varonil.

Tez trigueña, aún favorecida por el beneplácito del verano, nariz recta y unos labios de infarto que pocas, o ninguna, habían tenido oportunidad de besar, André Hayes fue el *crush* de muchos durante su etapa como estudiante en la universidad y el placer culposo actual de sus alumnos ahora que ejercía como profesor.

La primera hora de clase pasó antes de lo previsto, quizá porque se dedicó a hacer un mero repaso por las nociones básicas de la asignatura, aquellas que incluso yo dominaba.

Levantó la voz ante la estampida que se armó al sonar el timbre.

—¡No tan deprisa, chicos! Como sé que este verano habéis echado en falta mis clases, me he tomado la libertad de subiros unos ejercicios de repaso del semestre anterior al campus para que podáis refrescar la memoria. —Los lamentos y quejas no tardaron en hacerse escuchar y él los recibió, risueño—. Esta práctica no ponderará para la evaluación, pero su entrega es obligatoria, ¿estamos? No encontraréis nada que no hayamos hecho antes, así que no tendréis problemas para resolverlos.

Recogí mis pertenencias con torpeza y me apresuré a abandonar el aula. A continuación, me abalancé por el pasadizo e intenté fundirme con el resto del alumnado que, al igual que yo, daba por superada la primera clase del día. No obstante, ni con esas fui capaz de evadirle.

Los ojos de Cole, a quien por lo visto no se le habían pegado las sábanas esa mañana, me acribillaban el cogote desde que entré a Estadística y, por si no fuera suficiente, ahora también lo hacía su voz.

Seguí con mi camino, abriéndome paso a codazos entre el gentío, hasta llegar a las puertas de la Facultad y, cuando por fin creí que iba a librarme, noté cómo alguien me

detenía.

—Blake.

Pese a que pronunció mi nombre en un susurro, fue incapaz de disimular la advertencia implícita que ocultaba.

—¿Y ahora qué quieres? —mascullé entre dientes al verlo ocupar un lugar a mi lado.

—Te he escrito este fin de semana y ni siquiera has abierto los mensajes. Llevas días evitándome.

—¿Y no te has planteado que, si no te respondí, fue porque no quería hacerlo?

Me miró con los ojos entrecerrados mientras sopesaba mi respuesta, que parecía no decirle lo suficiente.

—Pensé que después de la conversación del otro día comenzábamos a estar bien otra vez.

Mi subconsciente soltó una carcajada que hizo eco en mi interior y yo me limité a escucharla, pues sabía que me lo tenía más que merecido. Cole era de esas personas a las que le dabas la mano y te agarraban del brazo, lo sabía de sobra. Pese a ello, noches atrás, en la fraternidad, se la ofrecí de nuevo.

La única culpable de esa excesiva confianza con la que tomaba todo lo que quería y más de mí, era yo. Por mostrarme indulgente, débil, ante alguien que merecía sufrir mi indiferencia.

—¿Pensabas? —Exhalé—. No me jodas, Cole. ¿Qué punto de la conversación te hizo pensar que algo entre tú y yo volvería a estar bien alguna vez?

Hundió las cejas al escucharme y los labios se le fruncieron hasta formar una línea. Se estaba conteniendo, pero su molestia era más que obvia para mí. Podía verla ahí, en el interior de sus ojos, en plena ebullición.

—Dijiste que aceptabas mis disculpas.

Quise meterme en esa cabeza cuadrada y hueca que tenía y gritar hasta que mi voz resonara entre sus pensamientos.

—Sí, y también que quería que cada uno fuera por su lado de aquí en adelante. Pero supongo que esa parte no te interesó escucharla.

—Blake. —Lo noté temblar por la ira, mas no sabía hacia quién de los dos iba dirigida —. Sé que no me porté bien contigo y que te sobran motivos para no querer verme ni en pintura, pero por favor te lo pido, dame otra oportunidad.

De repente, me di cuenta de la cantidad de veces que había vivido esa escena ahí mismo, a puertas de la Facultad. Cuántas veces me había encontrado a mí misma en ese lugar, escuchándole pedirme perdón, excusarse por todo lo que había hecho mal y prometiéndome que esa sería la última, pese a que ambos sabíamos que nunca era así.

—Si lo sabes, ¿por qué vuelves a hacer lo mismo? ¿Por qué no puedes dejarme vivir en paz? —alcé la voz. Y lo hice porque estaba enfadada con él, pero sobre todo porque lo estaba conmigo misma por haber bajado la guardia.

—¡Porque soy un hijo de puta egoísta que no sabe vivir sin ti!

El ambiente disperso de primera hora de la mañana desapareció y el tráfico de estudiantes, que iban y venían de sus respectivas clases, se detuvo ante el espectáculo que estábamos montando.

—Sé que me merezco tu indiferencia. Joder, me encantaría poder decir que no me daba cuenta, que no era consciente de que te hacía sufrir, ¡pero no puedo! ¡Ya no sé cómo pedirte perdón por todas las veces que te herí con mis mierdas! —clamó con la voz hecha trizas—. Siento haberme dado cuenta de esto tan tarde y sé que soy egoísta al pedirte esto. Un hijo de puta egoísta, pero enamorado.

Dio un paso hacia mí y yo di otros más, en dirección contraria.

—Cole, haznos un favor a los dos y cállate —advertí.

—Si alguna vez te he importado, escúchame. Blake, demuéstrame que de verdad sentiste alguna vez algo por mí, porque no te reconozco. No reconozco a la mujer frívola en la que te has convertido.

Me acerqué a él, devorando la distancia que yo misma había interpuesto entre ambos, y lo tomé por el brazo. Cuando lo tuve lo suficientemente cerca, procedí a decirle al oído, lejos de las habladurías de quienes nos rodeaban, lo que llevaba guardándome todos aquellos meses.

—No tienes ni la más mínima idea de lo que me está costando no soltarte un guantazo e irme, así que escúchame con atención, porque no volveré a repetírtelo nunca más —me pronuncié—. La otra noche te mentí. No importa cuántas veces me pidas perdón, porque nunca, jamás, voy a perdonarte. Lo único que siento por ti es rabia y asco, porque tú mismo te encargaste de destruir todo lo que había antes. Deja de lamentarte por haberte comportado como lo que eres y asumamos ambos que la única culpable de haberte aguantado fui yo, por creer que podías ser algo más que el capullo sin escrúpulos que evidentemente eras.

Contuvo el aire y aproveché su incapacidad para responderme para quedarme tranquila de una vez por todas.

—Créeme que indiferencia es lo mínimo que te mereces después de haberme grabado sin mi consentimiento, Cole. ¿O es que todavía no te habías dado cuenta de que te estabas comportando como un capullo cuando dejaste que los vídeos se filtraran en el campus? No, seguramente no. En ese momento sólo te importaba quedar como un machote, dejar claro que tú eras, de entre todos, el que la tenía más larga y gorda, ¿a que sí? —dije, cínica—. Aprovecha que la vida te sonríe. Has perdido a una chica, pero has ganado confianza en tu virilidad, campeón.

Seguí impasible ante su repertorio de excusas. No quería, no soportaba la idea de volver a ser esa chica estúpida que disculpaba las acciones más crueles a cambio de palabras bonitas pero vacías.

—No vuelvas a acercarte a mí.

Compuse una mueca al encontrarme con el montón de apuntes esparcidos frente a mí, desordenados y llenos de fórmulas que memoricé el año anterior y ya no recordaba. Había aprovechado la hora libre que me quedaba antes del almuerzo para ir a la biblioteca de la universidad y adelantar los ejercicios que André mandó esa misma mañana, pero lo único que había conseguido hasta entonces era exasperarme.

Exhalé en un vago intento de deshacerme del cansancio y permití que mis ojos vagaran por la librería en la que llevaba encerrada las últimas dos horas. Al parecer no era la única que había perdido agilidad en alguna asignatura, pues el recinto estaba atestado de estudiantes enfrascados en sus respectivas lecturas.

Mi móvil vibró sobre la mesa, levantando las miradas del resto de estudiantes que la ocupaban. Sonreí con falsedad y me eché sobre el teléfono para sofocar el ruido.

@Midnightemptation:

¿Cómo van esos ejercicios? ¿Todavía se te resisten?

El recordatorio de todas las horas de sueño que me faltaban aquel día saltó en la pantalla al desplegar la barra de notificaciones. No recordaba quién de ambos se durmió primero, pero lo que sí sabía con seguridad era que nos dieron las tantas de la madrugada y ninguno de los dos parecía dispuesto a abandonar la conversación que emprendimos noches atrás.

@Girlonfire:

El curso acaba de empezar y ya me veo estudiando para las recuperaciones, así que imagínate.

Mi orgullo fue lo único que me impidió acudir al despacho del profesor Hayes tras la primera clase de Estadística del semestre. Eso y un poco de vergüenza, a decir verdad.

El año anterior iba tan apurada en la materia que me vi obligada a tomar las horas de atención personalizadas del centro, que servían de flotador a aquellos estudiantes que andaban algo justos en nociones de natación. Por suerte para mí, el profesor Hayes, además de guardar un parecido considerable con los modelos que ocupaban las portadas de Calvin Klein, también lo hacía con las hermanas de la caridad, puesto que ofrecía intensivos extracurriculares para los que requeríamos directamente de un socorrista.

En definitiva, su despacho se convirtió en mi segunda residencia y el poquito sentido de la vergüenza que habitaba en mi ser me impedía que, tan solo tres meses después de haber terminado las clases, fuera a picar su puerta para decirle que ya no me acordaba de nada de lo que, con tanto esfuerzo, me enseñó.

@Midnightemptation:

Lo más probable es que estés algo oxidada después del verano, nada más. Tómalo con calma.

@Girlonfire:

Pues no sé qué decirte. Yo creo que estoy oxidada desde que nací.

No he vuelto a encontrarle sentido a las matemáticas desde que aprendí a dividir.

@Midnightemptation:

¿Y si te ofreciera un incentivo a cambio de que lo intentaras?

@Girlonfire:

Muy bueno tendrá que ser ese incentivo para que vuelva a enfrentarme a ese engendro del demonio.

@Midnightemptation:

Resuélvelos todos y me ocuparé personalmente de hacerte olvidar todo el sufrimiento que te causen.

@Girlonfire:

¿Qué puedes ofrecerme que sea tan tentador para que me esfuerce siquiera?

@Midnightemptation:

Empecemos resolviendo algunos de los interrogantes que dices tener sobre mí y ya veremos hasta dónde llegamos, ¿te parece?

No intenté siquiera hacerle ver que no sabía de qué hablaba, porque recordaba con una exactitud milimétrica el minuto y segundo de la madrugada en el que se me ocurrió confesarle que pecaba de una curiosidad tan grande como la del resto de estudiantes desde que leí su primer relato. Por supuesto, había obviado detalles insignificantes como que me machacaba el esmalte de uñas esperando las actualizaciones semanales.

Me decidí a aparcar el teléfono tras intercambiar un par de mensajes más, pues mis ojeras eran prueba suficiente de lo mucho que podían alargarse nuestras conversaciones, y me dispuse a buscar el manual de Estadística que el profesor Hayes había *linkeado* a los ejercicios de repaso.

La biblioteca me parecía un laberinto. Cada pasadizo era igual de largo y estrecho que el anterior y estaba tan atestado de tomos académicos como el que le seguía, así que tardé una eternidad en localizar el maldito libro y media de otra en poder siquiera alcanzarlo, porque estaba a dos estanterías de distancia de donde me permitía llegar mi corta estatura.

Estuve a punto de gritar *eureka* cuando alguien me lo arrebató de las manos.

—*Nociones de Estadística Aplicada Básica,* cómo no.

Deseé profundamente haberme quedado dormida durante la clase del profesor Hayes y que todo lo que sucedía ahora a mi alrededor no fuera más que una desafortunada ilusión producto de mi mente, prodigiosa en ámbitos creativos.

Pero sabía que una fragancia como la suya, que mezclaba los aromas amaderados de las grandes marcas con la pestilencia de una arrogancia igual o más penetrante, era difícil de replicar en el mundo de los sueños.

—¿Acaba de empezar el curso y mi hermano ya te está dando problemas?

El asco que me embargó al darme la vuelta y encontrarlo frente a mí debió ser muy evidente, porque Elliot no pudo hacer más que arquear una ceja. Su cabello rizado estaba un par de tonos más claro a causa de su exposición prolongada al Sol y varios centímetros por debajo de la línea de la mandíbula.

Me pregunté si la temperatura bajo esa densa mata de pelo había sido suficiente para freírle el cableado neuronal.

Su mirada era punzante y perspicaz, como de costumbre, señal de que, por desgracia, no sólo seguía gozando del atractivo congénito que compartían los tres hermanos Hayes, sino que además mantenía el intelecto intacto. Por tanto, seguía siendo el mismo figurín popular y gilipollas que de costumbre.

Le arrebaté el tomo sin contemplaciones y le dediqué la sonrisa más tétrica de todo mi repertorio, esa que tenía guardada para aquel grupo selecto de personas a quienes aborrecía con todo mi ser. Recorrí el pasadizo en completo silencio, a sabiendas de que los pasos de Elliot se solapaban con los míos a escasos metros de distancia, porque no era el tipo de persona capaz de aceptar un no como respuesta, y torcí la primera esquina en dirección a mi mesa.

Los ánimos decayeron en cuanto abrí el manual y me adentré en la presentación del libro, que prometía ser una solución asequible para quienes no nacimos con un don para los números. A mí me pareció una invitación al suicidio.

Por si esa frustración no fuera suficiente, también estaba Elliot, que me había seguido y se había sentado frente a mí. Me miró por encima del desorden de mis apuntes, como si le importara un bledo la animadversión que sentía hacia él y la poca paciencia que me quedaba a esas alturas.

—Ilumíname. ¿Estás aquí por algún motivo en concreto o simplemente has venido a joderme la existencia por estar en el lugar y momento equivocado?

La despreocupación con la que se reclinó en la silla me hirvió la sangre, pero fue esa mueca burlona la que incentivó mis ganas de abrirle una brecha en la cabeza con el manual.

—Te veo tensa. ¿Qué pasa, el segundo tomo te va grande?

—Me pasa que ya he perdido bastante tiempo con un gilipollas esta mañana como para que ahora venga su mejor amigo, que resulta ser otro gilipollas, a tocarme las narices. Así que ahórrate el discurso.

Levantó un poco las cejas mientras una sonrisa se le asomaba en los labios, recibiendo con gusto la sarta de barbaridades que le lanzaba como misiles.

—Solo por curiosidad, ¿cuál crees que es el motivo por el que estoy aquí?

—Ni lo sé ni me interesa. Es más, si está relacionado con Cole ya puedes levantarte e irte por donde has venido —le advertí.

—Pero... ¿y si no? ¿Y si te equivocas y no he venido hasta aquí para hacer de Cupido y arreglar los desperfectos de tu relación tóxica-dependiente? —me desafió. Sus ojos, que eran de un color azul profundo y vibrante como el del cobalto, me acribillaban sin compasión en busca de un solo indicio de duda.

—Te tomo la palabra, pero… —Deslicé los codos sobre la mesa hasta que quedamos lo suficiente cerca como para que nadie a nuestro alrededor pudiera escucharnos—. Voy a declinar tu oferta y a asumir el riesgo de equivocarme.

Cogió un folio de los muchos que había esparcidos en la mesa, me quitó el bolígrafo de la mano con una chulería calcada a la que yo usé al arrebatarle el manual y escribió,

con una caligrafía perfecta, un seguido de números que intuí pertenecían a su móvil.

—¿Qué se supone que haces? —pregunté cuando lo deslizó hacia mí, como si fuera un gramo de coca y no un papelito inofensivo—. No voy a usarlo.

—Quédatelo, por si acaso.

—¿Por si me quedo sin papel y necesito algo con lo que limpiarme el culo?

Soltó una corta, aunque sonora, risa nasal.

—Errar es de humanos y rectificar de sabios. —Se levantó de la silla sin dejar de mirarme—. Estaré esperando tu mensaje para cuando estés preparada para ser lo último.

5

Cuando miré la pantalla estaba indecisa y vacilante. Podía hacerme la dura con Ginger y fingir que lo sucedido con Cole y Elliot no me afectaba tanto como lo hacía en realidad porque sabía que ella me daba tiempo, espacio para recuperarme y hablar.

Sin embargo, Midnightemptation no era como ella. Se expresaba con una sinceridad feroz y me exigía lo mismo a cambio. A pesar de que no existían condiciones dentro de nuestros juegos, era como si esa estuviera implícita. Entre nosotros no cabía cobardía ni temor posible, y él se ocupaba de que así fuera.

@Midnightemptation:

Si no es amor y dices que ya no sientes nada por él, entonces, ¿por qué estás así?

Mi corazón empezó a bombear sangre por encima de su ritmo habitual. Me había preguntado eso mismo un centenar de veces, pero no encontraba ninguna respuesta que me convenciera.

Recoloqué los cojines que había sobre mi cama y me acomodé sobre ellos.

@Girlonfire:

¿Tan difícil soy de entender?

@Midnightemptation:

No, para nada. Lo que quiero decir es que, si solo fuera una decepción, no estarías como estás. Hay algo más. Una secuela por curar, sentimientos que resolver, emociones suprimidas…

@Girlonfire:

¿Y qué quieres que te diga? ¿Que me gustaba? Pues sí, me gustaba. Empezó siendo algo meramente físico que luego se complicó. Pero no fue amor, estoy segura.

@Midnightemptation:

A eso me refiero, no fue sólo físico. Estuvisteis juntos durante meses, tenía que haber algo más. Y ese algo más es lo que te ha roto.

El esmalte de uñas se me había saltado por completo de tanto mordérmelas y tenía los labios estaban resecos por la desazón.

Mi relación con Cole había sido un vaivén de emociones, una montaña rusa con puntos álgidos en muchas ocasiones y curvaturas tan bajas que prometían besar el subsuelo.

Se me empañaron los ojos y aproveché la oscuridad de la habitación para dejar que las lágrimas cayeran.

Supe desde el minuto uno que lo nuestro no sería algo *serio*. De hecho, ni siquiera nos molestamos en ponerle nombre. Había atracción y ganas, muchas ganas, pero el tiempo fue haciendo mella en nosotros. Podía ser que incluso hubiera despertado sentimientos hacia él sin darme cuenta... No estaba enamorada, nunca en mi vida lo había estado, pero sí sentía *algo* por Cole. Por el chico que conocí al principio y del cual ya no

quedaba nada.

@Girlonfire:

Cuando empezamos me trataba mejor que nadie que hubiera conocido hasta entonces. Pero empezó a pasar el tiempo y, de repente, ya no parecía ni la misma persona.

Después de que se publicara el vídeo, me pasé semanas sin ir a la universidad por miedo a que alguien me reconociera. Y, aunque rompiéramos la relación de inmediato en cuanto filtró esos vídeos, que ni siquiera sabía que tenía, igualmente esperé algo más de él.

Una disculpa, apoyo emocional, no lo sé. Era lo mínimo que me merecía después de todo.

@Midnightemptation:

Y no fue así.

@Girlonfire:

No.

Era incluso peor. No sólo no estuvo para mí, sino que además me dio la espalda cuando más lo necesitaba.

@Girlonfire:

Si él hubiera estado en mi lugar, le habría apoyado sin dudarlo. Primero por el sentimiento de culpa, luego por el cariño que le tenía.

@Midnightemptation:

No esperes jamás que los demás hagan por ti lo mismo que tú harías por ellos, porque sois personas diferentes y, como tal, tenéis prioridades, personalidades y formas de actuar diferentes.

Lo que para ti es normal, puede estar fuera de alcance para otro Y hay que tener en cuenta que estamos rodeados de personas cuya responsabilidad afectiva brilla por su ausencia.

@Girlonfire:

¿Crees en el amor?

En el romántico, quiero decir.

Su respuesta se hizo esperar, como siempre que hablábamos de temas espinosos, pero no desistí. Además, quería obviar el asunto de Cole tanto como pudiera. Al menos hasta que dejara de dolerme de la forma en que lo hacía.

@Midnightemptation:

Quizás, aunque no lo concibo como se hace popularmente. Siento que se habla de él con tanta facilidad que pierde todo el valor.

@Girlonfire:

¿Habla la experiencia?

@Midnightemptation:

No, solo el desconocimiento.

@Girlonfire:

Entonces nunca te has enamorado.

@Midnightemptation:

Tendría que volver a sentirlo para poder responder.

¿Y tú?

@Girlonfire:

He oído hablar mucho del amor, pero nunca he sentido nada parecido. Atracción sexual sí, pero era tan físico y tangible que no creo que pueda considerarse amor.

@Midnightemptation:

Joven e inexperta, entonces.

¿Y qué me dices del sexo?

@Girlonfire:

Me gusta, pero no lo disfruto como quisiera.

@Midnightemptation:

Explícate.

@Girlonfire:

Ningún hombre ha llegado a hacerme sentir como se supone que debería sentirme.

No sé si me explico.

@Midnightemptation:

¿Y, según tú, cuál es la forma en la que deberías sentirte?

Esa era una gran pregunta. ¿Cómo debía sentirme?

No tenía ni la más remota idea.

Los libros y películas hablaban de momentos de excitación álgidos en los que a la chica le temblaban las piernas y se le escapaban gemidos sin posibilidad de contención. Momentos de tensión sexual en los que no hacían falta preliminares y los besos decían más que palabras. Sesiones de sexo eternas que terminaban con las extremidades gelatinosas y una necesidad imperiosa de repetir una y otra vez.

Yo jamás había sentido algo así, y no sabía cómo debía tomármelo.

@Girlonfire:

Debería sentirme incapaz de contenerme, incapaz de controlar mi cuerpo y sus reacciones a las caricias. Debería erizárseme el vello y nublárseme el juicio por el placer. Debería quedar extasiada y tan cansada que ni siquiera podría levantarme sin tambalearme antes.

@Midnightemptation:

¿Y por qué crees que no sientes todo eso que deseas sentir?

@Girlonfire:

En algún momento, llegué a pensar que había un problema conmigo. Que era rara o que había algo en mí que no funcionaba como debía. Ahora mismo, lo que creo es que no me identifico con lo que suele gustar al resto de gente.

@Midnightemptation:

A lo mejor tu cuerpo pide algo más que eso, pero si no lo has probado es difícil saberlo.

¿Qué te llama la atención?

Se me agitó la respiración y, de nuevo, un cosquilleo de lo más agradable se posicionó en mi entrepierna. Me mordí el interior del labio, dubitativa.

En realidad, algunas prácticas sí que llamaban mi atención... Pero era vergonzoso admitirlo. Decirlo en voz alta. Reconocérmelo a mí misma.

@Girlonfire:

No lo sé, quizá solo necesito alejarme un poco de lo convencional. Probar cosas nuevas.

@Midnightemptation:

¿Qué es lo que pasa por tu mente cuando dices probar cosas nuevas?

@Girlonfire:

Que me aten, me priven de los sentidos y me sometan... Estoy abierta a todo tipo de propuestas.

Algo similar a lo que sueles escribir en el foro.

La pantalla se mantuvo quieta durante algunos minutos.

@Midnightemptation:

¿Qué intentas, Blake?

@Girlonfire:

¿Yo? Nada.

Mentí.

@Midnightemptation:

¿Intentas provocarme, quizá?

Ya te dije que si jugabas conmigo, ibas a quemarte.

@Girlonfire:

Y yo te respondí que no le tenía miedo a arder.

Pero si no estás de acuerdo conmigo, siempre puedes castigarme.

@Midnightemptation:

¿Quieres un castigo?

@Girlonfire:

Si lo impartes tú, sí. Uno detrás de otro.

Pese a que no solía ser tan lanzada, me dejé llevar por el anonimato y las ansias por descubrir quién había detrás de su usuario.

@Midnightemptation:

Te advierto que mis métodos son poco ortodoxos. No sé si tu delicada piel podrá aguantarlos.

@Girlonfire:

Ponme a prueba y, si no, siempre podrás lamer mis heridas, ¿no?

@Midnightemptation:

Me estás volviendo loco, lo sabes, ¿verdad?

¿Estás sola?

@Girlonfire:

Sí, no hay nadie más en el piso hasta mañana por la tarde.

Puedes venir a hacerme compañía si quieres.

@Midnightemptation:

No digas eso.

@Girlonfire:

Si lo hicieras, podrías ayudarme a descubrir qué prácticas me gustan. Accedería encantada a

todo, sin rechistar.

@Midnightemptation:

Créeme que, en cualquier otra circunstancia, ya estaría allí, contigo.

@Girlonfire:

Pues hazlo. La llave está bajo la puerta.

@Midnightemptation:

No puedo.

Suspiré con resignación y me hundí en el colchón.

Sabía que lo que pedía era demasiado y que no iba a darse la situación, aunque le rezara de rodillas a todos los dioses habidos y por haber, pero lo deseaba con tanta fuerza que no podía evitar verbalizarlo. Me sentía incluso avergonzada de lo excitada que estaba por hablar con él de esa forma, cuando en situaciones mucho más comprometidas e íntimas no lo había estado ni una décima parte.

@Midnightemptation:

Pero no necesito estar allí para darte placer, Blake.

Desnúdate.

Tardé algunos segundos en asimilar sus palabras y hacer lo que me pedía. Aunque a esas alturas estaba tan acalorada que hubiera aceptado prácticamente cualquier petición por su parte.

Me estremecí cuando introduje mis fríos dedos en el tiro del pantalón del pijama y me lo quité, temblando un poco más cuando rozaron la piel desnuda de mis caderas. Proseguí sacándome el resto de las prendas que todavía cubrían mi cuerpo hasta quedar desnuda.

Me aseguré de hacerle saber que me encontraba tal y como él me había dicho y esperé el siguiente mensaje.

@Midnightemptation:

Blake, quiero que te toques. Que lo hagas como si tus manos fueran las mías y te tomes el tiempo que ameritas. Así es como lo haría yo.

Te recorrería despacio, porque hay ciertos pecados que necesitan cometerse con calma para no perder la cabeza. Y tú eres uno de los grandes.

Antes de que lo pidiera, ya estaba haciéndolo. Me meneé hasta encontrar una posición que me fuera cómoda y flexioné las rodillas para, entonces, dejar que mis manos comenzaran a recorrerme el abdomen, dando especial atención a mis pechos, que demandaban atención.

Jugueteé con mis pezones hasta dejarlos erectos. La combinación que emergía de la excitación que crecía en mí y el aire gélido que envolvía la habitación era adictiva.

Anhelaba sentir su lengua en cada rincón de mi piel erizada, probándome.

@Girlonfire:

Nada de lo que pueda hacer hará que olvide lo que deseo que me hagas tú.

@Midnightemptation:

Y nada de lo que pueda decirte me quitará las ganas de hacértelo, pero esto engaña al hambre.

Si estuviera allí, no serían tus dedos los que bajarían por tu cintura. Sería mi boca después de haber mordido tus labios hasta dejarlos rojos. No serían tus manos las que te acariciarían el vientre con falsa delicadeza, serían las mías cuidando cada roce hasta hacerte estremecer, regocijándome en tus ansias de placer y torturándote al no atender el movimiento de tus caderas alzadas.

Esbocé un clarísimo *joder* al leerlo y dejé que mis caricias se tornaran más bruscas y necesitadas que antes, provocándome algún que otro suspiro inesperado. Descendí hasta toparme con el vello que cubría mi sexo y eché la cabeza hacia atrás cuando tanteé aquella zona húmeda.

@Girlonfire:

¿Hasta dónde quieres llegar con esto?

@Midnightemptation:

Hasta donde tú estés dispuesta, Blake.

Se me olvidó que estábamos hablando por teléfono, pese a lo difícil que era mantener la conversación y atenderme a la vez.

@Girlonfire:

Haz que me retuerza de placer.

@Midnightemptation:

Tus deseos son órdenes para mí.

6

La acalorada discusión que Heaven y James protagonizaban en su despacho hacía eco en la oficina pese a estar con la puerta cerrada. Sus voces, que al principio fueron un murmullo más en el corredor principal, se solapan una sobre la otra, señal de que la disputa había cruzado el límite de no retorno.

Los gritos eran atronadores, traspasaban cualquier barrera que hubiera ante ellos. Tanto era así que me planteé la posibilidad de ir un paso más allá y usar los tampones que llevaba encima como tapones para los oídos.

La llegada de una nueva notificación, proveniente del foro de estudiantes, me devolvió las ganas de vivir perdidas a lo largo del día.

@Midnightemptation:

¿Se ha relajado el ambiente o necesitas que haga saltar las alarmas de incendio del edificio para que te evacúen?

@Girlonfire:

Por mí no te contengas. Haz que esto arda hasta que no quede una sola pared en pie.

¿Tú cómo vas?

@Midnightemptation:

No mucho mejor. Aún no he terminado el relato de esta noche.

@Girlonfire:

Así que ni siquiera el gran Midnightemptation se libra de los bloqueos creativos, eh.

@Midnightemptation:

Lamento desilusionarte, pero me temo que lidio con las mismas batallitas que cualquier otra persona.

@Girlonfire:

En realidad es un alivio saber que eres humano. Estaba empezando a preocuparme.

@Midnightemptation:

Veo que hoy te has levantado especialmente graciosa.

@Girlonfire:

Y generosa. Si te portas bien puede que incluso te ayude.

@Midnightemptation:

¿Y qué he hecho para ser merecedor de un acto tan altruista? ¿O es que quizá tienes algo en mente que aún no me has contado?

Ahí estaba la oportunidad que había estado esperando, servida en bandeja de plata para mí.

@Girlonfire:

En verdad tengo muchas preguntas a las que todavía no les has dado una respuesta.

Quedamos en que eliminarías mis interrogantes, ¿no? Pues bien, quiero empezar a hacerlo

ahora.

@Midnightemptation:

Para ser más exactos, quedamos en que lo haríamos por la noche, pero eres impaciente y quieres cobrarte el premio antes de tiempo.

Sonreí para mis adentros. La verdad era que quise cobrármelo en el momento en que me lo propuso, aunque admitirlo en voz alta dejaría en claro que, además de impaciente, era una descarada.

@Girlonfire:

Necesitas ayuda y quiero ayudarte. Además, nada es gratis en esta vida.

Lo que te propongo es un trato en el que ganamos los dos.

@Midnightemptation:

Me sorprende que pienses que puedes ganarme a mi propio juego, sobre todo teniendo en cuenta que desconoces por completo sus normas.



Los jueves por la noche eran sagrados para Ginger y para mí desde que nos mudamos al departamento, nuestro día por excelencia.

El ritual comenzaba poco antes de las seis de la tarde, con ella preguntándome qué íbamos a hacer para cenar pese a que ambas sabíamos que, desde que instauramos esa tradición, no habíamos ensuciado la cocina ningún jueves. Decidíamos qué ver mientras esperábamos a que llegara nuestro pedido a domicilio y, cuando ya teníamos el salón patas arriba, sacábamos el arsenal de mascarillas, cremas y pintauñas.

Pasábamos el resto de la noche anticipándonos al fin de semana entre chucherías, cotilleos, la actualización semanal de Midnightemptation y, si la ocasión lo ameritaba, chupitos de tequila. Me faltaban manos para contar la cantidad de veces que habíamos acabado bailando hasta las tantas de la madrugada por el salón, y otras tantas en las que una tuvo que sujetarle a la otra el cabello mientras vomitaba en la taza del váter.

Ese jueves fue la excepción.

Tocaban las ocho de la tarde cuando llegué al apartamento y me lo encontré vacío. Lo único que quedaba de ella era un remanente de su característico perfume en el ambiente, que exudaba feminidad y una sensualidad tan calculada como para reducir los sentidos de cualquiera, y el post-it que me dejó en la cocina avisándome de que no la esperara ese día.

Me decidí a ver *Emmanuelle* mientras terminaba de engullir la comida, nadando devastada en la amarga soledad en la que Ginger me había abandonado. El jueves estaba por terminar y la presencia de mi amiga no era la única que brillaba por su ausencia. Tampoco había rastro de actualización en el foro.

Abrí la conversación con Midnightemptation y le mandé un «se te hace tarde, ¿tendremos actualización o el bloqueo ha podido contigo?».

El teléfono sonó entre mis manos casi al instante.

@Midnightemptation:

No seas impaciente, son las once y cuarenta y nueve. Todavía tengo once laaaaargos minutos por delante.

Dejé caer la cabeza en el respaldo del sofá y un suspiro murió en mis labios al darme cuenta de las probabilidades que tenía de conseguir una mejor respuesta por su parte. Estaría mintiendo si dijera que no me molestaba lo poco conversador que se encontraba y sus inexistentes ganas de satisfacer mis ansias de hablar con él.

Estaba inmersa en la trama cuando el móvil volvió a temblar.

@Midnightemptation:

¿Qué hay de ti? ¿Haces algo especial esta noche?

Sin dudarlo una fracción de segundo, le mandé una foto de la pantalla del televisor, con mis pies asomando por una de las esquinas.

@Girlonfire:

Mi compañera de piso me ha dejado tirada y estoy viendo Emmanuelle para pasar el rato, así que tú dirás.

@Midnightemptation:

No me parece un mal plan para un jueves por la noche. De hecho, te acompañaría si pudiera. Tengo entendido que es una buena película.

@Girlonfire:

Yo creo que si nos apretamos un poco, cabemos los dos en el sofá.

@Midnightemptation:

Qué confianzas. Al menos invítame a un café primero, ¿no?

@Girlonfire:

Podría hacerlo, pero nuestra cafetera es un peligro. A la que te descuidas, te electrocuta. Para usarla tenemos que apagar el resto de electrodomésticos del piso porque se nos saltan los plomos.

Si me voy a jugar la integridad física, pido algo a cambio.

@Midnightemptation:

Para estar estudiando Periodismo tienes un talento innato para los negocios.

A ver, sorpréndeme, ¿qué quieres?

@Girlonfire:

Me conformo con que me pases un anticipo del relato, ya que antes te has acobardado cuando te he ofrecido mi ayuda.

@Midnightemptation:

Lo tuyo es insistencia y lo demás son tonterías.

Los labios se me curvaron con una débil sonrisa.

@Girlonfire:

Diosito premiará tu buena fe si te compadeces de mí y me das una pista, ¿sabes? Así que sé un buen samaritano.

@Midnightemptation:

Quedan dos minutos. Estoy convencido de que sobrevivirás.

@Girlonfire:

Así no se trata a una musa.

@Midnightemptation:

¿Me lo parece o tratas de chantajearme?

Un par de notificaciones sonaron en mi teléfono y yo las abrí a toda prisa. Sonreí como una niña al ver la esperada actualización, pero mi sonrisa se agrandó al notar que la otra pertenecía al último mensaje que Midnightemptation había enviado. Un «Que lo disfrutes».

Deambulo por las calles de una ciudad ausente consciente de que, si percibo el rastro de mi propio caminar en ellas, es porque las he recorrido demasiadas veces estas últimas noches. Como era de esperar, los desvaríos que me han acompañado no se han desvanecido. Al contrario, se han perpetuado en el ambiente al igual que tu imagen lo ha hecho en mi mente.

Los pensamientos me asaltan cuando, tras girar la misma esquina de cada madrugada, hallo una oscuridad incorregible que poco o nada tiene que ver con lo que las manecillas del reloj marcan. Ni siquiera sé cuánto tiempo ha pasado desde que giré la anterior, pero calculo que el suficiente como para que ya hubiera llegado el alba y me es inevitable no fantasear con la idea de que es tu presencia la que ha sumido el amanecer en una prolongación agónica.

Un par de gotas acarician mi piel al levantar la mirada al cielo y corroborar que está agrietándose por tu ausencia. Tan solo un segundo más tarde, la lluvia ya humedece el asfalto y el olor inconfundible del petricor se apodera de la urbe. Sé entonces que estoy a punto de presenciarte, después de quién sabe cuánto tiempo .

Y aunque no sabía que estaba perdido, tengo la sensación de que acabo de encontrarme.

Las nubes se desmoronan sobre mi cabeza y veo cómo el desastre se avecina a una velocidad vertiginosa, mas en mí solo existe la necesidad de tomarte con la paciencia que requiere tu llegada.

El panorama de la noche de verano se desliza por las alcantarillas de la ciudad y sé a ciencia cierta que no todas ellas serán tan calmas como la que vi a través de tus ojos, a los pies de la orilla. Algunas serán implacables y feroces. Tan sugerentes que me veré privado de negarme a ellas.

El temporal se revuelve y el paisaje no tarda en ser la representación de lo que siento cuando estás cerca. Las avenidas hacen eco a los rugidos que la tormenta dispersa desde el cielo, los truenos me anticipan tu llegada y yo aguardo a que tu huracán me engulla sin contemplaciones con una sonrisa porque, en realidad, siempre esperé que volvieras.

Así que me mantengo ahí, a la espera de verte aparecer, como de costumbre, sin siquiera rozar el asfalto y armada con plumas blancas, para que acabes conmigo con esos movimientos que únicamente pueden pertenecerle al infierno.

Tu esencia deja huellas húmedas en mis labios y sonrío al notarte bailar en mi paladar, indómita y visceral. Así que abro los ojos y contrariado, porque sé que buscaré en mil y un infiernos y en ninguno de ellos podré encontrarte, asumo que definitivamente solo puedes ser serendipia.

Lo leí tan rápido que cuando las sensaciones me golpearon no estaba preparada para recibirlas. Incluso si quería mantener la cabeza fría y los pies en la Tierra, lo único en lo que podía pensar era que el relato volvía a tenerme como protagonista.

«Buen relato», fue lo único que le dije. O, más bien, lo único que fui capaz de decir.

@Midnightemptation:

Qué rápida.

@Girlonfire:

Soy una lectora ávida.

@Midnightemptation:

¿Es lo único que tienes que comentar? Esperaba una opinión más extensa.

¿Qué esperaba que le dijera? ¿Que me agitaba? ¿Que de lo único que tenía ganas en esos instantes era de poner a prueba mi cama con él, fuese quien fuese?

@Girlonfire:

Puedo darte una opinión más extensa si me lo pides.

@Midnightemptation:

¿Y cómo debería pedirlo?

@Girlonfire:

Se me ocurren muchas formas, pero me conformaré con que me cedas una pregunta.

@Midnightemptation:

Eres demasiado lista para tu propio bien y para el mío.

Está bien, adelante.

No necesité nada más. Me lancé sobre el teclado como lo haría un león para devorar a su presa.

@Girlonfire:

Pienso que no importa sobre qué escribas, porque tu esencia brota de las palabras con tanta naturalidad como lo hace el polen de las plantas: dejas una firma indeleble sin necesidad de usar tinta porque, cuando escribes, eres sola e irremediablemente tú.

El único problema que le encuentro al relato es que el protagonista espera que la llegada de la tormenta se dé en el lugar y momento idóneos, sin tener en cuenta que el temporal es impredecible en ciertas estaciones del año.

@Midnightemptation:

Entonces le recomendarías al protagonista que la busque sin importar el dónde y el cuándo, ¿no?

@Girlonfire:

Lo que le recomiendo es que deje de buscar la forma ideal de encontrarla y que, simplemente, la encuentre. Tal vez se sorprenda al saber que ella lleva esperándolo incluso desde hace más tiempo.

@Midnightemptation:

¿Ella lo esperaba? Quiero saber más de eso.

@Girlonfire:

¡Es mi turno de preguntar!

¿Eres hombre o mujer?

@Midnightemptation:

Estoy convencido de que he respondido a esa pregunta más de una vez en el foro. Pensaba que lo tenías claro y querrías usar esta oportunidad para algo más productivo.

@Girlonfire:

Se puede responder de muchos modos y tú te aseguras siempre de hacerlo con ambigüedad para sembrar dudas.

Tengo una idea formada acerca de tu género, pero quiero que me respondas. Además, ambos somos conscientes de que, si estoy en lo cierto, estaría descartando a más del cincuenta por ciento del campus. Y eso es más de lo que puedo conseguir con cualquier otra pregunta.

@Midnightemptation:

¿Ves cómo eres mucho más lista de lo que nos conviene?

Sonreí ante el comentario.

@Midnightemptation:

En fin, espero que mi respuesta consiga complacerte: sí, soy hombre. Y tú, por supuesto, no eres ni una décima parte de inocente de lo que pensaba.

@Girlonfire:

La chica del relato tampoco lo parece, ya te lo dije en su momento.

@Midnightemptation:

Y yo te contesté que a ojos de un pecador todo era inocente y fácil de corromper, aunque estoy seguro de que lo recuerdas perfectamente.

Tienes mucho peligro. Es una pena que estés a medio corromper.

@Girlonfire:

Corrómpeme del todo y así estaremos al mismo nivel.

@Midnightemptation:

No tienes ni idea de lo que dices, Blake.

@Girlonfire:

¿Entonces no quieres? Es una pena. Quería saber más de esos pensamientos impíos que te despierto.

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba al leer lo que había escrito y los nervios volvieron a sobrecoger la parte baja de mi vientre por la anticipación.

@Midnightemptation:

No te conviene seguir por ese camino conmigo. Podrías asustarte.

@Girlonfire:

Pruébame, quizá te sorprendo.

@Midnightemptation:

¿Qué se supone que estás ofreciéndome, Blake?

@Girlonfire:

Todo lo que quieras mientras esté en mi mano.

@Midnightemptation:

Eso se puede interpretar de muchas formas.
@Girlonfire:
Quién sabe, quizá tu interpretación sea la correcta.
@Midnightemptation:
Lo sea o no, no nos conviene a ninguno seguir por ahí.
Ambos tenemos mucho que hacer mañana, así que dejémoslo por hoy.
@Girlonfire:
Todavía es pronto.
@Midnightemptation:
Estoy seguro de que se nos haría bastante tarde con lo que tienes en mente.
Buenas noches.

7

Levanté la mirada con hastío. Los pasillos de la universidad estaban desiertos y el chismorreo habitual que los abarrotaba brillaba por su ausencia. Era la hora del almuerzo, así que los estudiantes habían abandonado las aulas para ocupar la cafetería o dispersarse a lo largo del campus.

Todos a excepción de mí, que estaba frente al despacho del profesor Hayes después de verme incapaz de resolver ninguno de los ejercicios que mandó la semana anterior.

Los murmullos que se escuchaban tras la puerta capturaron mi atención luego del primer cuarto de hora de espera. Las voces eran ininteligibles, pero su tono decía de la conversación mucho más que las pocas palabras que pudiera entender. Parecía una conversación desagradable, de esas que, aunque habían iniciado con buen pie, se habían torcido a la mitad; con palabras mal entendidas y reproches que interponían distancias kilométricas entre personas a las que solo separaban centímetros.

Di un brinco cuando la puerta se abrió de par en par y una ráfaga dorada pasó a toda velocidad ante mis ojos.

—¡Elliot, espera! —El profesor Hayes emergió por el marco de la puerta y salió tras él, tratando de alcanzarlo—. ¿Podemos relajarnos un poco y mantener una conversación civilizada por una vez?

—Ya conozco tus conversaciones civilizadas y déjame decirte que me las paso por el forro de los cojones —espetó sin voltearse a ver a su hermano.

—¿Y esta va a ser tu respuesta? ¿Huir, como siempre que alguien te lleva la contraria o te dice algo que no te gusta?? —Los ojos de André se mantuvieron fijos en la espalda de Elliot, que ralentizó el paso en ese instante—. Perfecto, hazlo entonces. Pero déjame decirte que esperaba algo más por tu parte. Supongo que me equivocaba al pensar que habías madurado aunque fuera un poco.

Elliot se detuvo en seco y le dedicó una mirada desdeñosa por encima del hombro. Fue entonces cuando agradecí estar en un segundo plano, lo suficiente alejada del radar visual de ambos como para ser detectada.

—Pues ya ves que te equivocabas. Soy la misma oveja descarriada de siempre. No voy a pedir perdón por no haber salido del mismo puto molde que Adler y tú, así que asumid de una vez que lo único que compartimos es el apellido.

—No pongas en mi boca palabras que no he dicho. —Las facciones angulosas de André se descompusieron ante mis ojos y yo, que estaba acostumbrada a verle en su faceta de máxima autoridad como profesor, lo observé perpleja—. Elliot, Adler y yo solo queremos ayudarte.

—¡Ayudarme! André, ¿me ves cara de gilipollas o es que de verdad te crees el papelón que interpretas? —Una risa petulante de pura arrogancia estalló en sus labios

—. No sé qué te ha contado Adler, pero no os metáis en mis asuntos. Ah, y deja de comportarte como el hermano mayor ejemplar que no eres. Es patético.

Elliot se marchó del lugar sin decir nada más y el pasillo volvió a quedarse en silencio. Por lo contrario, el profesor Hayes tardó al menos el doble en hacer un simple ademán de ello.

—Oh, Blake. ¿Teníamos…? —Fue incapaz de disimular la sorpresa cuando, al llegar al despacho, me encontró frente a él—. ¿Teníamos agendada una hora de atención para hoy? Discúlpame, no sé dónde tengo la cabeza.

Me abstuve de recordarle que, además de haber acordado una cita para ese día, también lo habíamos comentado esa misma mañana al acabar la clase de Estadística.

De un momento a otro, se recompuso y actuó como si nada hubiera sucedido. Pese a ello, en sus ojos brillaban las emociones contenidas tras aquella disputa.

Un escalofrío me recorrió la columna cuando una voz sonó a mis espaldas, justo desde el interior del despacho.

—Ya te dije que no iba a funcionar.

Como si lo hubieran invocado, el tercero de los archiconocidos hermanos Hayes apareció ante nosotros. Adler se acercó con esa postura de sosegada seguridad con la que solía pasearse por el campus, con movimientos perezosos aunque certeros, y las manos ocultas en los bolsillos de su chaqueta.

Me miró de soslayo al advertir mi presencia, que hasta entonces le había pasado desapercibida.

—*Hey* —musité a modo de saludo.

Se limitó a observarme con detenimiento.

Sus ojos eran tan negros como el ébano y profundos como un pozo sin fondo, hasta el punto en que apenas lograba distinguir su pupila. No existía rastro de luz en su interior ni algo que la pudiera reflejar siquiera, solo una imponente oscuridad que contrastaba con los hoyuelos que se le marcaban en las mejillas las pocas veces que lo había visto sonreír.

Finalmente, me respondió con un movimiento de cabeza sutil antes de volver su mirada a André.

—Blake, si quieres ve entrando al despacho. Ahora vengo —me comentó.

Ni corta ni perezosa, traduje su gesto de amabilidad como una clara invitación para sacarme de en medio de lo que parecía ser una pelea familiar y entré en el despacho. Dejé la mochila sobre una de las sillas que había delante del escritorio y tomé asiento, a la espera de que regresara.

Afiné el oído al notar que sus voces se colaban por la ranura de la puerta.

—Esto no puede seguir así. —André trató de conciliar la situación—. Entiendo que quieras llevarlo de la mejor forma posible, pero tendríamos que contárselo todo a…

—¿Papá y mamá? —Un retintín de fastidio tiñó sus palabras—. Si te lo conté a ti, fue precisamente porque quería evitarlo.

—Es lo mejor —trató de hacerle entrar en razón—. Elliot va de mal en peor y ni tú ni yo podemos hacer nada más por él.

—Claro, y el resto de la familia sí podrá, ¿no? —se mofó—. Lo dices como si no supieras lo que pasará en cuanto se enteren. ¿O es que ya no recuerdas lo que pasó la última vez?

Me levanté con cuidado y me arrimé a la puerta, que seguía entreabierta. Las siluetas de los dos hermanos producían largas y rocambolescas sombras a lo largo del pasadizo, que estaba bañado por la cálida luz del atardecer.

—¿Y qué pretendes que hagamos entonces? ¿Esperar a que la situación empeore? ¿A que Elliot cometa alguna locura más?

—No, joder, es que… Da igual, no te haré entrar en razón —bufó, como si el solo hecho de pronunciarse le cansara.

—Adler…

—Sé lo que vas a decirme y la respuesta es no. Esta vez me ocupo yo y, si no vas a ayudarme, entonces lo único que te pido es que no te metas.

Dicho esto, Adler abandonó el pasillo.

Volví a mi sitio en cuanto oí cómo el profesor Hayes se acercaba.

Quizá las malas lenguas tenían razón al decir que los hermanos Hayes tenían una relación poco convencional. Pocas eran las ocasiones en las que se los veía juntos en público, y no era la primera vez que protagonizaban una escena similar. Además, con André como exalumno prodigio y actual profesor de la universidad, y sus dos hermanos estudiando en esta misma, los rumores no corrían; volaban.

Trasteé el bolsillo de mi pantalón hasta tocar con la punta de los dedos el pedazo de papel en el que Elliot me había escrito su teléfono y me pregunté si, quizá, no todo era tan perfecto como parecía en la vida de los Hayes.

La música retumbaba en los confines de la fraternidad de estudiantes y hacía eco en mi mente que, pese a lo pronto que era, ya estaba diluida en litros de alcohol. Juraría que no hacía mucho que habíamos aterrizado en la fiesta, pero la torpeza con la que me movía y el flujo inconstante de mis pensamientos me decía justo lo contrario: era como si llevase horas enganchada a un biberón de ginebra.

No había dejado de brincar desde que llegamos y, ahora que iba más perjudicada de lo que debería, me la jugaba dando vueltas como una peonza, sostenida únicamente por las manos de Ginger. Eché la cabeza hacia atrás, obviando la poca coordinación de la que gozaba, y me dejé deslumbrar por el tejido de constelaciones centelleantes que formaban las luces de neón sobre mi cabeza.

Como era evidente, mis pies terminaron enredados como el cable de unos auriculares más pronto que tarde y terminé perdiendo el equilibrio. Por suerte, mi amiga me rescató a tiempo y yo me aferré a ella como si fuera un salvavidas.

—No sé dónde he aprendido este movimiento, pero de nada. —Me atrajo abrazándome por el cuello y la miré desde mi escueta altura. Normalmente me sacaba algo más de una cabeza, pero ese día se había puesto unos tacones de infarto, así que no me quedaba más que admirarla en la distancia—. Tía, se me está pasando la borrachera y no son ni las dos. Necesito otra copa.

—Pide otra para mí —balbuceé debido a la pastosidad de mi lengua.

—¿Pero tú te has visto? Si apenas te mantienes en pie —soltó una carcajada que dejó sus dientes al descubierto. Quise protestar, pero habló antes—: B, escúchame. Estás a un sorbo de entrar en el plan *Último día en la Tierra*. ¿De verdad quieres pasar por eso?

Negué con la cabeza a regañadientes y todo me dio vueltas al hacerlo.

Desde luego, no estaba en condiciones ni de oler a kilómetros el alcohol.

—Bien, tardo un minuto. ¿Crees que serás capaz de no comerte el suelo hasta que vuelva?

—Prometo estar de una pieza para entonces —lo dije riéndome, porque hasta mi subconsciente lo ponía en duda.

Perdí a Ginger de vista en un abrir y cerrar de ojos —y eso que llevaba un vestido de lentejuelas de un azulón que la hacía pasar de todo menos desapercibida—, y concentré toda mi atención en cumplir la promesa que le había hecho y seguir ilesa cuando regresara.

Enterré la cara en el teléfono y, al instante, me saltó una notificación del foro. Luego de que cortara nuestra conversación de sopetón, me había prometido no mostrar ni un ápice de debilidad por él. Y sin embargo, ahí estaba con una sonrisa bobalicona tatuada en la cara por el mero hecho de ver su nombre en la pantalla.

@Midnightemptation:

Deja que lo adivine… Eres la de las alas, ¿a que sí?

Levanté la cabeza de golpe y examiné los alrededores, que estaban abarrotados. La lobreguez de la estancia, tan solo atenuada por el cambio de luces, me dificultaba ver algo más que las siluetas de quienes bailaban.

@Midnightemptation:

Tengo que admitir que estás muy mona buscándome, pero no te esfuerces. No vas a encontrarme.

Reprimí la sonrisa nerviosa que estaba por escapárseme.

@Girlonfire:

Sin embargo, tú me has encontrado bastante rápido. ¿Acaso estabas esperándome?

@Midnightemptation:

Estoy seguro de que, con lo lista que eres, ya conoces la respuesta.

Saber que estaba a la espera de mi llegada consiguió agitarme de formas que rozaban lo vergonzoso. Las mejillas me ardían y estaba segura de que la excitación brillaba en mis ojos con mayor intensidad que el Sol en verano.

Entonces recordé que debería estar molesta con él, y no babeando, y toda emoción se

desvaneció.

@Girlonfire:

Por supuesto, pero quiero que lo digas tú porque satisface mi ego.

Además, me lo merezco después de que anoche desaparecieras de la nada y me dejaras hablando sola con la pared, ¿no crees?

@Midnightemptation:

Mi intención no era desaparecer, sino frenar un poco .De lo contrario, la noche hubiera acabado muy diferente. Quemándonos ambos.

@Girlonfire:

¿Y quién te ha dicho que no quería quemarme? Porque no me lo preguntaste, hasta donde yo recuerdo.

¿O es que a partir de ahora vas a decidir tú por los dos?

@Midnightemptation:

No se trata de lo que quieres, sino de si estás o no preparada.

@Girlonfire:

Y tú supones que no lo estoy.

@Midnightemptation:

No, no lo supongo, estoy seguro de ello.

Blake, solo los necios quieren quemarse.

@Girlonfire:

Te equivocas. Solo se queman aquellos que nunca estuvieron preparados para arder.

No me saques los ojos de encima e intenta que no se te caiga la mandíbula al suelo. Voy a darte ideas para tus próximos relatos.

Y, entonces, lo hice.

El corazón me bombeaba con fuerza y el alcohol circulaba a una velocidad intempestiva en mi interior cuando me personé en la pista. Sabía que estaba mirándome en algún punto de aquella enorme sala, estudiando mis movimientos con un hambre voraz similar a la que yo sentía por él, así que fue esa certeza la que me animó a empezar a moverme.

Cerré los ojos y dejé volar mi imaginación, pues eso era algo de lo que nadie, ni siquiera él, podía privarme. Deseé que su cuerpo llenara el vacío a mi alrededor y me quemase la piel al acompañar el contorneo de mis caderas. Ansié sus manos consintiéndome, deslizándose entre las sombras como lo haría una culebra segundos antes de atacar a su presa, y alimentando las ganas de él con las que me dejó la noche anterior.

Me abandoné al magnetismo que sentía en la lejanía, al imán que me atraía con la fuerza de un huracán desde algún punto remoto del lugar, y me recogí el cabello con las manos. Tiré de él con cuidado, tal y como me hubiera gustado que él lo hiciera, y me arañé con delicadeza los hombros, dándole una vista completa de las alas que ocupaban mi espalda.

Sonaba ridículo, pero sentía sus ojos sobre mí. Ardían sobre cada centímetro de mi piel, devoraban el límite que nos separaba.

«Mira mis alas y atrévete a decirme que no puedo volar con ellas», sonreí ante la ocurrencia.

Si lo que quería era arder, me convertiría en la anfitriona perfecta del averno.

—¿Qué haces? —Ginger apareció frente a mí con esa sonrisa maliciosa en los labios y un par de copas en las manos.

—Bailar.

—Bailar con el mismo estilo con el que lo haría una bailarina de cabaret, querrás decir —añadió.

—Es el único estilo que conozco —respondí y tomé la bebida que me ofrecía—. Pensé que no había más alcohol para mí.

—Y no lo hay, es un vaso de agua —resopló. Una mueca de dolor digna de La Pasión de Cristo se dibujó en su rostro cuando trató de recolocarse el zapato —. Ya podrían ser más cómodos estos putos tacones, joder. Con lo caros que me costaron.

—¿Quieres que nos sentemos un rato? —le propuse.

—Por favor. No quiero despertarme mañana con muñones en vez de pies.

No tardó en tomarme de la mano y arrastrarme lejos del gentío. Mientras me guiaba, aproveché para coger el teléfono.

@Midnightemptation:

No voy a mentirte, he estado toda la noche deseando verte aparecer por la puerta y, cuando lo has hecho, no he sido capaz de sacarte los ojos de encima.

Tengo cada uno de tus movimientos grabados en mi retina desde que te vi por primera vez y nos engañaría a ambos al decir que no he recurrido a ellos en más ocasiones de las que desearía. Pero verte perpetuándolos para mí sobrepasa, por mucho, mis expectativas.

¿De qué infierno te has escapado y por qué no te había visto hasta ahora?

@Girlonfire:

Quizás estabas ocupado buscando a una musa cualquiera.

@Midnightemptation:

O tú estabas demasiado entregada a cualquier otro demonio.

@Girlonfire:

¿Eres un demonio?

@Midnightemptation:

Un ángel caído, y tú pareces muy cómoda paseándote tan campante por mi infierno.

Corres riesgo de que nos encontremos y te arrastre a lo más profundo de mis dominios.

De haber podido, mis bragas hubieran salido volando tras aquello. Una idea que ya me era familiar volvió a cruzarme la mente y dudé por un segundo si verbalizarla.

@Girlonfire:

¿Has pensado en que, si lo que quieres realmente es mantener tu anonimato, podríamos vernos en una sala a oscuras?

@Midnightemptation:

Lo he pensado lo suficiente como para replantearme mi salud mental. No tienes idea de todo lo que pasa por mi mente cuando se trata de ti.

@Girlonfire:

No, no tengo ni la más remota idea, pero si he llegado hasta aquí es para obtener respuestas a algunas de mis preguntas y, si tú no quieres dármelas, entonces tendré que hacerme con ellas por mi cuenta.

@Midnightemptation:

¿Y puedo saber cómo pretendes conseguirlo?

@Girlonfire:

Piensas que soy un ángel extraviado, pero si he descendido hasta el averno es porque estoy deseando encontrarme con su dueño.

@Midnightemptation:

Un paso en falso y quizá luego no puedas salir.

@Girlonfire:

¿Por qué supones que querré salir?

@Midnightemptation:

¿Por qué supones tú que tendrás la posibilidad de hacerlo cuando entres?

Me mordí el labio ante la expectativa. Notaba la humedad en mi ropa interior, empapando de placer el diminuto tanga que llevaba bajo la falda.

@Girlonfire:

Quizá podríamos vernos un día, plantéatelo.

Me sostuve en la encimera del lavabo y maldije por haberle dicho a Ginger que no hacía falta que me acompañara al baño. El mundo a mi alrededor daba vueltas de campana y yo estaba haciendo un sobreesfuerzo por evitar que las pocas fuerzas que me quedaban se fueran por el desagüe, junto a todo el alcohol que había ingerido.

Me devolví una mueca desalentadora a través del espejo. El rubor que me solía teñir las mejillas había desaparecido y mi piel había adquirido un tono pajizo poco saludable, gracias al cual podría considerárseme clínicamente muerta sin demasiados problemas. Además, por si fuera poco, parecía que una vaca me hubiese peinado a lametazos.

Abrí el grifo y dejé correr el agua sobre mis muñecas. Una sonrisa de alivio se me dibujó en los labios al notar cómo el mejunje de licor en mi estómago detenía su avance hacia el final de mi garganta. No obstante, la tranquilidad duró poco.

Exactamente, el tiempo que tardó la puerta del lavabo en abrirse y dejar pasar a quien la empujaba.

Elliot se apoyó en ella evitando que alguien más pudiera entrar y me dedicó una sonrisa que me impulsó a apartarme antes de que osara acercarse. Entonces, habló con una parsimonia de la que no gozaba la última vez que lo vi.

—No esperaba verte aparecer hoy por aquí.

—Sé que lo de la sinapsis neuronal no va contigo, así que me veo en la obligación de recordarte que este baño es de uso exclusivo para mujeres —le recordé y su sonrisa se ensanchó—. ¿Qué quieres?

—Buenas noches a ti también —ignoró por completo mi pregunta—. Vamos, Blake, estoy tratando de ser amable. Esfuérzate un poco tú también, ¿no?

—Como me esfuerce más, me cago encima.

Pese a que sus labios estaban sellados, sus ojos parecían desternillarse de la risa. El punto estaba en que a mí no me hacía ni puta gracia aquella situación.

—No creo que sea tan malo.

—Estás tú aquí, así que yo no lo afirmaría tan a la ligera.

—No me has escrito.

—Te dije que no lo haría. —Me mantuve inmutable cuando dio un paso en mi dirección, incluso cuando a ese le siguieron dos más. No obstante, me saltaron las alarmas cuando no lo vi con intención de detenerse.

—Y, sin embargo, estás aquí esta noche. Lo que me lleva a preguntarme… —pronunció cuando estuvo lo suficiente cerca. Sus penetrantes ojos azules, como zafiros, refulgían en la oscuridad—. ¿A qué has venido?

—No sabía que necesitaba tu permiso para divertirme.

—Tanto tú como yo sabemos que todo lo que se hace en esta fraternidad pasa antes por mis manos, así que voy a preguntártelo otra vez. —No pude evitar percatarme de que, si bien Elliot apestaba a arrogancia, el lavabo de la fraternidad desprendía un aroma a orín y desinfectante de limón que le hacía la competencia—: ¿Cuál es el verdadero motivo por el que has decidido mover ese bonito culo hasta aquí?

Los dientes me rechinaron. Quizá había pecado de ser demasiado obvia al presentarme ahí como si nada, pero no iba a darle el placer de escucharlo de mi boca.

—Fuiste tú quien se acercó para darme tu número. Algo tendrás que decir, ¿no?

—¿Ahora sí estás dispuesta a escucharme?

—A intentarlo, al menos.

—Voy a ser claro: no me caes bien y sé que yo a ti tampoco, pero estoy pasando por una situación de mierda y necesito una tapadera. Y tú eres perfecta para ella —articuló cada palabra con determinación, sin despegar su mirada de mí.

Solté una carcajada que me irritó la garganta por lo áspera que era. Tenía que estar de coña.

—Estás alucinando si piensas que voy a ayudarte en algo.

—Querrás decir ayudar*nos* —puso énfasis en la última sílaba—. Tómatelo como un intercambio de favores: tú me ayudas y yo te ayudo a ti. Ambos salimos ganando.

—¿En qué me vas a ayudar? —Lo examiné con cautela.

No me fiaba de él. Apenas habíamos cruzado palabra durante el tiempo que duró mi relación con Cole, por lo que no entendía ese interés repentino hacia mi persona.

Exhaló antes de volver a pronunciarse.

—No sé si te acordarás, pero el año pasado hubo un vídeo bastante… explícito rulando por el foro de la universidad —dijo y a mí se me cortó la respiración de la impresión—. Veo que estás empezando a hacer memoria. Pues hay más, y el contenido de ellos deja en ridículo al que salió a la luz. Creo que puedes hacerte una idea de lo que hablo, ¿verdad?

Fue lo suficiente ágil como para esquivarme y cogerme del brazo antes de que estallara la palma de mi mano contra su mejilla.

—Eres un hijo de puta —le escupí con rabia. Si las miradas matasen, Elliot haría tiempo que habría desaparecido de la faz de la Tierra.

Los recuerdos que aparqué durante mi estancia en Miami, y que habían regresado por la aparición de Cole tan solo unos días atrás, se volvieron claros en mi mente. A que me hubiera grabado mientras teníamos relaciones se le añadía un segundo grado de capullismo; no solo se lo había enseñado a sus amigos para fanfarronear, sino que había permitido que el vídeo se filtrara por el campus.

Todo empezó a desmoronarse y, de repente, ni el Sol, el mar ni la arena que había interpuesto para olvidar eran suficientes.

—¿Quién más los ha visto? —lo callé.

—La única persona que debe preocuparte está frente a ti —contestó y, despacio, aflojó el agarre—. No soy el único que los tiene, pero sí el único que puede hacerlos desaparecer.

8

Sospeché que algo raro sucedía cuando el taxi que pedí tomó rumbo a la zona alta de la ciudad y cruzó la finísima línea que delimitaba Westwood con Beverly Hills.

Mis ojos se abrieron a medida que nos adentrábamos en la pequeña ciudad. Todo en ella me resultaba lujoso y opulento, además de inalcanzable; mansiones con fachadas y jardines exquisitos, mujeres vestidas de punta en blanco y hombres trajeados cuyos maletines podrían albergar sin problemas la cantidad exacerbada de medio millón de dólares.

Y ahí estaba yo, con una resaca amenazando con explotarme la cabeza debido al zarandeo de la noche anterior, pero completamente despierta.

Decían que el maquillaje hacía milagros, y era cierto. Corrector, base ultra cubriente —lo suficiente como para que tapara mis ganas de suicidarme, además de mis ojeras—, colorete, delineador y un poco de rímel. Todo ello a juego con un recatado vestido azul lleno de fornituras que nunca habría formado parte de mi armario de no ser porque Elliot me lo había proporcionado, junto a una dirección desconocida y unos zapatos de tacón a conjunto que prometían acabar lo que empezaron los que llevé horas antes.

Los alrededores se me hicieron desconocidos, así que tuve que sacar el papelito que Elliot había adjuntado al paquete para corroborar la ubicación. Google Maps resultaba de lo más útil en momentos como aquellos, cuando uno estaba más perdido que un daltónico jugando al Twister.

Una verja de metal se alzaba con soberbia justo en el lugar en el que había sido citada. Las barras de grafito que la componían se elevaban hasta dos metros por encima de mi cabeza y creaban formas rocambolescas hasta cernirse a una circunferencia de cristal que, en su interior, atesoraba una enorme hache dorada.

Di un paso atrás y saqué el papel de nuevo, para cerciorarme de que no me había equivocado de lugar. Tal y como pensaba, estaba justo donde debía estar. Traté de divisar lo que había tras la valla, mas mis ojos solo se encontraron con la inmensidad de un vergel.

—Señorita. —Un señor de no más de sesenta años, vestido con ropas holgadas y una gorra cubriéndole del amargo Sol, me habló desde el otro lado de la verja—. ¿Necesita algo?

Volví a mirar el número de calle y el papel que reposaba en mis manos un par de veces.

—Sí, perdone, ¿sabe si me encuentro en el lugar correcto? —Le di la carta a través de las rejas.

El espeso bigote que crecía sobre sus labios se curvó para formar una sonrisa.

—En efecto, señorita, es aquí —respondió. Debió verme muy desorientada, pues

añadió—: ¿Puedo ayudarla en algo más? ¿Está buscando a alguien en particular?

—Se lo agradecería —admití—. He quedado con un amigo en encontrarnos en esta dirección y pensaba que sería una cafetería o un parque. ¿Puede decirme qué es este lugar?

Ensanchó la sonrisa, oculta bajo su mostacho, cuando procedió a abrirme la verja.

—Señorita...

—Blake —me apresuré a responder.

—Bien, señorita Blake, está usted en la mansión Hayes.

«No. Me. Jodas». De repente, todo tuvo sentido; desde la hache que encabezaba la verja hasta la vestimenta que Elliot había decidido por y para mí.

—Imagino que viene por el señor Elliot —Asentí ante su pregunta—. Acompáñeme.

Abetos que surcaban los cielos, matorrales podados a la perfección, rosales con pétalos tan rojos como el carmín que teñía la sangre y un césped fresco y reluciente era lo que más destacaba en aquel laberíntico vergel que rodeaba la residencia. Decenas de carpas de colores nadaban en los estanques de piedra que decoraban el jardín junto a esculturas de mármol y caminos de piedra tallada.

—El jardín es espectacular. ¿Es usted el jardinero?

—Desde hace más de veinticinco años —convino.

—Pues déjeme decirle que tiene un don envidiable. Lo contrataría, pero el único jardín que tengo en casa es una maceta con un cactus —añadí. Lo peor de todo era que dudaba que estuviera vivo, pues tenía un aspecto mustio.

La residencia Hayes apareció frente a mí y me dejó como un conejillo frente a los faros de un coche: aterrada ante la posibilidad de que me arrollara sin contemplaciones. Era una de esas propiedades con las que la clase media soñaba, de las que salían en las revistas y te hacían preguntarte quién sería el afortunado que la habitaba.

Las paredes eran de un color crema roto y las surcaban unas hiedras que abrazaban sus tochos con firmeza, el suelo que la rodeaba era de piedra parda, al igual que el tejado, y contaba con unos amplios ventanales por los que se atisbaba un interior igual de exquisito.

—Es aquí. Estoy seguro de que sabrá llegar a la puerta principal sin problemas, pero si tiene alguna duda venga a buscarme y estaré encantado de ayudarla —aclaró con dulzura.

—Muchas gracias, es muy amable.

—No se preocupe —comentó inmerso en dicha y deseé que algún día mi trabajo me hiciera la mitad de feliz que a él el suyo—. Espero que tenga una agradable visita.

Me acerqué al portal principal y lo miré con desconfianza. ¿De verdad quería entrar allí? ¿Tan desesperada estaba?

Sí, lo estaba.

Miré mi vestimenta una vez más y comprobé mi maquillaje con la cámara frontal del móvil. Entonces, y con toda la fuerza de voluntad de la que no gozaba, cogí aire. Llevé

mi mano hasta el lomo de la puerta y lo rocé con los nudillos, notando su dureza. Automáticamente, y debido a mis nervios, me aparté unos centímetros de ella.

¿Qué hacía en aquel sitio? No encajaba por ningún lado, como una pieza extraviada de un puzle que nadie se molestaba en completar.

«Mierda». Maldije por lo bajo y, sin pensarlo mucho, marqué el número de Elliot, que él mismo había tenido el detalle de agendar.

—Bajo —oí al otro lado de la línea.

Acto seguido, se escuchó un pitido que me advertía de que me había cortado la llamada y dejado con la palabra en la boca.

Apareció por la puerta poco después y yo tuve que sujetarme la mandíbula para que no se me cayera al suelo. Vestía un traje perlado que le sentaba como un guante y le hacía lucir como alguien decente y no un cazurro cualquiera. Su cabello dorado —que habitualmente llevaba suelto y dejaba caer por los hombros— estaba recogido en un discreto moño en la nuca y en su rostro no había rastro de la borrachera que cogió la noche anterior.

Al contrario, tenía la belleza del infierno grabada en el rostro.

—¿Has venido subida en un caracol o qué? Llevo horas esperándote.

—¿Sabes? Estás más guapo con la boca cerrada —dije a modo de saludo.

—Me encantaría poder decir lo mismo —Me dedicó una sonrisa triunfal—, pero tú no ganas puntos de ninguna de las dos formas.

Resoplé ante su habitual demostración de ego.

—¿Y bien? ¿Me vas a decir de una vez por qué estoy aquí?

—De momento, compórtate como la señorita que no eres y escúchame. —Sus ojos hallaron los míos, pero se enredaron entre sí con fiereza—. Hoy es el aniversario de bodas de mis padres. Hace treinta años que se casaron y ha venido toda la familia a celebrarlo. Creen que llevamos tres meses juntos, que te gusta el arte contemporáneo y entiendes de vinos. No respondas a ninguna pregunta si no sabes la respuesta, prefiero que quedes fina a estúpida, y limítate a asentir a todo lo que diga. Les has comprado un Richebourg Grand Cru. Es lo que suelen tomar para celebrar ocasiones especiales o, en su defecto, cuando hay problemas. ¿Has entendido todo lo que te he dicho?

¿Que les había comprado un Riche-qué-mierdas? ¿Arte contemporáneo? ¿Ser fina? ¿De qué universo paralelo había sacado a esa Blake y por qué estaban planeando destruirme?

—¿Qué es un Richebú?

Mi pronunciación encapsulaba tanto glamour que ni yo misma cabía en mi asombro.

—Richebourg, idiota. —Se llevó la mano a la sien y la masajeó con hastio—. Les has comprado un Richebourg Grand Cru. Es un vino francés, de la Borgoña. A mis padres les encanta.

—¿Y lo he comprado con el dinero de...?

—Con ninguno, deberías volver a nacer para costeártelo. Lo compraste en unas viñas,

fin —culminó. Entonces, me cedió una caja aterciopelada en la que se podía leer el impronunciable nombre del vino.

—¿Algo más que haya hecho y no sepa?

—No. Vamos a entrar, sé prudente. De hecho… —Me repasó con un disgusto punzante—, mejor no seas tú.

Elliot enlazó nuestras manos con la falta de delicadeza usual y me introdujo en la mansión sin darme oportunidad a responderle. Cada estancia que recorrimos poseía ese aire distintivo característico de la familia Hayes que no se podía fingir, porque era intrínseco en quien lo portaba, acompañado de una dosis premeditada de excentricismo.

Apenas unos segundos más tarde, nos encontrábamos en el comedor principal.

Tan desubicada como el día en que llegué al mundo. Así me sentí entre esa docena de rostros desconocidos de quienes solo sabía que compartían el apellido Hayes y una elegancia uniforme con la que no me identificaba.

Noté la tensión de Elliot en los dedos cuando, tras presentarme de forma fugaz a algunos de los asistentes, cruzamos miradas con uno de los presentes. Por su reacción, intuí que era el cabeza de familia.

Lo primero que pensé al verle fue que era la viva representación de la autoridad. Con un porte firme que no titubeaba, vestido de etiqueta y un aspecto impecable por el que los años no parecían pasar, el señor Hayes era el prototipo de hombre que se asociaba inmediatamente al éxito laboral. Un magnate de los negocios o un heredero digno de una gran fortuna.

—Blake, ¿verdad? —Me tendió la mano y yo contuve el temblor de la mía al corresponderle—. He oído hablar mucho de ti.

—Es un placer conocerle por fin, señor Hayes. Tiene una casa preciosa.

—Gracias, aunque me temo que poco tengo que ver con eso. Cada detalle del hogar es fruto de la dedicación y el gusto de mi mujer, Madison. —Sus facciones se endulzaron de forma momentánea al mencionarla, para endurecerse de nuevo segundos después—. Elliot me comentó que estudias Periodismo en la Universidad de California.

—Sí, este es mi último año de carrera —respondí bajo su atenta mirada.

—¿No vas a especializarte?

—Todavía lo estoy pensando.

La verdad era que no había mucho que pensar, porque la economía familiar trampeaba desde que mi hermana, Beth —con la que la relación no pasaba su mejor momento desde que se convirtió en adolescente— entró en el instituto.

—La especialización es primordial a día de hoy, sobre todo cuando salís por primera vez al mercado laboral, porque entonces sois única y exclusivamente el valor de lo que habéis estudiado. Si no tienes nada que ofrecer, ¿cuál crees que será el tuyo? —Sus ojos se entrecerraron a medida que se pronunciaba—. En el mundo laboral quien no suma,

resta.

La extrema rigidez de Elliot, que permanecía a mi lado sin intervenir, no ayudaba a que me relajara.

—Es probable que termine estudiando un máster. De momento me estoy dedicando a ganar un poco de experiencia, que también es importante. —Camuflé mi nerviosismo bajo una máscara de ingenuidad—. Estoy haciendo prácticas en un periódico local.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En *Los Ángeles Inquirer.*

—No lo conozco.

—Es una empresa pequeña. —Hice acoplo de fuerzas para evitar que la voz de me resquebrajara a mitad de la frase—. Trabajo en la redacción.

A lo mejor, decir que trabajaba en la redacción era venirme arriba, pero aderezar la realidad con un poco de gracia no estaba prohibido y no estaba dispuesta a quedar como una inepta ante el padre de Elliot. Además, no era mi culpa que James me usara día sí y día también como la chica de los cafés.

—¡Pero mira quién se ha dignado a aparecer por aquí, mi sobrino favorito!

Los ojos se me estuvieron a punto de salir de las órbitas al ver cómo, ante nosotros, aparecía un calco idéntico al padre de Elliot. De no ser por la ropa, habría pensado que veía doble.

—Y tú debes ser Blake, ¿no? ¡Qué bien escondida te la tenías! —Le dio un par de codazos amistosos a Elliot, pero él no se destensó— Soy Allen, por cierto. El tío de este buen mozo y el gemelo de tu suegro.

—Y faltabas tú —se quejó el padre de Elliot, sin perder su serenidad.

—Como ya habrás podido notar, además de ser el hermano simpático, también soy el más guapo. —Allen me guiñó el ojo—. Ya estabas interrogándola, ¿a que sí? Si es que no tienes remedio. Deja a los chicos en paz, Jayden. ¡Que viva el amor!

Estaba convencida de que, si seguía a ese paso, necesitaría un par de copas bien cargadas para sobrevivir a la velada.

Por suerte, dejé de ser el foco de atención de la conversación antes de lo esperado, cuando los negocios entraron en juego, así que pude retirarme a uno de los sofás que había en la estancia, junto a los pequeños de la familia.

Uno de los muchos primos que tenía Elliot dejó el IPad de ultimísima generación —que en la escala de los nunca, yo nunca *nunca* podría permitirme— con el que llevaba entreteniéndose desde el inicio de la velada, alzó la vista y me miró desdeñoso, como si no se hubiera percatado de que estaba sentada a su lado.

—¿A qué juegas? —pregunté en un vago intento de entablar conversación—. ¿Fortnite?

—Estoy practicando Trading.

—Sí, claro, y yo. —Me mofé—. Ahora en serio.

Su postura impávida y esa forma afilada de observarme, que rezaba un «¿de qué te ríes, zopenca de pueblo?», me cortó la risa al instante. Muda.

Trataba de hallar un motivo convincente para que un prepúber —al que, como mucho, comenzaban a crecerle los primeros indicios de vello púbico— poseyera ese tipo de conocimientos cuando tomó el IPad y se levantó del sofá.

La inmensidad del diván se sentía ridícula ahora que solo yo me encargaba de ocuparla y hacía que mi presencia fuera todavía más difícil de camuflar entre esa muchedumbre que revestía su apariencia con caretas de frívola perfección. Abandoné el estado de petrificación que interpretaba desde que llegaron el resto de los invitados —sorprendiendo a algunos de ellos, que a esas alturas creían que de verdad era una estatua— y crucé la estancia sin reparar en los ojos fisgones que acechaban mis pasos.

Expulsé el aire que retenía en los pulmones en cuanto las paredes del pasillo me cobijaron, ocultándome de las miradas de quienes me esperaban al otro lado. Me apoyé al tabique e intenté retomar el control de mi cuerpo. Tenía las manos encharcadas por culpa de los nervios y, aunque no podía verme, sabía que mis mejillas, de un tono bermellón, desentonaban con el azulado de mi vestido.

El delicioso aroma que sumía el pasadizo me arrolló cuando por fin fui capaz de recomponerme y, junto a él, una dulce voz que conversaba animadamente con alguien más en la cocina. Avancé dubitativa hacia allí, atraída por lo que se cocía en la sartén.

Amena y mucho más cercana que su marido, la charla que la madre de Elliot mantenía con la rubísima mujer a su lado destacaba por las carcajadas que se les escapaban y no por la información que intercambiaban en ella. Las palabras parecían carecer de vital importancia en ese momento, pues ambas necesitaban de la estabilidad del mármol para mantenerse en pie.

No obstante, y aunque eran ellas quienes parecían estar a punto de caerse de la risa, la que me tropecé al entrar en la cocina fui yo. El ruido estrepitoso que precedió a mi entrada las alertó de mi llegada.

—¡Oh, por Dios, Blake! —La mirada de Madison irradiaba angustia cuando se acercó a mí y me ayudó a incorporarme—. ¿Estás bien?

—Sí, solo... solo estaba haciendo comprobaciones aleatorias de la gravedad —bromeé mientras me bajaba la falda del vestido—. Lo siento.

—No te disculpes. ¿Seguro que estás bien? —Se aseguró y yo asentí como pude.

—¿Es tu nuera? —Intervino la otra mujer, que estaba justo detrás de ella— ¿La chica de Elliot?

Quise decirle que estaba lejos de ser la nuera de nadie, pero su preocupación tras mi caída y la emoción de Madison ante su comentario eran, de lejos, el único trato amigable que había recibido desde que puse un pie en la mansión, así que me mordí la lengua.

—Sí. ¿Verdad que es preciosa?

—Guapísima. —Los tirabuzones que le bailaban en la cabeza rebotaron como

muelles cuando se aproximó y me dedicó una sonrisa indulgente—. Qué placer poder conocerte por fin, Blake. Soy Diane, la tía de Elliot.

—Encantada —Miré la sartén y no pude evitar que se me escapara la pregunta—. ¿Qué estáis haciendo? Huele de maravilla.

—Rabo de buey al vino tinto con mazorca troceada y zanahorias *baby*. Lo acompañaremos con puré de patata —respondió Madison. El delantal que llevaba estaba lleno de manchas, pero no empequeñecía ni un poco la belleza deslumbrante que poseía—. Elliot me ha dicho que esto te gustaría.

—Y me encanta. —No podía asegurarlo, pero el hambre acababa de responder por mí —. ¿Puedo ayudar en algo? No soy muy manitas en la cocina, pero si me decís qué tengo que hacer...

—¡No, ni de broma! —Se opuso, dándole un par de vueltas al sofrito en la paellera. Cuando se volteó, su frente relucía por el calor—. Blake, estoy encantada de que hayas podido venir hoy, de verdad, pero eres nuestra invitada. No permitiré que hagas nada, así que relájate.

—Definitivamente, ya era hora de que tuvieras compañía femenina en esta casa — coincidió Diane con los brazos cruzados—. No sé cómo aguantas tanta testosterona, a mí me daría algo. Por eso huyo de casa los fines de semana. Es cuando tengo el cupo familiar al completo —aclaró antes de girarse hacia mí—: Tener a Allen y a los niños las veinticuatro horas del día… Podría armarse la Tercera Guerra Mundial si me quedo.

—¿Qué le hago? Vivo rodeada de hombretones irascibles.

No tuve ninguna duda de que decía la verdad. Lo único que me preguntaba era de dónde sacaba la paciencia para aguantarlos a todos, si solo Elliot ya era insoportable.

—Es que, ¡tres! Cuatro si contamos a Jayden —Diane resopló, como si solo de pensarlo estuviera por estallarle la cabeza—. ¿No has pensado en emanciparte de ellos? Quiero decir, ¡tienen el venazo Hayes inyectado en sangre! ¡Por no hablar de ese carácter! Ninguno de mis hijos se ha librado de él, herencia directa de su padre —se carcajeó.

—Sé cómo manejarlos —aseguró Madison con una sonrisa que no dejaba lugar a dudas—, ¡años de experiencia!

—Quién fuera como tú, que tienes paciencia infinita —habló. Entonces, sus ojos se posaron en mí—. No es por asustarte, Blake, pero has venido a parar al seno de una familia con una genética masculina poco habitual.

—¿De verdad? —Me reí con falsa ingenuidad. El comportamiento de mierda de Elliot era la prueba fehaciente de ello, no necesitaba que me lo recordaran.

—No te dejes engañar por su atractivo y galantería, luego todos tienen el venazo Hayes. Créeme, ¡todos!

—¡Por Dios, Diane! ¿Puedes dejar de asustarla? —La reprendió Madison, quien ya se desataba el delantal de la cintura—. Cariño, no le hagas ni caso. Eres la primera chica que pisa esta casa de la mano de uno de mis hijos, y estoy más que segura de que si

Elliot no ha traído nunca a nadie hasta ahora, es porque tú eres especial. Eso es lo único que importa.

—Mamá, ¿va todo bien?

Mierda santa, que Dios bajara a darme un pellizco si de verdad las cosas no podían empeorar.

Me volteé con la misma naturalidad con la que lo haría si tuviera un palo metido entre las nalgas, de forma mecánica y sin tratar de disimular las pocas ganas que me quedaban de enfrentarme al resto de personas en cuya sangre, como diría Diane, corría el fatídico venazo Hayes.

La actitud distendida de Andre, a quien reconocí antes de verle por el característico timbre de voz al que tan acostumbrada me tenía en sus clases, hizo pasar a un segundo plano la momentánea crisis de ansiedad.

Debía admitir que el cambio de atuendo le favorecía, inclusive si el conjunto de traje que solía llevar le quedaba como un guante. Con el toque de color adecuado y la dosis exacta que le faltaba de modernismo a su habitual elegancia, parecía sacado de una de esas revistas de alta costura italiana.

Y, justo a su lado, Adler. Toda su participación se limitaba a observar la escena inmerso en una realidad silente que lo mantenía abstraído de ella. Vestía en consonancia al resto de su familia, mas su porte lo hacía deslumbrar de manera completamente distinta. Vaporoso, estaba a un paso de distancia entre la más sutil y causal distinción, y una etérea y casual perfección. La excelencia le quedaba tan cerca que no necesitaba más que levantar un poco el brazo para tenerla entre las yemas de los dedos.

—Genial. Diane intenta espantar a nuestra invitada, pero todo genial —respondió Madison, echándole una mirada de advertencia a su cuñada—. Todo va sobre ruedas, ¿verdad?

Asentí.

—¿Seguro? Porque yo creo que Blake preferiría estar en clase de Estadística ahora mismo, y ambos sabemos lo que eso significa —bromeó el mayor de los hermanos y yo le miré consternada—. Tranquila, no más fórmulas por hoy.

—Juro que me tiraré por la ventana si oigo hablar una vez más del coeficiente de correlación —admití.

—Me lo creo. —Aseguró antes de dirigirse a su madre de nuevo—. ¿Necesitas que te ayudemos en algo? Ya han llegado todos.

Madison abrió los ojos de sobremanera.

—¿Y me lo dices ahora? ¿Cuánto hace de eso? —espetó desasosegada—. Comenzaré a calentar la comida. Andre ayuda a tu tía a servir los platos y Adler, ¿puedes ir a buscar el vino que Blake nos ha regalado? Así lo estrenamos.

—Claro, ¿el Richebourg?

—Sí, creo que tu padre lo ha dejado en uno de los estantes de arriba. —Le explicó a

toda velocidad, presa del nerviosismo—. Llévate contigo a Blake, así le enseñas la bodega.

Los gritos no tardaron en apropiarse de la cocina y hacer de ella un territorio bullicioso en el que uno prefería no verse envuelto. En cuestión de segundos, el lugar era un caos; vaivén de personal, reclamos de un lado a otro y el silbido de las ollas a presión.

Llené los pulmones de aire y me decidí a cruzar el cuarto, que se había convertido en la Quinta Avenida de Nueva York de un momento a otro. Traté de divisar a Adler entre el mar de brazos y piernas de procedencia incierta con los que me topaba a cada paso, pero fueron los pocos huecos libres que dejaban sus familiares al pasar los que me permitieron hallar su ubicación entre el alboroto.

O, mejor dicho, los que me permitieron darme cuenta de que él me había encontrado a mí mucho antes que yo a él.

Adler todavía estaba reclinado en la encimera cuando me planté frente a él, tras mucho batallar con la muchedumbre que entraba y salía de la cocina.

—*Hey* —lo saludé de forma escueta.

—Por aquí. Sígueme.

Silencio; esa palabra podía existir en cualquier otro diccionario, pero no en el mío. Yo la sustituía por «cotorrear». Eso fue lo que hice desde que iniciamos nuestro recorrido hacia la bodega y, aunque de Adler solo veía su espalda, algo me decía que quizá debería cortarle el grifo a mi verborrea.

Una pena que no pudiera.

—Tenéis una casa preciosa. —Fui consciente de la cantidad de veces que había dicho lo mismo en los últimos cinco minutos justo después de que la frase saliera de mi boca. Respondió a mi comentario con vaguedad, soltando una afirmación en forma de resoplido al aire— Mantenerla debe costaros una fortuna. —Hice una breve pausa para mirar a mi alrededor. Incluso los pasillos estaban abarrotados de piezas de arte que costaban más que mi propia vida—. Estudias un grado de Dirección Financiera y Marketing, ¿verdad? Me parece haberlo oído antes. ¿Cómo te va? Tiene pinta de ser muy difícil, aunque teniendo en cuenta que tu primo menor hace *trapping*...

—Trading. —me corrigió. Abrí la boca, dispuesta a dejarme traicionar por mis propios nervios y acribillarlo con comentarios estúpidos, cuando Adler intervino de nuevo—: ¿No crees que estás un poquito...? No sé, alterada. Deberías relajarte.

Las palabras que tenía en la punta de la lengua cayeron en picado por el abismo de mi garganta a medida que bajábamos las escaleras y nos introdujimos en las cavas.

El hilo de pensamientos que suscitó su último comentario me acompañó mientras recorríamos los pasadizos que formaban las colosales estanterías dispersas a lo largo de la bodega y gracias a las cuales parecía que estuviéramos inmersos en un laberinto. Su altura era prominente, tanto que quedaban a escasos centímetros de distancia de las vigas de madera que adornaban el techo e impedían el paso de la tenue luz que

alumbraba el lugar.

—¿Tanto se nota? —Exterioricé mis preocupaciones y Adler, que estaba varios pasos más allá y rebuscaba en uno de los estantes, soltó un bufido jovial—. Mis nervios, quiero decir.

—Es bastante evidente, sí. —Me extendió la costosa botella de vino con una sonrisa torcida en los labios—. Te recomendaría que no hablaras por los codos, pero creo que tus emociones te controlan más de lo que tú puedes controlarlas a ellas en este momento, así que solo sé tú. Aquí no nos comemos a nadie —Me contuve en decirle que yo no lo tenía igual de claro—. Aunque quién sabe, ninguna chica había traspasado la puerta principal antes de ti.

—Veo que el sentido del humor os viene de familia —comenté una vez tuve el vino bien afianzado entre mis brazos—. ¿Cómo pronunciarías esto?

Una mueca de confusión cruzó su rostro al señalarle la etiqueta del vino y borró por completo la media sonrisa que lo ocupaba con anterioridad. Lo leyó para sus adentros antes de pronunciarse.

—¿El nombre del vino? Richebourg.

—Richebú —repetí con total convencimiento y si no hubiera sido porque Adler me miró como si me faltara un tornillo, habría creído que no lo había dicho ni tan mal—. ¿Cómo lo he hecho?

—Desde luego, no como si tuvieras la lengua entumecida.

¿Podía tirarme para atrás, por favor, señoría? ¿No? ¿Seguro? La puerta de salida de la mansión no estaba tan lejos y, de todas formas, ya muchos creían que era un ser inanimado tras mi interpretación como estatua. Nadie iba a echarme en falta.

Además, me negaba a quedar en ridículo al no pronunciar correctamente los rimbombantes nombres de los vinos que los Hayes consumían. O lo que podía ser incluso peor; entrar en una conversación sobre arte contemporáneo.

—Creo que podemos confirmar que el francés acaba de convertirse en mi segunda materia pendiente —añadí cuando emprendimos el camino de regreso a la primera planta.

—¿Cuál es la primera?

—La que imparte tu hermano. —Adler, que subía los peldaños de las escaleras justo a mi lado, ladeó la cabeza para mirarme con pasmo—. ¿Qué? No tomo clases particulares por gusto.

Encogió los hombros de forma perezosa.

—Tampoco me sorprendería. No serías la primera que lo hace.

Los murmullos que se escuchaban en la distancia tomaron fuerza en el último escalón. Las voces del resto de comensales resonaban al compás de los latidos de mi corazón, que estaba acelerado a más no poder. Si la mera idea de regresar al comedor ya me resultaba vertiginosa, no quería ni imaginar qué sucedería cuando cada cual tomara su asiento para la hora de la cena.

—¿Nerviosa?

Liberé despacio el aire con el que acababa de llenar mis pulmones y lo confronté.

—Solo te digo que, si tuviera alas, echaría a volar ahora mismo.

—Me lo creo. —Adler soltó una risa nasal y avanzó sin esperarme—. Pero mejor ahórratelo, porque si vuelas igual de mal que hablas francés, te comerás el suelo antes siquiera de dejar de pisarlo.

Desde que se retiraron los platos de los entrantes, lo único que se oía en el comedor eran charlas bilaterales acerca de *Hayes & Müller Associates*, el bufete que pertenecía a la familia. Términos de abogacía y negociaciones con entidades poderosas de las que yo sabía poco o nada, pero que el resto —incluso los más jóvenes— conocían al dedillo, atiborraban la mesa cual pavo en Acción de Gracias.

Contuve el bostezo que me trepaba por la garganta. Esperaba que la situación en la cocina, donde Madison y Diane se encontraban desmoldando los postres, fuera mejor que el panorama frente a mí.

—Oye, André, ¿para cuándo tu incorporación en el bufete? —habló uno de los primos mayores. André, que parecía esforzarse precisamente para que la conversación no recayera sobre su persona, se incorporó—. ¿Sabes lo difícil que es lidiar día a día con estos viejos decrépitos?

—¡Cuidadito con a quién llamas viejo, hijo! Que yo estoy hecho un chaval todavía —intervino Allen—. Aquí el único que está con el pie en la tumba es tu abuelo, y detrás de él va tu tío Jayden, que es un viejo carroza que ya roza los sesenta.

—Tú también vas a cumplirlos —añadió Jayden, con una mirada desdeñosa.

—¡Sí, pero tú naciste antes!

—Seis minutos antes, Allen. No seis décadas.

—Pues eso, ¡lo que yo decía! Acepta tu edad, de verdad. —Meneó la cabeza de lado a lado, como si no pudiera creerse lo que su hermano le decía—. Deja de hacer el ridículo, Jayden. ¡Avergüenzas a tus invitados!

Las pullas entre el par de hermanos empezaron a saltar como palomitas en la sartén.

—¿Ves a qué me refiero? ¡Pues así todo el día! —insistió Chase por lo bajo mientras los adultos discutían a voces—. No me jodas, André. Aquí si pringamos, pringamos todos.

—No hace falta que te esmeres. Cuando le da por algo, es igual de terco que su madre —se pronunció Jayden—. De niño no hacía más que hablar de lo que haría y desharía al heredar el bufete, pero desde que aceptó esa dichosa plaza de profesor en la universidad…

André carraspeó.

—Estaba esperando el momento adecuado para dar la noticia, pero como en esta familia todo empieza y acaba en juicios públicos, no me dejáis otra opción. —Puso los

ojos en blanco, como si los aborreciera, mas en su boca se veía el atisbo de una sonrisa —: Dejaré mi puesto en la universidad tan pronto termine el próximo semestre.

El asombro se extendió por los rostros de los presentes y el comedor enmudeció..

El señor Hayes, que era quien había abierto la veda a la confesión temprana de su hijo, reaccionó poco después. Abandonó su asiento para acercarse a André y lo estrechó entre sus brazos. Sus ojos brillaban y estaban enrojecidos cuando se separaron, y supuse que él también era consciente de eso, pues rehuyó la mirada de los presentes y trató de serenarse, reacio a mostrar sus emociones.

Los postres llegaron junto a copas y, con ellas, el brindis para celebrar la noticia. Al parecer, la entrada de André en el bufete era esperada no solo por la familia, sino también por los propios accionistas de la empresa.

—Y, ¿qué hay de ti, Adler? Debes estar a punto de terminar la carrera ya. ¿Has pensado cuándo te incorporarás?

Adler detuvo la marcha del tenedor con el trozo de tarta que pretendía llevarse a la boca.

—Lo único en lo que pienso ahora es en acabar la carrera. Luego, ya se verá.

—Parece que te quedas sin herederos, tío Jayden —se burló uno de los primos.

—Tarde o temprano todos querrán su parte del pastel. Son demasiado jóvenes para apreciarlo —contestó—. Y él en particular es demasiado inteligente incluso para sí mismo, el único problema que tiene es la vagancia.

—Jayden —advirtió Madison, lanzándole una mirada afilada. El matiz que teñía su voz me dejó en claro que no era la primera vez que ese tema traía polémica a la mesa.

—No confundamos vagancia con no querer comprometerme con el bufete nada más poner un pie fuera de la universidad. —La melódica y oportuna risa del joven rebajó la tensión que acompañaba sus palabras.

—Pero, hermano, ¡relájate! Todavía tienes a Elliot y él es el caballo ganador. Créeme —prosiguió Allen—, tengo una habilidad innata para las apuestas.

No me había pasado desapercibido que Elliot apenas hubiera participado en la conversación hasta entonces, y no porque no lo hubiese intentado; más bien porque su voz parecía no llegar a los oídos adecuados. De hecho, había estado más bien callado y ocupado con las migajas que quedaban en su plato.

—Tú también estás a nada de terminar el posgrado. ¿Ya has pensado dónde harás las prácticas? Podrías presentar tu candidatura al bufete.

Categórico e irrevocable, así fue el silencio que se instauró en el comedor tras ese comentario. Las miradas iban y venían de forma indiscreta a lo largo y ancho de la mesa, algunas buscando respuestas y otras evitando darlas. Y aunque la omisión era absoluta, la situación en sí parecía sumamente frágil, como una pompa de jabón.

El panorama era un cuadro: Jayden sujetaba el tenedor como si quisiera deshacerlo con la palma de la mano y Madison había pasado a sujetarle la que tenía disponible. Por su lado, André y Adler hicieron contacto visual, y presencié cómo hablaban sin

necesidad de pronunciar una sola palabra.

Elliot expulsó el aire que retenían sus pulmones.

—Estoy barajando varias opciones todavía.



Eran poco más de las siete y media de la tarde cuando Elliot y yo abandonamos la mansión y cogimos Wilshire Boulevard en dirección a la universidad.

La conversación que había acompañado a los postres me había dejado con más preguntas de las que ya tenía al entrar en la humilde —nótese el sarcasmo— morada de los Hayes, sobre todo en lo que relacionaba al motivo por el cual Elliot me usaba como tapadera ante su familia.

Sin embargo, mi insistencia por sonsacarle información durante el viaje dio resultados nulos, porque se pasó los doce minutos que duró el trayecto inmerso en un silencio desalentador. Solo volvió a abrir la boca cuando detuvo el coche en el aparcamiento que había frente a la residencia de estudiantes.

—¿Tienes planes para el viernes?

—No que yo sepa —respondí.

—Perfecto, porque hay una fiesta en la fraternidad después del partido y estaría bien que nos vieran juntos. Así ya lo hacemos oficial.

—¿Perdón? —inquirí con el pasmo reflejado en el rostro—. ¿Hacer oficial el qué?

—Lo nuestro, por supuesto.

La mandíbula se me cayó al suelo *ipso facto*.

—Estás de coña, ¿verdad? Ya he hecho el paripé delante de tus padres, he cumplido con mi parte del trato.

—¿Y creías que con eso sería suficiente? —Elliot me miró de refilón desde el asiento del conductor—. Querida, hazte al papel, porque la función no ha hecho más que comenzar.

9

—¿Tienes ibuprofeno? —Alejé la bandeja que había frente a mí y, una vez la tuve a una distancia prudente, le dediqué una mirada de animadversión a la comida que reposaba en ella. Nos encontrábamos en la cafetería de la universidad, tomando un tentempié que nos permitiera aguantar hasta la hora del almuerzo.

—Creo que sí, en pastilla —respondió Ginger al momento de empezar a rebuscar en el bolsillo de su mochila.

—Uf, entonces no.

—Por Dios, Blake, cosas más grandes te has metido en la boca —me contestó de sopetón. Sus ojos azules estaban perdidos entre el gentío que habitaba en la cafetería y, de vez en cuando, acompañaba su porvenir con suspiros hastiados—. ¿Ya te ha bajado la regla?

—Me estoy desangrando, no sé ni cómo me mantengo en pie —admití.

Sin esperar ni un minuto más, tomé el agua y me tragué la pastilla sin reparar demasiado en su tamaño. No solía tener una menstruación muy dolorosa, pero cuando me daba... Podía tirarme los cuatro días que me duraba tirada en el sofá y haciendo la croqueta por el piso.

No tenía muy claro si la semana había pasado a velocidades antinaturales frente a mis ojos o si tan solo el tiempo había vuelto a su ritmo normal, pero nos encontrábamos a pleno jueves y lo mío con Elliot ya estaba en bocas de todos. Eran muchas las historias que se contaban alrededor de nuestro acercamiento y pocas las respuestas que habíamos dado al respecto. El caso era que, con cada paso que dábamos, se levantaban miles de rumores.

—¿Tienes planes para este fin de semana? —Le dio un largo sorbo a su café.

—El viernes tengo que ir a aquella fiesta de la que te hablé, pero ya está —respondí.

—Ah, Elliot. —Ginger puso los ojos en blanco al pronunciar su nombre, demostrando lo mucho que lo aborrecía. Si bien el abrupto comienzo de nuestra relación había tomado por sorpresa a todos, ella era quien peor lo estaba llevando—. ¿Vamos de compras el sábado?

Estábamos por acabar de concretar nuestra salida cuando, de repente, se oyó un pitido seguido de un mar de ellos. La cafetería quedó en completo silencio; todos éramos conscientes de lo que significaba aquella notificación en nuestros móviles.

A pesar de que sabía exactamente lo que iba a encontrar, no pude evitar que tanto el pulso como la respiración se me aceleraran. Esperé con impaciencia a que la página que llevaba al foro de la universidad cargara y me deslicé por ella hasta encontrar lo que buscaba.

Me tomé un segundo antes de embarcarme en la lectura y observé mi alrededor. Mi

amiga devoraba el poema con ansias, pero no se trataba de un caso aislado; todos los estudiantes tenían la atención enfocada en aquellas palabras.

Mentiría si dijera que el labio inferior no me tembló por la expectación y que el pulso no se me aceleró cuando empecé a leerlo.

Árdeme. Tan solo el título ya hacía que me florecieran los nervios en el vientre.

Árdeme
Con el fuego de tus mejillas incandescentes,
Con tu mirar ahogado en placer al estudiarme,
Con mordeduras en mis labios al excitarte.
Árdeme
Arañando mi espalda con tus manos inclementes
Con el sudor recreándose en cada parte palpitante
Abrásame, sé mi calmante.
Sé el ángel de mi infierno andante.
Juega con mi fuego hasta quemarte.
Árdeme
Árdeme como el fuego cuando suspiras
Árdeme al disfrutar de mí siendo tú misma.

Qué decir que no hubiera dicho ya: me encantaba. Todo lo que escribía conseguía ponerme la piel de gallina y me provocaba una necesidad carnal que requería ser saciada con urgencia. Incluso aquel relato, tan distinto a lo que nos tenía acostumbrados, hacía que me achicharrara.

@Midnightemptation:

Qué mona estás cuando me lees.

El mensaje apareció en la pantalla y, automáticamente, noté cómo se me incendiaban las mejillas.

Nuestras charlas se habían reducido de forma significativa esa semana y temía que fuera porque las habladurías acerca de mi relación también habían llegado a sus oídos.
Me volteé exaltada y traté de buscarle, sin darle mayor importancia al hecho de que acababa de tirar mis cosas por el suelo. Cientos de cabezas se alzaban por encima de las mesas y me hacían imposible distinguirlo. El hormigueo que había instaurado en mi organismo con sus párrafos creció al recordar que sus ojos se habían posado en mí hacía apenas unos segundos y que, quizá, todavía lo estaban.

Prefería no imaginarme leyendo el relato ante su mirada atenta, pues sabía a ciencia cierta que se me quedaba cara de idiota cuando lo hacía.

La brusquedad de mis movimientos alertó a un par de curiosos de las mesas más cercanas, que me observaron como si estuviera demente.

—Toma. —Ginger me tendió los libros que había tirado segundos atrás.

Musité un «gracias» entre dientes y los tomé con una sonrisa amarga. De nuevo, aunque estaba cerca, era incapaz de detectarlo.

Y la verdad era que, aunque yo insistía en que no me importaba desconocer su identidad, estaba un poquitín obsesionada con descubrirla.

De repente, Ginger se aclaró la garganta. No le presté atención hasta que lo hizo un par de veces y me encontré con sus iris celestes.

—¿No se te olvida algo?

—Si te refieres al cerebro, falté el día que los repartieron —contesté. El corazón todavía me iba a mil por hora y mi temperatura corporal rozaba lo febril.

—¿Y esto? —Su mano se posó en mi muñeca en forma de caricia, pero se tornó persistente cuando nuestros ojos se cruzaron.

Me congelé al verlo. Tenía mi teléfono entre las manos y, con una sonrisa maliciosa, me señalaba la pantalla, en la cual se podía leer a la perfección «Nuevo mensaje de *@Midnightemptation*».

—Así que sigues hablando con él... Qué guardadito te lo tenías, ¿no? —afianzó su agarre para evitar que escapara de sus preguntas.

—No sé de qué hablas.

—*No sé de qué hablas* —me imitó de forma melodramática mientras me propinaba una patadita bajo la mesa—. No seas zorra y desembucha.

El timbre que marcaba el inicio de la segunda jornada lectiva resonó por la cafetería. Ni siquiera había llegado a hacer ademán de levantarme e irme cuando intentó volver a detenerme.

La miré desairada, pretendiendo ignorarla, pero sabía lo muy insistente que podía llegar a ser. Finalmente, sucumbí a sus ojos curiosos y tras soltar un bufido exasperado, contesté:

—Sí, seguimos hablando, ¿y qué?

—¿Cómo que *y qué*? Estás jugando a dos bandas con él y el gilipollas más codiciado de la universidad. Como amiga tuya, tengo derecho a cierta información privilegiada, ¡y ni siquiera me habías contado lo que sea que tengas con Elliot!

—A mi favor diré que lo de Elliot me ha cogido por sorpresa a mí también. —No me gustaba la idea de tener que mentirle, pero prefería eso a hablarle sobre la existencia de aquellos vídeos. Y más después de lo que ocurrió el año anterior—. Solo nos estamos conociendo.

—¡Pero si has conocido a sus padres!

—¡Ginger! Ahora no es el momento, en serio. Tengo que entregar un proyecto en cinco minutos, y créeme que si suspendo por llegar tarde, no seré yo quien pague la matrícula del próximo semestre. —Le dediqué una mirada de advertencia—. Me voy a clase, ya hablaremos.

—¡Y tanto que lo haremos! Y me contarás todo sin obviar ni un mísero detalle.

—¡Sí, pero no será ahora! —canturreé antes de perderme entre la multitud.

Me pasé la primera hora de Estadística tomando apuntes y anotando cada palabra que salía de la boca de Andre; no obstante, y sin razón aparente, mi cerebro decidió desconectar durante el segundo periodo.

Decir que mis pensamientos sobrevolaban el séptimo cielo era quedarme corta, *muy* corta. Me notaba la frente ardiendo y no sabía si era porque tenía fiebre o porque mi cerebro estaba rindiéndole homenaje a las neuronas fallecidas durante la clase encendiendo una hoguera.

Ahogué un suspiro y enterré la cabeza entre mis brazos. Los ojos me ardían y los párpados me pesaban, así que dejé que estos últimos anularan mi visión durante algunos segundos. No me quedaban ganas ni fuerzas de mantenerme despierta, pero batallé con tal de no dormirme.

La voz ronca y arrastrada de Andre, proveniente de las profundidades de su garganta, llegó a mis oídos e hizo que se me pusiera la piel de gallina. Me erguí de inmediato y volví la vista al frente. La pizarra del aula —que ocupaba prácticamente toda una pared— estaba llena de cálculos y números que bailaban ante mis ojos.

Pestañeé con lentitud. ¡Solo había descansado un par de minutos, no dos eternidades!

El timbre que marcaba el fin de la clase resonó por el aula, lo cual agradecí porque no estaba en todas mis facultades como para detener el curso de mis pensamientos catastrofistas. Esperé a que todos se levantaran para hacerlo yo también, pues ese día no tenía la paciencia suficiente para aguantar los comentarios estúpidos que todavía envolvían mi existencia desde que Elliot Hayes decidió jodérmela. Mi cuerpo resentido tiritaba cada vez que descendía un peldaño en las gradas, que se me hacían interminables.

«Por favor, por favor, por favor...», recé al pasar frente a la mesa de Andre. Sin embargo, alguien ahí arriba debía ser consciente de que no frecuentaba mucho la iglesia, porque mis súplicas no surtieron ningún efecto.

—Señorita Wright, ¿podemos hablar un segundo?

—Claro —mascullé. Volví sobre mis pasos hasta quedar delante de él—. ¿Quería algo, profesor Hayes?

—Colgué las calificaciones del parcial durante el fin de semana, ¿las ha visto?

Me mordí la lengua cuando sus ojos se posaron en mí, interrogantes.

Para mi desgracia, las había visto a la perfección y, no, no era el típico suspenso que podía redondearse al cinco a finales de semestre. Era un bajo —y esperadísimo— 1'4 que ni siquiera poniéndolo al revés podía pasar por un aprobado.

El encontronazo con Elliot en los baños podría servirme de excusa para mantener mi ego intacto ante el resto, pero la realidad era que, con o sin él, hubiera obtenido la misma puntuación.

—Sí, las vi.

Agarré con fuerza los libros que llevaba entre mis brazos y los apreté contra mi inexistente pecho.

Andre, que parecía esperar una reacción, se desabrochó el primer botón del chaleco y se remangó las mangas de la camisa. Hasta que el aula no se vació, no volvió a hablar.

—Blake, has asistido a todas mis clases y te veo tomar apuntes. No comprendo qué va mal después. —Colocó ambas manos sobre la mesa y miró el examen que reposaba sobre esta—. Si había algo que no entendías me lo podrías haber dicho, sabes que siempre estoy dispuesto a ayudaros. Lo sabes. Por favor, la próxima vez no esperes a llegar al examen para dejarlo prácticamente en blanco.

—Tienes razón, lo siento. Es solo que, ya sabes... Las matemáticas nunca han sido lo mío.

—Lo sé, llevo cuatro años corrigiendo tus exámenes. —Me dedicó una sonrisa tranquilizadora—. Vamos a hacer una cosa. Te enviaré las respuestas correctas del examen para que puedas revisarlas y, si quieres, mañana te hago un hueco a la hora del almuerzo y tenemos una hora de atención. ¿Te parece bien?

—Me… Me parece —tartamudeé.

—Vale, entonces nos vemos en mi despacho a las doce y media —confirmó, terminando de recoger sus pertenencias y metiéndolas en el maletín—. Por cierto, el otro día aguantaste el tipo como una campeona. No muchos entran en territorio Hayes y salen como lo hiciste tú. Tienes todos mis respetos.

Su comentario me cogió de improvisto e hizo que titubease al sonreír.

—Pero no te confíes. Que ahora seamos familia no hará que te suba la nota de la evaluación, así que a esforzarse. ¡Hasta mañana!

—Hasta mañana —correspondí, viéndole desaparecer del aula.

10

El campus de la universidad estaba abarrotado de hinchas de ambos equipos cuando acabó el partido. Por suerte, al ir acompañada de Elliot y los suyos, pudimos llegar hasta el aparcamiento sin problemas. Suponía que esa era una de las muchas ventajas que tenía ser popular.

Miré la manecilla del copiloto cuando llegamos a su flamante automóvil y me planteé huir despavorida. Reproduje mil y una maneras de escapar de las garras de Elliot, cuyo portazo me advirtió que ya había entrado por la puerta del conductor, mas no tardé en darme cuenta de que mi intento desesperado de huida hubiese resultado un fracaso total en todas las opciones que me planteé.

—¿Te vas a quedar ahí parada todo el día o vas a entrar? —me soltó aprovechando que nadie nos escuchaba.

—Estaba esperando a ver si el coche explotaba contigo dentro —expresé. Luego, entré con cara de asco y me puse el cinturón con tan pocas ganas que cualquiera hubiera pensado que deseaba estrellarme.

El motor rugió y salimos del aparcamiento tan rápido como habíamos entrado. Pronto, la universidad quedó atrás y, con ella, mis esperanzas de no ir a la maldita fiesta que Elliot organizaba.

Minutos más tarde llegamos a un pequeño supermercado no muy lejos de la fraternidad. Las luces artificiales del local alumbraron la oscuridad a la que estábamos sumidos en el exterior y, como si Elliot fuera un imán, todas las miradas del lugar se clavaron en él. Sí, era jodidamente atractivo e imponente, tanto que incluso daba asco.

Nos repartimos las tareas entre los integrantes del coche y cada cual tomó un rumbo en el interior del establecimiento.

—¿Por qué es tan importante para ti que nos vean juntos? —insistí cuando estuvimos solos— Hay cientos de chicas que podrían interpretar el papel con muchas más ganas que yo.

—Ellas no me sirven.

Ahogué un suspiro y deambulé por los pasillos de los congelados. Tenía muchos problemas que resolver en esos momentos, pero había uno más importante que el resto que requería ser atendido, inspeccionado y liquidado lo antes posible: Elliot Hayes.

—¿Por qué no te sirven? ¿Tienes algún tipo específico de persona a la que torturar, o cómo va esto?

—Sí, me gustan bajitas y con cara de mierda. —Me sonrió al tiempo que me tendía varios *packs* de cervezas.

No permití que me ofendiera.

—¿Para que vayan a conjunto con la tuya?

—El resto no son tan idiotas como para dejarse grabar en la intimidad, esa es la diferencia. —dijo con total naturalidad—. ¿Crees que podrás cambiar esa cara de asco? No tengo ganas de verla durante toda la noche.

—Asistir al funeral de mi bisabuela la loca sería mejor plan que estar aquí contigo. Así que no, no puedo.

Un cuarto de hora después, estacionamos el coche frente a la fraternidad y nos ocupamos de descargar las provisiones con las que nos habíamos hecho.

—¡Bienvenida, pareja!

Unos chavales a los que catalogué como bebidos —a pesar de que la fiesta recién comenzaba— nos recibieron entre abrazos pegajosos y palabras inconexas, así que volvimos a nuestro papel como si no nos hubiéramos pasado discutiendo cada minuto que estuvimos a solas.

—¡Sólo por esta noche, hay barra libre para todos!

—¡No están permitidas las drogas, pero si queréis pillar maría hay un tío que la vende en los baños del segundo piso! —se carcajeó. Sus ojos rojos probaban que lo conocía bastante.

—Iré a dejar las bebidas en la nevera —me apresuré a soltar una vez estuvimos dentro. Era el momento idóneo para alejarme de él y respirar el poco aire no intoxicado aun por su presencia.

No sabía si la música estaba demasiado alta y las personas muy pegadas a mí, o solo se trataba de la irritación que me corroía por pasar tiempo con Elliot. En cualquier caso, mi cara debía ser un poema, porque nadie osaba acercarse.

Entré en la cocina a codazos, apartando a aquellos que me impedían el paso, y coloqué algunas bebidas en la nevera. El frío que desprendía calmó el sofoco que incendiaba mis mejillas. No obstante, y aunque no era de extrañar dada la suerte que tanto me caracterizaba, no tardé en tirar uno de los estantes del frigorífico y hacer que decenas de botellas cayeran al suelo.

«Esta es tu noche, B», me dije a mí misma. Porque sí, hablar de uno mismo en tercera persona era de gente egocéntrica, pero también muy guay y cuerda.

Arqueé las cejas cuando un desconocido se puso de cuclillas junto a mí y me miró con curiosidad. Su apariencia no me dejó indiferente y me descubrí observándolo más desconcertada que él a mí.

¿Nos conocíamos? Lo dudaba. Nada en él le ayudaba a pasar desapercibido y yo tenía ojos hasta en el cogote.

Se trataba de un verdadero caos. Su cabello tenía un tono gris desteñido al que le hacía falta pasar con urgencia por una peluquería y su piel, tan carente de pigmento como su pelo, era de un color lechoso que acompañaba a sus ojos translúcidos, tan claros que que me pregunté si, al ser tocados por la luz, se podría percibir algún tipo de matiz. Cada porción de tez a la vista estaba cubierta por tinta tan negra como el ébano y en sus orejas colgaban varios piercings.

Definitivamente no nos conocíamos.

—Veo que necesitas ayuda.

—¿Cómo lo has adivinado? —contesté irónica. Para aquel entonces, las cervezas ya estaban hechas añicos a mis pies y me empapaban la suela de los zapatos.

—Desde luego, no ha sido porque he oído cómo te cagabas en tus muertos. —Camiseta, tejanos y zapatillas; toda su vestimenta estaba compuesta por un único color, el negro. Su estilismo *grunge* parecía sacado de Pinterest y casaba tan bien con él que resultaba imposible no quedarse mirándolo—. Espera, traeré un trapo.

Se levantó y rebuscó en la estancia, abriendo cajones y estantes por doquier y dejándolos sin cerrar a su paso. Cuando por fin encontró algo que le convenciera, volvió a mí.

—No es lo que buscaba, pero servirá. —Se encogió de hombros y me mostró el montón de servilletas con motivo navideño.

Las cogí sin dudarlo y zambullí a Papá Noel y sus renos en el desastre que había armado minutos atrás.

—¿Una mala noche?

—¿Debería llamarte Sherlock?

—En efecto, querido Watson —rio.

—Sí, está siendo una noche de mierda —respondí enjuagando el parqué—. ¿Y la tuya? ¿Está siendo igual de mierda que la mía, o solo me ayudas por compasión?

—¿Crees en el azar?

—Sí, se pone de acuerdo con las fuerzas del universo para joderme la existencia cada vez que puede —bufé—. Así que dime que no has venido a complicármela más, por favor.

—La verdad es que venía a por otra cerveza y tú tenías unas cuantas —confesó, soltando una carcajada—. Antes de que se te cayeran, claro. Pero no ha sido compasión, lo juro.

Alzó ambas manos, dejando las palmas al descubierto.

—Haré ver que me lo creo, pero solo porque has sido simpático —comenté—. Ahora mismo desearía abandonar mi cuerpo y ser cualquier otra persona por unas horas.

—Conozco esa sensación más de lo que me gustaría —coincidió pensativo.

—¿Y qué haces para dejar de sentirla?

Un tímido ademán de sonrisa murió en sus labios.

—Resolver aquello que me hace querer huir de mí mismo.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. —Llevé el montón de papel chorreando hasta la papelera y lo encesté en su interior.

—Lo sé. Pero cuando tu mundo parece haberse quedado a oscuras, la única persona capaz de volver a encender la luz eres tú —Sus ojos vagaron más allá de mí mientras lo decía y, por un momento, lo sentí tan lejos que creí que ya no hablaba conmigo.

—Una respuesta inteligente.

—Lo dices como si te sorprendiera.

—Solo lo corroboraba —respondí en un mal intento de salir del apuro.

—Sí. De momento no llevo la palabra idiota tatuada en la frente, pero poco me falta. —Tomó una de las cervezas que todavía reposaba en el mármol y le dio un sorbo—. Por cierto, encantado de conocerte...

—Blake, me llamo Blake.

—Bien, Blake, esta es la situación —se expresó con seriedad—: Ahora mismo la única cerveza que queda en toda la fiesta está en mis manos y mis amigos están esperando que les lleve tres más, así que ¿te apetece venir y ayudarme a explicarles lo que ha pasado? Quiero decir, tu noche ya es una mierda y ellos son buena gente.

—Me parece buena idea. —Reí ante su ocurrencia. Tampoco tenía nada mejor que hacer—. Creo que hay más bebidas en el salón de al lado, ¿vamos y robamos unas cuantas? No quiero presentarme con las manos vacías.

—Me gusta cómo piensas.

—Genial. Por cierto, ¿cómo me has dicho que te llamabas?

Sus labios se entreabrieron para darme una respuesta, mas no llegaron a formularla por completo antes de que nos interrumpieran.

—Te estaba buscando. ¿Qué hacías? ¿Perderte dentro de la nevera o qué?

Tomé aire antes de contestar.

—Sí, Elliot. Ha sido abrirla y entrar en Narnia automáticamente.

—¿Y tú? —Elliot inspeccionó con impertinencia a mi acompañante antes de soltarle un comentario con esa lengua viperina y despiadada que la naturaleza le había otorgado—. ¿Quién te ha dejado entrar?

—Dejaré que lo medites, pero estoy seguro de que ya lo sabes —contestó con sequedad. Parecía que hubieran cambiado al chico risueño con el que hablaba hace unos segundos por un ogro del bosque. Entonces, volvió a mirarme y, con una sonrisa impostada, añadió—: Estaremos al final de la pista, por si tu noche no se soluciona y sigue siendo una mierda.

Le correspondí despidiéndome con la mano y no dejé de hacer contacto visual hasta que le vi sumergirse entre la masa tumultuosa que abarrotaba el lugar. Por su parte, Elliot lo repasó con desgana, como si su mísera presencia hubiera alterado su ya de por sí fatídico estado humor.

—¿Se puede saber qué mierda estabas haciendo? —Tiró de mis muñecas para que le prestara atención.

—¿Guardar las bebidas, quizá? —contesté mientras sus manos me arrastraban hacia el gentío que bailaba en la pista.

—¿Y necesitabas la ayuda de ese delincuente para hacerlo?

—Si él es un delincuente, ¿qué eres tú? ¿Un capo de la mafia?

—Muy graciosa. —Se detuvo en seco y yo no fui lo suficiente rápida para amortiguar el golpe con sus pectorales. Era obvio que se ejercitaba a diario, porque estaban tan

duros que, al chocar con ellos, me quedé atontada—. ¿Qué crees que pensará el resto si ve que le remueves la cola al primero que pasa en cuanto me despisto?

—Elliot, estaba hablando con él, no follándomelo.

—Puedes ser lo suelta que quieras fuera de aquí, pero sin que nadie te vea, ¿entiendes?

—No te soporto. —Lo cierto era que mis ganas de abofetearle eran directamente proporcionales a la cantidad de tiempo que pasaba junto a él.

—No necesitas hacerlo. Fíngelo. Sé que se te da bien. —El despotismo con el que se pronunció jugó con los límites de mi paciencia.

Entonces cambió su expresión tan rápido como uno chasqueaba los dedos y mutó al estado habitual que mostraba ante el resto: el tío popular con el que todos querían codearse y que provocaba avalanchas de babas allá donde iba.

—¡Ya estoy aquí! —vociferó, uniéndose a la fiesta entre aclamos—. ¿Vamos a por la siguiente ronda?



Insufrible. Esa era la única palabra que se me ocurría para describir aquella noche.

Todo lo que había hecho hasta entonces era contemplar cómo Elliot y sus amigotes jugaban al billar mientras reían como borregos, y esquivar las miradas inquisitivas de Cole, con quien no había vuelto a coincidir desde nuestro encontronazo. Que no se acercara a interrogarme podía considerarse un milagro, sobre todo teniendo en cuenta que sufrí cada una de sus vertientes celópatas.

Conocía su mirada, la forma en la que sus ojos me buscaban cuando querían hallar una respuesta que yo me negaba a proporcionarle y la manera en la que actuaban sus celos y lo convertían en un energúmeno sin escrúpulos. Por eso, no me creía esa actitud indolente que mostraba, como si mi relación con Elliot —que además era uno de sus mejores amigos— no le perturbara ni un poco.

Dejé caer la cabeza y la apoyé contra la pared. Estaba siendo una noche muy larga.

De repente, una vibración. Suficiente para que el corazón se me saltara un latido y mi respiración se acelerase.

Introduje la mano en el bolsillo con calma, a pesar de sentir que la expectación estaba a punto de jugarle una muy mala pasada a mi estómago. Temblé al notar el frío acero del teléfono y, cuando por fin lo tuve en mis manos, lo saqué con rapidez y dejé que la pantalla me alumbrara en la oscuridad.

@Midnightemptation:

No pareces pasártelo muy bien con Elliot. ¿Problemas en el paraíso?

Las mariposas que se habían instaurado en mi vientre y revoloteaban de un lado a otro se desvanecieron tan pronto leí el contenido de su mensaje y, a continuación, lo hicieron los nervios que me florecían siempre que hablaba con él.

Me mantuve estática e intenté mantener la compostura. Los días se me habían hecho

eternos en su ausencia y lo primero que hacía al romper su silencio era apuñalarme sin compasión.

@Girlonfire:

Menudo recibimiento. Yo también te he echado de menos.

@Midnightemptation:

Creí que estando con Elliot no notarías mi ausencia.

@Girlonfire:

Y yo creía que tú echarías un poco más en falta la mía, pero ya veo que no.

@Midnightemptation:

¿Tu querido te aburre?

La poca paciencia que quedaba en mí —y que ya de por sí era escasa— se esfumó al leer su mensaje.

@Girlonfire:

Te veo muy interesado en lo que hago. ¿No disfrutas de la fiesta?

@Midnightemptation:

La disfrutaría más si pudiera verte bailar, pero pareces muy cómoda donde estás.

Decir que sus palabras no habían alterado un poco mi fuero interno sería mentir de forma despiadada, como también lo sería el no admitir que las mariposas acababan de reaparecer por arte de magia.

Observé la pantalla con detenimiento y me replanteé el tipo de respuesta que iba a ofrecerle. Él llevaba jugando sucio desde el inicio de nuestra conversación y ahora veía un haz de luz por el cual escabullirme y darle la vuelta. Pero, ¿de verdad quería que mi orgullo terminara por arruinar lo poco bueno que me quedaba de la noche? ¿Lo poco sobre lo que Elliot no tenía control?

@Girlonfire:

¿Has venido solo a fastidiarme o vas a hacer algo al respecto?

Me recosté de nuevo en la pared y me permití echarle un vistazo a la pista. La luz era tenue en todo el recinto e impedía que pudiera distinguir algo más que unas meras siluetas contoneándose a lo largo de la estancia. Cada sombra captaba mi atención y hacía que me planteara si, en ella, existían vestigios de esa oscuridad conocida. Su oscuridad.

Pretendí obviar los sentimientos que emergieron de mi interior cuando el teléfono volvió a vibrar y, aunque a mí misma no conseguí engañarme, sí pude fingir que no estaba tan ansiosa por su respuesta como lo estaba en realidad.

Después de algunos minutos, me decidí a leer el mensaje.

@Midnightemptation:

¿Qué te gustaría que hiciera?

@Girlonfire:

No lo sé, ¿qué te gustaría hacer?

@Midnightemptation:

Lo que se me pasa por la mente no es apropiado para alguien que está en una relación.

Dejé escapar una exhalación. La rapidez con la cual respondía a mis mensajes me dejaba claro que teníamos mucho por solventar respecto a lo sucedido con Elliot.

Desvié mi mirada hacia el grupo de chicos que bebía sin parar de una fuente de cerveza. Uno de ellos sorbía litros de ella a través de una manguera pegada a un enorme barril. Cuando se apartó, se tambaleaba más que un péndulo y manaba alcohol a borbotones por la boca.

@Girlonfire:

No estoy en ninguna relación.

@Midnightemptation:

No es lo que parece ni lo que dice el resto.

@Girlonfire:

Le estoy haciendo un favor, nada más.

@Midnightemptation:

¿Estás con él para hacerle un favor? Menudo favor debe ser, ¿no?

@Girlonfire:

Elliot y yo no tenemos nada y ni siquiera me gusta un poco, pero las circunstancias son las que son.

¿Podemos dejar el tema?

@Midnightemptation:

Me resulta demasiado interesante como para dejarlo.

@Girlonfire:

Hagámoslo igual que lo hacemos con lo que concierne a tu identidad, creo que es lo justo.

Fue la única forma que encontré de hacerle entender que no podía exigirme tanto cuando él no me daba apenas nada. Además, se lo suplicaba. Necesitaba sentir algo, que hiciera temblar el suelo bajo mis pies y me provocase un remolino de sensaciones, o moriría de hastío antes de que la noche acabara.

@Midnightemptation:

Te aseguro que me esfuerzo por creerte y que incluso intento autoconvencerme, pero me resulta tan inverosímil que es imposible.

@Girlonfire:

¿Debería sentirme ofendida por tu falta de confianza?

Su respuesta se postergó durante algunos minutos y yo, que requería de ella con inmediatez, deseé poder ir hasta donde fuera que estuviera para dejarle las cosas claras.

@Midnightemptation:

¿Y yo? ¿Debería creerte a ciegas?

@Girlonfire:

Estoy en mitad de una fiesta a momentos de salirse de madre. Hay bebida gratis, gente bailando en la pista y Elliot está a menos de tres metros de distancia.

Podría hacer un montón de cosas ahora mismo, y seguramente todas serían mucho más

entretenidas que estar en un rincón oscuro pegada al teléfono, pero no. Estoy aquí, hablando contigo, porque es lo único que me apetece hacer ahora mismo.

Juzga por ti mismo.

Tuve que tomar aire después de lo que acababa de decir. Me sentía asfixiada por la propia adicción que Midnightemptation me provocaba con sus palabras y en parte me avergonzaba de ello, de lo mucho que necesitaba lo que me daba y lo encantada que estaba con la situación.

@Midnightemptation:

¿Qué quieres de mí?

@Girlonfire:

No menos de lo que tú esperas de mí.

Me mordí el interior del labio. Yo, la sinvergüenza número uno desde el momento en que puse un pie en el planeta Tierra, sentía pudor de mostrarle lo que sentía. De decirle cómo cada una de sus palabras me agitaba y quemaba mi interior.

@Midnightemptation:

Lo quiero todo, cada pedazo de ti.

Quiero volver atrás, a aquella noche, y ponerle solución al arrepentimiento que me carcome desde que decidí escribir sobre ti en vez de abordarte, aun cuando eso era lo que deseaba en realidad.

Quiero dejar de preguntarme por qué nadie más te mira y por qué yo sí, que paremos de buscarnos en mil infiernos y nos encontremos en uno y que los movimientos que perpetuas todas las noches en mi memoria se conviertan en una única realidad en mi cama.

Blake, me pican las manos por tenerte entre mis brazos desde que te vi por primera vez. No te haces ni la más remota idea de lo mucho que tu imagen mancilla mi mente y las pocas ganas que me quedan de resistirme a todo lo que me provocas.

El olor a alcohol, los gritos desgarradores de aquellos que ya iban como una cuba, la presencia de Elliot a escasos metros de distancia y los cientos de personas que había en la fiesta; todo, absolutamente todo, dejó de existir para mí. Lo único que permanecía inalterable era esa esencia magnética que él desprendía y nadie más que yo parecía detectar.

Tirité por la excitación ante la idea de lo que podía provocarme sin siquiera ponerme un dedo encima. Afiancé el teléfono entre mis manos cuando el pulso comenzó a temblarme y apreté los labios para evitar que la sonrisilla que contenía escapara de ellos.

@Girlonfire:

Tenías razón. No pertenezco al infierno, aunque siempre me he visto tentada por él. Quizá por eso llevo un tiempo delimitando el tuyo y deseando verme caer en él.

Mi cuerpo pide algo diferente a lo que le he estado dando hasta ahora. Puede que siempre me lo haya pedido y yo no haya sabido dárselo. A lo mejor nunca me he atrevido a decirlo en voz alta.

No sé ni por dónde empezar a buscar y tú en cambio pareces saber exactamente cómo hacerlo.

@Midnightemptation:

¿Qué me estás proponiendo, Blake?

@Girlonfire:

Lo sabes perfectamente.

@Midnightemptation:

Pero quiero que seas tú quien lo diga.

@Girlonfire:

¿Por qué?

@Midnightemptation:

Porque lo necesito, aunque sea por escrito, para controlar las ganas que tengo de ir hasta ti ahora mismo y escucharlo de tus labios.

Su confesión hizo que fuera incapaz de dominar mis impulsos y, más pronto que tarde, me hallé a mí misma buscándolo de nuevo entre la muchedumbre.

@Girlonfire:

Quiero que me abras las puertas de tu infierno y me enseñes todo aquello que dices que te gusta.

@Midnightemptation:

Cualquier día de estos me harás perder la cabeza, lo sabes, ¿verdad?

Deja que lo medite unos días, que piense cómo podríamos hacerlo en el caso de que se diera. Te recomiendo que hagas lo mismo y te plantees si esto es lo que quieres realmente.

Leí un par de veces su mensaje, sin poder creer lo que ponía en él. Sabía que no debía hacerme ilusiones y que no era un *sí*. Pero era un *tal vez*, y eso me servía por el momento.

Estaba en medio de ninguna parte, perdida entre una multitud entre la que sólo él sería capaz de encontrarme y sumergida en una invidencia que, aunque me asustaba en ocasiones, anhelaba en muchas otras. Y estaba hambrienta, tanto que me costaba creer que no me hubiera dado cuenta de lo insaciable que era hasta que lo probé a él.

Porque, como bien había dicho aquel chico, a veces tan sólo uno podía alumbrar su propia oscuridad, y yo haría que la que nos envolvía se fundiera con el fulgor del fuego que habitaba en el averno.

11

@Midnightemptation:

Acerca de lo que hablamos ayer, me gustaría que leyeras lo que tengo que decirte hasta el final y me hicieras el favor de replantearte la decisión que hayas tomado, sea cual sea.

Blake, mis circunstancias son complicadas, muy complicadas, y no parece que eso vaya a cambiar en un futuro cercano. Seguir con mi anonimato es cada vez más difícil y no me lo pones nada sencillo.

Eres una tentación para mí, un peligro inminente que no puedo ni quiero esquivar y, aunque acepto las consecuencias, me veo en la obligación de advertirte de las que podría tener para ti.

¿De verdad te vale la pena exponerte a esto?

El mensaje que me envió esa misma mañana seguía dándome vueltas en la cabeza. Conocía su intencionalidad, la razón por la cual me lo había enviado; quería que le dijera que no, que prefería echarme atrás, porque así no sería él quien me rechazaría. Y eso me hacía trizas.

Cada palabra se me había clavado como un puñal, tal y como él pretendía, y me habían dejado sin la capacidad de elaborar una respuesta convincente. Ante el miedo de perder todo por una mala contestación, decidí tomar el comodín que él mismo me había ofrecido días atrás, al pedirme que me lo pensara, y así postergar mi respuesta para cuando tuviera algo bueno que decir.

Levanté la mirada. El despacho en el que me encontraba era amplio y agradable a la vista, pero poco luminoso. No tenía muchos muebles ni ningún objeto fuera de su sitio que empañara la visión y su gama cromática era sobria, al igual que el aroma a eucalipto que flotaba en el ambiente. Todo en él desprendía un aire a abundancia que embriagaba.

En definitiva, ese lugar era la máxima expresión de lo que Andre representaba..

Alcé la mirada, creyendo que lo encontraría tal cual lo había dejado un minuto atrás; abstraído y rebuscando en la pantalla de su ordenador. No obstante, choqué con sus penetrantes ojos castaños y una sonrisa ladina que me hubiera sacado el hipo en cualquier otra situación.

—Hola. —Mi voz sonó temblorosa.

—Hola de nuevo. —Acompañó sus palabras de una risa melódica que acentuó mi inquietud—. Te veo un poco distraída.

—Lo siento.

Entrelazó las manos bajo la barbilla y yo me hundí en el asiento.

—¿Ves cómo no era tan difícil? —Señaló la hoja que había entre nosotros— Blake, el problema es que te bloqueas. Cuando te pones nerviosa te quedas en blanco porque no confías lo suficiente en ti, y si no lo haces tú, ¿quién crees que lo hará?

Examiné el examen. Lo había repetido después de repasar nociones y resolver dudas, y mi nota había subido al cinco. Si bien no era una maravilla —Estadística era para mí lo que el talón para Aquiles o la kriptonita para Superman—, era mucho más que el uno con cuatro que saqué en su momento.

—Confío en mí, pero no tanto en mis aptitudes para las matemáticas —admití.

—Escúchame, podemos sentarnos aquí y hacer doscientos ejercicios más, pero al final todo empieza y acaba en ti. En la actitud con la que decides enfrentarte al mundo, no en las aptitudes —recalcó— que se te concedieron al nacer.

La puerta del despacho se abrió de par en par antes de que fuera capaz de responder y Elliot, que ya había entrado otras dos veces a interrumpirnos, apareció frente nosotros con la misma cara de culo con la que me había acompañado hasta allí.

—¿Os falta mucho? Se nos hace tarde.

Noté cómo la tensión que tenía acumulada en la garganta peleaba por escapar de mi boca en forma de agravio, pero me detuve al darme cuenta de que Andre estaba justo delante de mí. Y dudaba que le hiciera gracia que sacara a patadas a su hermano menor.

—Ya te he dicho que tenía cosas que hacer —le recordé—. No sé cuántas veces más tengo que repetírtelo.

—Dijiste que tardarías poco —contraatacó. Quizá creyese que podía desintegrarme con la mirada, pero no era el caso. Ya lo había intentado muchas veces antes.

—Elliot, cité a Blake en mi despacho para hablar con ella, no contigo. —Andre sonó severo en esta ocasión—. Si tienes prisa, vete. Y si quieres esperarla, hazlo también. Pero en silencio y detrás de la puerta.

—Lleváis más de cuarenta minutos encerrados, ¿qué más os queda por hablar?

Las facciones angulosas de Andre se endurecieron.

—Esto es una clase privada. No tengo porqué darte explicaciones ni permitirte entrar a mi despacho. Es más, podría echarte si quisiera —habló, aún tras su escritorio—. Si dejaras de interrumpir, quizá ya estaría fuera de aquí.

La intensidad del portazo que siguió a sus palabras nos hizo conocedores del calibre de su enfado.

La mirada de Andre, que estaba clavada en la robusta madera de la puerta, se posó en mí y, durante unos segundos que creí interminables, fui objeto de un estudio minucioso que consiguió ponerme los pelos de punta. No obstante, no me achiqué y, por lo contrario, aguanté su inspección sin titubear.

—Ha tenido un día difícil —añadí.

Se mantuvo en silencio. Me observaba como si pudiera ver más allá de lo que yo podía mostrarle.

—¿Aún tienes el manual que te di el año pasado?

Asentí. Estaba en mi habitación, eso seguro. La pregunta era *dónde*, exactamente.

—Genial, porque vas a necesitarlo. —Sonrió y yo lo miré con horror—. Te mandaré más ejercicios para que repases.

Se me formó un puchero en los labios.

—Tú quieres matarme.

—¿No decías que querías aprobar? Pues eso, los milagros no existen.

Me dejé caer en el respaldo de la silla, abatida por la dosis de realidad que acababa de recibir, y me fijé en cómo examinaba su maletín hasta sacar un móvil de última generación. Se aflojó el nudo de la corbata mientras esperaba a que el aparato se encendiera y, tan pronto lo hizo, este empezó a sonar sin parar.

El despacho quedó ensordecido por la cantidad de notificaciones que le llegaron, una detrás de otra de forma intermitente. Pusolos ojos en blanco al verlo y yo esbocé una sonrisa. Andre solía ser un tipo serio y ese gesto tan aniñado no parecía pertenecerle.

—Un hombre ocupado, eh.

—Quizá hasta demasiado —resopló. Lo vi enfurruñarse con el teléfono—. ¿Te importa si te mando un mensaje con las horas que tengo disponibles? Dudo que esto se detenga pronto.

—Sí, claro, no te preocupes —concordé—. ¿Va todo bien?

—Sí, todo va... —Pareció atragantarse con sus propias palabras—. Genial.

La vibración del teléfono rellenó el silencio del cuarto hasta crisparme los nervios. Nervios que me atacaron al recordar que Elliot seguía esperándome tras la puerta.

—Gracias por atenderme, Andre. Nos vemos en clase.

Me levanté y guardé mis apuntes en la pequeña mochila que siempre llevaba conmigo antes de salir.

Elliot se sacó los cascos nada más verme y me cogió la mano al vuelo.

—Venga, vamos, que tenemos cosas que hacer.

Me esforcé por seguirle el paso ya que, a esas alturas, me arrastraba por el corredor y no sólo no era bonito de ver, sino también doloroso para mis muñecas.

—¿Mamá sabe que no vas a pasar por casa? —La voz de Andre resonó a mis espaldas.

Elliot se detuvo y, para mi fortuna, también me soltó.

—No, pero ya que lo dices, avísala tú. Comeremos fuera.

Decir que no comprendía el duelo de miradas que sucedía frente a mí y el montón de palabras que a mi parecer se estaba obviando de manera intencionada, era decir francamente poco.

La sensación de que había algo flotando entre nosotros, de lo cual yo no era consciente, se tornó más intensa a medida que transcurrían los segundos y los sombríos ojos de mi profesor me confirmaban que no iba para nada desencaminada.

—No llegues tarde —le advirtió.

Acto seguido, se dio la vuelta y se metió en su despacho con la misma parsimonia que de costumbre.

Lo único que rompía el silencio entre Elliot y yo eran los vehículos que circulaban a nuestro alrededor y los rugidos de mi estómago, que seguía igual de vacío que cuando salimos del despacho de Andre. Faltaba poco más de una hora para que entrara a *Los Ángeles Inquirer* a trabajar y todavía no había probado bocado, y yo tenía una incapacidad innata para soportar el hambre.

—¿A dónde vamos?

Elliot me echó un vistazo perezoso antes de volver la mirada a la carretera. Su cabello estaba recogido en un moño destartalado que dejaba caer tirabuzones por su espalda y lo hacía lucir absurda e irrevocablemente arrebatador.

—¿A dónde crees? —me respondió.

Encogí los hombros.

Detestaba la forma en la que se dirigía a mí, como si me estuviera haciendo un favor solo con hablarme y tuviese la obligación de saber con exactitud todas las idioteces que se le pasaban por la puta cabeza.

—No lo sé, por algo pregunto.

—A esto es a lo que me refería, joder —se quejó, dándole un manotazo al volante—. Te dije que iríamos a comer. Pero, claro, si no eres capaz de estar atenta por una jodida vez en tu vida o de retener lo que te digo más de medio segundo en ese cerebro minúsculo, esto no va a funcionar. Nuestra relación empezará a tener lagunas y la gente sospechará, ¿comprendes? Y a ninguno de los dos nos conviene.

—¿Estás amenazándome?

Soltó una carcajada de suficiencia que consiguió atacarme los nervios e hizo que tuviera que clavarme las uñas en la palma de la mano con tal de no golpearle.

—Solo te estoy recordando nuestro pacto.

—Creo haberte dejado claro que no voy a romperlo, así que guárdate tus advertencias por donde te quepan. —Fijé mi mirada en él. Podía tratarme como una esclava cara al público, pero no permitiría que me hablase de esa manera fuera de ese contexto— Además, si lo que querías era que nadie sospechara, tendrías que haberte ahorrado el numerito de novio impaciente delante de tu hermano.

El coche frenó de forma inesperada, provocando que el neumático friccionara contra la carretera y emitiese un chirrido de lo más desagradable. Mi cuerpo sobrevoló el asiento a causa del impulso y chocó contra el asiento con brusquedad.

—¡¿Qué coño haces, descerebrado!?—le grité con el corazón latiéndome a mil por hora. A la velocidad a la que íbamos, podríamos haber dado una vuelta de campana—. ¡¿Quieres que nos matemos o qué?!

—¿Qué te ha dicho? —me contestó, aún con los ojos cerrados. Su piel estaba mancillada por la aparición de una mueca para nada favorecedora—. Joder, si es que debí imaginarlo...

—¿Quién? ¿Andre? —pregunté. Hilar cabos era la mejor de mis opciones cuando estaba obligada a tratar con un psicópata día sí, día también.

—Sí, claro, ¡¿quién si no?! —Sujetaba el volante con fiereza, como si lo fuera a arrancar de un momento a otro.

—Relájate —le exigí con una ceja arqueada. A juzgar por la vena palpitante que se le asomaba por el cuello de la camisa, no pretendía hacerlo. Su rostro estaba enrojecido por la rabia y su mandíbula, desencajada por la tensión—. No me ha dicho nada, pero tampoco hacía falta. ¿Has visto cómo nos miraba al irnos?

El infierno ardía en sus pupilas cuando me devolvió la mirada. Sus facciones marcadas y aquella expresión encolerizada surcándolas prometían una declaración de guerra inminente, y no una cualquiera. Una liderada por él mismo.

Se desabrochó el cinturón y salió del coche a zancadas, pegando un portazo que por poco consiguió que saltaran las alarmas del resto de vehículos.

—¿Vas a quedarte ahí sentada toda la tarde o moverás el culo?

Deseaba soltar una impertinencia, pero mi instinto de supervivencia me detuvo.

No tuve que esperar mucho para saber a dónde nos dirigíamos, pues a escasos metros de donde habíamos aparcado divisé una *trattoria* italiana que ofrecía comida a domicilio. Los trabajadores llevaban sobre la cabeza un gorro en forma de pizza.

A mi lado, Elliot zapateaba el suelo sin parar mientras se mordía la yema de los dedos.

—¿Puedes dejar de comportarte como un lunático y decirme de una vez qué pasa? Porque no entiendo nada.

—¿Te haces una pequeña idea de lo que pasaría si Andre se enterara de que todo esto es una farsa? —escupió, arrogante—. Estoy seguro de que ya lo sospecha. Me conoce demasiado bien, siempre ha tenido la puta capacidad innata de cortarme las alas cuando le venía en gana.

Asentí en silencio, aprovechando la poca información que me otorgaba mientras esperábamos la pizza que había encargado.

—¿Puedo saber qué es lo que haces realmente cuando me usas como tapadera?

—¿En serio piensas que voy a decírtelo? —resopló por lo bajo. Parecía enajenado de la realidad que nos rodeaba, perdido en un mar de pensamientos que yo no alcanzaba a entender.

—Sí, ¿por qué no? —traté de convencerle. Apoyé mis codos en el mostrador, igual que él—. Me tienes pillada por los cojones así que, sea lo que sea, no quiero ni puedo delatarte.

—No hago nada en lo que tengas que meter las narices. Concéntrate en cumplir con tu papel.

—¿Y cómo pretendes que lo haga, si ni siquiera sé a qué me enfrento?

El agradable dependiente que nos atendió se acercó a nosotros con una sonrisa en los labios y una caja humeante en las manos. Elliot, a quien mi comentario no parecía haberle gustado en lo más mínimo, sacó la tarjeta de crédito de su cartera y la pasó por el datáfono con un deje de desinterés.

Nos volvimos a adentrar en las calles una vez tuvimos la pizza bajo el brazo y yo aproveché el momento para contraatacar.

—La cagaré una y mil veces si voy completamente a ciegas —le replanteé en un intento de sacar a relucir de nuevo nuestra conversación.

Abrió la boca a regañadientes y se dispuso a contestarme, pero su teléfono comenzó a sonar. Su rostro se desfiguró al leer el nombre del remitente en la pantalla, pero no atendió la llamada.

—Tengo que irme, ya hablaremos de esto en otro momento. —Le costó despegar los ojos del teléfono, que no paraba de sonar—. Quédate la pizza si quieres.

—Agradezco la oferta, pero la pizza con piña es solo para gente con problemas de paladar y asesinos en serie —decliné su oferta. Al verle tan sumido en sus pensamientos, decidí volver a pronunciarme—. ¿No íbamos a comer juntos?

—Cambio de planes. Podrás superarlo.

Evadió la llamada una segunda vez y, con un movimiento veloz, me tomó por los hombros. Ni siquiera tuve tiempo de reaccionar, porque el *flash* de la cámara se disparó, cegándome.

—Esta no me vale, ni siquiera has sonreído —comentó.

—Es que no tengo ganas de hacerlo —musité, confundida. Entender a Elliot y lo que se le pasaba por la cabeza podía resultar más complicado que resolver un problema de Estadística.

Cuando la cámara volvió a apuntar hacia mí, le dediqué una amplia sonrisa. Esperaba que no se viera tan falsa como yo la sentía, pero tener el rostro pegado al pecho de Elliot me daba náuseas.

—¿Así mejor?

—No se le pueden pedir peras al olmo —soltó—. Te llegará la notificación de que te he etiquetado.

—¿Vas a publicarla?

Sabía que la pregunta era absurda. Lo haría si le apetecía.

Así era Elliot, tomaba lo que quería como y cuando quería.

—¿Qué parte de que todos deben creer que estamos juntos no entiendes todavía? —preguntó con despotismo—. Así despistamos un poco a Andre.

Asentí sin ganas de objetar y me limité a ver cómo se movía por su perfil de Instagram. En cuestión de segundos, la foto que acabábamos de tomarnos ya estaba publicada junto al comentario correspondiente.

«No hay mejor compañía».

—Apuesto a que sí la habría —comenté con sorna.

—No lo dudes. Un cactus sería mejor compañía que tú —me recordó antes de guardar el teléfono en su bolsillo—. Tengo que irme, ya hablaremos.

—Al menos me llevarás a trabajar, ¿no?

Arqueó las cejas y soltó una risa llena de aire.

—¿Quién crees que soy? ¿Tu chófer?

No podía decirlo en serio. No otra vez, no después de haberme secuestrado durante horas, hecho fingir ante Andre y obligado a acompañarle para, al final, solo hacerme una foto con él.

—Estoy en la otra punta de la ciudad y entro en menos de veinte minutos —me quejé, dedicándole una mirada que él hizo ver que no entendía—. ¡Ni siquiera he comido nada!

—Te he ofrecido pizza.

Abrí y cerré la boca varias veces al no encontrar las palabras exactas con las que mandarle a freír espárragos.

—¿Te he dicho alguna vez lo mal que me caes? Quiero decir —puntualicé—, si te estuvieras quemando vivo y yo tuviera un único cubo de agua con el que salvarte, me lo bebería entero incluso si eso significase acabar expulsándolo por todos y cada uno de mis orificios.

Ni siquiera le permití darme una de sus sagaces respuestas. Crucé la calle de forma precipitada y me abalancé sobre el primer taxi que encontré disponible.

Al final, cualquier precio que tuviera que pagar sería siempre económico en comparación al desgaste emocional que suponía quedarme junto a él.

@Midnightemptation:

¿Estás despierta?

Vacilé por un instante antes de obligarme a contestar. La verdad era que responder a su último mensaje me daba tanto miedo como conocer su veredicto acerca de mi propuesta. Que me rechazara era una posibilidad y me había preparado mentalmente por si ocurría, pero llegado el momento me costaría dar el paso y aceptarlo.

@Girlonfire:

Lo estoy.

Escribí con las manos temblorosas.

@Midnightemptation:

Empezaba a pensar que me evitabas.

@Girlonfire:

Nunca lo haría. Solo he tenido un día ajetreado.

@Midnightemptation:

¿Y has tenido tiempo para pensar en lo que hablamos?

Se me revolvió el estómago cuando empecé a teclear, y no precisamente de la buena manera.

@Girlonfire:

Sí.

@Midnightemptation:

¿Y bien?

Necesité hacer acoplo de todas las fuerzas que no tenía para afrontar aquello y resolverlo con el mayor éxito posible. No porque no tuviera claro lo que quería decirle, sino porque necesitaba ser consciente de todos mis sentidos mientras redactaba palabra por palabra el que sería, con total probabilidad, el mensaje que marcaría un antes y después en nuestra relación.

Ni siquiera las tropecientas respiraciones que hice con tal de apaciguar mis nervios lograron relajarme. Los dedos me temblaban y el corazón me golpeaba el pecho con la fuerza de un boxeador de élite.

@Girlonfire:

Mira, sé que lo que te pedí no es fácil y entenderé si me rechazas.

No estás obligado a aceptar y lo entiendo, pero déjame decirte que de la misma forma en la que tú tienes el derecho de no acceder a mi petición, yo tengo el de decirte que me encantaría que lo hicieras.

Lo creas o no, me paso el día soñando con que caigamos en esa tentación de la que tanto hablas y te des cuenta de que no soy un ser puro al que no debes corromper, sino una mujer que quiere que la corrompas del todo; fantaseando con la idea de que pierdas el control y no necesites pensar antes de tocarme; anhelando el día en que sean tus manos las que me desnuden, y no las mías, y me sea imposible diferenciar dónde termina mi piel y dónde empieza la tuya.

Ya me has quemado, ahora arruíname del todo.

La seguridad con la que me había expresado se esfumó tan pronto envié el mensaje y los nervios regresaron a mí con mayor ímpetu. Acababa de descubrirme ante él sin ningún tipo de tapujo y, ahora, solo uno de nosotros tenía el poder de mantenerme entera o, por lo contrario, hacerme trizas.

Temblé ante la expectación que me producía su respuesta y me obligué a apartar la mirada de la pantalla ante la falta de ella. Su esencia quemaba como el fuego más arrasador sin necesidad de que me acercara a su llama y, en el fondo, eso era lo que más miedo me daba.

Le había pedido que me arruinara, a pesar de que sabía que, a lo mejor, no sería capaz de recomponerme.

@Midnightemptation:

No sabes lo mucho que desearía mentirte ahora mismo y excusarme por lo que voy a decirte, pero no puedo. Has matado tu sed con mi autocontrol, a pesar de que llevo luchando contra ello desde que llegaste hasta mí.

Desearía fingir que no anhelaba que me dieras esta respuesta y que, en realidad, no llevo soñando con ella desde la última vez que hablamos. Necesito engañarme y pensar que, aunque te he dado la oportunidad de dar un paso atrás, no soy tan egoísta como lo soy en realidad.

Porque esa es la verdad, Blake. Cuando se trata de ti, lo único que deseo es ser profundamente egoísta y plasmar cada pensamiento que me cruza la mente sobre tu piel.

Me vuelves loco, me explotas la cabeza sin necesidad de hacer nada más que ser tú misma. Me

atraes con tanta fuerza como con la que me repeles. Me haces querer perder la cordura al mismo tiempo que temo no poder recuperarla si te la entrego.

La posibilidad de rechazarte pertenecía a la fantasía incluso antes de que me la planteara siquiera. Si quise darte la posibilidad de pensártelo a pesar de todo, incluso si mis ganas de ti eran superiores a las fuerzas que me quedaban de resistirme, fue porque sabía que sería incapaz de retenerme si me hacías elegir.

Un ligero empujón en la distancia, casi como un roce involuntario, fue suficiente para tumbar la primera pieza que conformaba el largo trayecto que habíamos trazado entre los dos. Una sola de entre cientos de fichas que colocamos de forma estratégica y que permitieron que avanzáramos por nuestro propio tablero hasta invadir el espacio vital del otro; sin prisa, pero sin pausa.

Las veces en las que tanteé la oscuridad donde se refugiaba sobrepasaban por mucho las ocasiones en las que conseguí alumbrarla y, sin embargo, él solo había necesitado una ficha para lograr una reacción instantánea.

El efecto dominó que desencadenaron sus palabras me ahogó en un mar de sensaciones intensas y sofocantes que lograron paralizarme durante varios segundos, pero me dejaron un cosquilleo gratificante en la nuca del cual deseé no desprenderme en ningún momento.

@Midnightemptation:

Blake, quiero atender cada uno de tus caprichos y devorar todas las exigencias que salgan de tu boca, hacer que tu interior tirite con cada caricia y sellar esta adicción que hemos creado a los pies de tu cama.

Me ocuparé de que lo único que te preocupe de aquí en adelante sea que tus gemidos no se escuchen más allá de la habitación en la que perpetuaremos nuestros juegos y te ofreceré hasta el más insano de mis pecados.

Pero, aunque no quiero, voy a preguntártelo una última vez

¿Estás segura de querer continuar con esto?

@Girlonfire:

Lo tengo más claro que nunca. Solo dime cómo, cuándo y dónde, y no tendrás que repetírmelo dos veces, te estaré esperando.

@Midnightemptation:

No sabes cómo me complace saberlo, porque yo no puedo esperar más por ti.

Los músculos de mi vientre se contrajeron con violencia e hicieron que me irguiera.

@Midnightemptation:

He pensado mucho estos días y, aunque deseaba evitarlo, me he dado cuenta de que necesitaremos poner algunas reglas si queremos que esto funcione.

Reglas. Una palabra como otra cualquiera que, puesta en su boca, me abocaba a las más locas y calenturientas fantasías.

@Girlonfire:

¿Qué tipo de reglas?

@Midnightemptation:

Primero de todo, me he tomado la libertad de buscar un lugar seguro para ambos, pero para acceder a él necesitaré que nos pongamos de acuerdo con el día y hora de cada encuentro con un mínimo de antelación.

Por precaución, llegarás cinco minutos antes al lugar y te identificarás como B en la entrada. No hablarás con nadie más de lo necesario. Irás directa a nuestra habitación y cerrarás la puerta.

Verás ciertos instrumentos que llamarán tu atención, pero no tocarás nada; cogerás la venda que habré dejado sobre la cama para ti, te la pondrás y esperarás a que llegue. A partir de ahí, no verás nada hasta que acabemos, lo que significa que no podrás sacarte la venda en ningún momento. No hasta que terminemos y yo salga de la habitación.

No hablaré en ningún momento, por lo cual necesito que confíes plenamente en mí y me hagas saber con palabras todo lo que sientes, lo que te gusta y lo que no. De la misma forma, yo confiaré a ciegas en ti.

Solo espero que sepas cuál es el límite de esto y lo que puede suponer que lo sobrepasemos.

Agradecí estar sentada porque, de no ser así, me hubiera caído de sopetón. El tembleque que sobrecogía mis piernas amenazaba con propagarse por todo mi cuerpo hasta dejarme sin respiración. Con la piel erizada de forma bruta y un ritmo cardíaco que obviaba el frenesí que aguardaba en mi interior, mi capacidad de concentración —que ya estaba gravemente mermada cuando de él se trataba— se veía limitada a una única situación que no podría ignorar ni deseándolo.

Solo imaginar cómo sería sentir su presencia tan de cerca conseguía dejarme sin aliento.

@Midnightemptation:

Blake, lo único que espero es ser capaz de exprimir cada segundo de nuestro tiempo cuando estemos entre las sábanas y que tu cuerpo no sea igual de adictivo que tu mente. De lo contrario, no seré capaz de dejarte ir.

Querré más de lo que ya ansío de ti, que es absolutamente todo.

@Girlonfire:

La intensidad con la que hablas siempre me ha resultado intrigante.

Sellé mis labios tras enviar el mensaje. Me sentía al borde de un despeñadero, con el viento soplándome en contra y luchando por desequilibrarme, a escasos centímetros de caer al vacío. Quizá lo más desconcertante fuera que me moría de ganas de que el vendaval me desestabilizase e hiciera que me desplomase en la oscuridad que emergía frente a mí.

@Midnightemptation:

¿Te asusta?

Era una buena pregunta. Una que resonaba en mi mente desde hacía bastante y a la que me negaba a responder con claridad. No porque no la supiera, sino porque contestarla hacía eco en los abismos de mi mente y me devolvía una imagen de mí misma que había evitado durante varios años.

@Girlonfire:

Me asusta lo mucho que me excita.

@Midnightemptation:

No veo el momento de convertir ese miedo únicamente en excitación.

@Girlonfire:

¿Y cómo pretendes hacerlo?

@Midnightemptation:

Creo que lo mejor será dejar este tema por el momento y esperar a que suceda, ¿no crees?

Incluso las esquinas más recónditas de mi habitación temblaron ante el pesado suspiro de resignación que se escabulló de entre mis labios y, por supuesto, también notaron el lamento que le atribuía. Me sentía morir de tan solo imaginarme en la tesitura de estar entre sus brazos.

@Girlonfire:

No puedo parar de imaginar tus manos enterradas en mi cabello y tus labios probando mi piel erizada por los besos, mientras te hundes sin clemencia en mí a un ritmo frenético. Imagino nuestro sudor mezclándose gracias al vaivén desenfrenado de tus caderas, tu boca devorando mis gemidos y tu peso sobre mí al terminar, justo antes de volver a empezar porque, de alguna forma, ambos sabemos que nunca podremos tener suficiente.

La sonrisa de satisfacción que tomaba mis labios se reforzó al releer lo que acababa de enviarle, incluidos aquellos pequeños cambios que había añadido a medida que lo redactaba. Porque, sí, hablar con un escritor que dominaba el erotismo de la forma en la que él lo hacía restringía el uso de las ordinarias y bastas palabras que se me arremolinaban en la punta de la lengua. Muchas de ellas tan explícitas que perdían el encanto, aunque reales como el deseo que refulgía en mi interior.

Volví la mirada hacia la pantalla en cuanto sentí cómo el teléfono vibraba de nuevo y, durante un instante, no abrí la conversación. Me limité a abrazar la exquisita sensación que abrumaba mis sentidos desde que le conocí.

@Midnightemptation:

Blake, tan sólo uno mismo es el diseñador de su propia catástrofe, pero tú me estás llevando por el sendero de la autodestrucción.

12

Los densos nubarrones que habían cubierto la bóveda celeste durante la semana anterior se habían dispersado cuando salí de la universidad. Ahora, tan solo unas pocas nubes de aspecto liviano flotaban por encima de mi cabeza. Los matices anaranjados y rosáceos previos al atardecer teñían el cielo, se entremezclaban con la tenue oscuridad propia de la tormenta y prometían engullir el firmamento.

Estaba feliz, lo cual podía resultar extraño si teníamos en cuenta que, objetivamente, había sido una día de mierda; me levanté temprano para asistir a clases, tuve que enfrentarme a varios exámenes a lo largo de la mañana, no pude ver a Ginger porque Elliot decidió que era buena idea que pasara la hora del almuerzo contemplándole en el campo y, para ponerle la guinda al pastel, los ejercicios de Estadística a los que le había dedicado todo el fin de semana resultaron un auténtico desastre.

Sin embargo, nada de aquello me afectaba en lo más mínimo porque estaba feliz. Jodida y absolutamente feliz. Y nerviosa, tanto que caminar con normalidad comenzaba a ser un reto.

El reloj marcaba las tres y cuarenta de la tarde cuando llegué a una amplia travesía llena de bares nocturnos y pubs de origen diverso. Los carteles luminiscentes que los encabezaban estaban sin encender, así que supuse que todavía no habían abierto sus puertas. Luego de girar varias esquinas y adentrarme en las profundidades del lugar, choqué con la entrada de un callejón de lo más peculiar.

En ella, colgando del techo, había un cartel en el que ponía «Bienvenido a Bourbon Alley».

Agradecí no haber probado bocado en todo el día, porque de lo contrario, estaría echando la papilla en esos momentos.

Con la piel erizada y la ansiedad causando estragos en mi interior, pero convencida, di un paso al frente y me adentré en Bourbon Alley, tal y como Midnightemptation indicaba en su mensaje.

El callejón era estrecho y laberíntico, aunque no por ello lúgubre. De hecho, todo lo contrario; unas interminables tiras de luz lo cruzaban de un extremo a otro y alumbraban la ligera oscuridad que el cielo le imponía. Cientos de grafitis y gigantes piezas de arte callejero adornaban y llenaban de color sus paredes derruidas.

Detuve mis pasos delante de un club, *Hypnosis*. Si bien no podía asegurar lo que fuera que sucedía en su interior —pues los cristales eran opacos y la puerta estaba cerrada—, sí que podía decir que ese edificio ubicado no tenía absolutamente nada que ver con el resto de los negocios en él. Era elegante y sobrio, muy diferente a todo lo demás.

A su lado, a pocos metros de distancia, una única puerta sin mucha más información que el número de referencia de la calle. Por el resto, lo único que me llamó la atención

fue el hecho de que estaba pintada de rojo. Ni rosa, ni carmín ni borgoña; rojo.

Vibrante, intenso y llamativo.

—Una cámara de seguridad… —mascullé por lo bajo cuando estuve lo suficiente cerca de la entrada. Estudié los movimientos del aparato y me pregunté si habría alguien observando a través de él.

Tuve que picar un par de veces antes de que esta se abriera ante mí y di un ligero respingo cuando oí el zumbido que emitió. Cerré la puerta a mis espaldas mientras me repetía una y otra vez que debía controlar esos nervios y mostrarme serena.

La iluminación era tan tenue en el interior que temía tropezar con mis propios pies y la decoración, aunque exquisita, me resultó demasiado pomposa. El rojo abundaba tanto en las paredes como en el mobiliario y estaba combinado con gamas más oscuras y toques dorados.

Observé al hombre situado tras la mesa de la recepción. Vestía con licra negra y cubría su rostro con un antifaz del mismo color.

—Tengo… Tengo una reserva para las cuatro.

Una sonrisa traviesa surcó sus labios y supe que mi nerviosismo se detectaba a kilómetros de distancia. Me vi obligada a voltear el rostro para no descubrir el evidente sonrojo que asomaba por mis mejillas.

—Es tu primera vez aquí, ¿verdad?

Me encogí de hombros ante la avidez con la que me había calado.

—¿Tan evidente es?

—Los novatos sois fáciles de distinguir —respondió con una amabilidad punzante—. ¿Tu nombre, por favor?

—B.

Me apoyé en el mostrador mientras el chico codificaba datos en el portátil. Al acabar, rotó la butaca en la que estaba sentado, se levantó y comenzó a rebuscar en el armario que había detrás de él.

Poco después, se acercó al mostrador con algo entre las manos.

—Segunda planta, cuarta habitación. Puedes llegar a través de las escaleras o coger el ascensor —mencionó. Luego, arrastró una tarjeta hasta mí y esperó a que la cogiera—. Aunque si es tu primera vez... Te recomiendo ir en ascensor.

—¿Por qué?

Suprimió una risa nasal y me miró como si fuera el ser más inocente que sus ojos hubieran visto en muchísimo tiempo.

—Estás como un flan —señaló—. Puedes hacer lo que quieras, pero te veo saliendo por patas hacia la puerta en menos de treinta segundos si vas por las escaleras.

La poca tranquilidad de la que gozaba a esas alturas quedó exhumada tras su comentario. La sonrisa dramática que acompañaba sus palabras no ayudó a que me calmara en lo más mínimo. Tampoco ese brillo perverso que brillaba en sus pupilas.

—Bien, gracias —pronuncié sin dejar que aquello me afectara más de lo que ya lo

hacía.

Nada más entrar en el ascensor, me abalancé al botón que marcaba la segunda planta y lo oprimí con impaciencia, soltando un gruñido por lo bajo cuando mis manos, húmedas y resbaladizas, me jugaron una mala pasada e hicieron que la tarjeta se me escurriera entre los dedos.

Solo fui capaz de retomar mi respiración acompasada al oír cómo las puertas se cerraban a mi espalda.

El espejo que había allí dentro me ofreció una vista privilegiada de mí y la aproveché para arreglar los desperfectos que el nerviosismo había causado. Tenía el cabello despeinado de tanto toquetearlo y la parte baja del vestido, llena de arrugas.

Se me tensaron los músculos cuando se detuvo en el segundo piso y un intenso dolor de estómago me sobrecogió. Recorrí el pasadizo fijándome en los expositores de látigos, fustas y diversidad de material sexual a disposición del mejor postor.

Me detuve frente a la cuarta puerta y dejé que los segundos pasaran mientras me decidía a acceder a ella. Manoseé la hendidura por la cual debía introducir la tarjeta, vacilante.

La indecisión era algo que, por norma general, no podía atribuírseme. Siempre me había identificado con el prototipo de mujer fuerte y segura, con determinación suficiente como para tomar mis propias decisiones y aceptar las consecuencias de ellas, pero me temblaba el pulso en esa instancia.

Y no porque no deseara lo que estaba por suceder —de hecho, lo deseaba con fervor — sino porque la mera idea de imaginarnos solos en una habitación, respirando el mismo aire, conseguía sofocarme. Después de exigir, demandar y rogar, temía no estar a la altura de mis propias palabras; de no ser lo que él esperaba.

Porque, por mucho que lo hubiera negado, estaba segura de que sí se había formado algún tipo de expectativa en cuanto a mí, como yo lo había hecho acerca de él.

Pasé la tarjeta por la ranura y conté hasta tres antes de mirar.

La habitación era tan grande como una *suite* y aunque conservaba ciertos tonos rojizos, su decoración no resultaba tan agresiva como el resto del edificio. La iluminación era tenue, relajante gracias al suave alumbramiento de las velas que había esparcidas por toda la estancia, y en el centro reposaba una enorme cama cubierta con sábanas de seda y cojines esponjosos.De ella colgaban, además, grilletes tanto en el cabecero como en los pies.

Sus blanquísimas mantas contrastaban con la intensidad de las paredes color carmín , como un pedazo de cielo ardiendo en el infierno, y, sobre el colchón, estaba lo único que me mantendría alejada de la verdad: una venda negra que brillaba bajo la luz.

Me acerqué a la cómoda ubicada justo al lado. Encima de ella había una bandeja de plata sobre la que reposaban diferentes tipos de juguetes sexuales.

Noté cómo el corazón me latía desbocado contra la palma de la mano, de forma tan intensa que cualquier entendido en medicina lo hubiera confundido con una posible

taquicardia. Después de algunos intentos en vano por relajarme, abrí el foro y escribí el mensaje que sentenciaría el día.

@Girlonfire:

Ya estoy aquí. Voy a ponerme la venda.

Guardé el móvil en el bolso y lo dejé sobre la cómoda.

Entonces, me volví para confrontar al elemento que robaría el protagonismo de todos nuestros encuentros; el antifaz. Sentirlo contra la yema de mis dedos debería haber sido suficiente como para ponerme alerta, pero fue cuando quedó a la altura de mis ojos que noté cómo me temblaban las rodillas. De repente, la oscuridad me consumió y, aunque no veía nada, lo sentía absolutamente todo; el sonido inquieto de mi propia respiración, el sabor de la excitación en mi paladar, el olor afrutado en el ambiente y la suavidad de la tela que le sobraba a la venda al rozar mi espalda.

Aguardé por su llegada en completa quietud, pero con la sensación de que los nervios me traicionarían en cualquier momento y terminaría vomitando el órgano vital enterrado en mi pecho.

Justo en ese momento, las dudas me emboscaron sin piedad. Fieras e irracionales, saltaron por encima del muro que había predispuesto contra ellas y arremetieron contra mí.

¿Vendría? ¿Sería tan bueno como lo había recreado en mi mente? ¿Qué pasaría cuando me viera? ¿Podría estar yo a la altura? Y, lo que era más importante, ¿la complicidad que teníamos se consolidaría una vez acortásemos la distancia que solía separarnos?

Y, entonces, pasos. Pasos sosegados, estables y lejanos. El parqué crujía bajo su peso. Sin prisa, sin pausa. Pasos. Pasos seguros, imperturbables y, ahora, cercanos. Se detuvieron justo a mi derecha y, a pesar de que nos separaba una puerta robusta, su presencia invadió la habitación.

Mi mente se quedó en blanco cuando esta se abrió para, poco después, cerrarse con cuidado.

No se acercó, no se alejó, sólo se quedó ahí; mirando, como siempre. Sumergido en esas sombras que le pertenecían por derecho.

Di un respingo cuando una prenda, quizá una chaqueta, cayó sobre una de las butacas dispuestas en las esquinas de la habitación.

El nudo que se me había instaurado en la garganta minutos atrás dejó de pesarme cuando fui plenamente consciente de que, aunque no le viera, lo tenía enfrente y que, además, su presencia era mucho más arrolladora de lo previsto. Densa y difícil de digerir.

La atmósfera que me envolvía subía de temperatura por momentos y hacía que me sintiera como si estuviese delimitando el cráter de un volcán en pronta erupción. Uno al que no le faltaban ganas de verme caer y al que yo empezaba a dejar de temer, a pesar de que el calor que desprendía provocaba que me faltara el aliento.

Delicada, atenta y placentera; así fue la sensación que embriagó mis sentidos tras el primer contacto con su piel. Su pulgar acarició con mimo mi mejilla y trazó círculos perfectos sobre ella. Lo hizo con la yema de los dedos y de forma sutil, como si temiera que me resquebrajara entre sus manos.

«Relájate, Blake», me pedí al notar cómo las piernas se me hacían gelatina. Sentía su mirada hambrienta sobre cada centímetro de mi piel y su presencia devorándome sin necesidad de abrir la boca. Temblorosa y expectante, me di cuenta de que no importaba qué ropa me cubriera porque, ante él, me sentía completamente desnuda.

—Hola. —Mi voz sonó trémula y terminó por romperse al final, y yo maldije por lo bajo al notar cuán afectada me encontraba por la situación.

El ardiente avance de sus manos se detuvo en ese instante y, aunque sabía que era lo mejor —porque de lo contrario me hubiera sido francamente difícil volver a hablar—, lamenté esa pequeña distancia que se interpuso entre nosotros. Sin embargo, fui incapaz de decirlo en voz alta y, por una fracción de segundo, me sentí perdida y sin saber qué hacer a continuación.

El miedo a equivocarme frente a él me pesaba más que las ganas que tenía de perderle y que se mostrara tan sereno ante mi presencia, cuando mis terminaciones nerviosas chispeaban ante la suya, me hacía sentir insegura.

¿Era siquiera posible que cualquier atisbo de seguridad se hubiera desvanecido así, de repente, como si nada? Al parecer, sí.

Que me cohibía era un hecho, como también lo era que estaba tan cerca que, si quisiera, podría haberle tocado con solo alargar un poco el brazo. Así que, si el problema era que mi fuero interno padecía de ansiedad ante su presencia, iba a desconectarlo un rato; al menos el tiempo suficiente como para que los miedos no prevalecieran.

—Yo... —En un intento desesperado de volver en mí, apreté los ojos bajo la venda, como si así fuera a ver menos de lo que veía o a no sentir lo que sentía en realidad. Al volver a abrirlos, tanto el nerviosismo como las ganas de hablar seguían intactos, así que hice lo único que sabía hacer bien; expresarme sin filtro—. Tu presencia... Tu presencia me abruma y las sensaciones que despiertas en mí sin siquiera tocarme lo hacen todavía más. Haces que me tiemblen las piernas y que tenga que concentrarme para mantenerme en pie cada vez que me rozas. En cambio, tú... Estás como si nada.

El sonido de una risa ahogada contra sus labios hizo que me estremeciera por completo.

Sus manos volvieron a encontrarme justo donde me habían abandonado minutos atrás y, en esta ocasión, tomé aire y me obligué a mantener la calma. Deslizó una de sus palmas por la base de mi cuello y yo, que ya había perdido parte de mi conciencia gracias a su toque, ladeé la cabeza para facilitarle el acceso. El camino de fuego que marcaba fue descendiendo hasta encontrar mis hombros y, poco después, la dermis erizada de mis brazos.

Finalmente, su mano atrapó la mía y, con un gesto gentil, me invitó a que acortara la distancia entre nosotros.

No tardé en aceptar la sugerencia y dar un par de pasos al frente. La tela de su jersey me picó en los labios, mas fue el calor que desprendía su duro y compacto torso bajo las palmas de mis manos lo que me desequilibró por completo. Tenerlo contra mí me hacía consciente del ritmo desasosegado de mi respiración .

Sus manos se escurrieron por mi cintura y la tantearon de forma superficial antes de amasarla con intensidad, como si pretendiera grabar sus huellas bajo la piel que cubría mi vestido.

Como si de un fuego en expansión se tratara, los jadeos que colmaban mis labios se avivaron hasta hacerse completamente audibles en cuanto sentí su boca sobre la piel sensible de mi cuello y el ardor exquisito de su aliento. Ante aquello, mis pechos se endurecieron y mis braguitas empezaron a calarse.

La diminuta parte de mí que aún atesoraba cierta lucidez sacó fuerzas suficientes para hacerme hablar al darse cuenta de que chocábamos contra los pies de la cama y que yo, que estaba al borde de desfallecer, no era capaz de mantener el equilibrio.

—Me voy... —farfullé entre quejidos al mismo tiempo que trataba de poner en orden mis pensamientos. Las succiones y sutiles mordiscos a los que me sometía no se detuvieron, sino que tomaron un ritmo más pausado que me permitió aclarar mis ideas —. Me caeré si seguimos a este ritmo.

La sonrisa nerviosa que me perfilaba los labios y que trataba de mantener bajo control rehuyó de mi boca cuando él, con un rápido movimiento, nos hizo cambiar de posición. Fueron los muelles del colchón los que me alertaron de que se había sentado en la cama.

Los dorsos de sus manos recubrieron, como si de una segunda piel se tratara, la parte posterior de mis muslos y comenzaron a explorar aquella zona. Entonces, me atrajo hacia su cuerpo y me instó a que eliminara las pocas barreras que quedaban entre nosotros.

Cuando ya no pude avanzar más, me subí a la cama y, permitiendo que sus movimientos me dirigieran, terminé a horcajadas sobre su regazo. Un escalofrío me recorrió la espalda al notar el duro e imponente abultamiento en sus pantalones contra la finísima tela de mi ropa interior.

Alzó la pelvis con la clara intención de que me diera cuenta de que no le era para nada indiferente y suspiré cuando la erección se clavó entre mis piernas. Con una de sus manos sujetándome por la espalda y con la otra trepando por la tela del vestido, tanteó el primer botón de este y, después de hacerlo rotar entre sus dedos como una peonza, lo desabrochó.

Ejecutó la misma maniobra con el que seguía y también con el tercero, pero le detuve y aflojé el resto por mí misma hasta deshacerme de cada uno de ellos.

Consciente de que sus ojos me devoraban con impaciencia, y con parte de mi habitual

seguridad de regreso, decidí tentarlo. Su respiración se tornó pesada a medida que yo jugaba con los tirantes del vestido, deslizándolos por mis hombros como si fuera la tarea más ardua a la que me hubiera enfrentado.

Convencida de que tenía toda su atención y de que en el fondo aquella pequeña tortura le complacía tanto como a mí, procedí a deslizar las manos por el camino de desnudez que los botones habían abierto. Sobrepasé el nacimiento de mis pechos y, con la punta de los dedos, me acaricié los pezones, que ya estaban erguidos para entonces.

Después de manosearme ante su atenta mirada, y sintiendo cómo se endurecía debajo de mí, dejé caer la prenda a un lado.

No tuve tiempo ni de sentir pudor por la desnudez, que era casi íntegra a excepción de las braguitas que aún llevaba, pues su cuerpo se ocupó de revestirme.

Delineó mis labios despacio y yo los entreabrí, deseosa de que los tomase de una vez por todas y de que su boca domara la mía. No obstante, no lo hizo. Por lo contrario, se fundió con la piel de mi cuello hasta llegar al límite de la clavícula.

Los roces empezaron suaves y se fueron intensificando con el paso de los segundos; sus labios se cernían sobre mi piel con anhelo, la saboreaban para calmarla y mordisquearla con una delicadeza que me arrancaban suspiro y hacía que me removiera sobre su regazo en busca de un contacto más profundo.

Como si pudiera leerme el pensamiento, me tomó por las caderas y encauzó mis movimientos para que la fricción entre nuestros cuerpos fuera total. A pesar de ser él quien marcaba el ritmo, me indujo a que tomara el control.

La poca timidez que aún albergaba se fue desvaneciendo a medida que me frotaba contra su entrepierna, que ardía debajo de mí, y desapareció de una vez por todas cuando apresó mis muslos y profundizó las estocadas. Jadeé al sentir su lengua contra uno de mis pezones, que para ese momento estaban necesitados de atención.

El compás tortuoso de su boca contrastaba de forma mágica con el enardecido magreo al que sometía a mi otro pecho, acariciándolo para, a continuación, pellizcarlo. Primero con cuidado, luego con la fuerza suficiente como para que me faltara el aire.

El placer se entremezcló con el dolor cuando lo tomó con los dientes y tiró de él con vehemencia. A pesar de que sus labios repasaron la zona adolorida en cuanto me quejé, lo sucedido se reiteró en un par de ocasiones más y me dejó con una sensación electrizante que, al contrario de lo que hubiera pensado en cualquier otra ocasión, me resultó adictiva.

Cogiéndome por la parte baja de la espalda, alzó la pelvis y dirigió mis movimientos descontrolados, arrancándome un suspiro. Sus manos me sujetaron con firmeza mientras me removía contra su duro miembro, que se hundía en mis braguitas y frotaba de forma magnífica la piel que me recubría el clítoris.

Las ansias, la pasión contenida, las caricias, el placer o el dolor... O, quizá, el cúmulo de todo lo anterior. Mis gemidos se tornaron sonoros y, como si fuera una torpe e ingenua novata, me corrí entre sus brazos.

Todavía me recuperaba del reciente orgasmo cuando sus labios atraparon los míos en un beso fogoso que hizo que entrara en combustión en cuestión de segundos. Una oleada de sensaciones incomprensibles arrasó mi interior con la misma inclemencia con la que él saqueaba mi boca y me descolocó tanto que me fue imposible seguir el exigente compás que me marcaba.

Me saboreaba con el mismo ahínco con el que alguien devoraría una nube de azúcar; sin miramientos, a mordiscos y dejando que el edulcorante se derritiera en su boca. Sus manos se perdían en mi cuerpo y se enredaban en mi cabello y yo, que volvía a estar tan encendida como antes, no pude obviar el impulso de hacer lo mismo y hundir las mías en el vello incipiente de su nuca.

La cachetada que le propinó a mis nalgas resonó por toda la habitación y provocó que me encorvara de inmediato, sobresaltada. Quise confrontarlo, mas antes de que pudiera siquiera intentarlo, me encontré con su cuerpo sobre el mío.

Pese a que entendía que existían ciertos límites al momento de tocarle, me lamenté. Moría por tomarle del cabello y acercarle todavía más a mí, hasta que no hubiera espacio suficiente entre nosotros ni para introducir una aguja.

Los vagos intentos que hice por hablar fueron en vano, pues su boca no me daba tregua y yo no tenía la fuerza de voluntad suficiente como para renegar sobre algo que, en el fondo, me encantaba. Calló todos mis quejidos con un beso casi al mismo tiempo que su pelvis empezó a marcar un ritmo intransigente contra mi sexo, que se derramaba ante su contacto.

Y, de repente, me vi perdida. Desconcertada ante el carácter paradójico que sus labios tomaban cuando rozaban los míos; probarlos te llevaba ante las puertas del Cielo, pero degustarlos durante el tiempo suficiente equivalía a un pasaje directo al Averno..

Con mi calenturienta mente sobrevolando las nubes y sus manos como el único anclaje posible para mantenerme en la Tierra, las fantasías brotaban en medio de la intemperie y arrasaban con el poco raciocinio que me quedaba.

Se le entrecortó la respiración cuando le rodeé las caderas con las piernas y eliminé, de un golpe, cualquier tipo de barrera existente entre nuestros cuerpos. Tras adaptarme a su peso y al ritmo que marcaba, me encorvé y acompañé el compás con el que me embestía, atrayéndole con las extremidades para instarle a profundizar cada estocada.

Sus labios engulleron los jadeos que se me escapaban y aprovecharon para ahogar los suyos propios que, llegados a ese momento, también eran notorios. La fatiga con la que respiraba contra mi piel expuesta, además, hizo reaccionar a todas y cada una de las células que componían mi cuerpo.

Eché la cabeza hacia atrás cuando se aferró a mis caderas y, acto seguido, comenzó a arremeter contra mí. El vaivén de pasión en el que nos encontrábamos arrasaba con los pocos atisbos de cordura que me quedaban y hacía que ansiara perderme en él de forma indefinida.

Atónita porque, de nuevo, me veía a escasos momentos de llegar al clímax, deslicé la

mano entre el reducidísimo espacio que admitía nuestra tortuosa cercanía y traté de retirar el cierre de sus pantalones. Me negué a asumir la torpeza e ineptitud con la que mis dedos intentaron deshacerse del maldito cinturón, sobre todo porque, tras perder la virginidad a los quince, había tenido la oportunidad de hacer aquello en un montón de ocasiones.

Aunque hubiera preferido hacerlo por mis propios medios, debía admitir que dejar que fuese él quien terminara con aquel suplicio hizo el resto mucho más fácil. No obstante, ese corto instante de calma se desvaneció en cuanto me colocó las manos por encima de la cabeza y sentí el cuero del cinturón aprisionar mis muñecas.

Me removí en un vago intento de probar su resistencia, aunque me detuve en cuanto oí cómo otra prenda caía al suelo.

Mis sensibles pechos se erizaron cuando regresó a la posición en la que estábamos, en esa ocasión con el torso desnudo quemando contra mis pezones necesitados de su dulce, pero tortuosa, atención.

Si su intención era o no desequilibrarme, lo consiguió igual. La forma en la que sus dedos combustionaban al entrar en contacto con mi piel y el roce de su cálido aliento chocaba contra mi cuerpo funcionaba en mí como un hechizo.

Habría accedido a cualquier cosa que me hubiera propuesto, incluso si eso significaba romperme en mil pedazos.

Cada caricia era comedida, suave como el tacto de una pluma y lo suficiente escueta como para alimentar mis ansias de culminar con el tan esperado beso. Sus manos me sobrepasaron la clavícula, reptaron por mi cuello como lo haría una serpiente y, al final, se anclaron a ambos lados del rostro.

Entonces, unió su frente a la mía.

El reducido espacio que separaba nuestras bocas me permitió notar el intento desesperado que hacía por retomar el control de su respiración, que era tan evidente como mis ganas de hacérselo perder por completo. Sin embargo, la cercanía no era lo que le delataba, sino su esencia. Emergía de las profundidades de su ser con efervescencia, como un incendio forestal que arremetía contra todo a su paso.

Sabía que se esforzaba por mantener oculta esa faceta, ese aspecto feroz de su personalidad que, aunque mantenía a raya la mayor parte del tiempo, estaba a punto de escapársele de las manos. Y yo no pretendía actuar como cortafuegos.

Juré que me volaría la cabeza si no perpetuábamos todo aquello que su cuerpo me exigía pero no se atrevía a darme. Porque, aunque la ansiedad seguía en mi sistema, no había nada que deseara más que verle perder la cabeza.

Creí que moría cuando me abrió las piernas y empezó a simular penetraciones profundas, deslizando el bulto de su entrepierna sobre la tela empapada de mi ropa interior. De arriba abajo, trazando círculos menguantes que me enloquecieron.

Quise escabullirme y jalarle del cabello mientras se movía contra mí, sentir su cabello bajo las palmas de mis manos y atraerle con fuerza para hacerle entender que quería

más y que aquello no era suficiente. Que necesitaba sentirle en su totalidad y despertarme, al día siguiente, sin voz de tanto gemir.

No obstante, tenía claro que hacerlo estaba fuera de las normas del juego y que, aunque pudiera, el cinturón que me inmovilizaba tampoco me lo permitiría.

Me doblé de forma involuntaria cuando fue descendiendo y se posó en la porción de piel encima del encaje. Acarició el límite de mis bragas con la punta de los dedos antes de arrastrarlas hacia abajo y separar mis muslos una vez más para hacerse hueco entre ellos.

Las piernas me flaquearon y caí rendida ante el impulso de cerrarlas, mas él las mantuvo justo como estaban; abiertas, dejándome completamente expuesta ante su boca inclemente, que se hundió por completo entre ellas.

La rugosidad de sus dedos contrastaba de manera cautivante con lo suave de su lengua, haciéndome caer rendida. Lamía con un ímpetu vertiginoso cada retazo de mí y, de repente, me vi en medio de un laberinto del cual no quería escapar.

La frustración me embargó cuando, sobrepasada por las sensaciones, deseé poder descargarme con las sábanas. Quería cerrar el puño sobre ellas hasta que mis uñas traspasaran la tela, pero ni siquiera eso podía hacer. Mi cuerpo estaba abrumado por sus caricias y demasiado sensible tras la reiteración de ellas como para seguir resistiendo la fricción del cuero con mis muñecas a cada movimiento en falso, y yo en exceso consciente de todo lo que me hacía.

Los jadeos se hicieron más sonoros cuando atrapó entre sus labios mi clítoris, degustándolo como si fuera un caramelo en su paladar, y poco después, el espeso licor en mi interior comenzó a verterse, anticipando la llegada del orgasmo.

La sensación de irrealidad que me embargó en cuanto salí del angosto callejón por el que accedí a aquel edificio, se afianzó con cada paso que daba.

Una suave brisa me acarició la mejilla mientras recapitulaba y pensaba en todo lo sucedido a lo largo de aquellas largas horas. No obstante, y aunque el tiempo había pasado extremadamente deprisa hasta entonces, pareció ralentizarse tan pronto entré en Los Ángeles Inquirer.

A pesar de que éramos pocos quienes trabajábamos allí, el ambiente de la oficina no era precisamente cálido y distendido, sino más bien todo lo contrario. Además, por si no fuera ya suficiente, se tensó aún más cuando James llamó a Heaven a su despacho al poco de que llegara.

El motivo de la reunión era un misterio para todos, ya que el resto, aunque seguían en sus respectivos puestos, tenían los oídos sintonizados y los ojos acechantes a cualquier movimiento. No era una sorpresa para nadie que James y Heaven no se soportaran. De hecho, eran incapaces de estar en un mismo lugar sin discutir.

Observé el montón de papeleo que volvía acumularse sobre mi mesa con una mueca

antes de tomar la nota fosforescente que lo abanderaba y leer su contenido. Al parecer, James volvía a precisar de aquellos servicios de secretaría que yo no ofrecía para sacarse de encima la parte pesada que suponían los trámites.

Bastó con que la pantalla del teléfono se alumbrase de forma momentánea para que mi malhumor se desvaneciera por completo.

@Midnightemptation:

¿Has llegado a tiempo?

Me mordí el labio con fuerza para evitar que se me escapara una sonrisa bobalicona. El rastro que sus manos había dejado bajo mi piel ardía como si nunca me hubieran abandonado y, de igual manera, lo hicieron los recuerdos de cada suspiro ahogado en mi mente.

@Girlonfire:

Por los pelos, pero sí.

Mentí con descaro, pero no me importó. O, al menos, me importó menos de lo que lo haría decirle la verdad.

Había desechado la idea de contarle que, en realidad, habría llegado con tiempo más que suficiente de no ser por la repentina llamada de Elliot, justo a escasos minutos de entrar a trabajar. Nuestra charla no contuvo más que negociaciones acerca de la hora en la que nos encontraríamos al día siguiente, pero sentía que abordar el tema con él era meterme en terrenos pantanosos, sobre todo tras lo conflictiva que se había tornado nuestra última conversación acerca de mi supuesta relación con Elliot.

Por eso mismo, decidí esconder aquel pequeño detalle sin importancia para mantener la armonía que nuestro primer encuentro había instaurado.

@Girlonfire:

Hubiera preferido quedarme donde estaba.

@Midnightemptation:

¿Estabas bien acompañada o echas de menos la cama? Imagino que debe ser mucho más cómoda que una silla de oficina.

@Girlonfire:

En realidad, no podría decir mucho de la cama. Estaba más pendiente de la persona con la que la compartía. Pero quizá podamos poner a prueba su resistencia para la próxima.

@Midnightemptation:

No te preocupes por la resistencia de la cama, sino por la tuya. No me gustaría que te cansaras antes de tiempo. Acabamos de empezar y aún tenemos mucho por hacer.

El estremecimiento que me recorrió de punta a punta tras leer aquel mensaje fue tal que tuve que pegarme al respaldo del asiento para evitar que el resto de la plantilla notara mi afectación.

@Girlonfire:

Pues yo me muero de ganas de que nos cansemos juntos.

De hecho, ¿cuándo has dicho que pasas a buscarme?

@Midnightemptation:

Deberías cuidar más tus palabras, no vaya a ser que la próxima vez que te vea ya no te deje ir.

¿Cómo lo tienes el próximo lunes por la tarde?

@Girlonfire:

Tienes mi consentimiento para secuestrarme por tiempo indefinido, pero avísame antes de hacerlo para que finja una muerte en condiciones.

Aunque podemos escribir una carta pidiendo un rescate para que sea menos dramático, ¿qué te parece?

@Midnightemptation:

Sería el peor secuestrador del mundo, porque no me veo aceptando ni una oferta a cambio de ti. De hecho, no sentiría ningún tipo de compasión por tus amigos o familia.

@Girlonfire:

Yo tampoco sé en qué tipo de rehén me convierte el querer que me secuestres, la verdad.

Por cierto, el lunes me viene bien, pero entro a trabajar a las cinco.

Me mordí el labio con fuerza para evitar que la sonrisa siguiera expandiéndose y me dejara babeando delante de toda la oficina.

@Midnightemptation:

Tranquila, estarás en tu puesto antes de esa hora.

No pretendo esposarte a la cama. No todavía, al menos.

El barullo que explotó de repente en pleno epicentro de *Los Ángeles Inquirer* hizo que perdiera el hilo de la conversación que manteníamos, mas fueron los gritos ensordecedores los que me hicieron soltar el teléfono de inmediato. Los chillidos no tardaron en hacerse presentes y, de un momento a otro, eran lo único que se oía.

La cantidad de improperios que Heaven era capaz de verbalizar por segundo hubieran dejado en ridículo al mismísimo Eminem; no obstante, a James —que la perseguía por el pasillo con las venas del cuello tan marcadas que casi podría haberle medido el colesterol sin sacarle sangre— no le causaba ni una pizca de sorpresa.

Durante unos largos e incómodos minutos, en los que creí que tanto Heaven como James habían olvidado que necesitaban respirar para seguir con vida, la discusión lo acaparó todo. Y, aunque agradecí que poco después Heaven tomara la decisión de coger la puerta y marcharse a tomar el aire, terminé arrepintiéndome de siquiera haberlo pensado.

El portazo que acompañó su marcha dejó el ambiente tan tenso que podía palparse, pero las palabras que le precedieron —un claro «que te jodan»— dejaron a su receptor colérico y rojo como un tomate.

A cuarenta minutos de que la jornada finalizara, lo único que quedó de ella fue el malhumor que sembró en el idiota de James, quien además decidió erigirse como un tirano por el resto de la tarde.

Tras esperar un tiempo prudencial, procedí a levantarme de mi puesto para recoger las cosas de Heaven y llevarlas a mi taquilla, con tal de que no quedaran a la vista.

Su teléfono empezó a sonar en mis manos.

«Llamada entrante de Connor». Me debatí entre si responder o no, pero la persistencia con la que el móvil sonaba, una y otra vez, me obligó a dirigirme hacia los lavabos.

—¡Hey, llevo mandándote mensajes toda la tarde! —Escuché al otro lado de la línea —. ¿Hola? ¿Heaven?

Sentí que la voz me temblaba al momento de responder.

—No... No soy Heaven.

—¿Me he equivocado de número? Joder, siempre me pasa —se quejó—, disculpa.

—No, no es eso —rectifiqué y, antes de continuar, eché un pequeño vistazo fuera de los lavabos para comprobar que nadie estuviera al tanto de lo que hacía. Ajusté la puerta de nuevo—. Este es el teléfono de Heaven, pero no está aquí.

—¿Y dónde está?

—Ni idea, sé tanto como tú.

—Pero a ver... ¿Está en la oficina? Pásamela, por favor.

—Creo que no me he explicado bien. —Me aclaré la garganta antes de seguir hablando—. Heaven se ha ido hace un buen rato y ha dejado todas sus cosas aquí. No creo que venga hasta mañana, así que si quieres hablar con ella, tendrás que hacerlo por otro medio.

El silencio que se adueñó de la línea se hizo tan profundo con el paso de los segundos que me vi obligada a comprobar si la llamada se había cortado o si, en su defecto, me había colgado.

—¿Y no sabes a dónde podría haber ido? —bufó con frustración—. Quedamos en que vendría a buscarla.

—No, nada —Me lamenté—. Siento no poder ayudarte más.

Oí cómo decía algo alejado del auricular, pero no logré entenderlo.

—¿Crees que podrías bajarme sus cosas, para dárselas cuando la vea? Ya estoy aquí, de todas formas.

—Claro, sin problema. Salgo en unos minutos, ¿dónde estarás?

—Justo enfrente. Nos vemos ahora.

Antes de que las agujas del reloj marcaran los últimos minutos de mi jornada, yo ya había recogido mis cosas y preparado los estiramientos necesarios para salir pitando de ahí, así que en cuanto se detuvieron sobre las nueve en punto, inicié mi carrera hacia la salida.

Por suerte, la oscuridad en la que la noche sumergía la desolada y solitaria zona en la que se ubicaba *Los Ángeles Inquirer* —y otras tantas empresas de poca monta— no fue un obstáculo al momento de encontrarme con Connor. Su silueta, aunque difusa, resaltaba por encima del tono eléctrico del vehículo tras él.

Ralenticé mis pasos a medida que me aproximaba y, cuando me hallé lo suficientemente cerca, hablé:

—¿Connor? —Lo saludé, vacilante.

Arrugué el ceño cuando, a escasos metros de distancia, sus facciones empezaron a esclarecerse.

—Sí, ese mismo —Me recibió con una enorme y espléndida sonrisa, de esas que son capaces de alumbrar hasta la noche más oscura. Una sonrisa que no tardó en hacérseme familiar—. Espera, ¿tú...?

La sorpresa que teñía su voz era igual o mayor que la que tomaron mis pensamientos cuando ni la lobreguez de la calle fue capaz de seguir ocultándole. La picardía con la que brillaban sus ojos celestes me devolvieron a aquella noche en la fraternidad, junto a sus dilataciones, tatuajes y, por supuesto, ese llamativo e inusual tono perla con el que dotaba su cabello.

No necesité más que volver a mirarle para sentir cómo la torpeza que me acompañó aquel fatídico día volvía a hacer mella en mí.

—Yo te conozco, ¿verdad? —Connor, que parecía haberme reconocido mucho antes que yo a él, lucía profundamente entretenido con la situación—. Eres la chica a la que se le cayeron todas aquellas cervezas. ¿Blake?

—Es evidente a los vidrios, querido Watson —atiné a decir cuando salí de mi más que justificado letargo—. Perdona, me ha costado ubicarte.

En mi mente, el sobrino de Heaven y el chico que conocí en aquella fiesta y que me ayudó a solventar el estropicio que causé en el suelo no tenían nada que ver. De hecho, la persona frente a mí no encajaba para nada con la imagen mental que había creado acerca del Connor del que tanto había oído hablar

Le tendí la bolsa en la que había guardado las posesiones de Heaven y, tras agradecérmelo, volvió a tomar el turno de palabra.

—No quiero llamar al mal tiempo, pero parece que hoy también estás teniendo una noche de mierda —bromeó, aunque pude sentir un atisbo de ligera seriedad en su tono de voz—. ¿Un mal día?

—Un gran día —le corregí con una sonrisa temblorosa que se fue desvaneciendo a medida que continuaba con la oración—, pero una tarde de mierda.

—Pues esta vez no tengo ninguna cerveza a mano con la que puedas desquitarte, así que ya me dirás tú cómo lo hacemos. —Se apoyó con cuidado en el acolchado de su motocicleta—. ¿Tiene algo que ver con Heaven? ¿Qué ha pasado?

—Ha discutido con el director del periódico y se ha marchado dando un portazo —expresé, sin entrar en detalles—. No sé mucho más que tú, pero la cosa ha acabado bastante mal.

—Suena propio de ella. —Su risa melódica y espontánea me resultó de lo más contagiosa—. Viene de familia, ¿sabes? Nos quedamos dormidos el día en que repartieron la paciencia, pero cuando tocó el carácter estábamos los primeros de la fila. No creo que tengas que preocuparte. Heaven es intensa por naturaleza, pero sabe cómo gestionar sus emociones pasado el huracán.

Mis ojos persiguieron su marcada silueta mientras esta se removía entre la negrura con fascinante desparpajo, y no se apartaron de ella durante el tiempo que dedicó a acercarse a la motocicleta y guardar en ella la bolsa que contenía las pertenencias de su tía.

Antes de que pudiera despegar la mirada de él, uno de los cascos que tenía entre sus manos impactó contra mi vientre.

—Anda, póntelo. Te llevo a casa.

—No hace falta, vivo al lado de la universidad. El trayecto es corto y estoy más que acostumbrada a ir a pie.

—Genial, me va de paso. —Se subió al vehículo e hizo caso omiso a lo que acababa de decirle. Al ver que no me movía, volvió a mirarme—. ¿Subes?

Le hice esperar por la respuesta, vacilante, hasta que me decidí a dar un par de pasos en su dirección. En efecto, parecía tan obstinado como la mujer con la que compartía apellido.

—No parecías del tipo galán sobreprotector —comenté.

—¿Y de qué tipo parezco, según tú?

—Me inclinaré por el típico chico malo revienta ovarios de ideas tan rígidas y permanentes como sus propios tatuajes. De esos que vienen con la palabra *provócame* grabada con fuego en la piel, pero no con una advertencia de precaución pegada en la frente.

—Eso parece bastante concreto. ¿Has conocido a muchos así o son fruto de libros y películas? —Se echó el cabello hacia atrás antes de colocarse el casco y subirse al vehículo. Lo imité.

—Un poco de ambas —respondí sin titubear.

Agradecí que las carreteras estuviesen vacías y nos permitieran avanzar por la ciudad sin hacernos perder más tiempo del necesario, pues el día había estado sobrecargado por emociones trepidantes que necesitaba paliar con la seguridad de mi hogar.

La torpeza que me caracterizaba, y que por norma general me ponía en evidencia ante el resto, no me acompañó al bajar de la moto. Estaba tan poco acostumbrada a no cagarla que el hecho de mantener la dignidad intacta frente a alguien más era todo un acontecimiento digno de celebración.

—Ha sido un placer reconocerte.

—Lo mismo digo —coincidió. Sus ojos se perdieron en el edificio tras de mí—. ¿Hace mucho que vives aquí? ¿Ya te es cómodo?

—Hombre, depende de con qué lo compares —En ese instante, se me vino la mansión Hayes a la cabeza—. Se parece más a la jaula de un hámster que a una vivienda, pero no está tan mal. Queda cerca de la universidad y la renta no es un robo a mano armada. ¿Por qué lo preguntas?

—Simple curiosidad, como siempre. Por cierto, no creas que me he olvidado de que me debes una cerveza.

Ahogué una carcajada irónica.

—¿Tus amigos todavía me odian por haber terminado con las reservas que quedaban para esa noche?

—Quizá tengas la oportunidad de preguntárselo tú misma algún día —sonrió de refilón mientras se acercaba de nuevo al vehículo.

—Quizá, aunque tendré que comenzar a ahorrar para saldar mi deuda. Se me cayeron unas cuantas botellas.

—Colaboraremos por la causa, no te preocupes. Nos vemos en la universidad —dijo a modo de despedida—. Ocúpate de mantener tus días lejos del retrete hasta la próxima vez que nos veamos.

13

Doce. Doce llamadas perdidas fue lo que me encontré al acceder a la pantalla de inicio. ¿El remitente? Elliot Hayes, como no podía ser de otra manera.

El primer trago después de ver su nombre me supo amargo, pero me obligué a recordar que no tenía de qué preocuparme. Estaba en casa de mi madre, envuelta por amor familiar y rellena de un riquísimo pastel de carne que amenazaba con salírseme por las orejas de tanto que había comido.

Me llegaron tantísimas notificaciones de repente que tuve que esperar algunos segundos para que la aplicación de Whatsapp dejara de colapsar y volviese a funcionar con normalidad.

Elliot Hayes, 20:17

En veinte minutos en la plaza de la universidad.

Elliot Hayes, 20:45

¿Dónde estás?

Elliot Hayes, 20:47

Responde.

Elliot Hayes, 20:48

No estoy jugando, coge el maldito teléfono.

Elliot Hayes, 20:52

¿Se puede saber qué coño estás haciendo?

Mierda, mierda y más mierda. Me llevé la mano a la boca de forma inconsciente al darme cuenta de que, en efecto, había quedado con Elliot.

Iba a matarme. O peor aún, esparcir el famoso vídeo que tenía en su poder.

Elliot Hayes, 21:04

Si esto es algún tipo de venganza, no me hace ni puta gracia.

Elliot Hayes, 21:05

Si hace falta, iré a buscarte y te sacaré a rastras del apartamento, así que no me tientes.

Elliot Hayes, 21:07

¡¿Blake?!

¡BLAKE!

Tú lo has querido.

Elliot Hayes, 21:23

Olvídalo, ya sé dónde debo ir a buscarte.

Voy para allá.

Era imposible.

Lo era, ¿verdad? Tenía que serlo.

Intenté relajarme, mas el corazón me bombeaba a velocidades insólitas, la respiración

se me entrecortaba y mi capacidad de mantener el equilibrio estaba siendo entorpecida por la ansiedad que colapsaba mi cuerpo.

¿De verdad estaba viniendo? ¿Quién le había dado mi dirección? ¿Ginger? Lo dudaba, jamás se aliaría con el enemigo por muy bueno que estuviese.

El reloj marcaba las nueve y cuarenta pasadas.

Tal vez se lo había pensado mejor, pero aun así quise asegurarme.

Blake, 21:47

Perdona, he tenido que atender un asunto urgente.

No vengas, por favor, no es un buen momento.

Mis dedos se detuvieron.

Mi corazón también.

Podía asegurar que incluso el tiempo se paró.

El timbre acababa de sonar en la planta baja y, casi al mismo tiempo, un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Escuché unos murmullos en la lejanía y, a continuación, cómo alguien se levantaba para abrir.

—¡Mamá, no...! —grité histérica al tiempo que salía volando de mi habitación y me precipitaba por las escaleras.

Los peldaños me bailaban bajo los pies y la distancia de uno a otro resultaba confusa ante mis ojos. La angustia hacía efectos extraños en las personas, lo había oído en varias ocasiones, pero jamás lo había experimentado en mis propias carnes.

Que llegara a la planta baja sana y salva después de trotar por las escaleras como un galgo con parálisis mental era inexplicable, pero que consiguiera encaminarme hacia la puerta principal sin derramar una sola lágrima de terror, lo era todavía más.

—Blake, un chico que pregunta por ti —mencionó mi madre, pletórica.

No detuve mis pasos ni siquiera para mirarla a ella y a mi hermana menor, que lucían tan o más desconcertadas que yo, aunque pude oír cómo la primera soltaba un comentario por lo bajo cuando pasé por su lado: «Y es muy guapo».

Sí, Elliot era guapo; jodidamente despampanante. Y también la encarnación del mal en la Tierra. Tal vez incluso la verdadera resurrección de Hitler en el siglo XXI.

Ni le miré; no quería verle la cara. Lo único que hice fue ponerle la mano en el pecho y hacerle retroceder hasta la salida para luego cerrar la puerta detrás de mí.

—¿Qué haces aquí? —ataqué, sin darle tiempo a que él lo hiciera primero.

A pesar de que tan solo unas pocas estrellas alumbraban la oscuridad nocturna que sumía el jardín, el rostro endemoniado de Elliot podía detallarse sin dificultad. Lo repasé de una sola pasada; con una camisa negra remangada que marcaba su poderoso cuerpo a cada movimiento, unos ajustados pantalones tejanos y un moño mal hecho recogiendo sus indomables rizos dorados, estaba arrebatador.

Lo único que faltaba era que viniera envuelto y con una tarjetita de regalo que dijera *pruébame.*

—¿Por qué no respondías a mis mensajes? —me contestó sin inmutarse. Sus oscuros

ojos analizaron nuestro alrededor con perspicacia.

—Tenía cosas más importantes que hacer que aguantarte —le respondí. Por el rabillo del ojo, podía ver a mi hermana y madre espiándonos a través de la ventana.

—Te dije que nos veríamos —chasqueó la lengua con insolencia y, a continuación, apretó la mandíbula.

—Me dices muchas cosas a lo largo del día, gran parte de ellas estupideces, así que no te extrañe si se me pasa alguna de vez en cuando —solté, esbozando la sonrisa más sarcástica que tenía en mi repertorio.

—Quedamos en que estarías localizable. ¿Por qué no me contestabas?

—Si quieres que hagamos el paripé, pon una fecha, una hora y ve recordándomelo —ignoré su pregunta, al igual que él hacía con las mías—. Pero no esperes que me acuerde de algo que me dijiste vete tú a saber cuánto. Y tampoco te presentes en mi casa sin previo aviso, porque entonces te mandaré a freír espárragos.

Dio un paso al frente y acortó la distancia que nos separaba con una sonrisa diabólica surcándole el rostro. Su mano se posó en mi brazo desnudo y, con un movimiento veloz, me acercó a él.

—¿Cuándo entenderás que lo que pienses no me importa una mierda? —masculló entre dientes. Su aliento mentolado se condensó en el aire y golpeó mi lengua—. Mueve ese culo y vístete. Tenemos cosas que hacer.

—Ni de broma, me quedo aquí —refuté tan rápido como pude.

Elliot alzó una ceja que rezaba un claro «eso no te lo crees ni tú».

—Blake, ¿de verdad quieres que montemos un espectáculo aquí, delante de tu familia?

Me mordí el interior de la mejilla con tanto ímpetu que podía jurar que sentía el sabor de la sangre inundarme el paladar.

—¿Se puede saber por qué te interesa tanto saber dónde estoy todo el tiempo? ¿Por qué necesitas estar al tanto de cada paso que doy y con quién lo doy? Porque, déjame decirte, empiezas a ser tan molesto como un grano en el culo.

—Me interesa porque eres mi pareja, recuerda.

Contuve la carcajada que ascendía por mi garganta y que pretendía salir disparada contra su cara sin contemplaciones.

—¡Elliot, despierta! ¡No lo soy! Y no voy a acompañarte a ningún lado hasta que me des una buena razón del por qué debería hacerlo —puntualicé retrocediendo un par de pasos y, así, alejándome de él—. Del por qué nos tomamos fotos para que todos crean que somos lo contrario a lo que somos en realidad, por qué has decidido vengarte de mí de esta forma y no de cualquier otra, por qué no has eliminado mi vídeo en redes sociales si es lo que realmente querías hacer. —Nuestras miradas se encontraron y sentí cómo ambos nos calibrábamos—. ¿Por qué te obligas a verme todos los días, si me quieres tan lejos como yo a ti?

—Vístete de una jodida vez y vámonos —se limitó a decir.

Le observé con los brazos cruzados, pero sin moverme ni un solo centímetro. El sonido de los grillos era lo único que se oía en todo el vecindario.

Di media vuelta y emprendí el camino de piedra que me llevaba hacia la puerta de entrada, decidida a retomar la noche justo en el punto que la dejé antes de que llegara.

—Blake, ¿tu amigo y tú no estaréis más cómodos si pasáis dentro? Empieza a refrescar —Mi madre, que no había podido aguantar la curiosidad, se asomó por el marco de la puerta, seguida de mi hermana—. Soy la madre de Blake, encantada.

Mis ojos buscaron los de Elliot, mas los suyos ya estaban posados en los de mi progenitora.

—*¿Qué coño haces?* —articulé y deseé que pudiera leerme los labios.

Vi cómo dudaba unos segundos y dibujaba una sonrisa de lo más inquietante en sus labios.

—El placer es mío, señora Wright —Me pasó de largo y se aproximó a la puerta—. Disculpe por presentarme tan tarde y sin avisar, no pretendía interrumpir.

Mentiroso y, además, compulsivo. ¿Cómo que no lo pretendía? ¡Si él era la persona más premeditada que tenía la desgracia de conocer!

Me acerqué a ellos, aún abrazándome para entrar en calor, y obvié las miradas curiosas que me lanzaba mi hermana.

—No te preocupes, no es nada —le sacó importancia—. ¿Cómo te llamas, hijo?

—Sí, perdone, qué desconsiderado por mi parte. Soy Elliot Hayes. —Las cejas de mi madre rozaron el nacimiento de su cabello y, de inmediato, me dedicó una rápida mirada—. No pretendía hacerlo de esta manera, pero supongo que no me queda más remedio —La galantería que Elliot fingió me asombró gratamente. Tan caballeroso, amable y atento; no podía ser cierto—. Hace cerca de tres meses que su hija y yo estamos juntos. Siento no haber venido antes.

Un momento. No acababa de decir aquello, no era tan capullo.

De repente, tenía un par de ojos demandando atención, tan abiertos que parecían a punto de salirse de sus órbitas.

—¿Blake? —me preguntó mi madre, tan sorprendida como lo estaba yo—. No me habías dicho nada.

—Estaba buscando el momento adecuado —mentí. Juraba que comenzaban a dolerme las comisuras de la boca de tanto sonreír con falsedad.

—Ha sido culpa mía. Quería esperar al momento adecuado.

Miré a mi madre. Sus ojos disparaban corazones de solo escucharle hablar y estaba segura de que, en su mente, ya había comenzado a elucubrar decenas de escenarios en los que Elliot y yo nos casábamos, teníamos tres hijos y un perro. Era una romántica empedernida, al igual que mi hermana, y esperaba que conociera al hombre perfecto que me hiciera querer mantener una relación estable y consolidarme *como mujer*.

Y eso era justo lo que yo no pretendía.

—Elliot, ¿quieres pasar? Vamos a ver películas y comer palomitas, pero tenemos sitio

para uno más en el sofá y camas de sobra —le ofreció.

—Mamá…

—Agradezco su oferta y, si me lo permite y no lo considera muy osado por mi parte, voy a aceptarla —dijo Elliot, con una postura mucho más desenfadada. A continuación, se dirigió a mí—. Si te parece bien, claro.

Lo miré con los ojos muy abiertos y me forcé a no pestañear. Sonaba tan creíble y educado al preguntarme por mi opinión cuando, en realidad, sabía a la perfección que solo él tenía el poder de decidir. Así me lo había dejado en claro al decirme que no le importaba una mierda lo que yo opinase

—Como si estuvieras en tu casa.



Algo pasa en Las Vegas era, con total probabilidad, la comedia romántica más previsible que había visto en mucho tiempo y, sin embargo, ahí estaba yo; sin poder despegar la mirada del televisor. Por difícil que fuera de creer, mi ensimismamiento no venía dado por el papel protagónico de Ashton Kutcher o lo atractivo que me parecía, sino por mis propias ganas de desvanecerme del salón.

La charla entre mi madre y Elliot entró en bucle en cuanto este último profanó la entrada de nuestro hogar, pero se perpetuó en el momento en que nos dispusimos a ver la película. Por supuesto, y dado que el gilipollas que estaba a mi lado era el foco de atención, yo era la única que la veía.

Los miré por el rabillo del ojo cuando volvieron a estallar en carcajadas y, al ver cómo tanto ella como mi hermana lo contemplaban como si cada palabra que le saliera por la boca fuera puro oro, puse los ojos en blanco.

No sabía si lo que más me molestaba era que Elliot fingiera ese posado de novio perfecto y apuesto que no le pegaba ni con cola o que ellas se estuvieran comiendo, con patatas y postre incluido, el papelón que interpretaba.

—Entonces no te debe quedar mucho para terminar la carrera, ¿no?

—La terminé el año pasado. —Elliot se echó hacia adelante hasta sentarse en el borde del sofá y, con una sonrisa que le iba de oreja a oreja, procedió a explicarse—. Ahora estoy estudiando un posgrado en Negocios Internacionales e Investigación de Mercados.

Su respuesta debió sonar como música para los oídos regaloneados de mi madre, pues la satisfacción impresa en su rostro comenzaba a transpirar.

—¡Qué barbaridad! —expresó con auténtico asombro—. Y yo que creía que lo mío era complicado cuando estudiaba.

—Todos los campos tienen sus dificultades, sin excepción —se justificó Elliot con lo que, para mí, no podía ser más que falsa humildad.

—¿Y ninguno de tus hermanos o tú vais a seguir con el negocio familiar? ¿A qué decías que se dedicaba tu familia?

—Mamá —salté en cuanto percibí cómo su curiosidad, aunque amena y sin segundas intenciones, resurgía.

—No pasa nada, es una pregunta que me hacen bastante a menudo —objetó mi acompañante al instante.

Elliot, que no me había prestado apenas atención a lo largo de la noche, se volteó hacia mí con total normalidad, como si fuéramos algo más que un simple contacto de conveniencia.

—*Hayes & Müller Associates* es el nombre que recibe la coalición entre los bufetes de abogados que fundaron mis bisabuelos. La línea más directa de la familia forma parte de la firma en condición de asociado, pero solo unos pocos pertenecen a la junta directiva. Supongo, por ello, muchos esperan que mis hermanos se unan lo antes posible al negocio. —Sus labios, delineados de forma perfecta sobre su piel, se movieron para darme la explicación que buscaba, mas el tono que usó fue tan amable que tardé en asimilar parte de lo que me decía—. Mi padre está encantado, porque Andre ha decidido dejar su puesto en la Universidad el próximo año, pero no sé si estará tan contento cuando vea que Adler no sigue sus pasos. Yo no tengo intención de unirme al negocio en un futuro cercano ni creo que encaje en el perfil que busca la familia.

—Imagino que tus padres respetan vuestra decisión.

Elliot hundió ligeramente los hombros y tomó una bocanada de aire antes de responder.

—Es un tema que siempre ha provocado polémica. Aun así, no somos la única línea de descendencia que puede ocupar ese puesto, así que seguro que podrán apañárselas sin nuestra ayuda.

Perpetué el silencio al que me había encadenado desde que comenzó la velada con una intención completamente distinta a la que tuve al inicio.

No pretendía evadirme, más bien lo contrario; empleaba toda mi capacidad de concentración en tener puestos los cinco sentidos en cada concepto que usaba al expresarse. No porque su vida me interesara más de lo que lo hacía una hora o dos atrás, sino porque era la primera vez que le oía hablar con calma de temas no triviales y la realidad que lo envolvía.

Por un momento, traté de obviar que la persona que tenía delante era Elliot e hice el esfuerzo de mirarle desde un punto de vista objetivo, ajeno a la mierda que había entre ambos.

Y fue en ese preciso instante cuando me di cuenta de que su voz se teñía por la angustia cuando hablaba sobre su familia. Se me hacía incluso extraño el no haberlo notado antes, incluso después de presenciar lo tensa que podía ser su relación con ellos.

—Iré por más palomitas —dije al tiempo que me levantaba del sofá—. ¿Alguien más quiere?

—Trae para mí, porfa. —Beth me tendió el pequeño bol que reposaba entre sus piernas con una sonrisa infantil y yo alcé una ceja.

—¿No has tenido suficiente con la docena de Twinkies que te has metido entre pecho y espalda? —Mi hermana negó como si lo dicho le entrara por un oído y le saliera por el otro—. Como quieras, pero te advierto que no seré yo quien te sujete el pelo si vomitas esta noche.

Abandoné el salón y, nada más llegar a la cocina, solté un suspiro. La aparición de Elliot no era lo que tenía previsto para aquella noche; no obstante, debía admitir que, lejos de resultar incómoda, estaba siendo incluso interesante. Al parecer, ni siquiera él podía sostener tanto tiempo esa actitud conflictiva con la que siempre se mostraba ante mí.

Me puse de puntillas para alcanzar uno de los sobres de palomitas que había en el armario y lo puse a calentar en el microondas. Absorbida por el cansancio, me di el respiro de cerrar los ojos mientras oía cómo saltaban los granos de maíz en el interior de la bolsa.

Tuve que pellizcarme las mejillas con tal de volver en mí al escuchar algo a mis espaldas. La poderosa silueta de Elliot apareció por el marco de la puerta poco después. A juzgar por las bolsas bajo sus ojos, él también estaba soñoliento.

Dio un par de pasos por la cocina, vacilante, al tiempo que observaba todos los detalles en ella hasta detenerse a escasos metros de mí. Vi cómo su mirada oscilaba entre el microondas y yo, sin llegar a detenerse en ninguno de los dos, y aunque esperé a que se pronunciara, decidí romper el hielo.

—¿Tú también quieres? —Removí uno de los sobres que había dejado sobre el mármol. Negó despacio, sin perder esa expresión indescifrable que lo había acompañado durante la noche— ¿Entonces?

—Pensé que quizá necesitarías ayuda.

—¿Para hacer palomitas? —Tuve que volver mis entrañas del revés para evitar reírme ante su comentario—. No, creo que no. Pero te tomaré en cuenta para la próxima vez que tenga que regar a mi cactus o sacar a pasear a mi pez.

Aturdida. Así fue como me dejó verle reír. No lo hizo a carcajadas, y tampoco perdió control, pero sí soltó una suave risa nasal de lo más sincera y espontánea.

—Como sea —le restó importancia—. ¿Tienes alguna mañana libre esta semana?

—Sí, ¿por qué?

—Porque debemos ir a una tienda de disfraces que hay en el centro.

—¿Una tienda de disfraces? —cuestioné—. ¿Para qué?

—Porque en unas semanas es Halloween y cada año hacemos una fiesta para celebrarlo.

La celebración de Halloween de los Hayes podía considerarse una tradición para cualquier estudiante que se valiera. Todos querían estar en la lista de invitados, aunque la mayoría se quedaba fuera de ella. Prácticamente, asistir o no podía cambiar tu rango social dentro de la universidad.

El pitido del microondas me sacó de mis cavilaciones, que no paraban de girar en

torno a la idea de que, si seguía al pie de la letra las palabras de Elliot, aquello significaba que todavía seguiríamos juntos para esas fechas.

Me volteé para recoger el bol con las palomitas, algo descompuesta por su respuesta.

—Elliot, pruébate esto. —Mi madre cruzó la cocina de repente—. Mi marido dejó algo de ropa en el desván antes de que nos separáramos. Quizá te valga para dormir, aunque puede que te vaya algo justo de espaldas

Tomó el pijama entre sus manos y lo observó algunos segundos sin parpadear, como si no comprendiera lo que pasaba.

—Está perfecto, de verdad. Gracias.

Mi madre asintió risueña y me dedicó una mirada cómplice.

—Ve a ponerte cómodo, nosotras no nos moveremos de aquí.

Elliot no opuso ningún tipo de resistencia ante su extrema amabilidad y se marchó hacia el baño más próximo. En cuanto desapareció, ella volvió su rostro hacia mí, con la boca muy abierta y la mirada cargada de insinuaciones.

—¿Cómo no me habías hablado antes de él? —bramó cual colegiala, dándome un par de codazos cizañeros—. ¡Es muy guapo!

—Lo es —reí, presa por los nervios.

—¡Y qué bien habla, hija! Hombres así —recalcó— hay muy pocos. Valóralo.

Me limité a asentir, más por miedo a que se me escapara alguna que otra verdad que porque fuera incapaz de mentir.

Horas más tarde, y con tres películas ya vistas, dimos la noche por terminada. Podría haber sido una gran noticia en cualquier otra situación, pero no en aquella.

Al parecer, me había tragado la triada romántica que mi hermana había seleccionado para, a continuación, entrar en mi habitación y encontrarme con la segunda parte de *Conviviendo con el enemigo.* Porque, en efecto, si Elliot y yo protagonizáramos una película, ese sería el único título posible.

Observé cómo terminaba de montar el colchón inflable que mi madre había bajado del desván y, acto seguido, intentaba enfundarlo con la ropa de cama de ositos que iba a conjunto. Ahogué una risa al ver cómo la sábana volvía a escurrírsele entre las manos y él volvía a maldecir por lo bajo.

—¿Te hace gracia?

—Un poco, la verdad —admití sin levantarme de mi cómoda y ya dispuesta cama—. Sobre todo porque llevas poniendo mal la funda desde que has comenzado.

Me dedicó una mirada electrizante, perdida entre aquellos rizos rebeldes que le caían por la frente, que, de no ser porque estaba en zona segura, habría hecho que me cagara encima .

—¿Qué? —masculló con los ojos fijos en mí, mas la risa no se me cortó—. ¿Y me lo dices ahora?

Me encogí de hombros a modo de respuesta.

Elliot bufó exasperado y volvió a sus quehaceres, esta vez tomándola por el lado adecuado. Me permití disfrutar de las vistas, pues no todos los días podía disfrutar de hacerle un poquito la vida más difícil.

Unos minutos después, había conseguido hacer la cama sin instrucciones o un sirviente, y lucía mucho menos irritable.

—Viendo esto, creo que he hecho bien al no dejar que me ayudaras con las palomitas. Nos habrías incendiado la casa —comenté con una ceja alzada.

—¿Hay algún baño en esta planta? —Hizo oídos sordos a mi comentario y se entretuvo atándose el cabello, que permanecía tan alborotado como de costumbre.

—Si eso era lo que querías, podrías habérmelo dicho desde el principio y te habría mandado a la mierda encantada. —Sonreí maliciosa y él me devolvió un vistazo que prometía asesinarme tan pronto pusiéramos un pie fuera de esa casa—. Segunda puerta a la derecha.

Dejé escapar el aire que retenía en cuanto cerró la puerta del cuarto tras él.

Mis ojos viajaron a través de la ventana, en un vago intento de huir de todo lo que me atormentaba en esos instantes; no obstante, la fragancia con la que Elliot se rociaba cada día flotaba por la habitación con igual o mayor intensidad que su propia presencia. No pude evitar plantearme lo mucho que había cambiado mi vida desde que inició el semestre y lo complicada que se había tornado.

Estaba mintiéndole a todas y cada una de las personas que había a mi alrededor, hasta el punto en que ni siquiera mi familia se libraba de los efectos colaterales que producía mi cercanía con Elliot.

Me había dicho que iríamos juntos a su fiesta de Halloween y Dios sabía que, aunque solo faltaban algunas semanas, el tiempo se prolongaba hasta el infinito cuando estaba con él. Lo cual, a su misma vez, me llevaba a preguntarme cuánto me quedaba por aguantar aquel suplicio.

El parqué emitió un ligero crujido cuando regresó a la habitación y yo di un brinco.

—Soy yo —musitó al cerrar la puerta.

—Lo sé, pero tenía la esperanza de que te hubieras caído por la taza del váter.

Oí cómo sus pasos se aproximaban y el colchón de plástico se quejaba bajo su peso.

—Así que iremos a una tienda de disfraces —resoplé por lo bajo antes de soltar la puñalada final—. No lo entiendo. No necesitas ninguna careta para parecer imbécil.

—Te llevo para que puedas identificar la tuya —contraatacó. Después, dejó escapar un suspiro cargado—. ¿Podemos relajarnos un poco?

—¿Por qué iba a hacerlo? Estoy harta de aguantarte en la universidad y fuera de ella, pero ¿en mi casa? —Bajé la voz al darme cuenta de que, al final de la frase, comenzaba a notarse lo exaltada que estaba—. Te dije que no vinieras.

—Me lo has dicho cuando estaba prácticamente a punto de picar a la puerta.

—Me da igual, tendrías que haber dado media vuelta. Esto —Señalé el suelo bajo mis

pies—, maldito capullo, es mi hogar, y aquí no hay cabida para tus mierdas. ¿Entiendes?

Nuestros ojos se encontraron en la oscuridad. Lo más chocante fue que, aunque los míos abrasaban por la rabia, los suyos ya estaban hechos cenizas.

—He intentado causar la mejor impresión posible y creo haberlo conseguido.

—¿Y debo darte las gracias por ello? —cuestioné. Me senté frente a él, sin romper el contacto visual—: Todavía me debes explicaciones. Me dijiste que hablaríamos en otro momento y ahora es ese momento. No llegaremos a mañana sin que sepa en qué mierda se supone que te estoy cubriendo.

Estudió mis facciones sin emitir una sola palabra y, cuando pareció convencerse de que iba completamente en serio, cogió una bocanada de aire.

—¿Qué se supone que quieres saber? Porque si lo que pretendes es que te pase un informe detallado de mis movimientos, espera sentada.

—No, eso es lo que pides tú, no te equivoques —le corregí. El pensamiento que rondaba mi mente desde hacía días volvió con fuerza—. Nunca te he caído bien, ni siquiera cuando estaba con Cole. Sé que le metías ideas raras en la cabeza sobre mí, así que, dime, ¿en qué lío andas metido como para juntarte conmigo?

Contuvo la respiración durante algunos segundos y, de forma excepcional, me apartó la mirada.

—Si fuera tan fácil de explicar, ya lo habría solucionado, ¿no crees? —se jactó. Tenía las manos entrelazadas y el pulso le temblaba—. Es una historia muy larga.

—Tengo tiempo —respondí.

Volvió a observarme.

—Blake, aunque te cueste creerlo, no soy el hijo de puta que piensas que soy. O, al menos, intento serlo —musitó y, a continuación, volvió a enmudecer. Esperé que encontrara las palabras que buscaba en lugar de intervenir—. No siempre he tenido las cosas fáciles. De hecho, todo lo que podía ser difícil inició en el único lugar en el que se suponía que las cosas debían ser sencillas. En casa.

—¿En casa? ¿En tu casa? —repetí, escéptica.

Asintió despacio.

—Nunca he sido una persona fácil, pero pertenecer a esta familia ha hecho que todas mis complicaciones, que habrían sido meros baches en cualquier otro lugar, se convirtieran en despeñaderos —dijo con total serenidad, con los ojos clavados en alguna parte, desenterrando viejos recuerdos—. Tampoco he sido lo que todos esperaban que fuera, ni siquiera cuando era un niño. Cuando me adoptaron…

—Espera, ¿qué? —intervine—. ¿Eres adoptado?

Me miró como si fuera uno de esos ejercicios de Estadística que tanto odiaba.

—Sí, lo soy. Lo somos, vaya —rectificó—. ¿No lo sabías?

—No tenía ni idea.

—¿No te ha hecho sospechar ni un poco que no nos parezcamos ni en el blanco de los

ojos? —Bufó ante mi negativa—. Nos adoptaron cuando éramos pequeños. Primero a André y a mí, que estábamos en el mismo orfanato, y a Adler años más tarde.

—Entiendo... —Lo animé a continuar.

—Andre marcó la diferencia desde el principio, porque él es lo que cualquier Hayes desearía para un futuro heredero; prudente, inteligente y sensato. Jamás comete errores. Hace sombra a cualquiera que se le ponga al lado y yo no soy la excepción. Nunca lo he sido —confesó—. Incluso Adler tiene más posibilidades de alcanzar las expectativas familiares que yo, precisamente porque él comparte muchos aspectos de su personalidad con Andre. —Tragó con fuerza antes de seguir—. Hace algunos años, en mi adolescencia, hice cosas que no debía hacer. Cosas de las que me arrepiento, pero que no puedo cambiar.

El corazón me latía desbocado a medida que avanzaba en su explicación y las ganas de preguntarle acerca de aquello que me habían contado crecían de forma súbita.

—Y ellos…

—Por supuesto, todos se enteraron y me juzgaron, que no deja de ser comprensible —admitió—. Pero han pasado casi nueve años desde entonces y he tratado de enmendar mis errores. Seguí los pasos de mis padres en la universidad, me he sacado una doble carrera con un promedio inmejorable, estoy estudiando un posgrado que yo no he elegido y me esfuerzo todos los días para ser algo mejor a sus ojos. Para volver a ganarme la confianza que perdí en su momento, aunque es imposible.

—¿Qué hiciste tan grave como para que no tengan en cuenta todo esto? —Clavó la mirada en el suelo y, en el silencio nocturno, oí cómo su respiración se aceleraba—No hace falta que me lo cuentes, tampoco es lo que nos ha traído hasta aquí —Retiré lo dicho con anterioridad.

—Antes os he mentido. Ni Andre ni Adler tenían intención de entrar a trabajar para *Hayes & Müller Associates* —pronunció cada palabra como si el mero hecho de hacerlo le desgarrara el interior de la garganta—, pero yo lo habría hecho si me lo hubieran permitido. Conozco todo acerca del bufete y su funcionamiento interno, cada movimiento de la junta de accionistas, las resoluciones de los proyectos más arriesgados y la trayectoria de cada uno de sus trabajadores. —Una mueca en forma de sonrisa desfiguró el hermoso rostro de Elliot. Era tétrica a la par que melancólica—. El año pasado solicité realizar mis primeras prácticas en el bufete. Quería llegar por mis propios medios, así que desarrollé un proyecto para la firma y me aseguré de que le llegara al personal adecuado. Fui la nota más alta de mi promoción, me recomendó la mayor parte de catedráticos de la facultad, la resolución de mi tesis fue la mejor valorada y mi programa estuvo bajo supervisión incluso de Andre. A pesar de todo eso, recibí una negativa del presidente interino de la sección. Mi padre.

Su última declaración consiguió sellarme la boca. Todo lo que presencié en la mansión Hayes tomaba sentido. Aunque no sabía lo que había sucedido en el pasado, dudaba que fuera algo tan grave como para que sus propios padres le negaran aquello

que sí ofrecían al resto de sus hermanos.

—Casi una década más tarde, sigo siendo la misma oveja negra que un día cometió errores terribles por imprudencia —habló con claridad, esta vez sus ojos volvían a mirarme fijamente—. El tiempo ha pasado para todos y las comparaciones no han cesado. Estoy cansado de intentar ser lo que Andre o Adler son por naturaleza y de luchar en un combate en el que siempre he llevado las de perder porque tengo las manos atadas, ¿entiendes?

Parpadeé un par de veces. Ponerme en su lugar no era algo que solía hacer y, aunque lo que me contaba no cambiaba en nada el que se hubiera comportado como un gilipollas conmigo, sí que estaba consiguiendo tocarme la fibra sensible.

Lo entendía más de lo que deseaba, en realidad.

—Elliot…

—Mi madre es la única persona que todavía apuesta por mí, pero es una contra toda una familia; tíos, abuelos, primos... —enumeró—. He cambiado, pero nada es suficiente.

—Y ahí entro yo —adiviné.

—Y ahí entras tú —repitió mientras asentía con la cabeza—. Mi familia es conservadora y siempre ha esperado ese momento en el que afiancemos nuestras bases con una relación. Eres la coartada perfecta, todo lo que quieren para mí. Así que si les doy lo que tanto ansían, quizá algún día tenga la oportunidad de que al hablar me miren a los ojos.

Cogí aire y lo expulsé con lentitud. Era muchísima información de golpe, y complicada de asimilar. Al parecer, Elliot Hayes sí le temía a alguien.

Quién iba a imaginar que sería a su propia familia.

—Cuando lo consigas, ¿seré libre?

A pesar de que lo oído me había dejado el cuerpo traspuesto, me fue imposible no sonar emocionada ante tal revelación. Me sentía más feliz que un elfo doméstico tras recibir un obsequio de su amo.

—Sí. —Lucía desconcertado ante mi reacción.

—Y borrarás los vídeos, ¿no? —Su silencio me perturbó—. Elliot, si cumplo todo lo que me pides, lo harás, ¿verdad? Es lo justo.

—Haz todo al pie de la letra y los borraré.

—¿Me lo juras?

—Tienes mi palabra. —No pestañeó al decirlo y, por primera vez, confié en él—. Blake, lo que has visto esta noche… Podría ser así todos los días si quisieras.

Lo observé a través de mis densas pestañas. Si su intención era que me confiara, para asesinarme mientras dormía, no iba a conseguirlo.

—Debo decir que esa faceta tuya no me ha gustado. Déjale el papel de novio perfecto a Netflix. A ti no te pega para nada —expresé con convicción—. Te prefiero al natural, del tipo soy gilipollas, pero no lo escondo.

—Pensaba que me detestabas en todas mis facetas.

—Y lo hago. Me has chantajeado con algo muy bajo y jamás voy a perdonártelo —le advertí, estirándome en la cama—, pero hay algunas de ellas a las que, como te he dicho antes, les confiaría tareas simples como regar un cactus o pasear a un pez.

—Sobreestimas tus capacidades. Con lo despistada que eres, dudo que pudieras mantener más de dos días con vida a ningún ser vivo —se burló, ya recuperando su habitual tono de voz. Y estoy siendo generoso.

—Para tu información. —Me volteé en el colchón para verle y él hizo como que me prestaba toda su atención—, tengo un cactus llamado Frederick desde hace más de medio año.

—¿Quién mierda le pone nombre a un puto cactus?

—¿A qué clase de psicópata le gusta la pizza con piña y aceitunas? —contraataqué, mirándole recelosa—. Espero que mañana el colchón te haya engullido mientras duermes. Buenas noches.

—Lo mismo digo.

Me tapé con la manta, como si esta fuera a protegerme del porvenir, me agarré con fuerza a la almohada y me giré. De repente, su presencia no quemaba ni el olor de su colonia era tan pesado como hacía algunas horas.

Y, entonces, lo entendí.

El infierno era menos terrorífico cuando uno sabía sobre los pecados de la persona con quien lo compartía.

14

Una fina llovizna humedecía las calles de Los Ángeles cuando salimos en dirección a la universidad. El cielo, que permanecía encapotado desde la noche anterior, otorgaba a la ciudad tonalidades grises propias de las películas románticas de antaño. Si a aquello se le añadía la oscuridad característica de las horas tempranas de la mañana, lo que menos apetecía era asistir a clases. No obstante, allí estábamos.

Miré al frente. El parabrisas recogía las gotas que recorrían el cristal delantero del coche de Elliot, despejándole la visión de la carretera, también mojada a causa de la tormenta que sacudía al condado entero.

No podía asegurar con certeza si el silencio en el que estábamos sumidos se debía a nuestro evidente estado de somnolencia o a que todavía no recargábamos las ganas de discutir que perdimos la noche anterior con nuestra larga e inesperada conversación.

Ralentizó la marcha al entrar en el recinto universitario, buscó un espacio disponible entre el mar de vehículos que había en el aparcamiento y, después de algunos minutos, se decidió por un sitio lo suficiente grande como para estacionar su BMW. Nos apeamos de él y, como si protagonizáramos una comedia romántica juvenil, un montón de miradas se clavaron en nosotros al instante.

Era casi como estar en *Crepúsculo*, con la diferencia de que ni Elliot era Robert Pattinson con cara de estreñido ni yo el monigote insulso que lo acompañaba.

A algunos metros de distancia, sus compañeros de equipo —que parecían igual de aletargados que nosotros— nos saludaron con efusividad.

—*Hey* —correspondió mi acompañante una vez llegamos hasta su posición y yo hice un lento movimiento de cabeza, al que solo algunos respondieron de forma escueta.

Agradecí que Cole no estuviera entre ellos. No tenía ganas de enfrentarme a su mirada y volver a sentir la sensación de que había algo que se me escapaba.

La irritación fue *in crescendo* a medida que pasaba el tiempo y no nos movíamos ni un milímetro de nuestra posición. Traté de tener paciencia y mantener la boca cerrada durante los primeros minutos de cordialidad, incluso acepté que la lluvia chispeara sobre mi cabeza, pero terminé perdiéndola al ver que no hacían el ademán de entrar a pesar de que la tormenta amenazaba con resurgir.

Me arrimé a Elliot, que se limitaba a participar como oyente en la charla que mantenía el grupo, e hice uso del poder que me atañía como novia del líder.Tiré de su mano un par de veces con tal de que me prestara atención y concluí que, en efecto, debía estar profundamente adormilado todavía, pues tardó varios segundos en reaccionar.

Como si le costara verdadero esfuerzo ubicarse, sus ojos vagaron por las cercanías antes de posarse en mí, a lo que respondí con un tercer tirón que, tras hacerle fruncir el

ceño, pareció dejarle en claro mis intenciones. Comenzó a caminar y, con él, el rebaño que le seguía.

Como buen complemento inanimado y satisfaciendo la buena voluntad de mi benefactor —o carcelero, según se mirara—, me mantuve al lado de Elliot a lo largo de todo el trayecto; callada, discreta y con una sonrisa sincera que tan solo podía esbozar cuando recordaba que, tarde o temprano, sería libre.

O, tal vez, la razón de mi sonrisa estuviera presente en el campus por el cual me paseaba sin atisbo de preocupación.

Asistir a la universidad no resultaba tan insufrible si tenía en cuenta que era el único escenario en el que Midnightemptation y yo podíamos coincidir. Así que, de cierta manera, pensar que se encontraba en algún punto de aquel recinto, conseguía ponerme ansiosa. Podía imaginarle leyendo en un aula todavía vacía, disfrutando de un buen libro, o entrando empapado a su facultad por haberse olvidado el paraguas...

En realidad, cualquier opción era correcta para mi mente fantasiosa.

Empleé mis habilidades ninja para sacar el teléfono del bolsillo y escribirle un mensaje sin que nadie se diese cuenta.

@Girlonfire:

Buenos días, ¿cómo te está sentando la semana?

Me quedé mirando la pantalla algunos segundos y, luego, guardé el móvil. Sabía que tenía una sonrisa bobalicona en los labios, pero me era imposible borrarla.

—B, me han cambiado la hora del entrenamiento, así que no nos veremos durante el almuerzo —me dijo Elliot al tiempo que se detenía frente a mi facultad. Que me llamara por aquel apelativo cariñoso, que usaban solo unos pocos, me provocó un sincero desconcierto—. ¿Me estás escuchando?

—Sí —respondí, meneando la cabeza. No me di cuenta hasta entonces de lo cuesta arriba que se me hacía mirarle después de nuestra conversación—, perdona.

En ese mismo instante, me cogió por el brazo y nos alejó de los oídos curiosos de sus amigos. Alcé mi mirada hasta encontrar la suya. Sus ojos lucían más ávidos que un cuarto de hora atrás.

—Recuerdas lo que hablamos sobre la tienda de disfraces, ¿no? —me preguntó dubitativo.

—Qué poco confías en mi memoria —respondí y él exhaló con una sonrisa que demostraba que, de hecho, no lo hacía ni un poco—. Sí, me acuerdo.

—Perfecto, porque no creo que pueda venir a buscarte a la facultad; iré muy justo de tiempo. Nos vemos en el aparcamiento cuando terminen las clases, ¿de acuerdo? —Sus manos acariciaron mi mejilla con ternura, como si realmente el no poder venir a buscarme le pesara en el alma. Desde luego, tenía unas fantásticas dotes actorales—. Te mandaré un mensaje si hay algún cambio de planes.

—Sin problema, allí estaré.

Entonces, y sin poder prever el efecto que tendría, tomé el mando de la situación.

Cogí a Elliot por el cuello de la chaqueta y lo atraje con la misma normalidad que demostraba él desde que montamos aquel paripé, me puse de puntillas y junté nuestros labios en un beso breve y casto.

Los comentarios de sus *amigotes* no se hicieron esperar. Vi cómo hacían todo tipo de movimientos amanerados —aunque obscenos— mientras nos miraban. Elliot se giró para lanzarles un grito y ellos siguieron burlándose como si nada. Luego, volvió a mirarme.

Sus ojos todavía lucían desconcertados por mi repentina iniciativa, aunque brillaban con la misma perversión que de costumbre.

No tuve tiempo ni siquiera para sorprenderme, puesto que ya se había abalanzado sobre mí y sus manos se escabulleron por mi cintura. Devoró mis labios sin compasión, propiciándome algún que otro mordisco durante el proceso y saboreándome con la lengua. Antes de apartarse de mí, tiró de mi labio inferior.

Después de aquella invasión de territorio tan gratuita, podía pasar a llamarle sin problemas Elliot el Conquistador..

—He visto a actores profesionales titubear más que tú al interpretar un papel — susurré.

—Cuando uno es válido, lo es para todo, Blake —me respondió en voz baja. Sus ojos centellearon al verme tan descolocada—. Nos vemos más tarde.

Esperé a que se diera la vuelta para hacerlo yo también y adentrarme en el edificio tras de mí. Me sacudí antes de traspasar la puerta al vestíbulo, pues el cabello me goteaba y tenía los hombros de la chaqueta empapados.

La Facultad de Comunicación tenía ese tipo de arquitectura vetusta traída del siglo pasado y propia de las primeras universidades que se construyeron en el estado. La iluminación en el interior era cálida y la temperatura, ideal para mi cuerpo calado por la tormenta. El olor a humanidad, sin embargo, era tan potente que tuve que taparme la nariz con la manga del jersey para poder soportarlo.

Sí, los pasillos solían estar llenos por las mañanas, pero aquel día ni siquiera podía dar un paso sin chocarme con alguien. Sentí cómo el móvil vibraba en mi bolsillo y no fui capaz de contener la emoción. Me hice un hueco entre la muchedumbre y la atravesé hasta llegar a los casilleros que estaban empotrados contra la pared.

@Midnightemptation:

Como una patada en el estómago.

¿A ti?

@Girlonfire:

He tenido dolores menstruales más agradables.

Supongo que habrás sido más listo que yo y habrás cogido un paraguas antes de salir.

Estoy empapada de pies a cabeza.

Abrí mi taquilla y empecé a sacar los libros que necesitaba para afrontar las clases del día y, sin apenas darme cuenta, volví a verme frente ahí para devolverlos a su lugar.

La tarde pasó a una velocidad estrepitosa ante mis ojos y, con ella, la jornada laboral.

La presencia de Ginger brillaba por su ausencia cuando llegué al apartamento. La puerta de su habitación estaba cerrada y no había atisbo de luz en su interior.

Tras asumir que esa noche volvería a cenar en la más completa soledad, calenté un sobre de fideos instantáneos y me lo llevé a la habitación para devorarlo mientras repasaba. Una hora más tarde, estaba sentada en la silla de mi escritorio con una postura que cualquier fisioterapeuta que se valiera catalogaría como suicida para mi espalda, mordisqueando el bolígrafo con desesperación y obviando, con ello, el trabajo del dentista que mi madre pagó durante mi adolescencia.

El dossier que Andre me entregó la semana anterior reposaba sobre mi escritorio desde hacía varias horas y me retaba a tratar de resolver alguna de sus operaciones. En ese momento, la atractiva y complaciente sonrisa que me dedicó al entregarme los ejercicios se me antojó sarcástica y petulante. Más aún si tenía en cuenta que, a ella, le siguió un comentario que podía resultar inofensivo a sus ojos, pero que, a los míos, era de lo más cruel.

«Con esto aprueban mis alumnos de primero». Esas fueron sus palabras exactas y cada letra se clavó en mí como un cuchillo.

Entonces, la pantalla del teléfono se alumbró y, casi al instante, el dispositivo empezó a vibrar por las notificaciones, que no paraban de llegar. Alcé la mirada con desgana, molesta por mi evidente incapacidad en cuanto a matemáticas se refería, y tomé el móvil.

Como por arte de magia, las arrugas en mi ceño desaparecieron y una enorme aunque temblorosa sonrisa se instauró en mis labios.

«Dulce tempestad, por *@Midnightemptation*».

Apareces de la nada, como de costumbre, y deambulas por el campo de minas que he predispuesto para ti. Te mueves con determinación y, por un momento, llego a plantearme si se trata de un golpe de suerte o si en este tiempo has aprendido dónde no debes pisar.

Entras por tu propio pie a mi infierno a pesar de que sabes que, si lo haces, no hay manera de que te deje salir. Y, cuando menos te lo esperas, ya estás dentro. Tiemblas. Tiemblas sin necesidad de que te toque, porque todo es desconocido y extraño para ti.

Y es que no hay forma de que un ángel acceda al averno sin perder parte de sus plumas.

Tiritas en mis manos ante el recuerdo de ese atractivo precipicio al que solías asomarte y tomas consciencia de que caíste en él sin necesidad de que te empujara. Y, créeme; tenía ganas de verte caer, aunque lo negara. Sin embargo, nada de eso importa a estas alturas, porque estás frente a mí y verte franquear los límites de mi abismo se ha convertido en un placer del que ya no estoy dispuesto a privarme.

Quiero devorarte sin contemplaciones, pero sigues temblando. Y, aunque no debería importarme, lo hace.

Tus piernas flaquean y los labios te tiemblan. Aun así, eso no impide que te pronuncies. Sincera, brutal y exigente. Me pregunto si, simplemente, ignoras lo que tus palabras me

provocan o si, en realidad, sabes bien lo que haces conmigo.

No puedo dejar de mirarte porque, así estés asustada, es esa firmeza que te caracteriza la que te ha traído hasta aquí y me fascina. Tengo que recordarme que, pese a que pareces un ángel, eres todos los pecados que me gustan juntos. Y que he conocido demonios más inocentes que tú.

Percibo el hambre que tienes y lo único que pasa por mi mente son las ganas que tengo de saciártelo. Te retuerces entre mis brazos y, por un momento, me faltan manos para controlar ese huracán que promete devastarnos. Así que te cedo el control, porque si hay algo que ansío más que postrarte ante mí y hacerte todo lo que me suscitas, es que seas tú quien lo desee. Pero la forma en la que te balanceas merma el poco autocontrol del que gozo cuando se trata de ti y, aun siendo un pecador de primera, debo rezar para que no acabes conmigo.

La forma en la que ahogas los suspiros que escapan de tu boca despierta una parte de mí que no estás preparada para conocer. Una implacable y feroz que anhela engullir tus gemidos e hincarse dentro de ti sin clemencia.

Mi imaginación vuela cada vez que te remueves insegura sobre mi regazo y debo hacer un esfuerzo inmenso por no acabar contigo de la manera en la que deseo hacerlo.

Tratas de silenciar tus jadeos sin darte cuenta de que estos ya resuenan en mi mente, ensordecen mis pensamientos y aturden mis sentidos. Crees que tengo el control, pero estás a punto de hacerme perder los papeles.

Y es que el espacio es amplio, pero tú lo ocupas todo.

La piel de tu espalda se eriza bajo las palmas de mis manos cuando te afianzo sobre mí y empiezo a guiar tus movimientos y, entonces, sé que, si en algún momento existió un límite, ya lo hemos sobrepasado. La excitación comienza a pesarte cuando intensifico las estocadas y fantaseo con la idea de que ninguna prenda separe nuestra piel. Tu respiración se agita, te enderezas y, sin que pueda verlo venir, alcanzas el clímax entre caricias.

Te quejas y sollozas mientras ralentizas la fricción entre nuestros cuerpos y yo, que he conseguido dominar mis instintos hasta entonces, pierdo los estribos. Te beso porque, si no lo hago, si no alivio lo que me haces sentir, no seré capaz de dejarte ir esta noche.

Porque eres dulzura y perversión. Calma y tempestad. Arrasas con todo, pero yo estoy dispuesto a hacer lo mismo contigo.

Y quizá este es el punto de inflexión que estabas buscando.

Al final, estás aquí. Y ambos sabemos que ya no quieres marcharte ni yo voy a permitirte que lo hagas.

Cálida, tanto que abrasaba la piel sin tocarla, y seductora. Y, pese a que era imposible que pudiera oírla, la escuchaba con amplificador en mi interior. En la más abrumadora distancia y la más corta cercanía, era su voz. Brotaba de entre las palabras del relato cada vez que lo leía, en cada ocasión más intensa que la anterior.

Quizá la claridad con la que la escuchaba me tendría que haber hecho dudar de mi juicio, pero no lo hacía en lo más mínimo. Era cautivante y estaba llena de sensaciones y emociones que me desestabilizaban al mismo tiempo que batallaban por mantenerme en pie.

Era el apetito y expectación previo a un beso. Y sabía a fresa, a una fresa ácida que activaba las papilas gustativas al segundo de morderla. De esas que picaban en el paladar y lo irritaban, pero de las que querías más tan pronto se pasaba el efecto.

Y era una adicción de la que no deseabas desengancharte. De la que, al menos, yo no deseaba desengancharme.

@Girlonfire:

Pasa un cuarto de hora de medianoche, lo que significa que te has retrasado con el relato.

Suerte que tú no protagonizabas Cenicienta, porque de ser así, no habría zapato que valiera.

Cualquier preocupación que abordara mi mente hasta entonces quedó en un segundo plano en cuanto decidí que, por muy insano que pudiera sonar, quería volver a escuchar su voz. Ansiaba que se volviera en otro de mis placeres culpables, como ya lo era esperar sus mensajes a altas horas de la noche.

@Midnightemptation:

¿Te molesta mi tardanza o lo que soy capaz de provocarte?

@Girlonfire:

No esperaba que respondieras tan rápido. ¿Acaso estabas esperándome?

@Midnightemptation:

Por supuesto, ¿y tú? ¿Estabas buscando la excusa perfecta para hablarme?

Hinqué los dientes en mi labio inferior con tal de reprimir la sonrisilla que retozaba en mi boca. Eran pocas o ninguna las veces con las que me había encontrado con alguien que pudiera seguirme el ritmo, así que esa capacidad innata que tenía para cortarme la respiración me dejaba —además de sin aire— totalmente fuera de combate.

@Girlonfire:

La excusa perfecta para volver a escucharte, en realidad.

@Midnightemptation:

¿Me oyes? Eso es nuevo.

@Girlonfire:

Oigo tu voz como si estuvieras a mi lado.

@Midnightemptation:

¿Y qué te digo?

@Girlonfire:

No dices nada. No usas palabras y yo no te oigo, solo te escucho porque tu voz habla sensaciones y suspira estremecimientos.

A pesar de que los segundos se tornaron en minutos mientras esperaba por una respuesta, ni la seguridad con la que me había expresado ni la confianza que le tenía a cada una de las palabras empleadas desaparecieron en ningún momento.

Ni siquiera su repentino silencio consiguió hacerme titubear.

@Girlonfire:

Ariel también perdió su voz. ¿Has cambiado de princesa en el último momento o puedo atribuirme el mérito de haberte dejado sin habla?

@Midnightemptation:

¿Por qué siento que me conoces igual o más que yo a ti, a pesar de que ni siquiera puedes verme?

@Girlonfire:

No lo necesito. Sé perfectamente quién eres porque lo único que no tienes al descubierto es el físico. Así que puedes apagarme la luz si quieres, yo ya he aprendido a ver en tu oscuridad.

@Midnightemptation:

Si realmente puedes escuchar mi voz, aunque solo sea la mitad de lo que yo escucho la tuya desde la noche en que te vi por primera vez, entonces es que estoy mucho más perdido de lo que creía.

El ambiente que dominaba nuestra conversación cambió de repente a algo mucho más oscuro y profundo de lo que podía esperar y, junto a él, asaltaron algunas dudas. La sensación de que intentaba decirme algo que yo era incapaz de ver me frustraba.

Porque sabía, lo sabía a ciencia cierta, que se me escapaba algo.

@Girlonfire:

¿Y te preocupa?

@Midnightemptation:

Te mentiría tanto si te dijera que no como que sí, porque eres una amenaza que no pretendo eludir en ninguno de los dos casos.

¿Te has planteado qué pasaría si yo no fuera lo que esperas? Porque podría pasar, Blake.

Quizá no soy lo que tú quieres que sea.

@Girlonfire:

¿Acaso estás en mi mente y sabes exactamente lo que siento o pienso acerca de ti? Porque lo dudo mucho. Ni siquiera yo misma puedo comprenderlo a veces.

Así que, si ni yo soy capaz de hacerlo, no intentes hacerlo tú.

De igual manera, no trataré de entender jamás cómo, de entre cientos de personas, te fijaste en mí aquella noche. Simplemente, lo dejo ser.

Haz tú lo mismo.

@Midnightemptation:

Nunca dejas de sorprenderme, incluso cuando creo que ya no tienes cómo hacerlo.

¿Eres consciente de lo que me haces sentir? Porque esta tarde tú estabas nerviosa, pero era yo quien iba a perder los papeles.

Me haces perder la cabeza, me aturdes y no sé cómo enfrentar tu caos dentro de mi disciplina. Y eres contradictoria, absurdamente contradictoria, tiemblas como si mis caricias llegaran a ti antes que mis dedos. Tiemblas como un terremoto, como si no pudieras ni mantenerte en pie frente a mí, y tu respiración se agita al tenerme cerca.

Así que pienso que no podrás con eso porque, siendo honestos, ¿quién podría?

Pero no te importa, porque hay algo en ti que arde por encima de la inseguridad y los miedos, incluso de los míos.

Y no sé si quiero esperar hasta la semana que viene para volver a tenerte cerca.

Las últimas declaraciones provocaron que tuviera que coger aire, mas no consiguieron aplacar la férrea voluntad de contestarle. No obstante, su mensaje llegó mucho antes de que yo pudiera acabar de redactar el mío.

@Midnightemptation:

¿Te apetece que nos veamos el viernes a la misma hora?

@Girlonfire:

Me apetece lo que sea contigo a cualquier hora, así que sí.

Quizá siempre hubo un infierno esperando a que ardiéramos juntos en él.

15

Ginger 13:17:

En nada salgo y voy a la plaza cívica. ¡Te espero donde siempre!

Ginger 13:35:

Ya estoy, ¿cuánto te quedaaa?

«Mierda, mierda y más mierda», pensé cuando, al leer los mensajes, caí en la tremenda metida de pata que acababa de cometer.

La vorágine de malísimas y poco creíbles excusas que se vertió en mi mente en cuestión de pocos segundos hizo que me detuviera en seco en mitad del colorido callejón con tal de poner en orden mis ideas. Por suerte, lo único que se podía respirar en Bourbon Alley a aquellas horas era la más absoluta soledad, y eso le daba ventaja a mi capacidad de razonamiento, que estaba en condiciones de evidente desventaja.

Blake 13:41:

Tía, lo siento, acabo de salir de una conferencia y Elliot ha venido a buscarme para ir a comer. Además, había olvidado que teníamos un compromiso con su familia esta tarde.

Me sabe fatal, pero hacemos algo otro día.

¡Love u!

Contemplé la sarta de mentiras que acababa de meterle por embudo con cierto escepticismo y no me animé a apartar la mirada de la pantalla hasta que logré autoconvencerme de que, en realidad, esa era la única opción factible en la actualidad. Y Elliot, la coartada perfecta. Un mentiroso nato para sustentar una gran mentira.

De la misma forma en la que, antiguamente, las estrellas y constelaciones guiaban el camino a los viajeros, las centellantes luces de colores se ocuparon de guiar mis pasos a lo largo de los angostos pasadizos que componían Bourbon Alley. Los pintorescos y vivaces grafitis que se adueñaban de sus muros desprendían un intenso magnetismo que me impedía apartar la mirada.

Quizá ese era el objetivo que justificaba su existencia; no daba indicios de ningún tipo acerca de lo que te esperaba al final de la travesía. No te preparaba en absoluto para el momento en que te detenías frente a Hypnosis.

Rojo. Oscuro. Tentador. El ambiente cargado y denso me arrollaba e impedía la entrada y salida de aire, de la misma forma en la que Midnightemptation lo hacía también.

El hombre enmascarado que resguardaba la recepción dibujó una sonrisa de complacencia cuando me vio entrar y dirigirme hacia él sin siquiera titubear, lo cual era todo un éxito si tenía en cuenta que no solía llegar tan lejos sin tambalearme antes. La mueca traviesa en sus labios se amplió cuando, al llegar, me apoyé de forma espontánea en la mesa tras la que se escudaba.

—Tú por aquí otra vez. —Me dedicó una mirada confiada que prometía haber visto caer en la tentación del lugar a muchas personas antes que a mí—. Tendré que hacerte carné de socia.

—¿Eso existe aquí? —pregunté con incredulidad.

—No, para nada. Y no importa cuánto estés dispuesto a pagar. —Me explicó con una sonrisa socarrona mientras jugaba con el lapicero que reposaba sobre la mesilla—. Nadie entra en Hypnosis por dinero, querida. Los contactos lo son absolutamente todo aquí.

—Espera, ¿ese no es el nombre del local que hay al lado? —inquirí.

—Lo es, y el de aquí también. Ambos locales pertenecen a los mismos propietarios y, en realidad, los clientes son casi los mismos también. Están unidos incluso en su edificación, pero este es un poco más... Especial.

—¿Especial en qué sentido?

Apoyó la barbilla rasurada sobre su mano y me miró con cierta curiosidad. Luego, se echó hacia adelante.

—Míralo así: aquellos que tienen acceso a este lugar, pueden entrar sin problemas al edificio principal de Hypnosis. Pero solo un pequeño porcentaje de los clientes de Hypnosis poseen el lujo de traspasar la puerta por la que tú acabas de entrar tan tranquila. —Me guiñó el ojo al decirlo y yo traté de disimular el revoltijo de emociones que me causó—. ¿Entiendes?

Asentí despacio al tiempo que trataba de asimilar la valiosa información que acababa de brindarme sin pretenderlo. Eso significaba que Midnightemptation no sólo frecuentaba ambos locales, sino que además era alguien que tenía cierto recorrido dentro de ellos.

—Pero bueno —suspiró el chico, en completa ignorancia de que lo que acababa de decirme me abría un mundo de posibilidades—. ¿Cómo te registro?

—Ya lo sabes —musité.

Se encogió de hombros en señal de resignación.

—Políticas de la empresa.

—Soy B.

Una mueca fisgona atravesaba su rostro cuando volvió a encararme, y sus labios entreabiertos se desvivían por pronunciar lo que fuera que pasaba por su mente. La tarjeta que abría las puertas de mi paraíso bailó entre sus dedos larguiruchos durante algunos segundos.

—Tienes mucha suerte. No cualquiera tiene el poder de reservar indefinidamente una habitación. Al parecer… —El retintín indiscreto que utilizó al otorgarme la llave consiguió darme la vuelta al estómago—. Alguien está muy interesado en ti. En tenerte por aquí.

El centenar de mariposas que se me había instaurado reaccionó a la revelación batiendo sus alas, creando un pequeño huracán en mi interior que amenazó con

exteriorizarse ante el mundo.

Ya con la tarjeta afianzada en mis manos, me despedí y puse rumbo hacia el ascensor que, por suerte, no me hizo esperar.

Mis pisadas resonaban en la silenciosa penumbra en la que estaba inmersa la segunda planta, pero hacían eco en mis pensamientos que, para esa instancia, ya no guardaban asomo de calma. Me detuve frente a la ya conocida entrada de nuestra habitación con un enredo de excitación que, de no ser por la contención, habría hecho que me doblara en dos.

Pasé la tarjeta por la abertura y me adentré en el cuarto.

El aroma dulzón de las velas, que ardían en puntos estratégicos de la habitación, deleitó mis sentidos tan pronto cerré la puerta tras de mí y me sumergí de lleno en su hipnótica atmósfera. Los detalles que colmaban el lugar se ensalzaban ante la que era mi primera oportunidad de apreciarlos con el tiempo suficiente.

Los cristales que componían la lámpara de araña que colgaba del techo reflejaban esquelas de luz sobre los muebles de color plomizo y refulgían al entrar en contacto con la barra metálica que cruzaba de la bóveda hasta el suelo y se perdía entre las alfombras de pelo sintético. A lo lejos, en una de las esquinas de la habitación y cerca de una pequeña puerta aún cerrada, tres enormes columnas de mármol abrazaban y daban cobijo a un jacuzzi de piedra en forma de manantial.

@Girlonfire:

¿Cuánto más tengo que esperar a que llegues, Cenicienta? A este paso, la carta de rescate que le he dejado a mi madre en el buzón se va a volatilizar.

Reí por lo bajo antes de mandarle el mensaje.

El terciopelo granate que cubría las butacas se sentía como una caricia bajo la palma de mis manos cuando pasé a un costado, a contraposición de la aspereza propia de la madera de la cómoda que le seguía. Me detuve ahí y tanteé el abrir o no los cajones, que se antojaban pesados y cargados de material.

Como si supiera lo que estaba a punto de hacer, el teléfono vibró en mi bolsillo justo cuando pretendía tirar de la empuñadura de uno de ellos.

@Midnightemptation:

No deberías haberle mandado nada, ya te dije que no planeaba devolverte. Y cuando te he visto llegar, he confirmado que era la mejor decisión para ambos.

El riego sanguíneo se me ralentizó de repente, dejándome embobada. El que hubiera estado tan cerca como para ver cómo entraba al local conseguía ponerme taquicárdica.

@Girlonfire:

¿Y te gustaba lo que veías?

La tentación de abrir la cómoda capturaba todavía mi atención, así que antes de posicionarme en mi lugar, le eché un rápido vistazo. Una ligera ojeada, de esas que permitían ver lo justo y saciaban las ganas.

Dejé todo en su lugar cuando sentí la llegada de un nuevo mensaje y procedí a

acercarme a la cama.

@Midnightemptation:

Tanto que no he sido capaz de dejar de pensar en lo que haré contigo cuando te tenga en mis manos.

Dime, ¿te has vestido así para mí o existe otra variable que afecte a tan destacable atuendo?

Sonreí ante su último mensaje. Luego, me di un vistazo rápido.

El jersey en forma de pico que se ceñía a mi cintura estaba a medio abotonar y creaba una perspectiva de lo más agraciada de mis pechos, que lucían apetecibles bajo la tela semitransparente del bralette. Por su parte, la minifalda caqui a cuadros envolvía cada una de las curvas prominentes de mis caderas hasta afianzarse en la parte más estrecha de la cintura, justo unos centímetros por debajo de las costillas..

@Girlonfire:

Quizá, quién sabe. ¿Te gusta mi elección?

@Midnightemptation:

Estás exquisita, como siempre. No puedo esperar a ver esa ropa a los pies de la cama y a ti encima de ella.

Ponte la venda y espera por mí, no tardo nada.

Con una sonrisilla incontenible escapándoseme y la poca calma que me quedaba fluctuando por momentos, me arrimé al enorme colchón. Sobre él, como era de esperar, estaba la venda que inhabilitaría el sentido que más falta me hacía en esas circunstancias. Insólitamente, la oscuridad en la que me vi sumida en cuanto la até en la parte posterior de mi cabeza no me resultó ni la mitad de desconcertante que las anteriores veces.

De hecho, sentía como si pudiera ver mucho más de lo que era capaz de ver en realidad.

Entonces, lo sentí como un murmullo que se hacía audible en la lejanía. Y no importó que ya hubiera perdido el sentido de la orientación, porque su energía funcionó como una brújula en cuanto se acercó. Oí cómo se aproximaba por el pasillo y, antes siquiera de que pudiera procesar el montón de sensaciones que atañía su presencia, lo llenó todo.

Sus movimientos eran decididos y envolventes a la vez que sosegados. Me rondaba despacio, con el afán de corroborar lo que ambos sabíamos: que su presencia me acariciaba antes de que lo hicieran sus manos y que yo era, en extremo, sensible a esa realidad inexplicable.

Para cuando el rodeo llegó a su fin, estaba tan cerca que podía sentir cómo el hambre que carcomía sus entrañas se convertía en un ansia voraz y famélica. El tejido de su jersey, que se escabullía entre mis dedos, funcionó como salvavidas y sus manos se enredaron en mi cuerpo e iniciaron un retorcido juego de caricias lánguidas.

Su cálido aliento prendía auténtico fuego en mi interior cada vez que sus labios rozaban los míos sin pretensión alguna de saciarlos, pero también funcionó como una

ráfaga de viento que extendía sus llamas cuando le sentí al borde de perder la pizca de autocontrol. Aquello se tradujo, por ende, en un profundo abismo cuyo final era incapaz de divisar y al que me veía atraída como un imán.

La poca paciencia que me quedaba se calcinó entre las llamas en cuanto volví a sentir el tacto mullido de su boca entreteniéndose con la mía. Hundí las manos entre su cabello y lo apresé con fuerza para mantenerlo donde deseaba; tan cerca como para respirar su propia excitación. Avancé sinuosa hacia él y, cuando lo único que nos separaba eran mis ganas de devolvérsela, enterré los dientes en su labio inferior y tiré de él con ferocidad.

Un gruñido ahogado y casi gutural escapó de su boca cuando, tras marcarle, me alejé, con la única intención de abrirle la veda a una venganza que estaba ansiosa de recibir y que, por suerte, no tardó en llegar.

Sus pasos se comieron la distancia que acababa de imponer entre nosotros y, en cuestión de segundos, volvía a estar tan cerca que juraba que podía oír los perversos pensamientos que le cruzaban la mente. Sus labios buscaron de forma sugerente los míos y yo me esforcé por no caer en ellos cuando sus movimientos se tornaron más fogosos y desesperados.

La satisfacción que me producía frustrar cada uno de sus intentos por alcanzarme dejó de funcionar cuando sus brazos me envolvieron y atrajeron hacia él. Supe que sobrepasaba los límites de su exiguo autocontrol cuando, en la última tentativa por besarme, le propicié otro mordisco y su presencia se hizo tan densa que fui incapaz de discernir algo más en la habitación que no fuera él.

Nuestros cuerpos chocaron cuando me atrajo, esta vez con menos miramientos, y su aliento selló una promesa inminente antes de que sus dientes se afincaran en mis labios. Y, aunque la primera vez los deslizó con suavidad y en forma de caricia, cada mordisco que siguió a este fue mucho más largo y rudo que el anterior.

De un momento a otro, los vagos esfuerzos que hice por oponer resistencia se fundieron entre sus labios y los mordiscos transformaron en besos apasionados que hacían eco en mi mente y diluían mi necesidad de respirar algo más que no fuera a él.

Luchamos por recuperar el dominio del territorio perdido en la boca del otro porque, en realidad, todo se resumía a eso: él vivía plácidamente en un reino y yo era una invasora con la intención de abarcarlo todo. Si su palabra era la ley, mi voz se convertiría en los gritos de la anarquía; no importaba cuántos muros alzase, iba a entrar igual.

Costase lo que costase.

Sus manos me recorrieron con tal intensidad que me fue imperativo sujetarme a sus hombros para no perder el equilibrio, mas necesité hacer uso de todos mis sentidos para mantenerlo cuando me aupó y sentí el tacto áspero de sus vaqueros contra mis muslos.

La insondable exploración a la que me redujo con la lengua logró hacerme perder el sentido mientras caminaba conmigo en brazos e impidió que siguiera ahogando los

gemidos que brotaban cada vez que mi sexo entraba en contacto con su erección palpitante. Me quejé cuando, como respuesta a ellos, me propició una nalgada fervorosa hizo que me picara la piel expuesta

No obstante, y antes de que pudiera rechistar de nuevo, sentí cómo mi cuerpo quedaba apresado entre él y una de las paredes del cuarto. Solo cuando quedamos a la misma altura, me instó a enrollar las piernas alrededor de su cintura. Entonces, ocupó el hueco que quedaba entre nosotros y se aseguró, con creces, de hacerme notar la dureza de su miembro.

Su aliento se entremezcló con el mío mientras nos aventurábamos a apostar por quién de los dos iba a caer antes. Y, aunque era obvio que yo era quien tenía menos autocontrol de los dos, sabía que el que le quedaba a él era escaso.

Sus labios estaban demasiado cerca y yo no tenía la voluntad suficiente para resistirme, así que tomé su labio inferior con los dientes y tiré de él de nuevo, usando el mismo mecanismo que minutos atrás. Confiada los lamí de la forma más pecaminosa que fui capaz de recrear, con la determinación de hacerle sentir una pequeña parte de lo que yo sentía.

Al momento de alejarme, fue él quien retuvo los míos. Y lo hizo con un hambre voraz que juraba haber sentido tan solo en sus relatos más candentes. Un beso húmedo y lleno de dientes que incendió todo a nuestro alrededor.

Jadeé cuando enrolló la mano en mi cabello y lo apresó en su puño para, a continuación, tirar de él con brusquedad. Una sensación de vértigo hizo que me tensara y tuviese que aferrarme a sus hombros para no caer. El fuego arrasó el interior de mi boca mientras caminaba con cierta torpeza por el cuarto, y se propagó gracias a los instintos pirómanos que me despertaba en cuanto le sentí caer en el colchón conmigo encima.

El sendero que sus dedos trazaron a lo largo de mi cuerpo me hizo salir de la sensación de letargo en la que tan perdida me encontraba y me abocó al límite de la cordura. La forma en la que encajábamos, como piezas contiguas de un mismo puzle, hacía del vaivén de nuestros cuerpos un tortuoso placer que demolía los pilares de mi juicio y nublaba los pocos sentidos que todavía tenía vigentes.

Me erguí cuando, después de cubrir la desnudez de mis muslos con delicadas atenciones, posó me alzó la falda, hasta dejarla por encima de las caderas. La inquietud que me corroía creció vertiginosamente al notar cómo jugaba con el encaje de las braguitas que había elegido a conciencia para él y que, para ese momento, ya estaban húmedas.

Tirité cuando acunó la zona con la palma de la mano y la acarició. Al principio, de manera superficial; instantes más tarde, con tal ahínco como para cortarme la respiración.

Sus dedos se colaron en mi ropa interior y tantearon cada milímetro palpitante y calado hasta que me fue imposible seguir conteniendo los suspiros. Abarcó cada ángulo

y curva de mi sexo, dedicándole caricias densas y apaciguadas a mi clítoris que me sumergían en una ola de calor compacta.

Me reconstruía. Lo hacía una y otra vez para, segundos más tarde, derruirme con la fuerza acumulada de todas las anteriores ocasiones. Me desarmaba de forma enloquecedora, me dejaba exhausta entre sus brazos y sin queja alguna por la atención que recibía.

Mis manos temblorosas dificultaban lo que, en ese momento, se antojaba como una ardua tarea; quitarle el suéter. El lamento que se me escapó cuando me detuvo se entremezcló con los gemidos que me provocaba sentir sus dedos en mi interior, y tornaron cualquier quejido en balbuceos ineficaces.

Minutos más tarde, el único rastro de que el tejido de mis braguitas había estado alguna vez ahí, cubriéndome de la desnudez, fue el escalofrío que me ocasionó al abandonarme por completo.

Me mordí la lengua cuando, de repente, se levantó y me dejó allí sentada. Mantener la compostura se convirtió en un imposible al oír cómo se desplazaba por la habitación y abría las cómodas que yo había inspeccionado con anterioridad. La distancia que nos separaba se me antojó descomunal durante el corto periodo de tiempo que duró su ausencia. Ahí, sola y echando en falta la calidez de sus manos, me sentía a bordo de un bote con fugas. El brote de nervios que acogía en el bajo vientre eclosionó cuando lo sentí regresar y arrodillarse frente a mí.

La agudez de mi oído me permitió apreciar el restallido del material que traía entre las manos cuando lo dejó caer en la cama. Un sonido vibrante y seco que, aunque no podía asociar con nada que hubiera vivido hasta entonces, me evocó la imagen mental de lo poco que logré atisbar en la oscuridad de la cómoda.

Contuve un estremecimiento cuando envolvió mis rodillas con las palmas de las manos y el contraste entre la temperatura bulliciosa de su cuerpo y la prácticamente glacial que sumía el mío colisionaron. La tensión que se apoderó de mis piernas se expandió de tal manera que, por un momento, me impidió disfrutar del mimo con el que trataba de aliviarme. Sin perder ni un gramo de dulzura al hacerlo, me separó las piernas.

Justo cuando el alto grado de exposición en el que me encontraba dejó de suponer un problema, sus manos me enderezaron los hombros y colocaron los brazos en la parte posterior de mi cuerpo. La tranquilidad que acababa de recolectar volvió a rozar el subsuelo cuando la sólida y consistente textura del cuero abrazó mis extremidades. Necesité respirar hondo un par de veces para retomar el control de mis emociones tras comprobar que el amarre no cedía ni un solo milímetro ante mis movimientos y que, de hecho, la restricción de ellos era total.

Mi fuero interno maldijo ese ademán de vacilación que hacía temblar mis piernas y me mantenía con la cabeza a mil por hora. Todas esas noches en vela en las que me dediqué a recrear ese tipo de prácticas en mi mente no resultaron lo suficiente

reconfortantes cuando, al ejecutarlas, sentí cómo un montón de abrumadoras sensaciones me desbordaba, pisoteaba esas ganas súbitas que aguardaba acerca de ellas y todas las fantasías que había elaborado a lo largo de ese tiempo.

Y, desde luego, me dejaba en claro que, por muy excitante que resultara imaginarlo, llevarlo a cabo requería de cierta preparación mental. Preparación que, si bien no había obviado, sí que había rehuido bajo la creencia de que, si me resultaba apetecible, era una clara señal de que estaba preparada para afrontarlo con los ojos cerrados.

Me mantuve expectante cuando permitió el roce entre nuestras bocas. La indulgencia con la que sus labios, esponjosos y tersos, acariciaron los míos consiguió ponerme como un flan, uno al que le chorreaba caramelo por los extremos y que requería con desesperación que alguien lo devorara.

Los trazos lentos y perfectos que sus dedos dibujaban en las palmas de mis manos y la delicadeza con la que se encargó de comprobar que el agarre no lastimara mi piel logró diluir el nerviosismo que se había apoderado de mí.

Sellé los labios cuando redirigió su atención a mi sexo y me encorvé cuando, tras oírle trastear con algo más, esparció un líquido espeso por aquella zona a la que tantas atenciones había dedicado. El frescor del lubricante se confundió con el calor que generaban sus dedos al extenderlo hasta camuflarse con el jugo de mi propio placer.

Un cúmulo de sensaciones me sacudió, hizo que comenzase a coger aire con agresividad y tratara de abrir los ojos bajo la venda, en vano. El tiempo hacía efectos maravillosos con el lubricante y sacaba a relucir su verdadera utilidad; vibraba, y con una intensidad avasalladora.

Electrizante y, por momentos, caótico. El placer me atizaba como un látigo inclemente que se veía reforzado, contra toda lógica, por mi falta de movilidad. Lo que hasta entonces era un suplicio, ahora se había convertido en un pequeño sacrificio de lo más estimulante.

Cada desafortunado contoneo me llevó a forcejear de forma involuntaria con el cuero que me encadenaba las muñecas y, aunque cada roce con el material era sutil, el estar privada de dos de mis principales sentidos me tenía hipersensibilizada. Cada roce era ansiado, pero devastador.

Sus manos estaban en todas y ninguna parte al mismo tiempo. Jugaba con mis extremos sin llegar a sobrepasarlos, gracias a lo cual yo estaba en un eterno vaivén de placer que no llegaba a culminar. Podía imaginarle frente a mí, fascinado por cómo mi cuerpo reaccionaba a él sin que me pusiera un solo dedo encima y deleitándose con cómo se me endurecían los pezones.

Dejó un rastro de dulces mordiscos en mis labios, sin dejar de masturbarme, y yo, ingenua, los entreabrí para darle mayor acceso. La pasión con la que los apresaba me hacía caer una y otra vez en su juego, que culminaba siempre en el momento en que creía que iba a besarme.

Las ganas que tenía de llegar al orgasmo me ofuscaban, tornaban mis movimientos

agresivos e incontrolables, pero por encima de todo, conseguía que la excitante picazón que me sobrecogía rozara lo doloroso. No recordaba una sola ocasión en la que, al tener sexo, los gemidos hubieran emergido de mí con tal magnitud, y tampoco me veía capaz de comparar ningún tipo de placer que hubiera sentido antes con aquel.

Me encorvé de golpe cuando los ligeros toques con los que fustigaba mis sensibles pecho cambiaron a unos fuertes y decididos tirones que no solo me cortaron la respiración, sino que estuvieron por sacarme las lágrimas. Supe entonces que el término «tregua» no existía en su vocabulario, pues no tuve tiempo de recomponerme antes de que repitiera el proceso.

Mi espalda formó un arco perfecto a causa del último tirón y yo sentí que, de verdad, iba a desfallecer. Por su parte, el líquido en mi entrepierna aumentaba su potencia y hacía que la fina línea que diferenciaba el placer del dolor se desdibujara con una facilidad que solo podía pertenecer a la fantasía.

De nuevo, se hincó entre mis piernas y tomó el control de la situación, y yo, que estaba gravemente afectada, no pude hacer más que gimotear con tal de recibir un poco de lo que llevaba privándome desde que habíamos intensificado nuestras prácticas.

Removí las caderas y le añadí vehemencia a los movimientos que sus dedos sustentaban de por sí en mi interior. El núcleo candente en mi cuerpo pulsaba con tal violencia que ni siquiera la tortura que experimentaban mis diminutos pezones era suficiente como para detenerme.

Di gracias a que la mayor parte de mi sentidos estuvieran anulados, pues de lo contrario hubiera tenido el tiempo suficiente para descifrar cuál era mi problema. ¿Cómo podía ser que estuviera tan excitada en una situación como aquella, en la que el dolor y el morbo se mezclaban para formar un cóctel molotov?

Cada pizca de gozo sumó hasta convertirme en una montaña de él que ansiaba desbordarse. La forma en la que tragaba aire hubiera hecho creer a cualquiera que había olvidado cómo respirar y tuve que dar gracias de que no estuviéramos haciendo aquello en cualquier otro lugar, porque mis gimoteos —que eran casi sollozos— retumbaban por el cuarto como si pretendieran hacer estallar las paredes para escapar de él.

Me contraje en un espasmo violento al llegar al clímax y permití que este acabara con los restos de mi cordura que, tras ese día, quedaría obsoleta para siempre. El agradable mareo que le siguió me cegó de tal manera que fue indiferente el que llevara o no una venda cubriéndome los ojos; la oscuridad en la que me sumergió era la más lóbrega de todas las que había experimentado.

No fue hasta que las oleadas posteriores al orgasmo empezaron a aligerarse que fui capaz de concentrarme en recuperar el ritmo normal de mi respiración y en lo que sucedía a mi alrededor. Lo primero que noté fue que seguía ahí, mirándome incluso si yo no podía verle, dándome espacio para recomponerme tras el atracón que se había pegado a costa de mi propio placer.

La ternura con la su mano se posó en mi mejilla quebró los confines de mi

sensibilidad y me hizo ronronear. Sin embargo, el buen grado con el que recibí la caricia se cortó de raíz cuando, al poco, se dispuso a aflojarme la ligadura que tantos sentimientos dispares había despertado en mí.

Sus manos avanzaron ávidas hacia mi espalda y me desataron con habilidad. El cuero, que había llegado a fundirse con la piel de mis muñecas, crujió cuando me dejó libre.

Me sorprendí a mí misma rechazando esa libertad y deseando volver a verme privada de ella, especial cuando él se alejó, en esa ocasión para guardarlo.

Los pensamientos a los que no había escuchado en toda la tarde volvieron a resonar con fuerza en cuanto recuperé la conciencia sobre mí misma. Había disfrutado de aquel encuentro como también lo hice con los anteriores; sin embargo, y aunque me había despojado de la mayoría de las inseguridades en este último, existía todavía una duda que mortificaba.

Y cedí ante ella pese a no desearlo.

El temor me asaltó de nuevo mientras le oía abrir y cerrar los diferentes cajones de la cómoda. El que no hubiéramos pasado a mayores cuando esa la razón principal por la cual empezamos a reunirnos hacía que dudara de lo que era capaz de despertar en él. O, mejor dicho, de la intensidad de las sensaciones que podía provocarle. La posibilidad de que, quizá, no fuera lo que él estaba buscando para dar ese paso más allá me volvía loca.

Aquellas rumiaciones me impidieron notar su cercanía, mas no lograron opacar las ganas que resurgieron casi al instante. No dudé de hacer uso de la libertad de mis manos y enganché los dedos a las hebillas de su pantalón para atraerlo. Reaccionó a mi movimiento con rapidez y detuvo su pronta caída con las manos, quedando a escasos centímetros de mí.

Una sonrisa ahogada, tan ligera como un carraspeo, escapó de su apetecible boca cuando volví a tirar de él sin éxito y yo, ante su persistencia por privarme de lo que más ansiaba, me enfurruñé. Deseaba, sino es que ya era un elemento de primera necesidad, poder disfrutar de él sin tapujos, y que él hiciera lo mismo conmigo.

Pero no parecía dispuesto a dármelo.

Entrelazó una de sus manos con la mía y me instó a que dejase de probar lo que él no pretendía regalarme y me levantara. Y yo que era atrevida para lo que quería, pero una tremenda idiota para todo lo demás, lo hice sin rechistar.

Nada más ponerme de pie, me volteó y pegó a él, y la respiración volvió a pasar a un segundo puesto para mí. La desnudez en la que me hallaba no pareció un obstáculo para que me abrazara. De hecho, pareció un plus al momento en que sus brazos me rodearon y revistieron con desconcertante mimo.

Y, entonces, volví a convertirme en un flan.

Un minúsculo gesto que, tras ansiarlo toda la sesión, significaba algo mucho más grande; un beso, ni casto ni indecente, un poco de ambos. Hacía por lo menos quince

años que no me sonrojaba por un simple beso en la mejilla y, ahora, se me subían todos los colores y me sentía tambalear por uno suyo.

Puso las manos en mis caderas y, sin decir una sola palabra, me ofreció la posibilidad de dejarme guiar por ellas. Me dejé llevar durante el corto trayecto que realizamos, y lo hice con total confianza bajo los efectos que me provocaba el pensar que, entonces, él era mis ojos.

Fruncí el ceño cuando, al poco de detenernos, abrió una puerta y esta chirrió. El parqué bajo mis pies fue sustituido por unas gélidas baldosas y el ambiente, hasta entonces temperado, colapsó con el vapor. El aire se tornaba denso en aquel lugar, y respirarlo era tan difícil de digerir como la presencia de Midnightemptation cada vez que aparecía.

Me mordí el interior del labio para forzarme a no desmayarme cuando me tomó de las manos y, tras acercarme, las llevó hasta su torso.

—¿Qué haces? —balbuceé. La pregunta salió disparada a la misma velocidad que lo haría un dardo hacia la diana.

Sus dedos se aferraron a los míos y los arrastraron a lo largo del jersey hasta que alcanzamos el dobladillo de este, invitándome a quitárselo. El ritmo cardíaco se me aceleró a medida que subía el suéter y mi piel entraba en contacto con la suya, que parecía ser el recipiente de un fuego incandescente. Luego, encauzó mis movimientos hacia abajo.

Tanteé el cierre de sus pantalones con cierta inseguridad, mas él se ocupó de disipar mis dudas, ayudándome a deshacerme de él.

Escuché cómo el resto de las prendas caían al suelo sin poder controlar el ritmo acelerado de mi corazón, pues pensar en que estaba desnudándose ante mí era razón más que suficiente para que me dieran taquicardias. El caer del agua, al que apenas le había prestado atención, llegó a mis oídos como una dulce melodía cuando sus brazos volvieron a rodearme y me ayudaron a introducirme en la bañera.

El agua que caía de la alcachofa de la ducha empapó mi cabello y se ocupó de relajar aquellos músculos que todavía se encontraban tensos tras lo ocurrido. No obstante, el pequeño instante de calma fue tan rápido que no tuve tiempo ni de respirarlo, ya que más pronto que tarde su presencia volvió a invadirlo todo.

Pegó su cuerpo al mío con delicadeza, casi como si fuera sin querer, y aunque pretendí mantenerme impasible a su roce, tuve que hacer un esfuerzo tremendo para no derretirme. Me atrajo hacia él hasta que no quedó espacio entre nosotros y unió su frente a la mía, en un gesto tan íntimo que consiguió enviar bien lejos cualquier duda que pudiera tener.

Me estremecí cuando posó una de sus manos en mi nuca e hizo que nuestros labios volvieran a tocarse, húmedos por el agua que caía sobre nosotros. Las gotas que peregrinaban entre nuestros labios erraban sin dirección, confundidas por el porvenir de nuestra respiración y a la espera de que nuestras bocas formaran un único camino.

De uno en uno, los besos llegaron sin prisa, pero sin pausa.

Me saboreó despacio, a un ritmo cautivante que me hizo perder el hilo de mis propios pensamientos. Como si temiera agotar mi esencia o perderse en ella, y estuviese, al mismo tiempo, dándome la oportunidad de hacer lo mismo.

Eso era justo lo que necesitaba.

Las rodillas amenazaron con fallarme cuando empezó a enjabonarme. El olor a frambuesa del gel era lo único que conseguía mantenerme con los pies en la Tierra, pues de lo contrario me hubiera creído sobrevolando el cielo. Refregó mis pechos, que aun estaban erectos y adoloridos, y acarició las aureolas con las que se había cebado. Después, hizo lo mismo con mis muñecas, no sin antes inspeccionarlas y comprobar que estaban en perfectas condiciones. Luego, cubrió mi vulva con la mano y procedió a encender un fuego que ni el agua de la ducha podría sofocar.

Aun con dudas, decidí poner un dedo sobre su abdomen, y tal y como imaginé, se tensó al notarlo. Las preocupaciones que tanto alejaba volvieron a golpearme e hicieron que tratara de retroceder; sin embargo, él no me permitió alejarme.

Estaba dejando una puerta entreabierta para mí, que me moría de ganas de empujarla.

Su piel ardía bajo mi palma cuando me decidí a apoyarla por completo y su respiración perdió el ritmo a medida que me deslizaba hacia abajo. Los indicios de vello púbico me alertaron de lo que estaba a punto de hacer, mas no me detuvieron; seguí el descenso hasta que choqué con su prominente erección y soltó un gruñido casi inaudible cuando la rodeé con la mano y empecé a agitarla con fervor.

Sollocé por la impresión cuando, como respuesta, volvió a deslizar dos de sus dedos en mi interior y empezó a hundirlos a un ritmo calmoso que acabó por tomar un cariz intransigente. Su respiración entrecortada se unió a la mía cuando, al reclinarnos en la pared de la ducha, ambos perdimos el control de nuestros movimientos.

Me sentí llegar por segunda vez al orgasmo mientras bombeaba sin detención su duro miembro, que latía y se contraía entre mis dedos que apenas conseguían abarcarlo por completo.

Contenidos y discretos, quizá como un método para preservar el exiguo raciocinio que le quedaba, pero audibles. Sus gemidos chocaban con la concavidad de mi cuello cuando intentaba reprimirlos —cada vez con mayor ineficacia— al tiempo que su erección se agrandaba en mis manos por momentos.

El vapor de la ducha se coló dentro de mí cuando me mordió en la base del cuello, en un acto de pura contención, al correrse. Sus dientes aflojaron a medida que se vaciaba encima de mí y yo, que todavía gimoteaba por la reciente llegada al clímax, me sentí desfallecer.

16

Cerca de las diez de la mañana, saqué el chándal más vergonzoso y cochambroso que tenía en el armario y me lo endosé para ponerme con la limpieza general del piso. Parecía que vistiera un saco de patatas, pero dadas las últimas modas instauradas por los diseñadores más excéntricos y extravagantes, podría pasar a la perfección por un diseño de las pasarelas más recientes.

Después de usar la fregona como micrófono y dedicarle perreos intensos a los muebles al ritmo del *Wannabe,* procedí a acicalar los baños y el resto de los cuartos. Dejé para el final la habitación de Ginger para que pudiera dormir tranquila, pues la noche anterior la oí llegar tarde y supuse que no asistiría a clases.

—¡Ginger, voy a entrar! —dije en voz alta después de picar varias veces a la puerta y que nadie me respondiera—. Es la una del mediodía. Hora de levantarse, pequeña arpía.

«¿Seguirá durmiendo, la muy cerda?», me pregunté, observando el paño de la puerta. Para mi sorpresa, la habitación estaba vacía y las ventanas abiertas, como todas las mañanas. Al parecer, había sacrificado sus horas de sueño por ir a clases, lo cual era muy responsable por una parte, pero poco racional por la otra.

Estaba todo hecho un desastre. Aunque hubiese querido pasar el aspirador, no había suelo disponible ni visible entre los restos de ropa, apuntes, libros y comida desperdigados. Me adentré en la estancia dejando escapar un suspiro. Necesitaría todo el viernes y parte del sábado sólo para higienizar aquel cuarto.

Recogí las prendas que había por el suelo y las dejé sobre la silla del escritorio, que ya estaba previamente ocupada por un montón de ropa destartalada. El precioso —aunque arrugado— vestido negro con lentejuelas doradas que reposaba sobre el respaldo de la silla captó mi atención de inmediato. Su tela era robusta y, a juzgar por el tacto, de calidad inmejorable.

Se trataba de un vestido de cóctel de los buenos, en conjunto con los accesorios que, al igual que el resto, estaban esparcidos de mala manera en la mesita de noche. Un brazalete, que combinaba el vigor del oro rosado con la sutileza de los diamantes depositados en las pequeñas piezas de pandora que colgaban de él, yacía en la superficie mullida de una caja color cobalto. El lazo de seda que la envolvía caía por un extremo, al igual que su etiqueta.

No atiné, ni pretendí hacerlo, a ver la marca que figuraba en ella. Poca falta hacía; lucía caro y yo no entendía de exquisiteces como aquella.

Sonreí ante la idea que cruzó mi mente.

Quién iba a decir que la indomable Ginger Campbell, reina y soberana de las solteras, máxima representante del colectivo antirromántico y mente pensadora de la frase «la

relación seria más duradera que he tenido ha sido con mi soltería. Llevo con ella desde que nací», sería la primera en caer en los brazos de Cupido.



Halloween era una de mis festividades favoritas. En mi casa siempre se había celebrado a lo grande y yo lo vivía con una emoción que rozaba lo exagerado. Solía organizarme con semanas de antelación para que todo fuera perfecto, pues quería ser el centro de atención.

Ese día, era *mi* día.

Repasé la tienda de arriba abajo. Eran dos pisos enormes repletos de expositores y perchas de las que colgaban disfraces de la mejor calidad. Había oído hablar mucho de ella, pero jamás había entrado porque todo era exorbitantemente caro.

Me paseé por las diferentes secciones, cotilleando todos los atuendos que había para mi género. De los más ridículos hasta los más sofisticados, todos eran preciosos e inmejorables.

—Oh… —mascullé. La etiqueta del que tenía en mano, una imitación de la vestimenta de Cruella de Vil, marcaba el precio de unos inasequibles ciento cincuenta y nueve dólares con noventa y nueve. Lo dejé en su lugar y me fui hacia donde estaba Elliot, decepcionada.

¿Por qué todo lo que me gustaba tenía que ser tan caro? ¿Por qué no había nacido en una rica familia como Paris Hilton? De hecho, ¿por qué Paris Hilton no me adoptaba y me construía una mansión como a su perro?

—¿Qué buscamos exactamente? —le pregunté una vez estuve a su lado—. A lo mejor puedo ayudarte.

Alzó la vista y me dedicó una mirada de suficiencia que dejaba en claro lo poco que se fiaba de mi gusto.

—No quiero que parezcamos la versión barata y vulgar de la Bella y la Bestia, así que voy a pasar —pronunció con la altivez que había perdido la noche anterior—. Además, los vestidos no me quedan bien. No me depilo las piernas.

Las cejas estuvieron a punto de tocarme la coronilla. ¿Aquel monstruo acababa de insinuar que sería yo quien encarnaría a Bestia?

—Qué ataque tan gratuito. Casi te diría que te prefiero siendo el cursi del otro día. Además, que sepas que tengo un gusto exquisito para los disfraces.

—Permíteme dudarlo. —Descolgó un par de disfraces y me los plantó enfrente—. ¿Mia Wallace y Vincent Vega o Bonnie y Clyde?

—Dado tu perfil chantajista y criminal, te pega Clyde —le solté, porque evadir una sola oportunidad para atacarle era verdaderamente superior a mis fuerzas.

Una sonrisa lobuna se adueñó de su rostro inmediatamente, anticipando la maldad que estaba a punto de pronunciar y que su teléfono se ocupó de silenciar. Elliot ignoró la llamada un par de veces, pero terminó por atenderla debido a la insistencia del

remitente.

Su semblante se ensombreció al ver el nombre que relucía en la pantalla y lo hizo maldecir por lo bajo.

—Te veo fuera —masculló, encestando su cartera entre mis manos.

No hacía falta ser un as para darse cuenta de que algo no iba bien. Había desaparecido tan rápido por el filo de las escaleras que era como si nunca hubiera estado ahí, y me molestaba tener que admitir que su marcha había sembrado en mí algo más que un par de dudas: preocupación.

Sacudí la cabeza, tratando de sacarme esas estúpidas ideas de la cabeza. La charla que tuvimos en casa de mi madre había sacado a flote una compasión que no sabía que podía sentir por él, y la rechazaba con todo mi ser.

Abandoné la tienda cargada con un par de bolsas en las manos, casi trescientos dólares menos en la billetera de Elliot y con las facciones aún descompuestas por el precio que había marcado la caja registradora al pagar.

Desde luego, no había nada como pertenecer a una familia de ricos herederos.

Un par de gotas me resbalaron por la mejilla, advirtiéndome de que las densas y oscuras nubes sobre mi cabeza estaban a punto de descargar contra Los Ángeles, y yo empecé a buscar a la Bestia con urgencia. No tardé en localizarlo cerca de unos contenedores, al lado de la puerta trasera del estacionamiento.

—¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo? —Vi cómo alzaba la mano y, luego, se retenía para no atizarle a cualquier cosa que tuviese cerca—. Olvídate. Diles que no vamos a entrar en su puto juego, que se acabó.

Se tapó la cara con ambas manos y se apoyó en el contenedor. Detuve mis pasos y me resguardé en una de las paredes para evitar que me viera. No quería ser el objeto de su frustración.

—¡Me importa tres hectáreas de mierda lo que te pase, ¿entiendes?! Tú nos metiste en esto, Cole, así que deja de lloriquear y ocúpate de arreglarlo —Elliot colgó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo—. ¡Joder, joder, joder!

Se giró, preso por una furia irracional que jamás había visto en él, y pateó el cubo de basura hasta volcarlo. No se detuvo hasta que el material se abolló y yo me abstuve de acercarme hasta que no vi que recuperaba la compostura.

—Deberíamos irnos. Parece que volverá a llover de un momento a otro —comenté con toda la naturalidad que fui capaz de fingir.

Ni siquiera me miró, no supe si porque pretendía ignorarme, como tantas veces había hecho, o si estaba tan sumido en sus propios pensamientos que ni me había oído.

—Estos disfraces cuestan un ojo de la cara, ni que estuvieran hechos de oro —traté de relajar la situación ante su ausencia de respuesta—. En fin, te pagaré mi parte cuando cobre, ¿vale?

—No necesito que me des nada —musitó, volviendo en sí—. Limítate a hacer lo que te pedí, del resto me encargo yo.

—Pero...

—No me contradigas —me calló.

Acto seguido, sacó las llaves del auto e hizo que este pitara. Caminamos hacia él sin hablar, pues ni Elliot parecía dispuesto a hacerlo ni yo tenía ganas de intentarlo y acabar como el contenedor que dejábamos atrás. El portazo que siguió a nuestra entrada en el coche terminó por sepultar la conversación y el silencio se adueñó de cada rincón del vehículo el resto del trayecto.



La relación tóxico-dependiente que mantenía con el móvil me atrajo de forma irremediable y, más pronto que tarde, me vi de nuevo dentro de la burbuja en la que Midnightemptation y yo nos encerrábamos a voluntad.

@Girlonfire:

¿Cómo llevas la tarde? ¿Todavía estudias?

Apresé mi labio inferior con los dientes. Los recuerdos de nuestro último encuentro alzaron su propio campamento en medio de la selva en la que se traducía mi mente y encendieron una hoguera para esclarecer sus rincones más oscuros, pero no era suficiente.

No lo era incluso si las sensaciones me abordaban cada vez que los evocaba. No lo era por mucho que me esforzara en recrear cada movimiento como si todavía estuviéramos allí; porque no lo estábamos. La densidad del vapor no causaba estragos en mí cada vez que cogía aire, las yemas de sus dedos no quemaban contra mi piel y sus besos no cubrían mis labios llenos de mordiscos cuando rozaba el límite del vahído.

@Midnightemptation:

Sigo exactamente igual que hace treinta minutos, cuando me lo has preguntado por última vez. Y veo que tú también.

¿Acaso me echas de menos?

Evadí la sonrisilla que se me escapó. Tras corroborar nuestros últimos mensajes me di cuenta de que, a lo mejor, sí estaba siendo un poquitín insistente.

Sabía que los estudios lo tenían pegado al escritorio, pero que lo supiera no hacía que lo llevara mejor de lo que lo llevaba; mi fuero interno no toleraba que me privara de sus atenciones, ¿y quién podría culparme? Llevaba una semana entera sin saber apenas nada de él.

@Girlonfire:

No, ¿por qué lo dices? Espero que no sea por escribirte constantemente, porque es pura casualidad. No es como si quisiera saber de ti ni nada por el estilo.

@Midnightemptation:

A estas alturas, y después de tantos días encerrado estudiando, empiezo a echar de menos hasta ir a la universidad.

@Girlonfire:

¿Tienes algún tipo de parafilia con los exámenes o qué? Porque a eso sí que no me apunto, te aviso.

@Midnightemptation:

No, ese no es mi estilo, ya lo sabes. Aunque no te negaré que tengo un fetiche en la universidad, con una sonrisa pecaminosa en los labios que doblega mi poca voluntad cuando se trata de ella y unas alas de valkyria que, lejos de acercarme al cielo, me llevan directo al infierno.

Claro. Sincero. Directo. Directo al corazón, por supuesto, y lo que no era el corazón también. Directo a las ganas que tenía de que volviéramos a encontrarnos.

@Girlonfire:

Si me dices dónde, voy sin dudarlo. Estoy segura de que podríamos darle un buen uso a tu escritorio, mucho más que los libros esos por los que me has cambiado esta semana.

@Midnightemptation:

Te veo un poco ansiosa. ¿Tienes hambre, Blake?

@Girlonfire:

¿De verdad necesitas que te lo diga?

Hace tiempo que tengo hambre, la pregunta es cuándo pretendes saciármela.

@Midnightemptation:

Estaría encantado de hacerlo, pero ya te dije que sería una semana complicada y que estaría ocupado. No seas caprichosa.

@Girlonfire:

Lo sé, no me quejo de eso. Y lo sabes.

@Midnightemptation:

Sé perfectamente a lo que te refieres, pero la respuesta sigue siendo la misma.

La desesperación e impotencia que sentía respecto aquel tema ardía en mi pecho con intensidad. Me encontraba en extremo sensible ante todo lo referido a él tras nuestros últimos encuentros, precisamente porque en ninguno de ellos habíamos sobrepasado el límite con el que fantaseaba por las noches. Porque, en efecto, existía un límite.

Uno impuesto por él y que descompensaba la balanza de nuestra relación.

@Girlonfire:

¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué parece que dibujas un límite entre nosotros cada vez que intento acercarme?

¿Por qué parece que yo me entrego sin reparos y tú no das prácticamente nada?

@Midnightemptation:

¿Te parece que todo lo que te doy no es nada? Porque te doy más de lo que le he dado a nadie nunca, y aun así me debato conmigo mismo todos los días porque, en el fondo, sé que deseo dártelo todo.

Pero me retengo porque sé que no es una opción para ninguno de los dos ahora mismo. Tu situación no lo permite y yo no sé controlarme cuando se trata de ti, Blake.

Inició como un pequeño remolino y terminó convirtiéndose en una vorágine de intensidad desenfrenada con el viento en contra. La capacidad que tenía para despertar

sentimientos contradictorios en mí con tan solo unas pocas palabras lograba resultaba devastadora.

Me retuve a contestarle que, si bien lo que me daba no era nada, desde luego sí era poco en comparación a lo que yo podía darle a él. A lo que estaba dispuesta a entregarle. A oscuras, a ciegas, totalmente expuesta ante él y absolutamente privada de él al mismo tiempo.

@Girlonfire:

Tengo mucho que hacer y tú deberías seguir estudiando, ya hablaremos.

Lancé el móvil sobre la cama y enterré el rostro en la almohada. Me aferré a ella como si fuera un salvavidas y luché por no derramar las lágrimas que aguaban mis ojos, pero no lo conseguí. La funda quedó empapada más pronto que tarde y yo apenas fui capaz de contener los sollozos. Que las emociones me sobrepasaran no era nada nuevo; siempre había tenido una facilidad asombrosa para hacer una montaña de un grano de arena, una herencia directa de mi madre que tanto Beth como yo compartíamos y ninguna éramos capaces de eludir.

Me pasé los siguientes minutos sintiéndome pequeña, insignificante, en la inmensidad de mi habitación, hasta que la puerta se abrió y filtró algo de claridad en la negrura en la que estaba sumida.

—¡B, ya ha llegado la cena! B, ¿va todo bien?

—Perfectamente —farfullé contra la almohada. Con un poco de suerte, me ahogaría.

—Sí, ya lo veo —me contestó con incredulidad. El colchón se hundió bajo su peso cuando se sentó y empezó a peinarme el cabello con los dedos—. Cuéntame, ¿a quién tengo que matar?

Me giré para poder verla, aun abrazada al cojín.

—Estoy harta de la gente, de que me tomen el pelo. De sentir que doy demasiado y luego recibo poco o nada a cambio —sentencié—. Y encima soy tan gilipollas que, me hagan lo que me hagan, siempre estoy ahí.

—A ver, un poco gilipollas sí que eres, pero eso no es nada nuevo —me dijo con intención de sacarme una sonrisa. Muy a mi pesar, pues quería seguir regocijándome en la miseria, lo consiguió—. ¿Sabes cuál es tu problema? Que confías ciegamente en los demás y lo das todo de ti, pero ni se te ocurre preguntarte si el resto haría lo mismo en tu lugar porque, en el momento, te nace entregarte y no piensas en nada más. Y claro, cuando llega el momento de la verdad, la hostia que te metes es importante.

—Y aquí estoy, ¿no?

Una sonrisa mustia se adueñó de mis labios. Era tan sórdida como la desnudez de los árboles en otoño.

—Exacto. —Me acarició la mejilla con las yemas de los dedos y yo silencié un hipido —. Y esta es solo una de muchas, porque te meterás mil más. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Cuántas más?

Ginger me sonrió con dulzura.

—Muchísimas, pero eso da igual. Siempre estás dispuesta a levantarte una vez más por cada ocasión en la que te caigas.

—Soy débil.

—No, qué va. Eres valiente. Estás dispuesta a enfrentarte al mundo con todo lo que eres, no dejas nada a la suerte, y eso es más de lo que la mayoría está dispuesto a hacer por sí mismo —me aleccionó, dándome un golpecito en la frente—. De todos modos, mi propuesta de rebanarle la polla a Elliot sigue en pie, por si la necesitas.

Me carcajeé.

—Creo que de momento puede quedarse tal cual está, pero gracias.

Chasqueó la lengua al escucharme.

—Por suerte para ti, esta oferta no tiene fecha de caducidad. En fin —suspiró, levantándose de la cama—, he pedido tacos, así que la cena está servida.

—Eres la mejor. —Me incorporé de forma perezosa. Aunque las lágrimas habían dejado un camino húmedo por mis mejillas, al menos ya no las recorrían.

—Dime algo que no sepa.

17

El silencio sepulcral que se adueñó de la línea telefónica tras el seguido de berridos y burdas acusaciones que Elliot me había lanzado sin pretexto alguno se alargó durante tantos segundos que, después, ninguno de los dos nos vimos con corazón de romperlo.

Su respiración era irregular, casi vacilante, lo que no dejaba de ser gracioso tras perforarme los tímpanos a gritos. De hecho, llegó un momento en que ni siquiera entendía lo que me decía, solo me limitaba a dejar que se desfogara. No obstante, esa bocaza suya acabó por colmar mi paciencia.

—¿Estás segura de que no le has dicho nada? —Esta vez se pronunció con un tono más laxo y distendido. También entre suspiros, como si hacerlo le costara un gran esfuerzo—. ¿Que no se te ha escapado ni un solo comentario? Porque...

—Ya te he dicho que no.

Tuve que controlarme para no añadir palabras de más a mi respuesta pues, de haberlo hecho, la hosquedad con la que acababa de expresarme se convertiría solo en el principio de la larga sarta de barbaridades que le seguiría.

Según él, Ginger lo había emboscado al salir de su entrenamiento de media tarde y, aunque había tratado de evitarla, lo había seguido hasta los vestuarios para confrontarlo delante de un par de sus compañeros. Lo que le seguía era una evidencia; un sinfín de reproches, insultos y acusaciones lanzadas al aire que dejaban en claro algo que ambos sabíamos: nuestra relación hacía aguas.

Ginger sospechaba que había algo más que yo no lo había contado acerca de mi relación con Elliot, y no se equivocaba.

Por supuesto, él creía que lo había traicionado. Porque ese era su punto para absolutamente todo; partía siempre de la desconfianza.

—Pues parecía muy convencida de lo que decía.

No hice ni el más mínimo intento por disimular lo molesta que estaba por lo sucedido minutos atrás.

—Si te lo crees o no, no es mi problema.

Suspiró contra el auricular del móvil, preso por un cansancio que no solo no entendía, sino que además me molestaba. Era irónico que fuese él quien sufriera un colapso mental cuando la que había recibido los gritos era yo.

—Vale, entonces explícame cómo ha llegado a esa conclusión, porque no lo comprendo. —Acompañó aquella ligera pausa de una exhalación llena de dudas que consiguió crisparme los nervios—. ¿Y bien?

—Pues no lo sé, Elliot —resoplé—. ¿Qué te gustaría que dijera? Porque no sé qué se supone que quieres oír, así que pásame el guion que tengo que interpretar esta vez y me lo preparo. Quizá así sea más fácil.

—Habla con ella lo antes posible y déjale las cosas claras. Cuanto más tiempo pase, más difícil será convencerla de lo contrario.

Me permití el lujo de soltar una corta y desabrida carcajada ante su comentario final.

—No sé qué esperas que le diga. ¿Que se equivoca? —le rebatí. Tenía los músculos tan tensos como agarrotados y la necesidad imperiosa de atizarle a algo—. Hasta no hace tanto, hubiera pagado lo que fuera por aventarte un ladrillo. ¿Cómo quieres que la convenza de que, de repente, ha surgido el amor? Asume que el problema no es que te haya vendido, sino que por mucho que te rocíes cada mañana con el perfume más caro del mercado, nada será capaz de eliminar nunca por completo tu verdadero olor a mierda.

Su falta de contestación al puñal en el que se traducía mi ataque me hizo pensar que se le había caído el móvil en el mismo lugar que el cerebro; en el váter. Al percatarme de que, en efecto, Elliot no parecía por la labor, decidí añadir:

—Te diré algo cuando hable con ella. No más llamadas hasta entonces.

—Joder, Blake, espera. Yo no quería... —Su voz sonaba alterada—. Bueno, no era mi intención hablarte como lo he hecho.

—Pues para no pretenderlo lo has hecho de puta madre, ¿no crees? —respondí sin pizca de compasión y con un cúmulo de emociones intermitentes escalándome la garganta con las uñas—. Como sea, no me importa. Hablamos más tarde.

—¿Puedes escuch…?

—Ya veré cómo me las apaño. Entro a trabajar.

Ni siquiera tuvo la oportunidad de volver a replicarme, puesto que yo ya había cortado la llamada. Entonces, puse en silencio el teléfono, por si se le ocurría la brillante idea de volver a marcar mi número en algún momento de la tarde, y me adentré en las oficinas de *Los Ángeles Inquirer*.

Subí cada peldaño de aquellas interminables y fastidiosas escaleras acordándome de Elliot y su diarréico árbol genético. De hecho, ya ni siquiera necesitaba cerrar los ojos para evocarle frente a mí, con los labios curvados en una sonrisa bravucona que, si bien no almacenaba la barbarie de casi tres mil dientes de un tiburón blanco, sí guardaba aproximadamente el mismo número de secretos.

Era un gilipollas. No a medias, no a ratos y, desde luego, no un poco. ¿En esencia o como consecuencia? Esa era una cuestión para la que todavía no tenía una respuesta clara. En el caso de que fuera lo primero, estaba abusando de su derecho natural para ejercer la gilipollez, pero si se trataba de lo segundo… Decía demasiadas gilipolleces seguidas por minuto.

Lo peor de todo era que, aun así, no podía deshacerme de esa sensación de impotencia que me había provocado al volver a comportarse como lo que ya todos sabíamos que era. Porque, en el fondo, sus pocos momentos de lucidez me hacían creer que existía una mejor versión de él que no me importaría conocer. Y no sabía a quién tenía más ganas de pegar, si a él o a mí por tenerle cierta simpatía.

Me adentré en los confines de la empresa con el mismo entusiasmo que un cerdo de camino al matadero. Luego, avancé hacia el área de descanso a hurtadillas con tal de evadir las miradas curiosas de mis compañeros —a quienes les tenía mucha menos simpatía que a Heaven— y puse rumbo a mi taquilla.

Observé el interior de la cabina con esa mueca de hastío que Elliot se había ocupado de imponer en mi rostro. El único perchero que colgaba del guardarropa estaba maltrecho y apenas conseguía cumplir con su función. El resto estaba igual o peor. Además, y como de costumbre, la puerta del armario rechinó de forma tediosa al cerrarse.

James tendría que haber llamado al técnico hacía semanas. Sin embargo, y teniendo en cuenta que el nombre de Georgia —una extrabajadora de la empresa a quien no tuve el gusto de conocer, pero cuya existencia me constaba gracias a la etiqueta plastificada en el lomo de taquilla que nadie se dignaba a cambiar— relucía en mi cabina todavía, no parecía que aquello fuera a suceder en un futuro cercano.

De hecho, después de todos esos meses, ya me había acostumbrado a Georgia. Georgia era simpática. Ese prototipo de persona agradable que siempre tenía una sonrisa en los labios y una buena palabra por decir. Nada destacaba de forma especial en ella: No tenía ningún interés peculiar, habilidad o rasgo distintivo. Pero era Georgia; campechana y natural. Si parabas atención, notabas que tenía un ligero acento sureño al hablar y pelusas en la ropa. De gato, por supuesto. Georgia prefería los gatos que a los perros. También el pastel de manzana por encima del de queso y las empanadillas de su madre antes que el típico pavo relleno que se comía por Navidad.

Incluso si lo único que conocía de ella era su nombre y la sonrisa momentánea que me provocaba cada vez que lo leía al cerrar la taquilla.

Treinta y cinco minutos fue exactamente lo que tardé en reducir lo suficiente la montaña de papeleo que se acumulaba en mi escritorio desde la semana anterior como para volver a divisar el horizonte más allá de las pilas de documentos. No obstante, cualquier indicio de posible felicidad se vio mancillado cuando, al terminar de clasificar y archivar ese montón de documentos, James apareció con la correspondencia y todos esos cupones inservibles del supermercado que se empeñaba en guardar.

Pulsaciones urgidas al teclado, sorbos a escondidas a una solitaria taza de café en los confines del escritorio, suspiros que arrojaban al ambiente más pesadez que no dióxido de carbono y murmullos lejanos que provenían del *office*. En definitiva, el *starter pack* por excelencia del trabajador promedio. Una rutina demoledora que neutralizaba los sentidos y pulverizaba la mente.

La voz de Heaven se oía en la distancia. Al principio era un rumor bajo, tan ligero que podría haberlo confundido con el silbido casi imperceptible que emitía la impresora del despacho de redacción. Y sí, lo decía en condicional porque conocía el timbre que usaba Heaven cuando estaba molesta. Como también conocía lo que le seguía.

Las palabras se escabullían de su boca cada vez con mayor facilidad y le daban

rienda suelta a aquello que su lengua —a veces viperina— ansiaba soltar. Cuando salí del estado de ofuscamiento en el que me encontraba, Heaven ya había recuperado su tono habitual;. acalorado y bullicioso. Auténtico.

—¡Dijimos a las cuatro y media y son las cinco pasadas! ¡¿Dónde estabas?!

Despegué mi bien azorado culo del asiento y crucé la estancia con la curiosidad carcomiéndome las entrañas y, a pesar de que mi plan inicial era quedarme tras la puerta para escuchar mejor, acabé asomando la cabeza.

Heaven, que no destacaba en altura, pero que tampoco podía considerarse un retaco, parecía menuda al lado de su acompañante, a quien miraba con severidad. Tenía varios pliegues en la frente y los labios fruncidos ante la ausencia de respuesta. No tardé mucho en identificar a la persona a su lado, pese a que mi mente no lo conectó con el lugar al principio.

Connor era ese tipo de persona que uno notaría entre un millón. Aun cuando vestía como si sacara cada prenda de un armario distinto, todo coordinaba en él. Incluso si esos tejanos no casaban del todo con la chaqueta destartalada que cubría sus hombros o si esas gafas de sol no parecían tener ninguna utilidad ni en el exterior —pues el cielo estaba encapotado— ni mucho menos en el interior de una oficina.

—Lo siento, se me ha pasado la hora por completo —admitió sin hacerse mucho de rogar—. He venido corriendo en cuanto me he dado cuenta.

—¡Pues ponte una alarma, Connor! ¿Sabes lo difícil que ha sido convencer a James de que esto era una buena idea?

—Lo sé, lo sé, ha sido sin querer. No volverá a pasar.

Heaven soltó el aire que retenía en los pulmones y bajó los hombros de golpe. Luego, se masajeó las sienes.

—Más te vale.

Connor apartó la mirada de su tía y la posó al final del pasillo, justo donde yo me encontraba. El movimiento fue vacilante y espontáneo, tanto que alcanzó a pillarme desprevenida y me dejó sin capacidad de reacción.

Di un paso hacia atrás con la esperanza de que no me hubiera visto.

—*Hey*, Blake.

Cerré los ojos en cuanto oí mi nombre y los mantuve apretados durante una milésima de segundo que, aunque no fue capaz de ahogar mi vergüenza, sí la hizo más llevadera. Entonces, salí de mi escondrijo.

—Hola.

La sonrisa traviesa que abastecía los labios de Connor cuando llegué a su altura era la prueba fehaciente de que me había descubierto espiándoles y el rubor en mis mejillas, aunque ligero, el sello que terminaba de ratificarlo.

—¿Os conocéis? —inquirió Heaven, con la montura de las gafas deslizándosele por el tabique.

—Sí, y te lo conté —respondió con cierto cansancio, como si estuviera harto de tener

que sobreexplicarse—. ¿Recuerdas ese día en que habíamos quedado en que vendría a buscarte, pero tú desapareciste de la faz de la Tierra? Nos encontramos entonces.

—Oh, ya —masculló sin darle más importancia al último dato que su sobrino le había proporcionado—. Genial, porque compartiréis mesa.

A pesar de que fui incapaz de articular todas las dudas que me iban surgiendo, mi mirada se clavó en la de mi superiora en busca de alguna explicación.

—Pensaba que te lo había dicho. Connor trabajará aquí a partir de ahora, se encargará del departamento audiovisual y del mantenimiento de la web —dijo. Entonces, se acercó un poco más a mí y, susurrando, añadió—: James recapacitó. Quizá se dio cuenta de que no encontraría otra idiota como yo con la que firmar por un sueldo tan miserable.

Que James aceptase a Connor en *Los Ángeles Inquirer* ya era todo un logro, pero que accediera a un cambio en la web —un recurso del periódico que llevaba intacto desde su nacimiento y cuyo desfase temporal repelía a los *hackers* mejor que cualquier otro antivirus— era inimaginable.

—Bueno, iré a cambiar tu fecha de ingreso antes de que ese energúmeno se dé cuenta —bufó Heaven al tiempo que le lanzaba una mirada de advertencia—. Blake, ¿te importa enseñarle la oficina?

Si bien visitar *Los Ángeles Inquirer* no era una actividad precisamente lúdica, el *tour* privado que le hice a Connor me sirvió para despejar la mente y liberarme del intenso dolor de cabeza que me sobrecogía a esa temprana hora de la tarde. Después de enseñarle la oficina al completo y permitir que los ácaros que abundaban en la sala de documentación lo atacaran con agresividad, procedí a darle el acceso a su propia taquilla.

—¿Quién es Jonathan? —me preguntó. Sus vivaces ojos celestes, que ya no se ocultaban tras las gafas, escudriñaban la etiqueta que adornaba su garita.

Observé la etiqueta. Estaba mal recortada y tenía una tipografía básica, la misma que usamos los preadolescentes durante nuestros primeros años de colegio; Comic Sans. Si te acercabas lo suficiente te dabas cuenta de que, al momento de plastificarla, la tinta todavía estaba húmeda, pues había un rastro de color manchando los márgenes.

Muy diferente a mi Georgia, cuya caligrafía era refinada y pomposa.

—Un extrabajador —pronuncié sin sacarle el ojo de encima a Jonathan—. Era un tipo feliz, ¿sabes? Siempre contaba los mismos cinco chistes de mierda que a nadie le hacían gracia, pero su risa era tan escandalosa y pegadiza que se lo pasabas sin rechistar. Siempre fichaba cinco minutos antes y se desmarcaba cinco después. A veces traía donuts de la tienda de abajo.

—Un buen tío, entonces.

—Sí, es una pena. —Ahogué un suspiro dramático—. Llevaba desde los trece en pareja con la que era su mujer, pero lo dejó por otro. Lo último que supimos de él es que volvió a vivir en casa de sus padres y empezó a coleccionar sellos.

Connor que, hasta entonces, estaba muy pendiente de la etiqueta en su taquilla, deslizó su mirada hacia mí.

—¿En serio?

—No. Me lo he inventado todo, al igual que con Georgia —confesé al tiempo que le daba un vistazo rápido a la mencionada.

—¿Quién mierda es Georgia? —Me preguntó sin poder contener una risa que expresaba más confusión por mi comportamiento que por cualquier otra cosa.

—Es una larga historia —aseguré—. El caso es que hay algo que tienes que saber antes de empezar a trabajar aquí y es que, aunque te marches algún día, una parte de ti se quedará atrapada para siempre en el armario que uses. Eso es lo que les pasó a Jonathan y Georgia, así que acostúmbrate.

Sus ojos volvieron a posarse en el taquillero, esta vez con cierto escepticismo. Luego, con una calma pasmosa, se sacó la chaqueta y la depositó en su interior, junto al resto de sus pertenencias.



—¡Estoy en casa! —avisé cuando me vi capaz de hablar sin vomitar los pulmones en el proceso.

Mis sentidos, que estaban inhibidos de forma sutil gracias al maratón que me había pegado al subir las escaleras del edificio, se reactivaron en cuanto cerré la puerta y me sumergí en el aroma que impregnaba cada rincón del apartamento.

No fue hasta que llegué al salón que confirmé mis sospechas. La mesa estaba recubierta con el mantel —lo cual era todo un logro— y preparada para ocuparse.

—Hombre, ¡te estaba esperando! —La sonrisa de Ginger resplandeció como un diamante bajo la luz del Sol al traspasar el marco de la puerta de la cocina.

Repasé a mil por hora todas las fechas importantes que teníamos marcadas en el calendario antes de hacer siquiera ademán de hablar. Al no hallar una respuesta convincente, volví a mirarla. Con esa sonrisa de vendedor de la teletienda y aun con las manoplas puestas... Definitivamente, había pasado por alto algún acontecimiento relevante, pues dudaba que se hubiera metido por propia voluntad a la cocina.

—Ginger, ¿te encuentras bien?

—¡Qué poca fe me tienes, B!

—Te has molestado en descongelar la boloñesa que teníamos guardada desde quién sabe cuándo, sacarla del *tupper* y servirla en un plato. Uno de verdad —comenté de camino a mi habitación—. Si hay un cadáver en algún lugar de la casa y pretendes hacerme cómplice de asesinato, sabes que no necesitas coaccionarme.

Deseché la ropa en cualquier parte y me prometí recogerla más tarde. Me apoderé tan rápido como pude del cómodo pijama que reposaba bajo mi almohada, pues sabía que la paciencia no era una virtud característica de Ginger, y me zambullí en él.

El parpadeo intermitente del teléfono hizo que detuviera en seco mis pasos y

retrasase mi llegada al salón, desde donde oía a Ginger refunfuñar por lo bajo.

Elliot Hayes 21:26:

¿Has hablado ya con ella?

—¡Se nos enfría la comida!

—¡Vooooy! —Me excusé sin apartar la vista de la pantalla.

Blake 21:28:

Creí haberte dicho que cortaríamos comunicación por hoy.

Y no, no lo he hecho todavía.

Deseé tener la capacidad de pulverizar el móvil con las manos cuando vi cómo volvía a conectarse y comenzaba a escribir. También ansié poder hacer lo mismo con él en la distancia, pero no funcionó.

Elliot Hayes 21:28:

Me has dicho que no te llamase, y eso he hecho. No me culpes por no entender a la perfección tus mensajes codificados.

La cólera que sentía tras nuestra última conversación se mezcló con una mordaz, aunque sincera, diversión al leer el mensaje. Elliot tenía esa facilidad innata para agarrarse a un clavo ardiendo y salir ileso.

Si la naturaleza fuera realmente sabia, no permitiría que sujetos como él sobrepasaran el límite de intelecto de seguridad. Era un jugador compulsivo, diestro en prácticamente todo y tenaz para no fallar en nada. Era como los vacíos legales de un contrato.

—¡Blake!

Blake 21:29:

Lo haré esta noche.

Escribí el mensaje a toda prisa y me dirigí al salón, antes de que Ginger perdiera los estribos.

—¡Perdón, perdón!

La engorrosa situación que evité durante todo el día se tornó un monotema en mi mente a medida que pasaban los minutos y yo me veía incapaz, fuera por desgana o cobardía, de sacarlo a la luz. La conversación era normal en apariencia, pero no podía resultar más incómoda y difícil de seguir desde mi posición.

—¿Y cómo te ha ido el día?

—Sin nada interesante que contar —musité, enrollando los espaguetis en el tenedor —. ¿Y el tuyo?

—Tan bien como puede ir cuando una no aparta los ojos de los libros y solo se mueve para ahogar su frustración en café —suspiró—. B, ¿estás bien?

Cuando por fin reuní las fuerzas suficientes como para levantar la mirada, Ginger estaba tan seria que parecía recién salida de un velatorio y me escudriñaba con esmero. El montón de preguntas sin formular que navegaban en la profundidad de sus ojos me hicieron plantearme si, en realidad, sabía lo que tenía en mente y estaba esperando a que diera el paso a verbalizarlo.

Me aclaré la garganta.

—La verdad es que quería comentarte algo.

—Pues aquí me tienes.

El malestar interno me removía las entrañas, las apretujaba y dilataba una y otra vez, y hacía que me sintiera a un abrir de boca de echar la papilla del día sobre la mesa.

—¿No hay nada que quieras contarme? —formulé con mesura y, pese a que no hubo ningún indicio físico de alteración por su parte, el ambiente se tensó.

—Si tienes que decirme algo, suéltalo de una vez.

Cogí una bocanada de aire y me recliné en el respaldo de la silla, augurando que la conversación estaba a cero coma de torcerse por completo.

—Quiero hablar de lo que ha pasado hoy entre Elliot y tú.

La mueca de animadversión que se dibujó y deformó su bello rostro hablaba más del tema de lo que lo hacía ella.

—No sé de qué quieres que hablemos si, por lo que veo, él ya te lo ha contado.

—Ginger, ¿puedes dejar de ponerte a la defensiva? Solo quiero que hablemos.

Ginger arrojó una carcajada desaborida al aire.

—Y es todo un privilegio poder hacerlo sin tu guardaespaldas de por medio.

—Ya hablamos sobre esto en su momento, no voy a repetirlo una segunda vez. Ginger —afirmé con total convicción—, somos amigas. Si hay algún problema, me lo transmites a mí, no a Elliot.

Soltó un bufido burlón que logró despertar los ya de por sí exaltados nervios que Elliot había causado ese día.

—¿Me vas a decir qué te pasa? ¿A qué viene esto? Porque no entiendo nada.

—¿Que qué me pasa? ¡Qué te pasa a ti! —El tono de su piel comenzaba a hacerle la competencia al rojo de su cabello—. Desde que estás con ese gilipollas no te reconozco.

—¿Vamos a volver a ese tema, en serio?

—Sí, ¡y volveremos mil veces si hace falta! —me recriminó, ceñuda—. Le llevas la ropa a los entrenamientos, vas a buscarlo a clases y ya ni te veo el pelo a la hora de comer. Te vas con él a su puta mesa de borregos y le sirves el almuerzo como si fuera un rey. ¿También lo acompañas a cagar?

—¿Por eso has preparado este paripé? —acometí al tiempo que señalaba los platos que yacían en la mesa, ya vacíos—. ¿Para soltarme la charla y así poder darte una palmadita en la espalda?

—No, lo que quería era pasar un rato con mi amiga porque, sorpresa, ayer mismo estabas ahogándote en tus propias lágrimas. —Las palabras salieron disparadas de su boca y colisionaron conmigo como balas—. No entiendo cómo puedes defenderle de esta forma cuando es obvio que hace contigo lo que le da la gana. Blake, pareces su criada. Aunque supongo que eso ya lo sabes.

Contemplé cómo descargaba toda la ira que resguardaba en su interior y me la lanzaba como dardos envenenados. Me tentó la idea de decirle que el causante de mis

lágrimas no era Elliot, pero supe que eso sembraría muchos más interrogantes de los que estaba dispuesta a saldar.

La manera en la que me miraba, como si yo valiera poco o nada, me hizo encajar la mandíbula con tal fuerza que los dientes me chirriaron y los creí capaz de estallar. Para ese entonces, la molestia que acumulaba era tal que los dibujos tallados en el tenedor habían quedado visibles en la palma de mi mano por la presión con la que lo cogía.

—Ni Elliot tiene por qué aguantar tus berrinches ni yo tengo porqué darte explicaciones, así que piensa lo que quieras —escupí con maldad, consciente de que eso le haría el mismo daño que a mí sus comentarios de mierda—, pero deja de entrometerte.

Ginger, que respiraba como un toro y estaba tan roja como un tomate, no dejó que mis palabras se asentaran entre nosotras. Por lo contrario, se levantó de golpe, arrastrando la silla y causando un estruendo a su paso, y cruzó el salón con su plato entre las manos. Entró en la cocina haciendo tanto ruido como le fue posible —y quizá rompió algo en el transcurso, dado el alboroto que se percibía en la distancia— y, poco después, salió de ella echando humo por las orejas.

Sus pasos ajetreados estaban embriagados por la rabia y me advertían de que, incluso si se guardaba las palabras, tenía mucho por decir todavía.

—¿Te vas? —No disimulé el retintín que teñía mi voz; lo hice incluso más notorio, con la intención de tirarle de la lengua.

—Sí.

—¿A dónde?

—Me voy a pasarlo bien con alguien que me tenga más en cuenta, lo cual no será difícil de conseguir —añadió con sorna, dándome un repasón—. Te hubiera dicho de venir, pero supongo que tienes que plancharle la ropa a Elliot.

El portazo que siguió a su marcha hizo temblar el edificio entero y la habitual calidez del apartamento quedó engullida por un frío glacial, tan profundo y denso como el que me inundó a mí desde que puso un pie fuera de él.

18

—Coeficiente de correlación... —repetí, aunque sabía que nada más llegaría a mi mente después de aquello.

—Sí... —Andre, que me miraba a la espera de que emitiera un juicio favorable acerca de lo que acababa de explicarme, me alentó a continuar. No lo hice—. ¿Cómo se calcula el coeficiente de correlación lineal?

La biblioteca familiar de los Hayes, lugar en el que nos encontrábamos desde hacía algo más de una hora, apresó entre sus paredes su voz e hizo que resonara por la estancia. Afable y segura, pero sin perder firmeza.

Cuanto más intentaba evocar la fórmula que Andre escribió en la pizarra la semana anterior, menos nítida se volvía la imagen. Y era exasperante, porque tenía la respuesta en la punta de la lengua. Notaba el peso de cada palabra por pronunciar y los amagos que estas hacían cuando mi juicio se esclarecía al creer haber hallado una solución.

De nuevo, estaba en blanco. No recordaba nada, aunque llevaba estudiando desde hacía varios días. Me hubiera gustado excusarme con que esa falta de atención se debía a los nervios que me producía estar encerrada en una casa con un montón de desconocidos cuya mirada juiciosa me perseguía, pero la realidad era que siempre había sido un cero a la izquierda en cuanto a matemáticas se refería.

—Voy a suspender el examen.

El suspiro de abatimiento que acompañó a mis palabras hizo titubear su postura serena por una milésima de segundo. El mismo tiempo que tardó en recomponerse y adoptar la habitual parsimonia que le caracterizaba.

Palpó con la mano la espesa barba que le cubría el mentón y, tras sopesar lo que iba a decirme a continuación, habló:

—Blake, estos ejercicios son idénticos a los que hicimos la semana pasada y terminaste resolviéndolos.

Me encogí de hombros como respuesta, pues las palabras me rehuían cada vez que intentaba decir cualquier cosa y ya no me quedaba voluntad suficiente como para ir en su búsqueda.

Andre acogió mi silencio con un suspiro que, en otras circunstancias y en otro lugar que no fuese aquella gigantesca librería, hubiera resultado inaudible. Escogió uno de los múltiples bolígrafos que había desperdigados sobre la mesa y comenzó a escribir algo en su libreta.

Mis ojos escaparon más allá de las amplias cristaleras hasta sumergirse en el vergel. Incluso a plena luz del día, su inmensidad hacía imposible que pudiera advertir el final. Sus dimensiones eran vastas y su apariencia difería por completo al jardín que recibía a los visitantes en la parte delantera de la mansión.

No existía control humano sobre aquella selvática vegetación que crecía a su libre albedrío y formaba un bosque denso y compacto que, a ojos de un desconocido, lucía como un laberinto. Uno salvaje e indómito en el que saciar las ansias de naturaleza que corroían el alma en plena ciudad, con cientos de grutas recónditas que se ocultaban entre los matorrales y a las que la luz del Sol jamás había alumbrado.

—Estás distraída esta tarde —comentó Andre. Notaba sus ojos puestos en mí—. ¿Va todo bien?

El corazón me dio un vuelco ante su pregunta y me hizo despegar la mirada de las afueras.

—Sí —farfullé, tratando de disimular mi sobresalto.

—¿De verdad? Porque no pareces muy segura —pronunció con una ligera sorna, arrimándose despacio a su lado de la mesa para acortar la distancia que nos separaba—. ¿Necesitas hablar de ello?

Lo observé sin saber qué decir. Esa fuerza invisible que se materializaba en la profundidad de mi pecho y me estrujaba el corazón volvió a hacer acto de presencia, como siempre que me daba por ponerme a pensar.

La persistencia con la que me miraba dejó en claro que su atención era toda mía, pero... Estaba convencida de que acabaría hecha un mar de mocos y lágrimas antes siquiera de decir una sola palabra, y me negaba a que ese alguien fuera Andre.

Aquella postura imperturbable e inamovible que siempre izaba como bandera se me hizo envidiable desde la primera vez que le vi.

Fue en la ceremonia de apertura de mi primer año de universidad. El grupo de chicos que lo acompañaba era tan ruidoso que, incluso años después, creía poder oírlos en mi interior. Entraron al anfiteatro como una estampida y sus risas de hiena no tardaron en ocuparlo todo.

El idioma que hablaban imitaba los balbuceos del paleolítico, o eso me pareció, y que Andre —cuya melena acaramelada estaba repleta de ondulaciones en esa época— fuera con ellos me hizo creer que sería tan o más idiota que los demás chicos con los que iba.

Me equivoqué, por supuesto.

Resultaba tan atractivo e inalcanzable como ellos, pero eso era lo único que compartían. Y quizá esa fuera la razón por la cual infundía tanto respeto.

Andre Hayes era mesurado, saboreaba cada palabra antes de pronunciarla; las meditaba. Siempre sabía qué decir y cómo actuar, nunca perdía los papeles ni se molestaba. Acérrimo a lo racional, solo obedecía a la experiencia. Sus pies tocaban tierra firme, pues no se permitía sobrevolar ni a medio milímetro del suelo, y era tan estable emocionalmente que en ocasiones uno creía ver la tormenta que menguaba su calma al mirarle a los ojos.

—Han sido unos días complicados. Temas familiares y tal. —Me aclaré la garganta al notar que perdía la voz y, queriendo dar el tema por zanjado, añadí—: Pero todo va bien, de verdad.

—Bueno, sea lo que sea, sabes que puedes contar conmigo cuando lo necesites. ¿O es que crees que solo sirvo para los números? —se jactó.

—Sería muy injusto que se te diera bien algo más, la verdad. Eres… Asquerosamente perfecto.

Andre abrió mucho los ojos, como si no pudiera creer lo que acababa de decir. En realidad, yo tampoco me acababa de creer que lo hubiera dicho en voz alta.

—Para nada, solo lo suficiente listo como para no dejar a plena vista todo lo que se me da mal —comentó con humildad—. ¿Te gusta el jardín?

Las comisuras de los labios me temblaron en amenaza de la aparición de una tímida sonrisa. Suponía que era demasiado tarde como para apartar la mirada de la ventana y hacer ver que mi atención no recaía en lo que había más allá de ella.

—Me encanta. Cedric hace un gran trabajo.

—Lleva muchos años trabajando aquí —coincidió—. La parte trasera del jardín siempre ha sido mi favorita.

—Parece una selva.

—Eso es porque en el pasado tenía que contener a tres bestias —comentó con una mirada pérfida poco habitual en él. Aunque su boca no lucía una esplendorosa sonrisa, sus ojos brillaban como si lo hiciera—. Elliot, Adler y yo tuvimos una infancia peculiar. Esta casa es como un museo; todo en ella tiene una composición perfecta, y eso la hace poco apta para niños. Rompíamos jarrones, regalos caros y, de vez en cuando, alguna que otra lámpara. Una vez decapitamos la escultura que les regalaron a mis padres el día de su boda y Cedric tuvo que ayudarnos a recomponerla.

Casi al instante, me vino a la cabeza la gigante estatua que había justo en frente de la mansión. Los pliegues entre las manos que se entrelazaban y las arrugas desdibujadas al formar una media sonrisa. La calidad de detalle era espectacular y pensar en aquellos tres rompiéndola me causó verdaderos escalofríos.

—Éramos un culo inquieto y nos peleábamos constantemente, así que necesitábamos un lugar donde poder ser lo que éramos: niños. Y lo suficiente grande para no encontrarnos en el camino y no terminar a golpes. Este jardín guarda muchos secretos. —Sus ojos castaños volvieron a fijarse en mí tras varios minutos perdidos en la intemperie—. ¿Elliot no te lo ha enseñado?

—No, tampoco he tenido muchas oportunidades para conocer bien la casa —respondí.

La ingenua y espontánea felicidad que desprendían los infantes resultaba inconcebible si intentaba adjudicársela a Elliot, incluso siendo un niño. Y se complicaba por momentos si trataba de añadir la imagen de su círculo familiar junto a la suya, sobre todo tras la conversación que mantuvimos la noche que pasamos en casa de mi madre.

Esa noche no había sombra más densa y lóbrega en mi habitación que la que él mismo proyectaba, ni realidad más aplastante que el dolor que contraía sus facciones y teñía cada una de sus palabras. Pero sabía que Elliot mentía por inercia, y aquel día no

fue ninguna excepción.

Porque, aunque la verdad era la ausencia de toda mentira, la mentira no tenía por qué ser estrictamente la íntegra inexistencia de la verdad. Él coexistía entre la paradoja de esos dos términos; entre las medias verdades que, en realidad, deberían llamarse medias mentiras.

Y esa noche destacó más por las verdades que se omitieron que por aquellas que se dijeron.

Elliot Hayes era hermético y oscilante, como un péndulo de acero inoxidable e impenetrables capas de duro diamante. Su actitud fluctuaba con un chasquido, con tanta facilidad como lo hacían los precios en momentos de inflación. Se desmoronaba como los castillos de arena que se construían en la orilla y no necesitaba más que un par de manos, las suyas, para erigirse. Era tan frágil que el paso de una pequeña e irrisoria ola era suficiente como para echarlo todo por tierra.

—¿Cómo era Elliot de niño? —dije al volver en mí. La tensión que se palpó en el ambiente, producto de la reticencia de Andre ante mi pregunta, me hizo dar un paso atrás—. No hace falta que respondas si no quieres, es solo que... Bueno, no suele hablar mucho de su infancia.

—Es más reservado de lo que parece —expresó. El ambiente pareció entibiarse cuando abocó un suspiro al aire exento de palabras, pero repleto de pensamientos—. ¿Sabías que el apellido Hayes circula por el árbol genealógico familiar desde hace más de dos siglos? Muchos creen que el dinero crece en los árboles y las puertas se abren sin necesidad de ser tocadas gracias a él, pero no es tan sencillo. Dos siglos de antepasados en las espaldas son una responsabilidad que pesa bastante, y es probable que Elliot haya sido el más perjudicado dentro de la última línea de sucesión.

—¿Por qué? —me atreví a preguntar.

—Porque era el blanco perfecto para quien quería hacer comparaciones. De niño era un auténtico nervio, uno especialmente difícil y travieso. Ni siquiera nos conocíamos y ya me sabía su nombre de tanto escuchárselo repetir a la directora del orfanato, porque si había un problema, Elliot siempre estaba metido en él. —Jugó con el lapicero que había sobre la mesa, con una mustia sonrisa en los labios—. No se caracterizaba por ser alguien dócil, sino más bien todo lo contrario, y eso suponía un problema.

Las emociones que impregnaban sus palabras se sentían como un volcán en erupción.

—Era un desastre —supuse.

—Con patas, además. Nuestra familia es extremadamente tradicional y que nuestros padres nos adoptaran ya supuso una rotura de moldes importante. Ya te lo he dicho, las comparaciones son odiosas —repitió—, sobre todo cuando vienen de tu propia familia y tú sientes que, por mucho que te esfuerces, no perteneces a ella.

Lo escuché con atención, sin mediar palabra, consciente de que cada pequeña revelación acerca de Elliot me ayudaría a comprender mejor cómo funcionaban los engranajes en su cabeza.

—Pocos años después llegó Adler y la situación empeoró bastante. Elliot no pasaba por su mejor momento cuando él llegó a casa —confesó—. Ya le costaba sentir que formaba parte de esto y que llegase alguien con una mejor habilidad para camuflarse con el entorno fue un auténtico desastre.

—Elliot me ha dicho varias veces que se arrepiente de todas las veces que se equivocó en el pasado, pero que no consigue sacarse ese peso de encima.

—No me corresponde contártelo. Creo que es mejor que lo hables con él personalmente. —La firmeza con la que se expresó me dejó en claro que no tenía cabida ningún tipo de discusión acerca del tema—. ¿Te importa si terminamos ya la clase? Tengo unos asuntos importantes que atender.

La velocidad con la que habló, como si tuviera verdadera necesidad de terminar aquello lo antes posible, y todos aquellos sentimientos que desbordaban sus ojos no me permitieron aguantar la mirada.

—Sí, claro. No pasa nada —respondí como si, en realidad, no fuera consciente del extraño cariz que tomó su actitud.

Andre, que ya estaba de pie antes de que respondiera, comenzó a recoger sus cosas a prisa y a meterlas en su maletín. En cuanto tuvo todo en orden, se despidió de mí con una sonrisa vacilante y desapareció de la biblioteca de forma fugaz.

De un momento a otro, me encontré perdida entre una soledad que se ocupó de ser el altavoz de los pensamientos que me rondaban.

Ahí estaban las consecuencias, tan claras como las huellas de un animal en el fango húmedo tras una noche de tormenta. Consecuencias que, acompañadas de las medias mentiras de Elliot, se esclarecían.

La singular tirantez que se percibía en la relación que mantenía con su familia y que se entorpecía aún más si se añadía a dos de sus hermanos a la ecuación: Andre y Adler. El trato era tenso con el primero y casi inexistente en el caso del segundo, y lo mejor; los tres iban por libre respecto a los otros.

Y es que, si existía alguien que portara la palabra *secretos* como segundo apellido, eran ellos tres.



Solo una pequeña porción de leña ardía todavía en la chimenea dispuesta en el centro del comedor de los Hayes. El calor que desprendían las brasas, que permanecieron llameantes durante el ocaso y calcinaron al anochecer, entibiaba el ambiente incluso tras varios minutos de haberse extinguido el fuego.

Dejé ir un lánguido suspiro aun con la mirada perdida entre las ascuas del brasero, sin poder creer lo que mis pensamientos gritaban a los cuatro vientos. Jamás, jamás de los jamases, creí que llegaría el día en que pudiera echar de menos a Elliot; pero lo hacía. En ese momento lo necesitaba como el aire que respiraba, con absoluta desesperación. No podía aguantar más en esa casa habitada por extraños que me

juzgaban cada vez que me miraban por encima del hombro.

Los estrechos pantalones entorpecieron mis movimientos y me cortaron momentáneamente la respiración —y las ganas de vivir— cuando me reacomodé en el diván y temí que alguno de los presentes reparara en mí

El destino era caprichoso por naturaleza. Una balanza en constante desequilibrio en cuyos brazos se sostenían dos conceptos opuestos, pero vinculados en esencia por un inquebrantable cordón umbilical: la suerte y la causalidad.

La suerte era entendida como una fuerza universal que predeterminaba los acontecimientos que ocurrían en el mundo de los mortales, mientras que la causalidad era la estrecha relación entre la causa de un acontecimiento y el efecto posterior; el origen de algo y la forma en que ese algo desencadenaba una serie de sucesos impredecibles.

En el caso de que existiera, la suerte podía producir causalidad y, a la inversa, nuestras propias elecciones eran capaces de causar suerte. Y si había algo que tenía claro era que ese día la cagaría, sin importar si fueron mis acciones las que lo causaron o si ese era el destino que deparaba mi suerte.

Ni el maldito vino francés ni las conversaciones sobre arte contemporáneo, no. El destino me preparaba una puñalada trapera desde el momento en que pisé la mansión Hayes y yo, que había estado toda la tarde mentalizándome para no joderla, caí a pies juntillas.

Elliot no solo llegó acompañado de su padre y su tío; también vino mano a mano con la fatalidad que siempre se asociaba a su nefasta presencia y que se manifestó tan pronto fui a saludarles.

Todo acopio de valor que reuní en la anterior media hora se esfumó junto a mi sonrisa cuando fui a saludar a Jayden con efusividad, dispuesta a dar una buena impresión, y este se me quedó mirando como si, en vez de darle la bienvenida, le propusiera que me lamiera los pies bañados en mantequilla derretida. El jarro de agua fría vino en cuanto, a su lado, apareció un hombre con exactamente el mismo aspecto.

Sí, Jayden tenía un hermano gemelo: Allen. Y yo acababa de dirigirme al Hayes equivocado.

—Blake.

Sobreviví al interrogatorio familiar, sobre todo porque los asuntos de negocios se adueñaron de la conversación antes de que alguien pudiera indagar de más en mi inexistente conocimiento sobre todos esos temas que mi querido creyó oportuno atribuirme sin consultar. Sin embargo, de lo que no pude librarme fue del semidiós cuyo poder principal era, sin duda, darme por el culo.

Puse los ojos en blanco cuando Elliot, que estaba sentado justo a mi lado, volvió a adoptar el papel de Pepito Grillo y comenzó a llamarme de nuevo.

—Blake —insistió a pesar de que yo hacía caso omiso de cada uno de sus reclamos—. Joder, al menos avísame si decides ignorarme.

—Elliot, reza para que el pastel de tu madre sea un manjar, porque si no te lo estamparé en la cara antes de que acabe la noche.

Vi de soslayo cómo soltaba un suspiro.

—Sigues enfadada por lo del otro día.

Esa noche podría haber encarnado a Adonis sin lugar a duda, pero yo solo esperaba que el moño con el que sujetaba esa melena llena de rizos le apretara tanto el cuero cabelludo como para afectarle de algún modo a las pocas neuronas que todavía le hacían sinapsis.

—Muy agudo —mascullé con la mandíbula tan tensa que creí reventarme las muelas del juicio.

Pegué un respingo cuando noté cómo posaba su mano en uno de mis muslos por debajo del mantel y, sin poder contener el sobresalto, lo observé con intención de fulminarlo. El calor que desprendía su palma contra la pesada tela de mi pantalón —que, tras todo lo que había comido, no me extrañaría que reventara— no desapareció en ningún momento, ni siquiera cuando intenté apartarla.

—Saca la mano de ahí —le advertí con la mirada fija en él, mas no pareció importarle —. No querrás que tu familia piense que tu novia tiene la rabia, ¿verdad?

—Lo haré cuando me escuches.

Más valía que, de verdad, el puto pastel de Madison estuviera bueno. De lo contrario, lo vería volar hasta la cara de su hijo.

—Vale, habla.

La impotencia que se atisbaba en sus ojos, que parecían dispuestos a traspasarme, no menguó mi enfado ni siquiera cuando, al hacer ademán de expresarse, la voz le falló. Durante una milésima de segundo, me giró la cara y su mirar deambuló por los alrededores, que se encontraban en pleno apogeo por el incipiente debate.

Cuando decidió enfrentarme, había recuperado casi por completo esa seguridad con la que solía retarme.

—Te lo diré una vez y no volveré a repetirlo —me avisó. Entonces, se ajustó la corbata, que hacía juego con sus iris, y se aclaró la garganta—. Siento mucho haberte hablado como lo hice.

Inspiré como si, al hacerlo, tuviera mayor capacidad de asimilar sus palabras.

Su ceño fruncido me complacía más de lo que admitiría jamás ante un abogado. Sin embargo, había algo que me impedía disfrutar del momento. En las profundidades de sus ojos, más allá de lo que nadie podía ver por no estar lo suficiente cerca, o más allá de lo que alguien podía estar dispuesto a mirar, Elliot caía por un precipicio. Se sujetaba del borde de un acantilado a medio derruir.

—Nada de lo que quiero decirte será nunca lo que tú deseas oír.

—Dímelo —pronunció con fúnebre parsimonia—. Quiero oír lo que quieras decirme.

—Eres, quizá, el tío más hijo de puta que he conocido en mi vida. Tu humor es una mierda, tu forma de actuar es una mierda y tú eres una mierda la mayor parte de las

ocasiones —lo dije tranquila, más de lo que lo estuve en toda la tarde y más sincera de lo que lo fui durante todo el día también. Y sin maldad, que quizá era lo más importante —. Pero no te odio, y ni siquiera sé la razón, porque te lo merecerías. Así que haznos un favor a ambos y no me obligues a cambiar de parecer, porque me lo estás poniendo jodidamente fácil, Elli.

Elliot Hayes; siempre a la defensiva, siempre contra el mundo. Figuraba estar cabreado, pero en realidad solamente estaba hundido.

Elliot Hayes tenía una herida enorme que supuraba como una hemorragia, e intentaba detenerla con las manos.

19

Existían dos requisitos indispensables si uno quería atravesar Los Ángeles en coche un viernes por la tarde y no morir en el intento: paciencia y tiempo, y a mí no me quedaba nada de ambos.

Me compadecí de Howard que, además de conducir la furgoneta destartalada de la empresa durante aquellas interminables horas de tráfico, tenía como copiloto a James y esos aires de enteradillo con el que le daba directrices a grito pelado. Y es que ni el sonar incesante de las bocinas a nuestro alrededor ni los chirridos de los neumáticos contra el asfalto —nada, absolutamente nada— le hacía la competencia al insufrible tono de voz de James.

Después de casi tres cuartos de hora en los que sus quejas acompañaron al ruido del tráfico cual orquesta disonante y en los que nos perdimos un par de veces gracias al complejo de GPS que tenía nuestro superior, llegamos a nuestro destino: el *Arts District* de Los Ángeles.

Su extensión no ocupaba más que algunas manzanas, pero en ellas se cocía un ambiente particular que no podía reproducirse en ningún otro sitio. Lo que alguna vez fueron calles desoladas y nada recomendables para un paseo nocturno, ahora eran el seno en expansión en el cual artistas urbanos podían esculpir sus lienzos y marcar nuevas tendencias.

La estructura del edificio, pese a las severas remodelaciones interiores, permanecía prácticamente intacta y dejaba entrever lo que fue antaño: una fábrica de entre muchas otras que predominaron durante la época de la Segunda Guerra Mundial y el *boom* industrial y que, ahora, estaban obsoletas.

Divagué por ella mientras el equipo terminaba de preparar lo necesario para la entrevista. Las paredes de color azafrán estaban repletas de cuadros de colores y texturas diversas entre los cuales no existía correlación alguna más allá de la para nada discreta firma de Larry Scott, el artista por el cual nos movilizamos aquella tarde.

Desde luego, que algunos lienzos se mantuvieran en suspensión gracias a los hilos de pescar predispuestos en el techo, le daba un toque estético al emplazamiento; no obstante, y aunque no lo hubiera dicho en voz alta, no era una gran idea. De hecho, era malísima y lo que pasó a continuación no extrañó a ninguno de los presentes.

El lienzo que Connor sostenía se escurrió entre sus manos al tocarlo como si estas estuvieran bañadas en mantequilla y, aunque él trató de cogerlo al aire, terminó por caer al suelo. El chasquido se expandió e hizo eco por toda la fábrica casi al mismo tiempo que la boca de Connor se convertía en un surtidor de originales blasfemias y llamativas maldiciones.

Se agachó para recogerlo farfullando palabras ininteligibles y yo, que estaba lo

suficiente cerca como para distinguir el bamboleo de emociones súbitas que hostigaba sus dulces facciones, me aguanté la risa. No fue hasta que vi cómo el cuadro tocaba el suelo por tercera vez consecutiva que decidí ponerle remedio a la situación e intervenir.

—Gracias —expresó con un suspiro que prometía haber agujereado la tela del panel a puñetazos de no ser por mi aparición.

—Yo también lo habría tirado al suelo —confesé tras recolocarlo en el lugar que le correspondía—. Es una bazofia.

—No está tan mal. A ver, no es una genialidad, pero… —Sus labios se fruncieron a medida que hablaba hasta formar una mueca—. Es pasable.

—Connor, los *thrillers* que emiten los fines de semana por la tarde y que todos vemos a pesar de que sabemos cuál será su desenlace son pasables. Beber Pepsi en vez de Coca-Cola es pasable, o consumir Burger King y no McDonald 's —concluí—. Basar una exposición entera en un cuadro que plantea el racismo como un punto negro en un lienzo blanco es una mierda de elefante con gastroenteritis.

Una de las comisuras de sus labios se elevó en un gesto de verdadera repulsión.

—No necesitaba tantos detalles.

—Puedo ser muy explícita cuando me lo propongo.

—Ya me he dado cuenta —comentó. Luego, se metió las manos en los bolsillos y volvió a mirar el cuadro frente a nosotros, con una postura de pura indiferencia y desinterés—. ¿Cuánto crees que durará la entrevista?

—No sabría decirte, la verdad. El tío me envió un correo electrónico con un listado de cuatro páginas de Word lleno de preguntas rebuscadas —suspiré al recordarlo. Esa tarde sería muy larga—. Me ha hecho casi todo el trabajo.

—¿Cuatro páginas? Pero quién se cree que es, ¿la reina de Inglaterra?

—A Arial diez —añadí con pesar y Connor musitó un clarísimo «joder» entre dientes al oírlo.

Larry Scott se hacía llamar a sí mismo virtuoso y maestro de las artes, a pesar de que era tan desconocido como cualquier otro transeúnte dentro del distrito artístico de la ciudad. Un treintañero excéntrico y presuntuoso que hablaba de su genialidad mientras calzaba sandalias con calcetines y llevaba gafas sin cristal.

La única información que encontré acerca de tan significativa personalidad procedía de la página web que él mismo se había creado y que dejaba su ego a la altura de las nubes que rodeaban el Empire State.

Definitivamente, la tarde se haría interminable.

Estaba Picasso, Einstein, Tarantino, David Bowie, Marlon Brando, mi abuela materna cocinando el caldo de Navidad y, luego, estaba él. Sí, el siglo veintiuno nos había obsequiado con una eminencia del arte abstracto que representaba las desigualdades sociales en base a brochazos que, a todas luces, adornaban el lienzo por pura chiripa.

Sellé los labios con fuerza para evitar que el bostezo que me trepaba por la garganta y la base de la lengua saliera de mi interior y, a continuación, me enderecé con tal de no verme vencida por los efectos soporíferos del discurso de Larry, que se había aventurado en un monólogo unidireccional en el que ni yo, que era la entrevistadora, tenía cabida.

Lo miré sin dejar traslucir el aburrimiento que me consumía. Su cuerpo nadaba en la amplitud de aquella camisa amarilla con florituras que parecía haber comprado en las tiendas para turistas del centro y aquel pantalón de vestir, que se sostenía a duras penas gracias a un cinturón de piel que combinaba con el tono de sus vetustos zapatos y la montura de las gafas, necesitaba con urgencia pasar por la plancha. Obviando que llevaba unas gafas que brillaban por la ausencia de su cristal, era como si tuviera a un viejo atrapado en el cuerpo de un treintañero desgarbado.

No era ningún espectáculo para la vista y, desde luego, tampoco para el oído. Escucharle era un suplicio, así que trataba de no hacerlo con demasiada frecuencia.

El tiempo que dediqué a fingir interés mientras él hablaba no sirvió de absolutamente nada cuando, al terminar con su discurso repleto de palabras rimbombantes —que solo servían para despistar a oyente de los vacíos en su explicación—, una ráfaga de repentina felicidad embargó mi cuerpo. Larry pareció notarlo, pues me dedicó un vistazo soberbio.

Sin haber escuchado una sola palabra de lo que decía, y con un par de focos a escasos segundos de provocarme un ataque epiléptico, mi mente estaba mucho más nublada que el cielo londinense durante el invierno.

—Eh, bien... —carraspeé para ganar tiempo y comencé a remover las hojas con las preguntas que debía formular—. ¿Hay alguna otra rama del arte que suscite tu interés aparte de la pintura?

—Eso ya me lo has preguntado.

Cada palabra se abalanzó sobre mí como las piedras que se aventaban en las lapidaciones públicas y todo matiz de color desapareció de mi rostro.

La tensión que se respiraba en el aire pesaba sobre mis hombros mientras trataba de hallar el hilo de la entrevista entre los apuntes y lograba desestabilizar la tranquilidad en la que me sumía hasta entonces. Y, en mitad del silencio que provocó esa declaración, la risa ahogada de Connor. Espontánea, desenvuelta y despreocupada, como él.

—Perdona, solo será un momento. —Rebusqué entre las páginas a toda velocidad hasta retomar el punto por el que quedaba la entrevista—. ¿Cuáles son tus planes si este proyecto no alcanza los objetivos que esperas?

—Verás, siempre he considerado que conformarse con lo que hay un escalón por debajo de tus metas es de mediocres. Estoy convencido de que la visión que tengo por ofrecer al mundo le resultará muy interesante a quienes sean capaces de entenderla, así que no es un tema que me quite el sueño —afirmó con aquellos pequeños y relucientes

ojos fijos en mi posición, al tiempo que cruzaba las piernas—. No estoy hecho a la medida de todo el mundo y tampoco lo necesito.

—Comprendo —asentí un par de veces ante la mirada altiva de quien, seguro, creía que iba a ser el artista revelación del año—. ¿Y no crees que el que solo te entiendan unos pocos hace de tu arte algo inaccesible para la gran parte del público?

—La persona corriente no me interesa, tengo un objetivo selecto y me dirijo de forma específica a ellos.

—Sin embargo, tus obras tratan temas corrientes que conciernen a personas corrientes —cuestioné—. De hecho, quisiera preguntarte por una pintura en específico. *Mundo Corrupto* es el cuadro que da nombre a tu exposición, y en él podemos ver un lienzo en blanco con una única figura negra en el centro. ¿Qué hay de eso? ¿Qué significado oculto le das más allá del que cualquier otro mortal podría encontrarle?

Las arrugas se esparcieron en su frente como una persiana.

—No recuerdo que esta pregunta formara parte del set que acordamos. —La antipatía teñía su voz por encima de la densa capa vanagloria con la que se rociaba.

—Ciertamente, no está en la lista —asumí—, pero tenía curiosidad por saber cuál era tu punto de vista. Podemos pasar a la siguiente, si así lo deseas.

Larry se recostó en la silla que ocupaba y, sin dejar de mirarme, se cruzó de brazos y piernas. Durante unos largos e innecesarios segundos, hizo como si sopesara su respuesta, quizá con la intención de hacerme sentir incómoda o sembrar algún tipo de arrepentimiento en mí. Sin embargo, no podía serme más indiferente.

Me enfrentaba cada día al titán de titanes: Elliot Hayes, conocido por la capacidad de hacer la vida de los demás un auténtico paraíso o, por lo contrario, el mismísimo infierno. Estaba curada de espanto.

—Bien, sigamos —intervine ante su falta de predisposición—. ¿Tu familia apoya tu carrera como artista o está en desacuerdo?

—Desde tiempos ancestrales, la esfera artística se ha concebido como libertina e indecorosa. Demasiado cercana al bajo mundo de las pretensiones humanas y sus pasiones corruptas. —Tomó aire antes de continuar, enorgullecido por haberse salido con la suya—. Nací en el seno de una familia conservadora y en exceso creyente; me preferirían ciego antes de que pudiera apreciar la belleza de un lienzo. Cualquier cosa hubiera sido mejor opción para ellos.

—Qué... interesante —Musité, aunque en realidad quería esconder la cabeza bajo tierra—. ¿Has tenido que sacrificar algo a lo largo de esta carrera?

—Actualmente podría considerárseme huérfano, así que sí. Supongo que sí.

La atmósfera se tensó tras su última declaración, tal vez porque, aunque lucía bastante sereno, todos podíamos percibir el resentimiento tras aquellas palabras.

Trencé mis pies y arrugué la parte baja de los papeles que sujetaba.

—*Momentos imprecisos y divagues* fue el nombre de tu primera exposición, en marzo de 2013, y, desde entonces, has realizado dos más; *Sobre cuerpos y algunas almas* y *El*

precio del vicio. Después de tu lapso de inactividad, apareces con *Mundo Corrupto*, que estará disponible en este mismo lugar a partir del sábado que viene y hasta finales de mes. ¿Hay alguna relación entre todas las exhibiciones? ¿Quizá un vínculo o lema que las enlace?

—Sí, claro, todas son críticas parciales acerca de un todo que todavía no se completa. Pero, para no desvelar nada antes de tiempo, diré que cada una cumple con un papel dentro de algo mucho más grande.

—Piezas que completan un puzle complejo, como un rompecabezas, ¿no? —pronuncié mientras garabateaba en la hoja que descansaba sobre mi pierna.

—Eso es.

—Antes de acabar, ¿hay algo que quieras decirle al público? ¿Cuál es la razón por la cual no deberían perderse tu exposición?

—Le diría que, si lo que está buscando es algo fuera de lo habitual, algo que se salga de la línea que siempre estamos acostumbrados a recorrer, *Mundo Corrupto* es lo que necesita. Un pequeño vistazo al mundo contemporáneo lleno de juicios de valor y análisis minuciosos a su situación actual.

—Perfecto. —Me levanté y le ofrecí mi mano a modo de cierre. La observó dubitativo, pero terminó tomándola—. Gracias por acceder a realizar esta entrevista y mostrarte tan abierto. Ha sido un placer —mentí de forma piadosa mientras desviaba la mirada hacia la salida.

—Vamos a grabar algunas tomas extra. ¿Te parece, Larry? —habló James. Sus manos se movían ajetreadamente con tal de organizar al resto del equipo, en especial al cámara —. Nuestro diseñador editará todo lo que tengamos y lo subirá a nuestra web antes del fin de semana.

El olor a sudor que desprendía el equipo de sonido e iluminación entró en mi campo olfativo y tuve que retener el impulso de taparme la nariz. No fue hasta que James y Larry se alejaron de las cercanías que pude volver a respirar.

La mesa de comando tras la que todos se refugiaron durante la entrevista estaba desértica ahora que ya había finalizado. Lo único que la salvaba de la completa desolación era el aparatoso monitor tras el que Connor estaba.

Sonreí ante la imagen que me ofrecía la frustración que lo mantenía absorto. Sus labios, cerrados por momentos y entreabiertos en otros, musitaban quejas inaudibles mientras trabajaba con la mirada fija en la pantalla, que alumbraba de forma mágica sus facciones. Reposaba su angulosa barbilla en una de sus manos y trazaba círculos en ella con el pulgar, acariciando la corta barba que la cubría.

Connor tenía algo así como un aura magnética a su alrededor que conseguía acaparar la atención de cualquiera que pasara cerca de él; no era el típico chico guapo de revista como podía ser Elliot, ni seguía el prototipo de belleza masculino, pero era jodidamente atractivo.

Bajé la pantalla del ordenador para poder verle mejor y, al hacerlo, arqueó una de sus

densas cejas.

—¿Qué haces?

—No lo sé, ¿y tú? —le pregunté de forma retórica. Vi cómo se removía la mata de cabello platinado con cierta confusión, aún disperso—. Te has estado tronchando a mi costa, capullo.

—No voy a justificarme, ha sido divertido. —Deslizó los codos sobre la mesa y enlazó las manos justo debajo de su barbilla, con movimientos seguros a la par que premeditados y sonrisa perversa—. De hecho, creo que ha sido lo único entretenido de la entrevista.

—¿Tan mal ha ido? —Me senté en uno de los asientos vacíos que había a su lado.

—Blake, no eras la única que se aburría. Al segundo cámara sólo le faltaba una almohada y, si yo he aguantado despierto, ha sido porque he tomado demasiado café esta mañana —se mofó.

—Vamos, que mi primera labor como periodista ha sido un fracaso, ¿no? —Me crucé de brazos y dejé que mi cuerpo se escurriera por el respaldo de la silla. Estaba derritiéndome a causa del cansancio y lo único que ocupaba mi mente era el ansiado momento en el que el culo tocara mi sólida y confortable cama—. Pues qué éxito.

Los pasos atolondrados de Heaven, cuya falta de paciencia en torno a James comenzaba a evidenciarse con el paso de las horas, llegaron hasta nosotros y acapararon nuestra atención.

—Chicos, esto se va a alargar un buen rato. No creo ni que terminemos a la hora del cierre —nos explicó. Sus ojos celestes, tan similares a los de su sobrino, rebosaban cansancio tras la montura de sus gafas y esas bolsas justo debajo denotaban que, en realidad, estaba mucho más que exhausta—. Lo mejor es que os vayáis, ya he avisado a James.

—¿Estás segura? —le pregunté— No me importa quedarme, de verdad.

—Esto es un capricho suyo. —Le echó una mirada asesina al directivo del periódico —. Los que trabajamos aquí tenemos que aguantarlo sí o sí, pero vosotros estáis de prácticas. No os pagará las horas extra ni tampoco el transporte, así que no le debéis nada.

—Ya, pero ¿vas a volver tú sola a casa desde aquí? —intervino Connor con evidente preocupación—. Me espero a que acabes.

—No, ni de broma. —Heaven, que aunque cansada seguía siendo auténtica y absolutamente ella, sacó a relucir el carácter efervescente que la caracterizaba—. Ya me buscaré la vida cuando acabemos.

—Pero...

—Sin peros. Me pediré un taxi.

El anochecer comenzaba a caer sobre Los Ángeles cuando salimos del recinto, se

instauró cuando llegamos a la parada de autobús y acabó perpetuándose mientras esperábamos al colectivo. Las luces LED, que indicaban el retraso en el trayecto del autobús que me llevaría hasta la residencia universitaria, refulgían sobre mi cabeza cuando me apoyé en el panel.

Las palabras que Connor acababa de pronunciar seguían resonando en mi interior.

—¿Y bien? ¿Qué plan tienes para esta noche? —volvió a preguntarme. Su cabello platinado apuntaba hacia todas las direcciones gracias a la corriente que había en la calle, solitaria a esas horas de la noche.

—Nada muy interesante —respondí con desgana—. Quizá me dé por beber agua del váter hasta intoxicarme, pero ya está.

Sus cejas se arquearon a medida que hablaba y los hoyuelos en sus mejillas se marcaron por la incipiente sonrisa. No quise cortarle el rollo y que, tal y como se planteaba mi vida en aquella instancia, ese era el sumo de la diversión y temeridad al que podía aspirar.

—En ese caso, puedo ocupar tu noche si quieres. —Permaneció justo donde estaba, a menos de un metro de distancia, mirándome con aquellos ojos que hablaban de sueños y anhelos todavía por cumplir—. Bueno, a no ser que prefieras beber agua del váter hasta morir, lo cual entendería, porque esta tarde hemos visto mierdas peores que las que suelen flotar en el baño.

La risotada que emergió de las profundidades de mi garganta hizo eco en la estrecha callejuela.

—¿Qué me dices?

—Pues... no lo sé. La verdad es que hoy ha sido un día de locos; entre las clases, las prácticas... —Rememorar aquello me hizo sentir incluso más cansada, y eso sin contar la discusión con Ginger y con Midnightemptation—. Ha sido interminable. Además, tampoco estoy para muchos trotes.

—Para mí estás bien así.

Me echó un vistazo rápido mientras lo decía y, aunque sonó sincero, sabía que él no me miraba con el mismo ojo crítico con el que lo haría yo misma. No necesitaba ni verme para calibrar el resto de los desperfectos que las horas habían ido causando en mí.

—Como sea, creo que lo único que necesito es llegar a casa, ponerme el pijama, calentar un *tupper* al que no le haya salido moho todavía, cenar e irme a dormir. —Exhalé como si, al hacerlo, fuera capaz de echar a un lado todo lo que me preocupaba—. Aunque no tengo cien por cien claro que ese sea el orden en el que se desarrollen los acontecimientos.

—Vaya, un plan fantástico. —Negó un par de veces, falsamente maravillado por mis expectativas ante el fin de semana—. Estoy seguro de que nada de lo que te proponga podrá mejorarlo.

Ese gesto petulante que se dibujó en su boca, así como una sonrisilla maliciosa,

funcionó como un dardo en la distancia. Uno que se ensartó a la perfección en la diana y me hizo picar la curiosidad.

«Caerás y lo sabes», eso era lo que podía leerse en los labios de Connor. En esa mueca burlona y poderosa que desprendía toda la seguridad que me faltaba para afrontar las horas venideras.

Dio un par de pasos premeditadamente dubitativos en mi dirección, como callejeando la curiosidad que me carcomía, y luego los retrocedió hasta dejarme con la miel a escasos momentos de derramarse en mi lengua.

—¿Qué tienes para ofrecerme, Sherlock? —pregunté al fin.

Sus ojos celestes viajaron más allá de mi cabeza hasta posarse en el cartel luminiscente de la parada de autobús y, cuando regresaron a mí, se habían adueñado de su alto voltaje.

—Tienes dos opciones: esperar a que tu autobús llegue algún día, porque hace como un cuarto de hora que pone que faltan tres minutos para que llegue, o... —Ese entusiasmo con el que hablaba logró convertir la picazón en las comisuras de mis labios en una sonrisa expectante—. Puedes venirte conmigo y disfrutar de una verdadera noche de viernes. ¿Te gusta la comida árabe?

Hice ademán de asentir y, al instante, saltó de nuevo:

—Conozco un restaurante cerca de Vine Street y Selma Avenue que te encantará. El pro...

—Espera, ¿Vine Street? ¿Selma Avenue? ¿Adónde se supone que me llevas? —Reí por el pasmo ante su ocurrencia. Él se limitó a erguir los hombros con cierta indiferencia, como quitándole importancia al hecho de que me proponía cruzar, de nuevo, media ciudad—. Connor, ¡eso está por encima de Sunset Boulevard!

—¿Y?

—Estamos en el centro de Los Ángeles y quieres convencerme de que vaya hasta Hollywood ahora, a apenas unos minutos de que toquen las nueve. ¿Tú has visto qué pintas llevo?

—¿Y qué importa? ¿Acaso crees que alguien va vestido de gala a comerse un kebab? Así estás más que perfecta. —Su efusividad me hizo soltar un suspiro; era tan intenso como su tía—. El dueño es majísimo. Siempre invita a patatas fritas al curry si superas el importe mínimo. Y, joder, ¿conoces una mejor forma de afianzar una amistad que comer juntos el plato más grasiento que existe?

Ni siquiera tuve tiempo de contestar. Connor lo hizo por mí.

—No te esfuerces, la respuesta es no: No la hay.

Si ni siquiera el ambiente, medianamente templado por las temperaturas otoñales, podía resistirse al fervor con el que se expresaba, ¿cómo iba a hacerlo yo, que era mucho menos inmune a los efectos de su temperamento?

Me giré hacia el panel con el labio inferior apresado entre los dientes. Marcaba los mismos tres minutos.

—¡Está bien! —exclamé en un arrebato de temeridad que, en realidad, necesitaba con desesperación—. Pero luego me acompañas a casa.

—Tampoco iba a permitir que te fueras sola —respondió, satisfecho por su logro—. ¿Vamos? Todavía nos queda un largo trayecto hasta Hollywood.

Acepté la mano que me ofrecía sin prestarle demasiada atención al guiño de pura e infantil complacencia con el que me deslumbró.



La noche era joven en Los Ángeles, sobre todo los viernes. Sin importar cuán lóbrego y exento de estrellas estuviera el manto celeste, la fecha o la hora, la cantidad desorbitante de gente que había en las calles próximas a Sunset Strip era siempre la misma.

Sofocantes, las coloridas vallas publicitarias sobresalían de todas partes y hacían de aquel enorme lugar una pequeña lata de sardinas en la que no deseaba inmiscuirme. Con las luces de neón centellando en la oscuridad y la muchedumbre hablándose a gritos, ni siquiera mis pensamientos tenían cabida.

—No me puedo creer que me hayas convencido de esto —mascullé justo antes de introducirme por completo en el lugar.

Suave, como la danza que perpetuaban las plumas al mecerse con el aire, y cálido, como las brasas incandescentes en ausencia del fuego en el que ardieron. La iluminación esclarecía con sutileza la inmensa barra de bar que se alzaba en el centro del local para, luego, dispersarse hasta quedar diluida entre las sombras que se apoderaban de las esquinas más lejanas.

La música era un rumor lejano que sumergía todo en su propia uniformidad y del cual no podía advertirse procedencia, pues se derretía en el ambiente como el chocolate a fuego lento. De fondo, como teloneros, risas vaporosas que se escapaban sin pretenderlo y el tintineo de las copas al brindar.

Supe en ese preciso instante que *espontaneidad* no era lo único que convergía en Connor; de hecho, podía casi asegurar que su sencillez y desenvoltura era tan natural como propiamente premeditada. Esa labia era escudo y arma, y debería catalogarse como ilegal porque la verdad era que no tenía ni idea de en qué momento había aceptado salir un rato con él y sus amigos.

Lo único que sabía era que, pese a tantear el terreno toda la noche, solo necesitó cinco segundos para proponérmelo y otros dos para que yo aceptara.

Connor, que entró justo detrás de mí, me dio un par de palmadas en la espalda.

—¿Preparada?

—No, pero tengo el comodín de la bebida. —Noté cómo me tensaba entre sus dedos, que me masajeaban los hombros en un intento de relajarme, cuando nos adentramos en las profundidades del establecimiento—. Ni siquiera me he preparado mentalmente para la ocasión.

El aire que se filtró entre sus dientes terminó por componer una risa a medio camino

de mis oídos.

—No tienes de qué preocuparte —aseguró con ese posado que hacía de cualquier cosa que saliera de sus labios algo irrefutable—, les vas a encantar.

Aquello me habría liberado de toda duda de no ser porque era una cabezona de primera que hacía de cualquier estupidez la nueva rumiación obsesiva del día. Así que sí, sentí que a cada paso que daba guiada por las sabias y conocedoras manos de mi amigo, más cerca estaba de despeñarme en el vacío a mis pies.

Las risas cesaron en seco, como el índice bursátil de lo que algún día resultó una buena inversión para un bróker, en cuanto nos detuvimos frente a las butacas que rodeaban la mesa número cuatro. Y, aunque las carcajadas dejaron de circular, las miradas de los tres miembros que la ocupaban no lo hicieron.

En la distancia, sin siquiera hacer amago de levantarse del sillón de terciopelo, uno de ellos me escudriñó con meticulosidad, casi acechándome. Poseía la mirada feroz de un animal salvaje en plena selva, una llena de matices vivaces indoblegables.

—¿Y ella? —El licor translúcido, ligeramente teñido por los arándanos rojos que yacían junto a los cubitos de hielo en el fondo de su copa, derramó un par de gotas cuando la alzó en mi dirección. No pareció notarlo, pues su sonrisa permaneció impermutable.

—Eso no me lo preguntes a mí, pregúntaselo a ella, ¿no?

No importaba el empeño que pusiera en distender la contracción en mis facciones o la turbación que se me reflejaba en el rostro, nada servía. Incluso las comisuras de los labios se sentían pesadas cuando intenté curvarlas para formar una sonrisa complaciente.

—Si lo llego a saber, hubiera pedido antes la ronda de bebidas. —Le eché una ojeada a Connor, que me miraba desde su prominente altura—. Soy Blake, mejor conocida como la tía que os dejó sin cervezas en una fiesta de fraternidad.

Las pobladas y oscuras cejas del chico que tenía delante amenazaron con fundirse con el nacimiento del cabello de su frente al oírme. A su expresión de completo asombro se le unieron las de sus otros dos acompañantes, hasta entonces desconocidos para mí, ya que solo alcanzaba a verles el cogote. Se giraron en el acto.

—No te creo, ¡eres real! —expresó el moreno antes de dirigirse a Connor—. Joder, creía que te lo habías inventado.

—¿Y por qué demonios iba a inventármelo?

Desconecté por completo de la pequeña disputa que protagonizaron para concentrarme en recuperar la gama de colores que solía teñir mis pensamientos y que, ahora, no era más que un lienzo en blanco. Tenía miedo, verdadero temor a abrir la boca y permitir que el tumulto de palabras se me llevara por delante como una estampida. Porque, incluso si no tenía mucho más que decir que «¿qué cojones haces tú aquí?», sabía que la torpeza se adueñaría de cada letra que saliera de mis labios.

Adler proyectaba películas con efectos especiales en tu mente con solo mirarle a los

ojos: Películas mudas que se reproducían en blanco y negro, pero que calaban con intensidad de la gama cromática más vivaz y voluble. Sus pupilas eran el centro de gravedad de un agujero negro supermasivo y la oscuridad que las rodeaba, el reflejo del espacio que había engullido hasta entonces. repleto de estrellas y constelaciones por reconstruir.

—Voy a pedir algo para beber, ¿alguien se suma? —preguntó Connor—. ¿Blake?

—Lo mismo que tomes tú me irá bien, y ponlo todo a mi cuenta. —A continuación, y al ver cómo fruncía el ceño, añadí—: Te lo debo y lo sabes.

Soltó un suspiro, echando un vistazo rápido a los integrantes de la mesa antes de redirigirse a mí.

—No tardo nada. ¿Crees que podrás apañártelas sola con estos buitres?

—Estoy más que segura de que seré capaz de arreglármelas en tu ausencia —contesté.

El juicio con el que le sentencié la primera vez que le vi no podía ser más desacertado; Connor distaba de ser un chico malo revienta ovarios, y aunque fácilmente podría hacer lo último dada su magnética y atractiva apariencia, era más como un caballero a galope de una moto.

Su advertencia se quedó entre nosotros incluso cuando avanzó hacia la barra, a pasos bamboleantes e indecisos.

—Vamos, no te quedes ahí parada, siéntate. —El moreno, que hasta entonces me había estudiado a distancia, se desplazó y me ofreció su asiento.

Mis ojos pasaron con escepticismo de la sonrisa zorruna que le delineaba los labios, y de la cual podía deducir la fe absoluta que tenía en sí mismo, a la butaca que me cedía. La palmeó con cierta insistencia.

Me deslicé a un lado de la mesa y ocupé el puesto que me ofrecía con tantas ganas. La curiosidad que percibía en sus ojos estuvo a punto de hacer que exteriorizara mi desasosiego.

—Blake, ¿verdad? Comenzábamos a creer que eras un mito.

Desentrañar, esa era la palabra que venía a mi mente si trataba de darle una explicación a lo que el chico frente a mí, sentado al lado de Adler, pretendía hacer. A juzgar por la genuina certeza con la que me miraba, quizá lo conseguía.

Su voz sonaba áspera, casi como si le supusiera un esfuerzo salir, y encajaba con ese aura taciturna que emanaba con su postura.

Sin embargo, y aunque lo neutro parecía ser su escudo para pasar desapercibido, no lo lograba. Sin importar que cada hebra de su cabello poseyera un tono pajizo casi desteñido por la escasez de luz solar e incluso si las gafas emborronaban ligeramente sus rasgos; no era suficiente.

Su fisonomía era llamativa; pómulos marcados que le contorneaban las mejillas y que complementaban los ángulos sólidos de su mandíbula, y un mentón cuadrado en el que se apreciaba un hoyuelo marcado con una sutileza exquisita. Y, por sobre todo lo

demás, sus ojos. Pese a que eran del color del café molido, chocar con ellos equivalía a catar lo amargos que eran al trago y a sufrir con antelación la quemazón que provocaban en la lengua.

—Encantado de conocerte, soy Demian —se presentó—. Él es Adler y ese de allí, el que parece un perro en celo, es Alek. Te aconsejo que no dejes que te muerda. La rabia no es lo peor que puede pegarte.

—No lo escuches, parece buen tío, pero va para forense. Al necrofílico sadomasoquista este le gustan las necropsias y todas esas mierdas de los cadáveres. —me dijo Alek, tomándome del brazo para que le prestara mayor atención. Demian hizo ademán de hablar, pero este prosiguió antes de que pudiera hacerlo—: De verdad creíamos que no existías, pero ahora que te veo... ¿Estás segura de que no nos hemos visto antes? Porque te recuerdo de mis sueños.

—Esa frase está bastante trillada, ¿no crees? —respondí al salir del lapsus momentáneo que me provocó su último comentario.

—Mira, Blake, acabamos de conocernos, pero tengo que serte sincero... —El verde de sus ojos, que contrastaba con su cabello azabache, se intensificó a medida que lo hacía también su sonrisa—. Hasta antes de que vinieras, yo era homosexual. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—Alek, ¿y si te comportas como la persona normal que no eres y dejas de asustarla? —Demian arrojó un rayo de sensatez a la conversación.

—De todas formas, tarde o temprano alguien iba a cortarle los testículos. Dejemos que el tiempo decida quien —comentó Adler a su lado. Estaba ligeramente inclinado sobre la mesa y tenía los brazos cruzados sobre esta, mas sus ojos no se detenían en ningún punto en concreto—, si Connor cuando vuelva y vea que acosa a su invitada, o mi hermano.

—¿Tu hermano? Joder —dijo casi sin aliento. A continuación, se volteó hacia mí con el semblante perplejo—, no me digas que eres la novia de Elliot.

Los ojos de Alek perdieron ese matiz juguetón y coqueto.

Aproveché que la atención giró en torno a la poderosa y ausente figura de Elliot para tomar aire y aliviar la tensión que Alek me había causado.

—Oye —musité por lo bajo hasta captar la atención de Adler. Cuando la obtuve, necesité hacer acopio de valentía para no venirme abajo de los nervios—, gracias.

—¿Por enseñarte a pronunciar Richebourg sin que pareciera que tenías parálisis facial o por sacarte a Alek de encima? —Él, que a primera instancia me había parecido abstraído, me miró de refilón con una sonrisa que, aunque no llegué a divisar por completo, me daba la sensación de ser piadosa de forma falsa y más bien burlona.

—¿Has practicado mucho la frase ante el espejo por si volvías a verme o las puñaladas a traición te salen por naturaleza?

Pese a que la risa floja que se le escapó envió señales contradictorias a mi sistema e hizo que los nervios volvieran a resurgir, que abandonara esa postura de absoluta

indiferencia hacia el mundo y se centrara en mí fue lo que agitó todo mi ser.

La aparición de Connor selló los labios de Adler antes de que pudiera pronunciarse y terminó por menguar la tensión que se había instaurado en el ambiente gracias a la participación en activo de dos de sus colegas, y el montón de chupitos que trajo consigo instauró la paz de una vez por todas.

Esa noche, la mesa número cuatro del Jungle's tuvo por primera vez cinco integrantes, pero a nadie pareció importarle. Ni siquiera a mí, que era una forastera en territorio nativo. Y es que, a veces, lo único que uno necesitaba era un lugar donde quedarse, incluso si no se pertenecía a él. La solidez de una mesa en la que apoyar los codos e inclinarse para ver a la persona que hablaba desde el extremo opuesto y la capacidad de dejar de oír para así comenzar a escuchar.

A veces solo se necesitaba tiempo para saber qué necesitar.

Tocaban cerca de las dos de la madrugada cuando Demian decidió ponerle fin a su participación en la noche y, aunque quiso que también lo fuera para Alek, él se negó a irse. La disputa que prosiguió a esto me indicó que eran compañeros de piso y que, aunque eran grandes amigos, tenían algunos problemas básicos de convivencia.

Tras amenazarle con diseccionarle si lo despertaba al llegar, Demian se marchó bajo el pretexto de que debía levantarse temprano para estudiar.

La noche no decayó ni un poco tras su marcha, pues Connor se ocupó de inmediato de sazonarla a su gusto. Las risas que acompañaron al relato lleno de detalles con el que expuso mi metedura de pata durante la entrevista y la posterior batallita con el ególatra de Larry Scott tendrían que haberme hecho querer meter la cabeza bajo tierra, pero no. Estaba algo más que achispada gracias al alcohol.

—En mi defensa, diré que mi margen de acción era escaso porque ese idiota me mandó la entrevista ya hecha al correo —me defendí, aún con el ardor del último chupito de tequila quemándome la garganta—. Además, ¡tú te has pasado la tarde tras el escritorio!

—La suerte es que no me haya dormido durante el transcurso. —Connor soltó una carcajada llena de pretensiones sin sacarme el ojo de encima—. He visto programas de lavadora más interesantes.

—¿Podemos dejar de focalizar la atención en mi persona un rato? ¿Cuándo llega mi turno para preguntar?

—Os dije que la necesitábamos en el grupo —añadió—. Adelante, pregunta lo que quieras. Sin filtro.

—¿Cómo os conocisteis?

Permaneció en silencio durante algunos segundos, pensativo.

—En el primer año de universidad —aseguró—. Demian buscaba gente para compartir piso y Alek fue de las pocas personas normales que respondieron a la publicación que puso en el foro, así que imagina cómo eran los demás. Yo también buscaba casa en esa época, así que le contacté y...

—No recuerdo para nada que fuera así —comentó Adler, cortando sus divagues.

—Ya empezamos... Pues, ya que recuerdas tan bien cómo fue, deléitanos con tu versión!

—Lo que tengo seguro es que lo recuerdo mejor que tú. —La sonrisa jocosa que lucían sus labios, parecida a la que vi noches atrás en la cena con los Hayes, estaba llena de atrevimiento cuando fijó sus oscuros ojos en mí—. Fue casi a finales de nuestro primer año, y fue Mason quien publicó el anuncio en el foro porque los inquilinos, con los que compartía piso hasta entonces, dejaron los estudios. Connor y yo ya nos conocíamos, porque hacía clases de repaso con mi hermano, que para esa época era estudiante y daba apoyo escolar. —Hizo una pausa y, esta vez, se dirigió a Connor—. Estábamos en la cafetería, tú no parabas de quejarte de lo cansado que estabas de vivir con tu madre y yo te pasé el número de Mason.

—Oh, sí... Creo que lo recuerdo —musitó.

—Pero cuando por fin decidiste responder al anuncio, Alek y Demian ya se te habían adelantado —dijo con un tono burlón, mas no perdió la severidad con la que lo miraba —. Te quedaste sin piso, pero te llevaste bien con Mason y empezaste a venir a nuestras salidas, y al poco se acoplaron Demian y Alek. Esa es la verdadera historia.

—Yo también lo recuerdo así —intervino Alek.

—Puede que haya pasado por alto algún que otro detalle —se justificó Connor y los otros dos chicos lo miraron descreídos—. De todas formas, el orden de los factores no altera el producto.

—Yo lo que quiero saber es la versión real de lo que pasó la noche en la que vosotros dos —Alek nos señaló a Connor y a mí, acusatoriamente— nos dejasteis sin cervezas.

—¡Pero si ya os lo conté!

—¿Y tenemos que fiarnos de tu nula capacidad de retención? —dijo Adler con una ceja arqueada—. Estoy prácticamente seguro de que ella puede darnos una versión más veraz de lo que sucedió. ¿Nos iluminas?

20

Connor y yo nos pasamos la hora de la comida sentados en uno de los bancos que había frente a la oficina. Ambos íbamos mal de dinero, así que optamos por comprar un par de hamburguesas y acompañarlas con una bolsa de patatas fritas. Desde luego, aquella no era la comida más nutritiva del mundo y las condiciones tampoco eran las mejores —principalmente porque el callejón olía a orina— pero no importaba.

El tiempo pasó volando mientras charlábamos y perdíamos la poca dignidad que nos quedaba llenándonos la boca de manchurrones de kétchup. Y es que en ocasiones no se necesitaban platos elaborados ni un maridaje con el que casar la comida, sino solo buena compañía.

No me sorprendí al ver que era justo como lo imaginé: una bomba de relojería que tenía la mecha corta y explotaba con fuerza. Una inyección de adrenalina, un sincero y honorable embaucador de naturaleza arrolladora y con una visión única que se empañaba de complejidad.

Soberano de su propio reino de libertad, en el que apenas nadie tenía cabida, y clave maestra de un complejo rompecabezas al que siempre le faltarían piezas por encajar. A dos pies del cielo y otros tantos del suelo, Connor aspiraba a cambiar el mundo con una sola idea.

—Admite que lo de ayer fue cojonudo —comentó. Estaba apoyado en su taquilla, sobre la que todavía podía leerse el nombre de Jonathan.

—La verdad es que me cayeron genial —respondí tras dejar mis pertenencias en el interior de la mía. Semanas atrás me había prometido a mí misma que pondría orden en mi garita, pero el caos que había en ella dejaba en evidencia lo poco en serio que me tomaba a mí misma—. Aunque esta mañana me he acordado de la madre de todos al levantarme.

—Ah, la buena resaca…

Solté una risotada. Esa misma mañana me desperté aturdida por la cantidad de alcohol que todavía quedaba en mi sistema y salté de la cama casi en el mismo estado en el que había llegado a ella la noche anterior: dando tumbos.

—Me sorprende no haber vomitado el almuerzo —admití.

—Así que tienes una mala relación con el alcohol.

—Lo que no tengo es una relación estupenda como la que tienes tú, que es muy diferente. —Lo miré de reojo. Tenía el cabello alborotado a causa del vendaval que azotaba el exterior y una enorme sonrisa en el rostro por la que derrochaba carcajadas —. Aún no entiendo cómo sigues en pie.

—Años de experiencia y decisiones nocturnas nefastas.

Connor tenía la mala costumbre de no sacarse las gafas de sol ni cuando estaba en

interiores, pero eso no impidió que le viera guiñarme un ojo.

Por suerte para ambos, recorrimos toda la oficina hasta llegar a nuestro departamento sin toparnos con nadie. Nunca había sentido la entrada a mi jornada laboral tan liviana. Sospechaba que era porque, de algún modo, Connor era el pasaje directo a la estación más calurosa del año. El tiempo a su lado pasaba al doble —incluso al triple— de velocidad y cada acontecimiento se vivía de forma desmedida, como cualquier locura veraniega.

La única mesa que estaba ocupada era la de Heaven, que seguía ahí a pesar de que, si mis cálculos no fallaban, estaba en su pausa para el almuerzo.

—¿Qué haces? —Me asomé por el respaldo de su butaca. Tenía el escritorio hecho un completo desastre: documentos esparcidos sin orden alguno y *post-it* multicolores aquí y allá.

—Uh, no, qué lata —masculló Connor—. Sigues empecinada con esto.

Heaven no hizo ademán de responder, tan inmersa en la pantalla de su ordenador que ni se había dado cuenta de que las gafas le resbalaban por el puente de la nariz y estaban a punto de caérsele.

—*La policía local da carpetazo a la avalancha de desapariciones en la periferia de la ciudad* —leí el título del documento que acaparaba su atención. Bajo él, un porrón de palabras escritas y frases todavía sin conectar entre sí—. ¿Y esto? ¿Estás escribiendo un nuevo artículo?

—Estoy en ello, pero es que no hay… nada —Hizo énfasis en la última palabra, como si a ella misma le sorprendiera lo que acababa de decir—. En los últimos dos meses se han encontrado cuatro cuerpos. Todos ellos pertenecían a mujeres jóvenes o menores de edad, pero han archivado sus casos porque nadie ha reportado su desaparición ni antes ni después de que los encontrasen. La policía los está tratando como casos aislados, porque dicen que no hay un patrón, y mientras tanto hay un aumento de demandas por desaparición que no se están atendiendo en la periferia de la ciudad. Si eso no es motivo de alarma, entonces ¿qué lo es?

Examiné la montaña de documentos que había sobre el escritorio. Los titulares rezaban sobre la posibilidad de que un asesino serial estuviera acechando por las calles de Los Ángeles.

—Es la primera noticia que tengo sobre esto —comenté.

—Apenas está habiendo cobertura mediática, y la poca es de pequeñas redacciones y periódicos de bajo alcance, como el nuestro —respondió, pasándome uno de los titulares—. Quiero tirar del hilo, pero no puedo escribir un artículo basado en hipótesis sin contrastar. He buscado por todas partes, pero no hay *nada*. Las chicas no han sido identificadas y la causa de la muerte es un mar de ambigüedades. Solo se sabe que ha sido desestimada por inexistencia de delito, ya que según la policía, no hay elementos vinculantes que sostengan que el motivo fuera una acción criminal.

—Pues suena precisamente a lo contrario —musité. De repente, la idea de volver sola

a casa empezaba a hacerme menos gracia que de costumbre.

—Eso, tú dale cuerda —se quejó Connor—, que solo lleva dos semanas aguantando a base de cafeína y sin apenas pegar ojo.

—Es que tiene razón, es preocupante.

—¿Sabes qué es preocupante? Que sea yo quien tenga que ir a apagarle la luz del cuarto cada madrugada porque es incapaz de apagar el puto ordenador e irse a dormir, y que cada día me encuentre con el plato de la cena casi sin tocar porque se ha *olvidado* de comer. Eso es preocupante —sentenció, sacándose las gafas en un gesto de pura desesperación y dejando a la vista sus translúcidos ojos azules.

Heaven se esforzó por mantener la boca cerrada.

—¿En qué te puedo ayudar? —pregunté.

Los ojos de mi compañera se convirtieron en un par de faros para navegantes.

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro. Es eso o dejar que me coman los ácaros en la sala de documentación —me reí.

No dudó un segundo en hacerme un hueco a su lado y pasarme un manojo de documentos para que les echara un vistazo. Al cabo de nada, estábamos trabajando codo con codo y sobre la mesa había un despliegue digno de una investigación policial y una cantidad de envases de café de la que nos arrepentiríamos más tarde, cuando nos atacara el insomnio nocturno.

No necesité leer mucho para darme cuenta de que al entramado que Heaven estaba tejiendo entre los casos, y que la policía parecía estar ignorando deliberadamente, no le faltaba sustancia. A media tarde ya me había empapado de artículos y noticias al respecto y me asaltaban cientos de preguntas al respecto.

El tiempo pasó frente a nosotras como un galgo de carreras y Connor, que se había abstenido a participar, acabó haciendo lo que todos. Y es que, cuando uno no podía con su enemigo, no le quedaba otra que unirse a él.

El periodo de abstinencia en el que me encontraba —si es que así podía llamársele a la absoluta privación de mis encuentros con Midnightemptation— estaba en auge desde hacía ya más de semana y media, y no parecía que fuera a decaer pronto. Por desgracia, la única que parecía sufrir los desbarajustes por nuestra falta de contacto era yo.

Tanto la Nutella como Midnightemptation eran mis placeres culposos. Quería de ellos mucho más de lo que deseaba los efectos que tenían sobre mi cuerpo: las caderas que no quería seguir cultivando en el caso del primero y la adicción arrolladora que me provocaba el segundo.

Pero ambos eran un caso perdido, pues sabía que no dejaría de devorar a cucharadas la Nutella en cuanto abriera el frigorífico ni permitiría que Midnightemptation dejara de hacer lo mismo conmigo, porque ambos me gustaban en las dosis exactas y a atracones.

Y, sobre todo, porque el placer que obtenía como resultado superaba con creces la culpabilidad que me causaba el saber que mis actos podían denominarse de cualquier manera menos castos e inocentes.

Por esa misma razón, no entendía ese «periodo de abstinencia involuntario» con el que él se creía en la potestad de recluirme..

Sin embargo, ahí estábamos, con un régimen estricto de sentimientos que quizá él era capaz de tolerar, pero que a mí comenzaba a pesarme.

@Midnightemptation:

Comienzo a echar en falta que me bombardees con mensajes.

¿Has perdido el interés que tenías por mí o solo estás evitándome?

Sopesé la idea de decirle que solo le sometía a una pequeña parte de lo que él hacía conmigo: una dieta sencillita que solo aplicaba a unos pocos cientos de caracteres diarios que, además, escogía con premeditación. Qué menos que eso, después de que me hiciera a un lado durante casi dos semanas, sin más explicación que la de que tenía que estudiar.

Explicación que comenzaba a poner en duda tras nuestra última conversación y que no hizo más que evidenciar lo desequilibrada que estaba nuestra balanza.

@Girlonfire:

Así que echas en falta mis atenciones, vaya.

La verdad es que, de ser así, lo has disimulado bastante bien hasta ahora.

@Midnightemptation:

Créeme cuando te digo que, pese a que lo he intentado, no he podido sacarte de mi mente ni un solo minuto en estas últimas semanas. Ahora vuelvo a tener todo el tiempo del mundo y lo único que se me pasa por la cabeza es que quiero perderlo contigo, pero esa obstinación con la que me escribías y que tanto me gusta se ha volatilizado.

¿Qué debo hacer para volver a ser merecedor de tus atenciones?

Los almohadones que decoraban el respaldo del sofá me acogieron cuando me hundí en él con abatimiento y el lánguido suspiro, que tanto temía exteriorizar, escapó de mis labios para unirse a la penumbra que sumía al apartamento.

Cualquier fortaleza que construyera se convertía en un simple castillo de naipes cuando se trataba de él, pues era capaz de descomponerme con tan solo un par de palabras bonitas que, además, me aceleraron el corazón.

Me equipé de valor antes de volver a enfrentar la pantalla y, mientras escribía mi respuesta, me obligué a recordar que, por mucho que me afectara, su única arma eran las palabras. Y que al igual que no podía morir por ellas, tampoco podía vivir únicamente en base a ellas. Que existían acciones, unas que no parecía dispuesto a tomar, y que estas hablaban más por su ausencia que cualquier otra cosa que fuera capaz de pronunciar.

@Girlonfire:

Como comprenderás, después de que me hayas estado evitando durante dos semanas hasta

llegar al punto de cortar prácticamente la comunicación conmigo, he sentido que esas "delicadas atenciones" ya no te interesaban.

De hecho, estoy expectante por saber qué ha hecho que cambies de parecer.

@Midnightemptation:

Bueno, dicen que uno no puede eludir eternamente lo que desea, y yo no pretendo alargar más la espera.

¿Qué hay de ti?

@Girlonfire:

Vaya, ¿y cuándo has decidido que ya no querías esperar más? ¿Antes de trazar un límite entre los dos o después de materializarlo en una muralla?

La oscuridad del apartamento me acogió entre sus brazos sobreprotectores en cuanto me puse en pie y crucé la estancia, presa por la frustración de esa convergencia de emociones intensas y contrapuestas que solo él era capaz de provocarme.

No sabía qué me molestaba más; si esa normalidad con la que era capaz de tratarme después de evitarme durante más de una semana o que el nerviosismo que me provocaba aquello predominara por encima de mi enfado.

@Midnightemptation:

Te dije desde el principio que estaría ocupado, así que no entiendo a qué viene esta reacción. Sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que cedo cuando se trata de ti y de todo lo que te doy a pesar de que no debería.

Solo te centras en aquello que no puedo darte con inmediatez e ignoras todo lo demás. ¿Cómo debería tomármelo?

@Girlonfire:

Mejor de lo que yo me tomo que me rechaces, eso seguro.

Me forcé a no escribir ni una sola palabra más con tal de no darle rienda suelta a mi impulsividad.

@Midnightemptation:

¿Sí? ¿Eso es lo que piensas? ¿Que te rechazo?

¿Qué es exactamente lo que te hace creer que lo hago? ¿Que me pase el día respondiendo a tus mensajes, que estar contigo se haya vuelto más importante que mantenerte lejos de mi anonimato o que no pueda sacarte de mi cabeza desde que me levanto hasta que me voy a dormir?

Blake, te aseguro que muy lejos de rechazarte y peligrosamente cerca de perderme con tal de encontrarte. Pero tú pareces estar muy bien acompañada.

@Girlonfire:

Debo admitir que me siento francamente estúpida por haber creído que tu falta de interés se debía a que ya te habías hartado de mí, cuando en realidad todo se resume a que a estas alturas todavía no confías en mí como yo lo hago en ti. Es hasta irónico pensar que soy yo quien se expone a ciegas, pero es a ti a quien más ciega la venda.

Adelante, ¿hay algo más que quieras decirme? Porque si es así, aprovecha y hazlo de una vez.

Al menos así sabré por qué delito se supone que estoy siendo juzgada.

Tenía la mandíbula tan apretada que podía escuchar cómo los dientes me chirriaban en el interior de la boca, casi al borde del estallido por la fuerza con la que los encajaba.

@Midnightemptation:

Me gustaría decirte muchas cosas, pero no puedo. Pronunciar las más nocivas de entre ellas jamás logrará disolver por completo todas las dudas que me carcomen, y verbalizar las más inmorales solo me abocará a llevar a término lo que deseo hacer contigo desde que te vi por primera vez.

Sin embargo, las que temo expresar son las más honestas, porque pondrían en manifiesto lo que deseo gritar en silencio y dejaría al descubierto que nada de lo que pueda decir habla realmente sobre mí porque, en el fondo y desde hace tiempo, todo se reduce a ti.

Así que supongo que te mentiría tanto si admitiera que confío plenamente en ti como si admitiese que no trato de alejar las dudas que me asaltan cada vez que te veo con él, porque sí lo intento.

El problema yace en la importancia que uno les da a las cosas con el paso del tiempo.

Antes podía verlo con mis propios ojos sin que me importara y ahora, en cambio, no necesito verlo para que me importe.

@Girlonfire:

Te dije que le estaba haciendo un favor.

Ardía, cada palabra que me guardaba en el tintero ardía en el pecho y me perforaba las entrañas. Quizá esa era la verdadera razón por la cual me contenía al responder, porque todo lo que pudiera decir para mortificarle me dañaría mucho más a mí.

Y yo me encontraba, por bastante, mucho más malherida.

El mármol de la cocina me sirvió como apoyo cuando me introduje en ella a ciegas, tanteando por una superficie que fuera capaz de mantenerme en pie en momentos en los que me veía a milímetros de besar el suelo.

@Midnightemptation:

Y yo que no te respondía con la frecuencia que nos gustaría porque estaba ocupado estudiando, pero por lo visto ambos mentimos.

Blake, no puedo negarte que existe un límite entre nosotros, porque sí lo hay.

Parecía lejano cuando comenzamos con esto, pero desde entonces he dado tantos pasos en tu dirección, sin siquiera planteármelo, que ahora me veo a tan solo uno de sobrepasarlo con un pie y al borde del precipicio con el otro.

Ese límite separa lo que tengo en la actualidad y lo que realmente quiero tener: todo.

No hay día que no me arrepienta por no haberlo sobrepasado el anterior y tampoco noche que me acueste sin pensar que, cuando amanezca de nuevo, seguiré sin ser capaz de hacerlo.

Temo desearte de la forma en la que realmente lo hago porque es absoluta, íntegra y sin contemplaciones. Y tú no puedes darme eso. No porque no quieras, sino porque no soy capaz de aceptarte como quiero sabiendo que, en algún momento, cuando te marches, estarás en manos de Elliot.

No puedo porque me pesa.

Porque tú has sido tan valiente como para entregarte a oscuras y, sin embargo, yo lo suficientemente cobarde como para no hacerlo, pese a haberte apagado la luz.

@Girlonfire:

Tengo la sensación de que solo piensas en cómo puede afectarte esta situación a ti de forma particular, y es jodido ¿sabes?

Te he visto franquearlo sin llegar a sobrepasarlo todo este tiempo, pero no te has preguntado siquiera por qué no me veías a mí. Y no me has visto porque yo hace tiempo que me lancé al abismo y, por mi propio pie o empujada por ti, caí sin oponer resistencia.

Visto lo visto, la que lo quiere todo soy yo y tú eres quien no está dispuesto a darlo, sin importar las excusas que pongas, porque el único límite que debería existir entre nosotros es el que tú mismo implantaste desde el principio y que yo acepté de buen grado: tu identidad.

Me pediste que dejara al margen todo aquello que pusiera en peligro tu intimidad y lo he respetado hasta llegar al punto de vendarme los ojos con tal de estar contigo, así que no comprendo por qué tú eres incapaz de respetar, al menos, mi palabra.

No te he mentido. Le estoy haciendo un favor a Elliot, pero tiene caducidad.

Y lo nuestro la tendrá si seguimos perdiendo el tiempo.

@Midnightemptation:

¿Cuánto más? ¿Cuánto más durará esta farsa?

@Girlonfire:

No lo sé, pero yo he aprendido a confiar en ti.

¿Crees que puedes hacer lo mismo por mí hasta entonces?

Mis ojos escudriñaron la conversación durante el tiempo en que permaneció inmutable, con el temor de que esos tres puntos que indicaban que todavía escribía su respuesta desapareciesen de la pantalla y la dejaran en una realidad silente en la que no deseaba ampararme.

@Midnightemptation:

No puedo prometerte que sea inmediato, pero lo intentaré hasta quedarme sin fuerzas, tal y como lo he hecho durante todo este tiempo.

@Girlonfire:

Me basta, al menos por ahora.

@Midnightemptation:

A mí no.

Para mí nunca es suficiente cuando se trata de ti.

Entraste aquí como un ángel tentador al que no le importaba quemarse, pero ante mí tengo a la reina de mi propio infierno dispuesta a arder. Y pareces tan cómoda en tu trono que me planteo si, en vez de rebelarme por habérmelo usurpado, debería arrodillarme ante ti.

¿Debería pedirte clemencia después de cometer un acto tan atroz como lo es tratar de alejarte?

Una sonrisilla boba se dibujó en mi rostro en el mismo instante en que dejé de esmerarme por contener ese cúmulo de sentimientos que brotaban de mí, pero que lo atañían personalmente a él.

@Girlonfire:

Suena tentador, aunque no sé si será suficiente.

Quizá tengas que darle mejor uso a esa boca, porque hasta el momento le sobran palabras y le falta tomar decisiones.

@Midnightemptation:

Todas las formas que se me ocurren de usarla suceden a los pies de nuestra cama y terminan conmigo engullendo hasta el último retazo de tu aliento con tal de poder recuperar el mío.

No te haces una idea de las ganas que tengo de encontrarte enredada bajo las sábanas y permitir que acabemos el uno con el otro entre ellas.

@Girlonfire:

Perder la noción del tiempo a medida que olvido cómo retener mis propios gemidos es lo que llevo deseando mucho tiempo, pero eso está bastante más allá del límite del que me hablabas hace no mucho.

@Midnightemptation:

Lo único que quiero ahora mismo es doblegar esa indiferencia tras la que te escondes de mí para encontrarte como siempre lo hago; temblorosa por la excitación y preparada para tomar todo lo que me apetezca darte.

Desnuda ante mí incluso antes de que te arranque la ropa, pero armada como una amazona dispuesta a abatirme con el mismo ímpetu con el que yo deseo abatirla a ella.

Derruiré la barrera que nos separa hasta que no quede un solo ladrillo en pie y, cuando llegue hasta ti, serás tú quien suplicará por clemencia.

@Girlonfire:

Necesitarás aguantar muchos asaltos para que te pida indulgencia, porque después de tanto tiempo lo único que deseo es que no me trates ni con una pizca de compasión.

@Midnightemptation:

Espero que sepas en qué te metes, Blake, porque tengo la certeza de que no voy a darte ni un solo descanso de aquí en adelante.

Grábalo con fuego en tu mente.

@Girlonfire:

No me lo creeré hasta que lo vea grabado a fuego sobre mi piel.

@Midnightemptation:

Bien, dime cuándo y dónde y no quedará una sola porción de ella que mis manos no conozcan ni un centímetro de ti en el que no plasme parte de mi redención.

@Girlonfire:

Quizá pueda hacerte un hueco mañana. Estoy libre desde las doce hasta las cuatro y media de la tarde.

@Midnightemptation:

Nos vemos entonces.

Blake, quizá este sea el comienzo de mi redención, pero solo será el principio de tu condena.

21

Controlarse, eso era exactamente lo que hacía en esos momentos. Socialdemócrata en territorio ajeno, pero un tirano en sus propios dominios, Midnightemptation padecía una fuerte intolerancia a lo que él mismo se encargaba de instar en los demás: dejarse llevar.

Quizá a eso se reducía todo. Esa marca personal, ese sello con el que veníamos de fábrica y al que tratábamos de darle una explicación detallada pese a que sabíamos de antemano que carecíamos de términos suficientes. Esa condición innata que ni siquiera él tenía bajo su mando, aunque lo intentaba, y que nos descubría ante el mundo como lo que éramos por naturaleza.

Y su naturaleza era indómita, como una tormenta de verano en constante desequilibrio, con precipitaciones violentas y vientos contrapuestos que coexistían en un mar de relámpagos, truenos y rayos. Cálida y fría al mismo tiempo por esencia.

Midnightemptation era como una tormenta: El cielo me advertía de su llegada antes de que sus gotas me mojaran la piel.

Emanaba quién era por cada célula de su cuerpo, no a medias tintas y, desde luego, no a intensidad moderada. Por esa razón, no había venda que me aturdiera lo suficiente ni me abocase a la profunda invidencia en la que quería enclaustrarme cuando estábamos juntos. Porque, al contrario de lo que él creía, no todos los misterios podían desentrañarse con los ojos y la vista no era el único sentido con el que éramos capaces de ver.

La suavidad del tejido de su camisa contra mis manos y los leves jadeos que acallaba contra su boca eran los únicos indicios físicos a los que podía atenerme y por los cuales sabía que todavía estaba ahí. Justo frente a mí, en medio de nuestra habitación y a una cercanía lo suficientemente lejos como para resultar tortuosa, pero entre la que podía advertir cada pequeño cambio que sufría su autocontrol.

La impaciencia con la que tanteó el reducido espacio que separaba nuestros labios dibujó una sonrisa traviesa en los míos al instante, y me instó a seguir con el juego que me traía entre manos al desabotonar su camisa con clara y falsa ineptitud. Esas sensaciones contenidas que se percibían en su aliento eran el reflejo de las ganas que tenía de eliminar esos centímetros que nos alejaban de un solo mordisco, y la razón por la que debía concentrarme para que las piernas no me fallaran.

Se mantenía firme ante mí, sin moverse un ápice, y dejaba a mi alcance lo que fuera que deseara tomar. Y es que no solo me había cedido el control; me lo había entregado a ciegas, tal y como yo me entregaba a él y, sin embargo, ni siquiera así podía decir que no era susceptible a cada uno de sus movimientos, por ligeros que fuesen. Todo él convergía de forma abrumadora y fascinante con lo que nos rodeaba, se hacía dueño y

señor de absolutamente todo y, por eso, no importaba en manos de quién tuviera el poder

Al fin y al cabo, solo le pertenecía a él.

Un escalofrío amenazó con sacudirme cuando posé las yemas en la piel ya descubierta de su torso y terminó por agitar mi fuero interno en cuanto me embarqué a lo largo de él, permitiendo que el calor que desprendía su piel abrasara la mía. Al principio lo hice despacio, pero más pronto que tarde me vi tentada a delimitar con mayor intensidad la dureza de esos músculos bien esculpidos bajo su tez.

Noté cómo contenía la respiración a medida que mis dedos bajaban por la senda de su abdomen hasta quedar a escasos centímetros del tiro de sus pantalones y, aunque sabía que jugaba con fuego, no me detuve. Sus jadeos eran febriles y pesados, y funcionaban como el filo de un cuchillo cada vez que escapaban de sus labios y se recreaban en la piel sensible de mi cuello.

La exploración minuciosa a la que lo sometía llegó a su fin cuando cerró los puños sobre la fina tela de raso de mi vestido y me vi perdida, de nuevo, gracias a la rapidez con la que era capaz de desarmarme.

Refrescante como podía serlo un baño de hielo, sugerente como la realidad que ansiábamos y ocultábamos tras cada caricia, dulce y pegajoso como el algodón de azúcar y, al mismo tiempo, ácido como morder una lima. La provocación implícita con la que sus labios merodeaban los míos, tan despacio que toda espera se tornaba un castigo entre ellos, dejaba un rastro visible de su propia agitación y de las pocas fuerzas que le quedaban por mantenerla a raya.

Resiguió el camino que marcaban mis comisuras con la yema de los dedos hasta memorizarlo para, entonces, deleitarse con mi labio inferior.

Sentí cómo mi interior se encogía hasta hacerse un ovillo cuando sus labios reemplazaron el cometido que habían iniciado sus dedos. Me besó a pequeños toques, casi sin rozarme. Mucho, pero por poco tiempo. Y, pese a ello, el efecto que causaba permanecía por muchas veces que él se marchara. Porque era adictivo, tanto que suponía un peligro. Uno que estaba dispuesta a correr, por suerte o por desgracia.

Lo que hasta entonces fueron roces cándidos y cortos, se convirtieron a pasos agigantados en besos enardecidos que sondeaban mi abismo con la lengua. La brusquedad con la que sus manos se aferraban a mis caderas hacía un contraste mágico con esa delicadeza, cada vez más ruda, con la que sus labios pretendían arruinarme.

Gemí contra su boca cuando una de sus manos se cerró alrededor de mi cabello para, luego, atraerme a él. La violencia con la que su pecho subía y bajaba —preso por un desasosiego del que me sentía orgullosamente culpable— el calor que desprendía su cuerpo y en el que me veía envuelta y la erección que se clavaba en mi bajo vientre y lo alborotaba, me llevaron a tocar el cielo para, de inmediato, someterme al infierno.

Me estremecí por la excitación al notar el bulto que encerraba el botón y la cremallera de sus vaqueros contra mi mano, y creí morir del gusto cuando, al acariciarlo, lo oí

gemir con ferocidad. Sus besos se tornaron duros e implacables cuando, al desabotonarle el pantalón, le rodeé la erección por encima de la ropa interior. La ligera humedad de la zona y la forma con la que me latía entre los dedos, con una brutalidad casi salvaje, envió oleadas de placer a mi entrepierna y me desestabilizó por completo.

Trepé por sus calzoncillos con intención de liberarlo, pero su agarre me lo impidió, dejándome inmóvil el tiempo suficiente como para darme cuenta de lo afectado que se encontraba. Respiraba con agresividad, como si temiera asfixiarse, y cogía bocanadas de aire de forma aparatosa en un intento de recuperar el aliento.

Tomó mis manos entre las suyas y se las llevó al borde de los labios. La dulzura con la que las acariciaba me descolocó durante una milésima de segundo, pero hizo que perdiera la razón al depositar un beso en ellas para, a continuación, alejarse un par de pasos. La seguridad con la que acalló mis protestas, a escasos momentos de salirme disparadas por la boca, logró lo que creía imposible: que sellara los labios y me mantuviese a la espera.

Quería más y no iba a conformarme con menos, ese era el resumen de todos los pensamientos que circulaban por mi cabeza mientras le oía abrir y cerrar cajones y moverse por la habitación. Porque, de nuevo, él tenía el control y yo debía esperar a que decidiera volver a compartirlo, y Dios sabía que mi paciencia rebosaba el vaso desde hacía tiempo.

Y más desde nuestra última conversación.

De repente, un chasquido —conciso y seco, sin mucho artificio— y sus pasos, uno detrás de otro en mi dirección. Cuanto más se acercaba, más convencida estaba de que jamás lo había escuchado aproximarse como lo hacía ahora; seguro, aunque cauteloso.

Cuando por fin regresó a mí, se respiraba algo diferente en el ambiente. No lo vi venir, pese a que sentí cómo anudaba sus manos tras mi cabeza.

El sonido propio de la fricción de la tela a escasos centímetros de mis oídos, la forma en la que se deslizó por el puente de mi nariz, me rozó los labios y casi acarició la punta de mi barbilla al caer.

Fue ahí, justo en el preciso momento en que pude pestañear sin aquella presión habitual a la que ya me había acostumbrado, cuando tomé conciencia de que la oscuridad frente a mí era mucho menos homogénea que antes y sufría vaivenes de luz difusos que entre los que sí era capaz de hallarme. Y que, por primera vez, yo no era la única que estaba a oscuras.La luz estaba apagada para ambos y yo ya no llevaba la venda.

La tranquilidad con la que entré en la habitación se esfumó tan pronto digerí que acabábamos de derribar una muralla. Y yo, que era la primera en exigir la demolición de cada una de ellas, no podía dejar de temblar. A lo mejor porque, aunque había fantaseado con ello millones de veces, no lo contemplaba como una posibilidad real. De hecho, lo creía tan improbable que no podía hacer más que sentirme desamparada ahora que había sucedido, perdida en una nueva oscuridad.

El hilo de pensamientos en el que me vi envuelta se cortó de raíz cuando eliminó la irrisoria distancia que todavía nos separaba con un par de pasos, me tomó por el mentón y, con un gesto que denotaba mucha más confianza de la que yo tenía en ese instante, me hizo levantar cabeza. Un estremecimiento me sacudió con bestialidad cuando unió nuestras frentes y sentí en la intensidad de su mirada que, así nos sometiéramos a la oscuridad más abrumadora de todas, ninguna sería lo suficiente opaca como para que dejáramos de vernos.

La dulzura con la que acunó mis mejillas con las manos y se ocupó de entibiarlas con caricias me hizo suspirar; sin embargo, fue ese beso repentino, para el que todavía no estaba preparada, el que logró desmontarme de una vez por todas. El mimo con el que su boca se movía sobre mis labios, como si fuesen caramelo líquido y se estuvieran deshaciendo entre los suyos, y esa maraña de ternura me enloqueció porque, en el fondo, sentía crecer esa necesidad animal tan suya de dejar de hacerlo.

Sus manos abandonaron mi rostro y se deslizaron a lo largo de mi cuello hasta toparse con los finos tirantes de mi vestido, con los que jugueteó un par de segundos antes de decidirse a deslizarlos por mis hombros. La tela se escurrió por mi cuerpo hasta caer al suelo, dejándome semidesnuda ante su mirada, que empezaba a percibirse hambrienta.

Me aferré al cuello de su camisa y le insté a pegarse todavía más sin pensar que, al hacerlo, provocaría que hasta las sombras temblaran ante su presencia. No hubo preámbulos cuando volvió a acercarse ni dobles intenciones, solo una realidad cruda e imponente que estaba más que dispuesta y preparada para recibir. Me devoraba, y lo hacía con una necesidad arrolladora que prometía no querer dejar ni un solo gramo de mí sin saborear.

La montaña rusa de emociones en la que nos encontrábamos adquirió un ritmo desbocado cuando nos deshicimos de la poca ropa que llevábamos y, sin dejar de besarnos, nos subimos a la cama con torpeza. Nuestros jadeos se entremezclaron con los quejidos del colchón cuando caímos sobre él sin cuidado alguno, presos por un deseo que juraba reducirnos a cenizas de un momento a otro, y se intensificaron en el momento en que se coló entre mis piernas y posó su peso sobre mí.

Me ericé por completo cuando deslizó su miembro entre la humedad de mis pliegues por primera vez y creí perder la cabeza cuando ese sutil movimiento se volvió insistente y profundo. La fricción de su glande, caliente y húmido, con la cúspide de mi sexo hizo que me encorvara y dejase de contener todos aquellos gemidos que nadaban en mi boca para comenzar a jadear como una bestia.

El ritmo con el que me torturó creó en mí la necesidad de cerrar las piernas, pues ese contacto deliberado al que me sometió, y gracias al cual tenía el clítoris hinchado como nunca, estaba por hacerme explotar en lágrimas. Los gemidos que se me escapaban no tardaron en convertirse en lamentos de pura impaciencia cuando, tras atender a las aureolas de mis pechos, emprendió un sendero de besos y sutiles mordiscos a lo largo

de mi vientre.

Cada exhalación lenta y sofocada se tornó en un suspiro flébil en el momento en que sus labios se posaron sobre la piel cercana a mi sexo en forma de caricia. Unas caricias que dejaban rastros de humedad a su paso y que no hacían más que favorecer la que ya calaba toda la zona. El tacto esponjoso de su boca me causó un espasmo que dejó en tela de juicio el grado de cordura con el que saldría al acabar con la sesión de aquel día e hizo aumentar la excitación hasta límites insospechados.

Me dejé llevar por la pasión desenvuelta que sentía y enterré las manos en su cabello hasta que mis dedos se perdieron entre sus hebras. Entonces, tiré de él hasta que sentí cómo su tórrido aliento acariciaba mis pliegues en profundidad.

Sus pulgares tantearon los remanentes de vello púbico a mis costados mientras me recorría de arriba abajo con la lengua, desde la abertura en la que deseaba que se adentrara hasta la cima. Se me cortó la respiración cuando atrapó entre sus labios el carnoso y palpitante bulto que masacró con anterioridad y comenzó a concentrar todas sus atenciones en él. Sus labios resbalaron lentamente por ese pedazo y lo chuparon hasta dejarlo tan duro que rozaba casi lo doloroso. Solo después, lamió los retazos de ese dolor, convirtiéndolo en puro gozo.

Una tensión desgarradora sobrecogió mis músculos hasta agarrotarlos cuando empezó a succionarlo sin compasión e hizo que tirara de los mechones de su cabello que todavía tenía entre los dedos. De manera involuntaria, acompañé con las caderas aquellos crudos movimientos con los que pretendía diluirme, profundizando el contacto entre su boca. El cuerpo comenzó a temblarme y, de un momento a otro, las rodillas me fallaron y un placer inmenso se desató hasta hacerme estallar en mil pedazos.

Aletargada, sumida en un estado de profunda inconsciencia; así era justo como me sentía. Con el cabello desparramado por la almohada en la que, segundos atrás, traté de acallar mis gemidos y los ojos perdidos en la opacidad de la habitación con la que me sentía a punto de fusionarme. Parpadeé un par de veces y luché por recuperar el sentido que me había expropiado al hacerme detonar.

Sus labios buscaron los míos en la oscuridad y los encontraron con un beso implacable y exigente que materializó el caos que él mismo había sembrado en mi mente minutos antes. Sin que tuviera tiempo a reaccionar, me tomó por la cintura y, con agilidad, me irguió hasta dejarme de rodillas en la cama.

El aroma que desprendía resultaba tan apetecible que no pude retener el impulso de acercarme y probarla directamente de su cuello. La impasibilidad con la que recibió el primer lametón titubeó en cuanto notó el cariz juguetón con el que empezaba a descender hacia su clavícula y, a posteriori, sus pectorales. Le oí contener una respiración y ponerse sumamente rígido cuando flexioné las piernas y bajé todavía más, con la intención de encontrar la suntuosa erección.

Cuestión de un par de segundos, eso fue todo lo que tardó en volver a recuperar el

control y ejercer su autoridad sobre nuestro campo de batalla. Lo hizo tan rápido que no pude siquiera reaccionar, con una dominancia que, pese a haber percibido en él en más de una ocasión, nunca había osado aplicar en mí.

Me dio la vuelta como una peonza y me dejó de espaldas a él, recta contra su torso, que bajaba y subía con violencia.El azote que me propició como advertencia resonó en el mutismo de la habitación y, pese a que me mordí los labios con tal de no dejar escapar un quejido, mi cuerpo reaccionó erigiéndose al golpe que, lejos de distender el ambiente, lo hizo más y más denso. Incluso en la quietud en la que nos encontrábamos, todo rebosaba puro descontrol; la forma en la que me estrechaba contra él, la sed que teníamos y pretendíamos aplacar bebiendo el uno del otro y esa invitación subyacente con la que me ofrecía perderme en él.

Me mordí el labio cuando, tras depositar un camino de besos en mi nuca, hundió la nariz en mi cabello enmarañado e inhaló hondo. Me encorvé contra él, mendigando un poco más de aquel contacto exquisito con el que me había deleitado hacía no mucho, y comencé a contornearme contra su erección, que reaccionó de inmediato.

Una sonrisa traviesa apareció en mi rostro cuando, al incitarlo a guiar mis movimientos, lo oí mascullar entre suspiros fervorosos. Cautivo por la misma excitación que me carcomía, me hizo entreabrir las piernas para facilitarnos el acceso. Entonces, acompañó a mis dedos hasta mi abertura y me indujo a tocarme bajo su supervisión.

Eché la cabeza hacia atrás cuando me tiró del cabello y jadeé ante el contundente mordisco que me propició en el cuello. El compás al que nos movíamos marcaba una sintonía lasciva y perversa capaz de emborrachar hasta el juicio más lúcido, manteniéndome enajenada de la realidad y enfocada en satisfacer mis deseos más egoístas.

—Sigo esperando a que me hagas pedir clemencia. —Mi voz sonó achispada al pronunciarme.

Discreta y cautelosa, pero empañada por el vicio de ambos, su risa chocó con mi nuca e hizo que me contrajera por dentro. De repente, un cambio de peso en el colchón me alertó de que salía de la cama. Lo observé con atención hasta que su silueta se fusionó con la lobreguez de la habitación y no pude hacer más que escuchar cómo se movía por ella.

Se acercó a la mesilla y tomó lo que supuse que había dejado sobre ella tiempo atrás, antes de sacarme la venda. Le oí abrir el envoltorio de plástico del preservativo y, tras unos segundos, cómo se acercaba y se subía a la cama de nuevo.

La delicadeza con la que se cernió sobre mí y acercó nuestros rostros hasta dejarlos a apenas unos milímetros contrastó de forma burda con ese característico olor suyo, chispeante y mordiente, que colisionó con mis sentidos y me sumió en un estado de embriaguez, de esos que causaban una resaca de aúpa al día siguiente.

Me hice pequeña cuando apresó las ondas de mi cabello entre sus dedos y, en un gesto que solo podía catalogar de cautivador y profundamente desconcertante, rozó su

nariz con la mía. La devoción con la que acarició mis labios con los suyos hizo que contuviera el aire en los pulmones y el mordisco que le siguió, que me olvidase cómo sacarlo de ellos. Sus dientes tiraron de mi labio inferior con suavidad una vez tras otra, hasta que la paciencia de ambos quedó tan afectada por nuestra propia excitación que terminó derramándose.

Hundió la cabeza en la almohada cuando su miembro se deslizó en la humedad de mi entrepierna sin apenas esfuerzo. Cada movimiento de su pelvis hacía de sus jadeos un gruñido feroz capaz de ahuyentar todo pensamiento racional que surcara mi mente. Y, todo lo contrario: despertar delirios exquisitos y sacar a flote pretensiones y deseos que creía olvidados.

Sus dudas se sintieron tangibles cuando me enrollé a su cuello y me perdí en la amplitud de sus hombros, tanto que pude percibir cómo se hacían pequeñas, casi inexistentes, contra la yema de mis dedos. El debate que tenía consigo mismo era perfectamente audible para mí incluso si él pretendía encerrarlo entre las cuatro paredes de su mente. Hablaba del esfuerzo inmenso que hacía el poco raciocinio que le quedaba por no perderse en mí y, por tanto, perderse a él en el proceso.

La posibilidad para nada remota de que me rechazara como tantas otras veces se me pasó por la mente en varias ocasiones, pero eso no hizo que me detuviera.

Ese hermetismo habitual en él empezó a desmoronarse cuando volví a unir nuestros labios casi en un ademán de pedirle permiso para continuar, mas fue su poca capacidad de resistirse lo que causó que cayera a pedazos. Ahogué un suspiro cuando, como respuesta, recibí un beso de vuelta que nada tenía que ver con el que yo le había dado.

Me besaba como si se creyera capaz de engullirme y me lamía de arriba abajo con la intención de no dejar un solo centímetro de mí que no se conociera con la punta de la lengua.

El cosquilleo que me recorría se convirtió en un huracán cuando clavó sus dedos en mis muslos y empezó a moverse a estocadas profundas, como pretendiendo llegar a mi abismo. Indecente, ese era el único término posible para describir la forma en la que ese montón de exhalaciones escapaba de mi boca cada vez que su miembro entraba y salía de mi interior. Y vergonzoso también, sobre todo cuando sentí cómo sus labios se curvaban en una sonrisa de satisfacción mientras me besaba.

Ni siquiera el pudor hizo que retrajera los impulsos a los que me abocaba el placer. Alcé las caderas y las removí contra él, invitándole a convertir esa dulce fricción en el contacto duro e intransigente que ambos deseábamos. Repetí el movimiento cuando, tras algunos segundos, no atendió mis requerimientos, y esta vez lo hice con toda la intención de provocarle, de hacerle perder los estribos.

Me arqueé y empecé a bambolearme contra él a un ritmo devastador que tan pronto dejaba su glande a las puertas de mi entrada como hacía que nuestros sexos colisionaran con brutalidad. Acerqué los labios a su oreja y me ocupé de que escuchara el placer que me daba directamente de mi boca. Primero fue una mera incitación,

suspiros suaves que rozaban su lóbulo y le hacían relamerse. Luego aumenté el grado de estos hasta convertirlos en unos gemidos impúdicos que, a juzgar por el sonido de su respiración, lo afectaban profundamente.

En ese preciso instante, me di cuenta de que acababa de tirar por la borda los pocos resquicios de contención que le quedaban. El ardor de las palmas de sus manos al enlazarse con las mías y el tacto aterciopelado de las sábanas mientras me las guiaba hasta el cabecero de la cama era enloquecedor.

Supe que una pérfida sonrisa se adueñaba de sus labios, pese a que no podía verla, en el momento en que mis dedos se encontraron con la gelidez propia del metal; sin embargo, aquel hecho no menguó mi calma, sino que afianzó mi seguridad. Me agarré con fuerza a los barrotes metálicos y lo esperé complaciente, sabiendo que no había necesitado que pronunciara una sola palabra para hacerme una idea de los sucios pensamientos que le surcaban la mente.

Una vez se aseguró de que estaba bien sujeta, afianzó sus manos en mis glúteos y me levantó ligeramente, haciendo desaparecer cualquier atisbo de delicadeza que quedara entre nosotros.

El corazón empezó a bombearme con brutalidad hasta el punto en que me planteé estar sufriendo una taquicardia fulminante cuando, mientras se hincaba en mí con movimientos febriles, su boca volvió a cubrirme los pezones y a chuparlos con fuerza hasta dejarlos duros e hipersensibilizados. El instinto me pedía a gritos que mis manos abandonasen los barrotes y lo buscaran entre aquella lóbrega oscuridad con tal de poder sostenerme a él en caso de desfallecer.

La voz se me quebró a medio camino cuando enterró los dientes en esa porción de piel rosada de mis pechos a la que tanto gusto le estaba cogiendo. Lo hizo con una dulzura que se diluía entre sus ganas de corroerme. Entre las que tenía de hacerme suya de todas las maneras posibles.

Se recreó en ello tantas veces como me hizo subir a la cima del placer más agudo que hubiera experimentado, hasta que mi cuerpo no pudo más. Empuñó mi cabello y entonces, ya sin capacidad de pronunciar una sola palabra coherente, me derretí frenéticamente.

Si su redención implicaba mi condena perpetua, entonces pasaría el resto de mi vida en el Purgatorio.

La lentitud con la que se movían manecillas del reloj que ocupaba el centro de la oficina se habían convertido en una tortura cuando Heaven entró en el lugar a voz en grito y con pintas de no haber pegado ojo en toda la noche.

—Lo tengo, lo tengo, ¡lo tengo!

Pestañeé varias veces cuando me puso el móvil frente a las narices. Tras él, Heaven me miró expectante, con los ojos hinchados y las ojeras tan pronunciadas como las

carpas de un circo.

—He encontrado el hilo que buscaba, mira —me señaló.

Le saqué el teléfono de las manos para mirar con mayor detalle. La aplicación de Instagram estaba abierta y mostraba el perfil de una tal Grace Lewis. No había mucho que decir, era el típico perfil de redes sociales que tenía cualquier chica atractiva de nuestra edad. Fotos que pretendían ser casuales pese a tener mayor enfoque artístico detrás que un plano de Hollywood, cuadradas dentro de un plano estético y cromático que coordinaba a la perfección con el resto del perfil.

Lo único que llamaba la atención eran las últimas tres publicaciones. Tenían un aspecto mucho menos cuidado en comparación al resto. Además, en todas ellas se leía un enorme *hashtag* que rezaba «Salvad a Grace Lewis».

—No sé si realmente quiero saberlo, pero ¿quién es Grace Lewis?

—¿Recuerdas el caso de las chicas desaparecidas en la periferia de la ciudad? —Asentí—. Grace es una más de ellas. La prensa no ha cubierto su desaparición porque tenía un expediente un poco rebelde en el pasado y la policía sostiene que se ha podido escapar voluntariamente de casa, pero…

—¿Pero…?

—Grace, a diferencia de muchas de las otras chicas, sí tiene una familia. Su hermana mayor, Emily, está revolucionando las redes sociales para reivindicar su desaparición. Dice que la policía solo se está sacando estos casos de encima porque atañen a personas de una baja esfera social y, por lo tanto, es algo menos lucrativo e interesante para los medios.

»Está armando una buena en redes. Ha organizado varias manifestaciones para poner en boca de todos lo que está pasando. Habla de las recientes desapariciones dentro de esos mismos barrios, todos pobres, y la cantidad de chicas que aparecen y desaparecen sin que nadie diga ni pío —añadió—. He contactado con ella y le he dicho que nosotros, desde *Los Ángeles Inquirer*, sí queremos conocer su versión y darle voz.

Hice uso de toda mi capacidad de razonamiento para conectar la metralla de información de Heaven.

—¿Que has hecho qué? —dije atónita—. ¿James lo sabe?

—No, pero ¿desde cuándo eso nos importa en lo más mínimo? —Se alzó la montura de las gafas—. He programado una entrevista con Emily esta semana y me gustaría que me acompañaras.

—Nos estamos metiendo en un berenjenal de tres pares de narices.

—Es nuestra especialidad, ¿no? —Se rio.

—Connor va a matarme, pero cuenta conmigo.

22

El vestuario del equipo poseía la particular capacidad de abofetearme hasta dejarme del revés en cuanto entraba por la puerta. O lo que era mejor; el olor fétido, producto de la conglomeración casi claustrofóbica de esa panda de mandriles bañados en sudor, tenía el poder de hacerlo. Por suerte, lo único que quedaba de él en ese momento era una reminiscencia ligeramente esparcida en el ambiente, tan difusa que, al llegar, ni siquiera logró aturdirme.

La taquilla de Elliot me sirvió como punto de apoyo mientras esperaba a que terminara de ducharse, al otro lado de la pared.

—Creí que tu padre no querría volver a verme después de lo que pasó la otra noche.

—¿Por confundirle con mi tío? Le pasa a la mayoría, no me extrañaría que mi madre y mi tía se hubieran confundido de marido en alguna ocasión. —Su risa quedó camuflada entre el ruido del agua. La mía en cambio resonó en el vestuario, vacío a excepción de nosotros—. No sé qué hiciste en mi ausencia ese día, pero mi padre ha cogido una fijación con que vayamos a comer con él desde entonces.

Tenía serias dudas acerca de que mi participación en la previa a la cena fuera la verdadera razón por la cual Jayden tenía interés en conocerme más de lo que había hecho hasta la instancia, pero preferí no decirlo en voz alta.

—El bufete cerrará una operación de M&A en la que mi padre lleva trabajando desde hace meses el jueves de la próxima semana, y quiere que vayamos a comer con él al acabar. La forma más rápida de llegar a las oficinas es en coche, así que podría ir a buscarte a donde me digas.

—¿En qué parte de Los Ángeles está? —pregunté. El vapor de la ducha había generado una densa capa de humedad en el ambiente que a esas alturas ya comenzaba a rozar lo sofocante—. Puedo ir en metro cuando acabe las clases.

—No te lo recomiendo. Siendo optimistas, y obviando que los retrasos del transporte público están a la orden del día, tienes más o menos hora y media de trayecto desde aquí hasta Downtown —me comentó en la distancia, mientras cerraba el grifo—. Si a eso le añades otros factores, como que será jueves a mediodía y que lo más probable es que el tráfico colapse el centro de la ciudad para entonces, no parece la decisión más inteligente, ¿no crees?

Apareció ante mí tras aquellas últimas palabras, con una sonrisa espléndida de esas que requerían de maestría para no hacerte parecer un estúpido ante el resto y con una toalla de microfibra enrollada en las caderas que a duras penas lograba cubrir su desnudez. Sus hombros parecían incluso más anchos ahora que podía compararlos con lo estrecho de su cintura, en la que se marcaban músculos que no creía haber estudiado nunca en Anatomía.

—¿Ves algo que te guste?

Sus ojos, oscuros y vibrantes como zafiros, funcionaron como un escáner. Me miraron como si poseyeran la capacidad de ver a ojo nudo los pensamientos que iban de un lado a otro de mi mente como una pelota de pimpón. Como si pudiera procesarlos hasta hacer de ellos una breve síntesis de datos codificables.

—No creo que se pueda rescatar nada mínimamente decente de ti.

Una suave e incluso apacible sonrisa acompañó a la forma en la que arqueó las cejas ante mi respuesta, muestra de que la huella que había dejado en su cuerpo al devorarle con la mirada era mucho más potente que toda aquella indiferencia y veneno que pretendía destilar con palabras.

Las diminutas gotas que rezumaban de sus rizos se unieron al rastro mojado que sus pies descalzos dejaban sobre los azulejos del suelo hasta formar un reguero débil, pero perfectamente visible. A sus movimientos desasosegados le acompañaba, además de aquella mueca que me costaba horrores interpretar, un chapoteo producto de cada paso que daba en mi dirección.

Me hice a un lado de su taquilla con la misma tranquilidad ceremoniosa con la que Elliot se había acercado a mí, mas no le quité el ojo de encima. La garita emitió un sonido seco cuando introdujo la combinación y chirrió en cuanto la abrió.

Una maniobra ágil hizo que la toalla que se sujetaba a sus caderas cayese automáticamente al suelo, y que yo me diera la vuelta ipso facto con tal de no ver más de lo que ya había visto. Resoplé por lo bajo mientras le oía ordenar el interior de la taquilla.

La extrema lentitud con la que se vestía, como si no tuviera ninguna prisa pese a que yo sí la tenía por salir de ahí y él lo sabía, sumada a esa risa que oía a mis espaldas y que trataba de ignorar sin éxito, consiguió tirarme de la lengua.

—¿De qué te ríes? —inquirí de sopetón, aunque mi yo interno me reprendió de inmediato por hacerlo. Por permitir que una acción suya interfiriera en una mía.

—No lo sé. Supongo —dijo mientras terminaba de vestirse. O eso esperaba— que me diviertes.

—¿Y se puede saber qué hago que sea tan divertido? —repliqué, aún sin darme la vuelta—. Y vístete de una vez, tengo prisa.

El golpe con el que cerró la garita quedó ensordecido por el suspiro que soltó a continuación y que, a mis oídos, sonaba como una prolongación de su carcajada.

—La situación me parece graciosa. —La forma en la que pronunció cada palabra, como si en ellas residiera una confesión que se esmeraba por callar, hizo que me diera la vuelta y lo confrontara—. Los esfuerzos que haces por odiarme y hacer que te odie me lo parecen, incluso los que yo he hecho por odiarte a ti y que tú me odies a mí. Porque creo que ninguno de los dos lo conseguimos.

El aura que lo envolvía se hizo densa cuando se acercó a mí y sentí cómo un impulso irrefrenable por apartarme de él y coger aire tomaba mi cuerpo. No obstante, no lo hice.

Elliot no terminó de acortar la distancia que nos separaba. Por lo contrario, se limitó a reclinar todo su peso en la taquilla contigua —de tal manera que creí que su hombro la abollaría— y me observó de frente con aquel par de ojos que se esforzaban por ver en mí todo lo que yo era capaz de entrever en él.

—Blake —mi nombre salió de entre sus labios como un susurro—, ¿por qué no me odias?

La pregunta del millón para la que no tenía una buena respuesta.

Elliot Hayes me había parecido un imbécil desde el mismo momento en que le vi por primera vez, incluso antes siquiera de que intercambiáramos una sola palabra. Poseía ese tipo de perfección que captaba la atención de inmediato y de la cual no podías librarte sin antes emitir un juicio, con el tono justo de rubio que uno esperaba conseguir tras gastarse cientos de dólares en la peluquería, sin un solo tirabuzón fuera de su sitio —pese a que su cabeza lucía como el nido a medio construir de un pájaro bipolar— y aquellos ojos ligeramente rasgados que se percibían como el filo de un cuchillo al cruzarse con ellos.

Se lo presentía a kilómetros de distancia porque todo él era una cuestión de impacto: la seguridad con la que campaba a sus anchas y gracias a la cual se sentía en la potestad de mirar a los demás por encima del hombro, y ese posado arrogante y vanidoso que decía mucho más de él de lo que él mismo podría decir jamás.

Comportamientos engreídos por parte de ambos, vídeos a traición, disculpas todavía en el tintero, chantajes, comentarios hirientes y ese tira y afloja que llevábamos a cabo al borde de un acantilado y en el que los dos corríamos el riesgo de caer. Sí, nos habíamos ocupado de tirar leña al fuego para que ardiera más rápido y con más fuerza sin plantearnos en ningún momento la posibilidad de fracasar en el intento. Y es que hasta eso lo habíamos hecho mal.

El único Elliot que era capaz de odiar era la versión de él que elucubré en la distancia, bajo cientos de pretextos, y que existía únicamente en mi mente. La versión que él mismo se encargaba de proyectar a los demás y que todos nos creíamos porque, para desmontarla, se requería extralimitar esa distancia y acercarse, y nadie quería hacerlo. Nadie quería ver a través de Elliot y él se aprovechaba de eso.

O se refugiaba en eso.

A fin de cuentas, no me equivoqué al pensar que era un imbécil. Solo lo hice al creer que yo era mejor que él.

—No lo sé, supongo que porque me faltan un par de tornillos. Quiero decir, estoy en el vestuario de hombres, que huele a culo de mandril, manteniendo una conversación profunda con el idiota que permitió que su amigo esparciera vídeos míos por la universidad y resulta que ya no puedo decir ni que me cae un poco mal —dije con una media sonrisa escapándoseme—, porque resulta que empieza hasta a caerme bien. ¿Qué otra explicación podría haber?

Sus rasgos se contrajeron durante una milésima de segundo y, entonces, me pareció

ver cómo salía a flote ese Elliot débil y desvalido que la cercanía me había enseñado a apreciar y la experiencia a dejar ir. Porque desaparecía tan rápido como llegaba, tan rápido como él era capaz de reconstruirse.

—La verdad es que siempre sospeché que estabas como una regadera. —Curvó esos endiablados labios en un mohín que se me hizo de lo más contagioso—. Entonces, ¿cuento contigo para el jueves a las doce, en mi plaza de aparcamiento?

Asentí con una mala gana fingida.

—Está bien.

—Genial —musitó pensativo y yo estudié el comportamiento de sus rasgos en aquel insólito estado de relajación en el que se encontraba. Visto de esa manera, Andre y él compartían un parecido abrumador. La diferencia yacía en que el primero era simple y llanamente perfecto, y Elliot pecaba de poseer detalles que desentonaban en su aspecto y de no ser impecable. Y eso era, con total probabilidad, lo que lo hacía tan irresistible: ese montón de pequeños detalles que, aunque desentonaban, le daban ese aspecto fiero y salvaje—. ¿Dónde me has dicho que te ibas?

—No lo he dicho —reí—. En breves me iré al trabajo.

—¿Quieres que te lleve? No está tan lejos y tengo tiempo libre.

Levanté la mirada de golpe al oírle y casi titubeé al chocar de nuevo con esa confianza que me garantizaba que no estaba bromeando.

—Creo que será mejor que no. —Le miré a los ojos, indagando en su interior en busca de algo que me garantizara que bromeaba. No lo encontré—. Tengo que irme, pero nos vemos en otro momento . Ah, y deja de ser tan simpático, Elli. Me da grima. Y miedo, más que tu faceta de gilipollas habitual.

Las pequeñas gotas que cubrían la superficie de cristal se deslizaron por el tallo de mi copa hasta llegar a la base y filtrarse entre mis dedos. Pese a que la frialdad del roce hizo que mi piel reaccionara al instante, mi subconsciente tardó al menos el doble de tiempo en responder.

La escala de colores que podía advertirse en mi Tequila Sunrise, que iniciaba con un tono ambarino que se diluía de forma gradual hasta alcanzar un llamativo y fulgurante bermellón, seguía intacta cuando salí de mi estado de ensimismamiento y me trajo a la memoria los atardeceres estivales que había presenciado en las playas de Santa Mónica.

—¡Abran paso que llega la segunda ronda!

Alek avanzó hacia nuestra mesa, haciendo juegos de equilibrio con una bandeja repleta de chupitos y una sonrisa de pura y pecaminosa diversión en los labios que, pese a ser contagiosa, vaticinaba un desenlace menos alentador. Uno húmedo y pegajoso para mí, que me encontraba justo en su punto de mira y sería la única receptora del trágico final de aquellas bebidas si seguía jugando con su estabilidad.

No pude hacer más que dar un respingo hacia atrás y entrecerrar los ojos, en un

intento de obviar el desastre que se aproximaba a cámara lenta hacia mí.

—Qué poca fe me tienes, mujer. ¿No ves que yo controlo? —me dijo una vez retomó su asiento a mi lado. A continuación, me dedicó un guiño que me hubiera derretido de no ser porque había desarrollado algún tipo de inmunidad a los rompecorazones como él—. ¿Todavía no te has terminado eso?

El vistazo que le echó a mi copa hizo que yo también dirigiera mi mirada hasta ella y me diera cuenta de que, en efecto, seguía igual a cuando la ordené, hacía más de un cuarto de hora.

—Estoy en ello.

—Nena, si estás en ello es que, directamente, no estás. Hazme caso. Así que, si me permites... —respondió con una sonrisa lobuna que le iba de mejilla a mejilla. Entonces, cogió un par de chupitos de la bandeja y me los puso enfrente—. Voy a ocuparme de ponerte a tono.

—¿Pretendes emborracharla o qué? —La risilla con la que Connor acompañó su pregunta denotaba que, en realidad, el asunto le hacía poco menos que gracia.

—Corrección. —Los ojos de Alek relucían como esmeraldas bajo la cálida luz del local—. Pretendo emborracharnos, en plural e incluyéndome.

—Paso —Demian apartó el par de chupitos que su amigo le ofrecía—. Mañana tengo clase.

—¿Y? No creo que debas preocuparte por eso. Dicen que las mayores locuras se cometen estando borracho, pero tú decidiste estudiar necrofilia por voluntad propia.

—Medicina forense. —Sus labios se tensaron ante la crudeza con la que pronunció cada palabra y, por un momento, sentí cómo ese cascarón de desinterés y escepticismo en el que se encerraba se resquebrajaba—. Te he dicho mil veces ya que estudio medicina forense.

—Pues lo que yo decía, que te va eso de meterle instrumentos alargados y punzantes a cadáveres. —Las gesticulaciones de Alek, que bien podrían encarnar las incisiones inequívocas de un forense como también podrían ser una reproducción grotesca de la escena más caricaturizada de Hitchcock, lograron que Demian saliera de esa burbuja de silente melancolía que lo mantenía enajenado del exterior. No obstante, y antes de que pudiera replicar, volvió a redirigir su atención en mí—. ¿Has jugado alguna vez al *Yo Nunca*?

—Hasta caer redonda —afirmé.

Su sonrisa se curvó de forma maligna, casi diabólica.

—Genial. Un chupito por cada cosa que hayas hecho. Y no vale si lo echas fuera —me advirtió. Luego, y con la misma emoción infantil con la que un niño buscaba sus regalos de Navidad bajo el árbol, sondeó los ánimos del resto de los integrantes de la mesa—. ¿Quién empieza?

El aleteo de una mosca por encima de nuestras cabezas hubiera hecho más eco que nuestra respuesta, teniendo en cuenta que esta consistió en un silencio del que todos

fuimos partícipes de algún modo: la actitud indolente de Demian, la omisión premeditada de Adler, el ademán distraído de Connor y mis intentos por emular cualquiera de las otras tres conductas.

—Está bien —concluyó Connor. Arrastró los codos por la superficie de la mesa, alzó el vaso de chupito como si estuviera por proponer un brindis y clavó su mirada en Alek —. Yo nunca he corrido desnudo por la calle y he acabado pasando una noche en la cárcel por exhibicionismo público.

—Ni siquiera voy a justificarme. —Alek se llevó el vaso a los labios y se bebió su contenido de un trago, con los ojos chispeantes todavía fijos en Connor—. Yo nunca, pero nunca, nunca, nunca, me he perdido en el aeropuerto yendo con mis amigos y he terminado pidiendo auxilio a los guardas de seguridad para que los avisaran por altavoz.

—¡Salud! —exclamó Connor segundos antes de vaciar su primer chupito y dejarlo sobre la mesa—. Pero tengo que decir a mi favor que yo no me perdí, os perdisteis vosotros y no pude encontraros.

Juguetona y espontánea, la risa que se filtró en el oscuro rincón en el que se hallaba nuestra mesa fluyó de la boca de Adler cual río al desembocar sus aguas en el mar, haciéndome perder el hilo de pullas que Connor y Alek se lanzaban. Su melodía era suave a la par que decadente, y emergía de entre las sombras, al igual que su silueta.

—¿Y tú de qué te ríes? —Connor esbozó una mueca histriónica que clamaba venganza.

Adler, que hasta entonces se había limitado a observar el barullo que sus dos amigos protagonizaban desde su butaca, se cernió sobre la mesa con una indiferencia que no necesitó de palabras para darse a entender.

—Solo admite, que si no has perdido la cabeza todavía, es porque la tienes pegada a los hombros. —La oscuridad que habitaba en sus ojos, y que solo podía equipararse con la del ónix, vibró al expresarse e hizo que cada sombra en ellos refulgiera con la intensidad de cualquier otro color.

—Oh, disculpe, Don Adler Hayes "el perfecto" —El tono ofendido que usó Connor hizo que las carcajadas volvieran a brotar en la mesa—. Prepara el chupito, que esta va por ti aunque bebamos todos —lo amenazó Connor—. Yo nunca he perdido de vista las maletas de mis amigos, los he dejado sin teléfono ni tarjetas, y los he arrastrado a hacer de *strippers* en una despedida de soltera para intentar arreglarlo.

Observé cómo los cuatro se alzaban y brindaban entre risas y miradas desconcertantes de las cuales solo supe sacar una cosa en claro: por muchas imágenes mentales que tratara de figurarme sobre lo que pasó, ninguna sería nunca la mitad de surrealista que lo que sucedió en realidad.

Los chicos se estremecieron ante el último sorbo, señal de que o el licor empezaba a irritarles la garganta o los recuerdos sabían demasiado amargos para su paladar.

—Me da hasta miedo preguntar —admití a media voz, justo antes de dar rienda

suelta al «modo Blake»—, pero ¿qué pasó?

—Pues no lo sabemos con exactitud, pero Adler ha ido mejorando su respuesta con el tiempo, así que quizá a ti te dé una más convincente esta vez. —Connor le lanzó una mirada fulminante—. Venga, chico listo, cuéntale cómo las maletas desaparecieron por arte de magia de donde estaban sin que te dieras cuenta.

Los ademanes que Adler hacía por contestar dejaron en entredicho sus próximas palabras antes siquiera de que las pronunciara y mostraron sus intentos desesperados por recuperar el control de la situación.

—No desaparecieron—dijo en un tono lapidario con el que pretendía cerrar cualquier atisbo de duda. Entonces, sus ojos se posaron en mí—, me las robaron. Y fue por su culpa. El vuelo se nos atrasó y aterrizamos pasada la madrugada, así que propuse coger un taxi hasta el hotel, pero —puso énfasis en esta última palabra antes de continuar y oí cómo el resto soltaba un suspiro al unísono, como si supieran de antemano lo que iban a escuchar— no hubo manera de convencerles, porque decían que nos saldría por un ojo de la cara a esas horas. Así que Alek, que se suponía que *conocía* la ciudad y era quien iba a guiarnos, nos llevó hacia el metro porque, en teoría, sabía cómo llegar desde ahí.

»Acabamos en un suburbio en la otra punta de Las Vegas, en dirección contraria a donde íbamos en realidad y metidos en un hostal en el que solo se hospedarían proxenetas, intermediarios de un cártel o asesinos en serie de niños . Y todavía les extraña que me robasen mientras intentaba llegar a un acuerdo con el propietario para que nos dejara pasar la noche allí, cuando lo normal habría sido que acabara con un par de puñaladas en el bazo.

—Tío, te estás olvidando de contar la parte más importante de todo: ¡cuando se te ocurrió la genial idea de vendernos como carnaza a una despedida de soltera! —le dijo Connor, teatralizando sus movimientos—. ¡Joder, Adler, detalles! ¡Que lo son todo!

—Oye, ¿y si dejamos ya el temita? —se interpuso Demian, con tal rigidez que creí que se había convertido en una gárgola.

La curiosidad que carcomía estuvo por hacerme caer en el impulso de mandarle a callar con tal de oír el final de la historia; sin embargo, el silencio de los otros tres chicos, cuyas risas cesaron tan pronto él se pronunció al respecto, instauró el mío propio.

—No sé a quién le toca, pero estáis muy callados, así que tomaré yo el turno. —Alek se frotó las manos, en un gesto que anticipaba los efectos perversos que pretendía surtir con sus próximas palabras—. Yo nunca he estado esposado, sea cual sea el motivo.

Traté de disimular mi sorpresa al ver que todos, a excepción de Connor, bebían en esta ronda.

El whiskey ondeó en el interior de mi vaso cuando, pensativa, lo hice rotar sobre su eje. No tenía cien por cien claro si mis juegos con Midnightemptation entraban en la categoría, dado que en ningún momento había usado unas esposas para atarme, aunque era evidente que había acabado algo más que *atada* en varias ocasiones.

Reprimí un estremecimiento cuando el licor me acarició las papilas gustativas para

después quemarme la garganta.

—Vaya, vaya, así que tenemos a una chica mala entre nosotros. —Me codeó el moreno a mi lado—. ¡Y Connor que estaba tan preocupado por si te pervertíamos!

—Para pervertirme primero tendría que ser inocente, y soy de todo menos eso —aclaré en el mismo tono jocoso que él había usado al dirigirse a mí y, automáticamente, Alek soltó un vitoreo.

—Entras pisando fuerte, eh. ¡Me gusta! —Palmeó la mesa con entusiasmo, quizá algo afectado por sus últimos tragos—. En ese caso, la siguiente ronda es toda tuya, princesa.

La atención cayó sobre mí en ese preciso instante y no tardé en ser consciente de que, tras aquellas sonrisas que me ofrecían, se sustentaba la creencia de que yo era incapaz de romper un plato. Así que, ni corta ni perezosa, les devolví la sonrisa que esperaban de mí y me convencí de que les enseñaría que yo no rompía platos, sino vajillas enteras.

—Yo nunca he practicado BDSM y me ha terminado gustando —solté de sopetón, llevándome el vaso a los labios.

Incredulidad, eso era lo único que pude leer en Connor cuando volvimos a hacer contacto visual. Y supuse que él leyó *seguridad* en la mía, pues lo siguiente que percibí fue pasmo.

—¿Sorprendido? —le pregunté. Sus facciones estaban congeladas y tirantes, como si hubiera visto un fantasma.

A nuestro alrededor, risas ahogadas producto del alcohol y una única verdad: todos le pegaban un sorbo a la bebida.

—Un poco —admitió—. Desconocía esa parte de ti.

—Tampoco me lo habías preguntado. —Reinterpreté el papel de niña buena con el que opté por complacerles segundos atrás—. ¿Y tú? ¿No vas a beber?

Las comisuras de sus labios se curvaron despacio e hicieron un amago por consumarse en una sonrisa. No obstante, lo único que hizo al final fue responder con un casi inaudible «touché» y llevarse el recipiente a los labios.

—Joder, Connor, ¿y te daba miedo que la corrompiéramos? —vociferó Alek—. ¡Pero si Blakey vibra en la misma frecuencia que nosotros!

Quince minutos y una ronda de chupitos más tarde, lo único que era capaz de sentir era calor. Auténtico bochorno por dentro y por fuera. Sobre todo en el pecho, porque enterrado en lo más profundo de él, existía un pequeño infierno que me abrasaba hasta el alma. Y un mareo agradable, de esos que producía el alcohol y de los que no te dejaban cien por cien indispuesto, sino que te aceleraba el ritmo cardíaco y nublaba solo aquella parte de tu juicio que necesitabas rehuir. Que desconectaba el cableado adecuado en el momento oportuno para evitar un cortocircuito.

El resquemor que el tequila había dejado a su paso con cada chupito resultaba imperceptible ahora que ya había perdido la cuenta de todos los que había tomado. Ahora que ni las preguntas más incómodas y comprometidas lograban sacarme los colores, porque el alcohol los había vuelto permanentes en mis mejillas. Ahora que los

grados del licor no eran lo único que conseguían subirme la temperatura.

—Yo nunca me he imaginado a ninguno de los jugadores actuales desnudo. —Alek reclinó su peso en el respaldo del sofá, satisfecho por su última fechoría.

Mi estado de ligera ebriedad reaccionó a la torpeza con la que se llevó el chupito a los labios y derramó parte de su contenido, resiguiendo la línea de su mandíbula y resbalándole por el cuello, con una risa incontrolable que no cesó ni cuando me llegó el turno de beber a mí también.

—Sabía que todos me habías imaginado en pelotas, bastardos —se mofó de tal forma que lo creí capaz de perder el equilibrio incluso estando sentado—. Pero ¿y tú, Blake? Espero que tengas la imaginación bien desarrollada, porque uno como yo ni en las mejores fantasías.

—La tengo muy fructífera —acepté sin medir las consecuencias de lo que iba a decir a continuación—, me ha dado para imaginaros a todos.

Las miradas chispeantes de los presentes, que estaban más o menos igual de perjudicados, se focalizaron en mi persona y yo sentí que una fuerza ajena a mí me hundía en la butaca. Aunque, pensándolo bien, quizá eran los pocos resquicios de cordura que me quedaban intentando hacerme un favor.

—¿Qué? Me dais alcohol y os ponéis a hablar de *stripteases*, ¿en qué queríais que pensara? ¿En unicornios? —me burlé.

Los altavoces ubicados en las esquinas del bar expulsaron con agresividad las notas más altas de la siguiente canción e hicieron que el local entero se estremeciera.

—Ah, ¡adoro esta canción! —Me llevé la mano al oído para evitar que la falta de modulación con la que Alek hablaba terminara por reventarme el tímpano. Entonces, y tras voltearse hacia la pista con el mismo entusiasmo con el que lo haría un perro al ver volar una pelota en su dirección, me tendió una de sus manos—. Tú, la pista y yo. ¿Qué opinas, chica imaginativa?

Me hubiera gustado decir que tardé un par de segundos en decidirme, pero la verdad era que lo tuve claro en cuanto mi mirada pasó por primera vez de su palma a esa aguda sonrisa que centellaba en la oscuridad.

Los primeros acordes de guitarra de *She looks so perfect*, de 5SOS, guiaron nuestros pasos hasta la pequeña pista ubicada al final del local, pero fue el estribillo el que hizo que nuestros cuerpos acabaran sintonizándose.

Dije que sería solo una canción y, dependiendo de cómo lo contabilizáramos, así fue: una canción detrás de otra. Mi cabello parecía un estropajo a esas alturas de la noche y el maquillaje necesitaba una revisión urgente, pero no me importaba.

Me sentía tan viva que la muerte me temía.

—¿Crees...? —Las palabras de Alek se perdieron entre el bullicio, que canturreaba y saltaba con el mismo ímpetu que nosotros, y yo le hice señas para que se acercara—. Decía que si crees que a Elliot le molestará saber que te he sacado a bailar.

—¿A Elliot? —No fui consciente de la ironía con la que su nombre se posó en mis

labios hasta que volví a mirar a Alek e interioricé su expresión de perplejidad. Sacudí la cabeza y me apresuré a rectificar—: No tenemos ese tipo de relación, ya sabes a qué me refiero. Él me quiere así, ¡libre!

Asintió despacio, como si le costara asimilar que un derivado de libertad fuera precedido por el nombre de Elliot. Y no podía juzgarlo, porque la verdad era que esas dos palabras no solían ir de la mano. Más bien todo lo contrario.

—No tienes de qué preocuparte, ¡de verdad! Elliot no es la mitad de amenazante de lo que parece...

—¿Cómo vais por aquí? —Connor apareció tras de mí y me acercó de un tirón—. ¿Lo estáis pasando bien?

—¡Todo genial! ¿Verdad, Blakey?

Asentí arrítmicamente, pese a que la sensación de dureza de su torso contra mi espalda me creaba una bruma mental.

—Perfecto. Oye —añadió—, Demian te está buscando por no sé qué de unas llaves del piso.

—¿Llaves? ¡¿Qué llaves?! —Una mueca extrañeza surcó su rostro y lo arrugó de forma antiestética—. ¡Si las lleva él!

—Ni idea, pero será mejor que vayas. Ya sabes cómo es.

El bailoteo de Alek cesó al momento en que empezó a negar con la cabeza, como si se debatiera acerca de qué hacer a continuación. Finalmente, abandonó la pista a regañadientes.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunté cuando ya no fui capaz de divisar la cabellera atolondrada de Alek entre la multitud.

—Evitar que hagas algo de lo que puedas arrepentirte mañana.

—No iba a hacer nada —aseguré.

—Ya, pero Alek puede ser muy persuasivo cuando se lo propone. —El suspiro que escapó de sus labios no me pasó desapercibido, incluso si la música retumbaba en el establecimiento en un intento de hacerlo estallar—. En este grupo todos somos mucho menos inofensivos de lo que crees, B.

—¿Te incluyes? —inquirí con una ceja arqueada.

Me miró sin pestañear.

—Me incluyo.

—Genial, porque yo tampoco soy tan inofensiva como creéis. O como tú crees que soy. Así que no tienes de qué preocuparte. —La amenaza que le hice llegar entre palabras poseía la misma sutileza, más o menos, que la que él mismo usó para hacer a un lado a Alek—. Y bien, ¿bailas o vas a dejarme tirada después de ahuyentar a mi acompañante?

Una sabía que había bailado de más cuando el sudor hacía que el pie se le resbalara por

el puente del zapato y seguía caminando como si nada, pese a saber que los dedos le sobresalían tres centímetros de más por el hueco de la sandalia. Y si lucía una sonrisa de satisfacción, en vez de una mueca de dolor, era que había arrasado con la decisión.

Mi sonrisa era una de esas sonrisas. De las que cosquilleaban las comisuras de los labios y agitaban el alma. De las que hacían que los pies no te dolieran tanto como lo hacían en realidad y tomaban la función de escoba para los escombros más recónditos, que podían estar bajo la nevera o bien ocultos en el corazón.

El conjunto de sofás que rodeaba nuestra mesa se me hizo un oasis en medio del desierto, tan inalcanzable e irreal como las húmedas alucinaciones de un hombre sediento. Así que, cuando por fin llegué hasta ahí y comprobé que era tan real y material como mi evidente estado de ebriedad, me dejé caer en uno de ellos.

Vi cómo las puertas del Nirvana se abrían ante mí a medida que mi cuerpo se hacía a la comodidad del asiento y la hebilla del tacón aflojaba el agarre de mi tobillo.

—No te veo apenas cansada. —Me recibió Adler, mirándome de arriba abajo y calibrando el deplorable estado en el que me encontraba, gracias al cual suspiraba de placer solo con sentarme.

—No es por tirarme flores, pero soy una máquina —bromeé. No obstante, estaba tan catatónica que la carcajada fue suficiente para hacer que me estremeciera. Eché un ojo por encima de mi hombro y vi cómo, a lo lejos, Alek y Connor seguían dándolo todo incluso después de mi marcha—. ¿Y tú? ¿No bailas?

—No esta noche, al menos. —Echó la cabeza hacia atrás y, por un momento, lo vi perderse en el compás de la música—. Alguien tiene que mantenerse sobrio para que todos lleguemos de una pieza a casa.

—Así que esta noche te ha tocado ser el responsable.

—Me toca serlo más de lo que me gustaría, en realidad.

Reflexionar, dícese de la acción en la que uno pensaba y consideraba un asunto con atención y detenimiento para estudiarlo, comprenderlo y formarse una opinión o tomar una decisión. Qué fácil resultaba cuando uno tenía los cinco sentidos en órbita y qué difícil parecía ahora que solo podía ejecutar las tres últimas sílabas de la palabra: flexionar. Flexionar las rodillas, por supuesto, porque dadas las circunstancias actuales no sería capaz de mucho más.

Sin embargo, y por mucho que me empeñara en «flexionar», seguía faltándome la primera sílaba. La que cambiaba el significado completo de la palabra. La que debía hacerme reflexionar antes de hablar.

—Entonces me garantizas que mañana no me despertaré en un club de *striptease*, ¿no? —Las palabras salieron de mi boca sin pudor—. Porque sabiendo cómo terminasteis la última vez estando sobrios... No quiero ni pensar en qué pasaría ahora que más de la mitad del grupo está borracho.

Cejas alzadas, boca entreabierta y mirada desconcertante, la cara de Adler era un poema. Uno que no podía descifrar porque iba bebida, pero que me daba a entender

una sola cosa: necesitaría flexionar mucho de ahí en adelante.

El tiempo pasó mientras trataba de elaborar una respuesta a la barbaridad que acababa de soltar y, como consecuencia, sus facciones volvieron a relajarse.

—Pues no lo sé. —Apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia adelante sin apartar aquellos ojos oscuros de mí—. A ver, pídemelo en francés. Quizá así logres disuadirme.

—No serás uno de esos proxenetas, intermediarios de un cártel o asesinos en serie de niños de los que hablabas antes, ¿no? —contraataqué tan pronto fui capaz de reaccionar.

—¿Sabías que, antiguamente, las peculiaridades solían ser una fuente de oro inagotable para los circos? —Se inclinó hacia el frente en un gesto que derrochaba seguridad—. Pues imagina lo que podríamos hacer con una *stripper* que habla francés y simula una parálisis facial al mismo tiempo.

Lo miré con los ojos entornados, calibrando la velocidad con la que me lanzaba aquellos dardos para ver si así podía esquivarlos.

—¿Dónde has dicho que estaba ese hostal en el que te robaron las maletas? Tengo que ir a firmar el contrato con ellos hoy mismo.

—Así que te vas con la competencia —resopló.

—No, solo me voy con los que tienen las tarjetas —me jacté. El reflejo de mi sonrisa permanecía en la oscuridad de sus ojos cuando se cruzó de brazos sobre la mesa y se inclinó ligeramente en mi dirección—. Aunque podría contratarte como patrocinador, que veo que se te da bien.

—Acepto el trabajo siempre y cuando no acabe con puñaladas en el bazo.

Eco. El pequeño e insignificante ademán de su risa hizo eco en sus labios incluso si no llegó a dejarla escapar e incluso si no llegué a oírla. Fue un gesto espontáneo que necesitó de intencionalidad para suprimirse y, aún así, dejó un remanente de lo que podría haber sido en el ambiente. Un rastro, como la huella de un animal salvaje en el lodo.

La distensión que se respiraba en el local me atrapó entre sus brazos con la misma facilidad con la que engulló la risa de Adler e hizo de ella una nota más de las muchas que se armonizaban en el aire. Las luces centellaban con la intensidad de las estrellas que alumbraban el universo y me obligaban a entrecerrar los ojos, cansados e irritados tras horas de diversión descomedida.

—¿Va todo bien?

El alcohol que circulaba por mi sistema, y que se encargaba de inhibir esos pensamientos y sensaciones con los que lidiaba desde primera hora de la mañana, dejó de hacer efecto en el preciso instante que me volví para mirarlo. Apoyaba el rostro en una de sus manos y me miraba de reojo, sin gran intensidad o emoción, casi de soslayo. Y, sin embargo, lo que leí en ellos —o lo que era todavía peor: lo que leí sobre mí en ellos— fue suficiente para hacerme caer del diván de esponjosas y volátiles nubes en el que estaba.

No me sorprendí al notar que mis pensamientos y la basura de los martes, la que

contenía restos de pescado, formaban un símil: si se quedaban quietecitos eran inofensivos, pero a la que los removías un poco, el olor a mierda era insoportable. Y yo tenía un vertedero dentro, uno que se desbordaba y que no necesitaba que nadie removiera más de la cuenta.

—¿Con mi parálisis facial? Sí, todo genial —Mi risa nerviosa no se reflejó en sus ojos esta vez, pues para entonces lo único que relucía en ellos era que no me creía. Me obligué a mantener la compostura porque, de lo contrario, me vería vomitando todas mis emociones, hecha un mar de mocos y lágrimas—. Solo estoy un poco cansada.

No se pronunció, aunque poca falta hacía.

—¿Ya sabes qué harás cuando acabes el master? —tanteé el terreno con ligereza—. Como dijiste que no querías meterte todavía en el negocio familiar…

—Veo que escuchas con atención. —Adler, que hasta entonces me escudriñaba, apartó la mirada y se hundió en la butaca—. No tengo intención de asociarme a la firma de mis padres ni tampoco prisa por saber qué haré a continuación. Por el momento, me contento con llegar a junio de una sola pieza.

La tensión que comprendió la atmósfera hizo que temiera haber caído en el archiconocido error del que solía pecar: preguntar de más y ser imprudente.

Oí cómo se aclaraba la garganta.

—¿Y tú? ¿Qué planes tienes para cuando acabes la carrera? No debe quedarte mucho, ¿no?

Agradecí para mis adentros que pasara por alto las consecuencias desastrosas de mi nerviosismo y cambiase de tema.

—Algo sencillito, no sé. Como ser una periodista de éxito internacional de esas que tan pronto te cubren una operación del servicio de inteligencia como aparecen en un anuncio de champú —sopesé—. Aunque soy fan de las que anuncian cremas antiarrugas con treinta años, así que quién sabe.

—Oye, pues yo le veo futuro —se mofó—, pero... ¿y si no se da? ¿Entonces qué?

—Hombre, siempre hay que tener segundas opciones y tú me has prometido una fuente de oro inagotable como *stripper*, así que... —Me encogí de hombros y oí cómo una risa sincera brotaba de sus labios—. Oye, ¿cómo acabó lo vuestro en Las Vegas? Me habéis dejado a medias con la historia.

—Acabó mal, como todo lo que empieza y acaba en Las Vegas —admitió y pude ver cómo los recuerdos pasaban uno tras otro frente a él, tatuándole la sonrisa que yo le había causado segundos atrás de forma permanente—. A Demian no le gusta recordarlo, supongo que lo preguntas por eso.

No necesité asentir. Mi mirada lo hizopor mí y le especificó de forma exacta qué era lo que me tenía tan intrigada.

Transcurrieron varios segundos antes de que Adler hiciera el gesto de tratar de saciar mi curiosidad, y otros pocos más antes de que, por fin, suspirase y se animara a hablar.

—Se despertó en la *suite* de un hotel en las afueras, con diez personas extrañas en la

cama y con los genitales de varios de ellos demasiado cerca de su cara. —La seriedad con la que se pronunció no me dejó lugar a dudas: decía la verdad— Y... puede que hubiera sustancias no identificadas en el suelo y dibujos extraños en las paredes.

—Espera. ¿Demian...? —pronuncié, sin poder creer lo que iba a decir—. ¿Demian acabó involucrado en una orgía satánica o algo así?

—Siendo justos —añadió—, no sabemos si la orgía y el ritual tuvieron lugar en el mismo momento. Así que dejémoslo en que practicó una orgía y se vio involucrado en un ritual, pero no se acostó con demonios.

Callé un segundo mientras acababa de digerir toda esa información que Adler me había dado y gracias a la cual tenía una imagen mental de lo más perturbadora taladrándome los sesos.

Los pasos que resonaban en la lejanía cesaron tan rápido como llegaron y se vieron aplacados por el chirrido metálico de la silla, cuyas patas parecieron transformarse en garras arañando el suelo cuando alguien más la apartó.

—¿De qué habláis?

Demian tomó asiento con total normalidad. Suponía que decirle que sabía acerca de los roces genitales de los que su bello rostro había gozado no era una opción, pero mi fuero interno —que solo podía imaginar la cara de Demian manchada de sangre y rodeada de vaginas y formas fálicas— gritaba a voces lo contrario.
Si abría la boca, estaba perdida.

—Nada en especial —Adler retomó la palabra como si nada y dudé de si realmente me había contado aquello o me lo había imaginado—. Blake me contaba cómo llegar hasta un hostal al que tiene que ir para firmar un contrato a toda prisa, ¿verdad?

23

La espesa nubosidad que cubría el manto celeste parecía un bosquejo de lo que suponía sería un día gris cuando salí hacia la universidad aquella misma mañana; no obstante, las nubes descendieron y se fueron multiplicando con el paso de las horas hasta que no quedó rastro alguno del color azul que solía teñir el cielo.

Las temperaturas del mediodía se habían agravado gracias a la ola de calor que se había desplegado sobre la ciudad días atrás y hacían de mi trayecto un suplicio. El aire seco que se respiraba en el ambiente, el bochorno contra el que luchaba para no derretirme sobre la acera y ese olor a neumático quemado que inundaba aquella inmunda y estrecha callejuela perdida en la periferia de Los Ángeles... Más valía que lo que fuera que íbamos a hablar aquel día valiera la pena, porque estaba a escasos momentos de deshacerme como un helado bajo el sol en verano.

Un enorme rótulo apareció ante mí poco después de doblar la esquina. Si no atendíamos a su tamaño, no era gran cosa. En realidad, no era más que un cartelucho en el que a duras penas se podía leer el nombre del restaurante, porque algunas de las letras estaban descolgadas o tan llenas de mugre que no alcanzaban a verse.

Las paredes poseía un antiestético tono amarillento, parecido al de los dientes de alguien que fumaba más que hablaba o bebía más café del que debía, que bien podría ser un indicador del mal gusto de su propietario o, lo que sería incluso peor, de lo holgazán y dejado que era incluso con su propio local.

Miré a través de los ventanales, que estaban cubiertos por pegatinas publicitarias, y localicé a Heaven sentada en una de las mesas en su interior.

El olor de los platillos que salían de la cocina me abrió el apetito a medida que cruzaba el restorán, desolado a excepción de un par de mesas disgregadas en la en el salón y aquella que Heaven y su acompañante ocupaban, e hizo que el estómago me rugiera una vez llegué a mi destino.

—¿Te ha costado mucho encontrar el lugar? —me preguntó Heaven al tiempo que se hacía a un lado para dejarme un hueco en la mesa. La hamburguesa de chili que se había pedido para comer no me pasó desapercibida; las lonchas de bacon rebasaban el panecillo y por ellas caía un generoso torrente de cheddar y aceite.

—No tanto como me temía. San Google ha guiado mis pasos. —Miré a la chica que había sentada justo frente a nosotras y la reconocí al instante. Se parecía mucho a su hermana, Grace, de quien no había parado de oír hablar gracias a mi compañera—. Y tú debes ser Emily, ¿verdad? Encantada, soy Blake.

—¿Ya sabe lo que tomará? —La aparición de uno de los camareros frente a mí podría haberse clasificado como una experiencia religiosa.

—Lo mismo que ella —dije señalando a Heaven, que todavía no había probado

bocado—, y una Coca-Cola, gracias.

Anotó mi pedido y, tras realizar un tamborileo musical con el bolígrafo, se dio media vuelta.

Cuando los pasos del camarero se fundieron con el resto de los rumores lejanos que hacían eco en la distancia, noté cada matiz que componía el silencio en nuestra mesa, que ahora pesaba una tonelada.

—Antes que nada, Emily, gracias por aceptar esta entrevista. Estoy convencida de que esto no está siendo fácil ni para ti ni para tu familia —Heaven habló bajo, pero con total parsimonia—. Quiero que sepas que haremos todo cuanto esté en nuestras manos para ayudaros.

Emily debía tener unos pocos años más que yo, pero lucía como si hubiera vivido treinta años más. Estaba encorvada sobre la mesa y nos miraba con los ojos cansados y sin brillo. Sus ojeras eran pronunciadas y oscuras, y dejaban al descubierto todas las horas de sueño que le faltaban.

—Sois el único medio que se ha puesto en contacto conmigo hasta ahora y eso que he intentado hablar con decenas de ellos. —Soltó un suspiro que gritaba a los cuatro vientos que el agotamiento mental la consumía por dentro. Se pasó una mano por la mejilla y la dejó cubriéndole una pequeña porción de la boca—. El otro día encontré algo que quizá pueda ayudarnos a dar algo de luz a lo que está pasando.

Rebuscó en la mochila que había colgada en el respaldo de su silla.

—No se lo he enseñado a la policía todavía porque, visto lo visto, tampoco creo que le prestaran demasiada atención —aclaró en un tono irónico. A continuación, sacó un teléfono de última generación y una cajita de terciopelo, y los dejó sobre la mesa—. Estaba en su habitación, escondido tras una lámina de madera detrás del armario.

—¿Estás segura de que es suyo? —Heaven tomó el dispositivo con determinación, que tenía el logo de la manzana mordida en el dorso.

—Sí. Recuerdo haberla visto trastearlo a escondidas un par de veces antes de que desapareciera. No tengo ni idea de dónde lo sacó, la verdad. En casa nunca hemos podido permitirnos grandes lujos, mi madre trabaja de sol a sol por un sueldo con el que apenas llegamos a final de mes. Y luego está esto…

Observé la caja de terciopelo que había sobre la mesa. Emily la abrió con cuidado, dejando al descubierto una bonita pulsera de oro rosado de la que colgaban varios dijes.

—Solíamos pasar mucho tiempo juntas, pero eso cambió bastante en los últimos meses. Empezó a salir bastante, así que tenía la sospecha de que estaba viéndose con alguien.

—¿Tienes alguna idea de con quién?

—Ni la más remota idea. Intenté sonsacárselo, pero decía que no se veía con nadie, que solo estaba trabajando para ayudar un poco en casa. La creí. Quiero decir, siempre nos lo habíamos contado todo y estábamos muy unidas. No tenía por qué mentirme. —Se encogió de hombros—. Decía que había encontrado un trabajo en un pub como chica

de imagen. Ni a mí madre ni a mí nos hacía especial gracia que estuviera tantas horas fuera de casa, y mucho menos rodeada de borrachos vete tú a saber dónde, pero ella estaba tan contenta… Hacía la compra para casa, compras grandes de esas a las que nosotras solo estábamos acostumbradas a hacer una vez al año, por Navidad o Acción de Gracias. En seguida empezó a pagar también las facturas y luego se le sumó la ropa nueva, detalles para mi madre, para mí…

»Un día todo cambió. Recuerdo verla salir de casa vestida como un pincel antes de las diez. Me dijo que le habían avisado de un turno de última hora y me extrañó que la hicieran ir tan bien vestida para atender a los cuatro borrachuzos que habría en el bar un jueves noche. —Sacó la pulsera de la caja y la acarició despacio—. Ese día llevaba puesta la pulsera, solía llevarla bastante para ese momento.

—Parece cara.

—Estoy convencida que, si la vendiéramos, sacaríamos lo suficiente como para irnos de vacaciones un par de semanas —soltó una risa apenada.

La atmósfera que sumía nuestra mesa retomó el cariz incómodo cuando el camarero regresó con mi pedido. Musité un «gracias» y regresé mi mirada hacia Heaven cuando se hubo marchado.

—Volvió a casa dos noches más tarde, con el mismo vestido rasgado y llena de moratones. No dejaba de hipar y de llorar, casi no se la entendía al hablar. En mi mente ya me había hecho a la idea de que estaba saliendo con algún chico problemático y por eso había tantísimo secretismo alrededor de sus salidas nocturnas, así que me saltaron todas las alarmas —nos explicó—. Este patrón empezó a repetirse semana tras semana, hasta que llegó un momento que era insostenible. No sabíamos qué le pasaba, no hablaba con nosotras y estaba completamente inaccesible. La última noche que la vi, se fue de casa llorando. No quería marcharse, lo vi en sus ojos, pero decía que *tenía* que hacerlo. Que iba a cortar por lo sano y todo volvería a la normalidad… Nunca regresó.



El intenso olor a cerrado que invadía la sala de edición audiovisual haría pensar a cualquiera que el lugar había permanecido hermético durante décadas.

El polvo no sólo se acumulaba en las estanterías, sino que también flotaba en el ambiente. Incluso la luz que emitían las pantallas de los ordenadores, que James no se molestaba en cambiar desde hacía siglos, resultaba lo suficiente esclarecedora como para que pudiera distinguir las partículas de polvo a simple vista.

Volví a reacomodarme en mi asiento de mala gana. Las sillas de ese dichoso departamento eran un instrumento de tortura para cualquiera que se atreviese a sentarse en ellas y llevaban jodiéndome la existencia las últimas dos horas que, para más inri, eran extras.

La mirada pulverizadora que le dediqué al ordenador frente a mí hubiera sido la envidia de cualquier Terminator; la última skin de moda con la que un robot iría al

campo de batalla para acabar con Sarah Connor. Escondí la cabeza entre mis brazos y me enterré en ellos. Llevaba veinte minutos de reloj a la espera de que ese cacharro arrancara y, por si no fuera suficiente, los ojos empezaban a lagrimearme gracias a la cantidad de ácaros que inundaba la estancia. Al parecer, debería darle incluso las gracias a James por inventar la máquina de tiempo definitiva: acababa de despertar de entre los muertos una alergia que creía ya superada y extinta en mi persona.

El agotamiento mental con el que lidiaba desde hacía varios días, que se mezclaba por momentos con los recuerdos de mi discusión con Ginger, había aumentado tras la conversación que Heaven y yo mantuvimos con Emily a la hora de la comida. Encontrar su perfil en Instagram no me tomó más que unos pocos segundos y tardé más o menos lo mismo en comenzar a seguirla y, por tanto, en iniciar con la parte que me correspondía de la investigación.

El móvil vibró un par de veces encima del escritorio antes de que saliera de mi letargo y alargase el brazo para cogerlo. Tras teclear erróneamente el pin un par de veces, conseguí desbloquearlo.

@Midnightemptation:

¿Cómo van esas horas extras? ¿Al final has tirado el ordenador por la ventana?

Dejé que la conversación permaneciera inmutable ante mis ojos durante algunos segundos antes de abandonarla de nuevo.

Miré el fatídico temporal que se avecinaba a través de la única y diminuta ventana que había en la sala: la densidad de las nubes que encapotaban el cielo y su tono plomizo presagiaba un diluvio de los de aúpa en una brevedad imponente. Una tormenta de vientos violentos y torrentes desequilibrantes que el calor que abundaba en la ciudad desde hacía días usaría de combustible.

@Midnightemptation:

Sácame de dudas: ¿estás pagando tu frustración conmigo y por eso no respondes o alguien se me ha adelantado y ya te ha secuestrado?

Incluso si mi mal humor era tan compacto como las nubes impetuosas que techaban el cielo, y pese a que traté de resistirme a ese impulso, nada impidió que su comentario lo despejara y sacase a relucir una sonrisa en mis labios. La única que los había perfilado durante el día.

@Girlonfire:

Creo que, a este paso, seré yo quien se tire por la ventana.

Las primeras gotas de lluvia se escurrían por la cristalera cuando, de nuevo, volví mi mirada al exterior.

@Midnightemptation:

¿Que el edificio ardiera en llamas calmaría tus instintos suicidas?

Porque sería toda una coincidencia que, al pasar yo por ahí, hubiera una toma de corriente en mal estado o un sobrecalentamiento de algún generador.

@Girlonfire:

¿Pretendes saciar tu piromanía incendiando mi puesto de trabajo?

@Midnightemptation:

¿Eso significa que declinas mi oferta? Piénsalo bien: sería un incendio controlado, lo suficiente potente como para hacer saltar las alarmas y que os evacuaran.

@Girlonfire:

Me veo tentada a aceptarla, pero ¿qué haríamos después con la conmoción? Sería una experiencia traumática.

¿También te ofreces a pagarme el psicólogo?

@Midnightemptation:

En realidad, tenía pensado ir a recogerte e invitarte a cenar.

@Girlonfire:

Me gusta ese plan. Creo que me vendría de fábula teniendo en cuenta que llevo un día de perros.

Puedo imaginarnos bajo la luz de las velas, tú con una bolsa en la cabeza que te permitiera ocultar tu identidad y yo con una venda por seguridad mientras te hablo de que, todo lo que podía ir mal hoy, ha salido incluso peor.

@Midnightemptation:

¿Ha pasado algo?

Sabes que puedes contármelo.

@Girlonfire:

No sé si es que han pasado muchas cosas o si se me han juntado todos los problemas que suelo tener justo en el día equivocado. Quizá solo necesito dormir doce horas del tirón y levantarme mañana para poder verlo desde otra perspectiva.

Dejé el móvil a un lado y me cubrí el rostro con las manos. Mis palmas hicieron de refugio para el indolente suspiro que me rehuyó de los labios, sin fuerza o pretensión alguna más que la esperanza de que, al mezclarse con el ambiente, se llevara todo aquel abatimiento consigo. Por desgracia, aquello no iba a pasar.

@Girlonfire:

No tienes de qué preocuparte, solo tengo un mal día. Mañana estaré mucho mejor y ya no hará falta que sigas incendiando edificios.

@Midnightemptation:

Blake, ¿de verdad vas a hacerme jugar a las adivinanzas? De ser así, mejor dímelo ya y así me hago a la idea de que perderemos la noche entera en esto.

Tienes dos opciones: o ponérmelo difícil y que ambos veamos cómo amanece por tu tozudez o dejar de esconder la cabeza bajo tierra, contarme qué te pasa y pasar una bonita velada. Acabaré enterándome de lo que quiero elijas lo que elijas, pero tú decides qué camino quieres que tomemos.

Hundí los dientes en la cara interna de mi labio, debatiéndome sobre qué respuesta iba a darle tras aquella declaración de intenciones que sabía que llevaría a cabo si era necesario.

@Girlonfire:

Si todavía tienes ganas puedes venir, incendiar el edificio y llevarme a cenar. Todos nos mirarán raro cuando nos vean con esas pintas, pero como llevaré la venda ni siquiera me importará.

@Midnightemptation:

Conozco un lugar donde nadie nos miraría raro.

Arqueé las cejas al leerlo.

@Girlonfire:

¿Ah, sí? ¿Dónde? ¿En un zulo?

@Midnightemptation:

No es muy grande y está oscuro, aunque no creo que eso suponga una gran dificultad para ninguno de los dos. Al fin y al cabo, ambos hemos caminado por él y sucumbido de algún modo a su oscuridad.

La borrasca que sacudía el exterior se reflejó en mí en el preciso instante en que caí en el significado tras aquellas palabras y el aire que se atrancó en mis pulmones al leerlo formó su propio ciclón en ellos.

@Girlonfire:

¿Estás proponiendo que nos encontremos esta noche? ¿En Hypnosis?

@Midnightemptation:

La noche es larga y tenemos una habitación disponible para que la ocupemos, si así lo deseas.

@Girlonfire:

Hasta donde yo recuerdo, hablar no es precisamente lo que hacemos cuando nos encontramos ahí.

@Midnightemptation:

Tener sexo no es lo único que se puede hacer en una habitación, Blake. Lo que pase en el interior de ella depende únicamente de nosotros.

Burbujeante y a una temperatura tan alta como inmersiva, el bullicio emocional que se cocinaba a fuego lento en mi interior arrancó a hervir ante su proposición y arrasó hasta con el último vestigio de normalidad del día.

@Midnightemptation:

Pero es solo una propuesta, no estás obligada a aceptarla y no espero que lo hagas si realmente no te sientes cómoda con ella.

@Girlonfire:

Sí quiero aceptarla, pero no sé cómo sentirme al respecto.

¿Qué es lo que quieres tú?

@Midnightemptation:

Te quiero a ti, Blake. Te quiero a ti entera, aunque eso signifique que te me lleves por delante en el intento, y me quiero a mí en el ojo de tu huracán aun sabiendo que perderé mi identidad en el camino en algún momento.

Quiero que juegues sucio en mi tablero de juego y acabes con las pocas ganas que me quedan

de seguir ante ti como Midnightemptation. Porque, aunque suene irracional y disparatado, me muero de ganas de perder en mi propio juego siempre y cuando tú seas quien me venza.

«Sabiendo que perderé mi identidad en el camino en algún momento». El mensaje en general había logrado ponerme el vello como escarpias y cortarme la respiración, pero esa frase en particular trastocó mi mundo como no podía siquiera imaginárselo.

@Girlonfire:

Salgo en treinta minutos, así que estaré ahí sobre las diez. Lo digo para que te prepares mentalmente, porque estoy deseando hacerte morder el polvo.



Los primeros acordes de un concierto eran vitales. Se meditaban, reformulaban y ensayaban durante semanas para que fueran exactamente lo que debían ser; imperfectos a un nivel impecable y capaces de crear un oleaje de expectación a orillas de un río sin caudal. Existían durante una brevedad aplastante y, sin embargo, eran capaces de cautivar al público de forma mágica. Y, tras semanas de una práctica casi teórica, perecían al instante para dar vida a la multitud que los escuchaba, para hacer de su fuero interno una bebida efervescente que exigía que alguien más se bebiera sus burbujas.

El bullicio en el ambiente se convertía en un imprescindible de la melodía que sonaba y las ovaciones, producto del frenesí del momento, en el estribillo más pegadizo. La euforia se extendía entre el gentío a la velocidad de un patógeno altamente virulento entre huéspedes susceptibles y, de un momento a otro, todos quedaron atrapados por ella. A lo largo de las próximas dos horas, los brincos se convirtieron en el medio de liberación de esta excitación creciente y los gritos, incluso aquellos que se rompían a medio camino, en la forma más común y sincera de expresarse.

Al acabar el concierto, una sonrisa en los labios del artista y otras tantas en el corazón de quienes habían presenciado el espectáculo, y un escenario a la altura de todo lo demás. Y, en ese momento, yo era la pista, gradas, escenario y hasta el camerino antes, en medio y después del concierto de una codiciada *boyband*.

Estaba exhausta y requería de una limpieza a niveles profundos, incluido el emocional.

La penumbra acogió el suspiro que vertí en ella con afabilidad y permitió que campara a sus anchas por la habitación cual madre custodiaba a su retoño en la lejanía; dándole rienda suelta a su independencia, pero sin sacarle el ojo de encima. Mientras esa exhalación se fundía en el ambiente, no pude dejar de pensar en que la oscuridad me parecía —válgase la redundancia— mucho menos oscura de lo habitual esa noche y, sin embargo, más sinuosa que de costumbre.

La tormenta que azoraba el exterior no había menguado. De hecho, la lluvia salpicaba el suelo incluso con mayor agresividad que media hora atrás y el olor a petricor ya se había colado por las cañerías y se respiraba en nuestra habitación. El cielo rugía como

un león enjaulado y hambriento mientras que nosotros, amparados bajo el techo de Hypnosis y resguardándonos del frío en la calidez del colchón, esperábamos con una avaricia infantil la llegada de los haces de luz que seguían a esos truenos. Quizá con la ilusión de que alguno de esos relámpagos hiciera por nosotros lo que ninguno de los dos se atrevía a hacer: disipar la oscuridad entre la que aprendimos a conocernos.

Ni siquiera el tacto frígido y apático de la ropa húmeda, que se adhería a mí como una segunda capa de piel desde que aquellos nubarrones se me vaciaron encima, lograba dispersar mi atención. Todo carecía de importancia cuando él era lo único que podía sentir.

El ya tan conocido tintineo de mi teléfono, seguido del sutil e intermitente foco de luz que emitía la pantalla ante la llegada de un nuevo mensaje, hizo que el cosquilleo que me acompañaba desde que entré en la habitación se tornara todavía más evidente.

@Midnightemptation:

¿Y bien? ¿Me lo vas a contar o jugamos a las adivinanzas? Estoy seguro de que a oscuras será incluso más divertido.

La tensión que me sobrecogió al leerlo debió ser tan notoria para él como lo fue para mí, que era quien la sufría, porque le oí guardarse una sonrisa burlona en el tintero a mis espaldas.

Tragué saliva aún con el móvil en las manos, pero sin saber todavía qué responder. Decían que el silencio era la manifestación más clara de lo que queríamos decir y, aunque esperaba que así fuera, temía que no aplicase en mi situación. Tenía tanto por decir que necesitaría un silencio que durara, por lo menos, una eternidad y tres cuartos de otra con tal de rehuir las palabras.

—Estoy agobiada, tengo muchas cosas en la cabeza y ya no sé cómo ponerlas en orden, porque cada vez que intento hacer algo al respecto, lo empeoro. —Mis ojos se perdieron entre el mar de *noodles* humeantes en el que navegaban los restos de col, brotes de soja y cerdo que aún no había devorado—. ¿Cómo puede ser que el caos se multiplique cada vez que intento ordenarlo? ¡No tiene ni el más mínimo sentido!

@Midnightemptation:

Quizá no lo hayas hecho bien, ¿no? No podemos construir una casa empezando por el tejado, pues esto es igual. No puedes comenzar a ordenar por cualquier parte, porque todo tiene un origen y atacar a las ramificaciones del problema te desvía de lo verdaderamente importante: la raíz.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —pronuncié en voz alta en cuanto leí el mensaje.

Apenas unos segundos más tarde, dejé de oírle teclear y la pantalla volvió a iluminarse.

@Midnightemptation:

Incluso en el caos más absoluto existe un orden universal, Blake. Aunque ahora te suene inconcebible.

¿Qué es lo que más te preocupa ahora mismo de todo ese caos?

Era imposible dar una única respuesta válida a esa pregunta cuando todo parecía ir mal desde el momento en que me dispuse a organizar mi vida y, en cambio, la puse patas arriba.

—Son demasiadas cosas. —La *boyband* que habitaba en mi estómago se detuvo en seco cuando el barullo de mis propios pensamientos hizo eco en el escenario y ensordeció su música. Despacio, mis ojos divagaron por la remota e inconmensurable oscuridad que nos albergaba—. Demasiadas.

@Midnightemptation:

Creía que habíamos quedado en que no me harías jugar a las adivinanzas y yo no te haría ver el amanecer con tal de sonsacarte respuestas, pero no nos habremos entendido, porque a eso es precisamente a lo que parece que estamos jugando.

Blake, necesitaré más información que esa para poder ayudarte.

Cogí aire hasta llenar por completo mis pulmones y, al expirar, traté de deshacerme de todos aquellos *peros* y demás inconvenientes que me impedían expresarme como quería hacerlo en realidad. Ignorar mis problemas —o intentar ocultarlos bajo la alfombra— no había dado mayor resultado, así que tal vez era hora de intentar verlo desde otra perspectiva. De probar métodos distintos a los que ya había probado mil y una veces obteniendo siempre el mismo resultado desalentador.

—Ginger. —Su nombre salió de mis labios tan pronto volví a abrirlos, sin que tuviese que pensarlo siquiera—. La echo de menos, mucho, ¿sabes? Todo era tan fácil antes entre nosotras... No sé en qué momento hemos permitido que *esto* se torciera como lo ha hecho.

Callé un instante antes de continuar.

—Cuando comenzamos a vivir juntas decretamos que los domingos serían nuestro día de limpieza y lo mantuvimos como costumbre, aunque ambas sabemos que ninguna estará nunca en pie antes de las diez. —Una sonrisa se dibujó en mi rostro para morir poco después—. Preparamos café en una cafetera a la que llamamos Lorraine y rezamos para que esta vez tampoco nos electrocute y, cuando estamos espabiladas, nos ponemos manos a la obra.

Era chocante, porque ese tipo de quehaceres que resultaban de lo más aburridos e insustanciales cuando los hacíamos por separado, juntas eran muy diferentes: el apartamento se convertía en nuestro escenario personal mientras barríamos y fregábamos al ritmo de la música.

—Vernos un domingo por la mañana es un espectáculo para los sentidos —aseguré con la vista clavada en nuestra conversación, que permanecía inmutable—. Y se convierte en un auténtico circo si el día anterior hemos salido de fiesta.

Echaba de menos eso. Echaba de menos a mi amiga, a la pelirroja alocada que soltaba comentarios ácidos en los momentos precisos, y detestaba a la desconocida que vivía bajo nuestro techo desde hacía semanas.

@Midnightemptation:

Supongo que está de más ahora mismo, pero pagaría por estar ahí y verte bailar cualquiera de esos domingos.

—No tengo claro que vuelva a darse la ocasión. Llevamos bastante sin hablarnos —me lamenté—. Y creo que va para largo.

@Midnightemptation:

¿Has intentado hablar con ella?

—No me responde a los mensajes ni me ha dado oportunidad de hacerlo cara a cara —admití con pesar—. Creo que está quedándose en casa de alguien más con tal de no chocarse conmigo. Solo la he visto un par de veces por casualidad y de refilón, cuando venía a por ropa de recambio para pasar la semana o a por sus libros.Quién sabe, a lo mejor incluso está buscándose otro piso.

@Midnightemptation:

Pongamos que tienes razón y está haciendo precisamente eso. ¿Dejarás que se marche sin siquiera haber intentado solucionarlo?

—Ambas tenemos motivos suficientes para estar enfadadas la una con la otra, no puedo obligarla a perdonarme.

@Midnightemptation:

La mayor parte de las relaciones, y sin importar el tipo, se rompen por orgullo. No por incompatibilidad o por la disputa en sí, sino porque no queremos dar nuestro brazo a torcer por alguien más y, sin embargo, esperamos que los demás sí lo hagan por nosotros.

Si Ginger es realmente importante para ti, no dejes que se marche de tu vida con la misma facilidad con la que le permites salir por la puerta sin antes hablar de lo sucedido.

La muerte nos arrebatará a todas las personas que queremos algún día, pero el orgullo puede hacerlo antes, mucho más rápido y en cantidades industriales.

Así que, a no ser que hayáis usado a la madre de la otra como sacrificio para un ritual satánico, estoy seguro de que podréis solucionarlo.

—Tienes la capacidad de resolución de un bicentenario. —Un gesto burlón arrobaba mis labios cuando apoyé mi espalda en la suya, permitiendo que la humedad que impregnaba su piel se hiciera una sola con la que cubría la mía—. Lo intentaré, aunque no tengo muchas esperanzas.

@Midnightemptation:

Pero no podemos dejar de hacer cosas por miedo a que no salgan como esperamos, ¿verdad?

Tú inténtalo. Si no sale bien, yo seguiré aquí esperando a que tu caos le ponga fin a mi disciplina.

Ni cuán fría fuera la tormenta en el exterior ni qué tan cálida la música que sonaba en mi interior, era su cercanía lo que marcaba la diferencia de temperatura y me hacía de percusión. Su presencia se sentía igual de vaporosa e irreal que cuando entró en la habitación a paso firme y se deslizó entre la oscuridad como tan solo él sabía hacerlo.

@Midnightemptation:

¿Qué más ronda por esa cabecita tuya?

—Nada más, solo lo que te he contado y un cúmulo de estrés por el trabajo —aseguré. Mencionar lo que había hablado con Heaven y la testigo sería una insensatez y no tenía cabida en la conversación.

Ese silencio repentino alimentó las rumiaciones que sumían mi cerebro y tiraron leña al fuego en el que ardían mis pensamientos. El nombre de Elliot, causante principal de la disputa con Ginger, picaba en mi lengua y se presentaba como una tentación al filamento de mis labios, pero sabía que caer en ella sería un error difícil o imposible de enmendar.

La intimidad que nos unía se vería sobrepasada por una brecha que la rompería en mil pedazos. Abordaría el tema en otro momento, porque sabía que debía hacerlo, pero no hoy. No estaba dispuesta a sacrificar otra noche por alguien que no fuera yo misma.

—¿Y qué hay de ti? —pregunté—. ¿Qué tienes en la cabeza?

@Midnightemptation:

No te negaré que, desde que lo has mencionado, mi mente ha creado una fantasía muy verosímil de ti bailando en mi casa un domingo cualquiera.

Las manos estuvieron a punto de fallarme cuando el móvil volvió a vibrar en mis manos.

@Midnightemptation:

Pero supongo que no te referías a eso.

Nadie está libre de preocupaciones, ni siquiera yo. Tengo bastantes cosas en la cabeza últimamente y, aunque me sería más fácil mentirte, la verdad es que tú te relacionas o eres la causante de la mayor parte de ellas.

Al límite de mi juicio y desde lo más insondable de mis entrañas, el estremecimiento que me sacudió hizo que cada departamento que componía mi sistema nervioso fallase. Que fueran cayendo uno a uno como moscas rociadas con insecticida.

—Así que formo parte del *pack* de problemas de Midnightemptation —pronuncié sin titubear gracias a la seguridad que me brindaban las sombras. A plena luz del día, el rubor en mis mejillas me hubiera delatado al instante—. Interesante.

Le oí removerse a mis espaldas.

@Midnightemptation:

Eres una fuente inagotable de ellos y me traes más dolores de cabeza de los que admitiré nunca frente a un juez, pero resistirme a ti es superior a mis fuerzas.

—Pues no te resistas.

@Midnightemptation:

¿Te parece que todavía lo hago?

—Me parece que te preocupa dejar de hacerlo del todo —reconocí. Las hebras de su cabello se sentían ásperas al mezclarse con mi cuero cabelludo—. ¿Quieres que te venza en tu propio juego o temes que lo haga? Porque no lo tengo claro.

Su cuerpo se hinchó como un globo debido a la gran bocanada de aire con la que llenó sus pulmones y se desinfló despacio poco después.

@Midnightemptation:

Por momentos yo tampoco lo tengo claro.

El anonimato me pesa desde hace tiempo, más del que puedas llegar a imaginarte y del que yo estoy dispuesto a admitir, y aunque siempre tuvo una fecha de caducidad, las cosas han cambiado mucho desde que adopté la piel de Midnightemptation por primera vez.

—¿Qué ha cambiado? —pregunté. El vaho de los fideos calentaba el ambiente a corta distancia.

@Midnightemptation:

Muchas cosas, aunque tú marcaste la diferencia.

Me he resistido tanto como he podido y, al final, he terminado cayendo irremediablemente por ti. Así me quedara una última y factible oportunidad de rehuirte, ya no lo haría.

Pero sí, temo descubrirme ante ti.

—¿Por qué? ¿Qué temes tanto? ¿Mi reacción cuando lo descubra? Porque me ofendería de ser así. —Las palabras salieron de mi boca como si de una ametralladora se tratase tan pronto leí el contenido de su mensaje—. Todo lo que me importa ya está al descubierto. Tu físico no es más que la carcasa de lo que más me gusta de ti: tu mente.

Era la verdad. El físico jugaba un papel importante en otras circunstancias, cuando uno jugaba en otra liga, pero no en aquellas. No cuando su mente lograba estremecerme más de lo que lo hacían ya sus manos.

@Midnightemptation:

Me fascina el prisma inocente con el que me miras, pero no. Eso no es lo que me preocupa.

¿De verdad nunca te has preguntado por qué la oscuridad es lo único capaz de interferir entre nosotros? ¿Por qué permanece allí, adyacente, sin perder una pizca de su densidad y siendo lo suficiente lóbrega como para que no puedas discernir más que siluetas difusas en ella?

No, para nada. La había dado por supuesta desde el comienzo y me parecía incluso razonable. Él era alguien anónimo y yo no iba a arrastrarle lejos de las sombras en las que se amparaba así como así.

La acepté de tan buen grado como ella me aceptó a mí, y ni siquiera me había preguntado cómo había llegado hasta ese punto: a entregarme a alguien más a ciegas sin que nada más importara. ¿En qué momento la vista había pasado a ser prescindible?

@Midnightemptation:

Porque quizá exista un motivo tras esta profunda invidencia a la que hemos decidido sumirnos a propia voluntad. Y quizá hemos sido estúpidos.

Tú por intentar verme a oscuras y yo por creer que estaba a salvo de tus ojos en esa oscuridad. Aunque ambos nos equivocábamos.

Tú no me miras, pero eres capaz de verme con los ojos cerrados. No me oyes, pero escuchas mi voz sin necesidad de que pronuncie una sola palabra. No me tocas, pero me sientes. Y, pese a ello, no me conocerías al prender la luz.

Porque, para conocerme, debería serte desconocido a los ojos, al oído y al tacto, y tú lo has hecho todo en algún momento.

Se percibía entre líneas. Era una de esas realidades translúcidas que no necesitabas ver para percibir, para notar cómo su mera presencia perturbaba por completo el ambiente.

El mensaje sonaba más extraño cuantas más veces me obligaba a leerlo.

—¿A qué te refieres con eso? —Me humedecí los labios al hablar, pues todo el aliento que pudiera tener se me había cortado por la impresión.

Las costillas me temblaron ante los latidos indolentes de mi corazón, que bombeaba en sobremanera a la espera de su respuesta. Me veía capaz de caerme redonda allí mismo, sin más.

@Midnightemptation:

Blake, si la oscuridad se disipa entre nosotros, no vas a conocerme. Sólo vas a reconocerme.

24

Por allá en los años treinta, los titulares de la prensa estadounidense fueron atracados a mano armada —ironías aparte— por la aparición de una joven pareja de prófugos que, con poco más de veinte años, eran considerados enemigos públicos del estado. Con un pasado cuestionable y un futuro a la altura de las expectativas, el azar unió las vidas de Bonnie Parker y Clyde Barrow.

Su trayectoria criminal fue corta, pero dejó a su paso ríos de sangre, toneladas de pólvora y, por supuesto, muerte. Vivieron su amor al margen de la ley hasta su última exhalación, y murieron tal y como vivieron todo lo demás: entre balazos, un veintitrés de mayo del treinta y cuatro en una carretera perdida de Luisiana.

Asaltaron decenas de comercios y bancos y delinquieron más de lo que llegaron a respirar; sin embargo, lo único que llegó a asaltarlos a ellos fue el amor.

Casi un siglo más tarde, Bonnie y Clyde solo eran un disfraz más de los muchos que podrían verse a lo largo de aquella noche, la noche de Halloween.

Había batallado tanto para que la cremallera de la falda me subiera más allá de las cartucheras que ahora no podía sentirme más que orgullosa —o ridícula, si tenía en cuenta que había desperdiciado un cuarto de hora en embutirme en ella— del reflejo que recibía por parte del espejo. La tela se adhería a mi silueta como si fuera licra y esculpía cada curva de ella, incluso aquellas que no tenía ni tendría a no ser que pasase por quirófano.

Me recoloqué el jersey color caqui y me anudé el pañuelo a conjunto en el cuello. A continuación, seguí con lo que creí que sería mi peor enemigo de la noche: la peluca rubia que completaba el *look*, cuya longitud no sobrepasaba la línea de mi mandíbula y prometía hacerme sudar la gota gorda antes de medianoche.

Tomé la pistola que descansaba sobre la cama y la metí dentro de la liga roja que asomaba por la abertura lateral de mi falda.

—¡Willow! —Piqué un par de veces a la puerta del baño para llamar su atención, pues la música en la planta inferior estaba tan alta que parecía que tuviéramos los altavoces dentro de la habitación—. ¿Cómo lo llevas?

—¡Ya casi estoy!

Un par de zancadas mal dadas, un golpe seco en el lavamanos y, a continuación, una percusión de estallidos desagradables que dejaban una sola cosa en claro: acabábamos de echar a perder parte del mobiliario que la fraternidad nos había cedido amablemente.

—Va... —Pese a que cerré los ojos en cuanto oí el estruendo tras la puerta, la mueca que se había adueñado de mis facciones ya vaticinaba lo peor—. ¿Va todo bien ahí dentro?

Dudé en ese preciso instante si había hecho bien invitando a alguien más a aquello. Willow era una compañera de carrera con la que solía compartir asiento en muchas de nuestras clases. Y si sabía algo era de su patosidad.

—¡Sí! Todo está... ¡perfectamente! —Luchó por controlar la respiración al hablar, pero los nervios la traicionaron y no tardaron en exteriorizarse como una disnea producto de la falta de aire—. ¡Dame un segundo y salgo!

Tras musitar un «está bien, pero avísame si necesitas algo» y no recibir respuesta por su parte, entendí que lo mejor que podía hacer era darle el espacio que necesitaba para calmarse.

Halloween era, por excelencia, la noche con mayor actividad paranormal. Por algún motivo, y sin importar las creencias que profesáramos los otros trescientos sesenta y cuatro días del año, todos esperábamos alguna vez sentir, ver o vivir *algo* fuera de lo común esa noche.

El ser humano era contradictorio, incoherente y, por supuesto, morboso por naturaleza. Se ponía contra la espada y la pared una y otra vez, envalentonado porque la anterior acabó bien e inspirado por la frenética e intrépida posibilidad de que, en esa ocasión, terminara de algún otro modo.

Ese año el epicentro paranormal de la ciudad era la fraternidad y no, no habíamos contratado a un médium, ni instalado cámaras térmicas o medidores de campo electromagnético, tampoco teníamos una ouija a mano ni el número de los Cazafantasmas por si acaso. Teníamos a algo mejor y era Elliot Hayes.

No necesitaba disfraz para pegarle un susto de muerte a alguien; con verle la cara al descubierto era más que suficiente. Su malhumor había mutado a lo largo del día hasta convertirse en algo monstruoso: un ser de carne y hueso, de un imponente metro noventa de altura que proyectaba una sombra densa y difícil de digerir por allá donde pasaba y unos ojos como zafiros que maldecían a quien fuera que se le pusiera enfrente.

Encontrarse con él esa noche equivalía a un centenar de experiencias traumáticas de temática paranormal o no, así que lo mejor era evitarlo. Esperaba que Dios me librara de enfrentarme a él antes de tiempo, porque no sabía cómo decirle que habíamos roto algo nada más entrar en el cuarto que se encargó de despejarnos y ni siquiera íbamos borrachas todavía.

La puerta del baño se abrió de repente y cerró la de mis pensamientos en el acto.

Un aura de profunda y consistente melancolía rodeaba a Willow cuando salió del lavabo, arrastrando los pies como un alma en pena. Los sonrojos en sus mejillas y esa mirada esquiva que expresaba culpabilidad contrastaban en sobremanera con el resto de su atuendo, que te teletransportaba a la fantasiosa e inocente época de la niñez: su melena dorada recogida en un moño alto, la brillantina color trébol del vestido que resplandecía bajo la luz de la lámpara, el sonido melifluo que acompañaba a sus movimientos —producto de las campanitas que colgaban de sus zapatos— y las enormes alas de hada en su espalda.

—Blake... —musitó. Sus labios, pintados de un intenso rojo carmín, farfullaron palabras ininteligibles para mí antes de expresarse con contundencia—. Creo que la he liado.

—La mampara de la ducha, ¿verdad? —asumí y ella hizo un amago por asentir. Inspiré hondo—. Tus polvos mágicos no nos librarán de esta, ¿verdad, Campanilla?

—Me encantaría, pero no tengo licencia para usarlos fuera del país de Nunca Jamás. —Compuso un puchero—. Lo siento.

—Olvidémonos de esto por esta noche, ¿vale? —comenté—. No podemos solucionarlo ahora, así que dejémosle el problema a la Willow y Blake del futuro. Seguro que ellas sabrán qué hacer al respecto.



@Girlonfire:

¿Cómo están tus instintos pirómanos esta noche? ¿Tienes pensado quemar algún edificio hoy?

Me refugié en la oscuridad bajo mis párpados antes de darle al botón de enviar.

¿Hablarle o esperar a que lo hiciera él primero? Esa era la encrucijada en la que me veía atrapada comúnmente y de cuya resolución dependía parte de mi estabilidad emocional.

Y es que si existía algo sólido en nuestra relación, era el propio desequilibrio que la caracterizaba. Teníamos tantas ganas de hablar como miedo a quedar expuestos el uno ante el otro. No importaba cuántas capas de ropa nos quitásemos, porque lo nuestro no dependía de lo que nos sacábamos, sino de lo que no podríamos sacarnos aunque quisiéramos.

Lo nuestro era una cuestión de piel, y de esta solo colgaba una única etiqueta. Una etiqueta personal que todos traíamos de fábrica y que nos distinguía de los demás. Lo que marcaba la diferencia no era lo que ponía en ella, sino quién era capaz de leerla sin verla.

La mesita de cristal sobre la que Willow y yo nos abalanzamos como buitres después de buscar asiento durante diez minutos vibró ante la llegada de un nuevo mensaje.

Noté cómo algo dentro de mí se encogía cuando alcancé el teléfono y vi su nombre en la pantalla.

@Midnightemptation:

Si lo dices porque la fraternidad todavía no está en llamas, se debe a que ya me he saciado con un par de oficinas esta tarde.

Aunque no prometo nada, con la cantidad de alcohol que hay por aquí solo haría falta una chispa para incendiarlo todo.

¿Y tú? ¿Te lo estás pasando bien?

Los alrededores me colapsaron la visión tan pronto alcé la mirada. Incesante, rápido y violento, los movimientos que la multitud perpetuaba tanto en la pista de baile como en el resto de las estancias de la fraternidad hacían que me replanteara si realmente

quería ir a por el par de bebidas que nos faltaban.

Me debatía entre si hacerlo o no desde hacía algunos minutos, pero al mojito de Willow le quedaba apenas un trago de vida y el mío ya había exhalado su último aliento. Lo cual me dejaba en que debería levantarme y cruzar el salón principal, a riesgo de perder un pie o que alguien me rompiera un par de costillas en el transcurso.

@Girlonfire:

Estoy en ello. Tenía la esperanza de que Ginger viniera esta noche, pero Willow no ha conseguido convencerla.

Supongo que tendré que buscar otra forma de llegar a ella, porque no parece muy dispuesta a venir.

Es un hueso difícil de roer.

@Midnightemptation:

Estoy seguro de que lo conseguirás tarde o temprano, así que no te obceques por ahora y disfruta.

Sería una pena que no lo hicieras, porque noches como esta necesitan a personas como tú, que nos hagan creer al resto que la magia no yace únicamente en las leyendas, sino que existen encantos humanos que la desprenden sin necesidad de usarla.

@Girlonfire:

Lo intentaré, aunque sería mucho más fácil si estuvieras aquí conmigo.

Mi pulgar osciló sobre el teclado antes de darle a enviar.

@Midnightemptation:

También sería más fácil para mí si pudiera pasarla contigo, pero recuerda que pasamos mucho más tiempo sin siquiera tocarnos. ¿Qué son unas pocas horas en comparación?

Aprovecha y disfruta todo lo que puedas con tu amiga esta noche.

A mí me seguirás teniendo mañana, si así lo deseas.

Las comisuras de los labios me cosquillearon al leer su mensaje y, sobre ellos, no tardó en grabárseme una sonrisa.

—Todavía no he tenido la oportunidad de darle las gracias a Elliot por invitarme a la fiesta. —Me volví hacia Willow, que seguía con la mirada perdida en el remanente de licor que quedaba en el fondo de su vaso—. Quería hacerlo antes, pero me ha parecido que estaba muy ocupado con todo… Esto.

Una fracción de segundo fue suficiente para que lo encontrara entre el gentío. Las luces rojizas y violáceas de los focos fluctuaban en torno al grupo que lo acompañaba, pero parecía que únicamente se detenían a alumbrar las facciones de Elliot. Bañaban los contornos y ángulos justos de su rostro para hacer de él la personificación del mismísimo Diablo. Uno que te sacaba el hipo de un solo vistazo y al que terminarías abriéndole la puerta de tu casa sin oponer gran resistencia.

Lo examiné sin pudor ahora que sabía que no podía verme. Los tirantes que conjuntaban con el resto del traje apresaban sus pectorales y arrugaban los hombros de su impoluta camisa blanca. Sus labios ostentaban una sonrisa *Hayes,* elegante sin rozar

lo arrogante y perfecta a un nivel inaudito, pero en su boca solo había silencio. Un silencio del tipo *Elliot*, que era simplemente silencioso para quienes lo tenían cerca pero poco menos que ensordecedor para mí, que estaba lo suficiente lejos como para apreciar sus matices.

Las miradas esquivas cada vez que alguien lo interpelaba con intención de incluirle en la conversación, los suspiros que suprimía una y otra vez y el peso que acarreaba fingir un interés genuino con la maestría con la que él lo hacía. Todo confirmaba mis sospechas.

Había algo —no sabía el qué todavía— cociéndose bajo ese sombrero de fieltro negro en el que se ocultaban sus rizos. Algo atronador que nadie más que él escuchaba y que hacía que las paredes de su cerebro retumbaran con tanta fuerza como las de la fraternidad.

—Es el anfitrión, ya sabía en qué se metía cuando decidió organizar esto —pronuncié al final. Supe por la mirada de Willow que había sonado mucho menos convincente de lo que pretendía.

—Ve con él si quieres, a mí no me importa esperar. Además... —Alzó el vaso que sostenía entre sus manos—. Alguien tendrá que ir a por bebidas.

Le eché una mirada rápida por encima del hombro a Elliot, que seguía igual de impasible que segundos atrás. Luego, volví a centrarme en Willow.

—Le espera una noche de locos y yo no seré más que un estorbo para él si interfiero en sus planes como los demás —comenté—. No te preocupes, sabrá dónde encontrarme si me necesita.

—¿Seguro? —preguntó cuando me levanté.

—Segurísimo —me jacté. Elliot parecía poseer un geolocalizador cuando se trataba de mí—. Iré a por las bebidas, tú quédate aquí y protege con tu vida estos asientos.

Mentiría si dijera que puse rumbo a la mesa de bebidas más cercana, porque la verdad era que crucé el salón con los dos pies dispuestos en dirección a la cocina y al menos un ojo sobre Elliot. Y mentiría, mentiría mucho, si negara que el runrún que lo reconcomía me era indiferente, porque estaba deseando oírlo yo también y meter las narices donde no me llamaban otra vez.

Incluso si eso significaba meterme en el aguadero pantanoso y pestilente en el que Elliot sumergía sus problemas.

En mitad de la estancia, un par de chicos hacían de guardaespaldas del enorme tanque de cerveza que Elliot y los suyos trajeron a cuestas esa misma tarde y que, a juzgar por la cola que se había generado en los últimos minutos, necesitaba un segundo barril con urgencia.

Por mucho que intentara afinar el oído para escuchar lo que sucedía a tan solo unos pocos metros de mí, nada servía: la música salía expedida de los altavoces a un ritmo inclemente y llegaba a mi cavidad auditiva como lo haría una bomba; detonándolo absolutamente todo a su paso. Y, por si todavía cabía una mínima posibilidad de

enterarme de algo, el pastoso y balbuceante parloteo de los borrachos que como yo esperaban su turno en la cola lo volvía imposible.

—¿Blake?

Me encontraba tan sumida en mis propios pensamientos —o en tratar de descifrar los de Elliot, que se alejaba de ahí para subir al palco superior de la fraternidad— que su voz me pasó desapercibida la primera vez que la oí a mis espaldas. No obstante, y como era costumbre, no tardó en hacerse escuchar.

—¡Joder, eres tú! Casi no te reconozco con esa peluca. —La sonrisa de Alek, que bien podría pertenecer a un atractivo actor de Hollywood como a un comercial de primera de una empresa piramidal, alumbró todo rastro de penumbra—. ¿Qué haces aquí? Te hacía en la zona *vip*, con los *chupiguays*, no entre simples mortales.

Ahogué una risa nasal.

—He intentado entrar, pero las alarmas han empezado a sonar en cuanto lo he hecho. Supongo que no soy lo suficiente *chupiguay* para la mayoría. —Encogí los hombros para dramatizar mi desconsuelo. Le eché un vistazo a su disfraz. Con parte de sus tatuajes tapados por una camisa de cuadros que no combinaba con su estilo, aquellos pantalones que perfectamente podría haber robado de un geriátrico y una gorra roja cubriendo aquella mata indomable de cabello azabache, seguía estando guapo—. ¿Y tú, Forrest? ¿Has venido con los demás?

Di un paso al frente para tomar mi turno en la cola y esperé a que uno de los gorilas que custodiaban el tanque de cerveza me rellenara los vasos.

—Perdí a mi Jenny por el camino y me he buscado la vida como he podido. —Me enseñó el par de botellas que traía entre las manos y yo sentí cómo se me desencajaba la mandíbula. El hoyuelo en su barbilla se marcó en profundidad al reír.

—¿De dónde las has sacado? —pregunté al notar que tenían la misma etiqueta que las que compramos para la zona *vip,* como decía Alek, días atrás.

—¿De verdad quieres saberlo? —La pérfida mueca que arrulló sus labios juraba que se sentía orgulloso de la jugarreta que acababa de cometer.

—No, creo que es mejor que no —musité—. Nos traería problemas a los dos.

Me guiñó un ojo y sacó la lengua, en un gesto infantil tan natural como perverso.

—Los chicos me están esperando ahí fuera. —Echó la cabeza hacia atrás y señaló la zona de ambiente que había en el jardín, en la que la multitud se conglomeraba en demasía—. ¿Te vienes?

—Me encantaría —admití—, pero no estoy sola esta noche. He venido con una amiga.

—¡Pues mejor todavía! Veníos ambas, a mí no me importa y seguro que a los chicos tampoco.

Su estado de creciente hiperactividad, mezclado con ese ímpetu tan propio suyo, no me dio lugar a réplica. Por el contrario, me vi dejándome llevar por la corriente eléctrica que Alek suponía.

—Te avisé de que éramos mucho menos inofensivos de lo que creías —Connor se pronunció con extrema prudencia, y con un gesto ambiguo con la boca—. Y ahí lo tienes.

El jardín trasero de la fraternidad estaba atestado por una ebria aglomeración humana dispuesta a dar rienda suelta a sus pasiones carnales y a perpetrar las infames fechorías en la oscuridad que lo amparaba. Habíamos cogido tanta velocidad que ya no había freno de mano que pudiera detenernos, y las ovaciones, silbidos y vitoreos que ensordecían el lugar eran la prueba fehaciente de ello.

A todo volumen, pero a cámara lenta, mi incapacidad para reaccionar me mantuvo justo ahí, frente a una escena surrealista que me asombraba, conmocionaba y horrorizaba a partes iguales.

Con los pies descalzos sobre la húmeda y espesa hierba, una Willow temblorosamente resuelta se desmelenaba por primera vez con una soltura que, aunque meditada, no dejaba indiferente a nadie. Y todavía menos a las dos poderosas siluetas que se adherían a su piel sobreexpuesta y la incitaban a seguir desinhibiéndose como hasta entonces: Alek y Demian. Parecía sumamente pequeña ahí en medio, entre ese par de hombres que abarcaban todo su ser con sus cuerpos y acunaban sus curvas con las manos.

Los ojos de Alek brillaban con una lascivia perniciosa al mecerse contra la carne blanda y casta de Willow, que se erizaba con cada pequeño roce e intentaba controlar el tembleque de sus piernas. Dejó de respirar cuando las manos de él se deslizaron por su cintura, recorrieron sus caderas y encontraron sus muslos descubiertos bajo el corto vestido, pero necesitó de sujeción externa cuando a ese tacto intrusivo se le unieron los labios de Demian.

Sus párpados revolotearon ante el avance incansable del rubio, que dejó un rastro húmedo e implacable de besos a lo largo de su cuello que nada tenía que ver con el contacto de Alek, a quien se aferraba como si fuera un salvavidas en medio de esa tempestad. Era mucho más paulatino.

Los cuerpos de los tres se refregaban en un baile que transpiraba sensualidad a raudales y, por encima de todo, dosis enloquecedoras de una sexualidad animal de la que Willow solo estaba preparada para abarcar una décima parte.

Los gritos entusiastas de quienes presenciaban la escena se intensificaron cuando Alek se acercó en un ademán por besarla que culminó tal cual pretendía: devorándola con los labios. Y se convirtieron en bramidos cuando Demian, abrazándola por la espalda con posesividad, le enterró los dientes en el hombro para, luego, deslizar la lengua sobre las marcas que había dejado sobre su piel.

—Sí, es probable que me equivocara al pensar que erais un pan de Dios —le admití a Connor, que contemplaba la escena con diversión y se sumaba a los aplausos de los

demás.

Me uní a los aplausos de forma tardía y, aún sin salir del shock, observé los esfuerzos de los chicos por desengancharse de mi amiga. Sus miradas hablaban del deseo que dominaba sus cuerpos y del sacrificio que hacían al no dejarse llevar y comérsela entera ahí mismo, delante de todos.

Segundos después de que se apartaran y le dejaran espacio para respirar, Willow volvió a la realidad de manera atropellada, con sonrojos en las mejillas y una sonrisa tímida y vacilante que indicaba que era incapaz de encontrarse a sí misma, pese a ser el centro de atención.

—Blake. —La vergüenza que se reflejaba en sus ojos traspasó los míos cuando cruzamos miradas, y vi cómo, entre todo ese barullo de gente alcoholizada, se hacía tan pequeña e indefensa como de costumbre.

Alcé las manos en señal de honestidad y, con una sonrisa me costó de articular tras lo que acababa de presenciar, dije:

—Wi, has cumplido las fantasías de media facultad en una sola noche. ¡Quién como tú!

De haber podido, habría añadido un: «Quién me iba a decir cuando he accedido traerte hasta aquí que, tras intercambiar más palabras con Demian de las que le había oído decir hasta ahora y seguirle algunas bromas a Alek, acabarías siendo la cremita de su oreo esta noche. Y, pese a que la imagen de esos dos mancillándote me torturará durante días, me alegro por ti. Y también te envidio un poquito».

Pero no lo hice por dos razones de peso: la primera era que Willow no necesitaba oírlo, porque ya tenía suficiente con sentir el deseo de media fraternidad sobre ella. La segunda era que me sentía un poco culpable por no haberla disuadido de jugar a Verdad o Reto cuando era una obviedad que, en una fiesta como aquella y con tanto alcohol de por medio, algo iba a acabar torciéndose en algún momento.

—Blakey, cuando quieras te ayudamos a cumplir las tuyas —añadió Alek en un tono jocoso del que no me fiaba un pelo—. Estoy seguro de que encontraremos a más de uno dispuesto a sacrificarse.

—Creo que pasaré esta vez. —Sonreí escueta desde mi posición.

—¿Quieres decir que no vas a cumplir con el reto? Porque ya sabes cuáles son las reglas: quien no cumple, paga prenda —pronunció con las cejas curvadas y su desparpajo habitual. Los abucheos de la multitud no se hicieron esperar y llegaron a él antes que mi mirada de «ni se te ocurra seguir por ahí, amiguito»—. No te tenía por una cobarde.

Yo tampoco me tenía por una y, de hecho, hubiera accedido con los ojos cerrados en cualquier otra circunstancia. Pero no en *esa*.

Ansiaba perder el control por unos minutos, desconectar del mundo entero y dejarme llevar, pero no podía permitírmelo y los motivos eran múltiples y de peso. El más pesado de todos medía metro noventa de altura, tenía los ojos más azules que había

visto en mi vida y la testosterona por las nubes.

También tenía un nombre y un apellido: Elliot Hayes. Y llevaba una nochecita de aúpa. Notaba su humor a distancia pese a que apenas nos habíamos cruzado en las últimas horas.

—Creo que puedo permitirme serlo por una noche —me justifiqué con una sonrisa triunfal con la que pretendía dejar en claro que no estaba dispuesta a dejarme amedrentar.

—Entonces ya sabes lo que toca...

El sonido melifluo de una risa y la arruga que se formaba en las comisuras de quien la pronunciaba podía ser igual de contagioso como la gripe en pleno invierno Sobre todo si llevaba un par de copas de más, como yo, y retenía en lo más profundo de su ser las ansias de cometer una locura.

Los gritos de la multitud, que exigía que pagara prenda, hicieron eco a lo largo de todo el jardín y me animaron a llevar a cabo mi penitencia.

Sin cuidado, sin precaución. Afrontaría mis actos al despertar. Esa fue la determinación que tomé al afianzar los pies en la pista y abandonar la discreción que dirigió mis movimientos hasta entonces.

Me removí en la calidez de unos brazos que no me amparaban y bailé para alguien que ni siquiera estaba ahí. Balanceé las caderas de un lado a otro, como un péndulo, y fui descendiendo hasta quedar de cuclillas en el suelo. El calor abrasador de mis palmas contrastó con el gélido ambiente propio del primero de noviembre cuando las deslicé por mi falda hasta llegar a la abertura por la que asomaba una de mis piernas.

Rebusqué en ella sin pudor, consciente de que las aclamaciones se habían multiplicado entorno a mí y que no había ojos que no me resiguieran en ese momento, y tanteé el tiro de mis medias en un gesto juguetón del que no pretendí verme alienada.

Me saqué las medias con una delicadeza exquisita que ahogó un par de jadeos entre el gentío y arrastré la liga roja que aderezaba uno de mis muslos.

—Reto cumplido.

El epicentro de la fiesta estaba atestado cuando salí de él y me sumergí en la periferia del jardín, menos concurrida, con el mentón en alto y una sonrisa de satisfacción robada directamente de los labios del embaucador por excelencia: Alek.

La brisa nocturna entibiaba mis piernas y desvanecía el calor que los cubatas y mojitos instauraron a lo largo de las horas. No obstante, yo no reparaba en el frío ni le prestaba mayor atención al efecto que tenía sobre mi cuerpo. Tan solo disfrutaba de la bruma que empañaba mis pensamientos y del mareíllo que entorpecía mis pasos y jugaba con mi sonrisa entre aspavientos.

Una columna me sirvió como apoyo cuando me tambaleé a mitad del camino y me aferré a ella con uñas y dientes, con la poca fuerza que me quedaba. La sensación de sequedad que me arañaba la garganta hacía que fantaseara con la idea de beberme el contenido de la piscina municipal de un solo trago o, en su defecto, de practicarme un

harakiri si no encontraba un vaso de agua pronto.

—¿Te estás escondiendo o intentas olvidar lo poco que chapurreas de francés? Porque lamento informarte que no consigues ni lo uno ni lo otro.

A media voz, pero sin grandes contemplaciones, sus palabras sonaron como un susurro áspero escarbándole en la garganta.

—No, sólo intentaba olvidar el ritual de apareamiento que ese par de mandriles han realizado con *mi* amiga.

Los ojos de Adler eran la prolongación de la noche más larga y calurosa del verano. Insólitamente negruzcos, pertenecían a un lugar donde las luces del crepúsculo jamás amainaban las sombras y las agujas del reloj desaceleraban e invertían su ritmo al tocar el alba.

El nudo de la corbata holgado, señal de que había tirado de él en busca de aire en más de una ocasión, la americana desabrochada hasta el último botón y unos zapatos de vestir sorpresivamente impolutos sobre el césped acompañaban a su posado de asiduo desinterés cuando le miré.

—¿Y tú? ¿Vienes de exhumar un cadáver o se te había olvidado que hoy era Halloween y has buscado en Internet algo rapidillo para salir del paso?

El gesto que colmaba sus labios se convirtió en una media sonrisa ante mi comentario y sólo se desvaneció al responderme.

—Connor y yo tenemos la costumbre de buscar una temática conjunta para nuestros disfraces de Halloween, y este año elegía él —comentó—. Se lo recordé anoche porque vi venir que se le había olvidado y... puedes imaginarte el resto.

—Sí, eso suena muy propio de Connor.

Reí por lo bajo, todavía respaldada por la solidez de la columna. No se me hacía complicado imaginarlo buscando «disfraces fáciles en dos minutos» o algo por el estilo horas antes de la fiesta.

No necesité buscarle para encontrarle, pues si Connor se caracterizaba por algo era por hacerse ver incluso en la distancia. Estaba ahí, a lo lejos, perdido en ninguna parte y buscándolo todo al mismo tiempo, entre una multitud que lo escuchaba hablar como lo hacíamos los demás: encandilados.Willow le prestaba atención un par de pasos por detrás, custodiada por Demian y Alek. Su mirada no se detenía en ninguna parte por más de un par de segundos, tan esquiva como escurridizas eran sus manos, entrelazadas sobre su vientre en una pose que a ojos ajenos podría no significar nada, pero que lo decía todo para mí.

—Demian y Alek no le harían daño ni a una mosca —habló Adler con suma precaución—, así que puedes estar tranquila si eso es lo que te preocupa.

—No son ellos quienes me preocupan —admití a media voz, casi afónica—, sino Willow. La altura a la que ha volado esta noche no es apta para personas con vértigo y me asusta que su aterrizaje se pase de turbulento.

Había algo que no iba bien, y tenía todo que ver con que a los sonrojos que solían

pigmentar sus mejillas los hubiera reemplazado una palidez enfermiza.

—¿Y tú pretendes allanárselo? ¿O aterrizar en su lugar? —Adler se pronunció con contundencia, sin apartar la mirada de ese punto lejano en el que se encontraban los demás—. Imagino que ya sabes que sólo puedes hacer lo primero, porque lo segundo sólo le concierne a ella.

—Sé perfectamente que lo único que puedo hacer es esperar en tierra y apoyarla cada vez que vuelva de un viaje largo y lleno de complicaciones.

Suspiré y le eché una mirada rápida antes de continuar.

—Te veo muy filosófico para lo sobrio que estás todavía. ¿Has hecho un pacto de abstinencia el día equivocado o vuelves a ser el encargado de llevarlos a todos a casa sanos y salvos?

—Las dos cosas. —Una risa escapó de entre sus labios y se fundió con la música, marcando los hoyuelos en sus mejillas—. He hecho un pacto de abstinencia para poder llevarlos sanos y salvos a casa.

—Entonces me rechazarás si te invito a una copa, ¿no? —le pregunté y arqueó las cejas. No obstante, no se pronunció; dejó que el silencio hablara por él—. ¡Vamos, necesito ahogar mis penas! ¿Dónde quedó eso de que no podemos aterrizar por los demás, sólo allanarles el camino?

La distancia que nos separaba era tan escasa que su fragancia me embargó por completo cuando se acercó y apoyó el hombro en la columna.

Chasqueó la lengua antes de hablar.

—¿Estás usando mis propios argumentos para atacarme?

—Depende. —Me encogí de hombros con teatralidad antes de voltearme y confrontarle tal y como él había hecho—. ¿Si digo que sí acabaré perdida en Las Vegas, sin maletas, en un cuchitril de mala muerte y a un amanecer de estrenarme como *stripper*?

—Ya te dije que una *stripper* que simulaba parálisis facial mientras hablaba francés tendría mucho éxito —me recordó—, pero decidiste irte con la competencia.

—Quién sabe, quizá si me ofreces un mejor trato me lo replanteo —dejé caer. Tener todos los sentidos alerta estaba haciendo de esa noche una velada larguísima a la que debía ponerle fin como fuera—. Si no vas a beber, entonces juega conmigo y evita que me beba hasta la copa de los árboles. ¿Pregunta o atrevimiento?

—¿Estás segura de que quieres que juguemos a esto? —me advirtió con la mirada fija en la corta distancia que nos separaba—. Te recuerdo que empiezas sin medias.

—¿El problema es la ropa que me falta a mí o las agallas que te faltan a ti?

Los vestigios de las tinieblas en sus ojos brillaron con descaro e hicieron vibrar ese gesto que colmaba sus labios hasta convertirlo en una media sonrisa. La oscuridad, la verdadera oscuridad, era tal cual la que habitaba en los orbes de Adler. No sólo era una ausencia de luz, sino una certeza absoluta de que esta jamás regresaría.

—Está bien —dijo tras darse cuenta de que su riguroso examen visual no lograba

amedrentarme—, adelante.

«Vamos a empezar suaves», fue todo lo que pensé antes de hablar. O, más bien, lo que me tuve que repetir antes de hacerlo, pues si se me conocía por algo era por mis épicas meteduras de pata en cuanto a los Hayes se referían.

—¿Qué tres palabras o adjetivos crees que te definen?

—Sensato, desde luego —respondió, aunque tuve la sensación de que cavilaba en voz alta. Se mordisqueó la cara interna del labio, pensativo—. Práctico e... isotrópico.

—¿Isoqué? —Sentí cómo el ceño y la nariz me pesaban debido a la cantidad de arrugas que se me formaron alrededor de ellos.

—Isotrópico —contestó con una obviedad a la que solo fui capaz de reaccionar con más interrogantes—. No importa desde dónde me mires, siempre obtendrás el mismo resultado.

—Eso suena bastante imposible —refuté—. Todo en la vida es cuestión de perspectiva y el ser humano es cambiante e inconstante por naturaleza.

Asintió.

—Tú misma lo has dicho: cambiamos, y lo hacemos según nos conviene. No vemos absolutamente todo de los demás, sólo aquellas facetas que ellos quieren que veamos. —Se detuvo a inspeccionar mi semblante—. ¿Cuál sería el título de tu autobiografía? Y no me digas «Memorias de una *stripper* en apuros», porque esa ya me la sé.

No tuve siquiera que pensarlo. Mi vida era un auténtico desastre, así que lo mejor que podía hacer era tomármelo con humor.

—Mil y una maneras de cagarla que no creías que existían.

—Yo lo compraría, tiene gancho. —Las hebras de su cabello acariciaron la base del pilar cuando se reclinó en él, distraído por el vaivén de personal que nos rodeaba. Luego, volvió a mirarme con un amago de hilaridad—. ¿Cien por cien basada en hechos reales?

—Totalmente fidedigna a la realidad. —Solté una risa nasal—. Tengo una capacidad innata para cagarla sobre la marcha.

Vagué entre el mar de carcajadas, movimientos inestables y bailoteos censurables que sumergía al gentío frente a mí. Los surtidores de espuma que colgaban de las tejas del techo los habían empapado segundos atrás y habían provocado estallidos de euforia. Y todos sabíamos lo que eso significaba: problemas.

Desmadre y problemas, eso era lo que se percibía en el aire pasadas las tres y media de la madrugada. Gracias al efecto *Último día en la Tierra*, el ambiente despedía un olor a excesos y malas decisiones tan potente como contagioso.

Y yo acababa de aspirarlo. Lo había hecho tras asegurar que, si tuviera una vida digna de autografiarse, se llamaría «Mil y una maneras de cagarla que no creías que existían» cuando en realidad el primer nombre que se me pasó por la cabeza fue el de mi biografía no autorizada: «Toda la verdad sobre mis mentiras».

Al volver a mirar a Adler, parecía tan inmerso como yo en los confines de la fiesta.

—¿Te han pillado alguna vez dándote *autoplacer*?

—Sí, claro, ¿y a quién no? Me pasó un par de veces cuando era un adolescente, y me prometí a mí mismo no volver a hacerlo. —Los haces de luz que fluctuaban por la fraternidad se reflejaron en su profunda mirada, todavía perdida en el horizonte. Una sonrisa se adueñó de él cuando se giró hacia mí—. Evidentemente, no lo cumplí. Si pudieras tener sexo con alguien famoso, ¿con quién sería?

—¿Se vale una orgía? —Las cejas estuvieron a punto de salirle disparadas—. ¿Qué? No soy buena eligiendo, ya te he dicho que la cago todo el tiempo. Además —puntualicé—, no has especificado *cuánto* sexo. Sólo has dicho sexo, en general.

—Buen punto. Se vale la orgía por esta vez.

—Harry Styles, Chris Hemsworth, Henry Cavill y Zac Efron. Sin importar el orden, hay Blake de sobras para todos —declaré al aire sin pizca de remordimiento.

—Acabarías exhausta. O... —planteó abstraído por mi declaración. Frunció el ceño—muerta.

—¡Es lo mínimo que pretendo! Si al acabar salgo caminando por mi propio pie, es que algo ha ido verdaderamente mal.

—Es bueno saberlo. Tendré el teléfono de emergencias cerca por si algún día pasa —Me siguió el juego—. O el de la funeraria. ¿Quieres que te enterremos o prefieres arder en las llamas del crematorio?

—Lo segundo. Me niego a que los gusanos me agujereen. En el mejor de los casos, y atendiendo a mis expectativas súper realistas, ya me habrán perforado de formas más divertidas la noche anterior.

¿Cuánto puede degenerarse una conversación que, ya de por sí, estaba enturbiándose? La respuesta: mucho. Demasiado. Y no tenía ni la más jodida idea de cómo habíamos llegado hasta ahí ni una buena respuesta al porqué lo habíamos permitido. Simplemente había pasado y no habíamos sido capaces de detenerlo a tiempo.

La ruta de peregrinaje que inicié alrededor de su boca se había convertido en una sentencia: volvía a ella por mucho que intentara desviar la mirada. Era ese trozo de pastel que sobraba después de una celebración y cuya mera presencia en el apartamento era razón suficiente para que tuvieras ganas de comértelo y tenerlo a tan fácil alcance sólo complicaba las cosas. Sabías que estaba sobre el mármol de la cocina e intentabas no caer en la tentación y devorarlo a escondidas, pero te morías por sentirlo derretirse en tu boca y explotar en tu paladar.

Sus labios poseían un subtono bermellón subido que abría el apetito. Y luego estaba *ese* hoyito que se le marcaba en profundidad cuando sonreía abiertamente y me provocaba calambres en zonas que no tenía permitidas. No con el hermano de Elliot.

Adler volvió a retomar la conversación anterior:

—Nunca he probado a meter a una tercera persona en la cama y eso me llama la atención. Me atrae la idea de tener a una mujer capaz de despertarme todos los instintos

y volarme la cabeza de tal manera que mis ganas de complacerla pasen incluso por compartirla con otro hombre que la desee igual o más que yo.

Los órganos sensibles de mi cuerpo, que estaban en pleno funcionamiento desde hacía varios minutos, se contrajeron ante su declaración y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no exteriorizar lo que acababa de provocarme. Porque sí, él era la causa de aquello y no yo.

Yo no tenía la culpa de gozar de una imaginación maravillosa y fructífera que hacía verdaderos milagros con cada palabra que salía de esa boca que...

«Joder, Blake, ¡contrólate!».

Me tensé cuando volvió a dirigir su atención hacia mí.

—¿Y tú? ¿Tienes alguna fantasía por cumplir?

—Si solo fuera una... Aunque creo que más que una fantasía es un concepto —dije en cuanto logré separar mis pensamientos *normales* de los intrusivos que me acribillaban—. Sé lo que quiero hacer y cómo hacerlo la mayor parte del tiempo, así que lo único que espero a la hora de tener sexo es que la otra persona se haga con el control y me libre de esa autodeterminación.

—Que tomen el mando por ti —comentó a modo de pregunta indirecta, y vislumbré un grado de curiosidad en su mirada.

—La idea de que me sometan me da curiosidad. *Ese* tipo de curiosidad que se supone que no debería sentir.

La sumisión, parcial o completa, era el objeto de mis fantasías sexuales más arraigadas, pero verbalizarlo hacía que me sintiera indefensa y expuesta. Endeble ante una realidad que aún no interiorizaba o a la que no sabía cómo enfrentarme todavía.

—Me parece que he bebido suficiente por hoy. —Intenté añadirle humor a mi nerviosismo, mas mi risa sonó temblorosa y quebradiza. Justo como estaba mi interior.

—No hay nada de malo en que te llamen la atención ese tipo de prácticas. —La naturalidad con la que se expresó y me tendió una sonrisa logró calmarme—. Es completamente normal. A todos nos atrae lo desconocido en algún momento.

—Supongo que tienes razón —musité con la vista clavada en el suelo con tal de no tener que mirarle.

Adler ahogó una carcajada.

—Venga, te he visto pavonearte en la pista y dejar embobada a una docena de tíos con sólo sacarte las medias, ¿y ahora te pones tímida?

La entonación que usó, socarrona e incitante, me hizo levantar cabeza ipso facto y volver a caer en el abismo en sus ojos. Desprendía un magnetismo tan poderoso que me hacía olvidar que estaba siéndole desleal a dos personas al mismo tiempo: a Elliot y a Midnightemptation.

—¿Te has encargado de contarlos porque estabas muy interesado o cómo va esto? —le solté, haciendo a un lado la vergüenza de un codazo.

—Por supuesto, estaba estudiando tus movimientos —La convicción con la que se

expresaba y esa mordacidad enloquecedora, que me hacía dudar de si hablaba en serio o me tomaba el pelo, lograron noquearme de nuevo—. Ya sabes, por si se me ocurre ofrecerte un trato mejor.

—¿Y te ha gustado lo suficiente como para hacerlo?

Sus ojos resiguieron los pasos que di en su dirección del mismo modo con el que yo reseguí sus labios minutos atrás, con un interés catalogado como pernicioso.

—Me temo que cualquier trato que pueda ofrecerte esta noche sería una proposición indecente. —Su voz fue apenas un susurro ronco y profundo, pero se sintió como miles de alfileres clavándoseme en la piel—. Y no creo que te convenga.

No, no me convenía.

Pero...

—Es una pena no poder escucharla... tendré que irme con la competencia entonces. —El corazón amenazaba con agujerearme el pecho ante lo que estaba a punto de hacer. Ante la locura que ya estaba haciendo. La tela de las medias me resbalaba entre los dedos cuando se las mostré con la barbilla en alto—. Toma, quédatelas. Te ayudarán a salir de pobre cuando te arruines al apostar por una *stripper* cualquiera.

La decisión con la que se acercó y cerró el puño sobre las medias, que seguían hechas un ovillo en mis manos, hizo que un escalofrío me reptase por la espina dorsal y sacudiera rincones inhóspitos en mi interior. La suave tela se me escurrió entre los dedos hasta caer completamente en sus dominios y yo no pude hacer más que observar con estupefacción cómo las metía en el bolsillo izquierdo de sus pantalones.

Seguía inerte cuando se aproximó a mí.

—Espero que no te arrepientas de nada de lo que acabas de hacer. —Su aliento me acarició la mejilla al reclinarse en mi oído. Se me erizó la piel al escucharle contener el aire y, a continuación, dejarlo ir como un jadeo contra el lóbulo de mi oreja—. No tengo intención de devolvértelas.

Y, de repente, movimiento. No uno cualquiera. Primero sólo eran unas pocas personas curioseando por la zona, pero al poco se unieron muchas más. Ajetreo por todas partes, cuchicheos por las cercanías y, a lo lejos, gritos.

La fiesta se paralizó de un momento a otro y el tiempo dejó de correr. De nuevo, sabía que algo no iba bien. Porque conocía esa voz y a su dueño.

Elliot Hayes.

25

La conglomeración humana y sus respectivos cuchicheos fueron la primera línea que Adler tuvo que derrocar a codazos al entrar a las puertas de la fraternidad, y a la que yo me vi expuesta con tal de seguirle.

Resbaladizos y pringosos, los cuerpos entre los que nos abrimos paso parecían haber sido embadurnados en manteca de cerdo y desprendían un hedor a sudor tan potente como para inducir al desmayo a cualquiera. Sus torsos, brazos, manos y piernas me estrujaban hasta el aplastamiento mientras imitaba —superada por una claustrofobia que no sabía que tenía— los movimientos certeros de Adler, que estaba unos pasos por delante de mí.

A lo lejos, más allá de esa horda de zombis famélica que nos engullía, se oían gritos desgarradores capaces de hacer estremecer hasta al mudo ambiente, anteriormente habitado por las risas de la multitud y que ahora sólo rellenaba el compás de una melodía distante y frívola que nadie se atrevía a bailar.

El gentío se apelotonaba cerca del primer peldaño de la escalera principal cuando llegamos y, pese a que todas las miradas estaban en el palco que la presidía, ni un pie se atrevía a sobrepasarlo.

—¡No me des la espalda!

Tardamos apenas unos minutos en llegar y un solo segundo en hacerlo tarde. Infinitamente tarde.

Elliot emergió de entre las sombras del palco, sin prestarle mayor atención a las palabras del hombre que le seguía ni a la bruta celeridad con la que se le acercaba. No obstante, sus facciones destilaban algo más que la indiferencia que demostraba en sus actos cuando la figura a sus espaldas lo cogió por el hombro de malas maneras, pues bajo aquel ceño fruncido, sus vibrantes ojos azules estaban abiertos de par en par y sumidos en una tensión que no era capaz de contener. Respiraba con dificultad, como rebasando el vaso de su propio autocontrol, con las fosas nasales dilatadas y los músculos de la mandíbula tan bloqueados como tiesos tenía los nudillos.

Recibió el primer golpe antes de voltearse; el segundo arremetió contra él con la bestialidad suficiente como para desequilibrarle y hacerle caer de bruces al suelo. Un jadeo inaudible murió en sus labios cuando lo tomó por la cabeza y le estampó la rodilla justo en mitad del rostro.

La imagen de Elliot instantes antes de perder la compostura fue lo último que logré procesar esa noche porque, a continuación, lo único que pude hacer fue contemplar con horror cómo lo molía a golpes con una cruda y descarnada violencia capaz de hacerme subir la bilis por la garganta.

El *shock* inicial pasó a un segundo plano cuando logré reconocer a Cole como el

hombre que lo atizaba. Una sonrisa déspota y triunfal relucía en su boca al verle en el suelo, azorado por los golpes y escupiendo el río carmesí que manaban sus encías.

Elliot se puso en pie dando tumbos y se limpió el reguero de sangre que le fluía por el filo de la mandíbula con el antebrazo. La mueca que contrajo su bello y enfurecido rostro al cruzar miradas con Cole se convirtió en una profecía demoníaca cuando se abalanzó sobre él y lo hizo caer al suelo. El que había sido su amigo no tuvo tiempo a reaccionar, puesto que ya lo tenía encima, con las piernas apresando sus brazos e inmovilizándolo.

—¡Eres un hijo de puta malagradecido! ¡¿Me oyes, pedazo de mierda?! —El Hayes vociferó con rabia cada palabra contra el rostro de Cole, que yacía a escasos centímetros de distancia del suyo, aplastado contra el parqué—. ¡Tienes lo que te mereces, cabrón!

No había dejado de gritar todavía, pero aun así le atizó con una fuerza animal en las costillas, dejándole sin respiración, y en la cara poco después.

El palco principal era el escenario de una película de terror cuando Adler se introdujo en él con intención de hacer lo que nadie conseguía: separar a la versión más salvaje de su hermano de Cole. Y yo...

Yo sólo me quedé ahí, inmóvil entre la multitud que observaba con desconcierto aquel espectáculo.

—Si yo me merezco todo lo que me pase, ¡¿qué no mereces tú, hijo de puta?! ¿Te lo has planteado? Pues claro que no, porque el gran Elliot Hayes siempre tiene tiempo para cuestionar a los demás, pero nunca a sí mismo. —Los bramidos de Cole, que estaba en pie gracias a que alguien más lo sostenía, sonaron como los rugidos de un león feroz e hicieron eco en la estancia—. ¡Pues ya puedes rezar, porque tendrás que vivir mucho para poder redimirte de toda la mierda que has hecho y a la que has arrastrado a todos los que se acercan a ti!

En extremos opuestos de la sala y sostenidos por media docena de tíos, así se encontraban Cole y Elliot. La nariz del primero estaba, con total probabilidad, rota y regaba un afluente insano que le manchó el cuello de la camisa.

—Vaya, no sabía que, además de ser la oveja negra de los Hayes —espetó el moreno, pese a que quienes lo rodeaban intentaron silenciarle—, también eras la descendencia no reconocida del Rey Midas. Él convertía todo lo que tocaba en oro, así que tú debes ser el Rey Mierdas: ¡porque todo lo que tocas se convierte en una!

No hubo reacción por parte de Elliot, como si le hubieran tirado un balde de agua congelada encima y estuviera al borde la hipotermia. Se mantuvo impasible, con la mirada perdida en Cole, abúlico ante el contenido de sus palabras. Y la mayoría actuó con cautela en consonancia a esa ausencia de respuesta.

La mayoría, pero yo no.

Yo no corrí; volé. Volé al ver esa expresión en Elliot.

Las piernas me flaqueaban cuando llegué hasta él y me uní al séquito de personas que, a duras penas, conseguían retenerle. Me aferré a uno de sus brazos y tiré de él con

tanta fuerza como mis nervios me permitieron, mas no surtió efecto alguno.

—Piénsate dos veces lo que vas a hacer, porque una vez hecho no habrá vuelta atrás. —Le advirtió Adler, que luchaba con la violencia con la que Elliot trataba de zafarse de sus manos. Su hermano le dedicó una mirada de refilón que me agrió incluso a mí. No obstante, él la recibió sin amago alguno de alterarse por ella y le dijo, en voz baja y sin vacilar—: Elliot, relájate o me veré obligado a hacerlo yo por ti, y ninguno de los dos saldremos bien parados de eso.

Los vi medir sus fuerzas, librar varios asaltos sin moverse un ápice de donde estaban y consumar un pacto en completo silencio mientras los demás, que ignorábamos las palabras que no pronunciaban pero que ambos entendían, aguardábamos por ellos.

En la distancia, Cole seguía lanzando artillería pesada y, lejos de ayudar a relajar la situación, hacía imposible apaciguar a Elliot.

—Por Dios, ¡Cole! —grité después de escuchar cómo varias personas le pedían que se detuviera y él, tan obcecado como el propio Elliot, no atendía a razones—. ¡Cállate!

Los segundos parecieron dilatarse cuando nuestros ojos se encontraron.

Tras carraspear un par de veces y sin despegar de mí esa mirada desabrida que nunca había visto en él, soltó una carcajada en la que se percibió de todo menos diversión.

—¿Ella también, Elliot? ¿En serio? —bufó con verdadera apatía—. ¿No había nadie más a quien pudieras joderle la vida?

—¡Cole! —volví a llamarle, con una clara advertencia impresa en mi voz.

Los brazos del Hayes se tensaron contra mis dedos al escucharlo y, cuando levanté la cabeza, sus pupilas estaban clavadas en mí y me observaban desbordadas por emociones.

—Tanto que te quejabas de mí y al final has sido tú quien ha conseguido que forme parte de tu estercolero —Cole escupió cada palabra como si estas le quemaran en la boca—. Estamos de mierda hasta el cuello, pero a ti no te importa. ¡Qué más da una muerte más o una muerte menos cuando tienes el dinero y el poder para silenciarla! ¡Espero que al menos esta pese más sobre tu conciencia!

Una tras otra, cada frase que salió de su boca quedó grabada en mi mente, que para ese entonces ni siquiera alcanzaba a comprender la magnitud de lo que me rodeaba.

Elliot esperó por mi reacción con el semblante en blanco y una mezcla de amargura, culpabilidad, pesar y, por momentos, con ira. Hacia él mismo y, quizá, también hacia mí. Me miraba como si pudiera verlo todo y, al mismo tiempo, como si supiese a ciencia cierta que yo lo hacía sin ver nada en realidad.

Roto por fuera y destrozado por dentro.

—¡Elliot, deja de hacer ver que todo va bien y que nada ha pasado! ¡Adam ya no está y es por tu culpa! ¡Toda esta mierda lo es! —La voz de Cole salió expedida como el rugido de una fiera. El desconsuelo y la cólera turbaban su rostro cuando me volví en su dirección.

—Cole, márchate —Adler se pronunció con el rigor con el que se daba sepultura a un pagano en tierra santa—. No tienes nada que hacer aquí y tampoco eres bienvenido.

Ahí, batallando para que la oscuridad no engullera cada centímetro de su inmensa envergadura, la figura de Cole tembló por la rabia, en silencio.

Transcurrieron varios segundos antes de que fuera capaz de apartar la mirada de sus nudillos, que rezumaban gotarrones de reluciente carmín, y otros tantos para que cayera en cuenta en que había emprendido el camino hacia la salida y que, durante el recorrido, sus ojos, de un tono cetrino propio de los campos de trigo durante el verano, me habían interceptado.

Existía un aura fantasmagórica en la forma en la que me miraba, distante y enfrascado en una apatía atemporal que se les adjudicaba a las almas descarriadas que moraban sin dicha por un presente del que formaban parte. Y a lo mejor estaban en lo cierto porque, aunque Cole se encontraba físicamente en él, en sus ojos llorosos y enrojecidos brillaban únicamente los fantasmas del pasado y la certeza de que estos lo acompañarían en cada paso del porvenir, incluso cuando él hubiera abandonado ya el camino.

Observé cómo se acercaba hasta detenerse a escasos centímetros de mí.

—Blake. —El cariz con el que me llamó capturó por completo mi atención—. Nadie que se acerque a Elliot está libre de pecado. Todos los que se quedan lo hacen porque tienen algo que proteger, algo que esconder. —Sus pupilas proyectaban sin dificultad aquellos remanentes de un pasado que, a juzgar por el arrepentimiento y el dolor que desbarataba sus facciones, no podía ni se permitiría olvidar—. Sea lo que sea que hayas hecho, ¿realmente vale la pena pasar por... esto?

La respiración se me cortó como si, en vez de hablarme, me hubiera pegado un puñetazo en el tórax y la sangre se me congeló dentro de los vasos sanguíneos. Mis piernas hormigueaban con más intensidad ahora y la cabeza me iba a mil por hora. No obstante, estaba en blanco.

Lo miré de nuevo, preguntándome si había leído bien entre líneas o la ansiedad me estaba jugando una mala pasada.

—No te le acerques. —Las palabras de Elliot salieron expedidas a mis espaldas como el bramido de un animal salvaje.

—Tampoco me permitirías hacerlo, ¿verdad?

Cole nos dedicó una mirada que no fui capaz de descifrar.

Tras ahogar una tétrica y melancólica sonrisa nasal, pasó por mi lado como una ráfaga de aire, pretendiendo llevarse consigo todos los pensamientos que él mismo había germinado en mi mente.

La curiosidad es el cohete espacial más veloz en el que el ser humano viajará nunca. Su abordaje sólo requería de una mente pensante como materia prima y una pizca de

intelecto. Como cualquier viaje por el que pagaras tan bajo peaje, podía llevarte por el camino de la perdición.

Poseíamos el instinto innato de generar preguntas y la capacidad suficiente para hallarles respuesta, pero no estaba en nuestra naturaleza echar el freno. Por ello, tan pronto eliminábamos una duda surgía la siguiente y recogíamos lo que sembrábamos: más interrogantes.

No existía exceso saludable y la curiosidad por saberlo absolutamente todo de la propia humanidad había entrado en superávit hacía por lo menos un par de décadas. Todos pecábamos de lo que un día hizo evolucionar a unos pocos.

Me encontré por primera vez frente a frente con una curiosidad distinta a cualquier otra que hubiera sentido hasta entonces. Una que crecía en lo más profundo de las entrañas y se propagaba cual tumor cancerígeno.

La iluminación que sumía el palco, antes tenue, ahora se antojaba prácticamente inexistente, tan débil y etérea como el calor residual del verano que perduraba a mediados de otoño y se extinguía en los gélidos e insensibles brazos del invierno. Y es que no había claridad que pudiera atenuar las sombras que la disputa dejó tras de sí, ni persona con el ánimo de ahuyentarlas.

Vagabundeé por el pasadizo por el que había visto desaparecer a Elliot como un vendaval y recorrí cada centímetro de su penumbra dándole vueltas a las palabras que Cole pronunció antes de marcharse.

La voz de Elliot —varonil y grave, aunque tan suave como el tacto de la seda— hablaba por sí sola y sin necesidad de letra, al igual que las melodías que entonaban los músicos en la posguerra y que presagiaban la revolución que se gestaba en las calles tras una época de decadencia y penuria.

Un hombre cuya voz tarareaba cientos de melodías sobre el descenso a los infiernos. Capaz de reclutar a un batallón entero en un abrir y cerrar de ojos y provocar la insurrección de la multitud. Todos canturreaban sus canciones mientras esperaban la detonación de la guerra, pero nadie se preguntaba cómo alguien podía hablar del descenso al infierno si nunca antes lo había pisado.

Y es que a ciertos lugares no se llegaba por casualidad, sino por causalidad. Y el camino de vuelta sólo lo conocían quienes ya habían recorrido el camino de ida.

El estado de letargo en el que me encontraba se desvaneció cuando oí cómo un par de voces escapaban por la ranura de una de las puertas de las habitaciones.

—Elliot... Esto tiene que acabar. —Reconocí a Adler aunque no pudiera verle. Se pronunciaba con dificultad, en bufidos que le dejaban los pulmones vacíos—. ¿De cuánto estamos hablando esta vez?

—Sesenta mil.

La voz de Elliot pendía de un hilo y él, que caminaba por el filo con la seguridad de un contorsionista experimentado, era consciente de ello. De cómo menguaba su estabilidad a cada paso, de lo desgarrado que sonaba a oído conocido.

Aquel descubrimiento me atrajo como la incandescencia de una bombilla a una polilla y, más temprano que tarde, acabé con la espalda pegada a la pared y todos los sentidos concentrados en la escena que acontecía tras la robusta placa de madera.

—¿Qué? —Vi a través de la rendija cómo la incredulidad quedaba esculpida en el rostro de Adler y cómo sus ojos, presididos por un ceño lleno de arrugas producto del desconcierto, avasallaban los de Elliot—. Eso es el doble que la primera vez. ¿De dónde cree que vas a sacar tanto dinero?

Compartieron una larga mirada y, de nuevo, sentí que presenciaba una disputa que no era capaz de comprender porque, simplemente, no estábamos en la misma sintonía.

—Lo es, pero eso fue la primera vez y esta —hizo una pausa, dándose el tiempo de digerir lo que iba a decir a continuación— es la tercera.

—O sea que hubo una segunda —le reprochó.

No hubo respuesta. Sólo un silencio impasible que extinguió toda emoción del rostro de Elliot y se perpetuó en la estancia como la noche lo hacía tras engullir la luz del atardecer.

—¡Mierda, Elliot! ¿Dónde tenías la cabeza? —La oscuridad que se adueñó de los ojos de Adler cuando volvió a mirar a su hermano, que hacía un esfuerzo vano por contenerse y permanecer impertérrito, era tan densa como la que me rodeaba a mí en la soledad del pasadizo—. Te dije desde el minuto uno que esto iba a pasar, que pagar una vez haría que regresara una segunda, pero hiciste lo que te dio la gana. Como siempre.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Que tenías razón? Pues sí, ¡la tenías y yo me equivocaba! ¡Como de costumbre! —La frustración que le corroía por dentro emergió de entre las tinieblas, acompañada de todas esas sombras que solían pisarle los talones—. Créeme que, si pudiera volver atrás, lo haría. Volvería a esa noche e impediría su muerte, ¡pero no puedo!

Mi cuerpo se tensó de forma involuntaria contra el pavimento y yo contuve la respiración.

Existían pocas heridas más mortíferas que las que Elliot dejaba entrever en sus lapsus de debilidad. Y tampoco había pedido de auxilio más esclarecedor que el suyo, que no requería de palabras porque su silencio hablaba de verdades dolorosas y mentiras que en un principio sólo fueron piadosas.

—Yo era quien debía morir en ese callejón y no Adam, pero no puedo cambiar el pasado.

—Y supongo que Cole se ha presentado aquí porque se ha enterado de que no pagarás esta vez. —Adler evadió el último comentario como si este nunca hubiera llegado a sus oídos—. ¿Quién se lo ha dicho?

—Si creías que todos esos moretones y hematomas se los había hecho yo, te equivocabas. Traía un buen puñado de casa, yo sólo lo he adornado —soltó una carcajada corta y áspera—. Como yo no respondía, fueron a buscarlo directamente.

Turbación y un grado intolerable de desespero, era como ojear la última frase de un

buen libro sin haberlo leído entero primero. La leías de corridilla e intentando no reparar en las letras que se arremolinaban encima de ese pedacito de cielo que masticabas antes de embarcarte de una vez por todas en la novela en cuestión. Un pequeño trueque a cambio del desbarajuste emocional que te provocaría navegar entre sus páginas.

Así era como me sentía al escuchar esa conversación a escondidas. Como si empezara una novela por el final o pretendiera armar una casa por el tejado. Me faltaban palabras para armar la estructura, emociones que consolidaran sus cimientos y una trama sin agujeros de guión por los que el viento pudiera colarse.

—¿Cuánto tienes por ahora?

—Diecisiete mil.

Adler resopló por lo bajo.

—Incluso si cuento al alza, nos siguen faltando por lo menos veinte mil más.

—¿Nos? —cuestionó Elliot—. Esto ya no es asunto tuyo.

—Aunque no lo creas, todo acto tiene una consecuencia. Tú me pusiste la soga alrededor del cuello y ahora nos aprieta a todos por igual, así que no trates de hacerme a un lado de algo que nos incumbe a ambos —Adler se pronunció con contundencia, sin dar lugar a los titubeos a los que su hermano solía aferrarse—. ¿De cuánto tiempo disponemos?

Elliot lo estudió con la misma parsimonia con la que escudriñaba las aptitudes de un rival. Luego, respondió:

—De poco. Hará mes y medio que los evito —confesó y no le dio tiempo a Adler a añadir algo más—. Sé exactamente lo que vas a decirme y tienes razón, pero no puedo… —Su voz se quebró un instante—. No puedo escucharlo ahora. —Se cubrió el rostro con las manos y abocó un suspiro al ambiente—. No esta noche, al menos.

—Iré a ver cómo está la situación ahí fuera, tú quédate aquí y... ocúpate de no cometer más imprudencias mientras yo no esté. ¿Crees que serás capaz o tengo que echar el cerrojo? —añadió con un tono jocoso que distendió parte de la tensión en el ambiente. Su hermano le respondió con una sonrisa floja que difería de la diversión y conectaba con la culpabilidad—. Anda, descansa lo que puedas.

Entré en una de las habitaciones vacías antes de que saliera y permanecí quieta mientras caminaba hacia el extremo opuesto del pasadizo. No fue hasta que lo vi desaparecer y dejé de escuchar sus pasos que salí a hurtadillas del cuarto.

Los sollozos que se escuchaban en la habitación contigua hicieron eco en el silencio que impregnaba el lugar y resonaron en mi interior. Eran sonidos endebles y carentes de fuerza, pero repletos de sentimientos intensos que afloraban desgarrados desde el fondo de la garganta.

Y Elliot era su dueño.

Acarreaba con el peso de una mochila a sus espaldas y lo que presenciaba no eran más que las inevitables consecuencias que tenía sobrellevarla en silencio. Un

rompimiento fortuito, aunque previsible.

«Tanto que te quejabas de mí y al final has sido tú quien ha conseguido que forme parte de tu estercolero». Las palabras de Cole aceleraron el ritmo improcedente al que iban mis pensamientos.

Y, de nuevo, la pregunta que más me había formulado y que Elliot había respondido con una media verdad, como de costumbre: ¿cuál era la verdadera razón por la que me escogió a mí y no a cualquier otra chica? ¿Qué secretos guardábamos los que lo rodeábamos? ¿Estarían todos en las mismas circunstancias que yo? ¿Bajo amenaza?

Los humanos pecábamos de querer ver aquello invisible a los ojos, sin pensar que a lo mejor no lo veíamos porque no debíamos hacerlo. Porque no estábamos preparados. Sin embargo, insistíamos; era pura y obcecada cabezonería.

Y yo estaba dispuesta a desmantelarlo todo, sin importar qué me llevara por delante a mi paso. Al fin y al cabo, decían que después de vivir ciertos infiernos no cualquier demonio era capaz de quemarte.

Y tenían razón.

26

Situado en el corazón de Beverly Hills y alhajado por las marcas con mayor renombre a lo largo y ancho del globo terráqueo, el hotel The Maybourne era el cobijo de la clase alta y el turismo de lujo.

Los transeúntes quedaban embelesados ante el encanto natural de aquel palacio que se izaba sobre el pavimento de Canon Drive y el inmenso vergel que precedía su principal atractivo: la terraza. Bajo el cielo azul, y resguardada por sombrillas de un blanco refulgente, la terraza del hotel era el hábitat por excelencia de huéspedes y visitantes ocasionales y un punto de referencia para aquellos que disfrutaban del buen comer. No obstante, no eran los manjares que se servían desde el amanecer hasta la puesta del sol lo que la hacía tan especial, sino sus vistas.

Contemplé maravillada cómo el servicio atendía sin perder la compostura las exigencias de sus comensales y me pregunté si mi presencia allí les pasaría inadvertida, si me verían como una más del rebaño de la élite o si, por lo contrario, les resultaría tan extraña y esclarecedora como lo era para mí.

Llevaba toda la comida tratando de disimular lo incómoda que me sentía, tirando de la falda del vestido de diseñador que Elliot compró para mí especialmente para la comida con su padre y aplanando las arrugas que deformaban su tejido al dejar de contener la respiración. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba, más difícil me era seguir con aquella farsa y más se evidenciaba la realidad que tanto Elliot como yo intentábamos camuflar: no pertenecía a ese lugar y nunca lo haría.

—¿Has ido alguna vez a un baile de máscaras?

Negué de forma escueta.

Allen liberó una suave risa, musical y con un matiz burlón, y temí que se hubiera percatado de que lo había vuelto a confundir con Jayden.

—Es el juego preferido de la élite desde hace siglos, un paripé al que estamos tan acostumbrados que se nos olvida sacarnos la careta al terminar —me aclaró, con los ojos todavía fijos en el interior de su copa. Luego se la llevó a los labios y se bebió su contenido—. Aunque supongo que Elliot ya te ha puesto al corriente de eso, ¿verdad?

—Creo que no te sigo.

Posó su mirada en mí y, de un momento a otro, me vi a punto de ser diseccionada por ese par de ojos afilados cual bisturí en manos de un cirujano.

—Por mucho que te esfuerces, no eres la chica modélica que pretendes aparentar. Y no me malentiendas —añadió mientras alzaba el brazo y pedía que le rellenaran la copa —, comprendo el porqué lo haces. Una chica como tú no tiene cabida en esta familia, porque no se pretende ni se espera que las mujeres seáis algo más que un complemento de nosotros, los hombres. Por suerte, mi sobrino siempre ha estado lejos de cumplir con

el arquetipo Hayes, y brindo por ello.

El camarero se aproximó y le sirvió otra copa de vino tinto. Allen dio un par de sorbos antes de continuar.

—Así que, por favor, sácate la máscara cuando estés conmigo. Me interesa conocer a la mujer que ha enamorado a mi sobrino, no a la versión de ti misma que intentas vender para ganarte la aprobación de mi hermano.

Mis mejillas se tiñeron de un bermellón vibrante ante la posibilidad de que mi actuación hubiera resultado igual de obvia para Jayden como para él.

—¿Tanto se nota?

—Es tan evidente como que el sol sale por el este —admitió con una sonrisa de disimulada suficiencia.

—En ese caso me veré obligada a desterrarla a los confines de mi armario antes de que alguien más se dé cuenta —reí, pese a que siempre la mantendría localizada por si acontecían más paripés de alta sociedad que requirieran de su presencia.

—Y bien, ahora que todas las cartas están sobre la mesa, ¿vas a contarme la historia tras el moretón de Elliot?

La sonrisa se me congeló en el acto.

Sí, la pelea con Cole había dejado secuelas visibles en su piel. Algunas más difíciles de tratar que otras, por desgracia.

Me miré las manos, ahora tan pálidas que nadie diría que estuvieron durante horas enrojecidas por el contacto con el hielo; no quedaba rastro del arduo labor que desempeñé esa madrugada al tratar sus heridas. Sonreí para mis adentros. Al menos podíamos jactarnos de haber reducido con creces la inflamación, porque lo que eran los cardenales… No había capa de maquillaje lo suficiente gruesa y cubriente como para disimularlos por completo.

—Un tío se propasó conmigo en la fiesta de Halloween y, bueno… —El hastío que desprendían mis palabras ayudó a darle veracidad a esa versión *ligeramente modificada* de lo que sucedió aquella noche—. Ya lo conoces.

Allen suspiró con pesadez, señal de que el contenido de mi relato no le venía de nuevo. Aún así me mantuve alerta por si debía dar más detalles acerca de la historieta que Elliot y yo inventamos esa mañana.

—Me complace saber que únicamente se trata de eso. Ese chico… —Negó con la cabeza, resoplando—. Uno nunca sabe por dónde va a salir. ¡Y eso que ya era así de niño!

—Sí, algo he oído por ahí —admití al recordar lo que André me contó semanas atrás.

—Me alegra saber que, pese a ello, has decidido quedarte. —Sus claros ojos me traspasaron—. Elliot no es un chico fácil, creo que todos coincidimos en eso, pero no tiene malas intenciones.

—Lo sé. —Las palabras salieron solas de mi boca.

La fuente en cascada que presidía el jardín hizo de banda sonora junto a las

carcajadas risueñas que brotaban de las mesas más cercanas.

—Siempre hemos dicho de broma que parece más hijo mío que de mi hermano, y en realidad razón no les falta —me comentó, divertido—. Al fin y al cabo, yo también fui la oveja negra de esta familia en el pasado.

Observé cómo sus facciones se mantenían impertérritas, inamovibles ante esa realidad que, si bien le era lejana, todavía debía provocarle algún que otro resquemor.

Con su traje de Armani impoluto y ese aire de distinción natural con el que hacía y deshacía a su antojo, nadie imaginaría que había sido alguna vez la deshonra de los Hayes. A diferencia de Jayden, Allen poseía una facilidad de habla que dejaba encandilados a quienes lo escuchaban y un carisma innato con el que le era imposible no adueñarse de cualquier conversación. Una habilidad que, sin duda, Elliot había heredado.

—Mira quiénes vuelven por ahí —dijo alzando la copa.

A unos metros de distancia, más allá del patio de columnas y arcos de medio punto que daban la bienvenida a la terraza, las imponentes figuras de Jayden y Elliot atravesaban el jardín inmersos en la conversación que mantenían antes de marcharse. A ambos les brillaban los ojos y se les asomaba una sonrisa nerviosa, de esas que se escapaban cuando las cosas salían mejor de lo que uno esperaba.

—Tardáis un poco más y nos cierran el restaurante —añadió Allen cuando regresaron—. ¿Qué? ¿Ya le has estado dando la brasa al chico? Ya sabía yo…

Jayden tomó asiento al lado de su hermano sin darle más importancia a su comentario.

Habían ido a buscar el maletín que se había dejado en la oficina, pero tras más de quince minutos de plantón hasta yo me planteé si se habían dado a la fuga.

—Solo nos hemos entretenido un poco. —La habitual seriedad que componía su rostro se rompió ante la aparición de una sonrisa franca y teñida de melancolía—. Hacía mucho que Elliot no venía al bufete.

—Está diferente a como lo recordaba —añadió él, recibiendo de buen grado las palmadas en el hombro de su padre.

Las luces del atardecer recayeron sobre Los Ángeles mientras terminábamos de comer, envueltos en un diálogo que no se detuvo en ningún momento y cuyo abanico temático resultó tan amplio que en más de una ocasión creí que no volvería a pisar mi apartamento. Llegados a los postres y la sobremesa, habíamos ahondado tantísimas materias que me vi obligada a adoptar, de nuevo y como Allen diría, el papel de chica complemento con tal de no demostrar mi ignorancia.

Por lo contrario, Elliot no desconectó en ningún momento. Me había sido imposible no reparar en la forma en la que sus ojos brillaban cuando escuchaba hablar a su padre y en cómo sus comisuras vibraban cuando lo incluía en la conversación o, simplemente, lo mencionaba. No quedaba rastro alguno de la soberbia a la que me tenía acostumbrada ni esa arrogancia que me ponía los pelos de punta.

Entonces, y sin previo aviso, nuestros ojos se encontraron.

Los segundos pasaron mientras buscábamos en la mirada del otro lo que no sabíamos que pretendíamos encontrar. Y lo vi. Percibí el momento exacto en que se dio cuenta de que ya era demasiado tarde.

Debería haberle dado las gracias, porque de no ser por el terror que había reflejado en sus ojos, no me habría dado cuenta de que me hallaba más cerca que nunca de desenterrar su secreto mejor guardado.



El reloj marcaba más de las ocho de la tarde cuando Elliot y yo entramos en el coche y emprendimos el camino de regreso a la universidad, tras haber pasado las últimas horas en compañía de su padre y su tío.

El sonido del tráfico llenó nuestro silencio mientras abandonábamos la ciudad de las estrellas a través de Wilshire Boulevard y la música ocupó su lugar cuando nos adentramos en las calles de Westwood.

Me miré en el retrovisor. El tacto del otoño había acariciado mis mejillas durante todo el viaje, pues pasé gran parte de él observando cómo dejábamos atrás las montañas de Santa Mónica y el *glamour* de Beverly Hills desde la ventanilla del coche, y ahora tenía la zona enrojecida. Por no hablar del desastre que había ocasionado la brisa en mi peinado.

Aproveché la luz de las farolas para comprobar el estado de Elliot, cuya omisión de juicio se hizo notar desde que entramos en el vehículo. Sus dedos seguían el ritmo de la melodía alrededor del volante y en sus labios todavía quedaba un remanente de la sonrisa que los ocupó durante el día. Abrazaba una actitud calma y distendida que poco o nada tenía que ver con el Elliot que conocía y desprendía una energía menos cargante de lo habitual, incluso tolerable.

En definitiva, hasta el avistamiento de un OVNI me resultaría menos chocante.

El vehículo se detuvo frente a la residencia de estudiantes y durante algunos minutos ninguno de los dos hizo ademán de moverse.

—Mi padre está encantado contigo —comentó, aferrándose con una mano al volante como si este fuera un salvavidas. Sus ojos estaban perdidos más allá del parabrisas, escrutando la oscuridad que habitaba en el exterior.

—¿Y te extraña? —bufé—. Solo he seguido tus instrucciones al pie de la letra, así que el mérito es tuyo.

—Ya —musitó Elliot entre dientes y con los labios apretados, como si estuviera expiando sus pecados en la lobreguez de un viejo confesionario. A continuación, su voz se diluyó e hizo uno con la atmósfera.

Me limité a observar el extraño fenómeno que volvía a tener lugar frente a mí.

Pocas eran las veces que tenía oportunidad de verla, pero ahí estaba de nuevo: esa versión de Elliot que salía a flote cuando se le caía la coraza. La criatura temblorosa y

vulnerable que se ocultaba en las entrañas de un bosque en el que no se hallaba luz capaz de disipar las sombras, y que había hecho de una maleza cubierta de espinas su hogar.

—Deberías estar contento, ¿no? Todo ha salido como tú querías.

Los ojos de Elliot abandonaron el horizonte y se posaron en mí, consternados por algo que escapaba a mi comprensión. Y supe que, sin importar que ahora me mirara a mí, en ningún momento había dejado de estar perdido en las tinieblas que robaban su atención.

—Tú también deberías estarlo. A este paso te habrás librado de mí antes de Navidad.

—Para que te hagas una idea, tengo tantas ganas de perderte de vista como tú a mí. Es decir —puse énfasis. A esas alturas había perdido la esperanza de que eso sucediera —, muchísimas.

—Ya… —Soltó una breve risa nasal al tiempo que se dejaba caer en el respaldo del asiento—. Gracias por lo de hoy. Bueno, por lo de hoy y por lo de ayer.

Las palabras salieron de su boca de sopetón, como si las hubiera tenido obstruidas en la garganta durante un largo tiempo hasta verse obligado a escupirlas, y mi capacidad de reacción se vio mermada con gravedad ante tales declaraciones.

Una mera mención a la noche anterior fue suficiente como para crisparme los nervios. La tensión en el ambiente y los golpes, los que menguaron con el hielo y aquellos que vinieron en forma de palabras y no fui capaz de subsanar.

Volvía, volvía todo. La fiesta, la música y el alcohol. Lo que no entendía y aspiraba a entender pese a que sabía que saldría escaldada por ello. Todo lo que no pasó y lo que podría haber pasado. La idea culposa que me rondaba y que no logré sacarme de la cabeza ni en el instante más crítico, cuando mis dedos se helaron al curar sus heridas sanguinolentas.

Pensaba en lo que no debió suceder esa noche y en lo que, si bien no ocurrió, me hubiera gustado. Pensé en mis medias y en unos ojos tan lóbregos y ausentes de claridad como el interior del bolsillo en el que ahora se encontraba esa prenda. Pensé y pensé demasiado.

Tanto que tuve que recordarme que era a Elliot a quien tenía delante, y no a su hermano.

—Supongo que tienes muchas preguntas.

—Aunque las tuviera, ¿cambiaría en algo que no tengas ninguna respuesta sincera que darme? —Enmudeció y solté una carcajada corta y desabrida. Cínica—. No, por supuesto que no.

Nos calibramos el uno al otro, resguardados en esa distancia que habíamos interpuesto por el bien de ambos y que estábamos a poco o nada de sobrepasar.

No hizo amago de recoger la artillería pesada del campo de batalla. De hecho, continuó sin más, como de costumbre. Haciendo ostentación de esa perfección inequívoca que la naturaleza le otorgó al nacer y que le calzaba tan bien como el traje

hecho a medida que llevaba.

Lo examiné con la cautela que ameritaba un aliado de guerra cuyos cañones te apuntaron un día y que ahora se te cedían contra un enemigo común por estrategia y conveniencia. Su mirada hablaba más verdades de lo que jamás lo haría su boca, y eso hacía que me preguntara cuánto tardarían las heridas que había cubierto con esparadrapo en empezar a supurar. Porque si bien esa dosis de tranquilidad paliaba los síntomas, en el fondo de sus ojos seguía viéndose el mismo despeñadero que de costumbre.

—Lo mejor es que no te inmiscuyas en mis verdades. Sólo te traerá problemas.

—¿Y me lo dices después de meterme a la fuerza en ellas? —Sonreí.

«Blake, nadie que se acerque a Elliot está libre de pecado». Esas fueron las palabras que Cole pronunció y no podía sacarme de la cabeza. No obstante, y así quisiera saber mucho más, también era consciente de que Elliot no era la persona adecuada a la que acudir por la verdad.

Alargué la mano hasta notar el calor de su piel bajo la yema de los dedos. Justo ahí donde el maquillaje empezaba a difuminarse y a transparentar los hematomas en el pómulo derecho.

—Aún tardará en irse —comenté.

Su piel era como de porcelana, tersa e inesperadamente suave para lo duro que él parecía a primera vista. Recubrí la herida con la palma de la mano, como si pudiera hacerla desaparecer, y se quedó sin aire. Inmóvil como una gárgola y temeroso cual perro maltratado la primera vez que recibe una caricia en lugar de un golpe.

Noté cómo la oscuridad en efervescencia que guardaba en su interior temblaba ante mi presencia y los demonios que habitaban en los huecos más recónditos se turbaban al encontrarse con mis ojos.

Y les dije alto y claro que iba a extirparlos.

27

Había latas de cerveza por todas partes. En la mesilla del salón, sobre la alfombra e incluso enterradas en el macetero de una planta mustia. Nos habíamos apalancado en el salón después de cenar y, ahora, manteníamos conversaciones cruzadas unos con otros con el sonido del vídeo de Youtube que habíamos puesto y estábamos ignorando.

Le di un trago a mi bebida. No sabía en qué momento había pasado, solo que me había escurrido por el respaldo del sofá y que, hasta donde recordaba, había bebido tres veces más de lo que comí pese a saber que era una idea pésima. Sabía de antemano que un estómago vacío no era el recipiente idóneo para verter casi un litro de alcohol, pero tenía demasiadas cosas en mente como para soportarlas estando sobria.

Durante mi lapso de desconexión, los chicos abandonaron su acalorada conversación sobre política para meterse en una más acalorada todavía acerca de conspiraciones alienígenas. Estaría encantada de participar en ella si no fuera porque ver a Alek y Connor debatir tan entregados a la materia, y a Adler tratando de disuadirlos de sus ideas de bombero, era muchísimo más divertido.

—Es vergonzoso tener que reconocerlo en voz alta, pero convivir con ellos me recuerda el motivo por el cual el ser humano está destinado a extinguirse.

Me giré hacia Demian. Su postura era impertérrita, pero tras los cristales de sus gafas podía ver cómo sus ojos perseguían velozmente las minúsculas letras del manual de medicina al que llevaba enganchado toda la noche.

La verdad era que había olvidado que seguía ahí, y eso que se encontraba a mi lado y, por si fuera poco, estábamos en su apartamento. Me planteé si realmente había hablado o si había sido obra de mi imaginación, porque no recordaba haber escuchado su voz desde la hora de la cena.

—El eslabón perdido entre el hombre y el mono —bromeé y detecté, de reojo, un ademán de sonrisa posándose en sus labios—. De verdad, admiro tu capacidad de concentración Yo me distraigo hasta con una mosca.

—Supongo que tantos años de práctica me han hecho inmune a…

En ese instante, Alek pegó un brinco de histeria sobre el sofá mientras que le decía a Connor, a voz en grito, algo que me costó descifrar.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que *no* te subas así al sofá, pedazo de cazurro? —le reprendió y Alek, que iba más borracho que ninguno de los presentes, dio un par de tumbos a la deriva—. Baja esas patas de cerdo que tienes o me aseguraré de hacérselas llegar a tu madre por Navidad.

—Que sí, tío, que sí… —Alek se bajó del sofá a regañadientes—. Anda, vuelve con tu manual de necrofilia.

—Me sorprende que tus padres se animasen a concebir un segundo hijo después de

tenerte. Al final será cierto eso de que la esperanza es lo último que se pierde. —Demian lo miró de refilón antes de volver su atención al libro—. Me sucede a mí y vas directo al contenedor.

Alek se dio la vuelta sin prestarle más atención y siguió haciendo lo suyo: hablar sin parar. No había cerrado la boca en ningún momento, ni siquiera para comer.

—¿Sabías que el síndrome de la muerte súbita inesperada también se da en adultos?

Negué despacio.

—Pues su incidencia podría catalogarse como pasmosa, sucede más de lo que pensamos. Sobre todo al dormir —me explicó. El flequillo rubio le caía como una cortina sobre la frente ahora que volvía a estar inmerso en la lectura—. Con los conocimientos suficientes se podría matar a alguien y hacerlo pasar como un accidente, así que sería una pena que Alek no despertara mañana.

Parpadeé un par de veces y, cuando mi cableado neuronal se reconectó, Demian me observó con una diversión maliciosa y una sonrisa ladeada en los labios.

—Con la broma se nos ha hecho tardísimo. —Connor interrumpió nuestro cruce de miradas—. Be, ¿te llevo a casa?

—¿Tú no te quedabas a dormir? —le preguntó Alek.

—Sí. La dejo en su casa y vuelvo.

—No te preocupes, cogeré el metro.

—¿El metro? —se rio—. Son más de las doce.

Comprobé la hora en el teléfono. El transporte público había cerrado sus puertas hacía un buen rato y yo no estaba como para ir gastando en taxis.

—A ver, tampoco seamos alarmistas. Aquí hay sitio para uno más —intervino Demian, cerrando el libro—. Nos apretamos un poco más esta noche y listo.

—¿Véis como es un genio? ¡Al final ese coeficiente suyo servirá para algo más que para dar por el culo! —bramó Alek con entusiasmo—. Puedes dormir conmigo si quieres. Mi cama es doble.

—¡Ni de broma! —Se escandalizó el resto de inmediato.

—Si da tanto problema, me cojo un taxi y listo —traté de sonar convincente, pero la verdad era que, tal y como estaba mi billetera, lo más probable era que terminara compartiendo un banco con algún indigente.

—Alek, trae la escalera, creo que tenemos un colchón inflable en el desván. Be dormirá en mi habitación.

—¡Ah, yo no puedo dormir con ella, pero tú sí, ¿no?!

—Tanto comer y hablar al mismo tiempo y no te ahogarás —masculló Demian, con los nervios colmados—. Tú y yo compartiremos habitación esta noche. Blake dormirá sola, en mi habitación.

Las manecillas del reloj habían dado más vueltas que la Tierra al sol y yo seguía sin

dormirme. Me sentía al borde de un precipicio al que no le veía final, a punto de tomar una curva cerrada que no sería capaz de coger con la gracia que amerita porque mi mente llevaba muchos caballos bajo el capó acumulados desde hacía días.

Suspiré. Estaba estirada boca arriba en la cama de Demian, con las manos cruzadas sobre mi vientre y la cabeza hecha un auténtico lío.

Apenas había vuelto a cruzar palabra con Ginger desde el día en que nos peleamos, así que había sido imposible arreglar las cosas. Por su lado, el tema de Elliot, Cole y todo lo que escuché la noche de Halloween me rondaban la mente sin parar.

El nerviosismo que se estaba gestando en mi estómago me impedía conciliar el sueño, así que finalmente me decidí a salir de la habitación.

Crucé cada estancia sumida en un silencio que solo quedaba entorpecido por los ronquidos de algunos de los chicos e intentando no hacer muestra de mi habitual torpeza que, dada la oscuridad del lugar, corría un riesgo importante. En la distancia, un tenue foco de luz captó mi atención y, cual luciérnaga, me dejé guiar como si fuera la luna orientándome desde lo más alto del cielo.

—Veo que no soy la única que no puede dormir —dije cuando llegué a la cocina y fui capaz de distinguir la sombra que la habitaba.

Adler, que estaba apoyado en la barra americana que ocupaba el centro del lugar, desvió despacio la mirada del teléfono hasta mí, adormilado. Tenía los ojos enrojecidos y bolsas producto del cansancio, y solo llevaba puestos los pantalones del pijama que, además, le quedaban ridículamente bien.

—¿Una mala noche? —le pregunté mientras rodeaba la península para quedar frente a él.

—Si he conseguido dormir más de una hora seguida podría considerarse un milagro —masculló al tiempo que se cubría los labios para evitar un bostezo—. ¿Y tú? ¿Los ronquidos no te ayudan a conciliar el sueño?

—¿Me creerías si te digo que no les he prestado verdadera atención hasta que lo has dicho?

—Pensaría que padeces algún tipo de sordera selectiva, porque yo creo que si esto —hizo una pausa dramática que dejó paso a la orquesta de ronquidos y ruidosas respiraciones que tenían lugar en la habitación contigua— sigue así, dentro de cinco minutos declararán Los Ángeles en estado de alarma por terremoto.

—Mira el lado positivo, quizá así conseguimos que nos evacúen de la vida en general, no solo de la ciudad. Todo es probar —añadí—. Aunque, con la suerte que tengo, seguro que os evacúan a todos menos a mí.

Se pasó la mano por el nido de pájaros que tenía sobre la cabeza, riéndose de forma perezosa. Tuve que contenerme para no hincarle los dedos en cada hoyuelo que le apareció en las mejillas.

—No hablo en broma. —Lo miré con una seriedad que se desmoronaba por momentos—. Lo mío es muy duro, ¿vale? Porque no creo en el karma, pero el karma sí

cree en mí.

—No esperaba menos de ti, teniendo en cuenta que tu autobiografía se titulará *Mil y una maneras de cagarla que no creías que existían.*

Esbocé una mueca. Los recuerdos de la fatídica noche de Halloween llevaban dándome vueltas desde entonces, al igual que cada palabra que se pronunció a lo largo de la siguiente madrugada.

—¿Va todo bien?

Suspiré antes de responder. Nada iba bien.

—Tengo muchas cosas en la cabeza, y tu hermano tiene que ver con la mayoría de ellas. —admití—. Elliot me preocupa.

—A ti y a todo el mundo —me respondió con sorna.

—Ya, pero no todo el mundo sabe lo que tú y yo sabemos, ¿no?

Volvió a mirarme, esta vez con dureza, y mi conciencia hizo un amago de contenerme. De evitar que cruzara esa línea. Pero, ¿qué me quedaba a esas alturas? Adler era el único a quien podía acudir, porque a Elliot y Cole no podía siquiera contemplarlos como una opción a no ser que quisiera una versión subjetiva, limitada y poco realista de lo sucedido.

Y no quería.

—¿Y qué es lo que sabemos exactamente? —me preguntó como si aquello no fuera con él, pero estar tanto tiempo cerca de su hermano había hecho de mí un detector de mentiras con patas.

Indagué en el interior de sus orbes. Poseían una concentración de oscuridad tan elevada que cualquiera que entrara en ellos olvidaría de inmediato la existencia de la luz. Me recordaba al plumaje de un cuervo, y era consciente de que cualquier relación con ese ave se consideraba como un mal agüero.

Pese a ello, estaba dispuesta a marcarme un farol con tal de sacar algo de información.

—Que Elliot no está bien. Que lleva tanto tiempo fingiendo que nada le importa y descuidando sus heridas producto de cada error que ha cometido. Que ahora se está desangrando. Que se está dejando morir —me pronuncié con contundencia, sin dejar hueco a la duda.

La bombilla sobre nuestras cabezas alumbraba nuestra conversación.

—¿Qué te ha contado?

—Muchas mentiras y alguna que otra verdad, como a ti. —Me sostuvo la mirada y yo no di un solo indicio de amedrentación, aunque por dentro estaba taquicárdica—. Elliot está en un lío gordo, lo sabes tú y lo sé yo también. La cuestión es si los dos sabemos exactamente lo mismo, ¿entiendes?

—Y tu propuesta es que te cuente lo que sé a cambio de que tú hagas lo mismo, ¿es eso? —Apoyó los codos sobre la mesa que nos separaba y enlazó las manos frente a mí—. ¿Cómo sé que no estás mintiendo? Porque hasta el momento no me has dicho nada

demasiado revelador. Dices que sabes, pero ¿el qué, exactamente? ¿Que Elliot está jodido? Nada muy difícil de deducir, dadas las circunstancias.

—Sé que lo están chantajeando, aunque no sé quién porque apenas me cuenta nada, que debe mucho dinero y que no tiene forma de conseguirlo. Cole pagó las consecuencias de esto la última vez. Sabes quién será el próximo en sufrirlas, ¿verdad?

De una y sin tantear la temperatura, me lancé al agua y acabé empapada de pies a cabeza.

—¿Por qué estás haciendo esto? —Sus ojos me escudriñaron a escasos centímetros de distancia, buscando cualquier indicio de duda en mí.

—¿El qué?

—Meterte en el ojo del huracán sabiendo que se te llevará por delante.

—Ya te lo he dicho. Me preocupa tu hermano —repetí.

—Has demostrado ser inteligente hasta ahora, así que agradecería que te mantengas en esa postura y no me tomes por idiota. Dices que Elliot te ha contado muchas mentiras, y tienes razón. Llevo tantos años oyéndolas que me he vuelto un experto, así que no vengas aquí a pedirme ayuda pretendiendo seguir ese mismo patrón.

—Necesitaré que me des más pistas, porque no sé a qué te refieres —disimulé.

—Aclárame algo, ¿qué hay exactamente entre mi hermano y tú? Porque, déjame serte franco, vuestra relación me genera más dudas de las que me resuelve.

Las fauces de la bestia se abrieron ante mí y dejaron a la vista una dentadura llena de colmillos que me habían pasado desapercibidos. Entonces supe que no podía huir, que el mordisco ya estaba dado y la bestia solo se divertía conmigo como lo haría con un pedazo de carne. Y que de nada me serviría mentir, lo cual era un problema, porque llevaba tanto tiempo haciéndolo que temía haber perdido la capacidad de decir la verdad.

Me di un tiempo para meditar mi respuesta, porque sabía que cualquier amago de engaño haría más mortífera la mordedura.

—Si la pregunta es si somos o no pareja, la respuesta oficial es que sí. Pero —añadí antes de que él vomitara la pregunta que se le posó sobre la punta de la lengua— lo que tú quieres no es eso, sino sinceridad. Elliot y yo estamos juntos por conveniencia.

—Es decir, no sois pareja sino que fingís serlo.

—Exacto. —Se reincorporó como si el cuerpo le pesara una tonelada y se cruzó de brazos ante mí. Mi instinto hizo que me encogiese en el acto.

—¿Por qué?

—Porque los dos estamos de mierda hasta el cuello, así que uno cubre al otro y viceversa —concluí. La verdad es que esa era una bonita forma de aderezar la realidad —. Al principio no nos soportábamos. Por Dios, si es, o era al menos, el mejor amigo de mi ex. Pero supongo que el tiempo ha hecho que le coja… cariño.

Parpadeó un par de veces, tan visiblemente sorprendido por mi confesión como yo.

—No sabes el peso que me acabo de sacar de encima —suspiré hasta vaciar los

pulmones. Después de tanto tiempo, había olvidado lo bien que sentaba decir la verdad.

—¿Nadie más lo sabe?

Negué y cabeceó un par de veces, pensativo.

—Empiezo a comprender por qué no paras de cagarla. —Me dio la impresión de que la seriedad que mostraba ante mí estaba a punto de caerse a pedazos.

—Llevo haciéndolo desde que nací. Es casi un hábito.

La conversación con Adler se extendió hasta pasadas las cuatro de la madrugada, y probablemente se habría dilatado mucho más de no ser porque el sueño empezaba a vencernos a ambos.

Sus pasos resonaban detrás de mí mientras recorríamos el pasillo en dirección a mi habitación y hacían eco en mis pensamientos. Mi capacidad para hacer el ridículo no dejaba de sorprenderme: me había acercado a Adler para sacarle información y había terminado llorando a moco tendido delante de él.

Nos detuvimos ante la puerta de mi cuarto.

—¿Vas a enviarle el mensaje?

Sonreí débilmente. En un momento de desesperación, terminé contándole el bache por el que pasaba con Ginger. Mi puesta en escena había sido tal que estaba segura de que podría hacer un perfil psicológico de mi amiga con los ojos cerrados. Tras escucharme sollozar como un bebé, me hizo el favor de redactar un mensaje conciliador para mí. Y lo agradecía, porque de no ser por él no habría sido capaz de descifrar, masticar y digerir la cantidad ingente de emociones que me avasallaba últimamente, y mucho menos de expresarlas de forma asertiva.

—Sí, se lo mandaré ahora, a ver si hay suerte —respondí. Tenía serias dudas de que fuera tan fácil—. Gracias por escucharme.

—No es nada. Lo importante es que ahora estás bien, ¿no?

No, no lo estaba. Había llorado tanto que estaba al borde de la deshidratación, sentía la cabeza a punto de estallarme y mis mocos querían cobrar vida y reinar a sus anchas por la Tierra. Pero obviamente no se lo iba a decir.

—Te prometo que no siempre soy tan desastre como esta noche —comenté en su lugar.

—Romperé una lanza a tu favor y diré que supe que eras un desastre desde que te vi entrar por la puerta del Jungle's con Connor.

Arqueé las cejas ante el matiz burlón con el que se pronunció.

—¿Y qué haces aquí, perdiendo el tiempo con un desastre como yo?

—¿Quién dice que lo estoy perdiendo? —Sus labios se curvaron y las hendiduras en sus mejillas reaparecieron. Nos quedamos callados, mirándonos—. Desastre con patas, creo que lo mejor será que nos vayamos a dormir o mañana no habrá quien nos levante.

—Sí, sería lo mejor —coincidí.

Mas ninguno hizo ademán alguno de marcharse, quedándonos ahí, inmóviles. Él con la mano fija en el marco de la puerta, justo unos dedos por encima de mi cabeza, y yo deseando descifrarlo con la mirada. Era inevitable no recordar que la última vez que estuvimos tan cerca terminó con mis medias en el bolsillo de sus pantalones.

Adler rompió el silencio con una risa baja que terminó por descomponerme internamente.

—Deja los paseos nocturnos para otro día y descansa, anda. —Retrocedió un par de pasos, despidiéndose—. Buenas noches.

—Que descanses.

Adler desapareció entre la penumbra del pasadizo y, antes de que me diera cuenta, su nombre pasó a ser uno de los que encabezaban mi lista de problemas. Y algo me decía que no tardaría en escalar posiciones.

Joder.

28

No llevaba ni dos horas de sueño cuando Ginger respondió al mensaje que le envié, poniéndole punto y final a mi descanso. Sorprendentemente, ambas coincidimos en que no podíamos seguir como hasta entonces y quedamos en vernos ese mismo día para aclarar las cosas.

Miré a través de la cristalera, deleitándome con las vistas que me ofrecía la Playa de Santa Mónica. Uno pensaría que, dada la reciente entrada del otoño y la consecuente disminución de las temperaturas, estaría vacía y que los visitantes huirían despavoridos de ese oleaje que calaba hasta los huesos. Nada más lejos de la realidad. Había tantas personas como granos de arena.

Y lo sabía a ciencia cierta porque me había dedicado a intentar contarlas mientras esperaba a Ginger.

La campanilla que había en la entrada del café tintineó justo en ese momento y la puerta se abrió dando paso a la que esperaba que siguiera siendo mi amiga.

Se aproximó con la misma cara de póker con la que las modelos desfilaban por la pasarela, vestida con un jersey tan ancho que podría contener perfectamente a tres como ella y que le quedaba a la altura de medio muslo.

—No te haces una idea de lo que me ha costado llegar hasta aquí, entre el tráfico y que el taxista era un gilipollas… —Dejó la bolsa a un lado y tomó asiento frente a mí—. Ha ido probando calle por calle a ver si pillaba un buen atasco para que el contador subiera. Cómo se nota que la economía aprieta. En fin, ¿has pedido ya?

En ese instante, uno de los camareros vino con la comanda: dos *lattes* con caramelo, uno de ellos con leche desnatada porque a Ginger los lácteos le sentaban como una patada en el estómago a primera hora de la mañana, y unos *muffins*.

—No hacía falta.

—Lo sé, pero imaginaba que querrías lo de siempre.

Sonreí de forma escueta. Ginger y yo solíamos escaparnos a Santa Mónica durante la época de exámenes. Acampábamos en la cafetería tan pronto abría sus puertas, armadas con el portátil y los apuntes de todo el semestre, y veíamos cómo la gama cromática que teñía el cielo mutaba con el porvenir de las horas.

Las comisuras le temblaron.

—Qué le hago, soy una mujer hecha a costumbres —me respondió y tomó una de las tazas humeantes.

El silencio se instauró momentáneamente, pero no dudé en cortarlo de raíz.

—Me sorprendió que me contestaras tan rápido. Bueno —dije—, la verdad es que tenía mis dudas de que lo hicieras.

La conocía lo suficiente como para saber que, de no haberle hablado, su silencio se

hubiera prolongado tanto tiempo yo lo hubiera permitido. Y es que si Ginger bebía de algún exceso, era de orgullo.

Cogió aire y se reacomodó en la silla.

—Sí, a mí también me sorprendió —admitió—, pero me di cuenta de que así no íbamos a ningún lado más que a perder el tiempo. Además, eso de tener que entrar a hurtadillas en el piso para no chocarnos me estaba agotando la paciencia.

Tuve el impulso de preguntarle dónde se había estado hospedando durante ese tiempo, pero me abstuve a malgastar saliva porque sabía de antemano que lo único que obtendría sería una respuesta seca.

—Ya. Sobre lo que pasó… —Busqué las palabras adecuadas con las que expresarme —. Sé que todo lo que haces es porque te preocupas por mí, y de verdad que te lo agradezco, pero tienes que entender que soy adulta y tomo mis propias decisiones. Puedes aconsejarme y te escucharé, aunque al final del día haré lo que crea mejor y no deberías enfadarte conmigo por no actuar como querrías que lo hiciera.

—La teoría nos la sabemos las dos —aclaró— y, aun así, no es la primera vez que pasamos por eso. ¿Te acuerdas de lo que te dije cuando empezaste a salir con Cole?

—Que seguro que tenía la polla cayéndosele a gajos de tanto meterla.

—*Nooo*, ¡eso no! Que también, pero me refería a lo de después. —Me cogió por los brazos y me miró fijamente a los ojos—. Te dije que fueras con cuidado porque un tío que parece un capullo, se comporta como un capullo y habla como un capullo, ¿sabes qué es lo que tiene más probabilidades de ser?

—Un capullo.

—¡Exacto! Pero te entró por un oído y te salió por el otro. Y todo fue muy bonito hasta que, en cuanto la cosa se puso seria, él demostró tener la gestión emocional de un ladrillo. Si discutíais o hacías algo que no entraba dentro de sus planes se volvía frío y distante. Y daba igual la raíz del problema o quién tuviera la culpa, porque siempre, Blake, siempre eras tú quien acababa yendo detrás.

Me mordí el interior del labio ante las imágenes que volvieron a mi mente. Era cierto, filtrar nuestros vídeos fue el error más grande y el último que le permití cometer a mi costa, pero desde luego no el único. A Cole le precedía una larga lista de errores.

No dejaba de sorprenderme la capacidad innata que poseíamos los seres humanos para desterrar nuestros recuerdos, sobre todo aquellos que nos hacían daño. De algún modo, eran como una pérdida. Los llorábamos durante el tiempo que tardábamos en asumir que, para entonces, solo formaban parte de un pasado inamovible del que ya no éramos partícipes y luego nos aferrábamos a ellos porque era el único modo que conocíamos de traerlos de vuelta.

El dolor que sentíamos era tan vívido que no podíamos aceptar que procedía de algo muerto, así que cavábamos una tumba entre lágrimas, que si bien humedecían las tierras no por ello las volvían fértiles. Finalmente, el tiempo hacía que los confináramos en la necrópolis de nuestra mente: un lugar repleto de tumbas que nosotros mismos

habíamos erigido y que solo visitábamos de manera ocasional para reemplazar las flores marchitas por nuevas.

—¿Y sabes cuál es el problema? Que Elliot parece, se comporta y habla como un capullo, pero tú no lo ves.

—Claro que lo veo. Lo conozco mejor de lo que piensas.

Mejor de lo que todos pensaban, de hecho.

—Sí, pero lo justificas y eso lo hace peor. Y no me digas que no —me calló—. Tú lo conoces a él, pero yo te conozco a ti y sé que estás en modo Sor Blake de Calcuta, dispuesta a dar un salto de fe por gente que no vale un duro. ¿Y sabes qué más? Que la hostia va a ser tremenda, por eso soy tan insistente. No voy a permitir que acabes hecha pedazos otra vez por intentar reconstruir a alguien más.

Ahí estaba el baúl de los recuerdos, oculto tras una película de polvo y las telarañas de un desván al que nadie subía. Las hojas del calendario me hicieron rebobinar en el tiempo y me escupieron, momentáneamente, en la primavera anterior.

—Yo tampoco voy a permitirlo —aseguré, sacudiendo la cabeza con tal de volver al presente. A la gelidez que horneaba el otoño.

—¿Tú te viste la otra noche? Eras un puto mar de lágrimas y mocos.

—Lo sé, pero tener momentos de debilidad no me hace débil. —Le devolví una mirada de seguridad que ella trató de evadir—. Si necesito ayuda serás la primera en saberlo, confía en mí.

—Estaré tranquila cuando Elliot desaparezca del mapa o, en su defecto, esté a un kilómetro a la redonda de distancia —resopló.

—Pues eso no va a pasar, al menos de momento.

Estaba más lejos que nunca de perder a Elliot de vista y lo que era más preocupante aún: empezaba a plantearme si sería capaz de alejarme de él por mi propio pie una vez nuestro pacto llegara a su fin. El quid de la cuestión era en qué momento me había vuelto simpatizante de sus mentiras, cuándo me había dejado atrapar por las redes que tejía con sus palabras.

—Me encantaría entender qué le ves. —Se dejó caer en el respaldo del asiento, abatida.

—No intenta embaucarme vendiéndome algo que no es. Se presenta con la peor de sus facetas y te enseña desde el minuto uno el monstruo que podría ser. Aunque no es más que una fachada para asustar a quienes se atreven a acercarse demasiado —expliqué—. Todo lo malo lo tiene en la superficie, a plena luz del día. Para encontrar lo bueno tienes que escarbar, arriesgarte a conocerle. Y eso es lo que más miedo le da.

—¿Puedes dejar de hablar de él como si fuera un cachorrito? Porque no vas a convencerme de adoptarlo. —Solté una carcajada que resonó por todo el local. Esa conversación no le haría ni pizca de gracia a Elliot—. Nos mearía en la alfombra.

—Ginger, no tenemos alfombra.

Apoyó la cabeza sobre la mano y algunos tirabuzones escaparon a su control,

cayéndole perezosamente sobre la frente

—Dejando a tu *churri* de lado, ¿qué tal todo lo demás?

Esa era una buena pregunta. A corto plazo, y atendiendo a que apenas acababa de levantarme y ya llevaba más cafés que horas de sueño encima, no muy bien. A largo plazo la mierda se acumulaba en las esquinas, así que todavía peor. Pero decían que había que ponerle buena cara al mal tiempo y eso era lo que tenía pensado hacer.

—En mi línea. Las clases se me hacen cada vez más cuesta arriba y todavía falta un mes entero para las vacaciones de Navidad. Poco más, la verdad… Estoy ayudando a Heaven a cubrir una noticia para el periódico, y eso al menos me mantiene entretenida por las tardes. —Me encogí de hombros—. ¿Y tú?

—Más de lo mismo. El último año de carrera se me ha indigestado y en lo único en lo que pienso es en que lleguen los semestrales para poder vomitarlo todo en el examen, irme de vacaciones y olvidarme. —Exhaló esperanzada—. Eso y en que necesito que me empotren. Es una suerte que el Satisfyer vaya con cargador y no a pilas porque, si no, estaría arruinada.

—¿Ningún pretendiente a la vista? —pregunté de pasada.

—Ninguno que me interese. Voy a tener que ponerme en serio ahora que Willow ha pillado carrerilla, o la monja de clausura seré yo.

—Veo que te has enterado de lo que pasó en Halloween —puntualicé.

—Me lo llega a decir cualquier otra persona y no me lo creo, pero fue ella misma la que vino a contármelo. Fue una experiencia religiosa. Creo que nunca antes me había sentido tan en ceremonia con la Iglesia, te lo digo en serio. Solo le faltaba santiguarse mientras me lo contaba.

Me reí. El tórrido espectáculo que Willow, Demian y Alek protagonizaron en el jardín de la fraternidad permanecería durante mucho tiempo en la mente de los estudiantes allí presentes, y en la imaginación de quienes no pudieron presenciarlo.

—Se estrenó a lo grande —admití. Tenía la imagen de esos tres retozando en el césped grabada a fuego en el cerebro.

—Y bien que hace. Llego a ser ella y los arrastro a los dos al primer cuarto oscuro que encuentre. —Se abanicó con las manos—. Son del grupo ese con el que sales últimamente, ¿no?

Asentí.

—Pues como todos estén igual que ese par, voy a tener que planteármelo. —Mordió su *muffin* y soltó un gemido de placer. Algunas personas voltearon a mirarnos—. Dios, esto no sustituirá al sexo, pero no se queda nada lejos.

—Te veo ligeramente desesperada.

—No me digas, ¿cómo lo has notado? —se mofó—. Por desgracia, no todas tenemos a un macho empotrador a nuestra disposición.

—¿No decías que Elliot era un capullo?

—Que lo sea lo primero no significa que viva en la ignorancia. Eso y que es la

comidilla de media universidad —sentenció con pesar. Si es que lo mío era un auténtico fracaso: no solo había corrido la mala suerte de empezar una relación con Elliot, sino que además esta acabaría y yo no habría gozado de los placeres de los que tanto hablaban las malas lenguas—. Se habla tanto de él que podría decirte con exactitud cuántos pelos tiene en el culo.

—¡Ginger! —espeté con asco.

—En fin, ¿y qué hay de Midnightemptation? ¿Sigues siendo su musa alada?

Le di un sorbo a mi café. Si algo había aprendido de Elliot era que las medias verdades eran mucho más efectivas que las mentiras a largo plazo.

—Seguimos hablando de vez en cuando.

—Habláis. —Me miró con una ceja arqueada.

—Eso he dicho, sí.

Ginger arrugó su pequeña y puntiaguda nariz.

—Me ves con cara de gilipollas o algo, ¿a que sí? Te estás viendo con él —aseguró. No respondí—. ¡Lo sabía! ¡Joder, B!

—¡Pero si ni siquiera me has dado la oportunidad de contestar!

Sonrío ampliamente hasta que se le formó una media luna en los labios. Me recordaba a Cheshire, el gato de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—Mírame a los ojos y dime que no os estáis viendo.

Sus ojos de lince rebuscaron en el interior de mis pupilas. Se adentraron en ellas como lo haría un pirata en aguas inexploradas: hambriento de una riqueza cuya existencia solo probaban viejas leyendas, y orientándose únicamente con una brújula y un mapa. No sabía si encontraría un cofre del tesoro, pero su mirada brillaba con la intensidad de las monedas de oro que esperaba hallar en él.

Una punzada de nerviosismo me cruzó el vientre y luché por mantenerme impertérrita. No solo tenía que mentirle a la cara; también debía ser capaz de disimular la expectación que me devoraba las entrañas, pues estaba a escasas horas de reencontrarme con Midnightemptation.

Tragué con dureza. Notaba la boca seca y las manos me sudaban como si estuviera en una sauna.

—Y si hipotéticamente hablando tuvieras razón, ¿qué pasaría? —Me atreví a pronunciar.

Sus ojos se entrecerraron un instante antes de abrirse de nuevo, de forma desmesurada.

—Lo sabía. —Chasqueó la lengua con chulería. Entonces se reclinó en la mesa para aproximarse a mí y, en un tono muy bajo, me dijo—: Lo sospechaba desde el principio, pero esperaba reconocerte en alguna de sus fiestas. Imagino que debías estar demasiado ocupada con él como para dejarte ver el pelo por ahí.

Fruncí el ceño.

—¿Fiestas? ¿Qué fiestas?

Bufó.

—No te hagas la tonta, que nos conocemos y no te pega.

—Ginger, no sé de qué demonios me estás hablando.

Sus facciones quedaron reducidas a un mohín de profundo desconcierto al ver que realmente no sabía de qué hablábamos y me fijé en cómo le echaba aceite a los engranajes de su cerebro antes de ponerse a maquinar.

—No te ha invitado a ninguna —evidenció casi sin aire.

—¿De qué estamos hablando? Porque no me estoy enterando.

Enmudeció y me observó con recelo, como si hubiera una maldición protegiendo el tesoro que había hallado minutos atrás.

—Olvídalo, no es nada.

El corazón se me saltó un latido al darme cuenta de que era incapaz de sostenerme la mirada, atenta a cualquier nimiedad a nuestro alrededor con tal de no hacer contacto visual conmigo.

—No te eches atrás —le solté.

—No tiene importancia, en serio. ¿Cambiamos de tema? —sugirió.

La rapidez con la que el azúcar se diluía en el café hirviendo era de risa si lo comparaba con cómo se había volatilizado la poca calma de la que gozaba.

—No me apetece cambiar de tema, la verdad. —Anduve a la caza de sus ojos y un retortijón me estrujó las entrañas cuando los encontré ante mí, sobrecogidos por un estado de alarma similar al de un cervatillo enfrentándose a los faros de un coche—. Sabes que no voy a parar hasta que me lo cuentes.

Se removió incómoda en su asiento. Se tomó un tiempo antes de responderme, lo cual me anticipaba que fuera lo que fuera a decirme, no iba a gustarme.

—B, no eres la única persona que ha escrito a Midnightemptation y tampoco la única que ha recibido una respuesta suya —expresó con cautela, temiendo que estallara en mil pedazos —. Yo también lo hice y conseguí hablar con él. Aunque fue antes de que escribiese sobre ti y empezarais a hablar.

Me quedé paralizada como si me tiraran un balde de agua congelada encima, presa por los frígidos brazos de la hipotermia. Un pinchazo en la boca del estómago me advirtió del caos que mis emociones estaban causando en mi organismo, y me llevé la mano a la garganta como si por hacerlo pudiera evitar la ascensión de las náuseas.

Me hice cientos de preguntas que me llevaron una y otra vez ante el mismo callejón sin salida del que ansiaba escapar y, mientras no hallaba ninguna respuesta a ellas, mi imaginación creó escenarios aterradores en mi mente.

—¿Te has estado viendo con él? —musité con temor, como si estuviera invocando al Diablo.

—No, nunca. Y menos desde que tú empezaste a interesarte por él. —Me cogió la mano para tranquilizarme—. Pero sí que hablamos en varias ocasiones antes de…

—¿Antes de que? —la interpelé en un arrebato. La mera idea de pensar en él estando

con alguien más me consternó.

—Antes de que me llegara la invitación. —Me miró sin pestañear—. Organiza unas fiestas privadas de vez en cuando. Solo puedes entrar si es él quien te invita.

—Así que de ahí venían tus salidas hasta las tantas…

Negó despacio.

—Si no te lo he dicho antes es porque creía que era cuestión de tiempo que acabáramos coincidiendo allí.

—Nunca lo ha mencionado. —Cada neurona funcional estaba buscando algún motivo que me sirviera para excusarlo, pero las dudas tras aquello eran ineludibles y la sensación de traición avasallante—. Me siento estúpida.

—Eh, escúchame. No saques conclusiones precipitadas —trató de calmar las aguas—. Seguro que hay una explicación. Lo único que tenemos en común quienes vamos ahí es que hemos recibido una invitación suya, pero a parte de eso no hay nada más. Midnightemptation corta la comunicación con los asistentes en cuanto acceden a entrar.

Quería darle la razón y convencerme de que nada había cambiado, pero no podía. Mi juicio estaba nublado ante la posibilidad de que me hubiera estado mintiendo y sobre mí llovía una realidad en la que prefería no pensar. Las nubes pronosticaban un temporal fatídico para el que no me había preparado, e iba a pillarme con el paraguas en casa.

—¿Quién más va a esas fiestas?

—Las normas hacen difícil que podamos reconocernos unos a otros. Todos llevamos antifaz y tenemos prohibido identificarnos, tampoco podemos hablar de quiénes somos fuera ni de nada de lo que sucede ahí dentro.

—Veo que se ha visto El Club de la Lucha. —Solté una carcajada asfixiada. Deseaba no haberme levantado nunca de la cama, estar dormida y que aquello solo fuera una pesadilla, no otra broma de mal gusto que el destino me tenía preparada—. Tengo la cabeza hecha un bombo y todo lo que me cuentas me suena a chino, ya no sé qué pensar.

—Eres la única que sigue manteniendo el contacto con él a día de hoy, así que pregúntaselo directamente. Al fin y al cabo, ¿quién va a conocer mejor su propio juego?

—¿Qué juego? —inquirí antes de enmudecer por completo. No necesitaba verme en un espejo para saber que había perdido el color en las mejillas.

Ginger dejó escapar una risa que no pude descifrar.

—El irresistible juego de Midnightemptation, por supuesto.



En la astrofísica existía un término conocido como horizonte de sucesos. Una región en el espacio, invisible al ojo desnudo, que se asociaba a los agujeros negros y a su capacidad para absorber cualquier tipo de cuerpo, materia o partícula que se le acercase. Decían que, cuando estabas cerca de uno, ese horizonte era el límite. Que si

estabas a una distancia prudencial de él todos esos sucesos no te afectaban, pero si lo cruzabas te engullían.

En mi caso me temía que llevaba demasiado tiempo caminando por el filo de ese horizonte, haciendo equilibrios en la linde de un agujero negro supermasivo cuyo campo gravitacional amenazaba con deglutirme en un abrir y cerrar de ojos.

La penumbra lo consumía todo cuando abrí los ojos, se arremolinaba en las esquinas de la habitación y creaba juegos de sombras en las paredes. Se extendía a lo largo y ancho del lugar y usaba cada silueta como combustible para expandirse, como el fuego al propagarse un incendio.

Permanecí sentada al borde del colchón. Los pensamientos iban y venían de un lado a otro, me abofeteaban sin piedad mientras yo aguardaba en silencio. Las palabras de Ginger hacían eco en mi mente y agudizaban esa sensación de vacío que me inundaba el pecho.

Midnightemptation estaba de espaldas a mí, en el extremo opuesto del colchón y enmudecido.

Había llegado hacía algunos minutos, en tanto yo me preparaba emocionalmente para volver a tenerle cerca. No funcionó; el corazón se me encogió en cuanto lo oí traspasar el marco de la puerta y los lagrimales se me aguaron, no sabía si debido a la tristeza o a la propia rabia que me carcomía. Tal vez a ambas.

Su entereza se resquebrajó al intentar besarme y encontrar mis labios sellados, en un vano intento de no escupir cada pensamiento incoherente que me cruzaba la mente. Después de eso, nos habíamos limitado a permanecer en silencio de espaldas al otro.

Volví a mirar el teléfono. Nuestra conversación seguía abierta y en ella podía leerse un último mensaje:

@Midnightemptation:

¿Estás bien? Sabes que puedes contarme lo que necesites, estoy aquí para escucharte.

Había perdido la cuenta de la cantidad de veces que había repasado mentalmente lo que quería decirle y ahora estaba en blanco. Notaba el peso de mis propias palabras en el estómago, alimentando mis nervios, y ni con eso era capaz de hacerlas pasar por el filtro de mi garganta. Era como si su fuerza languideciera en cuanto me decidía.

No hallé forma de recuperar el envalentonamiento que me había traído hasta ahí, así que avancé de la única manera que vi factible:

@Girlonfire:

¿Soy la única?

Solo se escuchaban nuestras respiraciones.

@Midnightemptation:

¿La única de qué?

@Girlonfire:

La única chica con la que te estás viendo.

@Midnightemptation:

No entiendo a qué viene esto ahora, pero sí. Actualmente eres la única.

@Girlonfire:

¿Y en todo el tiempo que llevamos viéndonos? ¿Has hecho con otras personas lo mismo que haces conmigo?

@Midnightemptation:

Imagino que existe un motivo coherente que justifique este interrogatorio, así que quizá deberíamos empezar por ahí.

—Es simple curiosidad —pronuncié. Aunque no había sido nada fácil ganarle la batalla a la rabia, que me escalaba la garganta con uñas y dientes.

Dudaba que pudiera mantenerla a raya durante la conversación.

@Midnightemptation:

El motor de la curiosidad es la preocupación hacia algo, así que es tan respetable que te hagas preguntas como que me las haga yo. Me gustaría saber de dónde viene este interés si, hasta ahora, no le habías dado ninguna importancia a este tema.

—Tienes razón, el motor de la curiosidad es la preocupación y a mí empieza a preocuparme el sentirme gilipollas. Llegué a ti con muchas preguntas y la mayoría de ellas siguen sin respuesta.

@Midnightemptation:

Sabías perfectamente cuáles eran las circunstancias que me rodeaban desde el mismo momento en que decidiste acercarte a mí. Pese a ello, te quedaste y decidiste asumir el riesgo de conocerme, aunque yo fui el primero en querer disuadirte de ello. Así que no creo haberte dado nunca motivos para que te sientas de ese modo.

Detestaba su habilidad con las palabras y que hubiera un trasfondo en ellas que le diera parte de razón.

—Me has dado motivos para quedarme y eso viene a ser lo mismo para mí —respondí—. La última vez que hablamos me dijiste que yo había sido lo suficiente valiente como para entregarme a oscuras. ¿Cuándo te toca a ti dejar de ser un cobarde?

@Midnightemptation:

¿De verdad crees que si tan solo fuera un tema de cobardía seguiría aquí después de tanto tiempo?

—Entonces, ¿qué es? Explícamelo, porque necesito entenderlo.

@Midnightemptation:

Es precaución. Las cosas no son tan sencillas como las ves desde fuera.

—Lo veo todo a oscuras, que es mucho peor a cómo lo has visto tú todo durante este tiempo.

@Midnightemptation:

Entiendo que te sientas así, pero no puedo hacer más. No por ahora.

—Puedes, pero no confías en mí del mismo modo en el que yo lo hacía en ti.

@Midnightemptation:

¿No confías en mí?

—No me estás dando motivos para que lo haga. Sé claro, ¿a dónde se supone que nos lleva todo esto? —Me sequé de un manotazo las lágrimas que me humedecían las mejillas—. Porque, al menos por mi parte, esto hace ya mucho que ha dejado de ser un juego. Siento cosas. Podría haber estado con más personas en este tiempo, pero no lo he hecho. No me nacía hacerlo aunque lo deseara. Por ti.

No intenté medir mis palabras, solo dejé que estas salieran expedidas por mi boca sin siquiera pensar. Un sollozo me encogió el pecho al terminar de pronunciarme, pese a que traté de contenerlo, y sentí que trataba de coger respiración bajo el agua.

Nada. Ni una vibración ni la pantalla iluminándose con la llegada de un nuevo mensaje, solo silencio. Era irónico cómo algo que en su momento me resultó cálido, ahora me hacía sentir como una intrusa.

Enterré las manos en las sábanas y me aferré a ellas, estaba a punto de perder el control. El dolor me aplastaba el pecho y había alimentado al agujero negro que, para esos instantes, arrasaba con todo a su alrededor. Amenazaba con llevárseme por delante.

—Si no vas a responder, entonces ya tengo la respuesta que necesitaba.

No miré atrás. Salí de la habitación a toda velocidad hecha un revoltijo de hipidos, gimoteos y sollozos. Con el llanto precipitándose por mi garganta y las lágrimas resbalándome una tras otra por las mejillas.

29

Independientemente de la estación del año en la que se encontrara, Los Ángeles destacaba por poseer una gama cromática fidedigna a los atardeceres veraniegos de sus costas. Solía pasearme por la ciudad embelesada, viendo cómo los tonos ámbar se mezclaban con los magentas y el resplandor tostado del sol antes de dar paso al anochecer.

Aquel día el cielo adoptó el color de la noche sin que me diera cuenta.

No sabía en qué momento había caminado tanto ni cuánto tiempo había pasado desde la última vez que levanté la vista del asfalto, pero de repente me encontré en pleno centro de la ciudad. Rodeada de una marabunta de urbanitas que ignoraban mi deplorable estado de ánimo y a los que no les importaría fracturarme una costilla con tal de hacerse hueco en la acera. Ni su parloteo incesante ni el sonido estridente del tráfico consiguió sofocar mis pensamientos. Eran un barco náufrago a la espera de que la marea lo transportara a la orilla.

Por la forma en la que caminaba cualquiera pensaría que tenía prisa por llegar a alguna parte. En realidad, ni siquiera tenía una mínima idea de a dónde iba, porque lo que estaba buscando no tenía una dirección exacta; no podía llegar ahí con una brújula y un mapa. Y es que existían ciertos lugares a los que uno solo podía llegar perdiéndose primero.

Las lágrimas me emborronaban la vista cuando saqué el teléfono del bolsillo y me deslicé, dubitativa, por los contactos de la agenda. Algunos transeúntes me miraban con curiosidad, como si fuera un mono de feria. No los juzgaba, verme debía ser todo un espectáculo. Me escocían los ojos de tanto llorar y la hinchazón seguro que ya había hecho de mis ojeras y mejillas uno solo. Sin contar con el amplio repertorio de hipidos y sollozos que era capaz de interpretar sin pretenderlo.

Los pitidos que se escucharon al otro lado de la línea hizo que se me revolvieran las entrañas e, inconscientemente, me llevé una mano al vientre.

—¿Sí? ¿Blake? ¿Qué pasa? —preguntó con confusión. Tampoco me extrañaba, ni yo comprendía porqué había marcado su número precisamente.

La templanza con la que decidí a marcar su número se hizo añicos al escucharle y la poca compostura que reuní se desmoronó como un castillo de naipes.

—Yo… —Traté de avanzar, mas las palabras se me hicieron un nudo marinero en la garganta y cualquier cosa que salió de mí a partir de ahí era ininteligible o, en su defecto, un balbuceo. El llanto que contenía escapó de mi boca despavorido e hizo que el dolor se extendiera por mis extremidades hasta hacerme un ovillo a un lado de la acera.

Oí a Elliot maldecir al otro lado de la línea, nervioso ante mi nula capacidad de

expresión.

—¿Dónde estás? —dijo con severidad—. Blake, ¿dónde mierda estás?

—Yo…—Miré a mi alrededor. El lugar me era conocido, pero había dado tantas vueltas que había perdido el rumbo—. No lo sé. No muy lejos de The Grove, creo.

—Vale, pásame tu ubicación, voy para allá.

Me escurrí por la pared en la que me había apoyado hasta tocar el suelo y aparté el teléfono del oído. Al otro lado de la línea ya no había nadie; Elliot me había colgado tras dejar sus directrices bien claras.

Por primera vez en la vida, y esperaba que la última, las seguí.Me llevé el móvil al pecho y tragué saliva. Desconocía el motivo que me llevó a marcar su teléfono, pero sabía que no me había equivocado al hacerlo. Si había alguien dispuesto a buscarme cuando ni yo misma deseaba encontrarme era él.

Su flamante coche no demoró en estacionarse. Sus rizos dorados brincaron como muelles cuando salió del vehículo dando un portazo y hecho un vendaval, y se dejaron mecer por la brisa otoñal a medida que avanzaba en mi dirección, cruzando el paso de peatones. Si hubiera tenido humor para reír, habría pensado que se trataba de un Terminator.

Lejos de cualquier hazaña que pudiera esperar por su parte, me envolvió y estrechó entre sus brazos con firmeza. Durante un lapso inexacto de tiempo me quedé helada, con el rostro enterrado en su pecho y el jersey de lana haciéndome cosquillas en la punta de la nariz, sintiendo sus esfuerzos por mantenerme en pie, como lo haría un niño con un castillo de arena ante la llegada implacable de las olas.

Hizo ademán de separarse para mirarme, pero lo detuve devolviéndole el abrazo por la cintura. Que hubiera recurrido al enemigo para auxiliarme no significaba que fuera a darle el gusto de verme derrotada y llorando.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó, pero mi silencio no perdió densidad—. ¿B? ¿Quién te ha hecho esto? ¿Cole ha vuelto a acercarse a ti?

Negué contra el jersey que, para entonces, ya estaba empapado por mis lágrimas.

El Elliot que conocía en el pasado hubiera invadido mi privacidad, se habría obstinado con hacerme hablar y hubiera hecho uso de un sinfín de artimañas con tal de lograrlo. En cambio, el que tenía delante de mis narices dudaba. Lo sentía debatirse consigo mismo entre mis brazos.

—No quieres hablar del tema —asumió—. Está bien.

Musité un *gracias* apenas audible que no tardó en perderse en el tráfico, del mismo modo que el beso que me dio en la coronilla.

El timbre dio por finalizada la última jornada lectiva del día y los pasillos de la facultad quedaron colapsados por el tráfico de estudiantes en cuestión de segundos. La horda era escandalosa y despedía un olor a humanidad que serviría para exorcizar a un

demonio, pero resultaba extrañamente reconfortante.

Debía agradecer a ese cóctel de gritos estalla-tímpanos, empujones y encontronazos indeseados con axilas sudorosas el mantenerme enajenada de mis propios pensamientos, porque estaba siendo incapaz de hacerlo por mi cuenta. Cada momento de tranquilidad me devolvía una y otra vez a la conversación con Ginger y, por ende, a Hypnosis.

A Midgnightemptation.

Me aferré a la correa de la mochila ante la idea de que pudiera estar entre la muchedumbre y aceleré el paso. Huyendo más de mí que no de él, pues la afección era tan desmedida que el solo imaginarlo me torturaba y tranquilizaba al mismo tiempo; y no podía permitírmelo. Habíamos llegado a un punto de inflexión del que no parecía que fuéramos a salir, pues ni él había vuelto a hablarme ni yo estaba dispuesta a hacerlo.

La estampida de estudiantes me escupió al llegar a la salida de la facultad y di un traspié al bajar las escaleras que conducían al inicio de mi libertad.

A juzgar por la sonrisa bravucona con la que me recibió, Elliot me había interceptado mucho antes que yo a él. Estaba apoyado en una de las columnas del patio, tal y como habíamos acordado esa mañana antes de despedirnos justo en ese mismo lugar, y tenía un aire desenfadado.

Se sacó los cascos inalámbricos y, por inercia, me dio un beso en los labios. El paso del tiempo había hecho de ese gesto algo rutinario a lo que no le dábamos ni la más mínima importancia.

—Tú lo de mirar por dónde pisas como que no, ¿verdad? Has estado a esto. —El espacio que separaba sus dedos era minúsculo y, por lo contrario, su sonrisa amplísima —. De comerte el suelo.

—Estaba haciendo una comprobación aleatoria de la gravedad. Te explicaría más, pero dudo que tu diminuto cerebro fuera capaz de entenderlo.

El comentario tiró de las comisuras de sus labios e hizo que se le escapara una risotada musical, de esas que indicaban que estaba de buen humor. Y Dios sabía la poca frecuencia con la que eso sucedía.

—Te veo con menos cara de culo que esta mañana, así que supongo que el día ha ido bien. —añadió entrelazando nuestras manos. A continuación tiró de mí con suavidad para adelantar a un grupo de estudiantes que caminaba absurdamente despacio.

—Me lo voy a tomar como un halago. Pero sí, casi he aprobado el parcial de Estadística.

Se volteó a mirarme con una ceja arqueada.

—¿Casi?

—Un cuatro con siete.

—Es un suspenso —me recordó.

—Es un *casi* aprobado —remarqué. Esperaba un tres como mucho, así que había sido

una buena noticia—. Todo depende de la perspectiva con la que quieras mirarlo. Hay que ser optimista, Elli.

—Si tú lo dices. —Puso los ojos en blanco—. Déjame que saque cuentas: eres torpe, la cagas más de lo que hablas, te metes donde no te llaman cada dos por tres, tienes un gusto horrible para los hombres y una extraña adicción a las relaciones tóxicas, se te dan mal los números y se te mueren hasta los cactus. ¿Hay algo que sepas hacer bien?

Abrí tanto la boca que bien podría haber albergado un enjambre de moscas y me llevé la mano al pecho, ofendida.

—Perdona, pero Frederick no está muerto. Solo un poco mustio, ¡así que lávate la boca antes de hablar de él!

—Frederick decidió acabar con su propia vida para no alargar más su sufrimiento, y no lo juzgo. Yo haría lo mismo si pudiera.

Le hundí el codo en las costillas en un vano intento de silenciar su risa.

—Ni que yo estuviera a tu lado por amor al arte, estúpido.

Para cuando llegamos al aparcamiento me dolía la cara de tanto sonreír.

No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que Elliot no poseía un gran despliegue de herramientas cuando de gestión emocional se trataba —es más, dudaba que supiera la existencia de tal término—, pero usó lo poco que tenía para mantener mi buen humor en órbita. Y si había algo que debía agradecerle eran esas últimas veinticuatro horas.

La noche anterior se ocupó de recoger mis pedazos en la acera en la que me encontró y, desde entonces, había hecho lo imposible para reconstruirme. A ciegas, sin manual, ni conocimiento de causa. Se perdió por las calles de la ciudad conmigo —o por mí, que a veces era exactamente lo mismo—, y caminó sin rumbo hasta que nos dolieron los pies y no nos quedó otra que sentarnos a cenar en algún lugar que respetara mi ajustado presupuesto.

Era cierto que las buenas intenciones no curaban corazones rotos, pero sí los llenaban. Y la vida iba precisamente de eso, de personas que no dudaban en intentar curarte pese a saber de antemano que el tiempo era el único remedio para ciertas enfermedades y las palabras, en cambio, solo un parche.

Miré a Elliot, que seguía capitaneando el tira y afloja que se había adueñado de nuestra conversación. Jamás creí posible que su extraño sentido del humor, mezclado con dosis elevadas de profunda arrogancia, pudiera llegar a serme grato de algún modo. Y, sin embargo, ahí estábamos.

Esquivamos los pocos estudiantes que quedaban en el párking hasta llegar a la plaza en la que Elliot había estacionado el coche y ahí el silencio se adueñó de nuestra charla.

Pasaron varios segundos antes de que ninguno dijera o hiciese nada.

El coche frente a nosotros poco tenía que ver con el que dejamos ahí esa mañana. Cualquier palabra que estuviera por decir cayó en un pozo sin fondo al darme cuenta del estado lamentable en el que había quedado el vehículo. Con el capó abollado como

si lo hubieran aporreado con un bate, los cristales hechos añicos en el suelo y dos de sus ruedas pinchadas, estaba en condiciones de llevarlo al desguace.

Elliot se deshizo de mi agarre para verlo de cerca. Cerró los ojos y se cubrió medio rostro con las palmas de las manos, maldiciendo contra ellas.

—¿Tenías algo de valor dentro? —Su respuesta brilló por su ausencia. Se aproximó al vehículo y metió el brazo entre los vidrios rotos del asiento del conductor—. Para, te vas a hacer daño. ¡Elliot!

Para cuando conseguí que mis palabras surtieran algún efecto, un reguero de sangre brotaba de su antebrazo.

El corte era limpio y no demasiado profundo, pero sangraba a borbotones y el jersey de cachemira que llevaba ese día era la prueba fehaciente de ello.

Dio un par de pasos a la deriva, cortos y rápidos, sin apenas moverse de su posición. No dijo nada, tampoco me miró. Permaneció inexpresivo y con los ojos clavados en el pavimento, como si de repente este se hubiera convertido en un tablero de ajedrez y él no fuese más que un trebejo en manos de un jugador indeciso. Rebuscó en los bolsillos de sus vaqueros y sacó la billetera sin mediar palabra.

—Toma, coge un taxi y quédate con el cambio. Yo me ocuparé de esto.

—No me voy a ir a ninguna parte sin ti. Si estamos juntos, lo estamos para todo, así que dime qué está ocurriendo.

—No me hagas repetírtelo: coge el dinero y vete de aquí. —Sonó exactamente como lo que era: una amenaza.

—Ni de coña, no me voy a ir a ninguna parte hasta que me digas qué demonios pasa. Y si hace falta te seguiré, así que está en tus manos si lo hacemos por las buenas o por las malas.

Me cogió por el antebrazo y me acercó a él con un movimiento brusco con el que entendí que la decisión ya estaba tomada.

—Escúchame, esto no es un juego. Tienes que prometerme que no vas a entrometerte en esto.

—Estás de mierda hasta el cuello y te niegas a aceptar ningún tipo de ayuda, ¿qué pretendes que haga? —escupí atropelladamente en cuanto cerró la boca—. Tanto tú como yo sabemos que si tu coche está en estas condiciones es porque quien fuera que te estaba buscando no te ha encontrado a ti primero.

Sus facciones se ensombrecieron, señal de que había dado en la diana.

—Ni tú ni nadie puede ayudarme, Blake, métetelo en la cabeza —me advirtió y, antes de que pudiera replicar, añadió—: Y aunque pudieras, no te lo permitiría. Yo me metí en este lío y yo me ocuparé de salir, impune o no, de él. Solo.

Me mordí el labio inferior. La cabezonería de Elliot sobrepasaba todos los límites de la estupidez humana y hablar con él era como hacerlo contra una pared.

—Lo que me estás pidiendo es que guarde silencio mientras tú cometes un acto kamikaze.

—Lo que te estoy pidiendo es que te ciñas a nuestro acuerdo y no te impliques más de lo que ya lo has hecho. Ocúpate de ser la pareja perfecta mientras resuelvo esto y deja que nos ponga a salvo a ambos. —Existía una súplica oculta en ese mandato autoritario—. Hazme caso por una vez, prométemelo.

Quejarme hubiera sido una pérdida de tiempo, así que me hice cómplice del silencio y asentí de forma escueta.



Existía una diferencia intrínseca entre mentir y engañar. Por supuesto, ambas implicaban no decir la verdad, pero solo una de ellas conseguía el cometido esperado por el usuario. Porque sí, uno podía mentir y, sin embargo, no engañar a nadie.

Elliot poseía una maestría en ambas, pero como bien decía el refrán, llegaba un momento en que el alumno superaba al maestro. Yo también había adquirido una cátedra en ello en estos últimos meses y no iba a permitir que se detonara solo con su única verdad.

—Me encantaría saber qué ha hecho con el coche —lo dije en voz alta, ensimismada todavía con la misma idea.

—Pues lamento decirte que por el momento no parece que vayamos a tener una respuesta a esa pregunta —concluyó Adler desde el asiento del conductor—. A este paso te borrarás las huellas dactilares.

Ni siquiera era consciente de que estaba masacrándome la cara interna del pulgar con los dientes hasta que Adler lo mencionó. El ardor de la herida me dio una punzada y no pude evitar estrujarme el dedo con fuerza. La paciencia se me estaba agotando, o quizá se me había agotado ya. No lo tenía muy claro.

Lo único que sabía era que el reloj del vehículo había marcado todas las combinaciones horarias posibles mientras nos dedicábamos a seguirle la pista a Elliot y, pese a la cantidad de tiempo que había pasado, seguíamos con las manos vacías.

—No has probado bocado —añadió mirándome de refilón la hamburguesa que había sobre mi regazo.

Ninguno de los dos sabíamos en qué nos estábamos metiendo esa noche, solo que su hermano había salido de su casa vestido de etiqueta y nosotros nos limitamos a imitarlo. Adler se había enfundado un traje y sacado a hurtadillas un vestido de su madre para que pudiera ponérmelo y dar el pego, fuéramos a donde fuéramos.

Así que, sí, era cierto, no había comido nada pese a que me moría de hambre y él se había molestado en detenerse cerca de una hamburguesería para coger un menú para ambos. Las entrañas me rugían, pero mi vestido llevaba las palabras *inasequiblemente caro* colgando de la etiqueta y yo las de *jodidamente torpe* desde que tenía uso de razón.

—Me estoy curando en salud por si esta noche acabamos como el coche de tu hermano. Al menos cuando me apaleen no tendré qué vomitar. —La ironía salpicaba mis palabras, pero no hacía que dejasen de pesarme en el estómago al pronunciarlas.

—Podríamos terminar vomitando sangre, pero vamos a obviar esa realidad hasta saber a lo que nos enfrentamos.

Miramos a través del parabrisas del coche. Las altas horas de la noche habían desolado las calles de la ciudad y habían hecho de ellas un escenario digno de una novela negra. Lo único que se escuchaba era el rumor de una sirena varias calles más allá y el tintineo de las farolas.

Casi al final de la calle, Elliot se reunió con un par de hombres a los pies de un hotel cinco estrellas.

—¿Sabes cuánto debe realmente?

El amasijo de nervios que acumulaba en mi vientre se contrajo bajo las palmas de mis manos.

—Si no me ha mentido, cosa que no me atrevería a asegurar porque ha cambiado varias veces de versión, rondará los cien mil. —Me amoldé al respaldo del asiento hasta sentir presión sobre cada una de mis vértebras. Cien mil dólares. Era una auténtica barbaridad, solo de pensarlo me entraba vértigo—. La primera vez que acudió a mí debía treinta mil dólares,en abril. Para entonces, ya llevaba un tiempo actuando de forma extraña. —Se peinó el cabello con los dedos, pensativo—. André y yo sospechábamos que andaba metido en algún lío. Creíamos que volvía a estar metido en el mundo de las adicciones y los excesos, así que esto no es ninguna sorpresa en realidad.

—Pero André no está aquí.

Me aguantó la mirada antes de responder. De repente, el vértigo se sintió más sólido, más real. Tener aquellos ojos sobre mí me hacía andar de puntillas sobre la cuerda floja.

—André no sabe nada de esto y lo mejor es que siga siendo así. Créeme que, de haber podido, Elliot habría sacrificado brazos y piernas con tal de evitar pedirme ayuda. Pero no le ha quedado otra. —Una risa amarga escapó de sus labios—. No es estúpido. Sabe que André pondría el asunto en manos de nuestros padres en cuanto se lo contara, y no se puede permitir ni un solo fallo más.

Errores. Elliot parecía guardar una relación estrecha con ellos desde siempre. Una afinidad para atraerlos y, desde luego, para causarlos. Me preguntaba si, llegado el momento, yo sería uno más de su lista.

También preguntaba por qué había llegado a importarme tanto lo que le pasara. Por qué no era capaz de dejarlo estrellarse cuando era lo mínimo que se merecía, por qué no disfrutaba de ver que las cosas no le iban bien y, al contrario, me encontraba alerta. Como si me hubiera subido a bordo de un avión al que le fallaban los frenos.

—Elliot me contó que la relación familiar no siempre ha sido la mejor.

—Convivir es difícil de por sí, pero si además tienes historial para cansar a un Santo… Pues claro que se complica. Y más si no paras de cagarla una vez tras otra. —Se llevó la mano a la barbilla y se pasó el pulgar por el labio inferior—. Quizás él también ha leído tu autobiografía.

Cuando me miró, tenía una sonrisa a medio hacer en la boca, una que provocó lo mismo en mí por inercia. Un medio algo, ese medio *lo que fuera* que había entre nosotros y ninguno de los dos había dado pie a resolver.

—Solo hace falta echarle un vistazo para darse cuenta de que yo también estoy con el agua al cuello —bromeé, pero al instante la sonrisa murió en mis labios—. Elliot no es un mal tío, aunque tiene un imán para los problemas. Ha entrado en un bucle y no sabe cómo salir de él, pero se niega a aceptar ayuda de ningún tipo.

—La debilidad de Elliot siempre ha sido la soledad. Cree que la ha convertido en su fortaleza y se equivoca. La soledad solo es una buena aliada cuando uno está en paz consigo mismo, cuando se acepta con todo lo bueno y todo lo malo. —Sus ojos se pierden en la carretera vacía—. Porque es así: el bien no existiría sin el mal, y negar que todos tenemos un poco de ambos sería como pretender vivir obviando que luego vamos a morir. Elliot no es capaz de mirar dentro de sí mismo, de enfrentarse a sus propios demonios, por eso sólo busca la forma de enmendarlos. Y el punto no está en enmendar el error, sino en entender qué te llevó a cometerlo. Eso es lo que lo lleva a cagarla sin parar.

Delante de nosotros, Elliot seguía el hilo de la conversación anterior a la que, además, se había unido un tercero.

—Oye, el de la derecha no es… —No poseía una vista de águila, pero ese andar era inconfundible—. ¿Cole?

Adler se enderezó en su asiento de un salto. Actuaban con una naturalidad que me negaba a creerme. Estaban ahí, el uno junto al otro como si nada, como si no hubiéramos tenido que separarlos antes de que se lincharan a hostias.

—Bien visto.

Salimos del coche en cuanto los vimos desaparecer por la puerta principal y devoramos la distancia que nos separaba de la fachada del lugar.

—Buenas noches, ¿puedo ayudarles en algo?

Un hombre vestido con el emblema del hotel, y que supuse que era el botones, nos cortó el paso a pocos metros de la entrada. Debía rondar la treintena y llevaba un corte de cabello que parecía haberse hecho siguiendo la circunferencia de un bol de cereales.

—Queríamos reservar una habitación para esta noche.

—El hotel no tiene habitaciones disponibles esta noche, caballero. Estamos cubriendo un evento, así que todas están ocupadas.

Adler trataba de meterse al botones en el bolsillo cuando algo llamó mi atención por el rabillo del ojo. A lo lejos, más allá de lo que los cristales me dejaban entrever, me pareció identificar a Elliot. Una máscara de liebre le cubría el rostro, pero el moño rubio que se ataba en la nuca lo delataba.

No estaba preocupado o, al menos, no lo parecía. Lo veía tranquilo, desplegando su don de gentes y disfrutando de ser el anfitrión del lugar. Los hombres que lo acompañaban, que también portaban antifaces, lo escuchaban con atención y le reían

cualquier chorrada que le saliera de la boca.

Interferí en la conversación cuando les vi coger el ascensor .

—Disculpa, pero al señor Hayes no le va a hacer ninguna gracia saber que no nos han dejado entrar. Sobre todo porque venimos expresamente por invitación suya —lo dije con tal despotismo que temí haberme vuelto una más del clan Hayes—. Sería una pena que llegara a enterarse de este pequeño percance porque, de por sí, no le gusta que le molesten. Así que por el bien de todos y sobre todo el tuyo, porque imagino que necesitarás un sueldo con el que pasar el mes, vamos a olvidarlo, ¿de acuerdo?

Reproduje una de esas sonrisas altivas que había visto mil veces en los labios de Elliot, de esas que convertían los dientes en colmillos de lobo feroz. Una imitación tan verosímil que le cambió la cara al botones y le hizo correr el sudor por la sien.

—Lamento el malentendido, no me habían informado de que el señor Hayes iba a recibir nuevos asistentes —se disculpó—. ¿Me permite la identificación?

—No sabía que siendo familia necesitara identificarme —Adler hizo además de pavonearse al hablar, desprendiendo esa seguridad típica de la que hacía galante toda su familia—. Soy Adler Hayes.

Se le subieron los testículos a la garganta al escuchar su nombre. Después de inferir en que Adler llevaba su propia acompañante para la velada, nos pasó al recibidor y nos tendió a ambos una máscara. Una de lobo blanco para él y un antifaz mucho más discreto para mí.

El vestíbulo del hotel estaba vacío cuando entramos y, a medida que avanzamos por el edificio, lo único que encontramos eran puertas cerradas y áreas fuera de servicio. Ni el restaurante ni el *cocktail bar*, tampoco había personal a excepción de la entrada o alguien que pareciera hospedarse ahí.

Cada planta estaba igual de desolada que la anterior, hasta que llegamos a la última de ellas guiados por la silueta de un hombre que caminaba por delante de nosotros. Vestía impoluto, como un pincel, y también ocultaba su rostro con una máscara.

—Las puertas van a cerrarse pronto, daos prisa.

Lo dijo al aire, sin referirse a nadie en particular. A continuación, se metió en una habitación y dejó la puerta entornada. Contuve una respiración antes de hacer ningún otro movimiento, sopesando si realmente quería saber lo que se escondía tras ella.

—Esto no me da buena espina.

—Ni a mí —respondí—. Pero confío en tus dotes de negociación para sacarnos del apuro si esto sale mal.

Sus ojos gozaban de una concentración de oscuridad al mirarme que dejaría en ridículo a cualquier agujero negro. Eran un abismo sin final por el que me veía cayendo cada vez que los posaba en mí. Era electrizante.

—Y yo en que esas piernas largas no sean solo para hacer bonito y te sirvan para correr si se diera el caso.

—Estoy convencida de que estarías encantado de comprobarlo.

—Y no te equivocas.

Soltó una risa breve y flébil antes de empujar la puerta y adentrarse en la estancia.

Nuestros pasos retumbaron en toda su amplia extensión, igual de desértica que el resto del hotel. De nuevo, estábamos solos, pese a que todo indicaba que nos encontrábamos en el lugar correcto.

—¿Oyes eso? —Adler se paró en seco frente a unas relucientes escaleras de mármol negro.

Música. Ni rápida ni lenta, una melodía que se tomaba el tiempo justo para robarte el aire y devolvértelo de sopetón, como un orgasmo. Sus acordes eran un rumor que se convertían en una propuesta perniciosa y tórrida al oído humano. Una voz húmeda que acariciaba el lóbulo de la oreja y te erizaba la piel. Se hacía más audible a medida que ascendíamos por las escaleras.

Al final de estas, unas largas y pesadas cortinas de terciopelo carmín barrían el suelo y daban paso a un oscuro pasadizo. Un cartel de resplandeciente neón rojo en el que se podía leer The Hole era el único foco de luz.

30

Si tuviera que describir con una palabra la impresión que tuve al entrar en The Hole sería, sin lugar a duda, feroz. Pero no feroz como un animal salvaje que destripa a su presa, sino como sólo podía serlo un ser pensante evolucionado al abandonar todo aquello que lo diferencia de un monstruo, su humanidad.

The Hole no era ninguna selva, pero estaba habitado por depredadores que ninguneaban a cualquier bestia. Depredadores que vestían trajes de gala y ocultaban sus rostros con unas máscaras de representación animal que brindaban una idea clara de cuáles eran sus intenciones: hincarle el diente a una presa.

El lugar estaba decorado con un gusto exquisito, parecido con el que se presentaba un plato de carne cruda en los restaurantes caros. Fino, pero animal. Y abundaba el rojo. Por todas partes: paredes, sofás e incluso en las alfombras de pelo que había en el suelo.

Tras los primeros quince minutos de búsqueda sólo me había cerciorado de una cosa: aquel sitio era un club de libertinaje, de esos a los que se accedía con invitación previa y por los que se pagaba una altísima membresía por pertenecer a él. Estaba atestado de salas de reuniones en las que decenas de hombres se reunían para hacer negocios y ell ambiente, sin embargo, distaba de ser únicamente profesional.

Alcohol, mujeres, drogas… Ya había visto a un par echándole mano a sustancias no demasiado lícitas sin ningún tipo de tapujo y a más de una mujer paseándose como Dios la trajo al mundo.

—¿Lo ves?

La iluminación era tan débil que necesitaba concentrar toda mi atención en ver más allá de las largas sombras que proyectaban los muebles que adornaban el lugar. Busqué los rizos dorados de Elliot entre los presentes que, desperdigados en butacas, *chaise longues* y los taburetes, brindaban con cócteles y lucían sonrisas capciosas bajo sus máscaras.

No me pasó desapercibida la presencia de varias chicas que, haciendo gala de carísimos vestidos y ocultando su identidad con el mismo antifaz que me habían dado a mí al entrar, parecían acompañar a los hombres a su lado.

—No, por ninguna parte —contesté. El lugar estaba dividido de tal modo que generaba una falsa sensación de intimidad aun cuando la realidad era que, por espacioso que fuera, estaba abarrotado. No había forma de distinguir a Elliot de los demás—. Adler, este sitio es inmenso, tenemos que separarnos.

—No creo que sea la decisión más acertada, dadas las condiciones en la que nos encontramos. Este sitio no es seguro.

—Y ni este ni ningún otro lo será para Elliot si no intervenimos. Y ambos sabemos que… —Me tragué las palabras momentáneamente hasta salir del paso de la multitud

—. No lo vamos a sacar de aquí por las buenas. Tendremos que arrastrarlo.

Hizo un mohín, pensativo, antes de responder.

—¿Llevas tu teléfono?

—Siempre lo llevo encima.

—Una hora —me advirtió—. Si no lo hemos encontrado para entonces, quedamos en la salida y tú te marchas. Y esto es innegociable

—Tranquilo, me doy por enterada. Me consta por tu hermano que negociar con un Hayes es físicamente imposible, tú no ibas a ser la excepción.

Sentí la mirada de Adler clavada en mi nuca cuando me di la vuelta y me zambullí en las profundidades que albergaba The Hole, dispuesta a dar con el paradero de Elliot. Las dimensiones del lugar eran inconmensurables y perdí la cuenta de la cantidad de veces que había torcido una esquina y me había encontrado, de nuevo, ante un pasillo largo y laberíntico.

Los pasillos estaban vacíos, pero no las habitaciones. Oía murmullos escapar por las rendijas de las puertas. Me detuve frente a una de ellas, atraída por los golpes secos que se oían en su interior y el impulso insano de mi curiosidad traqueteando.

—Mira, ahí está. Ya te he dicho que las nuevas se pierden si te despistas.

Me di la vuelta para percatarme de que ya no estaba sola; ahora había dos gorilas de metro noventa, seguidos de un rebaño de chicas. Uno de ellos dio un par de zancadas y me tomó por el antebrazo como si, en vez de una persona, fuera una muñeca de trapo.

—¿No os he dicho antes que no os separaseis?

—Perdona, pero creo que te confundes de persona.

Me separé de él con un gesto brusco con el que no traté de disimular que me había molestado la forma en la que se me había acercado.

—Sí, ya, claro. —Emitió un sonido que, presupuse, pretendía ser una risa—. Venga, todas contra la pared; ya sabéis cómo funciona esto. Ah, y David, pégales un repaso antes de que entren.

Las otras cuatro chicas obedecieron sin rechistar y se colocaron, una detrás de otra, de espalda a la pared. Eran todas morenas y gracias a sus vestidos negros y el antifaz que llevaban, muy similares entre sí. Como una calcomanía las unas de las otras.

David se dedicó unos segundos a perfeccionar sus atuendos. Alisar los pliegues de una falda, ajustar los patrones o recolocar algún escote, nada parecía suficiente.

—Tú, ¿a qué esperas? —Me dio un empujón en el hombro—. A la pared.

Me mordí la lengua para no mandarle directo a la mierda. Estaba acostumbrada a lidiar con capullos asiduamente, pero en los últimos tiempos el azar estaba poniendo a prueba mi paciencia con más frecuencia de lo normal.

—Ya te he dicho que te confundes de persona, así que si me lo permites, me voy.

La máxima distancia que logré interponer entre nosotros antes de que él me los hiciera retroceder de un tirón fueron dos pasos. Dos pasos que, de saberlo, no habría dado.

Me pegó un bofetón con la mano bien abierta y el suelo se tambaleó bajo mis pies. El dolor se expandió con la misma rapidez que las células cancerígenas en un cuerpo joven, y el sabor metálico de la sangre me invadió el paladar.

—Hijo de la gran puta —musité con el sabor salado de las lágrimas en los labios.

Su mano se enroscó en mi cuello como una gargantilla y, sin apenas hacer esfuerzo, me levantó para que quedara justo a su altura. La presión no tardó en resultar asfixiante e intenté soltarme arañándole el dorso de la mano.

—¿Qué has dicho? Repítelo.

Llevaba el cabello rapado al cero, así que podía ver la cicatriz que le iba desde la mitad del cráneo hasta detrás de la oreja.

—Eres un hijo de… —Las palabras salieron torpemente de mi boca debido a la falta de aire—. La gran puta.

—Me parece que no te han dejado lo suficiente claro tu participación aquí, así que quizá tenga que recordarte cuál es tu lugar.

La cabeza me patinó debido a la falta de oxígeno y noté que se me nublaba el juicio. Lo único que percibía eran los latidos en la sien y sus dedos, llenos de callos, raspándome la garganta. Su sonrisa era una grieta macabra en su rostro, un atajo por el cual asomaba la oscuridad que habitaba en su interior.

Temblé en sus manos, incapaz de hacer nada más. Cualquier intento de gritar se extinguía antes de salir de mis labios.

—¡¿Qué cojones está pasando aquí?! —El hombre me dejó caer estrepitosamente al suelo y empecé a toser y jadear como un chucho enfermo—. Los de la seis llevan una eternidad esperando a que los atendamos y no paran de llegarme quejas del resto de salas. Creo que os he repetido, como mínimo, cien veces cuál es el orden en el que deben atenderse las comandas, así que explicadme exactamente qué parte no entendéis. Si es que yo hablo en chino o si realmente estoy codeándome con una panda de subnormales y debo deshacerme ya de vosotros.

—Elliot…

Estaba hecha un ovillo sobre las frías baldosas del pasadizo cuando escuché su nombre. Aunque se cubría el rostro con una máscara, no había forma humana de que camuflara sus ojos. eran inconfundibles.

—¿Sabes cuánto dinero me cuesta teneros aquí? ¡¿Lo que paga esta gente por nuestros servicios?! —Ambos hicieron ademán de disculparse, pero él los interrumpió —. Me importa una mierda lo que haya pasado. Solucionadlo, me da igual cómo. No quiero una sola queja más en lo que queda de noche, ¿está claro?

—Clarísimo.

—Tú, ¿estás bien?

Supe que se refería a mí.

—La chica nos está dando problemas.

—Y os pago sustancialmente para que lidiéis con ellos, así que no creas que me dais

ninguna pena —les dijo. Entonces se agazapó a mi lado—. Si me das tus datos buscaré la forma de compensarte por esto.

Las piernas me temblaban cuando me ayudó a levantarme.

—¿Cómo te llamas?

Esta vez no hizo falta que nadie me ahogara para que se me cortase la respiración. El olor amaderado de su colonia lo ocupaba absolutamente todo y reconocí sus facciones a través del antifaz. Sus labios bravucones y aquellos ojos atormentados que me recorrían como si fuera una autopista.

Nos miramos una milésima de segundo. Lo máximo que fui capaz de aguantar la mirada y, sin embargo, el tiempo suficiente como para ver cómo su expresión cambiaba.

Maldije por dentro, deseando deshacerme de esa habilidad innata que tenía para cagarla y rezando para que no me hubiera reconocido.

—Elliot, nosotros nos ocupamos.

—No, yo me ocupo de esto. Vosotros seguid con lo previsto. Y tú. —Me cogió del antebrazo—. Tú te vienes conmigo.

Seguí sus pasos, manteniéndome a una distancia prudencial. Si había algo que destacaba de Elliot era su incapacidad para regularse emocionalmente, de ajustar su nivel de intensidad. Sobre todo cuando eso era producto de que alguien le truncara los planes o interfiriera en ellos.

El sonido de nuestras pisadas en la moqueta roja que cubría ese ala del edificio debía ser prácticamente inaudible, pero dado el silencio en el que nos encontrábamos se escuchaba como un elefante dentro de una cacharrería. Y el ambiente. Oh, el ambiente era denso como el aire que se respiraba en una sauna.

Elliot lo sabía. Si fue nada más verme o si necesitó tenerme bien cerca y oler el hedor de mi miedo al verle ahí, ya era otra cuestión. Pero lo sabía. No necesitaba que me lo verbalizara.

Nos detuvimos frente a una puerta que, en lugar de cerradura, tenía un lector de tarjetas. Sacó una de su bolsillo y la pasó por encima. Automáticamente, la puerta dio luz verde y se abrió.

Me recosté en ella tras entrar.

Se movía por la habitación como un león enjaulado, de un lado a otro sin una idea clara de por dónde empezar a atacar. Tenía el rostro desnudo, despojado de la máscara que ahora estaba tirada de cualquier manera sobre una butaca, y con las facciones contraídas en un gesto duro de ira.

—Adelante, empieza a gritarme. Te estoy esperando.

No me respondió al instante. Por lo contrario, siguió moviéndose como un loco hasta que se dignó a mirarme. Y su mirada quemaba. Abrasaba cuando entró en contacto conmigo. Juraría que sus ojos estaban más oscuros de lo normal, de un tono semejante al que tiñe el mar cuando hay tormenta.

Supe entonces que eso era precisamente lo que se avecinaba: un temporal nefasto.

—Tú. —Le temblaba la mano cuando me señaló, obstinado por la rabia—. Me lo prometiste.

—Te mentí.

Lo vi enardecerse en su posición. La decepción era el combustible de su enfado y todo lo que podía leer en su mirada.

—Me prometiste que te mantendrías al margen, ¡que dejarías de implicarte!

Sus gritos eran desgarradores, e hicieron eco en el pequeño despacho en el que nos hallábamos.

—Al menos ahora ya sabes que no puedes fiarte de mí —respondí con serenidad, tratando de no alterarme—, como yo tampoco puedo hacerlo de ti. Estamos en igualdad de condiciones.

Retrocedió un paso antes de acercarse y quedar a dos palmos de distancia de mí.

—Te pedí que dejaras de meter las narices en mis asuntos, pero has hecho lo que te da la gana como siempre —se pronunció atropelladamente—. Crees que esto es un juego, Blake. Y no lo es.

—Sé perfectamente que no lo es —le retraje.

—No tienes ni puta idea de lo que dices. Ni puta idea.

—¡Entonces cuéntamelo! Dime de una vez qué está pasando y deja de lloriquear e intentar mantenerme al margen de esto, porque si estoy aquí es porque tú solito me has metido en esto.

Se dio la vuelta hecho un vendaval.

—¡Vete a la mierda!

—¡¿Más de lo que ya lo estoy, Elliot?! —Me desgañité al decírselo. Sentí que el alma se me escapaba del cuerpo, harta de oír tantos pretextos. Tantas mentiras.

—Llevo protegiéndote de esto desde hace más tiempo de lo que tú puedes imaginar y lo único… Lo único —masculló entre dientes. Sus ojos estaban rojos y resplandecientes — que has hecho hasta ahora es complicar aún más las cosas.

—¿De qué? ¡¿De qué estás protegiéndome?! ¡Dímelo de una vez para que pueda agradecerte lo mal que me lo has hecho pasar desde que te conozco!

Lo dije de golpe, todo seguido, y me quedé sin aire en los pulmones al terminar.

—¡De mí! ¡De Cole! ¡De todo lo que nos rodea! ¡De toda esta mierda!

—Pues deja de intentarlo, porque no está funcionando ni funcionará.

Resopló al escucharme.

—Eres la persona más estúpidamente testaruda que conozco.

—Y tú un imbécil que no entiende que me da igual *toda esta mierda* —repetí— que te rodea y que he venido precisamente a salvarte de ella.

—No puedes salvarme.

—Entonces me hundiré contigo.

—¿Por qué? ¿Por qué eres así, Blake?

—¡Porque me importas! Pero tú qué te piensas, ¿que me meto en estos embrollos por

placer? ¿Para rellenar los huecos de mi agenda?

La brusquedad con la que estampó sus labios contra los míos me hizo recular un paso. No había mariposas y tampoco era como si estuviera flotando entre nubes esponjosas. Porque de un beso así uno salía como un boxeador del ring; tambaleándose y de camino a la enfermería.

Elliot no besaba, devoraba. A lametones, a mordiscos y casi sin dejar espacio al oxígeno. Era implacable como solo él podía serlo.

Sus manos me recorrieron con necesidad antes de anclarse en mi cuello. Me chupó el labio inferior y tiró de él antes de separarse para mirarme.

—Me sacas de quicio —me dijo entre dientes. Su frente contra la mía.

Contuve el aire cuando me aprisionó con su cuerpo y sus manos se deslizaron por la falda de mi vestido. Me arqueé contra la puerta cuando me separó los muslos y me acarició por encima de la ropa interior.

—Parece que tenemos más en común de lo que pensábamos.

En ese momento sabía pocas cosas, pero si había algo que tenía clarísimo es que Elliot hacía que la cabeza me patinara. Me desconectaba el cableado mental y lo volvía a conectar como lo haría un niño, sin importar si el color del cable coincidía con la fuente.

Nos miramos desafiantes, a la espera del siguiente movimiento.

—Si no fuera porque sé que me detestas, diría que lo estás disfrutando. —Sonrió ampliamente, dejándome ver sus afilados colmillos.

—No te equivoques. Siempre resultas un suplicio.

—Tú me resultas un tormento y cada vez me es más complicado evitarte —Las palabras salieron húmedas, caladas, de su boca, cada vez más cerca de volver a envolver la mía. La mera idea de que yo pudiera complicarle nada me hizo soltar una risotada. Una carcajada seca que se me cortó al instante al ver que su semblante permanecía inmutable—. ¿Puedes dejar de ser tan jodidamente preciosa? Porque no lo soporto más.

Su rostro se descompuso y su expresión se resquebrajó como si en vez de piel llevara puesta una máscara de porcelana. La grieta se hizo más y más grande, inmensa, hasta romperla y dejarla a sus pies.

Me quedé paralizada ante el dolor que profesaba al hablarme.

La versión más vulnerable de Elliot apareció ante mí como otras tantas veces, tan solitaria que era cruel y hacía emerger en mí la necesidad de sanarla.

Me abalancé sobre sus labios y él no tardó en corresponderme. Empezamos despacio, con una lentitud que resultó tortuosa, cansada y frustrante. Sobre todo frustrante.

El ritmo se volvió insostenible poco después. Mis manos enterradas en sus rizos y la respiración de ambos engullendo el espacio vital del otro. Iba a perder la cabeza. Quizá ya lo había hecho. Quizá nunca la tuve sobre los hombros.

Enrollé las piernas alrededor de sus caderas cuando me aupó y nos dirigimos, a trompicones, hacia el escritorio que ocupaba el centro del despacho. La sólida madera

de la mesa me azotó las nalgas cuando me dejó caer en ella.

Por un momento me sentí expuesta ante él, que había echado todo el material que había encima de la mesa para hacerme un hueco y colocarse entre mis piernas. Tenía los ojos posados sobre la piel erecta de mi pezón, al descubierto porque los tirantes del vestido me iban grandes.

No le rugió el estómago, pero supe que tenía hambre. Mucha. Y pude leer en su mirada, esa que tan bien conocía, que esperaba de mí que yo fuera su entrante, primer, segundo y hasta tercer plato. Acabando con el postre.

—¿Sigo?

Por la dificultad con la que respiraba, notaba lo mucho que le estaba costando contenerse. Porque Elliot no era alguien comedido, sino completamente visceral.

El vientre se me retorció por la anticipación cuando me apartó el tanga a un lado y trazó sobre mi húmedo sexo un camino al que solo podría catalogar como pernicioso.

—Por favor. —Me mordí el labio conteniendo un jadeo.

Sin dudarlo, se llevó dos dedos a la boca y los chupó antes de introducirlos dentro de mí, despacio. Las piernas se me hicieron gelatina ante la oleada de placer cuando los noté clavados en mi interior por completo y tiré de la solapa de su americana para acercarlo.

Nos convertimos en un manojo de manos y suspiros que solo se separaba para coger cortísimas caladas de aire antes de seguir besándose. En un abrir y cerrar de ojos estábamos ahí, prácticamente desnudos; yo con el vestido amarrado a la cintura y él con los pantalones del traje por las rodillas, observándome como si estuviera a punto de romper un pacto de castidad que había mantenido intacto durante décadas.

Arqueé la espalda cuando se hundió dentro de mí y me cogió por las caderas para empezar a marcar un ritmo contundente de embestidas que prometía dejarme con agujetas los próximos días.

—Joder —lo oí mascullar en mi oído. Sus manos me recorrían con urgencia, queriendo tomar más de mí de lo que mi escasa estatura le permitía. Como si fuera a volatilizarme mientras nos besábamos con ferocidad, inmersos el uno en el cuerpo del otro—, Blake…

—Elliot… —Jadeé al notar que ralentizaba los movimientos. Lo apresé con las piernas, hasta que lo sentí clavándose en lo más profundo de mí—. Elliot, fóllame.

—Blake, te quiero. Te quiero y por eso no puedes estar aquí. No puedo permitirme cometer este error contigo.

Y es que habían noches complicadas y noches que, directamente, lo complicaban todo.

Recapitulé cada uno de los pasos que dimos antes de llegar hasta donde estábamos. Sobre una mesa y con la ubicación de Elliot exacta entre mis piernas.

Ni siquiera reparé en que aún estaba dentro de mí cuando me propuse rechistar por

volver a caer de nuevo en aquel bucle del que ya habíamos salido más de una vez.

De repente, un pitido inundó el despacho y la puerta se abrió, dejando correr un agüero de la luz del pasadizo.

—Los proveedores están a punto de llegar con la mercancía, dile a tus chicos que se preparen para abrirles la puerta del párking… Vaya. —El hombre que entró por la puerta dejó a un lado el papeleo que llevaba en la mano y se quedó contemplándonos. Farfulló una carcajada irónica mientras Elliot trataba, como podía, de vestirse rápidamente—. Veo que te pillo ocupado. En fin, acaba el trabajillo cuando puedas, súbete los pantalones y nos vemos abajo.

—Joder, mierda. Ya voy.

Antes de salir por donde había entrado segundos atrás, añadió:

—Por cierto, sobrino, lo de dejar la corbata colgada de la puerta como aviso nunca pasa de moda. Tenlo en cuenta para la próxima vez.

Su figura imponente desapareció tras la puerta y nos sumimos en la oscuridad de nuevo, en silencio.

—Elliot… —No me respondió—. A riesgo de equivocarme, pero… ¿ese no era tu tío?

El frío de la madrugada era punzante cuando puse un pie en la calle. Había salido a hurtadillas por una de las puertas traseras del hotel, tal y como Elliot me había indicado. Me abracé para resguardarme de las bajas temperaturas y me apresuré en alejarme de ahí.

—¿Cuánto te queda? —me preguntó Adler al otro lado de la línea telefónica.

—Acabo de salir.

Me sentí tiritar cuando colgué el teléfono.

Recorrí las siguientes dos calles a toda prisa, sin detenerme, y troté para acortar los últimos metros de distancia que me separaban del vehículo. No quería darme tiempo, espacio, para pensar. Sabía que, si lo hacía, los recuerdos volverían con más fuerza. Y aún no podía digerirlos.

No obstante, ahí estaba el frío de la noche contrastando con el calor que desprendía mi cuerpo, todavía palpitante por el encontronazo que había tenido con Elliot. Eran las verdades, las mentiras, los interrogantes y las respuestas a ellos lo que me pisaban los talones.

—Corre, entra. —Adler me abrió la puerta del copiloto y, en cuanto entré, se puso a revisarme de arriba abajo en busca de algún indicio, alguna señal, de que algo iba mal —. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Lo único que hice fue hundirme más y más en el respaldo del asiento.

—Solo necesito un momento, por favor —le pedí y cerré los ojos para contar internamente hasta tres. Sentía las extremidades temblorosas y un nudo en la garganta tan sólido como un puño. Después de recomponer mi respiración, me animé a hablar—.

He encontrado a Elliot. Bueno, técnicamente él me ha encontrado a mí.

—Vamos, que nos ha pillado.

—No, no le he dicho que tú también estabas aquí. Sabía que si se lo decía no tendría ninguna posibilidad de dialogar con él. —Había decidido omitir cierta información porque, de lo contrario, Elliot hubiera resultado tan inaccesible como de costumbre—. ¿Tú has encontrado algo?

—¿Aparte de orgías multitudinarias y drogas a raudales? No mucho. ¿Qué te ha contado Elliot? —incidió.

—No me ha querido dar muchas explicaciones —me excusé, tratando de eludir el hecho de que habíamos acabado empotrándonos en el despacho—, pero sí que se ha visto acorralado al ver hasta dónde he conseguido llegar por mis propios medios. Hemos quedado en vernos por la mañana para aclarar de una vez por todas qué demonios está pasando.

—¿Y qué te hace pensar que va a ser sincero esta vez? —lo dijo de tal modo que me hizo sentir estúpida—. Nunca lo es.

—Esta vez sí. Lo sé.

—Hay algo que no estás contándome.

Volví mi mirada hacia él. Sus grandes ojos negros me observaron sin pestañear, atentos a cada gesto que pudiera articular. Tan magnéticos como de costumbre, eran capaces de absorberme como un vórtice del que, además, me veía peligrosamente tentada a no desear salir.

—Sí, hay algo que no te estoy contando —admití. La imagen de Allen Hayes, el hermano de su padre, apareciendo tan campante en el despacho no se me borraba de la mente—. Es lo único que puedo decirte.

—No, es lo único que no quieres decirme. Y eso no es en lo que habíamos quedado.

—Lo sé, y lo siento.

—No lo suficiente, por lo que veo. —Me sorprendió la negritud, opaca y categórica, con la que me miró. Desdeñosa y furibunda, como si lo hubiera traicionado a todos los niveles en los que podía hacerlo un ser humano—. ¿Qué ha pasado entre mi hermano y tú ahí dentro?

—Ahora no, Adler.

31

Siempre supe que el apartamento que compartíamos con Ginger era pequeño, pero tras recorrerlo de punta a punta una treintena de veces me di cuenta de que era mucho más que eso. Era diminuto y excesivamente caro para el tamaño que tenía.

En realidad, aquello no era más que una nimiedad dados los últimos acontecimientos, pero necesitaba desesperadamente entretenerme con algo mientras esperaba a que Elliot se dignara a aparecer. Me había quedado sin uñas de tanto morderlas y temía estar desgastando el parqué de la cantidad de vueltas que había dado por él a lo largo de la mañana.

Estaba dando la vuelta treinta y una cuando el timbre sonó.

—Tu piso parece una ratonera.

Ese fue el primer comentario que soltó Elliot al pasar por el marco de la puerta. Lo observé con detenimiento. Llevaba unos simples vaqueros desgastados y una sudadera gris que le iba algo ancha, y el cabello suelto y desenfadado. Nada que ver con la noche anterior.

Y es que, oh Dios, la noche anterior. No podía creerme que hubiera caído por él. Fuera por despecho o no, lo que importaba en definitiva era que me había dado igual que se metiera entre mis piernas. Es más, me gustó.

—Gracias por tu opinión, pero no te la he pedido.

—¿Puedo pasar?

Me hice a un lado, tras vacilar un par de segundos, se introdujo en el apartamento. Deambuló por la casa de un lado a otro, quizá esperando que hubiera algo más en ella que lo que simplemente estaba a la vista.

Escaneó la casa de un vistazo antes de sentarse conmigo en el sofá y, entonces, añadió:

—Esto es realmente pequeño. Hasta con tu sueldo debería darte para algo mejor.

Ni me inmuté. Conociendo a Elliot, ese preciso comentario no lo había hecho para ofenderme, sino como una clara e ingenua apreciación desde su punto de vista privilegiado.

—No todos tenemos la suerte de pertenecer a una familia que cobra hasta por el *copyright* de su nombre.

—No te falta razón.

Tras hacer un par de comentarios más de mal gusto y permanecer en silencio unos minutos, la impaciencia empezó a instaurarse en mi sistema. Elliot me rehuía la mirada, la paseaba a sus anchas de un lado a otro del apartamento y cambiaba drásticamente de tema con tal de no pararse en lo que nos acontecía.

—Con lo bocachancla que eres el resto del tiempo y ahora parece que se te ha comido

la lengua el gato, Elli.

—Te he dicho mil veces que no me llames así —se quejó pese a soltar una risa nasal

—Dices muchas cosas a lo largo del día, la mayor parte de ellas estupideces, así que no me culpes de que se me olvide algo de vez en cuando —bromeé con tal de apaciguar la situación.

—Es solo que no sé por dónde comenzar.

—Llámame loca, pero yo empezaría por el principio.

Remoloneó un poco, preso por un tic nervioso en la pierna, antes de animarse a hablar.

—¿Recuerdas aquella noche en que me quedé a dormir en casa de tu madre?

—Tendrían que practicarme una lobotomía para ayudarme a olvidarla.

—Nunca he sido lo que los demás esperaban de mí. Y no es que no me haya esforzado, ¿sabes? Créeme que he intentado hacer las cosas bien desde que tengo memoria, pero siempre encuentro la forma de cagarla estrepitosamente. —Un gesto melancólico, parecido a una sonrisa, se dibujó en sus labios—. Y es en ese contexto de mierda en el que comenzó todo el año pasado. Conmigo equivocándome, una vez más, en un intento de hacer las cosas bien.

»A principios de semestre cometí el error de mandar una solicitud al bufete familiar para hacer ahí las prácticas universitarias. Evidentemente, me la rechazaron. Mi padre mismo la rechazó. —Suspiró antes de envalentonarse a seguir hablando—. Como ya te conté, yo venía de una mala racha: había tenido una niñez complicada y una peor adolescencia marcada sobre todo por malas decisiones; me iba mal en el instituto y en casa, y estaba rabioso por la situación así que hacía lo que me venía en gana. Desde suspender y saltarme clases, pelearme, escaparme de casa, volver borracho o, peor, hasta arriba de cualquier cosa que me hubiera metido estando de fiesta. En definitiva, era una mala pieza —me explicó—. Era una evidencia que mi padre, siendo como es, no me aceptaría la solicitud. Aún así yo lo intenté, llevaba desde el primer año de carrera limpio de todo y dando lo mejor de mí en la universidad para enmendar todos los errores. Lo que pasa es que algunos errores no se enmiendan, simplemente se pagan. Sobre todo si eres un Hayes.

Las palabras se le atragantaron y, por un momento, temí que terminara vomitándolas en la alfombra.

—No me tomé bien que me rechazara la solicitud. A mis primos se las había aceptado, a Adler le estaban presionando para que la enviara y a André lo esperaban para que diera el paso de coger el mando del bufete. Conmigo era completamente diferente porque, después de todo, era yo. Un problema con patas en el que nadie se fiaba.

Debía admitir que oírle hablar de ese modo de sí mismo hizo que me compadeciera de él. Del bajo autoconcepto en el que se tenía y en el que sabía que lo tenían los demás. Y eso dolía, sobre todo si los juicios procedían de su propia familia.

—¿No crees que a lo mejor sería buena idea que hablases con tu padre de esto? De cómo te sientes, quiero decir. Hablando se entiende la gente, Elliot. Y estoy convencida que, pese a todo, te quiere tanto como tú lo puedes querer a él.

—¿Crees que no lo he intentado? A sus ojos siempre he sido y seré la misma oveja negra que entró en su inconmensurable mansión para ponerla patas arriba.

—Quienes más nos quieren también son quienes más daño pueden hacernos, sobre todo con palabras. Dudo muchísimo que tu padre piense eso de ti. Simplemente no os habéis conseguido entender —traté de mediar.

—Como sea, el caso es que rechazó la solicitud y me enfadé. El tema salió a relucir en una cena familiar y yo ya iba calentito, así que discutimos y terminé marchándome del salón para no acabar en las manos con mi padre. Porque te juro, Blake —lo dijo muy serio, mirándome tan fijamente que creí que podía leerme el pensamiento—, que estuve a nada de perder el control. De mandarlo todo otra vez a la mierda.

—Pero no lo hiciste, ¿verdad? Eso es lo que cuenta. No eres lo que piensas, sino lo que decides hacer con ello.

—No, me marché antes. Y ojalá no lo hubiera hecho, porque ahí fue cuando todo explotó. —Se cubrió el rostro con las manos y las refregó contra él con insistencia, hasta dejárselo rojo—. Esto es una puta mierda.

Se removió inquieto en el sofá y yo le cogí de la mano, que le bailaba de un lado a otro sobre el regazo.

—No pares. Lo estás haciendo bien —le animé—. Sigue, te escucho.

—No, Blake, lo he hecho todo mal. Ni siquiera debería estar contándotelo. Precisamente me acerqué a ti para que toda esta mierda no te salpicara y resulta que Cole tenía razón y al final ha sido incluso peor.

¿Acercarse a mí para evitar que me salpicara? ¿El qué? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Elliot, ahora sí que no me estoy enterando de nada.

Me alejó de un empujón y se levantó del sofá a prisas.

—A raíz de que no me aceptaran la solicitud decidí buscarme la vida, hacer algo por mí mismo. Cole y yo éramos uña y carne en ese momento y nos pusimos manos a la obra en seguida. Él necesitaba ingresos y yo dejar de ser la sombra de mis hermanos, así que de esa iniciativa nació The Hole. —Me estremecí al escuchar su nombre y mi piel rememoró la contundencia del golpe de la noche anterior—. Lo ideamos como un club privado de acceso exclusivo. Un lugar para toda aquella gente que necesita que las paredes sean sordas y están dispuestas a pagar el precio del silencio.

»Quería vender la fantasía de poder ser quien quisieras por una noche. Serían fiestas de alto *standing donde* los participantes vivirían en el anonimato durante una noche. Las fiestas serían semanales y la gente se pelearía por conseguir una invitación a ellas porque, en su interior, lo que se vivía era desfase y morbo en plena esencia.

—Dicho así parece una buena idea, pero Elliot… Lo que vi anoche no se parece en nada a eso. ¿Lo sabes, verdad?

—No te adelantes —me advirtió. Un matiz de culpabilidad hacía eco en su voz—. A mi tío también le pareció una gran idea cuando se lo explicamos. No teníamos a nadie más a quien recurrir y Allen y yo solíamos tener buena relación, así que cuando tuvimos las bases del negocio fuimos a exponérselo para que nos diera una segunda opinión y le encantó.

Allen, todas las alarmas me saltaron en ese momento. Era lo único que no había entendido la noche anterior, qué hacía él ahí. Verlo me descuadró el panorama por completo.

—Quiso ayudarnos a montarlo y también se ofreció a financiarlo. Yo no quería que nadie se la jugara así por mí, pero él estaba muy seguro y me dijo que ya le devolvería el dinero con los beneficios, así que terminé aceptando. Preparó todo tal y como lo había ideado de principio a fin —musitó—. El local fue un éxito desde el principio, tanto que tuvimos que contratar más personal para abastecerlo. Pero no era suficiente. El desembolso inicial había sido tan grande que, por mucho que llenara el cupo de gente semana tras semana, apenas lográbamos llegar al mínimo de beneficio para ir devolviéndole el dinero a mi tío y él no paraba de recordármelo.

—¿Y…?

—Allen decidió que era hora de meterle una inyección a The Hole, cambiar algunas de sus bases y abrir un poco las miras del negocio. Hizo algunos cambios y accedimos —se rió sin ganas—. Nos propuso ampliar el objetivo y abrirle la agenda a sus contactos, que eran personas pudientes, grandes empresarios que ganaban lo suficiente como para pagar una membresía más alta y consumiciones más sustanciosas. Por supuesto no nos imaginábamos en lo que terminaría convirtiéndose.

Se sentó de nuevo en el sillón y cerró los ojos momentáneamente. Aproveché el momento para cogerle de nuevo la mano y darle un suave apretón.

—Las peticiones de este nuevo séquito de clientes se fueron haciendo eco hasta que solo pudimos atenderlos a ellos. La gente que llenaba semanalmente The Hole no tenía nada que ver con la del principio. Ahora todo eran grandes magnates que venían a cerrar sus negocios al local y, de paso, a despejarse. Sus peticiones cada vez eran más escabrosas: alcohol, drogas, mujeres, niñas y carta blanca a todo tipo de prácticas que ni siquiera puedes llegar a imaginar. Intentamos pararlo, pero ya estábamos de mierda hasta el cuello. Cole intentó salvar el tema del préstamo sacando a la calle parte de la mercancía que ofrecíamos en The Hole, para así tener más ingresos y poder devolverlo antes. Aunque todo se complicó.

No fui capaz de hablar. Tampoco de respirar. Lo poco que había visto del local ya me había dejado sin ganas de volver. No quería ni imaginar lo que se cocía realmente entre sus paredes bermellón y tras las máscaras de sus huéspedes.

—Vamos, que os pusisteis a trapichear.

—Tu ex se puso a trapichear —me corrigió—. Vio que se vendían bien en el local y decidió usar los contactos que Allen nos había dado para comercializarlo fuera, a mis

espaldas. Obviamente no podía pagar la mercancía por sí mismo, así que la pedía prestada y luego devolvía la diferencia con los beneficios. Como era lógico, fuera del local ese tipo de producto no tenía salida, era demasiado caro. Yo no me enteré de nada hasta que la deuda era tan alta que no podíamos asumirla.

—Así que quien te reventó el coche la otra vez…

—Si hay alguien a quien no hay que deberle dinero, es a un narcotraficante. Sobre todo porque aun cuando hayas pagado tu deuda, vendrá a buscar más y más.

Nos quedamos en silencio. Cuando me empeciné en enterarme de lo que se traía entre manos, no pensé jamás que hablaríamos de temas tan serios. Podía suponerme los trapicheos, pero ¿todo lo demás?

—Esto es un marronazo, y uno de los gordos. ¿Lo sabe tu tío?

—No, y prefiero que no se entere. Suficiente tiene en sus manos contra mí como para darle más motivos para apretarme la soga al cuello —dijo—. Allen ha tomado el control completo del local y no queda nada en él que se parezca a lo que ideamos en su momento. He querido salir del ruedo varias veces, pero me tiene pillado por los cojones.

—Elliot, joder, ¡hemos de denunciarlo! Ya sé que es tu tío, pero es una evidencia que se ha aprovechado de ti. ¡Te tiene de cabeza de turco!

—No es tan sencillo. Hay gente muy influyente metida en esto, B. Ya he valorado la posibilidad de hacerlo y no es una opción, así que estoy haciendo lo único que me queda: seguir trabajando para devolverle todo lo que le debo a Allen y así traspasar mi cargo a otra persona para que ocupe mi puesto.

—Nada te garantiza que no sigan buscándote incluso después —le recordé porque, al parecer, él no vislumbraba la realidad del asunto—. Además, salir del ruedo no es la solución. Por mucho que te bajes del carrusel, este seguirá girando por su cuenta.

—Ya, pero entonces ya no será mi problema.

—Ah, claro, perfecto. Como ya no te afectará a ti entonces que les den a los demás, ¿no? ¿Pero tú estás escuchándote? —Me llevé las manos a las sienes y las masajeé. Que Dios me diera paciencia para lidiar con ese hombre, porque como me diera fuerza terminaría estampándole contra la pared.

—¿Ves por qué no quería que te metieras? Escúchame. —Me tomó por los brazos y me obligó a mirarle—. Sé que estás empeñada en ayudarme, pero tienes que entender que esto es peligroso. Lo suficiente para mí y demasiado para cualquier otra persona que no tenga la necesidad de acarrear con las consecuencias de mis actos.

—Tú sabrás lo que haces, pero o me incluyes para que resolvamos esto juntos o lo haré yo por mi cuenta, tal y como lo hice la noche anterior.

—Suponía que dirías algo así.

Se metió las manos en los bolsillos y, tras rebuscar un poco, sacó de ellos un pequeño sobre maltrecho y una diminuta caja de terciopelo azul.

Saqué el contenido del sobre con sumo cuidado, como si estuviera desarmando una bomba, y me quedé sin aliento. La invitación en cuestión vestía una finísima lámina de

color azul cobalto y una caligrafía plateada en cursiva que resplandecía como estrellas en el cielo nocturno.

El corazón empezó a bombearme deprisa y un sudor frío empezó a resbalar por mi nuca.

En la esquina inferior derecha, el motivo que había disparado mis pulsaciones: la firma de Midnightemptation, como el anfitrión del local.

Las manos me empezaron a hormiguear y sentí que la ansiedad se hacía un hueco en mis entrañas. El mareo fue inminente también. La conversación con Ginger me cayó como un jarro de agua fría y me vi paralizada, sin saber qué hacer a continuación.

—¿Qué coño es esto, Elliot? ¿Qué puta mierda se supone que es esto?

—Una invitación para que puedas entrar en The Hole, porque si quieres destruirlo, habrá que hacerlo desde dentro. Ahora, abre la caja. Sin lo que hay en su interior, nadie creerá que eres una de nuestras chicas.

Una sensación de asfixia embargó todo mi ser antes que pudiera seguir sus indicaciones. Una parte de mí ya sabía lo que iba a encontrar en ella. Mi subconsciente había relacionado conceptos, imágenes y adaptado todas las similitudes hasta llegar a donde estábamos.

En un acolchado de terciopelo azul, brillaba una pulsera de Pandora, posada con una gracilidad majestuosa.

—Todas las chicas que entran a The Hole lo hacen tras recibir una invitación como esta. Cada una de ellas recibe a cambio del acceso una de estas pulseras y tienen la obligación de llevarla mientras estén dentro del local —me explicó—. Cada una es diferente.

Lo escuchaba de fondo, como si fuera la música de fondo de una película de terror. Como una mera espectadora que descubría, tras dar más vueltas que una campana, al asesino que empuñaba el arma con la que mataban a la protagonista de una novela.

Joder, la maldita pulsera. La misma que vi en el cuarto de Ginger, la misma que nos enseñó Evelyn a Heaven y a mí.

Me tembló el pulso y la caja se me resbaló de las manos, dejando caer la pieza de joyería que contenía.

—¿Qué tiene que ver Midnightemptation en todo esto? ¿Tú sabes quién está detrás de él?

—En ese momento fue el señuelo perfecto para las fiestas y lo usamos a nuestro favor. Nos ayudaba a llenar las salas semana tras semana.

—Es decir, que sí sabes quién es.

—Sí, pero no es nadie que deba preocuparte. Está todo controlado.

—Se nota que lo tienes todo bajo control. —Hice evidente mi sarcasmo—. Las metéis en esto prometiéndoles unas galas de morbo y pasión desmedida y luego, ¿qué? Porque en esta carta no hay un solo indicio de lo que realmente sucede ahí dentro. Yo misma pude comprobarlo el otro día.

—Siento lo que viste el otro día.

—¡Pero es que no tienes que sentirlo por mí, simplemente nunca deberías haberlo aceptado como bueno! Joder, Elliot, tienes la misma capacidad empática que un ladrillo.

—Cuando ideamos lo de Midnightemptation solo queríamos añadir un aliciente a las fiestas, era una forma de atraer al público. Nunca quise que la entrada de las chicas se convirtiera en lo que ha sido después. No he tenido nada que ver con eso, B. Te lo juro.

—Elliot, aterriza. Tan culpable es quien lo hace como quien permite que suceda. ¿Te das cuenta de la gravedad del asunto? ¿De la que os va a caer si esto sale a la luz? ¡Esto es un delito, joder! Es trata de blancas, prostitución forzosa, como quieras llamarlo, pero es un delito. Y uno *muy* grave.

Me levanté del sofá en un impulso de alejarme de él. De poner una distancia entre lo que me había contado y mi persona. En mi cabeza, lo único que resonaba era el testimonio de Evelyn sobre su hermana ausente y las decenas de titulares que se hacían eco en la prensa acerca de las desapariciones en las periferias de la ciudad.

La posibilidad de que Ginger fuera la siguiente me ponía los pelos de punta.

Cuando logré tranquilizarme y sentarme de nuevo, Elliot estaba encogido en el sofá, con la mirada perdida en algún punto impreciso de la moqueta. Tras aquella cortina de rizos dorados, tenía los ojos empañados en lágrimas.

—Sé lo que piensas de mí y no te culpo, porque probablemente no te equivoques. Soy un desastre. Destruyo lo que toco y lo corrompo todo con una facilidad que me asfixia por las noches y me impide conciliar el sueño. Es como si hubiera algo malo en mí. Algo innato, oscuro y ponzoñoso.

Se observó las manos con consternación, con el mismo terror plausible con el que un fanático devoto rezaba para subsanar sus más oscuros pecados. Como si estuvieran embadurnadas en sangre. En cierto modo, lo estaban.

—Cuando me di cuenta de dónde me había metido ya no podía salir sin ensuciarme más todavía.

—Entonces, ¿qué? ¿Nos quedamos quietecitos para que la mierda se empantane? ¿Esa es tu gran idea?

Sus ojos de cristal me miraron una última vez antes de apartarse de nuevo. Estaban rojos debido al llanto que contenían.

Me agazapé a su lado.

—Ojalá todo fuera tan sencillo como tú lo ves, pero aquí hay mucho en juego. Para mí esto no es cuestión de dinero únicamente. Que me partan las piernas si quieren, me da completamente igual.

—Entonces qué es, Elliot. Explícamelo, ayúdame a entenderlo.

Se quedó observando nuestras manos, que estaban unidas, y luego volvió a mirarme a mí, despacio. Las lágrimas empezaron a brotar en ese instante.

—Me quedaré solo, y en esta ocasión de verdad. Mi padre jamás podrá perdonármelo. Será como si realmente nunca hubiera tenido una familia.

—No estás solo. Estoy aquí, contigo.

—¿Hasta cuándo? ¿Cuánto tardarás en marcharte tú también después de todo lo que te he hecho? ¿Todo lo que os he hecho a todos.

—Mira, no sé qué te ha llevado hasta donde estás, pero espero y confío en que tendremos mucho tiempo en el futuro para que me lo cuentes. No me voy a ir a ninguna parte. Lo único que te pido a cambio es que no me falles. Vamos a sacarte a ti y a Ginger de esta, y a resolver toda esta mierda. Eso es lo verdaderamente importante ahora y en lo que nos vamos a centrar.

—¿Ginger no es quien me la lio después de un entrenamiento?

—Sí, es esa. Pero ahora no tenemos tiempo. De momento vamos a asegurarnos de que tengas un futuro, uno de verdad. —Me levanté y le ofrecí mi mano—. ¿Confías en mí?

Me miró dubitativo.

—Sí, confío en ti.

—Entonces deja que yo me ocupe.

—Esto va a saltar por los aires en cualquier momento, ¿verdad?

Asentí con una sonrisa cómplice.

—No conozco a nadie mejor que tú para destruirme. Blake, acaba conmigo antes de que lo haga yo y me lleve todo por delante.

—Te prometo que no quedará nada en pie cuando termine con esto.

Blake 14:22:

Soy consciente que estás molesto por lo de ayer, pero he hablado con tu hermano esta mañana y la cosa ha ido mejor de lo que esperaba. Sé que no es lo que quieres oír ahora mismo, pero tengo muchas cosas que contarte y este no es el medio correcto para este tipo de conversación.

Leí el mensaje varias veces antes de enviárselo a Adler. No le iba a sentar bien,, pero una conversación como aquella no podía darse en un medio como WhatsApp. Necesitaba verle en persona y hablar claro.

A continuación, me deslicé por mi agenda de contactos y marqué el teléfono de Ginger. Marcó el tono varias veces antes de que volviera a saltar el buzón de voz. Detuve el impulso de estrellar el teléfono contra la pared. La había llamado varias veces a lo largo del día, pero no había contestado a ninguna de ellas.

La puerta que había al final del pasillo se abrió, dejando escapar un sonido rancio propio de todo el material que pertenecía a *Los Ángeles Inquirer.* Elliot fue el primero en salir, seguido de Heaven.

La única luz que alumbraba el pasillo tintineaba sobre sus cabezas.

—Ya está hecho, ¿ves? Vamos a encontrar una solución a esto —le dije.

Asintió antes de pasar de largo por mi lado y detenerse en la mesilla de café en la que habíamos dejado nuestras cosas al llegar. Elliot era como un condenado en el corredor

de la muerte. Caminaba arrastrando los pies, señal de que había tocado fondo y asumido que no le quedaba otra a esas alturas que dejarse llevar.

Miré a Heaven, que lo seguía con la mirada. Cuando estuvo lo suficientemente lejos, habló.

—Blake, esto es gordo, muy gordo.

—Lo sé, gracias por recibirnos tan rápido.

Suspiró.

—Haré lo que pueda para que no le salpique, aunque va a ser complicado. No he querido preocuparle antes de tiempo, pero no pinta bien para él tampoco.

—Es plenamente consciente de que esto se lo llevará por delante, por eso no te preocupes. Ha decidido hacerlo igual.

—Moveré todos los hilos que tengo y tiraré de cada contacto que pueda servirnos. Me pondré a ello ahora mismo, en cuanto os vayáis.

—Gracias.

Nos despedimos con un abrazo que me recargó de energía. Era curioso cómo algunas cosas se transmitían por genética, porque tanto ella como Connor tenían la misma habilidad de electrizar aquello que tocaban.

Ya era de noche cuando salimos del periódico. Él no dijo nada, pero tampoco hacía falta. Notaba cómo el mundo se le caía a pedazos a los pies. Cómo la inmensidad de la ciudad se comía a gajos su pequeño mundo.

—¿Necesitas que te lleve a algún lado?

—Mi plan es irme a casa y pillar la cama como si no hubiera un mañana. Como puedes ver, vivo al límite —me jacté—. Así que creo que podré apañárselas yo solita esta vez. ¿Y tú? ¿Qué harás?

—La versión oficial es que he quedado contigo para pasar la noche juntos, o eso creen mis padres, pero en realidad estaré… Bueno, ya sabes dónde estaré.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Te lo agradezco, pero voy a pasar. Mañana te escribo.

Odiaba admitirlo, pero echaba en falta a la versión de Elliot que solía ser. No estaba acostumbrada a esa actitud indolente y esa mirada hastiada con la que parecía vislumbrar todo a su alrededor.

Era como un niño a orillas de la playa que, tras horas de esfuerzo, había terminado de construir un castillo de arena. Protegía su fortaleza con ahínco del porvenir de las olas, que amenazaban con derruirlo en un abrir y cerrar de ojos.

Sentí compasión por él. Me habría tirado sin que me importase rasparme las rodillas al caer sobre la sólida arena de esa playa con tal de ayudarlo. Pero existían ciertas batallas que uno debía luchar solo.

—B, sobre lo que pasó entre nosotros…

—Está todo bien, fueron muchas emociones juntas y no supimos gestionarlas. No tienes que preocuparte por eso ahora.

Me miró con el labio torcido, no del todo convencido.

No fue hasta que me quedé sola que me di permiso para sobrepensar. Para regresar y repasar los últimos acontecimientos y evaluar realmente cómo me sentía cuando no debía preocuparme por la estabilidad emocional de nadie más.

Diría que me sorprendí al encontrarme con él frente a frente, de nuevo y como siempre, en mi mente. Quería pasar página, pero mi cabeza no colaboraba. Por lo contrario, se encargaba de volver a él tan pronto yo flaqueaba y se colaba en los entramados que tejía mi cerebro y conquistaba sus trincheras.

Midnightemptation.

32

Hacía varios minutos que el timbre había sonado y ya no quedaba prácticamente nadie en el aula a excepción de mí, que no me había movido un ápice. Ni siquiera había cerrado el manual de Estadística. Lo había abierto al comenzar la clase por respeto a André y al entusiasmo con el que intentaba traspasar sus conocimientos, pero no le había prestado ni la más mínima atención en toda la hora.

No había conseguido pegar ojo en toda la noche. De hecho, llevaba varias sin poder conciliar el sueño y me perseguía una sensación de profundo letargo allá donde iba. La tenía pegada a mí como si fuera una sombra.

Cuando por fin me decidí a levantarme, André acababa de equiparse el maletín. Me sonrió ampliamente al pasar por su lado, como de costumbre, y me dijo que tenía cara de que se me habían pegado las sábanas esa mañana. A continuación, me preguntó por Elliot. Creía que habíamos pasado la noche juntos y que ese mismo fin de semana haríamos una escapada fuera de la ciudad.

Fingí. A lo largo de esos meses había aprendido a hacerlo tan bien que podía improvisar sobre la marcha sin que nadie se diera cuenta de que tiraba de inventiva. No obstante, ahí estaba: esa sensación de desolación que me acompañaba más seguido de lo que me gustaría admitir y a la que empezaba a acostumbrarme. Sentí que la sonrisa me temblaba, que me costaba mantenerla firme en los labios. Que se quebraba, como yo.

Una parte de mí sabía que existía una verdad única y plausible que no desaparecería por mucho que tratara de camuflarla: en cuestión de días, o quizás de horas, todo el mundo se enteraría de que todo aquello había sido una farsa y que Elliot estaba metido en un buen lío.

Salimos juntos del aula y luego cada uno tomó un rumbo distinto.

Arrugué el ceño ante el barullo que había en el pasadizo y que entorpecía el paso del resto de estudiantes, causando un evidente problema de tráfico. Estaba a punto de enfilarme hacia la salida cuando oí cómo alguien pronunciaba un nombre y, de repente, entendí aquella expectación.

Me hice un hueco y me puse de puntillas. Colgando del tablón de anuncios, un enorme cartel de color borgoña levantaba los murmullos del gentío. Promocionaba «el miércoles borracho», una tradición que los estudiantes senior habían impuesto años atrás y que perduraba hasta el día de hoy. Se trataba de una fiesta temática que se celebraba el primer miércoles de cada mes y reunía a todos los alumnos.

Sentí un mordisco a la altura del corazón cuando un estudiante pasó por mi lado con uno de los panfletos promocionales y pude ver más de cerca el contenido de este. Se lo quité de las manos de un guantazo y él se quejó.

Boom. Boom, boom. Boom. Boom, boom. El corazón me latía tan deprisa que creí que estaba

a punto de sufrir un infarto.

En el centro, unas alas de valkiria se desplegaban majestuosas. Dirigí mi mirada hacia el pie de página, en el cual podía leerse la premisa de la fiesta que acontecería esa misma noche: *Un usuario. Un montón de desconocidos. Una fría noche de otoño. Y un único antifaz para proteger tu identidad. Quizá, si entras, no puedas salir. ¿Correrás el riesgo? ¡Te esperamos esta noche a las 23:00!*

A su lado, lo único capaz de destacar por encima de las alas: el nombre de Midnightemptation como principal anfitrión de la velada.



Como siempre, la fiesta se celebraba en las profundidades del campus, en los descampados más lejanos a las facultades, y al aire libre. Habían dispuesto una carpa oscura con pequeñas y brillantes esferas cristalinas colgando de ella. El soplido del viento las mecía con cautela y hacía que el haz de luz en su interior desdibujara extrañas e insólitas formas sobre los cuerpos de quienes se encontraban bajo su fulgor.

No había paredes, pero sí unos postes que se elevaban hasta el cielo, como si pretendieran robar las estrellas del manto celeste, y se entrelazaban con unas largas guirnaldas de seda carmín. Además, tres o cuatro pares de personas custodiaban las mesas de las bebidas, vestidos con ropa *bondage* y equipados con látigos.

Esposas de todo tipo, fustas, cuerdas y mordazas decoraban algunos de los rincones que más atención acaparaban de los presentes que, siguiendo el hilo de la temática, llevaban provocativos y se cubrían con antifaces de todas las formas y colores imaginables.

Por último, y no por ello menos importante, al fondo había un amplio escenario de densas cortinas negras y madera pulida. Allí, los organizadores mezclaban la música, exaltaban al público y lo incitaban a entrar en los excitantes juegos de Midnightemptation.

Miré el cartel con el que habían empapelado la universidad de arriba abajo. Las alas de valkiria eran un reclamo evidente hacia mi persona, por todos los mensajes que me había enviado a través del foro y que yo ni siquiera había abierto.

Y, sin embargo, ahí estaba ahora. En la maldita fiesta a la que me había negado rotundamente a asistir, con el panfleto en la mano y siendo incapaz de seguir ignorándolo. Porque incluso si había decidido dejarlo atrás y centrarme en sacar a Elliot y a Ginger del berenjenal en el que estaban metidos, había una parte de mí —y era una parte considerable— que seguía esperando una explicación. Una respuesta que justificara todos los interrogantes que él mismo había sembrado en mi cabeza.

Un motivo para creerle.

Para qué negarlo, tenía la esperanza puesta en la posibilidad de que él estuviera presente en la fiesta, y que se personara frente a mí de una vez por todas.

—Salta el contestador —me dijo Willow que, a mi lado, seguía intentando contactar a

Ginger—. ¿Estás segura de que no ha pasado por casa en ningún momento?

—Segurísima. Ginger es un auténtico desastre, allá por donde pasa deja huella. Llevamos varios años compartiendo piso, así que ten por seguro que lo habría notado.

Durante la adolescencia, mi madre solía repetirme —con una reincidencia pasmosa— lo muy desordenada que era. No entendí por qué entraba en cólera ante cualquier nimiedad que me dejaba por el medio hasta que conocí a Ginger. Vivir con ella equivalía a hacerlo con una preadolescente. Tan pronto tiraba la ropa sucia en una esquina como dejaba la cuchilla con la que se rasuraba las ingles en mitad del baño. Podía llegar a ser exasperante.

Willow seguía con el teléfono en la mano.

—A ver, no es la primera vez que pasa un par de días fuera. Quizá está con alguien.

—Siempre avisa. Además, después de haber hecho las paces estoy convencida de que me hubiera escrito para decirme que no estaría por casa.

El rostro aniñado de Willow se ensombreció y la culpabilidad estuvo a punto de alcanzarme. Sabía mucho más de lo que le había contado, que era prácticamente nada, pero no quería alarmarla. O lo que sería peor, inmiscuirla en el lío en el que nosotras ya estábamos metidas.

—¿Hace cuánto que no sabes nada de ella? Quizá deberíamos llamar a la policía.

Me sentó como un puñetazo en el estómago. Paladeé el silencio, tratando de no desmoronarme. Hacía casi cuarenta y ocho horas que Ginger no daba señales de vida, y no me hacía ni pizca de gracia.

—¡No, no, no! —me exalté.

Lo único que nos faltaba era tener a la policía de por medio para que todos los esfuerzos que Heaven estaba haciendo por ayudarnos a Elliot y a mí se fueran al garete. La situación iba a denotar en cualquier momento, pero debía ser una explosión controlada para evitar el mayor daño posible a quienes estábamos implicados.

—¿No?

—Démosle de margen hasta mañana. Si para entonces no sabemos nada de ella, llamaremos a la policía.

Unos brazos robustos, y desprovistos de ningún sentido de delicadeza, me abrazaron por la espalda. Supe de quiénes se trataban en cuanto vi cómo se le subían los colores a Willow, que intentó esconderse tras su corta melena rubia.

—¡Hombre, vosotras por aquí! —Alek me estampó un beso en la mejilla antes de soltarme y proceder a acercarse, como lo haría un animal en celo, a mi amiga.

El enrojecimiento de sus mejillas se hizo notable en contraste con la palidez de su piel cuando él la envolvió en sus brazos y la aprisionó contra su cuerpo de sopetón.

Connor apareció detrás de mí. Deslicé mi mirada por cada centímetro de su prominente altura hasta llegar a sus ojos, que estaban enmarcados por el antifaz y centelleaban.

—Te juro que lo he intentado, pero ya sabes cómo es Alek.

—Tiene el talante de un macho empotrador en época de apareamiento.

—No te voy a negar que a veces parece que tenga la misma complejidad neuronal que una medusa.

En mis labios se formó una sonrisa. La primera después de la mala racha que llevaba en los últimos días.

—¿Y los demás? —lo dije de pasada, como si acabara de caer en la cuenta de que ni Adler ni Demian estaban ahí. Como si no hubiese sido consciente de su ausencia hasta ese mismo momento.

Por supuesto, era mentira. Antes siquiera de que pudiese hacerlo a posta, mis ojos ya habían buscado la oscuridad de los de Adler, que no había abierto siquiera los mensajes que le envié.

—Han ido a por bebidas. —Echó la vista atrás con un gesto—. No creo que tarden.

La música sonaba de forma atronadora desde cualquier parte del evento, pero empeoró a medida que nos acercamos al centro neurálgico de la fiesta. Nos atrincheramos en el primer hueco que quedó vacío y, tras dibujar un perímetro de seguridad entre nosotros y el resto de estudiantes, nos dejamos fluir con el entorno.

—¿Crees que hay posibilidades? —Connor se acercó a mi oído.

—¿De qué? —Elevé la voz para que pudiera escucharme entre el bochorno.

—De que tu amiga caiga otra vez con Alek o Demian.

Observé alrededor. La multitud bailaba sin importar qué canción pusiera el DJ. Incluso Willow, cuyo sonrojo no había menguado lo suficiente, se movía al compás guiada por las manos de Alek.

Ladeé la cabeza, dubitativa.

—Quizás. Últimamente no deja de sorprenderme. —Me encogí de hombros. A continuación, un pensamiento me asaltó la mente—. A todo esto, ¿te ha comentado Heaven algo más sobre…?

—¿Sobre el caso? No, y prefiero que siga así. No hay manera de que diga o haga cualquier otra cosa que no esté relacionada con eso. —Su expresión se endureció—. Y sigue sin pegar ojo.

Sentí alivio al cerciorarme de que Connor no tenía ni la más remota idea, todavía, de la realidad. Necesitaba justo eso; la sensación de tener todo bajo control, aunque fuese una mera ilusión. Aunque en realidad estuviera sujetando cada cabo suelto por el extremo para evitar que se me escaparan de las manos de una vez por todas.

Traté de quitarle importancia.

—Ya sabes cómo es, se le pasará.

—No sé por qué, pero me esperaba encontrarme con una escena como esta. —La voz de Demian se escuchó a mi espalda—. Por favor, Alek, haznos un favor a todos y córtate los genitales —prosiguió cuando me hice a un lado para que tuviera un lugar donde meterse.

El moreno en cuestión saltó a reprocharle sin perder tiempo, como era costumbre, y

lo hizo sin despegarse medio milímetro del cuerpo tembloroso de Willow.

—Venga, Adler, arreando las bebidas, que estoy más seco que la mojama —masculló Connor.

El integrante de los Hayes, que iba tras Demian, pasó por mi lado haciendo equilibrios con las bebidas.

Solo duró una fracción de segundo, pero sus ojos se detuvieron en los míos. Una cantidad de tiempo irrisoria en la que fue capaz de sacarme el hipo. No hubo más que eso, ni siquiera un *hola* juguetón de esos que se decían bajito por compromiso, para no hacer más incómoda la situación.

A partir de entonces, Adler me evitó como si tuviera una enfermedad contagiosa. La tensión que había entre nosotros podía cortarse con un hilo de pescar. Era tan evidente que no quería tenerme cerca que me limité a aceptar sus miradas de reproche, las respuestas hoscas a mis intentos de calmar la situación y cada movimiento de evasión con la que evitó que acortara nuestra distancia.

Llegada la primera hora de la madrugada, Alek, Willow y Demian protagonizaron, de nuevo, la versión pornográfica sin censura de la cohesión de una Oreo. A unos pocos pasos de distancia, Adler, Connor y yo admirábamos la escena pletóricos.

—¿Os he dicho alguna vez lo encantadísima que estoy con que *vuestros amigos* traten de corromper la inocencia de mi amiga?

—Sí, lo has mencionado de pasada un par de veces. —Connor removió el poco líquido que quedaba en su copa antes de bebérselo de un trago—. La única manera de vencer a una tentación es sucumbir a ella.

—Eso es de *El retrato de Dorian Gray* —respondió Adler.

—Es probable —contestó con una corta carcajada—. Voy a por otra copa. Ahora vuelvo.

El silencio se interpuso de nuevo entre nosotros en cuanto desapareció y, de repente, fue como si tuviéramos un cadáver en pleno estado de descomposición. La situación apestaba.

—Parece que nos hemos quedado solos.

—Eso es una evidencia —pronunció con sequedad.

—También lo es el hecho de que intentas evitarme a toda costa.

Sus ojos, que hasta entonces navegaban como un navío a la deriva entre los desechos humanos que abundaban en el resto de la pista, se posaron en mí con un deje de altivez que me repateó el bazo. Esa manía que compartían todos los Hayes de hacer notar su desdén me hacía hervir la sangre.

—Si quieres una mejor respuesta, quizá debas intentar formular una frase algo más elaborada.

—Te escribí el otro día, varias veces, y ni siquiera me has contestado, ¿y ahora me vienes con estas?

—Fuiste tú quien vino a mí y luego me hizo a un lado. No sé nada de lo que pasó en

The Hole desde que te perdí de vista y tampoco quieres contármelo. Y te recuerdo que, además de ti, el otro componente de esta ecuación es mi hermano.

—Te lo contaré cuando pueda, te lo prometo.

—¿Cuando puedas? —Forzó una risotada—. ¿En qué momento esto ha pasado a formar parte únicamente de ti y no de los dos?

—Sé que tienes razón, ¿vale? No tenía ninguna intención de que esto saliera así, ¡pero no puedo hacerle nada! —Aguanté el hipido que me ascendía por la garganta—. Aunque quisiera contártelo, sigue sin ser el momento, créeme.

—¿Y cuándo va a ser ese momento? Porque no entiendo nada —Me tomó del antebrazo y se acercó a mí, sin dejar de mirarme, y sentí que el tiempo se detenía. Lo único que notaba era su proximidad quemando, abrasando la poca distancia que nos separaba—. No entiendo lo que está pasando con Elliot, pero es que ahora estoy dejando de entenderte a ti también. ¿Qué pasó ahí dentro en el tiempo que estuvimos separados?

Deseé poder contestarle. Decirle que yo tampoco entendía qué estaba pasando. Que no recordaba el momento en el que todo empezó a irse a pique ni la última vez que me sentí en paz conmigo misma. Que había perdido la cuenta de las veces que había intentado cambiar el catastrófico rumbo que estaba tomando mi vida y, en cada una de ellas, había fracasado. Y que ahora me dirigía hacia la deriva a toda velocidad y sin frenos.

Observé con consternación cómo su mano descendía por mi antebrazo hasta soltarme y cómo yo me erizaba ante la pérdida de contacto. Me sentí responsable de cada uno de mis actos, de la manera en la que mi piel y mi mente reaccionaba a Adler desde el momento en que lo conocí.

—Blake, ¿qué pasó entre mi hermano y tú la otra noche? —insistió ante mi silencio.

—No puedo decírtelo —farfullé entre dientes.

—Sí puedes, lo que pasa es que no quieres. Y estoy harto de esta situación, porque ya no sé cómo sobrellevarla. Me pesas en la conciencia de un modo absurdo e irracional que ni yo mismo soy capaz de comprender. Así que dime qué quieres que haga, Blake, y deja de volverme loco.

Fue una bofetada de realidad. Una que me trastocó e hizo que perdiera definitivamente el norte. Hiperventilé y el aire dejó de llegarme a los pulmones. En algún momento, las lágrimas empezaron a correrme por las mejillas.

No tuve tiempo para pensar. Lo único que sabía era que iba a derrumbarme y no quería hacerlo frente a Adler, así que hice lo primero que se me ocurrió: huir.

Empujé a la multitud que me rodeaba con toda la fuerza que me quedaba y me escabullí por el primer hueco que encontré, sin darle la menor importancia a las miradas de aquellos con quienes me cruzaba. Me detuve una vez dejé atrás a la muchedumbre. Las bajas temperaturas me estrecharon en un gélido abrazo que hizo que me temblaran las extremidades. Ojalá hubiese podido decir que el temblor lo

causaba solo el frío.

Una densa sensación de ahogo nació en mi pecho y rebotó en cada una de mis células, dejándome sin respiración. Agradecí haberme alejado lo suficiente como para que nadie pudiera percatarse de la forma en que lloraba, porque lo hacía como si me hubieran desgarrado el alma. Como si me hubiesen arrancado algo muy mío, y me sentía vacía.

Me amparé en la oscuridad al oír cómo unos pasos se detenían cerca de mí.

—Blake…

Un paso más. Y otro, hasta quedar pegado a mi espalda. La calidez de su cuerpo corrompía todos y cada uno de los pensamientos que me surcaban.

—No te acerques —advertí enjugándome las mejillas.

No se movió un milímetro de donde estaba. No supe cómo sentirme porque su proximidad me complicaba las cosas, pero en el fondo no quería que se alejara.

—No debería haberme puesto como lo he hecho. —Su mano se posó sobre mi hombro—. Lo lamento. De verdad.

Me giré en el acto, apartando su mano. Debía tener un aspecto espantoso, pero me daba igual. Bastante hacía al tratar de contener las lágrimas.

—¿Qué es exactamente lo que lamentas, Adler? Porque en realidad no entiendo qué he hecho tan mal, además de haberme metido de mierda hasta el cuello para ayudar a Elliot después de que se comportara como un cabrón conmigo. Dime, ¿has encontrado muchos más voluntarios para hacerlo? —sugerí. Él se mantuvo impasible—. Lo dudo mucho.

—Lamento no haber podido contenerme, Blake. Por muy enfadado que pudiera estar, nada justifica la forma en la que quería herirte.

Un puchero hizo que me temblase el labio inferior y noté las lágrimas precipitándose de nuevo.

—¿Y por qué? ¿Qué te he hecho? ¿Por qué estás tan enfadado conmigo?

Dibujó un rictus amargo.

Me abrumaron todas las emociones que expedían sus ojos y que él decía no ser capaz de gestionar. Y lo temí, temí al desastre que vaticinaba su silencio. Temí más a mis ansias por ver cómo se demolía su paciencia.

Quería ser testigo de cómo se derruía ante mí, y lo quería ver de tan cerca como me fuera humanamente posible. Sin siquiera pestañear.

—Lo último que quiero es verte llorar —musitó al tiempo que secaba los rastros de humedad en mi rostro.

No pude despegar la mirada de sus ojos mientras lo hacía. Tampoco cuando, tras retirar cada una de mis lágrimas, su mano se quedó allí, acariciándome.

—Espero que no creas que estoy así únicamente por ti. Quizá esto te sorprenda, pero los Hayes no sois el centro del universo. —Forcé una sonrisa.

—Es curioso cómo nosotros no lo somos para ti, pero está claro que tú sí lo eres para

alguno de nosotros.

—Creo que Elliot podrá sobrevivir perfectamente sin mí.

—No me refería a Elliot. —Las yemas de sus dedos siguieron la dirección de su mirada y me delinearon los labios. Jadeé ante el roce y él volvió a fijar aquel par de pozos sin final en mis pupilas—. Lo siento, de veras que lo siento.

—¿El qué?

—Blake, cierra los ojos —me pidió. Su voz parecía salida de ultratumba.

—¿Para qué? —repliqué.

—Confía en mí.

Accedí a regañadientes y, rodeada por la más completa negritud, entendí que había algo en Adler —algo hipnótico e infrecuente— en esa fuerza antinatural con la que expresaba cada palabra, en la intensidad con la que miraba incluso con los ojos cerrados.

Las hebras de su cabello me hicieron cosquillas cuando delimitó la poca distancia que quedaba entre nosotros y sus labios se posaron en el lóbulo de mi oreja.

El sonido de la música llegó hasta donde estábamos como un rumor aledaño y devoró a bocados nuestro silencio, pero para mí no existía nada más que mis latidos acelerándose con cada movimiento suyo.

Y, de repente, lo escuché.

Visceral e irredento, desde lo más profundo de sus entrañas.

—Apareces de la nada y, aunque caminas, parece que flotes a centímetros del asfalto. Te escabulles entre el gentío con delicadeza, como lo hace la brisa al enredarse en tus piernas, y me pregunto por qué nadie más te mira…

33

La voz de Adler interpretó cada palabra del relato con una locución perfecta que me dejó estupefacta al principio y a punto de caerme redonda hacia el final. Lo hizo con familiaridad, abrazando cada párrafo con un sentimiento de pertenencia arraigado que sólo podía darse en su creador: Midnightemptation.

Y, por qué negarlo, dolió.

Dolió que fuese mejor de lo que jamás podría haber concebido en mi imaginación. Que fuera capaz de representar los versos con esa soltura, como si no necesitase meditarlo ni media fracción de segundo porque se lo sabía de memoria, y llenarlos de aquellas emociones tan conocidas para él y lacerantes para mí.

Había mucho ruido a nuestro alrededor, pero yo no era capaz de escuchar nada que no fuera su voz. La seguí con esmero, como lo haría un devoto al recitar el Padre Nuestro, ya que al igual que él, yo también me sabía de principio a fin aquel escrito.

Las rodillas me flojearon y él pareció notarlo, porque a pesar de que también le temblaba el pulso, me sujetó con fuerza. Cuando se aseguró de que podía mantenerme en pie, continuó:

—Tu recuerdo permanece inmutable en mi memoria y, pese a que cierro los ojos con mayor frecuencia de la que desearía para volver a verte frente a mí, no lo necesito para tenerte en mente. Te paseas por ella a tus anchas como un ángel lo haría por el averno, ajena a los pensamientos que transito cuando te pienso. Y es paradójico, porque he visto las puertas del averno ardiendo en tu interior, pero son unas alas de valquiria las que se funden en tu piel de mármol.

—Adler…

—De modo que abro los ojos y, contrariado porque sé que buscaré en mil y un infiernos y en ninguno de ellos voy a encontrarte, asumo que simplemente eres… —Contuvo el aire momentáneamente—. Serendipia.

Las sensaciones me arrollaron sin contemplaciones y necesité oxígeno. Requerí de mucha más distancia entre nosotros de la que podía —y quería— interponer. Traté de apartarme en un impulso desesperado por retomar el control, pero no me dejó alejarme. Una de sus manos me rodeaba la cintura y la otra se había enlazado con la mía en contra de mi voluntad.

—Suéltame —berreé. Mi vista estaba impedida por las lágrimas.

—Lo he intentado por todos los medios, pero no soy capaz de dejarte ir —habló con dificultad, como si pronunciarse le abriera profundas heridas en la piel—. Alejarme de ti es superior a mis fuerzas..

Me estrechó entre sus brazos sin darme opción a algo más que no fuera sentirle a él. No luché, ya no me quedaban fuerzas para hacerlo. Por lo contrario, permití que me

acunase como si fuera el ser más frágil en la faz de la Tierra y lloré contra su pecho, mojándole la camisa.

Había tantas cosas que quería decir, pero el nudo que tenía en la garganta apenas me permitía articular algo más que no fuera un sollozo.

Me sentía traicionada a niveles que desconocía que pudieran sentirse. Y estúpida, muy estúpida. Tenía tantas ganas de gritarle, de preguntarle por qué, por qué se había mantenido impasible mientras yo me desmoronaba poco a poco por él, de exigir las explicaciones que no me había dado y un buen motivo que valiera todo mi sufrimiento.

Entre el barullo mental que me sacudía al tenerle ahí conmigo, y no demasiado lejos de mis ganas de llorar ni demasiado cerca de las de golpearle, existía una necesidad férrea de no moverme de su lado.

Sus brazos se aflojaron a mi alrededor y dio un paso atrás para poder mirarme. El dolor lacerante que desprendía me traspasó de tal modo que sentí cómo el temblor volvía a mis piernas cuando nuestros ojos coincidieron de nuevo. Quise mantenerme dura, pero como bien dijo él en su momento, yo no controlaba mis emociones. Me controlaban ellas a mí.

—Me gustaría poder explicarme con la calidad de detalle que mereces, pero siento que nada de lo que pueda decirte será suficiente para mitigar el daño que te he hecho.

Lo miré a través de las lágrimas. Su silueta emergía de entre las sombras como si realmente le pertenecieran, como si cada una de ellas tuviera un principio y un final en él, y la luna destacaba la claridad de su piel. De no ser por aquellos ojos endemoniados, en los cuales habitaba una oscuridad beligerante imposible de erradicar, podría haberle confundido con una deidad.

Me tomó por el codo con delicadeza y nos apartó de la muchedumbre.

—Grítame, insúltame si quieres, pero por favor —me pidió, acercándose—, haz algo. No puedo soportar verte así.

—Me parece muy egoísta por tu parte que, incluso ahora, sigas exigiendo que sea yo quien mueva ficha. Porque tú no la has movido hasta que te has dado cuenta de que yo ya no estaba para ti.

Di un paso atrás con un gesto hosco tirando de mis facciones y vi cómo algo se descomponía en su interior cuando le dediqué una mirada gélida que no reflejaba el temblor que sacudía el resto de mi cuerpo. Entonces, me sequé la lágrima que me caía con el dorso de la mano y me crucé de brazos delante de él.

Vi cómo recuperaba el temple antes de lanzarse a contestarme. Odié que pudiera hacerlo, recuperar la calma en medio de nuestra tempestad cuando yo no podía cuando se trataba de él. A mí me arrasaba.

—Entiendo tu frustración y es totalmente justificada, así que sea cual sea la decisión que tomes, incluso si eso significa que debo alejarme de ti aunque no sea lo que deseo, lo respetaré.

Justo ahí fue cuando exploté. Con las lágrimas corriéndome por las mejillas y el dolor

enfilándoseme por la garganta.

—¡Deja de escudarte en tu galantería y admite que eres un puto cobarde! Que me pasas la responsabilidad de decidir qué hacer con *esto* porque tú no eres capaz de hacerlo por tu propia mano. —Le golpeé el pecho con el dedo, señalándole—. Sé sincero con los dos y reconoce que no estás aquí porque te pesaba la máscara de Midnightemptation, sino porque no soportabas verme con Elliot.

Se dio media vuelta y echó a caminar a la deriva, nervioso, mientras se peinaba el cabello con los dedos. Al final, volvió a detenerse justo delante de mí.

—Quería creerte, ¿de acuerdo? Realmente deseaba creer a ciegas en ti y hacerlo con la misma espontaneidad con la que tú te exponías ante mí, pero no era capaz. Me he pasado noches autoconvenciéndome de que todo eran elucubraciones mías y que no había nada entre vosotros, pero… Joder, Blake, no soy de piedra. —Las últimas palabras le salieron de forma abrupta.

»¿Cómo crees que me sentía al verte día tras día junto a Elliot? Te lo digo yo: era una auténtica tortura verte con él cuando yo no podía tenerte como deseaba. Y sí, admito que he sido un cobarde en muchas ocasiones, y que me he acercado a ti porque los celos me han dominado llegados al final —masculló—, pero por encima de todo hay una única verdad. Y es que esta noche estoy aquí porque me pesa más lo que siento por ti que todos mis secretos juntos. Me pesas más tú que yo mismo.

Tenerlo tan cerca causó en mí un efecto dominó y cada sensación, pensamiento y emoción cayó rendida ante él. Sus manos estaban a escasos milímetros de distancia de mi piel, pero se mantuvieron prudentes. Me admiraba como si fuera un fruto prohibido. Me veneraba, sí, pero deseaba con más fuerza corromperme.

Me esforcé por no mostrar más debilidad y aguantarle la mirada. Ahí, cuando su proximidad era tal que su aliento me acariciaba al respirar, pude ver bien su pesadumbre. Aquella que emanaba por los poros y se fundía en sus ojos como petróleo, y que yo conocía a la perfección.

Recordaba uno de nuestros últimos encuentros en el que me dijo que, llegado el momento, no descubriría su identidad, sino que sólo le reconocería. Dándome a entender que él estaba ahí, colindante a mí. Al acecho.

Su oscuridad estaba compuesta por muchos matices de grises —más de los que podía imaginar, seguramente—, y eso me llevó a preguntarme hasta qué punto le conocía. ¿De verdad yo le pesaba más que sus secretos?

—Tú lo has dicho, *secretos*. En plural. ¿Qué más hay que no sé, Adler? ¿De verdad he sido siempre la única?

Se me estaba revolviendo el estómago y, si seguía así, no dudaba en que terminaría precipitándoseme hasta la bilis. No sabía por dónde empezar a decírselo, cómo hacerle entender el daño que me hacía saber que me había entregado en cuerpo y alma porque confiaba en él y, en cambio, él me había restringido prácticamente el cien por cien de su verdad.

Lo entendí; cualquier explicación que pudiera darme era insuficiente. Porque esto ya no se trataba únicamente de él y yo, sino que era mucho más grande de lo que jamás podría haber imaginado.

Y pensar que él siempre había estado ahí, en las sombras, me hacía sentir como una pieza más del juego de Midnightemptation.

—Secretos. Los tuyos, los de tu hermano… ¿qué más da el resto del mundo? No somos nada más que peones en el tablero de juego de los Hayes. Comprenderás que no soy estúpida y que he atado cabos. Las chicas que entran en las fiestas de Elliot lo hacen a través de una invitación, la de Midnightemptation. Aunque imagino que eso ya lo sabías, ¿verdad?

Los músculos de la mandíbula se le tensaron.

—¿Podemos hablar de esto en otro lugar, por favor?

Después de avisar a Willow de que iba a marcharme, nos dirigimos a la residencia de estudiantes. A medida que subíamos las escaleras hacia el apartamento me vinieron a la mente todas las veces que fantaseé con la idea de que él estuviera justo ahí y no a través de una pantalla.

—¿Vas a pasar o no? —le presioné al verle dubitativo en el marco de la puerta.

Mi corazón volvió a encogerse al verle ahí, a punto de adentrarse en mi hogar con la misma facilidad con la que se hizo un hueco en mi piel. Tenía la cabeza hecha un lío y un montón de emociones contradictorias zarandeándome.

Cerró la puerta detrás de sí y sus ojos me encontraron. Me tensé al instante. Ambos habíamos abandonado el antifaz en la fiesta y en pleno esplendor resultaba inquietantemente magnético.

—¿Sabes? Es increíble lo diferentes que sois Elliot y tú y, sin embargo, lo parecido que actuáis a veces —rompí el hielo—. Hace apenas unos días estuvo aquí también, en la misma situación que tú.

Me recliné sobre la mesa del comedor, con sus ojos pegados en mí. Sondeaba cada uno de mis movimientos como lo haría una pantera oculta en la hierba alta, con un cuidado meticuloso que le predispondría a asaltarme poco después.

—Escribo desde que tengo uso de memoria y siempre lo he hecho para mí mismo. Cuando publiqué en el foro de estudiantes por primera vez, nunca tuve la intención de que nadie más perdiera su tiempo leyéndome. —Tenía una expresión apagada—. En realidad, lo hice para desahogarme.

»Los problemas que tenía en ese entonces se habían sobredimensionado y no sabía cómo gestionarlos. Seguro que ya lo has notado, pero ser un Hayes no siempre es plato de buen gusto. —Soltó una risa floja—. Tanto si eres una oveja negra como Elliot como si, por lo contrario, eres una descarriada como yo que sólo sigue los pasos que le marcan porque siente que *debe* lidiar con ello.

Era curioso que los tres hermanos fueran tan distintos entre sí y, aun así, todos llevaban a cuestas la misma condena: portar el apellido que se les había otorgado con

una disciplina intachable.

No lo verbalicé.

—Siempre he sentido que tengo dos caras. La que le muestro a la gente que me identifica como un Hayes y la que solo ven unos pocos, como los chicos —admitió.

En cierto modo, tenía razón. La idea que me había hecho de Adler antes de conocerle junto a Connor y a los demás poco tenía que ver con la que había resultado ser en realidad. Se contradecían una con la otra.

De hecho, dudaba que nadie en la universidad pudiera siquiera plantearse que la identidad del enigmático escritor del foro le pertenecía a un Hayes.

—Creé el usuario de Midnightemptation sin esperar el éxito que tendría, así que en mi mente no cabía la posibilidad de que nada de esto pasara.

—Pues para no esperarlo has clavado el papel.

Levantó la vista un momento para mirarme.

—No he tenido que interpretar nada. porque Midnightemptation encarna en pura esencia lo que soy. Tanto tú como yo lo sabemos a la perfección. No he sentido nada más real que lo que soy contigo cuando estamos a solas.

—Está bien, sigue —lo dije deprisa, queriendo sacarme de encima la presión que notaba en el vientre lo antes posible.

Cogió una bocanada de aire y se masajeó el puente de la nariz antes de volver a dirigirse a mí.

—Antes de contártelo, quiero que tengas claro que una vez lo sepas todo, habrá cambios, Blake. No voy a esconderte nada y, por tanto, saldrás escaldada de esta situación —expuso—. Necesito que entiendas el peligro que supone esta decisión para ti, aunque no lo merezcas.

—Soy plenamente consciente de las consecuencias que tendré que afrontar por mis actos, Adler. Y ni Elliot ni tú vais a conseguir que cambie de parecer —respondí—. Al fin y al cabo, estoy aquí por vuestras mentiras. No necesito la compasión de ninguno de los dos.

La expresión de su rostro era tan seria y ruda que parecía que la hubieran gravado en mármol. Lo vi debatirse consigo mismo.

—No me preguntes cómo pasó, pero empecé a ganar popularidad con cada relato y, aunque al principio me abrumó tanta atención, terminó gustándome. Jamás me había planteado dejar conocer esta parte de mí, así que el anonimato me dio la seguridad que me faltaba. —Se irguió de hombros y se puso a mi lado, recostándose también en la mesa—. Ya sabes, Midnightemptation es la encarnación personificada del morbo: a todos les encanta porque no saben quién se esconde detrás, no hay a quién señalar con el dedo. Si supieran mi verdadera identidad, créeme que las opiniones que obtendría serían muy distintas.

Entendí a qué se refería. Pese a que la mayoría manifestaba abiertamente su gusto por los escritos de Midnightemptation, la realidad era que también tenía varios

detractores. No era lo mismo aceptar tener la curiosidad por un usuario anónimo que sembraba interrogantes allá por donde pasaba y que era la comidilla de la universidad, que admitir abiertamente que una persona en concreto te movía el suelo bajo los pies con sus relatos eróticos.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el techo. La escasa luz de la estancia dibujaba su perfil de un modo que, a mis ojos, sólo podía adjetivarse como sugerente.

Contuve un suspiro e intenté desviar mi atención.

—Todo se complicó cuando Elliot descubrió que yo era quien manejaba la cuenta de Midnightemptation. Un día se me ocurrió salir de casa sin apagar el ordenador —me explicó—. Digamos que vio más de lo que yo esperaba y confirmó sus sospechas.

—Vamos, que encontró tu set de perversión en primer plano.

La culpabilidad se deslizó por sus labios y los curvó con una media sonrisa que, en conjunto con esa paulatina tranquilidad con la que se expresaba, consiguió despertar algunas mariposas en mi estómago.

No deseaba compadecerme de él y la situación a la que se había visto expuesto, pero una parte de mí tenía una clara tendencia a reblandecerse con cualquier cosa que lo relacionase.

—André y yo le seguíamos la pista desde hacía algún tiempo porque intuíamos que se traía algo entre manos. Que fuera Midnightemptation le dio el pretexto perfecto para que dejara de husmear. Ya sabes que mi hermano puede ser extremadamente… convincente. Sobre todo cuando tiene algo en contra de ti.

—Espera, esta sí que me la sé: te propuso uno de sus *tratos*.

—Tú también los conoces.

Los recuerdos amargos de la noche en que Elliot se me acercó en la fraternidad se vertieron sobre mi mente. La Blake de ese entonces no tenía ni la más remota idea de dónde se metía y, de haberlo sabido, la habría prevenido. No obstante, de nada servía lamentarse, porque había sido cada una de mis decisiones la que me había llevado hasta ese mismo momento.

—A ver, soy lo suficiente gilipollas como para haberme encariñado de tu hermano incluso cuando me chantajeaba, pero no tanto como para acercarme a él por ningún otro motivo. —Adler asintió ante mis palabras.

—Aún no me has contado qué tiene contra ti.

—Ni lo vas a saber. —Esbocé una sonrisa amplia y me colgué una medallita al ver cómo me escudriñaba, intentando acceder a esa parte de mí de la que yo le privaba. Justo como él había hecho conmigo durante ese tiempo.

—Evidentemente, cedí a su propuesta. Desvelar mi identidad frente a la universidad era una cosa, pero una bomba de esas dimensiones en mi familia sería todo un escándalo. Íbamos a destruir de una vez por todas la imagen de familia perfecta que nuestros padres se esforzaban por mantener. Y yo iba a ser el detonante.

La frustración que sentí al escucharle me obligó a morderme la cara interna de las mejillas con tal de no mostrar lo mucho que me había afectado aquel último comentario. Cuántas veces había salido a relucir el tema de Elliot en nuestras conversaciones, cuántas veces había entregado partes de mí para demostrarle hasta dónde llegaba mi confianza en él, y qué poco me había dado a cambio.

—¿Qué es lo que te pidió a cambio de su silencio?

Toda emoción positiva quedó borrada de sus fauces. Sus dedos repiquetearon, inquietos, sobre la mesa mientras se decidía a responder.

Había dado justo en el clavo.

—Recibo cientos de mensajes en el foro a diario, y una gran parte de ellos son de chicas que se interesan por mí. Lo comprobó en mi ausencia. Me pidió nombres —confesó—. Me dijo que yo era la persona idónea para proporcionárselos, porque aquellos que accedían a mí a través del foro tenían un interés genuino por conocerme. Era el señuelo perfecto.

Se me retorcieron las entrañas al escucharle y me hubiera gustado decir que los celos no fueron uno de los principales motivos. Y, aunque podía mentirle a él, no podía engañarme a mí misma.

—Así que accediste porque era la opción fácil.

No había forma de esconder lo decepcionada que me sentía.

—Lo hice porque era la única opción que tenía.

Me acordé de todas las chicas que, como Ginger, habían caído en el entramado de los Hayes sin siquiera saberlo y habían acabado metidas en The Hole.

—No, Adler, era la que más te convenía. A ti y a tu hermano.

—Blake…

—¡No te atrevas a decirme que me equivoco, porque en ese caso puedes dar esta conversación por terminada! —Perdí los estribos—. ¿Tú sabías para qué usaba esos nombres? ¿Te lo dijo? ¿Te dijo qué pasaba con las chicas con las que hablabas una vez le pasabas su contacto?

—De haberlo sabido jamás habría accedido, lo sabes.

—Lo que sé es que gozas de un intelecto que seguro que te ha permitido hilar cabos, al igual que a mí, y darte cuenta de que todas esas chicas acabaron metidas en…

Me levanté por un impulso y empecé a dar vueltas por el salón, sin saber qué estaba haciendo.

—Acabaron metidas en The Hole, lo sé. No creas que no me hago responsable de esto, asumo toda mi culpa. Por eso ayudé a Elliot y Cole a saldar las deudas. Quería intentar rescatar la situación a la desesperada, pero mi hermano nunca se sinceró conmigo. —Expulsó todo el aire retenido en sus pulmones—. Sé que esto no cambiará la forma en la que me ves ahora, pero quiero que sepas que sólo hubo un nombre que jamás pasó por las manos de Elliot, y fue el tuyo.

»Dejé de escribir por pasión en cuanto acepté el chantaje de Elliot. A partir de

entonces pasó a ser una obligación, porque necesitaba generar tráfico en el perfil para que la gente me hablara y así poder pasarle los malditos nombres. Y entonces…

—¿Entonces…?

—El día en que publiqué *Serendipia* no tenía intención de subir ningún relato al foro. Llevaba toda la semana tratando de escribir al menos un par de líneas que valieran la pena, pero las condiciones ya no eran las mismas con las que lo hacía al principio. Carecía de inspiración y un buen motivo por el que seguir, y quería cortar la situación con Elliot —se explicó. Miró al frente sin detenerse en nada en particular, perdido en sus propios recuerdos—. No iba a ir a la fiesta esa noche, pero Connor me convenció y yo bebí hasta casi perder el conocimiento.

»Y entonces te vi en medio de la pista, justo cuando el resto de la gente empezaba a quedarse fuera de juego por los efectos del alcohol. —Una nota de profundo desasosiego timbraba al expresarse—. Canturreabas en voz baja una canción que ni siquiera sonaba y bailabas para ti misma, sin importarte el resto del mundo. Sonreías y te movías dejando claro que ese instante era solo tuyo. —Dibujo una sonrisa justo antes de negar con la cabeza y chuparse los labios—. Me pareciste un espejismo, un puto oasis en medio del desierto. Incluso llegué a sentirme mal por mirarte de aquella forma, como si invadiese tu intimidad, pero, joder, era incapaz de apartar los ojos de ti. Por un momento pensé que no existías. Te juro que una parte de mi cabeza se autoconvenció de que estabas ahí únicamente para torturarme.

La respiración se me cortó al mirarle. Al notar la intensidad con la que sus ojos me encontraban allá donde estuviera.

Mi memoria rebobinó meses atrás hasta dar con el recuerdo de aquella noche y esa particular sensación de libertad de la que Adler hablaba. Después de un verano que había dado mucho de sí, la vuelta a la universidad no se me hizo tan terrible como de costumbre. El sabor salado de las olas me acompañaba incluso semanas después de haber dejado atrás la playa y la noche en la que se publicó Serendipia fue como una prolongación extraordinaria de esos días.

Me flaquearon las fuerzas a medida que me exponía ante los recuerdos y, para cuando Adler volvió a detenerse frente a mí, me quedaban las justas para seguir manteniéndome lejos de él.

—Lamento no ser lo que esperabas.

Sus pulgares recogieron con mimo el rastro húmedo de mis ojos.

—Nunca he esperado nada, y me duele que pienses que esto ha tratado en algún momento de dar respuesta únicamente a tu identidad, porque no ha sido así. Al menos no para mí. Claro que quería saber quién eras, pero porque me gustabas tanto que necesitaba sentirte más cerca, no porque eso fuera el detonante de algún cambio en cómo nos relacionábamos — reconocí—. Lo creas o no, me habrías gustado fueras quien fueras. Pero…

—Pero… —me instó a continuar.

Bajó el pulgar hasta mi labio inferior. Estaba cerca. Demasiado para la poca resistencia que me quedaba. Sentir su tibio aliento contra mi piel estuvo a poco de arrancarme un suspiro y la forma en la que me reseguía la boca hizo volar mi imaginación.

—Que seas tú es un alivio, porque de haber sido cualquier otro no sé cómo lo habría hecho para alejarme de ti. Es probable que no hubiera sido capaz. Últimamente me traías bastantes dolores de cabeza, empezaba a sentirme culpable por cómo reaccionaba cuando estabas cerca.

Dio un paso en mi dirección, comiéndose de un bocado la distancia que nos separaba. Cada músculo de su cuerpo estaba en tensión y se clavaba sin recato contra el mío, que era en exceso susceptible a él.

Me mordí los labios para reprimir un suspiro cuando enterró las manos en mi cabello.

—¿Quieres alejarte de mí?

El pecho me bajaba y subía con pesadez. Bajó la vista de mis ojos a mi boca, como si aquel pequeño recorrido fuera una ruta de peregrinación que le tentaba explorar. Tragué con fuerza al ver cómo humedecía los suyos sin dejar de mirarme.

Entonces, dije en voz baja:

—No, te quiero tan cerca que cada milímetro que te separa de mí es una tortura. Quiero que te metas dentro de mí y te pierdas tanto como yo me he perdido contigo, y que tu presencia me asfixie y corrompa todos y cada uno de mis sentidos.

Cogió aire con dificultad y cerró los ojos un instante, aferrándose a mi cabello.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—No he estado más segura de nada en mi vida —pronuncié contra sus labios, reteniéndome a hincarles el diente—. Adler…

Su nombre escapó de mis labios como el hálito, dulce y húmedo.

Se dejó caer contra mí y unió nuestras frentes en un único movimiento. Aquellos ojos endemoniadamente negros, entre los cuales no conseguía distinguir siquiera la pupila, se clavaron en mí al mismo tiempo que lo hizo el resto de su cuerpo.

Me besó como si fuera lo último que fuese a hacer en su vida. Lo hizo de una forma tan apasionada que sentí cómo empapaba las bragas al instante. Sus labios degustaron mi boca con ferocidad, como si llevara décadas sin alimentarse, y sus dientes me mordieron como si realmente le tentara devorarme a carne viva.

Sin dejar de besarme, me aupó para sentarme sobre la mesa del comedor y se hizo un hueco entre mis piernas. Me deshice en un escalofrío y, una vez me recompuse, bajé la mano por su pectoral hasta llegar al cierre de sus pantalones. Tanteé la cremallera antes de bajarla y abarcarlo con la mano.

Soltó un gruñido animal que consiguió —sin ningún esfuerzo, además—, que se me atenazasen los músculos y se me contrajera el bajo vientre. Como respuesta, yo acaricié con ahínco su erección. Era sólida e imponente, y latía contra mis dedos pese a que aún

nos separaba una última capa de ropa.

—Blake, no te haces una mínima idea de lo que provocas en mí. Te deseo de un modo que me consume el alma.

Su voz era un sonido gutural que se arrastraba al pronunciarse. Su mano se detuvo en mi pecho izquierdo y lo estrujo con ansia, abarcándolo por completo y estimulándolo por encima del vestido. Jugó con mi pequeño pezón, trazó círculos sobre él y lo pellizcó, provocando que se me escapara un jadeo.

Las placenteras sensaciones me nublaron el juicio y busqué, con una desesperación humillante, su miembro con las manos. Estaba durísimo y crecía contra la palma de mi mano, humedeciéndola.

—Estás empapada —gruñó con deleite contra mi oreja cuando, al meter la mano bajo mi falda y encontrar mis bragas, las noto completamente húmedas.

Sus dedos trazaron círculos perfectos alrededor de mi clítoris y ejercieron una presión exquisita sobre él, enviándome calambres por todo el cuerpo y arrebatándome el aliento. Me contraje contra él con la intención de incrementar la fricción entre nuestros cuerpos y, al notarlo, me acercó más al borde de la mesa.

Evadí sus labios durante un instante, que él aprovechó para marcarme el cuello con los dientes, y así poder sentirle al detalle. Su respiración estaba agitada y el cuerpo le vibraba producto de la excitación.

Me mordí el labio. Tenía las piernas abiertas de par en par y el miembro de Adler refregándose contra mí.

—Te necesito dentro —le gimoteé al oído.

No dijo nada, tampoco le hizo falta. Me echó a un lado las bragas y me introdujo dos dedos de golpe, arrancándome un jadeo que me rasgó la garganta. Los movió con maestría, pero a un ritmo pausado que hacía que me retorciera contra él y suplicara por más.

—¿Quieres más? —Asentí con un quejido—. Entonces estírate sobre la mesa y déjate llevar.

Acaté su orden sin rechistar y me flexionó las piernas y las abrió ante él para tener una vista completa de mi sexo. Notaba la sangre acumulándose en mis mejillas, sonrojándomelas, y haciendo evidente lo cohibida que me sentía al exponerme de ese modo.

Puso una mano encima de mi vientre y, con los dedos de la otra, se volvió a introducir en mi interior. Me contraje por completo al notar cómo se hacía un hueco en mis entrañas y aumentaba la velocidad de sus caricias hasta llevarme al límite.

La sensación de tener la vejiga llena, casi a punto de explotar, me sobrecogió.

—Dios, Adler… —gemí al tiempo que me sujetaba al contorno de la mesa.

—Te lo voy a hacer más fuerte y rápido y tú vas a ser obediente, ¿de acuerdo? Mantén las piernas bien abiertas, no intentes cerrarlas.

—Pero dejaré todo empapado.

—Eso es justo lo que quiero. —Sonrió con malicia—. Confía en mí, te va a gustar.

Ahogué un jadeo cuando metió un tercer dedo y empecé a retorcerme cuando cogió el ritmo. Alcé las caderas para aumentar el impacto. Una presión deliciosa se precipitó por mi cuerpo con cada embestida. Sus dedos entraban y salían a un ritmo implacable que me demolía el poco juicio que me quedaba.

Lo oí exigirme que aguantara un poco más, pero mis sentidos estaban demasiado centrados en lo que pasaba entre mis piernas como para prestarle atención. La humedad que cubría mi sexo empezó a derramarse por mis muslos y a deslizarse por mis nalgas, empapándolo todo.

El placer era tan agudo que las piernas me flaqueaban y me pedían a gritos que las cerrara para resguardar algo de cordura, pero Adler se encargó de mantenerlas bien abiertas y de no darme tregua. Su avance inclemente e insoportablemente placentero sobrecogió el clímax como una ola arremetiendo contra la costa, y yo exploté, gritando entrecortadamente.

Tenía el cuerpo débil y tembloroso cuando sus dedos abandonaron mi interior. Ya ni siquiera podía mantener las piernas erguidas como lo hacía hasta entonces y notaba el rumor del orgasmo extendiéndose por mis extremidades.

—¿Cuál es tu habitación?

—La del final del pasillo.

Me tomó en brazos y yo no opuse ninguna resistencia porque, la verdad, no me creía capaz de mantenerme en pie. Me agarré como pude a sus hombros, aunque la debilidad que me embargaba era tal que se me resbalaban los brazos.

Entró a trompicones y encendió la luz de un manotazo.

—Como podrás comprobar, mi habitación tiene mucho menos glamour que Hypnosis —le dije cuando mi cuerpo entró en contacto con la comodidad del colchón.

—No importa dónde estemos si estoy contigo.

La impresión me sobrecogió el corazón al ver cómo se ponía encima de mí con una de esas sonrisas en forma de medialuna. Sentía picazón en los ojos y traté de tragarme las emociones.

Sus caderas chocaron contra las mías, provocando que liberara un sollozo de placer que se entremezcló con sus jadeos y que se intensificó cuando enterró cada uno de sus centímetros dentro de mí. No había retazo de sutileza ni suavidad en la forma en la que nuestros cuerpos se movían uno encima del otro, embadurnados en sudor.

La perversión que brillaba en sus ojos era contagiosa y la forma en la que me sujetaba por el cuello, ejerciendo cierta presión, me llevó al límite con cada embestida. Me hizo añicos por dentro del modo en que siempre deseé que lo hiciera, mirándonos el uno al otro sin parpadear.

Sin embargo, y pese a la lujuria desmedida que nos profesábamos, aquello no era únicamente sexo. Había algo en la atmósfera que lo diferenciaba de cualquier otro encontronazo que hubiéramos tenido en Hypnosis, o lo sucedido con Elliot. Los

sentimientos estaban en el aire, pese a no pronunciarse. Aunque yo los tenía bien atorados en la garganta.

Sabía que no había mirado a nadie como miraba a Adler. Le miraba deslumbrada, como si mis ojos fueran los objetivos de una cámara y él el instante más cautivador que ningún fotógrafo había conseguido inmortalizar. Obcecada, sin querer perderme un detalle.

Las emociones se me sobrepusieron y la vista se me aguó, así que lo abracé por los hombros y lo atraje para protegerme de sus perspicaces ojos. La temperatura de nuestros cuerpos contrastaba con la frialdad de las lágrimas que me caían por las mejillas. Había deseado tanto ese preciso instante en que la venda no me cegara, en que no nos cegara a ninguno de los dos.

Sus labios buscaron los míos como si fueran un oasis en mitad del desierto, dispuestos a sorberme de un trago. Sus acometidas se tornaron profundas y vehementes, lo sentía por todas partes, y mis gritos cada vez más sonoros.

Entonces, enlazó nuestras manos y me miró.

—Indudablemente, eres serendipia.

Fueron las palabras con las que acompañó la llegada al orgasmo.



Un haz de luz se colaba a través de las cortinas de la habitación y deslumbraba las lágrimas de cristal de la lámpara que colgaba del techo. Hacía ya un rato que estaba despierta, pero todavía no me había decidido a hacerlo notar.

Me daba verdadero pavor romper el momento. Lo sentía tan frágil, tan endeble. Como si fuera una figura tallada en cristal a la que yo pretendía tocar a martillazos. Y lo deseaba sempiterno, prolongándose en el tiempo y expandiéndose hacia todas las direcciones. Con un origen, pero sin hallar un fin.

Como fuera, sabía que era imposible.

Los brazos de Adler me rodeaban la cintura por debajo de la sábana y sentía su respiración erizándome el vello de la nuca. Su tacto me resultaba sorprendentemente cálido, tan natural que parecía que hubiéramos vivido aquello mil veces antes. Era insólito, dadas las circunstancias que nos rodeaban, pero su presencia se sentía correcta. Como si siempre hubiera estado y yo no lo hubiese notado hasta entonces.

Tenía esa característica de las cosas hogareñas. Si tuviera que explicarlo de algún modo, diría que estar con él era como sentarse frente a la chimenea durante las fiestas de Navidad. El bochorno que desprendía hacía que te rezumaran gotas de sudor y que el cuello alto del jersey te importunase, pero no te apartabas. En su lugar, te mantenías en tu lugar, permitiendo que la temperatura te arrullara las mejillas y prestando atención al crepitar del fuego sobre los troncos de leña.

El sonido del teléfono vibrando sobre la mesilla de noche me dispersó los pensamientos. La pantalla mostraba una llamada entrante de un número que no tenía

registrado y, dada la hora, me negué a contestar. Lo silencié y procedí a resguardarme bajo la cobija.

Lo primero con lo que me encontré al voltearme en la cama —por suerte o por desgracia— fueron los ojos de Adler, abiertos de par en par y mirándome como si fuera una ilusión.

—Buenos días.

En su boca no se dibujó ninguna sonrisa, pero en sus ojos se veía, y con una claridad aplastante, una que le iba de mejilla a mejilla. Me sonrojé al notar lo focalizada que estaba su atención en mí y me encogí debajo de las sábanas, presa por un retortijón producto de los nervios.

—¿Hace mucho que estás despierto?

—Bastante, pero no importa. No me hubiera perdonado perderme esto por nada del mundo.

—¿Perderte el qué? —musité bajo la ficticia protección de la colcha.

Un torbellino se desató en mi estómago cuando volví a mirarle.

Era atractivo de un modo que le resultaría desgarrador a cualquiera. Incluso entonces, con la cara de sueño que no disimulaba y las bolsas en los ojos a causa del reciente despertar, seguía siendo magnético. No era una belleza típica, como la que uno podía encontrar en André o en Elliot, pero había *algo* en él que lo distinguía del resto.

Tenía ese rollo bohemio y alternativo que tanto gustaba y que le daba ese aspecto de chico *underground* sacado de Pinterest. Desde luego, si la fotografía despertara un mínimo interés en mí, Adler sería uno de mis objetivos seguro.

—Disfrutar de esto un poco más. De ti, de nosotros, sin vendas ni oscuridad de por medio, antes de que todo salte por los aires. —Me acercó a él tomándome por la cintura. Su cuerpo, que seguía desnudo al igual que el mío, estaba tibio—. No sabes la cantidad de veces que nos había imaginado así.

—Espero que las suficientes.

—Me preocupa que contabilizarlas haga que nos demos cuenta de que estoy más obsesionado contigo de lo que pensaba y, como consecuencia, huyas por patas.

No necesité verme para saber que sonreía como una boba. Con un poco de suerte, no estaría babeando.

—Llegados a estas alturas, creo que hay pocas posibilidades de que eso ocurra.

—Mejor, porque la otra opción es secuestrarte. Y ya sabes que no tengo intención de pedir un rescate por ti.

Enredó sus piernas con las mías y me abrazó con cuidado, recostándome en su pecho. Temí que, al estar tan cerca, pudiera notar el ritmo desbocado al que me latía el corazón.

Traté de mantener la cabeza fría.

—Esto no arregla todo lo que hablamos ayer.

—Lo sé, y no pretendía que fuera así. —Me estrechó entre sus brazos como si quisiera pulverizarme—. Sé que una vez pongamos un pie fuera de esta cama todo volverá a ser

como anoche: un desastre al que debo que encontrarle una solución.

—Corrección: debemos. ¿O piensas que os dejaré a Elliot y a ti a cargo de esta situación? Sois unos putos kamikazes.

—Nuestros métodos son poco ortodoxos.

—Dudo que cagarla una vez tras otra pueda catalogarse como un método —le dije—. Mi compañera de trabajo nos va a echar una mano, pero necesitaremos del alcance que tiene vuestra familia para hacerle frente. Hay que mover muchas fichas, convocar medios de comunicación y organizar una operación para entrar en The Hole y desmantelarlo todo. Sin la ayuda de vuestros padres es imposible.

Exhaló con dificultad, pensativo.

—Lo sé, pero deja que yo me ocupe de hablar con ellos. Llevamos posponiendo esta conversación mucho tiempo, no va a ser fácil y mi padre no se lo tomará bien —me explicó—. Hay que preparar a Elliot para lo que se viene.

—Sabe perfectamente a lo que se enfrenta.

—Sí, pero no querrá que metamos a nuestros padres en esto. La situación familiar es delicada y con esto va a terminar de desequilibrarse.

—Lo entiendo, pero ya no nos queda otra opción. Se nos han acabado los comodines: o lo hacemos así o dejamos que el huracán llegue por su propio pie y se lleve todo por delante. Las consecuencias serán malas en ambos casos, pero tú eliges la gravedad con la que quieres que las vivamos.

34

Me mordisqueé el pulgar con impaciencia, a la espera de que alguien descolgara el teléfono al otro lado de la línea. Llevaba pegada al teléfono desde que puse un pie fuera de la cama, pero no había señales de Ginger por ninguna parte y mucho menos una forma de localizarla.

Adler estaba frente a mí, mirándome expectante y con cara de circunstancias. Traté no alarmarlo, pero estaba convencida de que los retortijones que tenía en el estómago se me reflejaban en la cara.

—¿Nada todavía? —Negué con la cabeza. Ni siquiera intenté ponerle palabras a lo que sentía, porque sabía que lo primero que haría, en el momento en que abriera la boca, sería vomitar—. Tranquila, vamos a encontrarla y a solventar esto. Intentemos dar con ella por otro medio, ¿vale? Seguro que estará bien.

Alargó el brazo y unió nuestras manos en un suave apretón.

—Nunca había pasado tanto tiempo fuera y menos sin avisar. —Cada palabra se me hizo una bola en la garganta—. Le ha pasado algo. Estoy segura.

—Sé que estás preocupada, pero no podemos bloquearnos ahora. Tenemos que actuar con cabeza. Si realmente le ha pasado algo en The Hole, probablemente nosotros seamos su única oportunidad de salir de ahí.

El vello de los brazos se me puso como escarpias al escuchar el nombre del lugar. La imagen de Ginger llevaba dándome vueltas por la cabeza desde primera hora de la mañana. Me la imaginaba ahí, con un vestido despampanante que no dejaría indiferente a nadie y un único antifaz cubriendo su identidad.

Me limpié el sudor de las palmas en los pantalones y tragué las ganas de vomitar que volvían a precipitarse por mi garganta.

—Déjame tu teléfono un momento —me pidió.

—¿Qué vas a hacer?

—Vamos a resolver esto hoy mismo. Necesito que confíes en mí.

Apresé mi labio inferior con los dientes, dubitativa, y sus ojos, que reflejaban una seguridad en la que apenas se vislumbraban dudas, me colmaron de una falsa sensación de tranquilidad.

—Está bien, pero dime qué vas a hacer.

—Tirar del único hilo conector que tenemos.

—Vas a llamar a Elliot —adiviné. Automáticamente, todos los males se me volcaron encima.

—Sí. Si le llamamos desde tu móvil, no tardará un segundo en responder.

Cerré los ojos y me masajeé el puente de la nariz.

No tenía claro que nada de lo que intentábamos fuera a funcionar. De hecho, temía

que cualquier movimiento en falso pudiese tensar la cuerda y terminar por romperla, y acabásemos peor de lo que ya estábamos.

—En cuanto vea que eres tú, se cerrará en banda —razoné—. Además, ¿qué le dirás cuando te pregunte por qué tienes mi móvil?

No hubo un ápice de titubeo en su expresión.

—Alguien tiene que romper esta cadena de mentiras en algún momento, así que le contaré la verdad..

—¿La verdad? ¿Qué verdad? ¿Que nos hemos compinchado y pasado información a sus espaldas? ¿Que estamos liados y se lo hemos escondido? —Me aparté de la mesa de un empujón y la silla chirrió al echarse para atrás—. Nos va a mandar a la mierda.

—Peor es lo que ha hecho él y, pese a ello, estamos los dos aquí. Dispuestos a salvarle el culo otra vez.

—Es mucho más complicado que eso.

Me arrepentí de haberme pronunciado casi al instante.

Mis palabras quedaron suspendidas en el aire durante un lapso en el que ninguno de los dos dijimos nada. Tenía los ojos fijos en mí; lo sabía porque la mirada de Adler no era algo fácil de obviar. Su oscuridad tenía una afección corpórea que se notaba a ras de piel, que te tanteaba como lo hacían las sombras durante la noche.

—¿Hay algo más que quieras contarme?

El mundo se me cayó encima.

Ese era justo el interrogante que no quería resolver. No me veía con el corazón de hacerlo con la sinceridad que ameritaba.

—¿Blake?

—Dime —musité.

—¿Hay algo que no me hayas contado todavía?

Deseé poder desvanecerme con un chasquido de dedos.

—Han pasado muchas cosas últimamente.

La voz me tembló y lo oí coger aire y expulsarlo despacio.

—¿Cosas como qué? —cuestionó. Sentí cómo el estómago se me daba la vuelta—. Blake, ¿ha pasado algo entre tú y Elliot?

Su tono cambió de forma radical al pronunciar el nombre de su hermano.

No sabía qué decirle. Tampoco había abordado el tema con Elliot desde que tuvimos aquel encontronazo en The Hole porque, a decir verdad, no tenía una buena explicación para lo sucedido. Ni siquiera yo entendía cómo habíamos pasado de odiarnos hasta casi empotrarnos contra la pared.

Sabía que mi silencio empeoraría la situación, así que cogí fuerzas y me envalentoné a hablar.

—No había pasado nada —pronuncié cada palabra como si pesara una tonelada. Y debía ser así, porque cada una se me asentó en el estómago como si fueran piedras—, hasta el otro día.

Se echó hacia atrás, pegándose al respaldo de la silla, y sin quitarme el ojo de encima. Los tenía muy abiertos, como si lo necesitara para creer lo que acababa de decir, y parecía que estuviera en trance. Por primera vez, la oscuridad que habitaba en su interior me aterrorizó, pues no fui capaz de ver nada a través de ella. Solo un resquicio de luz.

Los nervios se me gestaron en el vientre mientras esperaba una reacción que no llegó. Un reproche, una queja.

Algo dentro de mí se quebró un poco más cuando, tras observarme a detalle, apartó la mirada de mí con un deje que reconocí a la perfección. De frustración y, sobre todo, de desencanto. Recordaba ese dolor sórdido que me encogía el corazón cada vez que intentaba dar un paso en su dirección y sentía que él no lo daba conmigo.

Se mantuvo lejano a partir de entonces. Abstraído de lo que ocurría entre nosotros y tan rígido como una estatua.

—Voy a probar a llamar a Elliot.

Se levantó arrastrando la silla y esta tronó contra el suelo. Luego, me tendió la mano para que le diera el teléfono. Pese a que busqué sus ojos con insistencia, no tuve forma de acceder a él. Se cerró en banda como un armadillo y, tan pronto le di el móvil, se apartó y desapareció por el pasillo que daba al baño.



La cara de Elliot era un poema desde que entró en el apartamento, pero empeoró a medida que Adler le explicaba la situación.

Escuchó en silencio, casi sin apenas mediar palabra. No necesitaba que lo verbalizara; veía sin problemas cómo las nubes habían encapotado su mente para llenarla de truenos que hacían eco en sus pensamientos.

Por mi parte, me había limitado a intervenir lo mínimo posible y dejar que se entendieran, a gritos en un par de ocasiones.

Después de poner las cartas sobre la mesa y darnos cuenta de que habíamos llegado al temido momento en que todo saltara por los aires, decidimos ir más allá y llamar a Heaven para ponerla al tanto.

El timbre sonó y los tres nos volteamos hacia la puerta.

—Voy yo.

Di cada paso a sabiendas de que tenía las miradas de ambos clavadas en la espalda y un montón de reproches en mi contra. Era sorprendente darme cuenta de que sabría decir con exactitud con qué intensidad me miraba cada uno y las emociones que lo abrumaban. A diferencia de Adler, Elliot era mucho más fácil de leer. Por muchas mentiras que dijera, era el más visceral de los dos y para mí era como un libro abierto.

De estar solos, no me cabía duda de que ya estaríamos discutiendo a gritos y a puntito de cogernos por los pelos.

—Hola. —El rostro de Heaven, en el que destacaban unas ojeras pronunciadas

producto del cansancio, se contrajo en una mueca de preocupación al verme. Me arropó entre sus brazos, en un gesto maternal. Su cabello me hacía cosquillas en la nariz—. ¿Estás bien?

Por lo visto, hoy estábamos colmados de preguntas difíciles.

—Estoy en ello —respondí en un susurro—. Pasa, como si estuvieras en tu casa.

—Qué pequeño es esto. Han pasado tantos años desde que acabé la universidad que ya no recordaba lo mal que se pasaba siendo estudiante. —Se adentró en el salón mirando hacia todas partes y yo cerré la puerta tras ella—. Heaven, encantada.

Se presentó a Adler antes de pasar a saludar a Elliot que, justo a su lado, llevaba una cara de malas pulgas que asustaba. Suerte que Heaven estaba acostumbrada a lidiar con sabuesos.

Después de exponerle la situación también, el ambiente estaba tan tenso que ninguno se atrevió a romper el silencio. Simplemente esperábamos que alguno fuera lo suficiente valiente como para tirar ficha.

—Veo que la cosa se ha complicado bastante desde que hablamos el otro día —mencionó mientras repiqueteaba con los dedos sobre la mesa.

—Qué te voy a decir, somos expertos en liarla —me atreví a intervenir y, de inmediato, noté los ojos afilados de Elliot sobre mí—. Ahora la pregunta es qué vamos a hacer.

—De momento, ¿estamos convencidos de que tu amiga está ahí dentro, en The Hole?

—En The Hole, una vez entras, ya no sales. Tenemos a personas contratadas específicamente para llevar los registros de entrada y salida de las chicas, así que si intentas librarte, te buscan —explicó Elliot, que estaba de brazos cruzados—. Y créeme que te encuentran.

—¿Habéis llamado a la policía?

—Sería inútil. Hay gente muy influyente metida en esto, directivos de la policía incluidos —continuó—. Allen tiene contactos y gente de confianza. Sabe cómo moverse en este mundo.

—No entiendo por qué nunca me contaste que él era quien estaba detrás de todo esto —le retrajo Adler.

—No hubiera cambiado nada. Al final, el cabeza de turco seguiría siendo yo.

Heaven y yo compartimos una mirada cómplice en silencio.

—Tenemos que intervenir ya y sacar a Ginger de ahí —dije.

—¿Y qué proponéis? Porque yo sólo le veo una salida a esto —Heaven tomó la palabra—. Elliot, tú mismo me dijiste el otro día que tu tío se huele que algo no va bien. Ya no se fía de ti, aunque no te puede echar porque corre el riesgo de que lo expongas. —Elliot dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Luego, soltó un soplido—. Sé que te da miedo, pero el único modo de salir lo menos perjudicado posible de este lío es desmantelarlo todo mediáticamente con pruebas. Y hacerlo antes de que decida sacarte del medio por sus propios medios.

»Sabes que es capaz, y además tiene los medios para hacerte desaparecer sin levantar sospechas. —Las palabras de Heaven pesaban una tonelada—. He hablado con algunos compañeros de confianza que nos pueden echar una mano. Podemos conseguirte pinganillo, micro y una cámara discreta para llevar a cabo la operación. Te respaldaremos desde afuera, junto a una redada policial y los medios que tus padres puedan facilitarnos.

—Mi padre me va a matar. —Apoyó ambos codos sobre la mesa y se cubrió el rostro con las manos.

—Elliot, cuanto más esperemos, peor será la caída —intervine. Sus ojos se asomaron por la ranura de los dedos de su palma—. Y yo iré contigo.

Me miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Ni hablar.

—No vas a correr ese riesgo —comentó Adler a mi lado.

—Por supuesto que voy a hacerlo. Mi amiga está ahí metida y no la dejaré en manos de nadie más.

—Blake, por favor. Escúchame. —El agarre implacable de Adler me hizo voltearme para confrontarlo. En sus ojos brillaba una súplica—. Sé razonable. No hay necesidad de que te pongas más en peligro de lo que ya lo hayas hecho. Por favor.

—Elliot necesita a alguien que lo acompañe sin levantar sospechas. por si la situación se tuerce, y vamos a ser sinceros, ¿quién mejor que yo para encarnar el papel? —infiero y nadie osa rebatirme—. Puedo hacerme pasar por una de las chicas, ya lo he hecho una vez.

—Estás como una puta cabra —espetó el otro Hayes. La severidad con la que me observaba no me achicó ni un poco y vi a la perfección cómo le chispeaban las pupilas al darse cuenta de ello—. No vas a venir, punto.

—Veo que no te ha quedado claro que esto ya no depende únicamente de ti.

—¡Me importa una mierda, B! ¿Te estás escuchando? ¡Se supone que soy yo el kamikaze de los dos!

Mantuve la calma y observé con fascinación cómo sus facciones se contraían por la tensión y sus ojos chispeaban lava cual volcán entrando en erupción.

—Es innegociable, iré contigo. Puedes tomártelo todo lo mal que quieras, pero asúmelo cuanto antes. No vamos sobrados de tiempo.

—Lamento tener que darle la razón a Blake, pero no tenemos una opción mejor —dijo Heaven. Se puso de pie—. Lo haremos esta noche.

Aquel día, Elliot llevaba el color de su alma como bandera. Vestía de negro; traje, camisa y zapatos.

Su imagen era de alto impacto. Su piel tostada contrastaba con aquel atuendo monocromático y combinaba de forma espléndida con sus rebeldes rizos dorados que

llevaba atados justo encima de la nuca.

Estaba endemoniadamente atractivo y lo sabía. Era consciente de que irradiaba ese algo que hacía que el resto se volteara a verlo con la boca abierta y cara de pasmarotes. Y, a su lado, yo. Con un vestido minúsculo a conjunto que apenas me permitía respirar sin temer romperlo en mil pedazos.

—No vas a estar sola en ningún momento —me repitió Heaven por enésima vez mientras me colocaba la falda y añadía la pequeña cámara a uno de los tirantes. Después de hacerme girar como una peonza y cerciorarse de que todo estaba en su sitio, se abalanzó sobre mí y me engulló en un abrazo—. Por favor, ve con mucho cuidado. Cualquier cosa, sabes que estoy al otro lado del pinganillo.

No sabía qué decirle para tranquilizarla, así que me limité a asentir. Sentía el corazón yéndome a galope, señal de que no las tenía todas conmigo de que aquello saliera bien.

Justo al lado, Adler y Elliot intercambiaban algunas palabras.

—No sabes lo que me jode haberos dado la razón a ti y a Andre. —A Elliot la sonrisa le temblaba en los labios—. La he vuelto a liar. Como siempre. Supongo que Andre debe estar llevándose las manos a la cabeza.

—No sabe nada todavía —le corrigió su hermano—. Nunca le he dicho nada de todo esto.

—¿Por qué me cubres si ambos sabemos que no nos soportamos?

—Elliot, todos, absolutamente todos los hermanos del mundo tienen sus diferencias, y eso no significa que no se soporten —pronunció con severidad, como si quisiera meterle a bocajarro esa idea en el cerebro.

—Mamá se va a morir cuando se lo digas. —El arrepentimiento se hizo un hueco entre sus palabras—. No sé cómo podré mirarles a los ojos después de esto. Voy a romper a la familia.

—La familia ya estaba rota antes y, definitivamente, se romperá en pedazos cuando sepan lo que ha hecho Allen. Pero nada de eso debe preocuparte ahora, porque vamos a solucionarlo, así que déjalo fuera, en mis manos. Yo me ocuparé de allanar el camino para cuando vuelvas.

Se sostuvieron la mirada sin apenas parpadear, hasta que Elliot la bajó, dándose por vencido, y musitó un casi inaudible *gracias*. Una vez se alejó, toqueteando su teléfono, me acerqué a Adler.

—Nunca lo había visto así —admití.

—Sabe perfectamente lo que viene a continuación. Por eso está que se sube por las paredes.

—Ya… ¿Y tú? ¿Cómo estás?

Cogió aire por la nariz.

—No mucho mejor. Será un golpe importante en casa, pero no queda otra —me explicó—. Por eso quería atesorar cada segundo contigo. Sabía que esto podía desmoronarse muy rápido.

—Ya… Sobre lo de antes…

—No importa —me calló y, aunque se expresaba con una sólida entereza, supe que era todo lo contrario—. Sea lo que sea que haya pasado, no importa. Lo único que quiero es que vuelvas sana y salva. El resto puede esperar.

La sensación de desazón que me embriagaba empezó a sobredimensionarse. Se me empañó la vista por las lágrimas y un puchero se adueñó de mis labios. Sin pensarlo, me lancé a su cuello y lo abracé con fuerza.

No supe en qué momento empecé a llorar, pero una vez abrí el grifo no hubo manera de detener la implacable caída de las lágrimas.

Lo estreché entre mis brazos como si deseara fusionarnos. Su cabello me hacía cosquillas en la nariz y el olor de su colonia me inundaba las fosas nasales. Dios, olía de maravilla. Como la espesura del bosque al tostarse al cálido, pero suave, sol primaveral.

Si pudiese, rociaría con su aroma todo mi apartamento.

—¿Por qué siento que esto es una despedida? —farfullé entre hipidos.

Enredó una de sus manos en el nacimiento de mi cabello y lo peinó con dulzura.

—Blake, jamás podré despedirme de ti.



Nos mantuvimos unos minutos más en silencio, amparados por el calor que propiciaba el vehículo y rehuyendo del frío preinvernal que corría por las calles. El paisaje urbano de Los Ángeles parecía sacado de una postal, con sus rascacielos alzándose sobre el pavimento y las luces centelleantes que provenían de lo más alto de Hollywood.

Me faltaba el aliento y sentía la poca comida que había ingerido justo en la boca del estómago. Cada vez que miraba más allá del parabrisas y veía el hotel que servía como tapadera a The Hole, tenía más claro que echaría la papilla de un momento a otro.

—¿De quién es este coche? —pregunté intentando distraerme.

Elliot, que ocupaba el asiento del conductor, no dejaba de repiquetear el volante con los dedos.

—Lo he tomado prestado mientras reparan el mío.

—¿Eso tiene arreglo?

Sonrió de forma escueta ante mi asombro, pero no apartó la vista del exterior.

—No me he hecho expectativas por si acaso —reconoció. La nuez le bajó y le subió al tragar saliva—. Ya es casi la hora.

Llené los pulmones de aire con dificultad. En mi interior se había desatado una tempestad que ya no conseguía controlar.

Sus manos abandonaron el volante y se metieron en los bolsillos de la americana, en busca de algo que no tardó en encontrar.

—Necesitarás esto. —Se volteó para mostrarme una pequeña caja de color azul marino que reconocí inmeditamente. Al abrirla, una pulsera de Pandora relucía expuesta sobre una almohadilla de terciopelo del mismo color—. Ven, te la pongo.

Su piel calentó la mía cuando me cogió por el antebrazo para ponerme el brazalete. En contraposición, el metal de este estaba tan frío que hizo que se me erizara la piel.

—Es preciosa —confesé, sin poder camuflar la animadversión que le tenía.

—Las eligió Allen. Pensaba que serían un buen señuelo.

Sólo oír su nombre me provocaba repulsión. Me sorprendía lo bien que había conseguido engañar a la gente de su alrededor, cómo había mantenido su verdadera cara oculta durante tanto tiempo lejos de los focos. Su apariencia impoluta, esa faceta jovial y cercana y el éxito que cosechaba a sus espaldas; todo era mentira. Una tapadera.

—Blake…

Elliot me sacó de mis cavilaciones y se encargó de escupirme de nuevo en el mundo real.

De nuevo, ese *algo* en sus ojos. Ese brillo en descomposición que perecía en la oscuridad de su pupila y que yo había aprendido a reconocer en sus lapsos de debilidad. Aquella noche, el fulgor resplandecía con verdadera desesperación, con una intensidad desmedida que pedía ayuda a gritos como lo haría el capitán de un navío al hundirse con sus tripulantes.

—No sabes cuánto… Cuánto lo siento —se expresó con apuro. Los ojos le titilaban, inmersos en una humedad apenas perceptible, al mirarme. Me acarició la muñeca de la que colgaba la pulsera—. Sé que después de todo lo que has visto es imposible que me creas, pero te juro, te lo juro de verdad, que no soy solo la mierda que te he demostrado ser.

Lo vi a punto de desmoronarse y deseé ser capaz de reconstruirlo por mí misma, pese a que sabía que no podía. Uno podía ayudar a curar heridas, ponerles ungüento y parches, pero lo suyo no era rozadura o una pequeña lesión. Era una herida de muerte que requería una operación a corazón abierto, y solo contaba con lo básico para hacerle frente, como una campaña sanitaria que subsistía a duras penas en mitad de una guerra civil.

—Elli, las personas somos todas nuestras luces y sombras. No hay nadie, por bueno que sea, a quien su propia sombra no le pise los talones. Por lo contrario, incluso el ser más malvado que puedas concebir también tiene una grieta por la cual se cuela la luz —reflexioné—. Lo importante no es carecer de oscuridad, sino saber medir la cantidad de luz con la que quieres alumbrarla.

—Jamás hubiera pensado que esa cabeza tuya diera para tanto —me atacó con una sonrisa flébil—. Apenas sabes mantener un cactus con vida…

—Frederick es testigo de que soy perseverante —precisé añadir, pues el cactus aún seguía expuesto en mi habitación. Quizá en estado fósil—. Si te sirve de consuelo, tú tampoco has resultado ser tan malo como aparentabas.

—Tampoco tan bueno como me gustaría.

—Sí, eres un imbécil integral y eso nadie puede ponerlo en duda.

—Lo tomaré como un cumplido —rió sin ganas.

—Podrás ser un gilipollas con todas las letras, pero no una mala persona —dije con decisión—. Al final del día, solo eres un chico al que le han pasado cosas malas y que, a raíz de eso, ha tomado malísimas decisiones.

Le cogí de la mano y él me miró como si fuera una ilusión, como si fuera a desaparecer ante sus ojos de un momento a otro.

—Hay tantas cosas que quiero decir, pero las palabras nunca han sido mi fuerte— sonó confundido y asumí que, en realidad, lo estaba incluso más de lo que aparentaba, que ya era mucho—. Pero hay algo que quiero que sepas, pase lo que pase.

»Los vídeos, los que filtró Cole y que te dije que tenía… No tienes que preocuparte más por eso. No hay rastro de ellos por ninguna parte. Eres libre.

Lo miré fijamente, dubitativa.

—Los has borrado.

En realidad, hacía algún tiempo que eso había dejado de preocuparme como solía hacerlo. Confiaba en que cumpliría su promesa y lo eliminaría llegado el momento.

—Algo así.

—¿Cómo que algo así? —contraataqué.

—B, los hice desaparecer poco después de que se filtraran. En cuanto supe que Cole estaba detrás de ellos —confesó—. Aquella noche en el baño de la fraternidad me marqué un farol. Hacía tiempo que no existían.

Recosté el hombro en el asiento y me fallaron las fuerzas en las manos. Elliot las sujetó.

—Me mentiste.

Lo observé con pasmo, sin saber cómo reaccionar a lo que era una evidencia: Elliot era un perfecto mentiroso y había llevado su interpretación hasta el final. Y yo me la había comido con patatas.

—No había otra forma de que accedieras a estar a mi lado. Necesitaba alejarte de Cole, y el único modo era atándote a mí.

—Y no podías explicármelo, era mejor chantajearme. —Un tono amargo tiñó mi voz.

—B, ambos sabemos que si no hubiera intervenido, tú y Cole habríais vuelto en cualquier momento. —No titubeó al hablar—. Lo único que quería en ese momento era tenerte lo suficientemente alejada de él como para que nuestra mierda no te salpicara.

—He acabado de mierda hasta el cuello igual —le retraje.

—Yo miraba por ti. Quería que estuvieras lo suficiente cerca como para controlarte, pero también lo suficiente lejos como para no involucrarte. No ha salido bien, tienes razón, pero Cole te hubiera arrastrado a su perdición sin importar las consecuencias. Y yo no quería más muertes pesando en mi consciencia.

Respiré lento, en un intento de mantener la calma y no exaltarme ante la nueva información.

—Estás jodido por dentro, Elliot. Muy jodido.

Curvó los labios en una mueca que, si bien intentaba parecerse a una sonrisa, se

quedaba a medias tintas de serlo.

—Lo sé, y por eso te necesito. Este es el principio del fin. —Unió nuestras frentes con un gesto y anudó una de sus manos en la parte baja de mi nuca—. Y no se me ocurre nadie mejor que tú para destruir todo en lo que me he convertido.

—Elliot…

—No, Blake. Sin miramientos. Destrúyeme. Hazlo por mí, porque si no lo haces tú nadie será capaz de hacerlo y los dos sabemos que soy un peligro hasta para mí mismo. Hazme pedazos y no dejes un sólo retazo en pie.

35

Entrar en The Hole aquella noche equivalía a zambullirse en una piscina de miel. Bucear allí era imposible y su consistencia te impedía bracear en la superficie, no había escapatoria.

La atmósfera se sentía pesada desde que pusimos un pie dentro y se volvió cada vez más sofocante. Por suerte, nos anticipamos a los controles de seguridad: Elliot pasó los dispositivos electrónicos y el resto de lo que necesitábamos por su cuenta mientras a mí me cacheaban.

Aprovechamos que el ambiente del local estaba cargado por la pálida bruma de las shishas y el ajetreo del servicio para escabullirnos a toda velocidad entre el gentío. Después, nos detuvimos en un pasillo vacío.

—Llevas el móvil encima, ¿verdad? —me preguntó. Intentaba ser delicado, pero su mano estrechaba la mía con tensión.

—Sí, aunque lo tengo en silencio —contesté. Notaba el teléfono oculto en el tiro alto de las medias—. Esto es enorme.

—Heaven tiene los planos del local, así que no tienes de qué preocuparte —pronunció serio, imperturbable, con tal de convencerme, mas su voz impostada lo delató. Estaba igual o peor que yo—. Ten, con esto podrás acceder a todas las *suites* que hay en The Hole. —Sacó una tarjeta del bolsillo interno de su americana—. No hay ninguna reservada hasta la una, así que tienes cuarenta y cinco minutos para peinarlas de arriba abajo y sacar a tu amiga de aquí.

La mano me tembló al cogerla.

—¿Y si no está aquí?

—A ver, B. —Se agachó para quedar a mi altura y, tras echar un vistazo a los alrededores, volvió a centrarse en mí—. Ya te lo he dicho, si Ginger está en The Hole, sólo puede estar en una de las *suites* presidenciales. Estoy seguro. Todo va a ir bien. —Me cogió del antebrazo para mantenerme firme y me acercó a él, provocando que diera un traspié—. Vas a encontrarla y a salir de este edificio antes de que haya amanecido.

Había un montón de *y si* abarrotando mis pensamientos y llenándolos de imágenes desastrosas de todo lo que podía salir mal. Mi mente se había encargado de recrear con una verosimilitud pasmosa todos los escenarios posibles y sentía que, en cualquier momento, iba a darme un síncope y caer redonda al suelo.

—¿Y tú? ¿Qué va a ser de ti? —Me tragué mis miedos. No podía permitirme flaquear.

—Me ceñiré al plan: iré al despacho de Allen y al almacén a recopilar pruebas y grabar todo, tal y como ha dicho Heaven —me recordó con insistencia, sin soltarme—. Es lo que debo hacer.

—¿Y si no lo consigues? ¿Y si algo sale mal? ¿Cómo voy a saber que estás bien?

—Tú ocúpate de salir de aquí, el resto es cosa mía. —Supo que no estaba convencida, pues me cogió del mentón y añadió—: Me las apañaré, siempre lo hago. Soy una mala hierba, y ya sabes que dicen de ellas, ¿no?

—Mala hierba nunca muere.

—Exacto, mala hierba *nunca* muere —repitió—. Así que lo siento por la parte que te toca, pero vas a tener que seguir aguantándome cuando todo esto acabe.

Su característica sonrisa, llena de puro y obcecado ego, se hizo hueco en sus labios y yo, aunque sabía que era una fachada para tranquilizarme, sentí que me invadía una falsa sensación de calma.

—Eres un gilipollas.

—Pero un gilipollas con suerte.

—Creo que sufres una fuerte distorsión de la realidad —bromeé.

—Tú eres mi trébol de cuatro hojas, Blake. Lo demás me da igual. —Me acarició la mejilla con el pulgar, con un gesto dulce que me costó atribuirle y provocó que se me detuviera el corazón. Antes de separarse de mí, añadió—: Cuando esto termine, tendremos una conversación.

Podría haberlo dicho sin más, pero sonó a promesa y la expectación se hizo un lugar en mi estómago.



Pasé la tarjeta por el lector y tiré de la puerta para cerrarla inmediatamente detrás de mí. El corazón me palpitó con tanta fuerza que por un momento creí posible que me estallara las costillas. De lo contrario, me veía capaz de vomitarlo.

No había rastro de luz cuando entré, como en el resto de las *suites* en las que había entrado hasta entonces. Esa en particular estaba impoluta, a la espera de que sus próximos huéspedes la destriparan. Tenía una sala de estar y una mesa auxiliar en la que relucía un botón rojo al que no osé ni acercarme y el mismo estuche de cuero que en el resto de habitaciones —los útiles en su interior contenían mordazas y cuerdas, entre demás artefactos que no lograba identificar y que me ponían los pelos de punta—. A un lado, una barra de bar repleta de licores carísimos.

Apreté los puños, frustrada.

—Esta habitación está vacía también. —El sabor del miedo me inundó el paladar y luché por deshacerme de él para seguir adelante, aunque sabía que el tiempo se me echaba encima.

«Bien, una menos. Quedan un par en este ala», escuché la voz de Heaven a través del pinganillo mientras ojeaba la carta de servicios expuesta sobre el mostrador. La mayoría tenían nombres encriptados cuya referencia desconocía, pero aún así me inquietaban. *«Venga, que ya casi estamos».*

—Todavía no hay rastro de Ginger.

«La encontraremos, no vamos a irnos sin ella».

Salí del cuarto y accedí al siguiente con la mente dándome tumbos entre todas las posibilidades que podía toparme al prender la luz. La necesidad de huir me hostigaba y me pisaba los talones tan de cerca como lo hacía mi propia sombra.

—¿Qué sabes de Elliot? —pregunté al tiempo que rebuscaba en los cajones.

«Lo último que hemos sabido de él es que estaba en el almacén. Ha encontrado los albaranes y facturas de la mercancía que ha recibido el local estos últimos meses». Hizo una pausa. *«Sus padres ya lo saben, he hablado con ellos hace un rato. Van a ayudarnos».*

Me quedé muy quieta. Aquello no significaba nada para mí, pero sentía el peso de lo que encarnaba para él y eso me revolvió el estómago. Recordaba el miedo que tenía a que supieran en el lío en el que estaba metido, sus esfuerzos por ocultarlo y los intentos fallidos con los que quiso demostrar que había cambiado.

Aunque sabía que no lo había hecho bien y que de un modo u otro tendría que pagar por ello, una parte de mí no pudo evitar angustiarse por lo que le depararía el futuro.

«Han dado aviso a los servicios de seguridad y están articulando una operación policial para entrar en el hotel», me dijo Heaven.

—¿Cómo estaban? —Quise saber—. ¿Qué te han dicho?

«Blake, es… es complicado. Lo mejor es que no te metas en esto».

Pasé por el resto de los cuartos hasta llegar al último con la voz de mi compañera pegada al oído. Después de haber traspasado una decena de puertas y no haber encontrado nada en su interior, comencé a ver la situación difícil. ¿Y si Ginger no estaba ahí? ¿Y si la habían hecho desaparecer?

Mi cuerpo se tensó cuando, al empujar la última, vi un rastro de luz en su interior. Entré a prisa y, entonces, la vi.

Era ella. Indudablemente ella.

Estaba encima de una amplia cama. Desnuda, encadenada de manos al cabecero y con una mordaza tapándole la boca como si fuera un animal. Tenía los ojos cerrados y la cabeza le caía por un lateral, desparramando su melena pelirroja por las sábanas hasta llegar al suelo.

A su lado, había una segunda chica en el mismo estado. No percibí ningún indicio de que siguiera con vida.

—¡Ginger! ¡¿Ginger, me oyes?! —la llamé, pero no reaccionó.

Corrí hacia ella con el corazón al galope y la ansiedad causando estragos en mi sistema. Me arrodillé y le quité la mordaza.

Su cuerpo estaba repleto de golpes y moretones oscuros. No quedaba rastro de la piel de porcelana en la que ni siquiera las pecas tenían valor de posarse. Observé con horror los arañazos que tenía en el interior de sus muslos y los riachuelos de sangre seca.

—Ginger, soy yo. Soy Blake, hemos venido a rescatarte. —La zarandeé de un lado a otro, tratando de despertarla y comprobé su respiración, que era ahogada y casi imperceptible—. Venga, vamos, tienes que despertar. Tenemos que salir de aquí.

Miré a mi alrededor, presa por la desesperación. Aquel cuarto tenía un aspecto

terrible: almohadas y sábanas por el suelo, sangre y otros fluidos encharcando la moqueta y todo tipo de herramientas que esperaba que no hubieran usado contra ella.

Fui rápido hasta el baño, abrí el grifo y me llené las manos de agua helada. Me precipité hasta donde estaba y se la tiré encima. Solo entonces, hizo ademán de recuperar el conocimiento.

Movió el rostro sin apenas fuerzas, y abrió los ojos despacio y de forma pegajosa, como si despertara de un largo periodo de letargo.

—B-Blake… —Su mirada era febril.

—Sí, Ginger, soy yo. Estaba muy preocupada por ti. —Los ojos empezaron a lagrimearme, mas no lo permití. Con las manos gelatinosas y las fuerzas diluyéndose entre los dedos, la ayudé a incorporarse, pues no podía hacerlo por su cuenta.

—Tienes… t-tienes que marcharte de aquí —murmuró, volviendo a entrecerrar los ojos.

—No sin ti, pero no puedes dormirte, ¿me oyes? Tienes que mantenerte despierta. —La sacudí por los hombros y vi aparecer sus ojos celestes por la rendija de sus párpados —. Muy bien, así. ¿Sabes que me debes tu parte del alquiler de este mes, verdad? No se me olvida, así que ya puedes esforzarte por seguir viva.

Troté por la habitación hasta dar con el estuche de cuero y, como esperaba, encontré unas llaves que encajaban con la cerradura de los grilletes que la ataban a la cama. Cogí uno de los cuchillos que había en el suelo y me lo guardé junto al teléfono, en la tira de las medias.

—Ya está, ya está —repetí con insistencia mientras me deshacía de las esposas y le pasaba una sábana para cubrir su desnudez—. Ya estamos, Ginger. ¿Ves? Ahora vamos a marcharnos, así que necesito que colabores un poco. ¡Arriba!

Deslicé uno de sus brazos por mi hombros y la cogí con fuerza por la cintura. La levanté de la cama como pude, no sin tambalearme en el transcurso, y aunque trató de mantenerse en pie, le flojeaban las piernas.

El olor fétido del orín me llenó las fosas nasales y escuché cómo algo goteaba y me mojaba los pies.

—Yo… lo siento —se disculpó.

—No pasa nada, da igual. —La calmé—. ¡¿Heaven, estás ahí?! ¿Me escuchas? ¡La tengo!

«¡Genial! ¿Y la otra chica? ¿Está viva?»

—No… no lo sé. Creo que no respira.

«Vale, tranquila, yo me encargo de eso. Ahora tenéis que salir de ahí cagando hostias. Según los planos, hay una salida de emergencia un poco más adelante que da al callejón. Corre para ahí sin parar, ¿me oyes? No te detengas».

—Vale, vale. Puedo con esto, vamos a conseguirlo. —Traté de convencerme. Miré a mi amiga, que se sostenía en pie gracias al apoyo contra mi cuerpo—. ¿Crees que puedes caminar? ¿Un poco, aunque sea?

—Me duele todo —se quejó ante los primeros pasos. Tenía las pupilas emborronadas por las lágrimas y el rostro contraído en una mueca.

—Lo sé, pero sólo un poco más. Un pequeño esfuerzo más y podrás descansar.

Salí del cuarto casi arrastrándola y avanzamos hasta el final del pasillo. Luché contra el desfallecimiento de mis fuerzas y el quemazón de los músculos producto del esfuerzo. Llegamos ante la que, supuse, era la mencionada puerta de emergencia.

Unas voces me alertaron de que alguien se acercaba, así que me apresuré a pasar la tarjeta por la ranura.

—Vamos, vamos, vamos… —mascullé sin perder de vista el otro lado del pasadizo, que aún seguía vacío.

De repente, brilló la luz verde y la puerta se abrió, dando paso a un rellano de paredes y suelo blanco y un único ascensor. Pulsé el botón y esperé a que llegara. Luego, nos metimos en su interior y procedimos a abandonar aquel infierno.

—¿Cómo me has encontrado? —lo dijo en un gimoteo de dolor mientras descargaba su peso contra la pared.

—Es una larga historia. Lo importante es que nos vamos a casa. —Le dediqué una sonrisa que me tembló en los labios.

Se la veía maltratada, como si algún demente se hubiera esforzado en imprimir cada miligramo de locura e ira en su piel. Parecía que hubiera sido víctima del ataque de una manada de lobos que, en vez de comérsela, había decidido usarla como carnaza para dejarla tirada en alguna cuneta agonizando sus últimos minutos de vida.

Me encogía el corazón verla así.

«Hay una unidad médica esperándoos fuera».

—Genial, en nada estamos ahí.

—¿Con quién hablas? —Sus ojos me buscaron desorbitados.

—Es parte de la larga historia que tengo que contarte, pero tranquila. De aquí en adelante, todo irá bien.

Asintió con la mirada perdida en ninguna parte, haciendo un esfuerzo descomunal por mantenerse consciente, y yo me quedé a su lado, apoyándola.

El teléfono vibró en ese instante y no dudé en descolgar la llamada al ver que pertenecía al número de Elliot.

—¿Hola? —Nadie respondió, sólo se escuchaban las intermitencias propias de llevar el móvil guardado en un bolsillo—. ¿Elliot?

Los segundos pasaron y no hubo ninguna respuesta, solamente la respiración laboriosa de alguien más.

Bajé del ascensor con un mal presentimiento que me recorría de punta a punta y el vello de la nuca encrespado, pero sin colgar la llamada. La asistencia sanitaria, que consistía en dos únicas personas y una camilla de mano, nos esperaba ahí y no tardaron en hacerse cargo de Ginger. Ella se quejó cuando la pusieron en la litera.

—Con cuidado, por favor. Está muy malherida —les advertí, como si yo supiera

mejor que ellos cómo actuar en aquellos casos. No pude evitarlo, la preocupación hablaba en mi lugar—. Vas a estar bien —le prometí a Ginger, que ya había desconectado y yacía adormecida en la camilla.

—La ambulancia nos está esperando a un par de calles para no llamar demasiado la atención, ¿vas a venir como acompañante?

Dibujé una *o* perfecta con los labios.

—Yo… —Observé la pantalla del teléfono, en la que se seguía viendo reflejada la llamada en curso—. Tengo que volver arriba.

Los dos operarios me contemplaron confusos antes de asentir y proceder a salir del lugar a hurtadillas.

«¿Qué estás haciendo? Sal de ahí ahora mismo», me ordenó Heaven desde el otro lado del pinganillo. Volví a entrar en el ascensor sin contestar. *«Blake, esto no es en lo que habíamos quedado.»*

—Elliot necesita ayuda. Me ha llamado mientras bajaba con Ginger.

«¿Y qué te ha dicho? Porque nosotros no hemos recibido nada»

—No lo he oído bien, pero…

«El departamento de seguridad ha establecido un protocolo de emergencia por si es necesario intervenir antes de tiempo. Haz el favor y vuelve». Suspiró presa por la exasperación al ver que hacía caso omiso y seguía mi camino de regreso a The Hole. *«Sea lo que sea lo que pretendes, es una locura que lo hagas únicamente por ti misma».*

Hubo un silencio en la línea cuando el elevador se detuvo en la última planta. Me llené los pulmones de aire y di un par de pasos hasta encontrarme, de nuevo, con la puerta metálica blanca.

—¿Cuánto hace que no sabéis nada de Elliot?

«Blake…»

—No, nada de Blake. ¿Cuánto?

Chasqueó la lengua.

«Hace algo más de veinte minutos»

—Le ha pasado algo —sentencié dejándome llevar por la corazonada—. Y me da igual lo que me digas, voy a ir a buscarlo.

«Volver a entrar ahí es una insensatez», me recordó.

—Eso ya lo sé. ¿Vas a ayudarme o no?

«Te guiaré, pero que sepas que no estoy de acuerdo con esto».

Regresé sobre mis pasos con la voz de Heaven haciéndome de Pepito Grillo y recordándome que tenía una tendencia innata para meterme en líos. Si hubiese sabido el recorrido que había tomado mi vida a lo largo de ese último semestre, además de avisar al departamento de seguridad para que comenzara la redada, también me habría pedido un psicólogo.

No iba a negarlo. Había llegado a un punto en que ya no sabía si los problemas me buscaban a mí o yo los buscaba a ellos. En vista de que estaba dirigiéndome hacia uno de los gordos por mi propio pie, me quedó claro que el verdadero problema lo tenía yo.

No quedaba mucho para llegar a mi destino cuando pasé por delante de una pequeña sala en la que escaseaba la luz.

—Eh, tú, ven aquí.

La voz tronó desde el interior de esta.

Pretendí no haberla escuchado y di un par de zancadas, siguiendo mi camino.

—¿No me has escuchado o qué? Ven aquí —repitió. Esa vez retumbó en la estancia, como el rugido de un depredador en su cueva.

«No le sigas el juego, márchate», me dije a mí misma.

Volteé el rostro y confronté aquel amasijo de oscuridad que se arremolinaba en las esquinas, atenuado solo por unas luces de neón rojas. Al final de ella, sentado en un sillón, rodeado de jóvenes desnudas y usando a una muchacha como reposapiés de sus asquerosas pezuñas, estaba un hombre rechoncho al que las arrugas ya hacían desperfectos evidentes incluso tras la máscara de liebre que llevaba.

Se levantó, depositando su más que considerable peso en la chica. Esta ahogó un alarido de dolor.

—Aparta —le bramó al levantarse, dándole una patada en el estómago que la dejó hecha un ovillo a los pies del sillón. El resto de las chicas se destensaron cuando, al pasar por su lado, no les puso un dedo encima. Yo sentí justo lo contrario al ver que se acercaba a mí—. Bonito vestido.

Contuve una arcada. Despedía un olor hediondo a sudor mezclado con un buen perfume, a sexo burdo y desesperado, y el aliento le apestaba a alcohol.

—No te había visto nunca por aquí. —Posó la mano en mi cintura y yo me arqueé de forma involuntaria, deseando evitar su contacto—. ¿Cómo te llamas?

—Normalmente no estoy expuesta al público, soy la acompañante del señor Hayes —aseguré. Me mantuve serena ante sus caricias, que comenzaban a bajar hacia mis glúteos.

—Pues menuda suerte tiene. —Soltó una carcajada desabrida—. No me has dicho tu nombre.

—Crystal. Me llamo Crystal.

—Bien, Crystal, ¿por qué no vienes a hacerme un poco de compañía? Estoy seguro de que podemos pasarlo bien juntos —me susurró de cerca, con su asqueroso hálito contra mi piel.

Di un respingo cuando me estrechó la nalga y empezó a manosearme.

—Disculpe, pero tengo prisa y el señor H… —Se me cortó el habla al sentir sus dedos con bajo la falda. Logré reaccionar poco después, dando un respingo y apartándome de él—. ¡No me toque!

Me cogió por el brazo para atraerme de nuevo hacia él.

—No se te ocurra volver a levantarme la voz —me advirtió.

—No, no se le ocurra a usted volver a ponerme la mano encima. Le he dejado muy claro que soy propiedad del señor Hayes. ¿Qué cree que pasará cuando le diga que ha intentado usarme? ¿Cuando él se lo comunique a Allen? Le recuerdo que tenemos información muy comprometida suya y que puede ponerle en problemas legales graves. ¿Eso es lo que quiere?

Lo miré directamente a los ojos, sin dudar de una sola palabra de lo que decía y notando cómo se hacía pequeño ante cada una de ellas. Acto seguido, se apartó.

—Discúlpeme, señorita. Ya sabe cómo es este lugar; las altas horas, las mujeres, el alcohol…

—Eso me parecía.

Retrocedió su posición y volvió a meterse en la sala. Sentí lástima por el resto de chicas y me desmoralicé al pensar en todo lo que debían haber pasado en ese lugar. No obstante, me obligué a recordar que su calvario terminaría ese mismo día.

«Me van a salir canas por tu culpa», se lamentó Heaven. *«Sigue hasta el final, tuerce a la derecha y estarás ahí».*

Reconocí el lugar tan pronto llegué. Era el despacho donde Elliot y yo discutimos tiempo atrás y… En fin, el resto no venía al caso. Un cartel en el que se leía *sólo personal autorizado* encabezaba la puerta. De nuevo, y con gesto ya automatizado, pasé la tarjeta.

—Dios mío —fue lo único que alcancé a decir al verlo.

No quedaba rastro de la versión de Elliot de la que me separé horas antes.

En su lugar, solo había un chico hecho un ovillo en el suelo, retorciéndose de dolor y, aún así, peleando por deshacerse de las cuerdas que le ataban las manos a la espalda. Un afluente considerable de sangre le caía de la nariz —probablemente rota, a juzgar por su aspecto—, tenía el pómulo amoratado por los golpes y el labio partido e hinchado.

Un torrente de oscuro plasma chorreaba de una herida en la parte baja de su abdomen, señal de que había recibido una puñalada.

—¡¿Qué mierda haces aquí?! ¡Vete! —Tenía el moño destartalado y algunos mechones adheridos a la frente por el sudor—. ¡Márchate!

Las náuseas que llevaban minutos apretándome el estómago, con tanta intensidad que sentía que iba a ponerme a vomitar en cualquier esquina, no se acrecentaron por el olor metálico a sangre que inundaba el cuarto. Tampoco por sus gritos o movimientos desesperados por deshacerse de las ataduras que le sostenían contra el suelo.

Lo hicieron por la preocupación en su voz rasgada y en su mirada enturbiada, presa por el pánico al verme ahí. Porque a pesar de estar en aquella situación, lo que más parecía perturbar a Elliot no era su propio estado, sino el mío.

Me acuclillé en el suelo ignorando sus berridos e intentos por separarme de él.

Ni siquiera pensé en lo que hacía, simplemente algo en mí cambió en ese momento y me puso en modo automático. Tal vez fue mi instinto de supervivencia, que quería

mantenerme de una pieza y tan racional como pudiera para sacarme de ahí con vida. No sentí nada, ni el desasosiego por ver su aspecto deplorable, ni el intenso olor de la sangre o el sabor amargo que me subía por la garganta.

De algún modo, había una parte de mí que se había quedado dormida para potenciar a aquella que nos serviría para escapar.

—No me voy a ir a ninguna parte, y mucho menos dejarte aquí esperando a la muerte —contesté con una parsimonia que me sorprendió—. ¿Puedes dejar de moverte? Así no puedo desatarte.

—¡Estás loca, ¿me oyes?! ¡Jodidamente loca!

—No lo niego.

—¿Se puede saber qué mierda haces aquí? —masculló. Endureció el rostro con un gesto malhumorado que no logró impresionarme lo más mínimo, así que seguí desligando el amarre con la nula gracilidad que poseían mis torpes dedos y haciendo caso omiso de sus impertinencias.

—Salvarte el culo, pero ya me lo agradecerás más tarde.

—¿Tú eres consciente del peligro que estás corriendo? —Su voz produjo un sonido lastimero—. Allen me ha pillado. Sospechaba que iba a traicionarlo y quiere hacerme desaparecer. Tú serás la siguiente si te ve por aquí.

—No se lo voy a poner tan fácil. Si alguien tiene el derecho de hacerte desaparecer de la faz de la Tierra, soy yo —me jacté, deshaciendo el nudo—. Listo. Tenemos que marcharnos ya, ¿puedes moverte?

Traté de tapar su herida sanguinolenta.

—Blake, no va a funcionar, para. —Me cogió de las manos, manchándome de carmín —. ¡Que pares! Escúchame. Nos encontrarán en cuanto pongamos un pie fuera de esta habitación.

—Por eso tenemos que darnos prisa.

—Si salimos de aquí nos matarán, ¿entiendes eso? Te lo dije en su momento: una vez se entra en The Hole, no se sale.

—¿Y qué propones? Porque si nos quedamos aquí, acabaremos exactamente igual.

—Que te vayas y me dejes aquí. —Estuve a punto de rechistar, pero él me lo impidió —. Sé lógica. Esta es la única posibilidad de que uno de nosotros salga con vida.

—Elliot, no me jodas. He encontrado a Ginger y la he puesto a salvo, y he vuelto sólo por ti, porque sabía que algo no iba bien. No me iré si no vienes conmigo.

—¿Por qué?

Emociones, había cientos de ellas asomándose en sus ojos, haciendo un amago tímido por salir y demostrarle al mundo que, en efecto y aunque él intentase demostrar lo contrario, tenía sentimientos. Los tenía enjaulados, contra las cuerdas de un ring. Estaba convencida de que, si pudiera acercarme lo suficiente, los vería cubiertas por una sólida manta de polvo producto de la eternidad que llevaban ahí encerrados.

Podía distinguir algunas de ellos: recelo, duda, culpa, melancolía, dolor… Y, al fondo

de todo, tan alejada de la luz como le era posible, la esperanza. Su fulgor era débil, como el de las estrellas al llegar al final de su ciclo vital, pero ahí estaba. Extinguiéndose por su desuso.

—¿Por qué has vuelto? —me volvió a preguntar. Como siempre, dudando de que alguien pudiera torcer un brazo a su favor—. ¿Por qué sigues ayudándome? He demostrado mil veces que no soy merecedor de la compasión de nadie.

—Porque me importas.

Sus ojos me buscaron durante ese lapso en el que hizo el silencio.

—¿Y te importo más o menos que Adler? —Aquello me tomó por sorpresa y fui incapaz de disimularlo. Lo miré ojiplática, sin acabar de creer lo que acababa de decir. Él no titubeó—. No soy imbécil, B. He visto cómo os mirabais.

—Él no tiene nada que ver con esto. Además, no… no vamos hablar ahora. —Necesité hacer acopio de todas mis fuerzas para responder—. Cógete a mis hombros, vamos a levantarte.

No dijo nada más, solo soltó un gruñido desgarrador al incorporarse y acató las órdenes que le daba. Lo cual era una sorpresa, porque Elliot era incapaz de obedecer a nadie más que no fuera a sí mismo.

De repente, el ruido atronador de la alarma de incendios empezó a sonar y los aspersores se pusieron en marcha.

El exterior obedecía la ley de la selva cuando salimos. La gente corría de arriba abajo sin importar con quién se chocara y los gritos venían de todas partes.

—Heaven, ¿qué está pasando? —Intenté comunicarme, aunque el ajetreo a nuestro alrededor me lo puso difícil—. ¿Va todo bien? Tengo a Elliot, pero necesitamos refuerzos. ¿Me oyes?

El silencio al otro lado de la línea era absoluto. Ni siquiera se oían interferencias.

—Es probable que hayan capado la red para inutilizar todos los dispositivos. Allen no es idiota, sabe que no estoy solo.

—Entonces habrá que darse prisa.

Lo cogí con fuerza, notando su peso sobre mis hombros.

Nos movimos con dificultad, evitando el gentío que, ocupados tratando de preservar sus vidas, no le prestaban la más mínima atención al estado de Elliot.

Los gritos de los gorilas de Allen se escuchaban no demasiado lejos de nuestra posición, así que nos precipitamos por el pasillo hasta llegar a la puerta de emergencia.

—¡Tampoco está aquí!

—Pues busca si no quieres quedarte en la calle. No puede haber ido lejos tal y como está.

Maldije por lo bajo al notar que los ascensores tampoco funcionaban.

Lo miré con disimulo. Ya apenas podía moverse y su aspecto asustaba. Le habían aparecido unas oscuras y pronunciadas ojeras bajo los ojos y su rostro había perdido cualquier rastro de color. Temía que se desmayara antes de que llegáramos a nuestro

destino.

No tuve tiempo de reaccionar. De repente, alguien me golpeó la cabeza con contundencia por detrás. El mundo empezó a darme vueltas y una sensación de vértigo me sobrecogió de tal manera que perdí el control y caí redonda al suelo. Las baldosas estaban congeladas cuando impacté contra ellas con la mejilla.

Supe que algo no iba nada bien cuando noté la humedad de la sangre derramándose.

Tenía los sentidos fuera de órbita, aturdidos por el reciente impacto, pero oí el rumor de una disputa cerca de mí en estéreo. Los párpados me pesaban una tonelada y el cerebro me patinó en cuanto traté de focalizar la vista para ver qué ocurría.

Las dos siluetas frente a mí se ceñían la una a la otra en una batalla encarnizada y violenta.

—¡Eres un grandísimo hijo de puta! En mal momento mi hermano tuvo la idea de recoger a un energúmeno como tú del orfanato en el que te pudrías —escupió Allen, que tenía a Elliot sujeto por el cuello de la camisa mientras, con la otra mano, le atizaba sin parar. Él se protegía de los golpes con dificultad—. Tendría que haberte dejado morir de hambre y todos nos hubiéramos ahorrado muchos problemas.

—E-Elliot —balbuceé cuando este cayó al suelo de forma estrepitosa.

Quise levantarme y auxiliarlo, pero un pitido agudo me cruzaba el tímpano y agudizaba los efectos del mareo.

Se defendió como pudo, haciéndose un ovillo para proteger la zona donde tenía la herida.

—Mírate, das lástima. Llevas nuestro apellido, pero nunca, jamás,podrá tener cabida en nuestra familia *alguien como tú* —dijo con desdén. Lo pateó hasta dejarlo boca arriba, soltando alaridos de dolor. Acto seguido, hundió los dedos en la herida sanguinolenta que tenía a un costado y Elliot se retorció como si fuera víctima de un exorcismo—. Créeme, esto es lo mejor para todos. Tus padres me agradecerán el haberte sacado de en medio y por fin podrán olvidarse del peor error que han cometido: tú.

Entonces, Allen se levantó y sacó una pistola con la que no tardó en apuntarlo.

Si en ese momento me hubieran hecho un electrocardiograma, este hubiera ofrecido un trazado más escarpado que los Alpes suizos. Sentía los latidos acelerados en mi oído, como si estuviera pegada al pecho de alguien más, y los pulmones clamando por un oxígeno que no llegaba.

Los pensamientos me iban a toda velocidad y no veía nada más que no fuera la maldita pistola con la que Allen pretendía volarle los sesos a Elliot. Percibí la sequedad en mi boca y las pulsaciones a mil por hora y, de repente, reaccioné.

Reuní unas fuerzas que no sabía que tenía y me levanté rápidamente del suelo para arremeter contra él. Colisionamos contra la pared, él tratando de bajarme de sus espaldas y yo sin permitirme dudar un segundo al momento de herirle.

Me cogió del cabello con tanta fuerza que creí que se quedaría con mi cuero cabelludo en la mano, se sentó a horcajadas sobre mí y empezó a abofetearme. El sabor

metálico de la sangre me inundó el paladar, pero no me permití detenerme. Por lo contrario, me removí y le arañé en los ojos hasta desestabilizarlo y sacármelo de encima.

Rodeé a toda velocidad, saqué el cuchillo guardado en el tiro de mis medias sin pensar en las consecuencias y se lo hundí en el pecho hasta que únicamente el mango quedó fuera de su cuerpo.

Gritó tanto que pensé que se desgañitaría la garganta. Lo empujé y cayó boca arriba, y supe perfectamente que debía acabar lo que había empezado. Que, de hecho, ni siquiera creía poder detenerme.

—¡Cabronazo de mierda! —le grité al tenerlo a centímetros de distancia.

Saqué la hoja clavada en su pecho haciendo uso de la poca energía que me quedaba para, a continuación, acuchillarle de nuevo. Con fuerza, con rabia y tantas veces que perdí la cuenta. La cólera me hervía en las entrañas, producto de todo el sufrimiento de aquellos meses.

Lo hice sin inmutarme, aunque supe que aquello dejaría una huella indeleble en mí al terminar porque ya había algo, quizá un recuerdo incipiente, haciéndose un hueco en mi mente. Cavando su propia tumba.

No me inmuté ni siquiera cuando su sangre me salpicó el rostro y manchó mis manos. Y lo hizo de forma grotesca, como en las películas gore de serie b que echaban por televisión o en las mejores obras de Tarantino.

Me puse en pie y lo observé con consternación. Tosía linfa mientras se cubría el pecho con las manos, que estaba completamente desfigurado a causa de las puñaladas, sin éxito. Iba a morir desangrado y yo lo habría matado.

El cuchillo se me resbaló de las manos y me quedé muy quieta, atónita ante la realidad frente a mí. Solo las manos de Elliot al cogerme por las mejillas me sacaron de mi anquilosamiento.

El azul marino de sus ojos me embistió como una ola a la orilla en medio de una tormenta intempestiva. Le aguanté la mirada, pero no supe qué decirle, sobre todo cuando lo vi derramar la primera lágrima.

—¡Blake, ¿estás bien?! —Me miró de arriba abajo buscando alguna herida y, al cerciorarse de que estaba bien, me acarició con mimo la mejilla. Entonces, me rodeó con los brazos y lo oí romper en llanto—. Joder, pensé que…

—Estoy bien —musité con un hilo de voz.

—Pensé que ibas a morir —sollozó sin dejar de estrecharme e inhaló hondo, temiendo que me desvaneciera. Su cuerpo temblaba contra el mío.

A través del hueco de su hombro, vi de reojo el cadáver de Allen. Una supresión atosigante me tomó el pecho y sentí la ansiedad germinando en mi estómago.

—Lo he matado —sentencié.

Elliot se separó de mí, aún espasmódico, para echarle un vistazo al inerte cuerpo de su tío y se cercioró de que lo que le decía era cierto. Entonces, negó muy despacio.

—No, Blake tú no lo has matado —Se agachó para recoger el cuchillo y lo impregnó

de sus huellas antes de volver a mirarme—. Yo lo he matado.



Los primeros rayos del amanecer comenzaban a esclarecer la oscuridad nocturna cuando me subí a la ambulancia, cubierta con una manta térmica que me habían facilitado los paramédicos. A mi lado, Elliot yacía en la camilla, completamente inconsciente y con un aspecto nefasto. Le habían rasgado la camisa para poder atender su herida y, ahora, estaba revestida con un apósito.

Las imágenes de lo ocurrido me bailaban con desorden por la mente. Lo único que recordaba de forma fehaciente era que, nada más salir del edificio, nos socorrió una unidad de emergencias y, al ver el estado de Elliot —que para entonces ya no podía mantenerse solo en pie—, empezaron a realizarle primeros auxilios para controlar la hemorragia.

—Todo irá bien, ya verás —me dijo uno de los paramédicos, dándome un par de palmadas tranquilizadoras en el muslo. Aunque había algo en la forma en la que me miraba que me indicaba que no estaba siendo del todo sincero—. Lo atenderán en cuanto lleguemos al hospital. Lo están esperando.

Asentí por inercia, no porque le creyera o me sintiera reconfortada por sus palabras.

En realidad, había poco o nada que pudiera sacarme del estado de shock en el que me encontraba porque, pese a que ya no estábamos en The Hole, mi mente no dejaba de revivir una y otra vez lo sucedido. De llevarme de nuevo a aquel rellano de perfectas y blancas baldosas que ahora estaban salpicadas de carmín.

Me miré las manos rociadas de sangre con escepticismo, perdida entre un mar de recuerdos. Mi atención recayó en el teléfono en cuanto empezó a vibrar sobre mi regazo.

—¿Dónde estás? Esto es un… —Se escuchaban muchas voces solapándose a su alrededor y varias sirenas de ambulancia—. Es un auténtico caos. Heaven me ha dicho que habías salido ya y te estaban atendiendo fuera, en la calle.

Escuchar su voz al otro lado de la línea consiguió hacerme enmudecer y, en cambio, abrió el grifo de mis lágrimas. Traté de acallar los plañidos que querían escapar de mis labios, pero no fui capaz.

—Yo…

—¿Blake? —preguntó Adler—. ¿Estás bien?

—No lo estoy —confesé tirando de la manta para arromparme y alejar ese frío infernal que se me había instaurado en las entrañas.

—Dime dónde estás y me acerco un momento. ¿A qué hospital van a derivarte?

—Yo… —repetí—. No.

—¿No, qué? —inquirió con cierta impaciencia—. Blake, quiero ayudarte, pero si no hablas no puedo.

Me dolían tantas partes del cuerpo al mismo tiempo y, sin embargo, era incapaz de señalar una sola que no fuera la más evidente: el corazón. Era como si alguien lo

hubiera sepultado bajo cientos de kilos de tierra. Era sofocante.

No tenía fuerzas suficientes para seguir latiendo al ritmo que lo hacía.

—Adler, yo… No puedo más. —Me estremecí ante la salida repentina de los sollozos que ya no alcanzaba a contener, que me sacudían el cuerpo. Las lágrimas me empapaban la cara y se mezclaban con los restos de sangre seca, y supe lo que debía decir—. Lo siento, de verdad, pero… Fin del juego.

Epílogo

Cuatro años más tarde…

Llevaba inmersa en una plácida sensación de adormecimiento desde hacía varias horas y, ahora, estaba amodorrada en el asiento. En un interludio entre la plena conciencia y la sedación completa del sueño.

Me sentía tan liviana que parecía que estuviera flotando entre las nubes en vez de surcándolas con un avión, que era justo lo que hacía. Qué gran decisión tomé al comprar aquel billete en primera clase. Gracias a él, no había tenido que soportar ningún berrinche, pataleo ni vomiteras de nadie y, además, me habían servido champán y aderezado las seis horas de vuelo con un menú degustación.

Me removí hasta ponerme cómoda. La luz del atardecer se filtraba por la ventana y me acariciaba la piel, apenas cubierta con una ligera capa de maquillaje, y sacaba a relucir algunos reflejos cobres en mi corta cabellera color avellana.

Parpadeé de forma perezosa, tal y como lo haría un gato, y me erguí en mi sitio, aún presa por el letargo del viaje.

La voz del piloto se escuchó a través de los altavoces del avión:

—Señores pasajeros, bienvenidos al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles. Por favor, permanezcan sentados y con el cinturón de seguridad abrochado hasta que el avión haya parado completamente los motores y la señal luminosa se apague. Les rogamos que comprueben que llevan consigo todo su equipaje de mano y objetos personales. Por último, les agradecemos que hayan escogido nuestra aerolínea y esperamos que hayan tenido un feliz viaje. Muchas gracias y buenas tardes.

Observé nuestro aterrizaje a través de la ventanilla, con los dedos repiqueteando el reposabrazos. No pude evitar fijarme en el anillo de compromiso, cuyos diamantes relucían con intensidad ante el contacto del sol. El avión se detuvo por fin y yo aproveché el momento para perderlo de vista.

Me levanté con una sensación de familiaridad que tiempo atrás me hubiera reconfortado, pero que ahora sólo me revolvía el estómago. Mi cabeza voló mucho más alto de lo que lo había hecho el avión y me trajo de vuelta algunos de los recuerdos que habían pasado por mi mente a lo largo de aquellas últimas semanas.

Saqué mi equipaje de la cabina y procedí a ponerme en la cola para salir. Mi maleta pesaba poco —quizá menos incluso de lo que debería, teniendo en cuenta que sólo había sacado billete de ida y no de vuelta—, pero confiaba en que mi madre o mi hermana pudieran prestarme algo si hacía falta.

Hacía años que no pisaba Los Ángeles. Exactamente el mismo tiempo en que decidí mudarme a Nueva York, en el extremo opuesto de Estados Unidos. Elegí Nueva York,

de entre todos los destinos que habían, porque interponía más de cuatro mil kilómetros de distancia entre lo ocurrido en mi ciudad natal y yo.

Y eso me ayudaba a apaciguar la ansiedad.

Mis nervios estaban haciendo un festín en mi estómago cuando, al fin, puse un pie fuera. Sí, había tardado en volver, pero lo había hecho. Que era decir muchísimo teniendo en cuenta que, hasta hacía unos meses, ni siquiera podía planteármelo.

Y es que había ciertas cosas que eran inevitables y ni el espacio ni el tiempo podían liberarte de ellas.

Eran como la lucha eterna entre la luz y la oscuridad. La forma en la que claridad ansiaba alumbrar el lóbrego mundo de las sombras y cómo, al contrario, las sombras ansiaban ver al último rayo de sol sucumbiendo y extinguiéndose entre sus frígidos brazos.

Había batallas que se libraban más allá de los tableros de juego.

Y yo volvía para hacerle *jaque mate* al rey.